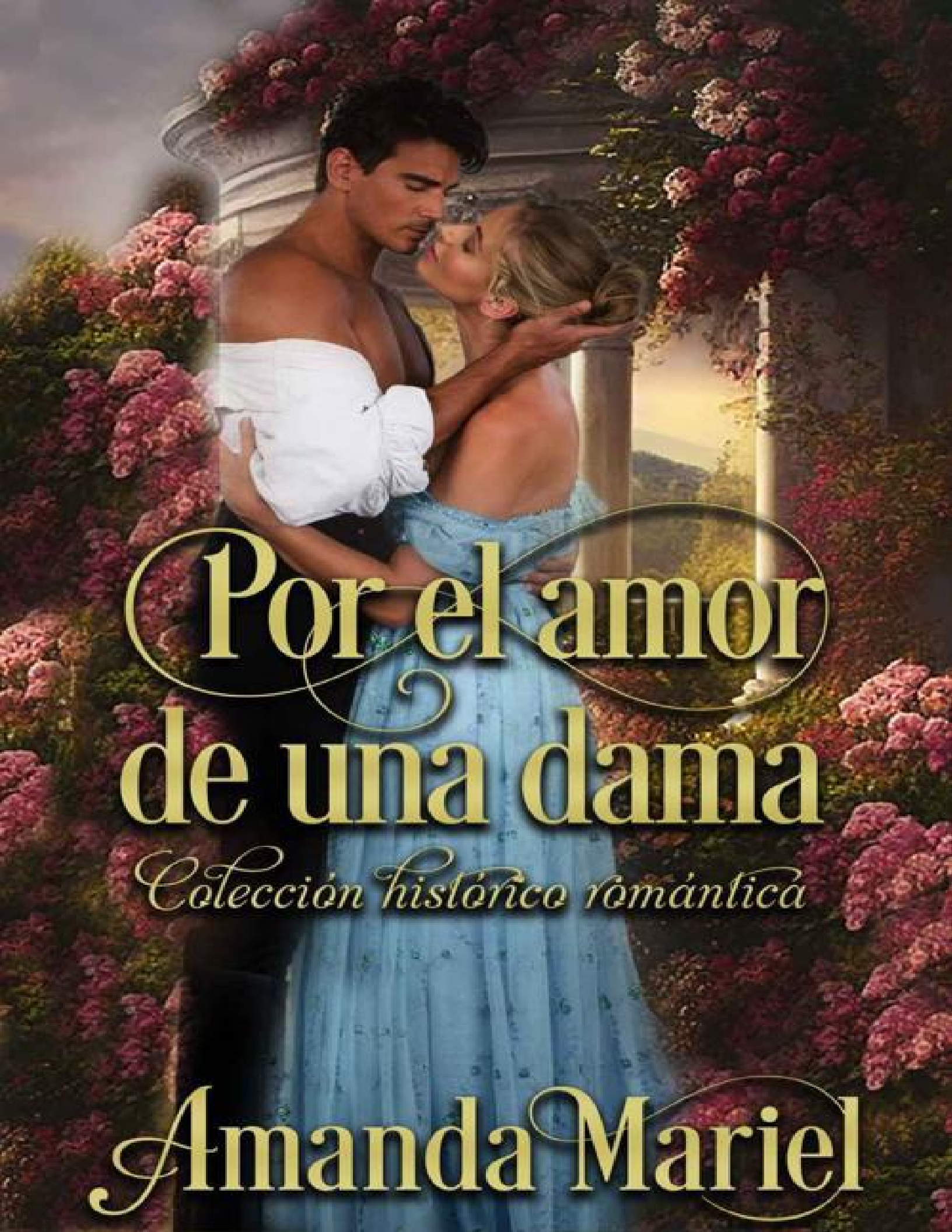

Por el amor
de una dama
Colección histórico romántica
Amanda Mariel

Por el amor de una dama

COLECCIÓN HISTÓRICO ROMÁNTICA

AMANDA MARIEL

Índice

Planes escandalosos
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Epílogo
- Extracto

El destino me dio un duque
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Epílogo

Conde de Grayson
- Capítulo Uno
- Capítulo Dos
- Capítulo Tres

- Capítulo Cuatro
- Capítulo Cinco
- Capítulo Seis
- Capítulo Siete
- Capítulo Ocho
- Capítulo Nueve
- Epílogo
- extracto
- Capítulo Uno

Cautiva Del Capitán
- Agradecimientos
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Epílogo
- extracto del libro tres
- Prólogo
- Capitulo uno

Cómo besar a un canalla
- Agradecimientos
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Epílogo

Redención escandalosa
- Reconocimiento

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
extracto
Capítulo 1
Acerca de Amanda Mariel
LIBROS DE AMANDA MARIEL
Postfacio

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Copyright © 2024 Amanda Mariel

Traducido Eva María Medina Cabanelas

Traducido Patricia M Begonia

Traducido Natalia Steckel

Traducido Victoria Wagner

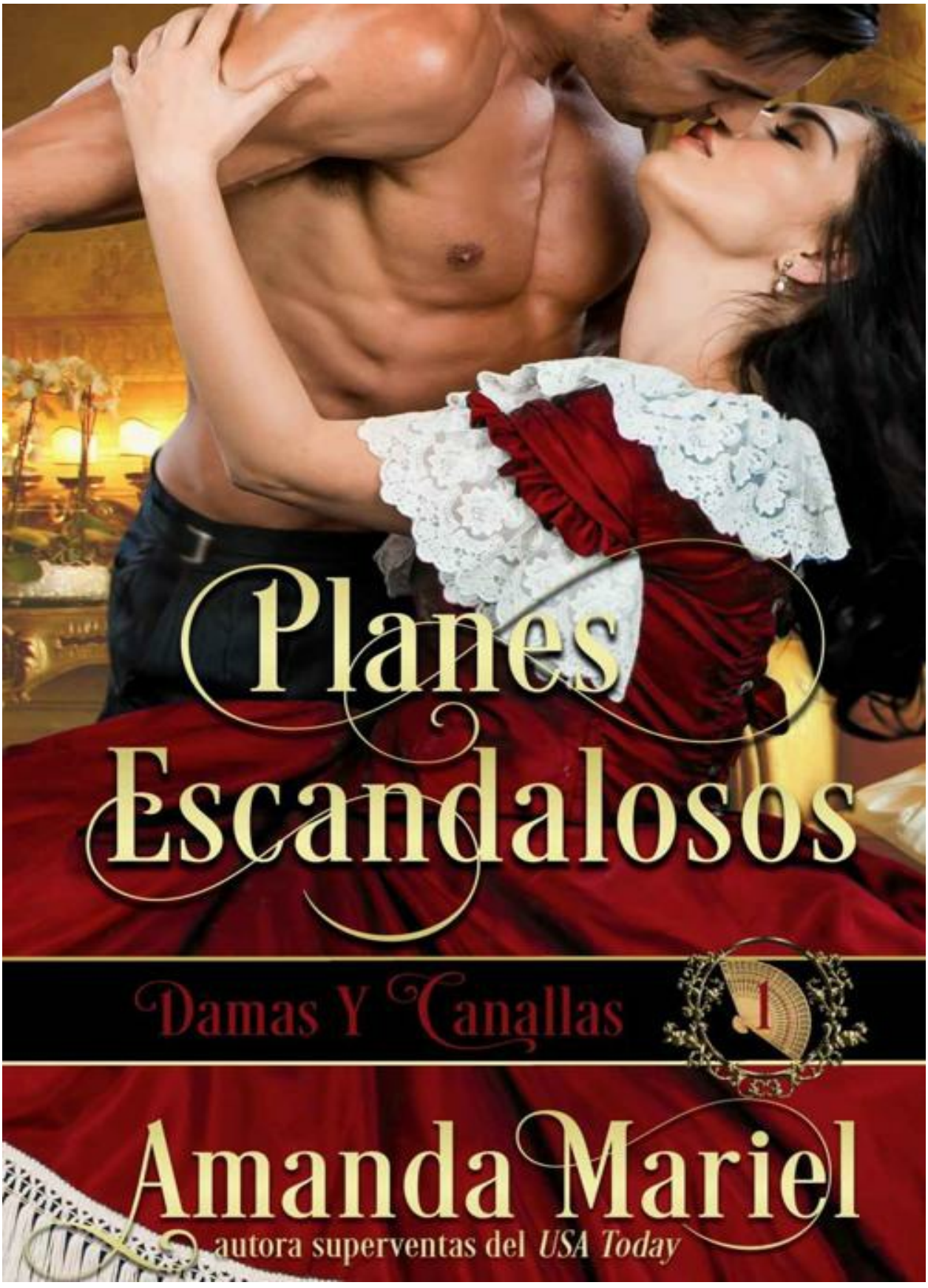
Traducido Diana Zamora Cuesta

Traducido Gabriela Garcia Calderon

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press


Planes Escandalosos
Damas Y Canallas
1
Amanda Mariel
autora superventas del *USA Today*

Gracias, mamá y papá, por creer siempre en mí y por alentarme a perseguir mis sueños. Habéis ayudado a convertirme en la persona que soy hoy en día. Brooklyn y Ricky, gracias por renunciar a vuestra mami durante las horas que trabajé en este libro. ¡Dawn, las incontables horas que pasamos al teléfono han dado sus frutos! Allison, Dawn, mamá, Raven y Cheryl, gracias por ser las primeras en leerme y por compartir vuestra sabiduría. Shalena y Tammy, gracias por darme ánimos y hacer todas las pequeñeces que os pedí. La tecnología no es mi amiga; Dave, ¡gracias por hacer que todo funcionase bien! Sin todos vosotros este libro no sería una realidad. A mis futuros lectores, me honra que eligierais mi libro de entre el inmenso mar de posibilidades, y os agradezco por ello. Este libro es para todos vosotros… ¡Gracias de todo corazón!

Prólogo

Londres, 1842

Amelia se quedó tan quieta como un árbol ahuecado mientras la llovizna empapaba su cuerpo con gotitas frías. Encima de su cabeza colgaban unas inmóviles nubes oscuras. En el suelo empapado había un charquito profundo forjado por la lluvia. Escudriñó el paisaje circundante, que contenía lápidas y estaba decorado con flores ya marchitas. «¿Por qué?», pensó.

El tío Lewis colocó un brazo sobre su hombro, y ella alzó la vista para mirarlo. El rostro de él, lleno de pena y dolor, igualaba el abatimiento que Amelia sentía en su corazón. El tío no le dijo nada, solo estiró los labios en una suerte de sonrisa. ¿Qué podía decir? Sinceramente, las palabras no importaban; ninguna podría sanar su corazón roto.

Por fin, el pastor acabó su elegía al mismo tiempo que el ataúd bajaba hacia la fría y enlodada tierra. Los criados de la familia se quedaron detrás del grupito de familiares y amigos íntimos, que esperaban a que acabase el descenso. Una vez alcanzada la paz, el grupo fue adelantándose uno a uno y dejó caer las flores al profundo abismo. Amelia sujetaba unas rosas rojas contra su pecho, como si pudieran calmarle el alma, que debían liberarse de sus dedos entumecidos. Abrió su mano sin apartar nunca la mirada del ataúd. Aterrizaron con un ruido sordo sobre la superficie pulida. El tío Lewis le cogió la mano, mirándola con la misma lástima que había vislumbrado en todo el mundo en los últimos dos meses.

Estaban observándola y esperando a que se rompiera en mil pedazos, como una vajilla de porcelana delicada. Tal vez era eso lo que se esperaba de las personas de su posición; quizá ocurriera algo malo en ella. Si ese era el caso, no podía evitarlo. Se sentía atontada, simple y llanamente, como si hubiera desaparecido en un olvido diabólico. Su mundo giraba de manera descontrolada, y no guardaba ningún parecido a lo que solía ser. Se encontraba completamente perdida y abandonada. La única certeza era que su vida había cambiado para siempre.

Lágrimas escocían en sus ojos y cerraron su garganta. Inhaló con brusquedad y se armó de valor para luchar contra las emociones que brotaban de su interior. Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio caer la primera palada de tierra en la parcela funeraria. El mareo amenazaba con dominarla. Metió sus temblorosas manos entre los pliegues de su chal con la esperanza de que se quedaran quietas.

No debería estar ahí, pero le había rogado al tío Lewis que le permitiera asistir. Algo en lo profundo de su ser la había obligado a verlo con sus propios ojos. Amelia sabía que iba a ser un escándalo, pero lo que dictara la sociedad le importaba un bledo. Quizá debería haberle

importado. Si hubiera seguido las normas de la etiqueta, tal vez su corazón no estaría tan destrozado por el carácter definitivo de todo aquello.

—Amelia, es hora de que marchemos.

La voz afligida de su tío se abrió paso por su cerebro confuso. Su dolor era entendible. Papá y el tío Lewis habían sido amigos íntimos desde la infancia. Amelia no respondió nada; ¿qué podía decir? La ayudó a subirse y sentarse en el lujoso asiento de terciopelo negro del carruaje con capota, el favorito de papá.

Papá lo había ordenado a Londres hacía unos años para regalárselo a mamá. Ella nunca pudo verlo; la enterraron el mismo día en que llegó. Mamá había estado fuera, montando en su finca cuando su montura se asustó. El caballo se encabritó y la tiró al suelo. Se rompió el cuello. Murió al instante. El recuerdo de la muerte de su madre profundizó el agujero interno de Amelia. Miró a su tío Lewis. ¿Qué sería de ella? Tanto mamá como papá estaban ahora en sus tumbas. Era hija única. El único familiar que le quedaba, el tío Lewis, vivía en América. Respiró hondo y se mordió el labio inferior para evitar que temblara.

El tío Lewis llegó justo a tiempo para presenciar el fallecimiento de papá. Solamente había vuelto a Inglaterra para el funeral de su cuñado y para cuidar de ella. ¿Se iba a quedar hasta que llegase a la mayoría de edad? ¿O planeaba llevarla a América? Él seguía soltero, así que no tenía familia a la que regresar. Sin embargo, sí tenía una plantación de la que ocuparse. Según comentaban, gozaba de éxito y felicidad allí. Lo miró de soslayo. Por supuesto, él desearía volver a su vida. ¿Qué razón podría tener para permanecer en Inglaterra?

Amelia respiró otra temblorosa bocanada de aire y bajó la mirada hasta sus manos enguantadas, que descansaban sobre su regazo. Dejar atrás su hogar, sus amigos y su país nunca había formado parte de su plan. Inglaterra era lo único que conocía. Carecía de control sobre su vida. Ay, si tuviera veintiún años… Entonces tendría control sobre su herencia y sería capaz de tomar sus propias decisiones.

Mientras tanto, al tío Lewis lo habían nombrado su tutor. Papá puso la finca y la fortuna familiar en fideicomiso hasta que se casara o llegara a la mayoría de edad. Ninguna propiedad de papá estaba vinculada al título, lo cual permitió cederle todo a ella. Incluso se le transfirió el título: vizcondesa de Everthorne. Ahora era una adinerada dama de la nobleza, pero nada de ello importaba un pimiento si se veía forzada a emigrar. Amelia tragó saliva, atravesando el nudo en su garganta.

—Tío Lewis… —Una vez más, le dirigió una mirada de clara compasión—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—No nos preocupemos por ello en este momento. Ha sido un día largo, y ambos nos hallamos agotados. —Volvió a mirar por la ventana del carruaje.

¿Qué estaba buscando? Quizá tampoco él supiera lo que pasaría después. Ay, si pudiera ser ella la que tomase la decisión por los dos, le diría que se quedase en Inglaterra. Amelia adoraba la casa londinense de su familia, y no podía imaginarse dejando atrás su finca. Nunca había puesto un pie fuera de Inglaterra, y no quería empezar ahora. Ni aunque fuera por solamente dos años… significaría lo mismo que toda una vida.

El carruaje se detuvo bruscamente, apartándola de sus reflexiones para introducirla de nuevo en la vida real. Miró por la ventana del carruaje a la fachada ornamentada de su casa. Los ventanales semejaban ser los mismos de siempre, pero su vida nunca volvería a ser la misma.

Después de apearse, el tío Lewis estiró una mano para ayudarla a bajar. Edwin, el mayordomo de la familia, se encontraba cerca de la puerta abierta de roble, dispuesto a escoltarlos. Había varios carruajes conocidos aparcados a la vista, y llegaba el murmullo de

voces del interior de la casa. Amelia apartó de un empujón las emociones que vibraban en su interior. Sería indigno llorar delante de toda esa gente.

Le dio un apretón a la fuerte mano del tío Lewis.

—No creo que pueda ser una buena anfitriona para ellos.

Se detuvieron delante del primer escalón del porche. Una ligera sonrisa asomó por los labios de él.

—Amelia, querida, nadie espera que te relaciones. Saben que estás de luto. Yo me encargaré de nuestras visitas. Tú retírate a tus aposentos y descansa.

Amelia, por su parte, le dedicó una débil sonrisa.

—Gracias, tío Lewis.

Se sentía abrumada por la tristeza por su padre, y los recuerdos de su madre únicamente aumentaban su depresión. Se puso a pensar en su sombrío futuro, y también en la muerte de su padre… Era demasiado.

Descansaría, y el sueño que le siguiera sería más que bienvenido.

Uno

El estado de ánimo de Amelia mejoró cuando lady Sarah entró en el salón con un vestido de tafetán color lavanda y marfil. Su amplia falda hizo frufrú al pasar por la puerta. La vestimenta complementaba su melena rubia y acentuaba sus ojos de tonalidad violeta. Amelia no pudo sino admirar su belleza y vivacidad. Siempre estaba tan llena de vida. Llena de la misma esencia que Amelia perdía con rapidez.

Sarah atravesó con paso lento el salón, se acomodó en la silla justo enfrente de Amelia y alisó su falta de tafetán.

—He venido al instante de terminar de leer tu nota. Debo admitir que me has dado un gran susto. ¿Qué es lo que va tan terriblemente mal que no podía esperar?

Amelia inspiró profundo y soltó el aire poco a poco.

—El tío Lewis me ha ordenado mudarme a América. Dice que debo abordar un barco este mismo lunes. —Amelia observó la manera en que el rostro de Sarah pasaba de preocupación a total conmoción.

—¿Una semana? Eso no es factible. ¿Y tus criados y propiedades? Necesitas tiempo para pasar el luto y prepararte. No ha transcurrido ni siquiera un mes entero desde que enterraste a tu padre.

—Precisamente lo que le he dicho, pero no está dispuesto a oír nada de eso. Como mi tutor, espera que haga lo que diga. —El mentón de Amelia temblaba mientras luchaba por no llorar otra vez. El tío Lewis se había mostrado tajante, incluso había salido hecho una furia cuando había intentado persuadirlo. Respiró hondo—. Dime que hay algo que podamos hacer.

Amelia fijó su mirada en los ojos de Sarah y esperó a que hablase. Deseó con cada fibra de su ser que Sarah encontrase una solución.

—¿Y si pudiéramos asegurarte una chaperona para que cuide de ti? ¿Crees que él te concedería más tiempo?

Amelia sonrió por primera vez en más de dos semanas.

—Sarah, eres un sol. Es muy probable que eso funcione. Por lo menos, me proporcionaría una buena solución temporal.

A Sarah le brillaron los ojos cuando miró a Amelia.

—¿Qué te parece su excelencia, la duquesa viuda de Abernathy? Carece de responsabilidades apremiantes y es amiga de tu familia, ¿no es así? —Dejó de hablar el suficiente tiempo para respirar—. ¿Quieres que hable con ella en tu nombre?

A Amelia se le aceleraba el corazón en la misma medida en que sus esperanzas se reavivaban. Cubrió las manos enguantadas de Sarah con las suyas.

—Esto va a funcionar. La duquesa asistió a todos los eventos sociales que mi familia ha

organizado. Patrocinó mi presentación en sociedad, e incluso me presentó a la reina. Aunque todo eso ya lo sabes. Le será más difícil negarse a la petición si proviene de mis propios labios. Debo pedírselo a su excelencia yo misma.

A Sarah le danzaron los pendientes cuando Sarah se puso de pie y fue hasta la chimenea.

—Eso es extravagante. Estás de luto. Se armaría un gran escándalo si te dedicases a hacer visitas. Ya creaste un escándalo menor al asistir al entierro de tu padre. Darías mucho que hablar si pasaras a saludar a la gente.

Amelia no pudo discutir con el razonamiento de Sarah. No le haría ningún bien darles de qué hablar en los mentideros… al menos, no aún. Necesitaba que tío Lewis y la duquesa honraran su petición. Sin duda alguna, un gran escándalo tendría el efecto opuesto en sus sensibilidades.

—¿Y si llevamos tu carruaje a la casa de la viuda? Nadie sospechará que soy yo la que va dentro. Y, aunque sospecharan, no tendrán prueba alguna. Cosa que sucederá si mantenemos las cortinas echadas.

—Podemos enviar tu tarjeta de visita a la puerta de su excelencia para avisarle de tu presencia. Con un poco de suerte, saldrá para subir a nuestro carruaje —contestó Sarah, con un destello cómplice iluminando sus ojos.

—Entonces quedamos así. Haré que nos traigan nuestros abrigos y, si alguien pregunta, diremos que vamos de paseo al Hyde Park.

~

El camino hasta la casa de la duquesa transcurrió sin incidentes. Amelia no logró prestar atención a los sonidos y olores londinenses mientras recorrían Piccadilly Street. Solamente se dio cuenta de que habían llegado porque el carruaje se detuvo en St. James Square, delante de Abernathy House.

Sarah dio unos golpecitos en la ventana que tenía detrás, y le tendió a su lacayo sus tarjetas de visita antes de enviarlo hasta la puerta de la viuda. La gran casa de su excelencia se alzaba tres pisos, con ventanales y un precioso jardín extendido a su alrededor. Amelia abrió una hendija la cortina y observó con detenimiento el exterior de la casa, que estaba ornamentada con diversos tipos de embellecedores y un techo de pizarra. Sería difícil no darse cuenta de su riqueza y estatus basándose solamente en su apariencia. Sintió un nudo en el estómago ante la expectativa. ¿Y si declinaba la petición de Amelia? Miró a Sarah para distraerse.

Sarah jugueteaba con sus faldas mientras que una expresión de preocupación asomaba en su rostro.

—Espero que salga a sentarse con nosotras en el carruaje.

Amelia se mordisqueó el labio inferior.

La duquesa tenía suficiente experiencia con las costumbres del luto y del decoro. Sí que saldría. Y si no, entraría Amelia. ¿Qué otra opción le quedaba?

Amelia respiró aliviada cuando se abrió la puerta del carruaje para dejar entrar a la duquesa viuda de Abernathy, Grace Stratton, que se acomodó rápidamente justo frente a Amelia. La preocupación nublaba los ojos marrones de la duquesa, y se alisó las trenzas rubias rojizas que llevaba recogidas en la parte posterior de la cabeza.

—Buen día, señoritas. Te preguntaría cómo estás, Amelia, pero me temo que ya lo sé. En vez de eso, permíteme preguntarte en qué puedo servir de ayuda.

Las palmas de Amelia se volvieron pegajosas, y se le aceleró el corazón cuando se obligó a decir las siguientes palabras:

—Su excelencia, es con profundo respeto que me presento para pediros vuestro apoyo en un asunto urgente.

Se detuvo para ordenar sus pensamientos. Grace asintió y alargó la mano para coger la de ella.

—Por favor, continúa, querida. Suéltalo ya.

Amelia se atrevió a mirar de reojo a Sarah, quien le dedicó un asentimiento casi imperceptible. Le devolvió su atención a la duquesa.

—Quedaría por siempre en deuda con vos si pudierais tener en consideración asistirme. Veréis… mi tío Lewis me ha ordenado marchar a América.

—¡Santo cielo! Eso es terrible. Y además demasiado pronto. —Grace se llevó una mano al pecho.

Amelia tragó saliva y agachó la cabeza al verse incapaz de fijar la mirada en la duquesa.

—Él dice que debo partir dentro de una semana.

—Oh, querida. —Le apretó la mano a Amelia—. Dime, ¿cómo puedo servirte de ayuda?

Con un poco de esfuerzo, Amelia alzó la mirada.

—Tengo la esperanza de que, al asegurarme una chaperona, pueda retrasar mi partida.

—Sin duda alguna necesitarías una si te quedases en Inglaterra. —Los finos labios de Grace formaron una muy leve sonrisa—. Amelia, ¿estoy en lo cierto al suponer que me estás pidiendo que sea tu chaperona?

—Eso es exactamente lo que os está pidiendo lady Amelia —respondió Sarah, con la voz rebosante de regocijo.

Grace le dio un suave apretón a la mano de Amelia.

—Me encantaría ser de ayuda, suponiendo que el acuerdo sea del agrado de tu tío. ¿Doy por sentado que él no sabe que estás aquí?

Amelia asintió al tiempo que una punzada de culpa le aguijoneó el pecho.

—No tiene ni la menor idea, y tampoco sabe que estoy buscando activamente una chaperona.

—Eso nos presenta un problema completamente nuevo. —Un ligero rubor subió a las mejillas de lady Sarah—. Ahora que habéis accedido a ser la chaperona de Amelia, debemos conseguir que su tío esté de acuerdo. Sin embargo, no podemos decirle que ella recurrió a vos. Debido a la falta de decoro, por supuesto.

Grace soltó una risita nerviosa.

—Deja a una veterana encargarse de ello. Le haré una visita al señor Lewis mañana. No le dediquéis ni un pensamiento más a ese asunto. Estoy bastante segura de que aceptará. No tengo más que una pregunta, querida. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Inglaterra?

—Para siempre.

La respuesta de Amelia surgió con demasiada precipitación, pero no pudo evitarlo. La viuda abrió mucho los ojos y Sarah dio un respingo.

—¿Cuál es vuestro plan para lograrlo? —Sarah bajó la mirada y se puso a darle tironcitos a sus faldas.

—Tengo la intención de encontrar marido. —Amelia las miró, suplicándoles que entendieran una idea que ni ella misma entendía aún.

—No podríais. Es sumamente escandaloso. Lady Amelia, estáis de luto. —La indignación se filtró por las palabras de lady Sarah.

A Amelia se le encendieron las mejillas ante la reprimenda. Sabía que su idea sería arriesgada, pero también creía que podía funcionar. Simplemente había que convencerlas de que el escándalo inminente valdría la pena.

La duquesa se inclinó hacia delante.

—Tonterías, lady Sarah. Si Amelia desea seguir residiendo en Inglaterra, la vamos a ayudar. Y si desea casarse, también la ayudaremos con eso. Comparadas con la felicidad de Amelia, las consecuencias carecen de importancia.

Lady Sarah abrió los ojos de par en par y miró fijo a la duquesa.

—Yo tampoco quiero que Amelia se mude a América, pero no veo ninguna otra posibilidad. ¿Cómo va a encontrar marido cuando no tiene la libertad de asistir a fiestas, ni siquiera de ser invitada a ellas?

—Mi intención es atrapar a uno. —Amelia se las arregló para mantener la voz serena—. Hay muchos solteros disponibles que residen en Londres esta temporada. Sencillamente he de decidirme por uno, y luego… aparentar que él compromete mi reputación.

Sarah palideció.

—¡Pensad en el escándalo, lady Amelia! Quedaréis arruinada.

—Entonces la ayudaremos. —La duquesa lanzó una mirada desafiante en la dirección de lady Sarah—. El matrimonio supondrá un rápido final a cualquier escándalo subsiguiente, por lo que no hay necesidad de preocuparse por ello en primer lugar.

Amelia dejó escapar un suspiro e intentó relajarse. Esto tenía que funcionar. Simple y llanamente.

~

Mientras que Amelia se acurrucaba en su cama de plumas, deseando con desespero que la venciera el sueño, sus pensamientos alternaban entre decidir quién sería su vizconde y cómo lograr la tarea. Angustiada y agotada, bajó de su cama con movimientos lentos, se colocó su salto de cama y se dirigió a la vieja oficina de su padre, sabiendo que la cura para su insomnio descansaba dentro de esas paredes.

Un dolor repentino se apoderó de su corazón cuando la luz de la lámpara iluminó la sala. Todo había quedado justo como su padre lo había dejado. Su escritorio de caoba todavía conservaba la miniatura de mamá con su marco de latón ornamentado. La silla de oficina estaba inclinada ligeramente a un lado, como si él recién se hubiera levantado. Las cortinas de terciopelo de color verde militar se encontraban un poco descorridas, permitiendo entrar a la luz de la luna, y las zapatillas de papá se hallaban aún cerca de su diván. La oficina incluso olía como papá: una mezcla desgarradora de humo de cigarrillo y especias.

Entró y dejó a un lado la lámpara. El decantador de jerez le llamó la atención. Se acercó, se sirvió una copa y la bebió entera echando la cabeza atrás. De una manera impropia de una dama, pero le dio igual. El líquido oscuro dejó en su recorrido un reconfortante rastro de calor. Después de servirse otra copa, se apoyó sobre la esquina del escritorio de papá. Nadie había entrado allí en seis semanas. Su padre se había encontrado demasiado enfermo para ocuparse de los negocios, y no había querido que ella se ocupase de ellos. Por ese motivo, le había asignado a su mayordomo la tarea de encargarse de la contabilidad y de la gerencia de la propiedad durante su enfermedad. Si ella se veía obligada a abandonar Inglaterra, supuso que el mayordomo seguiría haciéndose cargo de su herencia.

Amelia tomó otro sorbo de jerez y se relajó a medida que éste se abría camino hasta su estómago. Al coger la miniatura de mamá, se dio cuenta de que podía sentir a sus padres en la oficina. Cuando unas lágrimas rodaron por sus mejillas, se apresuró a quitárselas con el dorso de la mano. Su mamá había pasado bastante tiempo en esa habitación antes de fallecer.

Mirar a la imagen de su madre hizo que se acordara de lo mucho que se asemejaba a ella, hasta en su cabello rizado y sus ojos color esmeralda. Con un suspiro entrecortado, volvió a colocar la miniatura sobre el escritorio.

—Los quiero.

Su expresión de cariño susurrado hizo eco en la oficina. Se levantó, terminó su bebida y puso la copa de nuevo en la bandeja. El licor la hizo entrar en calor al descongelar el frío que la calaba hasta los huesos. Quizá lograría dormir bien después de todo.

Dos

En el interior de Richard Collingsworth, duque de Goldstone, el temor y la expectación estaban en conflicto mientras se paseaba por el patio bien cuidado de la duquesa de Abernathy. Por un lado, Londres tenía poco atractivo para él. Por el otro, estaba deseando pasar tiempo con su tía favorita.

Las debutantes y madres inglesas no eran muy diferentes de sus homólogas escocesas, y no sentía ningún deseo de quedar atrapado por ninguna madre intrigante y su progenie a la caza de un marido. Ya había sufrido lo suyo a lo largo de los años. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lady Ophelia, que había hecho todo lo posible para atraparlo antes de difundir despreciables rumores por toda Escocia cuando él había rechazado sus insinuaciones. Ya no más, no lo iba a permitir. Cuando sentara la cabeza, sería porque él eligiera a la mujer; no porque lo hubieran metido en una situación comprometida.

Le echó un vistazo a su ropa. Una gruesa capa de polvo se aferraba a su traje de montura por pasar el día viajando. ¿Había llegado su equipaje? Sus baúles los había enviado con antelación. Tenía la esperanza de que hubieran llegado, dado que necesitaba con urgencia ropa limpia. Los asuntos del trabajo habían ralentizado su viaje al tener que realizar varias paradas entre su finca de Escocia y Londres. Todo lo que había puesto dentro de su bolsa de jinete precisaba ahora un lavado.

Al pisar el amplio porche, el mayordomo de la tía Grace abrió la puerta.

—Bienvenido, su excelencia. Es siempre un placer teneros en casa.

Richard se quitó los guantes de jinete y el sombrero cuando entró en el vestíbulo.

—¿Mi tía está ocupada en este momento?

—Se está preparando para salir de visita. —El mayordomo le dedicó una sonrisa.

Antes de que Richard pudiera añadir algo, tía Grace dobló la esquina.

—Richard, querido, qué placer tenerte aquí. —Con los ojos radiantes por verlo, se le acercó y le plantó un beso en la mejilla.

Él imitó el gesto antes de tenderle su abrigo al mayordomo.

—Es siempre un honor pasar tiempo con mi tía favorita.

Un leve rubor enrojeció sus mejillas al tiempo que intentaba reprimir una sonrisa.

—Qué bobadas dices. Me temo que estaba a punto de salir. Este asunto no puede esperar, pero haré que se prepare una habitación para ti y nos pondremos al día cuando vuelva. —Mirando a su mayordomo, añadió—: Haz que una sirvienta prepare una habitación para mi sobrino ahora mismo.

El mayordomo le hizo señas a un lacayo y le dio órdenes.

Maldita sea, posiblemente su equipaje no había llegado aún porque, si lo hubiera hecho, tía

Grace ya habría tenido preparada su habitación. Tendría que arreglárselas sin tenerlo por ahora. Quizá quedase algo de una visita anterior que pudiera ponerse hasta que su ropa apareciera. ¿Qué otra opción tenía? Richard fue en dirección a la escalera.

—No te preocupes por mí. Como puedes ver, me hace muchísima falta refrescarme. Ve a atender tus asuntos y yo estaré aquí mismo para cuando vuelvas.

—Muy bien, querido. No tardaré mucho.

El mayordomo le abrió la puerta después de ayudarla a ponerse la capa. Richard la miró hasta que desapareció de la vista. Aparte de su madre, tía Grace era la única mujer en la que confiaba. Nunca le había hecho ningún mal.

Una sirvienta apareció con una pila de ropa limpia. Hizo una reverencia.

—Tendréis lista vuestra habitación enseguida.

—Prepárame también un baño, por favor.

Volvió a hacer una reverencia antes de subir las escaleras.

Fue tranquilamente a la vieja oficina de su tío. Una copa de oporto sería algo perfecto para mantenerlo ocupado mientras le preparaban el dormitorio. Sus ánimos ya habían mejorado mucho desde su partida de Escocia. Tal vez Londres, con todas sus diversiones, sería justo lo que necesitara para recuperarse al completo de las intrigas y la malicia de lady Ophelia.

~

Amelia levantó la vista de su bordado cuando Grace entró a la sala con la cabeza bien alta en su habitual demostración de realeza. Tío Lewis, sentado enfrente a su sobrina en el salón, dejó a un lado el libro que estaba leyendo y se puso de pie.

Cuando hizo la reverencia, la duquesa dio un paso adelante, riéndose por lo bajo, y dijo:

—Vamos, señor Lewis, no son necesarias las formalidades. Usted forma parte de la familia de Amelia, y eso lo convierte en parte honorífica de la mía.

Cuando la madre de Amelia llegó a Inglaterra, Grace la tomó bajo su ala. Siendo americana, se le cerraron varias puertas de la alta sociedad. Por supuesto, seguía recibiendo invitaciones por el estatus de su marido, pero las damas elegantes no le dieron la bienvenida hasta que lo hizo la duquesa. Como resultado de su amistad, Amelia había crecido acostumbrada a la cercanía de la duquesa y contaba con ella como una segunda madre.

Tío Lewis enderezó su postura.

—Tome asiento, su excelencia. —Hizo un gesto hacia el sillón de terciopelo situado junto a Amelia.

Grace se sentó, haciendo frufrú con sus elaboradas faldas.

—Se lo agradezco, buen señor. Aborrezco las formalidades entre familia y amigos íntimos. Tiene permiso para llamarme Grace.

Él relajó el semblante.

—Como desees, pero insisto en que, a cambio, me llames Lewis.

Tío Lewis se reclinó y estudió a Amelia con curiosidad. Ella le sonrió y ladeó su cabeza en dirección a la duquesa.

—Qué agradable volveros a ver. —¿Le tembló la voz?

—Y a ti también, Amelia. —La voz de la viuda salió tranquila y confiada.

La mirada del tío Lewis volvió a la duquesa.

—¿A qué debemos el honor de tu visita?

—Como ya he explicado, Amelia es como de mi familia. Quería ver cómo se encontraba a la

luz de todo lo que ha ocurrido. —Girándose hacia Amelia, dijo—: ¿Cómo te sientes, querida? ¿Necesitas algo?

—Estoy perfectamente contenta en estos momentos, gracias. Claro que echo muchísimo de menos a papá, pero no se puede hacer nada al respecto. —Sus cuerdas vocales se agarrotaron al recordarlo y tuvo que tragar con fuerza.

Grace le guiñó el ojo y luego le devolvió su atención al tío Lewis.

—Perdona mi atrevimiento, pero ¿qué planes tienes para Amelia ahora que has sido nombrado su tutor?

—Me la llevo a vivir conmigo a América, al menos hasta que llegue a la mayoría de edad. Espero que lo encuentre a su gusto y elija quedarse permanentemente, pero, por desgracia, esa será decisión suya.

Aunque la indignación le bullía por dentro, Amelia luchó para mantener la compostura. «¡Debe de haberse vuelto completamente loco!», pensó. Nunca elegiría América antes que Inglaterra. ¿Cómo no podía darse cuenta de que no tenía ningún deseo vivir en América? Ni ahora, ni nunca. Inglaterra era su hogar y, con Dios como testigo, siempre lo sería. Abandonar Inglaterra sería como abandonar a sus padres, lo cual nunca consideró hacer.

Grace asintió con la misma expresión afable.

—Ya veo, ¿y cuándo marcharán a América?

Amelia se removió en su asiento e intentó secarse discretamente las palmas sudadas mientras esperaba a que se desarrollara el plan.

—Nuestro barco zarpa el lunes, poco después del amanecer. Tengo muchas ganas de regresar.

—Ay… ¿este lunes por la mañana? —El grito ahogado de Grace habría convencido a la mismísima reina.

—Sí, verás, ya me he quedado en Inglaterra mucho más de lo que debía. Es primavera: época de plantación. Me necesitan en mi hacienda para asegurar que las cosas funcionen sin problemas.

—Entiendo que sea necesario, pero es simplemente irracional esperar que Amelia deje atrás su hogar durante dos años con un aviso de solo unos días. Ella necesita más tiempo para resolver sus asuntos aquí en Londres y en Everthorne. Ahora son su responsabilidad.

—Pero ¿cómo…?

—No te preocupes, Lewis. Estaría encantada de supervisarla, si te complace. —La duquesa se inclinó hacia él y bateó sus pobladas pestañas—. Tener a Amelia bajo mi techo me sería de consuelo.

Amelia apretó los labios para evitar quedarse boquiabierta ante la astuta intervención de la duquesa. «Una veterana, ya lo creo», pensó. Ahora solamente quedaba que el tío Lewis cooperase. Conteniendo el aliento, esperó a su respuesta.

—No había considerado la opción de contratar a una carabina, y no tengo deseos de viajar sin Amelia. —Suspiró y juntó las cejas—. Sin embargo, tu oferta es generosa, y parece que las complacería a ambas.

Su mirada color esmeralda se clavó en la de Amelia cuando preguntó:

—¿Cuánto tiempo necesitarías para prepararte?

—Dos meses —soltó Amelia, luego se reprendió por su rapidez. ¿Por qué no pidió más tiempo? Un año entero la habría sacado del duelo, haciendo así mucho más fácil la tarea de encontrar marido. Sin embargo, y por desgracia, él nunca habría estado de acuerdo con un periodo tan largo.

Apoyó la barbilla en sus puños y cerró los ojos por un momento antes de volver a abrirlos.

—¿Ese margen de tiempo te parece bien, duquesa?

—Desde luego, estaría encantada de ser su carabina durante dos meses. Y durante más tiempo, si fuera necesario.

—Eres muy generosa, pero no va a necesitar más tiempo del que hemos acordado.

Grace arqueó una ceja en gesto cómplice.

—¿Entonces hemos llegado a un acuerdo, Lewis?

—Sería grosero por mi parte negarme a una petición tan razonable. —Clavó la mirada en Amelia—. Dos meses… ni un día más.

Levantándose como un rayo de su asiento, Amelia se lanzó a los brazos de su tío y le dijo:

—Gracias, muchísimas gracias. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí.

—Todo agradecimiento debería dirigirse a su excelencia. Es su generosa oferta la que te permite quedarte un poco más de tiempo.

Amelia presionó los labios contra su cálida mejilla antes de volver su atención a la duquesa.

—Gracias de todo corazón. Tu generosidad no será desaprovechada.

Grace le cogió las manos con una expresión jubilosa en el rostro.

—De nada de todo corazón, querida.

Una doncella entró al salón y preparó el té de la tarde. Amelia se puso a pensar a toda velocidad mientras levantaba una delicada taza de porcelana, sin darse cuenta de que había olvidado añadir azúcar hasta que tomó un sorbito y se estremeció ante el amargor.

El tío Lewis y Grace hablaron largamente durante la tarde, afinando los detalles de su función como carabina, pero Amelia apenas les prestó atención.

Antes de darse cuenta, la pareja se puso a charlar de nimiedades. Amelia no pudo evitar notar lo maravillosamente bien que se llevaban. Si no los conociera, hubiera dicho que el uno gozaba del favor del otro.

No tenía tiempo para estudiarlos. Volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Sí, se quedaría en Inglaterra, pero todavía no era un acuerdo permanente. No descansaría hasta encontrar cónyuge.

Tres

Amelia le resultaba difícil creer que ya le había llegado el momento de partir al tío Lewis. La semana había pasado volando después de que le permitiera a Grace hacer de carabina. Amelia no podría haber estado más contenta por quedarse en Londres.

Hacía solo unas horas, la doncella Edna la había ayudado a vestirse y a hacerse una trenza simple para desayunar. Y ahora, Amelia estaba al lado de la duquesa de Abernathy en su amplio porche de piedra. Una de sus manos descansaba sobre la fresca cornisa mientras que usaba la otra para decirle adiós al tío Lewis.

La despedida era agridulce. A pesar de su emoción por quedarse en Inglaterra, era consciente de lo mucho que lo echaría de menos. Saber que planeaba no marcharse nunca de Inglaterra únicamente servía para agravar su tristeza.

No tenía más remedio que sentirse dividida entre la alegría por quedarse en Londres y la tristeza por ver partir a su único pariente con vida. Se le formó un peso en el corazón. Tal vez pudiera hacer el viaje de regreso para su boda, ¿cierto?

Amelia quería ir al puerto y despedirse como es debido, pero él había rechazado su petición. El puerto no era sitio para una dama, a menos que zarpara. No quería ni a la duquesa ni a Amelia allí, solas y vulnerables, después de que él abordase.

Era verdad, el puerto guardaba un amplio atractivo para todo tipo de indeseables. Carteristas y similares. Amelia acató sus deseos sin discusión. No quería ponerlo molesto con excesiva discusión por miedo a que cambiara de opinión sobre su estadía.

Siguió observando a su caballo de alquiler mientras se empequeñecía cada vez más en el horizonte antes de verse consumido por el intenso tráfico londinense.

Amelia alzo el rostro hacia el cielo celeste.

—Es un hermoso día para viajar.

—Sí que lo es —respondió Grace—. Escucha a los pájaros piar sus espléndidas canciones. La primavera está en el aire.

Amelia cerró los ojos e inhaló el fresco aire matutino.

—Siempre me ha gustado mucho la primavera. Es la estación del renacimiento. La única época del año en que presenciamos milagros a diario.

Su mirada se desplazó en dirección al jardín, donde la mayoría de las flores se abrían a una nueva vida. Las forsitias y los narcisos estaban en plena floración entre las muchas otras flores del jardín. Un arcoíris de pétalos flotaba sobre recientes brotes verdes. Anhelaba dar un paseo por allí.

—Siempre he tenido facilidad para perderme en los jardines. Hay algo en la naturaleza que me atrae.

La duquesa rió entre dientes y colocó el brazo alrededor de los hombros de Amelia.

—Muy bien, querida. Entremos y preparémonos para la visita de lady Sarah. La he invitado a tomar el té, y sospecho que llegará en breve.

Amelia sonrió y permitió que Grace la guiase de vuelta a la casa. Solamente se oía el suave frufrú de sus faldas.

—Es espléndido. Apenas puedo esperar para intercambiar opiniones sobre mi plan. No he pensado en casi nada más en toda la semana.

Edwin, su mayordomo, les abrió la puerta cuando se acercaron.

—Por favor, prepara el salón para el té. Lady Sarah nos acompañará —dijo Amelia cuando atravesaron el vestíbulo.

Él asintió y cerró la pesada puerta.

Amelia se quitó el chal negro liso. Ya se había hartado del color. Servía únicamente para recordarle todo lo que había perdido, incrementando su tristeza cada vez que lo veía. Unas lágrimas amenazaron con brotar, y Amelia respiró hondo para luchar contra ellas.

Grace le tendió su chal al mayordomo.

—Por favor, informa al personal de que lady Amelia vendrá conmigo a Abernathy House después del té. Haz que su doncella acabe de hacer todo el equipaje que quedé aún por hacer.

—Como deseéis, su excelencia.

Amelia le entregó su chal a Edwin y luego procedió a subir por la escalera curvada de caoba. Tenía que prepararse para el té y, más importante, para su futuro.

~

A pedido de Grace, Amelia estaba tocando las frías teclas de marfil del piano, cuando se unió a ella la encantadora voz de Sarah.

—Look out upon the stars, my love, and shame them with thine eyes...

Siguió tocando mientras Sarah entonaba cada palabra a la perfección. Su delicada voz reverberaba por la sala al tiempo que Amelia hacía bailar sus dedos por las teclas. Desafortunadamente, la melodía terminó y Amelia se levantó para saludar a su amiga con un beso en la mejilla mientras que Grace aplaudía su actuación.

—Estoy tan contenta por que pudiera venir, lady Sarah. —Grace palmeó el asiento que tenía a su lado—. Venid a sentaros, las dos. Tenemos un plan que elaborar.

Se acomodaron en sillas cercanas.

Era agradable estar en su salón entreteniendo a sus amigas más cercanas. Amelia casi olvidó su duelo debido al puro placer de hacer cosas normales.

—¿Cómo te estás adaptando, Amelia?

Golpeada por una poderosa oleada de sentimientos, Amelia asintió mientras hacía retroceder el dolor.

—Estaré bien cuando me case.

Una doncella trajo el té, y las tres aceptaron una taza.

Con una sonrisa irónica, Grace preguntó:

—¿Has decidido a cuál de los solteros de Londres vas a llevar al altar?

—No he pensado en otra cosa. Sí que tengo algunos nombres en mente, pero no estoy segura de que alguno de ellos esté bien. Creo que lord Shillington podría ser prometedor. Como sabéis, es el hijo mayor del conde de Voxton. Un verdadero lord inglés. —Amelia puso la taza de té sobre una mesilla—. Como mínimo, es un perfecto caballero… y agradable a los ojos.

Sarah sonrió.

—Por supuesto, él estaría encantado. Ciertamente no escondió su favor hacia vos en los bailes de la última temporada. De hecho, quedó como un tonto yendo detrás de vuestras faldas.

La risa inundó el salón e hizo eco por las paredes, lo cual levantó el ánimo de Amelia.

Nunca olvidaría la manera en que los ojos de él la seguían por el salón de baile. Desde el primer momento en que sus pies tocaron el suelo del baile de la duquesa, lord Shillington se había empecinado en darle todo lo que ella pidiera. Le hizo una reverencia con muy poca gracia y chocó con la marquesa de Lovington, montando una escena.

Después de disculparse muy profusamente con la marquesa, añadió su nombre a la tarjeta de baile de Amelia tantas veces como la etiqueta le permitía.

—Es cierto, parecía bastante enamoradito, querida —dijo Grace, con la voz llena de regocijo.

Sarah colocó una mano sobre la de Amelia.

—No recibiréis queja alguna de él por atraparlo en matrimonio. Siempre y cuando seáis vos la novia.

—Sospecho que no, pero no estoy segura de poder ser feliz con él, de todas formas. —Amelia apoyó las manos en su regazo y exhaló largamente—. Creo que es demasiado torpe para vivir con él a diario. Además, no me gustaría que mi marido se preocupe más por la moda que yo.

Otra vez, la sala se llenó de la risa exuberante del trío.

—Sí, querrás elegir un buen partido con el que estés a gusto. —Grace apoyó su taza en la mesilla con un leve tintineo—. ¿En quién más has pensado?

—Lord Roleings podría funcionar. Siempre le he tenido aprecio. Y no llevamos bien en el pasado.

—Es un libertino reconocido, lady Amelia —dijo Sarah, arrugando la cara—. Aunque lord Roleings os comprometiera, podría seguir negándose al matrimonio. Estaríais arruinada completa e irrevocablemente.

La duquesa le restó importando con un gesto de la mano.

—Oh, no exageréis, no es completamente libertino. Solo fracasa en esconder sus aventuras con tanto éxito como los otros solteros. —Volviéndose a Amelia, la duquesa añadió—: Sería sumamente creíble que él te comprometiera con poca evidencia para apoyar el hecho. Su reputación de libertino sería beneficiosa para ti.

—Imagino que tenéis razón, duquesa. De todos modos, lady Sarah ha hecho una buena observación. —Amelia asintió hacia Sarah—. Me gustaría un esposo honorable. Uno que no tuviera la etiqueta de «libertino» en la alta sociedad.

Sarah movió ligeramente su mano.

—Todo ese escándalo se olvidaría con más facilidad si os casarais con un hombre de buen carácter.

Amelia se masajeó las sienes en un gesto de frustración. Debía de haber algún hombre elegible en Londres con quien pudiera ser feliz.

—Por Dios, tengo al candidato ideal —dijo Sarah con voz llena de entusiasmo—. Mi hermano. El siguiente marqués de Havenshire. Necesita una esposa y le sería muy difícil encontrar a una más adecuada que vos, lady Amelia. Él mismo lo ha dicho, hace no más de quince días, que encontraría esposa esta temporada aunque tuviera que casarse con la hija de un comerciante.

—Lord Roseington sería un buen partido —convino Grace—. Vosotros ya os conocéis bien, y él es muy honorable. No te negaría el matrimonio si quedas comprometida estando en su

compañía.

La sala en la que se encontraba Amelia parecía inclinarse y luego enderezarse sola. «Sería maravilloso tener a Sarah como hermana», pensó. Cerró los ojos un momento.

—Es un gran partido, lady Sarah, pero es vuestro hermano. ¿Podríais vivir con la conciencia limpia si él despreciara el plan… si me despreciara a mí?

—Oh, no le deis tantas vueltas. Mi querido hermano nunca podría despreciaros. —Se alisó la falda con la mano—. Puede que al principio se enfade un poco por haber caído en una trampa, pero superaría el disgusto inicial y sería feliz con vos. —Sarah hizo un gesto con la mano enguantada para restarle importancia al asunto—. Lady Amelia, estoy segura de que llegará a quereros, igual que yo. Y yo nunca podría sentir antipatía por vos. Sois como una hermana para mí. Solo pensad en que, si el plan funciona, seremos hermanas de verdad. Pensad en lo maravilloso que sería.

Sería estupendo formar parte de la familia de Sarah, pero solo si lord Roseington era feliz con ella. ¿Y si no lo era? Eso sería un desastre. ¿Podría vivir con los efectos adversos?

Grace se puso en pie, fue hacia la chimenea y colocó una mano sobre el manto.

—Yo creo que lord Roseington es una pareja perfecta, Amelia. En realidad debes saber que ningún hombre será instantáneamente feliz por caer en una trampa para contraer matrimonio. —Colocó la mano en su cadera—. Bueno, con la excepción de lord Shillington, por supuesto.

Estallaron en un ataque de risa. Una vez más, a Amelia se le llenó la mente de imágenes de lord Shillington vestido con todas las galas y chocándose con las damas.

Superó sus carcajadas y dijo:

—Lady Sarah, habéis dicho que vuestro hermano está decidido a casarse esta temporada. ¿Qué os hace pensar que no se ha decidido aún por ninguna dama?

Sarah negó con la cabeza, logrando que sus rizos rubios rebotasen.

—Lo habría mencionado. —Arrugó el entrecejo—. Ha estado cortejando a algunas damas, pero no está considerando seriamente a ninguna de ellas. Estoy bastante segura de ello.

Amelia trabó miradas con Grace.

—¿Creéis que es una buena idea si lord Roseington está cortejando abiertamente a otras damas?

—Claro que sí. —Su tono sensato hizo eco en las paredes—. Demuestra que está buscando esposa. ¿Y por qué no deberías ser tú esa esposa?

Amelia se encogió de hombros y suspiró.

—Muy bien, entonces elijo a lord Roseington.

Sarah le sonrió de oreja a oreja a Amelia.

—Soy muy feliz. Ya veréis que también mi hermano será feliz. Cuando deje atrás lo de haber sido engañado.

Amelia sonrió a pesar de sus reservas.

—Espero que tengáis razón en esa suposición.

—Sé que la tengo. Ya veréis. —Sarah se levantó y se puso a alisar las arrugas de su vestido de seda color mandarina—. Ahora que está todo resuelto, debo irme. Tengo una cita con la costurera para darle los últimos retoques a mi nuevo vestido de fiesta.

La duquesa chasqueó la lengua y volvió a su asiento.

—El hombre es solo una parte del plan. Ahora debemos decidir cómo poner en un compromiso a lady Amelia. El baile de etiqueta que organizo la próxima semana nos brindará la oportunidad perfecta, pero todavía carecemos de un plan bien preparado.

Cuando Amelia se puso a juguetear con su cuello alto de luto, la duquesa miró en su

dirección.

—Porque al quedarte en mi casa mientras dure mi estatus de carabina, podrás asistir. Sin embargo, no se te permitirá bailar.

Sarah volvió y se dejó caer en la silla produciendo un fuerte sonido silbante cuando sus faldas se acomodaron en su lugar.

—Unos pocos minutos más no van a interferir con mi cita.

—Pues sí que tenéis razón, duquesa. ¿Alguna idea? —preguntó Amelia.

La duquesa ladeó la cabeza un poco a la izquierda.

—Me temo que no. ¿Vosotras?

La mirada de Amelia se encontró con la de Sarah. Esperaba un soplo de inspiración, pero no lo encontró.

—Por más que desee asistir, creo que sería más fácil llevar a cabo el plan si me abstengo.

Sarah juntó las manos en su regazo.

—Yo tampoco tengo ideas, pero tenéis razón. Si os quedáis cerca del salón de baile, podemos encontrar la manera de llevarlo hasta vos, pero ¿cómo?

Amelia se mordisqueó el labio inferior.

—No tengo ni la más remota idea.

—Pues bien, tendremos que reflexionar más sobre el asunto. Lady Sarah, ¿podría acompañarnos a almorzar mañana en Abernathy House? Luego podemos discutir nuestro curso de actuación. —Grace bajó la cabeza, haciendo bailar a sus pendientes de perla.

Sarah se puso de pie una vez más.

—Creo que es una gran idea. Ahora debo ponerme de camino.

Mientras se despedía de su amiga, Amelia rezaba para que inventasen algo mañana.

Cuatro

Al llegar a la casa de Grace, Amelia se instaló en un cuarto de huéspedes grande. Había una gran cama de columnas de caoba contra una pared, y un ornamentado tocador de color crema al otro lado. La chimenea de mármol presumía de columnas romanas y de un manto tallado. Las paredes empapeladas lucían diseños florales de color crema y menta.

Los pies de Amelia se hundían en la suave alfombra crema al caminar por la habitación hasta un ventanal, que daba al jardín trasero y dejaba entrar mucha luz natural, y tenía una silla verde menta colocada a su lado. Se acomodó en la silla y miró al jardín mientras esperaba a Edna, quien entró como si nada al dormitorio unos instantes después para preparar a Amelia para el almuerzo.

Por desgracia, aún debía vestir de negro, con el traje y velo de luto. Se sentía muy fuera de lugar en esta casa señorial y eso solo servía para entristecerla más. Los vestidos de luto también le dificultarían la tarea de atrapar un marido. Detestaba tener el aspecto de una vieja viuda. ¿Qué pensarían Grace y Sarah si bajase con un vestido de día de color? Una sonrisa pícara se extendió por su rostro, luego se desvaneció rápidamente al tiempo que fruncía el ceño. Nunca lo averiguaría.

Amelia admiró el hogar de Grace en su camino hacia el almuerzo. A pesar de la cantidad de veces que había entrado en sus habitaciones, siempre capturaban su admiración. La luz fluía a través de los ventanales y llenaba el lugar, reflejándose en espejos y chucherías. Papel pintado en tonos de azul, verde, rojo y crema adornaban las paredes. Un tapizado mobiliario de roble negro y caoba precioso ocupaba con gracia todas las salas.

Amelia miró con detenimiento un candelabro grande de bronce incrustado de joyas que colgaba por encima del vasto espacio entre las escaleras del vestíbulo. No cabía duda de que allí se encontraría a gusto durante toda su estancia. Incluso a la familia real le parecería cómodo el palacete de la duquesa. Entró al comedor traspasando un par de puertas francesas y tomó el asiento frente a Sarah.

Grace le guiñó el ojo a Amelia.

—Lady Sarah y yo estábamos contándonos los chismes de la alta sociedad mientras esperábamos a que llegaras. —Alzó su vaso y tomó un sorbo antes de volver a colocarlo sobre la mesa—. Por favor, sírvete. Luego hablaremos de tu propuesta.

—Muy bien, gracias —respondió Amelia.

Unos bocados de aspecto sabroso dispersaban un aroma sensacional por la sala. Inhaló profundamente, permitiendo que las fragancias mezcladas de dulces, frutas maduras y carnes sabrosas colmasen sus sentidos. Fuentes de plata llenas de comida bordeaban el aparador. Amelia miró las flores frescas que rodeaban un candelabro en el centro del tapete azul marino.

Su mirada vagó hasta el plato de porcelana fina que tenía delante, enmarcado por utensilios de plata. Todo se encontraba a la espera de que lo llenase de dulces y bocados sabrosos para romper su ayuno. Una copa de cristal centelleó cerca de ella, como enfatizando la belleza y la maravilla del resto de la comida. El estómago de Amelia rugió ante tan magnífica vista.

Se acercó al aparador y seleccionó una variedad de carnes, quesos, tartas y fruta antes de volver a sentarse.

Sarah tragó saliva.

—¿Habéis pensado en cómo haréis para que mi hermano os ponga en un compromiso?

—No más allá del hecho de que voy a tener que ir tras él o atraerlo hasta mí, y no estoy segura de cómo conseguirlo. —Amelia cogió una fresa y se la llevó a la boca.

—Conseguir estar a solas con él no te servirá de nada si nadie los sorprende juntos. —Grace negó con la cabeza vigorosamente—. Hemos de formular un plan que te asegure que los atrapen juntos.

—Mi hermano es demasiado honorable para comprometeros de veras, lady Amelia. El truco estará en hacer que parezca que sí os compromete. —Sarah tomó otro trago de su brillante copa de cristal.

—¿Y si me tropiezo con él y de alguna manera caigo en sus brazos? Entonces una de vosotras podría toparse con nosotros y armar alboroto que de seguro atraiga la atención de la gente. —Amelia quedó perpleja—. Podría funcionar y, si fuera necesario, podría incluso besarlo descaradamente. —Sintió que le subía calor a las mejillas mientras miraba de una amiga a la otra.

Sarah se quedó mirando a Amelia, con los ojos brillantes por la luz del sol.

—¿Realmente podríais…? Quiero decir, ¿de verdad os tiraríais encima de él? ¿Y qué haríais si él se niega a corresponderos el beso?

Amelia frunció el ceño, meditando la pregunta.

—Supongo que no importaría, siempre y cuando diera la impresión de que sí me besa.

Grace dejó en el plato su pastelito.

—Estás en lo cierto: únicamente importa lo que la gente crea. Basta con que parezca real para que la sociedad crea que lo es.

Amelia se aclaró la garganta.

—Durante el baile, me sentaré a leer en la biblioteca. —Miró a Grace—. Para ser sincera, me sentiría incómoda en el salón de baile. Lo único que haría es quedarme sin hacer nada, y todos me mirarían preguntándose cómo lo estoy llevando. —Una punzada de arrepentimiento la atravesó al tener que renunciar a su oportunidad de participar al menos de manera limitada. Sintiera como se sintiera, era lo mejor.

Grace asintió.

—Si estás segura de que ése es tu deseo, lo permitiré.

Amelia sonrió con poco entusiasmo.

—Para mi plan, es necesario —ladeó la cabeza en dirección a Sarah— que pudierais pedirle a vuestro hermano que vaya a buscar un libro que la duquesa ha accedido a prestaros. —Amelia dirigió su mirada a Grace—. Entonces, cuando lord Roseington entre a la sala, yo encontraré la manera de caer en sus brazos. —Amelia levantó su copa—. Lady Sarah esperará en el vestíbulo hasta que oiga la conmoción y después entrará a la sala para sorprendernos. —Tomó un sorbo de la copa porque necesitaba humedecer su garganta seca.

Sarah le sonrió, un ligero tono rosado coloreaba sus mejillas.

—Gritaré ante esa escena. Mi chillido atraerá una multitud, de seguro, y quedaréis

comprometida.

—Es perfecto, damas, y confío en que funcionará sin problemas. —Grace dejó a un lado su tenedor—. Toda la alta sociedad irá corriendo a presenciarlo. Creo que ni yo misma hubiera podido idear un plan mejor.

A Amelia se le iluminó el rostro ante tal cumplido, y Sarah sonrió como una niña traviesa. El ardid parecía bastante infalible. Una vez hecho, tendría que casarse con lord Roseington y se quedaría en Inglaterra de manera permanente. Con el corazón rebosante de regocijo, levantó su copa para hacer un brindis.

—¡Ejem, damas! —Un barítono masculino resonó detrás de ella.

Amelia se puso de pie y dio media vuelta para ver quién había interrumpido su comida. Su mirada aterrizó en el hombre más perfecto que había visto en su vida. Alto y musculoso con cabello ónice y preciosos ojos color zafiro. Un peculiar hormigueo recorrió su cuerpo cuando se miraron el uno al otro. Muchos pensamientos invadieron su mente mientras intentaba averiguar quién podría ser él.

Grace se le acercó.

—Ven aquí, querido. Almuerza con nosotras, ¿quieres? —Hizo señas con la cabeza hacia Amelia y Sarah—. Permíteme presentarte a lady Sarah, hija de la marquesa de Havenshire, y a lady Amelia, vizcondesa de Everthorne. Ella se quedará aquí bajo mi supervisión.

Con otra ligera reverencia, él dijo:

—Es un honor conoceros a ambas. —Volvió a trabar miradas con Amelia cuando se enderezó totalmente. Una sonrisa disoluta se posó con orgullo en sus labios gruesos.

—Damas, él es mi sobrino, el duque de Goldstone.

Amelia le dedicó una sonrisa con las rodillas súbitamente débiles.

—Es un placer conoceros, su excelencia.

El saludo de Sarah se abrió paso por la repentina neblina que le enturbiaba la mente a Amelia.

—Encantada de conoceros, su excelencia —respondió Amelia. ¿Cómo es que no lo conocía?

Grace le hizo unos gestos para que se sentara con ellas al tiempo que se acomodaba en su asiento, señalándoles que volvieran a sentarse. Amelia se mordisqueaba el labio inferior mientras lo veía moverse.

—Os aseguro que el placer es todo mío, damas. —Y se sentó.

A Amelia se le revolvió el estómago. ¿Y si las había oído hablar antes de entrar? Se le aceleró el corazón hasta el punto de poder sentir la sangre corriendo por sus venas. Era posible que lo arruinase todo, o peor aún: que pensase mal de ella. Se le cerró el apetito, así que apoyó las manos en su regazo. ¿Por qué le preocupaba lo que un extraño pensase de ella? Tenía que recuperar el control sobre ella misma. Por más que intentase evitar mirarlo, su mirada no dejaba de vagar hasta él.

—El duque de Goldstone se quedará aquí durante el resto de la temporada. —Grace sonrió en dirección a Amelia, luego le devolvió su atención a él—. No esperaba que almorzases con nosotras, querido.

—He terminado mis negocios antes de lo esperado. —Tomó asiento sonriéndole a Grace—. Cuando vuelva a mi casa de Glasgow, llegaré con buenas noticias; pero no deseo aburriros con asuntos de negocios.

A Amelia se le paró el corazón. «Glasgow. Es escocés», pensó.

Grace bajó el tenedor.

—Tú nunca podrías aburrirme, Richard. Me encanta oír sobre tus negocios, y eres muy

consciente de ello.

—Aun así, te ahorraré los detalles —replicó.

Su voz masculina envolvía a Amelia, y un extraño aleteo se apoderó de su vientre. Nunca antes había respondido de esa forma ante un hombre, pero de alguna manera supo que era una reacción peligrosa. Tenía que marcharse.

—Si me perdonáis, de repente necesito reposo.

—Claro que sí, querida. Nos veremos por la tarde —dijo Grace.

El duque le guiñó un ojo cuando ella hacía el ademán de levantarse de la silla. Su interior explotó en llamas. Por piedad, ese hombre sí que era inquietante. Salió de la sala sin volver a mirarlo.

~

Richard se acercó tranquilamente al aparador y dejó allí su vaso de whisky. ¿Por qué su tía no le había mencionado a su otra invitada? De haber sabido que una hermosa jovencita estaría en la residencia, no se habría comprometido a quedarse toda la temporada. Por otra parte, la dama vestía de luto. ¿Sería viuda? Eso le daría una explicación a su título: vizcondesa de Everthorne. Las palabras rodaron suavemente por su lengua.

No. Una viuda, sin importar lo joven que fuera, no tendría necesidad de una carabina. Se le estaba escapando algo, pero ¿el qué? Fue hasta la ventana. El sol entraba a raudales por ella, transmitiéndole su calor casi con la misma intensidad que el licor. ¿O era el recuerdo lo mucho que lo había impresionado la belleza de lady Amelia lo que lo calentaba? ¡Maldita sea!

—Al fin te encuentro, querido. He pensado que podríamos pasar juntos un rato.

Volteó la cabeza justo cuando su tía Grace entraba como si nada a la sala.

—Justamente estaba pensando en ti. —Más bien pensando en la invitada de la tía Grace, pero no iba a admitir eso. Se sentó en el sofá frente a ella.

—Entonces soy de lo más oportuna. —Abrió su abanico.

—Tengo curiosidad por cómo has llegado a ser la carabina de lady Amelia. —Le prestó su máxima atención a su tía mientras esperaba la respuesta.

—Lady Amelia es una chica encantadora que, desafortunadamente, ha sufrido una pérdida. Su padre falleció dejándola bajo la tutela de su tío americano. Un caballero espléndido, pero que desea llevársela allí. La pobre necesitaba más tiempo aquí en Londres para poner en orden sus asuntos. Yo me ofrecí a ayudar, y eso es todo.

La tía Grace sonrió con dulzura y él arqueó una ceja, para nada convencido de que le hubiera dicho toda la verdad.

—¿Cuándo cesarán tus compromisos para con lady Amelia?

—Su tío le ha concedido un mes para arreglar sus asuntos, después partirá a América.

La tía Grace ladeó la cabeza, estudiándolo de una manera inquietante. Él se llevó el vaso a los labios, agotando los restos del whisky.

—Deberías tomarte el tiempo de conocerla. Es una dama encantadora de verdad.

—Eso ya lo has dicho. —Se levantó para coger la jarra.

—Porque es la verdad, y creo que se llevarían muy bien.

Lo que había comenzado como una conversación bastante agradable, por alguna razón se había convertido en una charla bastante perturbadora. Tragó con fuerza.

—No estoy interesado en buscar compañía femenina, tía Grace. Prométeme que no te convertirás en una de esas viudas aburridas que juegan a ser casamenteras.

Ella se rió.

—Claro que no, querido, pero vamos a vivir todos bajo el mismo techo. ¿Qué daño te haría entablar una amistad con ella?

La sola idea le hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo. Llegar a conocerla le haría algo más que daño. La dama era una cosita con ojos de color verde mar y oscuro cabello rizado por el que le encantaría pasar sus dedos. Sus labios gruesos estaban hechos para ser besados… Sacudió la cabeza para aclararse los pensamientos.

—Hablemos de otra cosa. Dime, ¿en qué has ocupado tu tiempo desde mi última visita?

Se reacomodó en su asiento, contento de escucharla parlotear sobre cualquier otra cosa que no fuera lady Amelia. Ella era un tema que ya no deseaba explorar.

Cinco

La yegua de Amelia se removió debajo de ella para mordisquear el césped mientras ella admiraba la vegetación del parque. Un exuberante follaje la rodeaba, salpicado de trazas de color donde florecían los arbustos.

Grace estuvo de acuerdo en que uno de sus lacayos sea su carabina en el paseo diurno, pero solo después de que Amelia le dijera que le haría bien montar de nuevo. Ir sobre un caballo había formado parte importante de su vida antes de la muerte de papá. No había montado en más de quince días, y lo echaba muchísimo de menos.

Lo único que disfrutaba más que la naturaleza era subirse a lomos de una bestia musculosa. Papá le había comprado su primer caballo cuando tenía tres años. Y mamá le daba lecciones a diario para asegurarse de que se convirtiera en una amazona experta. Desde niña, había disfrutado de un paso al día. Como resultado, se puso loca de contenta cuando Grace ordenó que alguien trajera a Rubí a Abernathy House y le encontrara sitio en los establos.

Amelia divisó a Sarah montando en su dirección. Tocó con la espuela las costillas de Rubí, instándola a entrar en un galope suave. Sarah saludó con la mano antes de hacer lo propio con su montura. Cuando ambas estaban ya cerca, tiraron de las riendas para ralentizar sus caballos.

Sarah inclinó la cabeza ante Amelia.

—Buen día, lady Sarah —dijo Amelia, saludándola como mandaba la etiqueta en caso de que alguno las oyera.

Sarah sonrió.

—Buen día, lady Amelia. Me alegra verla disfrutar de un paseo a caballo.

—Es una mañana estupenda para hacerlo, y he echado mucho de menos a Rubí. ¿Queréis que paseemos juntas, lady Sarah? —preguntó Amelia, con la formalidad requerida.

Sarah la miró con una sonrisa torcida.

—Me encantaría acompañaros.

Amelia asintió e hizo girar a Rubí hacia una zona más apartada. Quería un poco de privacidad.

Sarah cabalgó a su lado y guió su montura para seguirle el ritmo a Rubí.

—¿Cómo va todo en Abernathy House?

—Me estoy adaptando bien. Es un hogar espléndido, y su excelencia es la anfitriona perfecta. —Amelia observó su entorno con disimulo para ver si habían conseguido ya la privacidad que buscaban. El camino por el que entraron no era tan popular entre los jinetes como el que habían dejado atrás. Era mucho más angosto y bastante alejado de los límites ajardinados que la mayoría prefería.

Amelia aflojó las riendas para que Rubí pudiera mordisquear el largo y exuberante césped

mientras ellas conversaban.

—El duque de Goldstone me sorprendió bastante. No tenía ni idea de que su excelencia tuviera un sobrino escocés. —Movió una mano de la silla de montar hasta descansarla en su regazo—. No puedo imaginar por qué no me habló antes de él. —Amelia negó con la cabeza levemente y esperó que Sarah participara del tema de conversación que había elegido.

—Ni yo. —Sarah negó con la cabeza—. Pero debe de haber tenido sus razones. Tal vez sencillamente nunca se le ocurrió hablar de él con todo lo que estaba pasando. Es probable que el baile y tu llegada a su casa la hicieran olvidar mencionarlo. —El caballo de Sarah dio un paso al lado, obligándola a coger las riendas—. ¿Se ha presentado la oportunidad de que se conozcan mejor?

Amelia intentó hundirse en su silla de montar.

—De hecho, apenas lo he visto desde el día en que llegó. Paso la mayoría del tiempo en la biblioteca o paseando por los jardines. La duquesa y yo únicamente disfrutamos de la compañía de la otra a la hora del té y de las comidas, y ella no ha mencionado mucho sobre él. —Se le aceleró el pulso con solo pensar en el duque.

Sarah alzó un poco el mentón.

—Yo lo mencioné cuando llegué a casa ese día después del almuerzo. Papá dijo que el duque de Goldstone se mudó a Escocia cuando heredó las tierras y el título de un pariente lejano. —Sarah se llevó una mano al regazo—. Antes de eso, residía en Leeds. Papá dijo que el padre del duque era un conde, y ahora el duque también posee ese título.

Leeds.

—No puedo imaginar qué lo trajo a Londres por lo que resta de temporada. Está bastante lejos de Glasgow —dijo Amelia, frunciendo los labios en señal de concentración—. Sin mencionar que los escoceses tienen su propia temporada.

—Negocios, me figuro; o al menos eso deduje de lo que dijo.

Amelia cogió un trozo de hilas de su traje de montar.

—Me cuesta mucho creer que sus negocios le ocupen la temporada completa.

—Sea cual sea la razón, me alegra que viniera. —El rostro de Sarah se iluminó con una sonrisa tan deslumbrante que rivalizaba con los rayos del sol que las bañaban—. Tengo la esperanza de bailar con él mañana por la noche.

Amelia hizo una mueca ante la imagen mental de Sarah en los masculinos brazos del duque. ¿Qué le ocurría? No quería un caballero escocés; se iba a casar con lord Roseington y viviría feliz en Inglaterra. Para siempre.

Amelia hizo un esfuerzo para volver a pegarse una sonrisa en los labios.

—¿Te gusta el duque de Goldstone?

Sarah apartó la mirada.

—Claro que no… Apenas lo conozco. —Volvió a mirar a Amelia, batiendo las pestañas—. Aunque es agradable a los ojos, y es cierto que me parece interesante. —A Sarah se le encendieron las mejillas, revelando su secreto.

—Es verdad, Sarah. Sí que te gusta. Ese sonrojo en tus mejillas lo dice todo.

Amelia debería alentarla, estar contenta de que le gustase alguien. ¿Por qué se sentía tan enfadada?

Sarah, perpleja, fijó sus ojos en Amelia.

—Deja de burlarte de mí. Simplemente quiero conocerlo mejor. —Su sonrojo aumentó—. No tengo la intención de casarme esta temporada. Y si la tuviera, no me casaría con un lord escocés. Yo me casaría solo por amor. Se necesita más de una temporada para formar tal

emoción.

Amelia sonrió ante la evidente incomodidad de Sarah.

— Por supuesto que no, Sarah. Por favor, perdóname. No he debido burlarme de ti. No ha sido mi intención causarte incomodidad. Eres mi amiga más preciada. Es que estoy nerviosa por lo de mañana por la noche. Estoy hecha un lío. —Sonrió a modo de disculpa.

Sarah asintió.

—Soy una boba, Amelia. Naturalmente que estás nerviosa. Y yo aquí hablando de mí. —Suspiró—. Confío en que las cosas saldrán según lo planeado con mi querido hermano, así que no hay nada de qué preocuparse.

Amelia bajó la mirada para ver a Rubí, que olisqueaba hierbajos verdes y amarillos, y luego volvió a mirar a Sarah.

—Claro, tienes razón. Quiero decir, en verdad ¿qué podría ir mal? —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. De todos modos, es desconcertante. Sigo intentando averiguar cómo caer en brazos de tu hermano sin quedar como una completa idiota.

Cerca de ellas se escucharon unos sonidos de crujidos que sobresaltaron a Amelia y encabritaron a su yegua. Tuvo que tirar de las riendas al mismo tiempo que intentaba tranquilizarla para volverla a poner a cuatro patas. ¿Y si alguien las había escuchado? Los ojos de Amelia fueron a parar a una ardilla que se movía de rama en rama arriba de ellas.

Sarah se rió por lo bajo y escudriñó a la intrusa.

—Me atrevo a decir que estás con los nervios de punta hoy. Tienes que relajarte o te volverás loca. Tus secretos están a salvo con los roedores. —Sarah se volvió a reír y su caballo se removió debajo de ella.

Amelia se encogió de hombros.

—Tal vez necesite alguna distracción. Volvamos al camino principal y cuéntamelo todo sobre tu vestido de baile. —Sarah siempre ordenaba todo a la última moda. Un tema que fascinaba a Amelia más que solo un poco, por lo que su interés no era del todo fingido. Además, necesitaba cambiar de tema.

Cogió las riendas con más firmeza y le dio un toque a Rubí con la bota. En un momento ya regresaban a las zonas principales del parque. Sarah era la viva imagen de la perfecta dama de sociedad en su yegua blanca. Estaba con la espalda recta en su silla de amazona, vestida con su traje de montar de color burdeos y bordado con encajes de color crema. Amelia debía de parecer aterradora a su lado con su sombrío vestido de luto.

Sarah miró de reojo a Amelia.

—La costurera dijo que hacía resaltar un montón el color de mis ojos y favorecía de la mejor manera mi figura.

—No os vayáis por las ramas. Decidme cómo es el vestido.

—Es el vestido de baile más maravilloso, hecho con un material exquisito de color morado intenso. Tiene cristalitos esparcidos por las faldas y el escote. —Miró a Amelia y sonrió—. La mitad superior entera tiene preciosos bordados blancos con patrón de volutas. Incluso encargué guantes a juego con los mismos bordados. —Y, con una expresión de evidente entusiasmo, añadió—: Y tuve la suerte de encontrar un abanico y un tupé con plumas a juego. ¿Os lo podéis creer? Ni siquiera he tenido que encargarlos. Mamá y yo fuimos a una tienda, y allí estaban, esperándome. —Asintió como confirmando una verdad.

Amelia no pudo evitar ponerse verde de la envidia. Suspiró.

—Suena encantador. Estoy segura de que serás la dama más elegante del baile. —Una parte de ella deseaba poder comprarse también un vestido y asistir al baile—. Se está haciendo tarde.

Me temo que debo volver a Abernathy House antes de iniciar un escándalo. —Amelia puso los ojos en blanco—. Estaré esperando veros con ese fantástico vestido mañana por la noche. Buscadme tan pronto como sea os lo permita la etiqueta.

A Sarah le brillaron los ojos de alegría.

—Claro que sí, lady Amelia, tan pronto como haya hecho mi ronda por el baile.

Amelia tiró de las riendas para detener a Rubí.

—Hasta entonces, lady Sarah. —Asintió a modo de despedida.

Sarah le imitó el gesto.

—Que tenga un buen día, lady Amelia.

Amelia observó a Sarah marcharse hacia lady Josephine por un momento. Ay, lo mucho que deseaba poder disfrutar también ella de la compañía de sus iguales. La soledad y el dolor le hicieron un nudo en el corazón.

Papá le había dicho que no se entristeciera demasiado. Fue hasta el punto de asegurarle que ansiaba fallecer para reunirse con mamá. Sin embargo, sus declaraciones no le habían disminuido el dolor por su muerte ni un poquito.

Apesadumbrada, le dio a Rubí un ligero golpe con el tacón para que la yegua se pusiera en movimiento. El viento le soplaba la cara con suavidad cuando la hizo galopar. ¿Volvería a ser feliz algún día?



Amelia acarició con una mano el suave cuello de Rubí mientras usaba la otra para cepillar la espesa crin de la yegua. El mozo de cuadra quería hacerlo él, pero ella le dio permiso para irse. Cuidar de Rubí siempre le producía alegría. Le gustaba la tarea y la veía como una experiencia de unión. Y ese día no era diferente. De hecho, necesitaba la distracción y la camaradería ahora más que nunca. Era imperativo aclarar la mente y prepararse para mañana. Atender a Rubí la ayudaría a lograrlo.

Cuando estaba con su yegua, todo lo demás, el mundo entero, desaparecía. Rubí escuchaba con atención sus divagaciones, y la quería incondicionalmente. A Amelia no le importaba que la mayoría de las personas la considerase una bestia incapaz de pensar como los seres humanos.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la manzana roja que se había guardado en el desayuno.

—Aquí tienes, cariño —dijo, tendiéndosela. Rubí le cogió la fruta de la palma y luego asintió moviendo la cabeza de arriba abajo con aire juguetón. Amelia siguió acariciándole el hombro musculoso—. ¡Caramba! Eres una bestia tontita, y yo también por quererte tanto.

Una conocida voz de barítono llenó el aire. Cuando se apartó de Rubí, el duque de Goldstone estaba ante ella, riéndose. *Richard.* El corazón le dio un vuelco cuando se miraron a los ojos. Sus ojos color zafiro brillaban con picardía y su sonrisa juvenil la atrajo. Que Dios la ayudara, no podía negar que sentía atracción hacia él.

Se armó de fuerza, suplicándole a sus rodillas que la sostuvieran, y dejó que le salieran las palabras.

—Por favor, decidme, su excelencia, ¿qué os parece tan hilarante? —preguntó, intentando ignorar desesperadamente las desconocidas sensaciones que la abrumaban.

Sus cejas salieron disparadas de la manera más deliciosa.

—Una dama comportándose como un mozo de cuadra y profesándole su amor a una bestia. Nunca he visto nada parecido —dijo, luego comenzó a reírse—. Es bastante tierno, aunque raro.

Cada músculo de su cuerpo reaccionó al sonido de su voz, retumbando profundamente en

cada fibra. Sus ojos zafiro amenazaban con tragársela entera de nuevo. Sacudió la cabeza para liberarse del trance. La ira creada por su falta de educación reemplazó sus sentimientos anteriores. ¿O lo dijo solo de broma? Fuera como fuera, a ella le parecía maleducado.

—¡Cómo os atrevéis a burlaros de mí! Dejad de hacerlo ahora mismo.

Su risa se desinfló, pero la sonrisa diabólica se quedó firmemente en esos labios deliciosos que le daban ganas de besar.

—Si no quieres que se rían de ti, sugiero que actúes como una dama. Es natural que uno se ría al ver tal flagrante demostración de afecto.

Sintió como si un rayo la atravesara y su furia aumentó.

—Quizá si actuaseis como un caballero, no estaríamos manteniendo esta conversación. Ahora marchaos y dejadme en paz. —Se dio media vuelta, dándole la espalda, y le hizo un desdeñoso gesto con la mano.

Que el señor la ayudase, sentía algo más que ira. Una nueva sensación pulsante invadió su interior, y le hizo falta toda su fuerza para mantenerse de pie. ¿Qué le estaba ocurriendo?

—Si me permites el atrevimiento: eres una criatura interesante, Amelia. —Su risa contenida resonó en el aire del establo una vez más, seguida del eco de sus pasos en retirada.

¡Una criatura interesante! El duque se había convertido rápidamente en el hombre más exasperante que tenía el disgusto de conocer. ¿Cómo se atrevía a presumir de saber algo sobre ella? ¡Qué lástima que tuvieran que quedarse bajo el mismo techo! Le pareció muy inquietante la manera en que su traicionero cuerpo se comportaba cuando él estaba cerca. Amelia quería abofetearlo y besarlo al mismo tiempo. Deseó que se volviera de una vez por todas a Escocia. Y cuanto antes, mejor.

Le devolvió su atención a Rubí.

—Bueno, querida, ¿qué piensas tú de eso? —La yegua sacudió la cabeza y resopló a modo de respuesta, a lo que Amelia añadió—: No podría estar más de acuerdo contigo.

Se giró y se marchó del establo.

Seis

Amelia se aferró a una copia de *Old Saint Paul's,* escrito por William Harrison Ainsworth. Trató de leer las palabras de la página que tenía ante ella. La novela y su relato del Londres histórico la habían enamorado el día anterior. A medida que los cuentos sobre la gran plaga se desarrollaban, no podía apartar la mirada de las páginas. Esa noche su atención se mantenía atrapada en la música de cuarteto que se filtraba en la biblioteca. Ignorarla resultó imposible. Marcó la página del libro donde se había quedado y luego lo puso sobre la mesa que tenía a su lado.

Cuanto más esperaba a que apareciera Sarah, más inquieta se volvía. Se puso en pie y caminó del cálido fuego crepitante que bailaba en la chimenea a la pared en el lado opuesto que rebosaba de libros con cubierta de cuero. La biblioteca de la duquesa era extensa, e incluía títulos de los autores más notables del mundo. Parecía totalmente posible que una pudiera aprender sobre cualquier tema que deseara de las novelas que contenían esas estanterías.

La música que flotaba desde el salón de baile reverberaba por la biblioteca y ocupó toda su mente mientras paseaba de un lado a otro. ¡Oh, cómo desearía bailar! ¿Qué daño haría si bailase? Estaba sola allí. Amelia dejó a un lado los cánones sociales y se puso a girar, los pies la llevaban a través de toda la extensión de la sala. El ritmo del cuarteto la envolvió como un suave bálsamo para el alma. La relajaba en varios sentidos. Se imaginaba a sí misma con un impresionante vestido de baile y danzando en los brazos del duque de Goldstone. En la vida real, él había probado ser un lord escocés exasperante, pero en su fantasía… se convertía en un lord inglés, en uno con el que era bastante placentero pasar el tiempo.

Se ruborizó cuando se lo imaginó susurrándole al oído palabras dulces. Amelia se volvió hacia la chimenea, batiendo las pestañas de manera coqueta, y luego sonrió e hizo una pequeña reverencia a su compañero imaginario cuando la canción llegó a su conclusión. Con una sonrisa pícara, se dirigió de nuevo al sofá antes de recoger el libro de la mesa. Seguro que ahora sí sería capaz de concentrarse, así que lo abrió y clavó su mirada en las palabras. Sin embargo, la soledad y el dolor volvieron a acercársele. Se le encogió el pecho de la pena al recordar la última vez que había bailado con su papá. El perfume de su colonia, la forma experta en que la guiaba durante el baile. Se había sentido segura en sus fuertes brazos. Papá siempre había tenido ese efecto en ella. Secándose las lágrimas con el pañuelo, intentó leer:

—En el momento más intenso de la plaga —respondió Pillichody—. Lo atendí durante su convalecencia. Ocurrió en su segundo ataque de la dolencia. Él habló de ti.

—¿Que él…? ¡Caramba! —exclamó ella—. Ay, ¿qué dijo?

—«Dile», dijo llorando —replicó Pillichody—, «que mis últimos pensamientos fueron para ella».

Sus lágrimas fluían libremente cuando cerró el libro. Leer sobre muertes no la ayudaban a escaparse de su propio dolor. Al ponerse de pie, fue hasta el ventanal y se esforzó en recuperar la compostura mientras miraba a las estrellas.

Un frufrú de faldas devolvió su atención a su entorno. Le dio la espalda al ventanal y su mirada aterrizó en Sarah, que estaba en el vano de la puerta. Era cierto: el color de su nuevo vestido acentuaba sus ojos al hacerlos parecer más vivos. Tanto el color como el diseño del vestido la complementaban bien, eso seguro.

—¡Estás realmente impresionante, Sarah! Cada lord que asista hoy firmará en tu tarjeta de baile. —Amelia le sonrió de oreja a oreja.

Sarah dio una vuelta de trescientos sesenta grados, y sus faldas se abrieron a su alrededor.

—¿No te dije que era un vestido maravilloso? Sin duda, la modista se ha superado a sí misma. —Sarah pasó la mano por la falda—. Me siento como de la realeza con un vestido tan impresionante.

Amelia sonrió a pesar de su tristeza.

—Es perfecto, Sarah, y tienes toda la razón. Te queda estupendamente.

—Cómo me halagas, Amelia. Haces que me sonroje. —Sarah abrió su abanico e intentó enfriar su rostro. Sonriendo de manera taimada, añadió—: ¿Has decidido cómo enredarte en los brazos de mi hermano?

No, he pensado solamente en el duque de Goldstone.

Amelia suspiró.

—Tengo algunas ideas. ¿Cuándo tienes pensado enviarlo aquí?

—Creo que después de la comida de medianoche, para que el baile no se arruine por el escándalo. Cuando os cojan, la gente solo va a querer hablar de eso. Seguramente va a aguar la fiesta —dijo Sarah.

—Detesto esperar tanto, pero, por desgracia, tienes razón. A nadie le va a importar mucho el baile después de mi escenita. —Se sonrojó—. Sería una falta de respeto por mi parte quitarle el éxito a su excelencia con mi escándalo. —Amelia miró a la puerta y luego otra vez a Sarah—. Será mejor que vayas yendo.

—Sí, la gente va a empezar a preguntarse a dónde he ido. Estaré aquí después de la comida. —El rostro de Sarah se llenó de alegría cuando dio media vuelta y desapareció, dejando a Amelia a su suerte. La próxima vez que viera a Sarah, sería desde los confines de los brazos de lord Roseington. La idea le había parecido emocionante solo unos días antes. Ahora parecía haber perdido gran parte de su atractivo. Sí, lord Roseington era rico y guapo, pero no le causaba esas deliciosas y extrañas sensaciones que la atormentaban cuando se le acercaba el duque de Goldstone. Pero ¿por qué?

No amaba al duque. De hecho, Amelia apenas toleraba a ese bribón. Claro que tampoco amaba a lord Roseington. Ambos eran atractivos, pero se llevaba mejor con lord Roseington. Su compañía le resultaba placentera, a diferencia de la del duque, que era absolutamente molesto. Pero, en realidad, ¿qué importancia tenía? No era necesario sentir mariposas en el estómago para casarse con un hombre. Su mamá le dijo una vez que el deseo podía ser peligroso; eso debía de ser lo que sentía cada vez que estaba cerca del duque. Nada de eso importaría cuando se casase con lord Roseington, e iba a asegurarse de casarse con él.

Amelia volvió a coger el libro y enterró su mente en la fascinante historia que le contaba. Leyó durante horas, devoró la tragedia de su querido Londres. Cuentos de muerte, enfermedad y fuego grabados para siempre en su mente. La historia ahora le parecía extrañamente reconfortante. Le recordaba que no era la única persona en la historia que experimentaba el

duelo. Con la vista borrosa por concentrarse y recrearse en las palabras, marcó la página y dejó a un lado el libro al sentir hambre de repente. Se puso de pie, se estiró y luego llamó a un sirviente para que le trajera algo de comida.

Le rugió el estómago con solo saber que los invitados de Grace pronto disfrutarían de una comida de diez platos que incluía ternera, sorbetes, pastel de paloma, queso y tartas muy elaboradas. Ya era bastante malo no poder disfrutar del baile. Sería trágico si tampoco pudiera comer. Tal vez no debería haberse autoexcluido. Por desgracia, aunque asistiera no se le permitiría participar plenamente. No, estaba mejor donde estaba: en la biblioteca.

Después de lo que se le antojaron horas pero fueron apenas unos minutos, un sirviente entró con una bandeja grande y plateada en la mano. Se dirigió a una mesa cercana y colocó varios platos sobre ella. Amelia se levantó del sofá, fue hacia la mesa y se sentó en la silla que el sirviente había sacado para ella. Un muestreo de todos los platos preparados para el baile estaba dispuesto por la mesa. La apariencia y el aroma la atrajeron.

—Gracias. Llamaré cuando termine.

—Sí, lady Amelia. —El sirviente se marchó, dejando a Amelia sola con su comida.

Comió con avidez, consumiendo tanto como su cintura encorsetada le permitía. Cuando se sintió satisfecha, llamó al sirviente para que se llevase lo que quedaba. La tarea apenas se había realizado cuando oyó el repiqueteo que anunciaba el banquete de medianoche. La recorrió una ola de temor mezclado con entusiasmo. Lord Roseington iba a caer pronto en su trampa.

Después de ir al diván, se acomodó para quedar en una pose atractiva, con las faldas arregladas y el torso recto como una reina. Recogió su bordado y se propuso proseguir con su trabajo. Quería ser la imagen perfecta de una dama refinada cuando lord Roseington entrase en la sala. Empujaba y tiraba de la aguja, elaborando delicadas margaritas sobre la tela de lo que se convertiría en un pañuelo para la duquesa. Amelia planeaba regalárselo a modo de agradecimiento por ayudarla en su plan.

A Amelia se le aceleró el corazón cuando oyó que la música entraba flotando una vez más a la biblioteca. De un momento a otro, él entraría y ella estaría preparada. Aguja dentro, aguja fuera. Se imaginaba cómo haría para caer en los brazos de lord Roseington. Un carraspeo le llamó la atención. Alzó la vista y trabó miradas con él.

—Lady Amelia, qué agradable veros. —Lord Roseington se adentró en la sala y, con una sonrisa cautelosa en el rostro, explicó—: Espero no importunaros. Lady Sarah me ha pedido que le recoja una novela.

Amelia le respondió con una sonrisa radiante en un intento de parecer apetecible a pesar de la ropa de duelo.

—No me importunáis en absoluto —le respondió—. Todo lo contrario, en realidad, me alegra ver una cara amiga. Mis días se han vuelto desoladores y aburridos. —Suspiró audiblemente—. Oh, pero qué modales tengo. Lo lamento, lord Roseington. Por favor, coged lo queráis y olvidaos de lo que he dicho.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo voy a olvidar el dolor de una querida amiga? ¿Ayudaría a aligerar su carga si me quedase un rato?

Ella siguió mirándolo a sus ojos avellana, notando su color por primera vez.

—Pues si de verdad queréis ayudarme a sentirme mejor, lord Roseington —batió las pestañas —, lo que más me gustaría en este momento es bailar.

Sonrió con dulzura, pero notó que su cuerpo no reaccionaba de ninguna manera ante él. ¿Dónde estaban los hormigueos? ¿El pulso acelerado que traía consigo el duque? Lord

Roseington era igual de guapo. ¿Por qué no sentía nada en su presencia?

Lord Roseington pareció pensárselo un minuto, luego frunció el ceño profundamente.

—Lady Amelia, sí que me importa vuestro bienestar, pero…

—Sé que es un escándalo. Perdonadme, no debería haberlo pedido. Sencillamente estoy harta del luto y del aislamiento. Pensé que un baile me ayudaría a olvidar… aunque sea por unos minutos. —Se giró y fue hacia la chimenea, fingiendo sentir vergüenza.

—No os disgustéis, lady Amelia. Un baile estará bien. Supongo que no le hará daño a nadie.

Poco a poco, dio media vuelta para quedar de cara a él y colocó su mano en la suya, que estaba extendida.

—Gracias, lord Roseington. Adoro bailar, y me ha entristecido mucho sentarme aquí y oír tocar al cuarteto, sabiendo que no podía bailar con mis iguales.

La sostuvo como se esperaba de él: de manera correcta y formal.

—Os aseguro, lady Amelia, que es un honor bailar con vos.

Alzó la barbilla, haciendo contacto visual con sus ojos avellana, y soltó una risilla. Sus brazos eran cálidos y fuertes, y la envolvieron mientras bailaban el vals por la biblioteca; pero no pudo evitar preguntase por qué no sentía entusiasmo. «Concéntrate en el plan, Amelia», pensó. Escuchó la música con atención.

Amelia se equivocó en un paso y, efectivamente, tropezó con él cuando la música tocaba a su fin. Lord Roseington cayó al diván, y ella cayó sobre su regazo. Los brazos de él envolvieron con fuerza su cintura estrecha, y Amelia colocó sus manos detrás de su cuello con soltura y lo miró a los ojos.

—Por favor, perdonad mi torpeza. No sé qué me ha ocurrido. —Sonrió ampliamente cuando él la miró con ojos llenos de ternura.

—No hay razones para pedir perdón. —Giró la cabeza hacia la puerta de entrada y se puso en pie tan repentinamente que ella trastabilló antes de lograr equilibrarse.

Amelia siguió su mirada, esperando ver a lady Sarah allí, y le dio un vuelco el corazón. El duque de Goldstone llenaba el vano de la puerta, y quedaron mirándose a los ojos. Ella miró de reojo a lord Roseington, quien había empalidecido considerablemente.

Lord Roseington se alejó de ella.

—He venido a buscar un libro para mi hermana… Esto no es lo que parece. Lady Amelia ha tropezado y…

—No tenéis que explicaros, Roseington. No me importa lo que hagáis. —Volteó a mirarla y sonrió con satisfacción y algo de picardía—. La reputación de lady Amelia no se verá empañada por lo que a mí se refiere.

¿Se había dado cuenta de lo extremadamente rojas que tenía las mejillas? Él la miró con cara de listo, luego se rió por lo bajo y negó con la cabeza repetidamente. El corazón de Amelia martilleaba contra sus costillas y un palpitar comenzó a desatarse entre sus muslos. ¿Cómo se las arreglaba para provocarle siempre eso?

Lady Sarah entró a paso lento en la biblioteca y se detuvo de forma abrupta al verlos. Cruzó miradas con Amelia un segundo antes de mirar a su hermano y decirle:

—Por favor, decidme qué está pasando aquí.

A lo que su excelencia contestó:

—Absolutamente nada. Roseington ha venido a buscar vuestro libro y yo he venido a ver cómo se encontraba lady Amelia. —No le dio a nadie más la oportunidad de hablar—. Roseington, coja esa novela y dejemos a lady Amelia en paz. Está de luto, como ya sabéis.

—Por supuesto, su excelencia, no hay necesidad de recordármelo. —Se dirigió a la estantería

y cogió un volumen encuadernado con cuero. Giró bruscamente y fue directo a ponerse al lado de su hermana—. Aquí tienes —le dijo, tendiéndole el libro. Luego la cogió del codo y la llevó fuera, dejando a Amelia sola con el duque de Goldstone.

El granuja se le acercó tanto que pudo sentir su cálida respiración en la piel mientras sus ojos ardientes se clavaban en los suyos. Un millón de sensaciones nuevas le recorrieron el cuerpo y el palpitar se intensificó.

—No temas, Amelia. Hablaba en serio: todos tus secretos están a salvo conmigo.

Dio media vuelta y abandonó la sala sin decir ni una palabra más.

Siete

Amelia se arrojó a la cama, furiosa ante el descaro del duque. Después se maravilló ante la manera en que la hacía sentir. Cautivada y furiosa al mismo tiempo, pero por diferentes motivos. ¡El muy caradura incluso se había tomado la libertad de tutearla! ¡Tutearla, y como si fuera lo más natural del mundo! ¿Quién hubiera pensado que le hablaría de esa forma tan íntima? Como si sus espantosos modales no fueran lo suficientemente malos, también le había arruinado el plan.

Se puso de lado. Se tapó el pecho con la manta y la abrazó, apretujándola. Tendría que haberlo abofeteado para quitarle esa cara de engreído. Suspiró. Quizá fuera verdad que quería protegerla. Quizá creyera haber hecho algo bueno por ella al salvarle la reputación de la indudable ruina. Era imposible que supiera que deseaba quedar en una situación comprometida, ¿no?

Otra oportunidad se presentaría pronto, y ya se aseguraría ella de que nada se le interpusiera en el camino. Grace planeaba organizar una cena la semana próxima, y el nombre de lord Roseington aparecía en la lista de invitados. Amelia se iba a poner en marcha y lo iba a lograr. Se puso de espaldas, abrió los ojos y se quedó mirando al techo. La música de la fiesta flotaba hasta su dormitorio, como una tranquila canción de cuna. Cerró los ojos y se concentró en ella.

Las llamas de las velas danzaban, iluminando la sala en la que estaba, rebotando por las paredes y echando sombras en la pista de baile. Había flores frescas desparramadas por todos lados de un modo romántico, y el cuarteto tocaba un vals. Lores y ladies, que bailaban a su alrededor, vestían para la ocasión: seda, terciopelo y joyas.

El duque de Goldstone… no, Richard se acercaba mientras ella entraba al salón.

—Eres la hermosura personificada en carmesí y encaje —dijo al tiempo que le hacía una reverencia.

—Oh, me halagas demasiado —respondió Amelia, pero se ruborizó un poco.

Richard sonrió, y todo su rostro se iluminó.

—¿Puedo tener el honor de este baile?

Amelia puso su mano sobre la de él y le permitió llevarla a la pista de baile. Cuando la tomó en sus brazos, su cuerpo entró en calor. La sostenía escandalosamente cerca. Ella le acariciaba el cabello con los dedos. Se deslizaron con elegancia por la pista de mármol, mirándose a los ojos, incapaces de apartar la mirada el uno del otro.

—Amelia, querida mía, me tienes embrujado. Ya no puedo imaginarme mi vida sin ti —le susurró Richard a la oreja. Ella sonrió ampliamente y ladeó la cabeza para aceptarle un beso.

Amelia se sentó brusca y repentinamente, sacudiendo la cabeza para quitarse esos pensamientos.

—Detesto al duque de Goldstone. He elegido casarme con lord Roseington, y eso es precisamente lo que voy a hacer.

Aun así, podría darle un beso al duque… un solo beso no le haría daño a nadie. De esa forma, se sacaría las ganas y podría poner el foco en casarse con lord Roseington.

Se le aceleró el corazón. Eso era exactamente lo que iba a hacer. La próxima vez que estuviera a solas con el duque, lo iba a besar. Después de eso, ya no volvería a pensar en él. Toda su atención viraría hacia lord Roseington. Amelia se sintió mucho mejor cuando se recostó de nuevo y pronto se sumió en un sueño apacible.

~

Richard entró al despacho y fue directo a la licorera. Ver a lady Amelia tan íntimamente en los brazos de Roseington lo hizo sentir como si un rayo lo traspasara. Incluso ahora le temblaban las manos. Las ganas de hacerle daño a Roseington lo sobresaltaron. ¿Por qué le importaba tanto esa muchachita? Era obvio que ella solo le traería problemas.

Se sirvió una copa, la bebió y se volvió a servir. ¿Serían amantes? Roseington había parecido mortificado al verse sorprendido con ella. Tal vez no quisiera que nadie lo supiera. Richard fue hacia la ventana con paso lento. Unas antorchas iluminaban el jardín que había debajo, por lo que se concentró en una de sus llamas temblorosas. Lady Amelia le había parecido más enfadada que avergonzada. ¿Por qué?

¿Quizá tenía la esperanza de tenderle una trampa al lord? Tamborileó sus dedos sobre el cristal. No, ella no quería quedar comprometida. Si hubiera planeado atrapar a Roseington, seguro que no se habría enfadado por haberse visto sorprendida… pero entonces ¿por qué siguió enfadada después de que le prometiera protegerla? La mujer estaba probando ser todo un misterio.

Evocó su imagen. Sus ojos verdes habían quedado marcados a fuego en su alma desde su primer encuentro. Pensar en ellos ahora lo hacían querer buscarla y sujetarla como lo había hecho Roseington. Ansiaba sentir sus perfectos labios sobre los suyos, probar su dulzor.

¿Roseington la había besado? Le volvió a hervir la sangre. Levantó la copa, disfrutando de la suave quemazón que le dejaba el whisky en la garganta.

Lady Amelia estaba jugando a algo y, fuera lo que fuera, tía Grace lo tenía que saber. Volvió a depositar la copa en el aparador antes de salir de la sala. También él se iba a enterar de cuál era su juego, y más pronto que tarde.

~

El jardín de Grace ostentaba caminos bien cuidados bordeados con abundantes flores resplandecientes y follaje. Amelia gravitó hacia la gran fuente de piedra que estaba situada en el centro. El sol la calentaba aun llevando la sombrilla en su recorrido por los adoquines. Admiraba los tulipanes en varios tonos que rodeaban los árboles en flor. Un trocito de cielo en la tierra de su querido Londres. Se detuvo unas cuantas veces para oler las glicinas y los narcisos

mientras se adentraba cada vez más en el inmenso jardín.

El olor a las flores de primavera la envolvió y consoló. La invadieron recuerdos de la infancia. Ella y su madre solían pasear con frecuencia por Everthorne. Amelia acostumbraba bailar por los senderos, charlando sin parar sobre cualquier cosa que le pasara por la mente. Su madre la alentaba a ello, actuando como si toda palabra que dijera llevase consigo un significado de gran importancia. Deseaba con todas sus fuerzas que su madre estuviera ahora con ella.

Divisó la impresionante fuente de piedra y aceleró el paso. Ornamentada con rosas esculpidas, estaba provista de una estatua al centro que representaba unos amantes en un cariñoso abrazo. El agua fluía entre ellos, creando un halo de misterio a su alrededor antes de caer a la base de la fuente. Era una escena preciosa que evocaba ideas de amor y, extrañamente, la hizo pensar en el duque de Goldstone.

Con un suspiro, se sentó en el borde de la fuente. La primera vez que había posado sus ojos en la pieza de arte, era una debutante de mirada viva embarcándose en su primera temporada. Había capturado su imaginación y hecho soñar con encontrar el amor verdadero. Se había prometido, ante la presencia de la fuente, casarse por amor o morir como una solterona. Amelia se inclinó un poco y se miró en el reflejo del agua ondulante. Esa promesa parecía haberse hecho hace un millón de años. Ya no le importaba el amor… No podía permitírselo. Estiró la mano hacia el agua y arrastró los dedos por la superficie, distorsionando aún más su imagen. Ahora ya no le importaba nada que no fuera quedarse en Inglaterra. Todo lo que tenía se encontraba allí. Sus padres siempre estarían allí, y no podía abandonarlos. ¿Quién se encargaría de cuidar de sus tumbas, de proteger las cosas que construyeron y mantuvieron toda la vida?

—Un chelín por vuestros pensamientos, lady Amelia.

Apartó rápidamente la mano del agua y alzó la mirada hasta los ojos de color zafiro del duque. Con el corazón acelerado, respondió:

—Estáis levantado demasiado pronto, teniendo en cuenta la fiesta de anoche.

De ninguna manera compartiría sus reflexiones con él.

—Siempre voy a cabalgar temprano. —Le sonrió—. No hay nada más tranquilo que ver el amanecer bañar en color el paisaje. —Hizo un gesto con el brazo abarcando las tierras—. ¿Qué te trae aquí a estas horas?

Se puso de pie y se alejó un paso de él en un esfuerzo por calmar su cuerpo.

—He tenido la impresión de que todos estabais durmiendo aún. —Lo miró a través de las pestañas—. Necesitaba algo en lo que ocupar mi tiempo. —Él se le acercó tanto que podía sentir su respiración y ver las pulsaciones justo debajo de la piel de su cuello. Sus terminaciones nerviosas se estremecieron cuando respiró y saboreó su aroma a almizcle—. Me he detenido a admirar la fuente. Es una obra de arte maravillosa.

—Sí que lo es —dijo él, fundiendo su mirada con la de ella.

Levantó el mentón y se puso de puntillas con la intención de besarlo. Cuando sus labios se tocaron, la recorrió una sensación de hormigueo. La temperatura y suavidad de su boca hizo que su cuerpo gritase algo que ella no comprendió. Amelia enterró los dedos en su suave cabello de ónice. Quería que ese momento durase para siempre. La lengua de él le humedeció ligeramente los labios, y ella los abrió por instinto, deseando lo que le ofrecía. Nunca podía haber imaginado algo tan divino.

De repente, él rompió el beso y dio un paso atrás.

—Yo no…

Alzó la barbilla con aire desafiante.

—Perdonadme, su excelencia, no sé lo que hago. —Hizo un gesto con la mano para restarle

importancia y continuó—: Algo se apoderó de mí.

Los ojos de él brillaban. Ya fuera de placer o de furia, ella no lo sabía con certeza.

—A mí me parece que sabes exactamente lo que haces. Si esa escenita de anoche no era prueba suficiente, ésta sí que lo es.

El tono de su voz la hirió, y la furia empezó a asomar la cabeza, haciendo que todo su cuerpo temblase.

—Lo de anoche no os incumbe. Podéis olvidar este beso de igual manera. Os aseguro que no volverá a pasar.

—Por favor, tutéame. Ahora que me has puesto en un compromiso, bastará con que me llames Richard y me tutees. —Sonrió con suficiencia y picardía—. Y por lo que se refiere a tu jueguecillo, Amelia, tengo la intención de averiguar qué te traes entre manos.

Ella levantó la mano derecha en el aire y abofeteó su mejilla cincelada. Con el corazón acelerado, dio media vuelta y corrió hacia la casa con las faldas asidas con ambas manos. Su animada risotada la siguió en cada paso del camino.

Al entrar a su habitación, se derrumbó en el taburete del tocador y apoyó la cabeza en las manos. Tibias lágrimas caían libremente y encharcaban sus palmas. ¡En qué lío se había metido! Sus hombros se estremecieron cuando unas grandes oleadas de sentimientos la atravesaron. Él iba a arruinarlo todo. Descubriría su plan y advertiría a lord Roseington. ¿Qué más le daba? Lloró con más fuerza. ¿Por qué ese beso tuvo que hacerla sentir tan bien? ¿Por qué no sentía la misma atracción por lord Roseington?

Con llorar no iba a arreglar nada. Respiró profundo, se enderezó y se secó las lágrimas que ahora le manchaban la cara. El duque de Goldstone había resultado ser un hombre tajantemente irritante que no significaba nada para ella. Esos sentimientos extraños no eran más que las señales de alarma diciéndole que se mantuviera alejada, que dejara de soñar con él. A partir de ese momento, con la ayuda del cielo, se olvidaría de ese canalla.

Ahora que me has puesto en un compromiso. Dios santo, ¿cómo había sido tan tonta? ¿Y si ahora insistía en casarse con ella? No, ni siquiera consideraría la posibilidad. Negó con la cabeza. Él no iba a plantearle tal exigencia.

Miró a su imagen en el espejo.

—Amelia Cosgrove, vas a casarte con lord Roseington. Y no hay nada que su excelencia, el insufrible duque de Goldstone, pueda hacer al respecto.

Le sonrió a su reflejo. Después de todo, seguía decidida a conseguirlo. Y con Grace, además de Sarah, de su lado, no veía como podía fallar. Seguro que a estas alturas de la semana siguiente, estaría comprometida con lord Roseington. Richard se convertiría en nada más que un recuerdo desagradable. Amelia se mordisqueó el labio inferior. *Richard.*

Ocho

Amelia dejó de lado su costura de punto de cruz, se puso en pie y estiró los dedos. No podía tolerar estar más tiempo aislada. Gracias a Dios que Sarah planeaba ir a tomar el té ese día, porque necesitaba interacción con humanos. Al mirar por la ventana, la impresionante exhibición de la naturaleza le llegó al corazón. Cogió su chal y sombrilla, y luego salió a pasear bajo el magnífico sol.

El aire fresco de la mañana la envolvió en su calidez divina. Respiró hondo y dejó que la inundara. Estar en contacto con la naturaleza le liberaba el espíritu. Se sentía alegre y esperanzada mientras caminaba tranquilamente por el sendero. Su mirada aterrizó en la fuente de piedra ornamentada y la recorrió hasta el abrazo de los amantes. Recuerdos del duque fluyeron por su mente, causándole unos estremecimientos que irradiaban desde lo más profundo. Cerró los ojos y revivió el momento en que sus labios se tocaron por primera vez. Él se había presionado con suavidad contra ella… unas sensaciones escandalosas habían recorrido su cuerpo… y después la nada. Él se había alejado, dejándola avergonzada.

Sorprendida por el sonido de unos pasos, abrió los ojos y se giró para mirar sobre el hombro.

—Duquesa.

Amelia sonrió tanto con alegría como con alivio al ver a su amiga. Un suspiro de sosiego escapó de sus labios, agradecida de que no fuera el duque el que se encontrase ante ella.

—Mis disculpas, querida. No era mi intención tomarte por sorpresa. —Grace hizo girar su sombrilla—. No hemos tenido mucho tiempo para hablar en estos últimos días. Cuando vi que salías fuera, me ha parecido la oportunidad perfecta para acompañarte.

Amelia sonrió.

—Y me complace que lo hicierais. He echado de menos vuestra compañía. —Hizo señas hacia el sendero—. ¿Un paseo? Ah, y contadme qué habéis hecho estos días.

Dieron media vuelta y siguieron el camino a su izquierda.

—Claro que sí. Es un día perfecto para caminar, y tengo mucho que contar.

Amelia asintió.

—Quiero oírlo todo. No excluyáis nada. El más ínfimo detalle es emocionante para el que no lo ha experimentado de primera mano.

Amelia se puso a mirar el paisaje mientras seguían por el sendero. Su mirada recorría las estatuas y las fuentes que se presentaban en su camino.

—Pues, como sabes, asistí a la velada de la marquesa y a un baile que dio la corte real. Y luego a la cena en casa del duque de Hallow.

—¿Qué llevaba puesto la reina? ¿Estaba envuelta en joyas? —A Amelia se le enrojecieron las mejillas por su descaro.

—Por supuesto, tanto perlas como rubíes. Su vestido era de brocado dorado y seda color rubí. Tenía un aspecto digno de la realeza, como debía ser.

—Sé que está mal que lo diga, pero ojalá hubiera estado presente. Estoy cansada de que se me excluya en nombre del decoro. Y perdonad mi vileza. —Suspiró.

—Tú no eres vil, Amelia; solo eres joven y salvaje. —La duquesa le guiñó el ojo—. No me gustaría que cambiases. Por lo que respecta al decoro, debes adherirte a las reglas de la sociedad o te verías excluida de igual manera.

Amelia miró a la duquesa inclinando la cabeza.

—De todos modos, sentiré euforia cuando estos vestidos de luto conozcan el fuego que arde en mi chimenea.

Grace colocó la mano sobre el hombro de Amelia con suavidad.

—Todo a su debido tiempo, querida.

—Es cierto que echo mucho de menos a papá. Sencillamente no creo que deba ponerme estos horribles vestidos para demostrarlo —replicó Amelia.

—Por supuesto que no, querida. Yo todavía siento la pérdida de mi difunto marido, pero me alegra no tener que llevar vestidos de viuda. No debes sentirte mal por ansiar vivir. —Grace apartó la mano del hombro de Amelia.

Amelia permitió que el paisaje y los sonidos de la naturaleza la consumieran mientras continuaban paseando.

Viraron hacia otro sendero, y Grace dijo:

—¿Estás lista para volver a poner a prueba tu plan en la cena de mañana?

—Sí, y estoy segura de que esta vez acabará en compromiso. —Amelia frunció el ceño—. Siempre y cuando el duque de Goldstone se aparte de mi camino.

—No te enfades con él, por favor. Estoy segura de que su intención era protegerte. —La duquesa sonrió ampliamente.

—Claro que sí. ¿Qué otra intención podría haber tenido? No voy a mencionarlo de nuevo.

Jamás perdonaría al canalla por lo que había hecho. No solamente había arruinado su plan, sino que, lo que era más importante, la había rechazado.

Grace dejó de caminar de repente.

—¿Oyes eso?

—Sí. Es precioso.

—Es el canto de un pitpit. —Volteó y buscó con la mirada por el paisaje que las rodeaba, y luego señaló con el dedo hacia la izquierda—. Mira, allí está.

Amelia guió su mirada hacia la dirección señalada.

—¡Qué maravillosa criatura!

—Los pitpits son mis favoritos. Ése parece estar buscando comida. —Grace dejó caer el brazo a su lado.

—Hablando de eso, será mejor que volvamos. Lady Sarah va a llegar a tomar el té en breve.

—Tienes razón. Debemos darnos prisa.

Amelia disfrutó del aire fresco y del paisaje en su camino de vuelta a la casa. La consumían recuerdos del beso compartido con el duque y de la acuciante necesidad de atrapar a lord Roseington. Detestaba que el duque siguiera presente en su mente.

Amelia le tendió su sombrilla al mayordomo cuando entró. Grace hizo lo mismo.

—Su excelencia, lady Sarah está esperando en el salón principal.

—Gracias, Desmond. Eso es todo. —Grace le dio permiso para irse con un gesto de la mano.

Amelia entró al salón y se sentó frente a Sarah.

—Me alegra mucho veros, tenéis un aspecto maravilloso. ¿De verdad han pasado solamente cuatro días? A mí me han parecido una eternidad.

Amelia echaba de menos sus tés diarios con Sarah. Las fincas campesinas de sus familias estaban situadas muy próximas una de otra; y sus palacetes, uno directamente frente al otro.

—Desde luego parece como si hubiera pasado mucho tiempo —respondió Sarah.

Grace rió entre dientes.

—Bienvenida, lady Sarah. Me complace que os reunáis con nosotras.

—No me atrevería a rechazar la invitación de una duquesa. —Sarah sonrió juguetona.

—Por supuesto que no; aunque espero que sientas más aprecio por mí que por mi título —dijo Grace, sentándose en la butaca orejera al lado de Amelia. Se estiró hacia el carrito del té y cogió una taza, luego les hizo señas a Sarah y a Amelia para que hicieran lo mismo.

—Los títulos significan poco si las personas que los llevan no son dignas de ellos —dijo Sarah mientras levantaba una taza.

—Este té es sublime —dijo Amelia.

Grace sonrió.

—Viene de Oriente. Un regalo de mi sobrino. Es siempre muy considerado.

Amelia volvió a colocar su taza en la bandeja de plata y miró a Sarah.

—¿Qué os mantuvo alejada tanto tiempo? —Ladeó la cabeza y esperó la respuesta, sintiendo la desesperada necesidad de cambiar de tema en la conversación.

—Nada importante, solo cumplía con mis obligaciones sociales. Ya me entendéis. —Tenía los ojos brillantes y las comisuras de los labios hacia arriba—. La temporada ha sido ajetreada hasta el momento.

—Sí que lo ha sido —coincidió Grace—. El baile de anoche…

Amelia volvió a hundirse en la silla sintiéndose invisible. Deseaba lanzar el decoro por la ventana, prender fuego sus vestidos de duelo y ponerse un vestido elegante. ¿Por qué estaba obligada a seguir de luto cuando ya no quería? Eso no haría que su padre volviera, ni es lo que él hubiera deseado para ella.

Richard sintió una punzada en el pecho al ver a lady Amelia subiendo por la escalera de la biblioteca con los brazos estirados. Se tambaleó y él corrió a su lado justo cuando ella perdía el equilibrio. Sus brazos se agitaron con violencia en su descenso hasta el suelo. Con el corazón desbocado, él estiro los brazos con la esperanza de cogerla. El suave cuerpo de ella cayó con un débil sonido cerca del pecho de Richard, la cabeza de ella quedó apoyada en su antebrazo.

—Abre los ojos, Amelia. ¿Te has hecho daño?

Ella inhaló profundamente y abrió los ojos al exhalar. Cuando sus miradas se encontraron, la sangre de él hervía de deseo.

—Por favor, soltadme. Estoy perfectamente.

Él la estrechó más contra sí.

—¿Qué hacías ahí arriba y sola? —Podría haberse roto una pierna o, peor, el cuello.

—No es de vuestra incumbencia. Soltadme.

¿Es que no se daba cuenta de cuán necias eran sus acciones?

—Mientras vivamos bajo el mismo techo, sí que eres de mi incumbencia.

El color de los ojos de Amelia pareció haberse intensificado y a él le subieron las

pulsaciones. Bajó los labios hasta hacerlos chocar con los de ella, con firmeza y exigencia. Amelia le devolvió el beso fervientemente, cubriendo sus hombros musculosos con los brazos. La recostó sobre un diván que había cerca antes de mirarla otra vez a los ojos. El deseo que se reflejaba en ellos les disolvió cualquier miramiento que pudiera albergar. Enroscó los dedos en el cabello de su nuca cuando bajó hacia ella, quien rodeó sus hombros con los brazos para acercarlo aún más. Él trazó besos a través de su piel de seda, por el cuello y por los montículos de sus pechos.

El cuerpo de ella se movía a un ritmo salvaje debajo de él, enviando sangre directa a su entrepierna mientras se alzaba sobre ella. Movió la palma para tocar su inflamado pecho y lo amasó. Ella gimió y lo acercó más.

—No paréis —suplicó Amelia sin aliento.

Sus palabras lo atravesaron como una bala y se apartó. ¿Qué estaba haciendo? Por lo que sabía, ella era aún inocente. O podría estar tendiendo una trampa para el duque. Todavía no sabía a qué jugaba. Al darse cuenta de ello, sintió una punzada en el corazón, en ese mismo corazón que ella podría romperle fácilmente. Ya sentía afecto por ella a pesar de su deseo de no sentir nada. ¿Y si entre lady Ophelia y ella no había diferencia alguna? Ella alargó la mano y él salió disparado de la biblioteca, dejándola con la mirada fija en él y llena de confusión.

Nueve

Amelia estaba junto en la entrada del palacete de la duquesa, preparada para ayudar a recibir a los invitados. Era espléndido ser incluida entre la alta sociedad una vez más, aunque solamente se debiera a sus circunstancias. Las reglas de la sociedad le permitían asistir a la cena porque residía en casa de la duquesa, que era también su carabina. Desafortunadamente, el duque de Goldstone también formaba parte de la línea de recepción. Saber que estaba tan cerca le hacía sentir un extraño aleteo en el vientre. Echó a un lado esos pensamientos. Esa noche tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Las ruedas de un carruaje se detuvieron delante de Abernathy House, anunciando la llegada del primer invitado. Pegó una sonrisa amable en su rostro y alisó sus faldas una vez más.

—¿Lista, querida? —preguntó Grace.

—Parece que he de estarlo.

—¿Y tú, Richard? —Grace le sonrió ampliamente a su sobrino.

Amelia lo miró de reojo antes de poder contenerse, y se miraron a los ojos.

—No quiero estar en ningún otro sitio.

Lo dijo como si las palabras fueran dedicadas únicamente a ella. Amelia sintió fuego en el pecho y sus mejillas enrojecieron. El desgraciado le sonrió de forma encantadora y luego le guiñó un ojo antes de que ella apartara la mirada.

El marqués y la marquesa de Havenshire entraron al palacete, seguidos por lady Sarah y lord Roseington. Varios lores y ladies vestidos a la moda entraron después de la familia del marqués. Amelia no pudo evitar pensar que debía de tener un aspecto espantoso para ellos, con su vestido de luto, como una aparición para absorber el alma de la fiesta. Forzando una débil sonrisa una vez más, saludó a los invitados uno por uno, pero ya sin ganas.

Con todos los invitados apropiadamente recibidos, Grace y el duque fueron con ellos al salón. Amelia deseaba alejarse de Richard y de los otros invitados para poder recuperar la concentración. Esa noche no podía permitirse distracciones. El plan debía ser su máxima prioridad. Con el permiso de Grace, volvió a su habitación con la excusa de un dolor de cabeza fingido. Tenía que volver antes de la hora de la comida.

Más que dolerle la cabeza, le dolía todo el cuerpo. Debía encontrar la manera de evitar al duque. ¿Cómo podía su cuerpo desear a un hombre a quien su mente detestaba? No tenía ni una pizca de sentido. Quizá estaba engañándose a sí misma. ¿Y si en realidad sí que le gustaba? Daba igual… Él era de Escocia, y ella necesitaba un marido inglés. Además, había dejado claro que no le importaba. No de una forma romántica. Si le importase, no la habría dejado a un lado sin más. No la habría dejado con ganas de más sin pronunciar palabra alguna.

Se recostó en la cama y cerró los ojos. «Por favor, Dios, haz que se solucione todo», pensó.

Pronto sería el momento de volver a la fiesta y, poco después, intentaría de nuevo quedar en un compromiso con lord Roseington.

Salió de la cama y se dirigió hacia el tocador. La suave alfombra le posibilitó caminar sin hacer ruido. Se sentó y estudió su reflejo. Se veía pálida como un fantasma y tenía mechones de pelo colgando como lianas del moño. Con destreza, volvió a meter los mechones en su lugar y se pellizcó las mejillas para darles algo de color.

Si no fuera por la horrible vestimenta de luto, sería atractiva. ¿Tal vez fueran esos vestidos los que habían hecho al duque poner pies en polvorosa? Se llevó la mano al pecho y tamborileó con los dedos por el cuello alto del vestido, el cual sería más soportable sin ese embellecedor deprimente. Lo cogió con fuerza y tiró hasta arrancarlo. Se abrió la puerta y se levantó de un salto, dejando caer el cuello al suelo en el proceso.

—Milady, su excelencia me envía a buscaros para la comida —dijo Edna, mirándola como se mira a alguien sospechoso de un crimen—. ¿En qué locura os habéis metido?

—Todo está bien, Edna. Sencillamente me he arreglado el pelo después de descansar un poco. Ya estoy lista.

—Por Dios bendito, ¿qué le ha ocurrido a vuestro vestido?

Amelia juntó las manos mientras observaba a su doncella.

—He quitado el cuello, nada más. Ya era hora de quitármelo.

—Oh, no, eso no está bien. No es apropiado. No habéis hecho suficiente duelo como para quitároslo. —Edna sacó un vestido limpio de su armario—. Venid, os ayudaré a cambiaros.

Amelia se sonrojó.

—No haré tal cosa.

Huyó de la habitación, dejando a Edna mirándola con los ojos muy abiertos. No le importaba lo que pensase la gente. Ningún otro vestido con cuello alto tocaría su cuerpo mientras estuviera viva. Resultaba ser tan incómodo como espantoso, y hacía que las personas la mirasen con expectación. Todos esperaban a que se desmoronase e hiciera un espectáculo. Exactamente igual que en el funeral de su padre. Ya no lo aguantaba más. Su dolor le pertenecía a ella, no a la alta sociedad.

Entró al comedor sin detenerse un momento y tomó asiento a la derecha de Grace. Exhaló profundamente y su mirada encontró la del duque. Pues claro que estaría sentado justo frente a ella, a la izquierda de Grace… Debería haberlo previsto. ¿Es que la noche podía ponerse peor? Se obligó a ponerse una máscara de deleite en el rostro y asintió a modo de saludo. Él le guiñó un ojo, y el cuerpo de ella se alborotó. Le subió el calor por las mejillas y apartó la mirada. ¿Por qué razón seguía haciendo cosas tan salaces cuando claramente no la deseaba?

—¿Ya estás recuperada, querida? —preguntó Grace.

—Sí, gracias, duquesa. —Amelia le sonrió—. Es una pequeña bendición, dado que hubiera detestado perderme una comida tan suntuosa.

Un coro de risas resonó por la sala mientras que los sirvientes distribuían el primer plato. No se había puesto joyas ni nada. La comida sí que tenía un aspecto espléndido. Por desgracia, apenas podía probar bocado. Si las miradas escandalosas del duque no fueran lo bastante inquietantes, encima sabía lo que iba a suceder después de que hiciera lo que tenía que hacer, y sus consecuencias.

La comida pasó sin sobresaltos y, a pesar de su incomodidad, se las arregló para disfrutar de la charla. De todas maneras, se alegró de que tocara a su fin. Deseaba poner en marcha su plan. El fracaso no era una opción. Tenía que conseguir estar a solas con lord Roseington, colocarse entre sus brazos y que los invitados los vieran.

Amelia fue con las damas al salón principal mientras que el duque llevó a los hombres a la sala de fumadores para ofrecerles tragos y puros. Ella no quería malgastar su preciado tiempo escuchando a las damas intercambiar chismes. Sin embargo, esbozó una sonrisa falsa y asintió educadamente durante la conversación.

—Lady Amelia, tenéis cara de estar exhausta. —Lady Sarah sonrió con picardía.

—Me temo que la fiesta ha sido demasiado emocionante para mí. —Miró a las damas que estaban sentadas cerca de ellas—. Tal vez debería dar mis buenas noches.

—Tenéis toda la razón. Lo último que queremos es que caigáis enferma de agotamiento.

—Oh, querida, no me sorprende que estéis cansada. De sólo pensar en lo que habéis pasado estos últimos meses. Es un milagro que aguantéis tan bien —añadió lady Beatrice.

—Ha sido una dura prueba. Por favor, disculpadme.

Amelia hizo una reverencia antes de marcharse.

~

Agazapada detrás de un banco decorado con tallas hechas a mano que se hallaba en la entrada, Amelia observaba a lord Roseington salir de la sala de fumadores. Tenía que llevarlo hacia una habitación vacía, lanzarse a sus brazos y hacer un gran alboroto.

¿Y si él no salía solo? No había considerado esa posibilidad. Se le disparó el corazón. Se estaba quedando sin tiempo. Fracasar otra vez no era opción.

Unas voces elevadas atrajeron su atención. Llegaban a ella desde la sala de fumadores, pero no podía distinguir lo que decían. Luego se abrió la puerta de repente y lord Roseington salió. Solo.

Contuvo el aliento mientras observaba para asegurarse de que nadie lo seguía. Después de un momento, se hinchó de confianza y emergió de su escondite. Se irguió en toda su estatura y estiró sus músculos agarrotados. Con un estremecimiento, salió al vestíbulo y marchó, sigilosa, tras lord Roseington.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para tocarlo, se estiró, lo cogió del brazo y lo hizo entrar a la biblioteca.

—¿Qué hacéis, lady Amelia?

Buena pregunta. ¿Cómo debería contestarle? *¡Piensa, piensa, piensa!*

—He de hablar con vos, lord Roseington. —Agachó la cabeza, con la esperanza de que las palabras correctas vinieran a ella.

—Pues ahora que tenéis mi atención, hablad, por favor. —La miró como alentándola.

Ella dio media vuelta y fue directa hacia la chimenea en un intento de encontrar las palabras. El fuego que danzaba allí dentro le dio una idea. Se giró para mirarlo de frente, con lágrimas que asomaban forzadas a sus ojos.

—Es solo que…

Con el ceño fruncido, se le acercó. Ella bajó la cabeza con la intención de concentrarse en cosas tristes. Las imágenes fluyeron por su mente y, a consecuencia de ellas, las lágrimas corrían ahora más libremente. Lord Roseington estiró la mano, la colocó bajo su mentón y le alzó la cabeza. Se miraron a los ojos. Y ella deseó estar mirando a los ojos color zafiro del duque de Goldstone.

—Oh, lady Amelia, por favor, no lloréis. No tengo ni idea de qué hacer con una mujer que llora. —Alzó una comisura, formando una sonrisa torcida.

Ella dirigió la mirada al suelo y gimoteó más fuerte.

—Estoy tan sola y asustada. Ya no sé qué hacer. Me siento perdida. ¿Cómo voy a seguir adelante sin papá? ¿Qué será de mí? No tengo a nadie —dijo entre sollozos. La sinceridad de esas palabras incrementó su llanto y le formó un nudo en la garganta.

—Seguramente vuestra situación no sea tan mala como la planteáis. Tenéis un tío, a la duquesa y a lady Sarah, y también a otros muchos amigos. —Sonrió y apartó la mano de su mentón—. Permitidme que vaya a buscar a la duquesa o a lady Sarah. No es decoroso que esté a solas con vos, y es totalmente cierto que no estoy dotado para ayudaros.

Entró en pánico cuando dio media vuelta para marcharse, y lo único que se le ocurrió fue dar unos pasos atrás, hacia la chimenea, con el fin de que sus faldas se prendiesen fuego.

—¡Estoy ardiendo! —gritó mientras se volvía rápidamente.

Lord Roseington corrió hacia ella y cogió un almohadón del diván cuando pasó por al lado. Se arrodilló y comenzó a tratar de apagar las llamas mientras que ella fingía sentir pánico con la esperanza de atraer un montón de gente. Cuando vio que el último fulgor de las llamas desaparecía, se vino abajo con cuidado de caer pesadamente sobre él, con lo que ambos acabaron en el suelo. Lanzó los brazos sobre sus hombros y escondió el rostro en su cuello.

—Me habéis salvado. He sentido mucho miedo. Gracias —pronunció cada palabra con tanto volumen como pudo.

Lord Roseington la rodeó con los brazos e hizo que ambos estuvieran de pie.

—Está todo bien ahora. —Levantó las manos, quitó con delicadeza los brazos que lo rodeaban y luego dio un paso atrás—. Debemos dar por terminadas estas situaciones antes de causar un escándalo.

Lo miró a través de las pestañas.

—Es un milagro que no lo hayamos causado aún.

Un hombre se aclaró la garganta a sus espaldas y se le paró el corazón. ¡El duque!

—Su excelencia, no os molestéis en guardar nuestro secreto.

—Lo que ella quiere decir es que no existe tal secreto. Se ha acercado sin la debida atención a la chimenea y sus faldas se prendieron fuego. No podía dejar que se quemase.

—No, Roseington, estabas en tu obligación de ayudar. Me alegra saber que no te aprovechabas de nuestra querida lady Amelia. —La miró de reojo y esbozó una sonrisa burlona —. Eres todo un héroe. Vamos a contar la historia mientras ella se cambia su vestido carbonizado.

Lo escudriñaba mientras luchaba contra las ganas de abofetearlo, lo que solamente sirvió para agrandar su sonrisa y, por consiguiente, aumentar su propia ira.

—No os atreváis a decírselo a nadie. Lo más seguro es que me muriera de la vergüenza — espetó Amelia con furia y disgusto. ¡Cómo se atrevía a arruinarlo todo por segunda vez, y encima bromear con contar su humillación! Si no fuera escocés, le tendería a él la trampa en vez de a lord Roseington. Eso le serviría de lección.

—No os calentéis la cabeza, lady Amelia. Nos llevaremos el secreto a la tumba, ¿no es así, Goldstone? —dijo lord Roseington.

—Por supuesto. Todos tus secretos están a salvo conmigo.

El duque le guiñó un ojo, y ella se sonrojó ante lo que dio a entender.

—Os lo agradezco. Ahora que queda claro, voy a retirarme por el resto de la velada. Disfrutad de la fiesta. Lord Roseington. Su excelencia.

Les hizo una leve reverencia antes de salir de la biblioteca a toda velocidad. La carcajada del duque la persiguió por todo el vestíbulo. *¡Cómo me alegra haberle hecho gracia, su excelencia!*

Después de dejar a Roseington en el salón de juegos, Richard salió a buscar a su tía. No logró encontrarla en la sala ni en cualquier otro lado donde hubiera invitados. Debía de haber ido a ver cómo se encontraba lady Amelia. Se dirigió a las escaleras que conducían a los aposentos de arriba.

La idea de que lady Amelia y Roseington fueran amantes le dio una sensación de inquietud mientras subía con la mano rozando la barandilla. La reacción que había tenido ante la presencia de él en la biblioteca se reproducía en su mente. Se había comportado como una mujer experimentada, pero en su mirada había inocencia.

Tal vez si estuviera involucrada de forma romántica con Roseington, pudiera quitársela de la cabeza. Lo último que quería era tener complicaciones a causa de una mujer. Sin embargo, anhelaba hacerla suya. Su comportamiento lo intrigaba en igual proporción que su bello rostro. En un momento se le ofrecía, y al siguiente le ordenaba que se apartara o lo miraba con rabia. Seguía creyendo que estaba tramando algo. Eso tenía que ser, ninguna otra cosa tenía sentido… pero ¿qué y por qué? Tenía que saberlo.

Antes de que pudiera anunciar su presencia fuera de los aposentos de lady Amelia, su voz dulce le llegó hasta el pasillo.

—Me ha vuelto a arruinar el plan. ¿Y ahora qué hago?

—No hay nada más que intentarlo de nuevo o ceder ante los deseos de tu tío —le respondió la tía Grace.

—Nunca partiré hacia América. No puedo.

Se le hizo un nudo en el estómago. Ya había oído lo suficiente para saber que trataba de atrapar a Roseington. Tuvo que contenerse para no entrar a sus aposentos mientras las escuchaba.

—Quizá el plan falla una y otra vez porque no estáis destinados el uno para el otro.

—No me voy a casar con un americano. —La voz de lady Amelia se tintó de desdén al decirlo—. Solamente aceptaría a un lord inglés.

Se fue por donde había venido, pero con una nueva pesadumbre en el pecho. Lady Amelia no era mejor que todas aquellas madres cazamaridos y debutantes intrigantes que había en Escocia. Descubrir eso era lo mejor para él. Ahora ya podía dejarla a un lado para nunca verse involucrado con otra lady como Ophelia.

Diez

Amelia bajó el farol y se sentó en el colchón. Cerró los ojos y rezó para que el sueño la viniera a rescatar de la realidad en la que ella misma se había encerrado. Cuando soñaba, el vestido de luto desaparecía, ya no necesitaba una boda rápida y, lo que era más importante, su papá aparecía para estar con ella a menudo. Los vestidos de Amelia la llenaban de color y el velo de doliente permanecía ausente al interactuar con sus iguales. La noche anterior, había soñado que bailaba en una fiesta en los brazos de un extraño. Su rostro se resistía a abandonar el misterio, pero se sentía segura entre sus brazos. Tenía la esperanza de que el sueño volviera para consolarla.

Un crujido sonó en la parte de fuera de sus aposentos, y volteó la cabeza hacia el sonido. ¿Quién sería? Se le paró el corazón cuando la puerta se abrió para revelar al duque de Goldstone, que llenaba el vano. Sus rasgos parecían duros con la iluminación del fuego de la chimenea. Cerró los ojos bien fuerte con la esperanza de que simplemente se largara. ¿Qué demonios estaba haciendo en su habitación? ¿Por qué no estaba en el baile? Cerró los ojos y se quedó quieta para hacerlo creer que estaba dormida.

—Amelia, abre los ojos.

Su voz, suave y fuerte al mismo tiempo, vibró dentro de ella, que luchó contra las ganas de cumplir su orden.

—Si no abres los ojos en este momento, juro que te sacaré yo mismo de la cama, muchacha.

¡Qué Dios la ayudara, pero la recorrió un escalofrío de emoción de la cabeza hasta los pies! Impotente, no pudo evitarlo y abrió los ojos. Se alzaba sobre ella con el ceño muy fruncido. ¿Qué motivo tendría para estar enfadado con ella? Después de todo, fue él quien la había tratado mal, y no al revés.

—¿Qué hacéis en mi habitación?

—Ya sé cuál es tu estratagema.

Se reacomodó en la cama, con las venas encendidas en cólera.

—Lo que yo elija hacer no es asunto vuestro. No tenéis derecho a tratar a la ligera mis asuntos. Marchaos.

—Me marcharé, pero será mejor que te vistas y hagas acto de presencia abajo. Tienes cinco minutos para aparecer antes de que vuelva a buscarte. —Se dio la vuelta y salió dando fuertes pisotones, dio un portazo tras de sí y dejó el sonido reverberando dentro de ella.

En nombre de Dios, ¿qué iba a hacer ahora? Ni siquiera sabía a ciencia cierta qué era lo que él creía saber. Debían de ser sus planes de boda, pero ¿cómo podía haber descubierto eso? Tiró las mantas al suelo y empezó a levantarse antes de cambiar de opinión y volver a recostarse. Él no se atrevería a volver. Cogió la manta y se cubrió con ella. No era posible que supiera nada.

Que sospechara, quizá; pero carecía de evidencias. Quería embaucarla para que admitiera sus planes. No le iba a seguir el juego.

Le temblaron las manos cuando se giró sobre el lado izquierdo y metió la manta bajo la mejilla. ¿Y si era cierto que lo sabía? ¿Le había contado a lord Roseington sus intenciones en el baile de esta noche? Su vida se arruinaría. Toda su preparación habría sido inútil. Tal y como estaban las cosas, no tenía idea de cómo hacer caer en la trampa a lord Roseington, ni a ningún otro lord inglés, si íbamos al caso. No se preocuparía por ello ahora. Respirando profundo, se acurrucó en su colchón.

Lo único que sabía con certeza era que no saldría de la cama ni bajaría las escaleras. No le daría a su excelencia el placer de mangonearla, ni tampoco le contaría su plan. No era asunto suyo. Iba a volver a dormirse; y él podía pudrirse, le traía sin cuidado. Estiró el brazo hacia su mesilla de noche, cogió la novela que allí descansaba y la puso a su lado sobre la cama. Si se atrevía a volver, le tendría preparada una sorpresa.

Justo cuando Morfeo estaba a punto de visitarla, la puerta se abrió de golpe. Cogió la novela y la lanzó con todas sus fuerzas en dirección al duque.

—¡Os he dicho que os fuerais!

Esquivó el ataque y siguió caminando directo hacia ella.

—Y yo te he dicho que bajaras. —Alargó la mano hasta el farol y, en un instante, iluminó la habitación entera, proyectando sombras en las paredes—. Sal de la cama y ponte una faja.

—No haré tal cosa. Si no os marcháis en este mismo momento, voy a gritar. —Se llevó la manta al mentón.

—Puedes gritar todo lo que quieras, muchacha. No me voy a ir. O te levantas de la cama o me meto yo. —Curvó los labios hasta formar una sonrisa traviesa.

Huía de ella cada vez que se tocaban, de ninguna manera se atrevería a meterse en su cama.

—Me he hartado de entreteneros. Os metéis u os vais —pronunció las palabras con fuerza añadida al tiempo que retiraba la manta en ademán de falsa invitación.

Él avanzó un paso.

—Como quieras, mi querida Amelia.

¡Ay, Dios! Cruzó lo que le quedaba de distancia y subió a la cama. Se acostó de lado y se apoyó en un codo. Sus músculos, claramente visibles a través de su fina camisa blanca, le suplicaban que los tocara. Se mordisqueó el labio inferior y sintió que el sonrojo le subía a las mejillas. ¿Por qué se sonrojaba con tanta facilidad delante de él? Las ahora familiares palpitaciones se apoderaron del vértice de sus muslos, y tuvo que admitir ante sí misma que Richard era muy bienvenido en su cama.

—Mis ojos están aquí arriba.

Su voz sonó diferente, más profunda, más grave. Todo su cuerpo palpitó ante el inesperado sonido. Un escalofrío de placer la inundó cuando dirigió la mirada hacia sus ojos, admirando cada centímetro musculado que se cruzaba por el camino. Cuando finalmente se miraron a los ojos, ella le ofreció una sonrisa.

—Soy perfectamente consciente de dónde están vuestros ojos.

Suavizó la mirada al mismo tiempo que estiraba el brazo hacia ella para abrazarla. Amelia inclinó la cabeza con la intención de prepararse para un beso y rodeó con los brazos su cintura. Sus labios conectaron con fervor y pasión, como si ninguno de los dos pudiera saciarse, el uno hambriento por el otro.

Deslizó la mano por su pecho y bajó hasta su ombligo. Sus músculos se tensaron bajo su contacto, y su respiración fue profunda cuando ella siguió bajando descaradamente. Richard

rompió el beso y comenzó a hacer un camino de besos por su mejilla y luego su cuello. Sensaciones de calor acariciaban su piel por donde él la tocaba.

Un murmullo escapó de los labios de él cuando ella frotó con la mano su miembro hinchado. Amelia curvó los dedos alrededor de su contorno. La picardía se apoderó de ella y todo decoro abandonó su mente.

—Te deseo. —Sus palabras fueron suaves y suplicantes. Ni siquiera sabía exactamente qué deseaba, pero sabía que él sí. Él tenía que saber cómo satisfacer los deseos de su cuerpo. Después de todo, era él quien los había creado.

La apartó y bajó de la cama de un salto.

—No tienes idea de lo que pides. —Le dio la espalda y se pasó la mano por el despeinado cabello ónice.

—Sé que quiero que acabes lo que has empezado cuando te has metido en mi cama. —El sonido ronco de su propia voz la sorprendió. Se sentó, permitiendo que la manta cayera alrededor de su cintura—. Mírame, Richard.

Se detuvo ante la puerta, pero no se giró para mirarla a la cara.

—Lord Roseington ha anunciado su compromiso esta noche.

La sangre se heló en sus venas. Saltó de la cama con las manos en forma de puños.

—Mientes. Sal de mi dormitorio en este instante —gritó—. Mantente alejado de mí y métete en tus asuntos.

—Tú eres asunto mío, muchacha, y vas a dar explicaciones —bramó cuando dio media vuelta.

—Vete, vete. No te diré nada, ¡vete ya! —Cogió el jarrón que tenía cerca de la cama y, con toda su furia, lo lanzó contra la pared.

Él se marchó de sus aposentos dando un portazo tras de sí.

Richard iba de un extremo al otro del balcón, le retumbaba la cabeza. La mujer lo había embrujado. No había otra explicación para su comportamiento. Cuando había entrado al dormitorio de Amelia quería estrangularla. Aun así, cuando lo desafió, olvidó completamente su propósito. Su tacto le confundió la mente. Las ganas de abrazarla, de tocarla, iba en contra de toda razón. ¿Por qué no tenía el poder de resistirse?

Había sentido lujuria por muchas mujeres a lo largo de su vida, pero ninguna lo había cautivado tanto. Nunca había encontrado una a la que no pudiera darle la espalda. Por Dios bendito, antes de ella nunca le había dado la espalda a ninguna. Cogía lo que quería y, cuando el *affair* se ponía tedioso, rompía todo acuerdo.

—Maldita sea.

Amelia no era un *affair*, ella era inocente. No podía ceder ante el deseo que sentía, aunque ella también lo deseara. Dios sabía que quería, pero ponía el límite en las vírgenes.

El destello de un farol le llamó la atención y volteó hacia ella.

—Su excelencia, correspondencia urgente. —El lacayo le tendió una bandeja.

—Muchas gracias. —Richard cogió el sobre y entró a la casa en busca de un abrecartas. Tras encontrar uno, desdobló el papel y leyó. Se le contrajo el corazón y arrugó la carta en un puño. Había ocurrido un accidente en su astillero. Varios de sus trabajadores habían resultado heridos o muertos. Tenía que volver a Escocia a toda prisa.

Tía Grace lo comprendería. Subió las escaleras con la intención de prepararse para el viaje.

¿Qué sería de lady Amelia? Quería protegerla de sus propias necedades. La mujer no tenía ni idea de lo peligroso que podía resultar su plan. Se pasó las manos por el pelo. ¿Cómo podía salvarla de sí misma estando en Escocia? Para cuando volviera a Londres, su reputación estaría en ruinas y ella encadenada a un matrimonio mal avenido que de seguro la haría infeliz. Tendría que hablar con la tía Grace antes de marcharse.

~

—¿Qué ocurre? —Edna miró a Amelia con preocupación en la mirada.

Amelia se aferró a la carta que Edna le acababa de traer.

—Todo está como debería estar. ¿Por qué preguntas?

Edna cambió el peso de un pie al otro, con cara de estar incómoda.

—Os habéis puesto pálida y os tiemblan las manos. Voy a buscar las sales.

—No será necesario. —Amelia agitó la carta en el aire—. Te aseguro que estoy bien.

Edna la estudió con atención un momento.

—De acuerdo, si hay alguna otra cosa que…

Amelia asintió, interrumpiendo las palabras de la doncella.

Cuando Edna se fue de la habitación, Amelia metió la mano en el cajón del escritorio y sacó un abrecartas. Sabía que nada que viniera del tío Lewis sería bien recibido. Probablemente le escribía para recordarle que solo le quedaba una quincena en Inglaterra. Llenó de aire los pulmones mientras miraba con detenimiento la letra que tenía en la mano. Se enviaba desde Escocia. Su barco debió de hacer una parada allí. Con apatía, abrió el sobre y sacó el contenido.

Queridísima Amelia:

Confío en que mi carta te encuentre con buena salud y disfrutando de tu tiempo adicional en Londres. Espero que este tiempo te permita ver adecuadamente tus responsabilidades y organices los preparativos necesarios. No dudo que la duquesa te esté cuidando de manera ejemplar, por lo que en ese tema no diré más.

He enviado órdenes a mis sirvientes para que preparen una suite para ti en el ala sur de la plantación. Los aposentos que he seleccionado tienen unas vistas impresionantes de los jardines, así que tengo el convencimiento de que te encantarán. También he ordenado la preparación de una habitación para tu doncella. El pasaje se ha dispuesto para el Acacia, que zarpa el jueves 18 de mayo.

¡Menos de quince días! Maldita sea, todo parecía estar desarrollándose, y no podía hacer nada al respecto. Arrugó la carta cuando apretó los puños sin terminar de leerla porque las lágrimas ya se amontonaban en sus ojos. Las ganas de huir de sus problemas sobrepasaron sus sentidos. La nota resbaló entre sus dedos cuando salió del dormitorio y fue hacia los establos. Entre el compromiso de lord Roseington y la carta del tío Lewis, todos sus planes parecían

convertírsele en polvo. Por no mencionar las enormes complicaciones que le añadía el duque.

Atravesó el camino hasta el establo y ordenó que ensillaran a Rubí de inmediato. Amelia montó a la amazona y hundió el talón en los flancos de la yegua para hacerla entrar en un rápido galope. Sin una dirección clara, guió a Rubí hacia Piccadilly Street y la hizo correr hacia las afueras de Londres. A su paso oyó a los londinenses indignados gritándole para que fuera más lento. Su velo de doliente se aflojó y cayó al suelo sucio. Amelia iba dejando una nube de polvo tras de sí. La necesidad de escapar la empujaba hacia delante.

Después de llegar a las afueras de Londres, tiró de las riendas y Rubí ralentizó. Si cabalgaba recto, podía ir a Everthorne, su hogar. Nadie la creería capaz de llegar ahí, al menos no hasta que se agotaran buscándola por Londres. Eso le daría, como poco, un día para estar sola y pensar bien las cosas. Los crujidos de las ruedas de un carruaje la sacaron de su ensimismamiento y cogió con más tirantez las riendas de cuero. El corazón le martilleaba en el pecho mientras se aventuraba a adentrarse más en el bosque sobre la espalda de Rubí. No podía arriesgarse a que la vieran tan lejos de Londres. Y sin su carabina.

El bosque se abrió en un claro que tenía un árbol grande en el centro. Su tronco grueso daba paso a un enredo de ramas bajas y hojas de color verde intenso. Desmontó y llevó a Rubí hasta el majestuoso árbol. Ató las riendas en una de las ramas más gruesas para asegurarse de que el caballo no se soltara, y la venció un profundo agotamiento, por lo que se sentó en el suelo, apoyando la espalda en el tronco del árbol. Rubí mascaba, feliz, la hierba alta mientras que Amelia intentaba reunir energía y coraje. Su corazón ansiaba estar en casa, lo que le facilitó la decisión en lo referente a su destino.

Estiró la mano y acarició con ella el sedoso cuello de Rubí.

—¿Te gustaría ir a casa, chica? ¿De vuelta a Everthorne?

La yegua alzó la cabeza y relinchó en respuesta.

—Y a mí también. Decidido entonces. Nos vamos a casa. —Sintió ternura al pensar en la finca familiar y el consuelo que sabía que le ofrecería.

Feliz con la perspectiva de volver, se permitió cerrar los ojos. Un poco de descanso le haría bien. Everthorne se encontraba a más de medio día a caballo de Londres, y ella apenas iniciaba el viaje. Iba a necesitar energía para la travesía.

El susurrar de las hojas, junto con la ligera brisa, le trajo confort a su alma y la hizo dormir.

Once

La música de la naturaleza despertó a Amelia. Se puso de pie para estirar los músculos antes de montar a Rubí con la intención de partir hacia Everthorne. Había dormido más de lo planeado, como evidenciaban el sol bajando en el cielo y los gruñidos de su estómago. «Tendría que haber traído comida», pensó. Apartó ese pensamiento de su mente y se concentró en la cabalgata que le quedaba por delante.

Se acercó hasta quedar frente a Rubí y la acarició con suaves roces.

—Si nos damos prisa, llegaremos a Everthorne antes del anochecer.

Rubí dio un paso adelante y asintió con la cabeza. Apartó la mano del cuello de la yegua y cogió con más firmeza las riendas. Después de abrirse paso por el bosque y volver al camino, hizo entrar a Rubí en un rápido galope.

Dejaba a su paso una espesa columna de polvo. De vez en cuando hacía que Rubí ralentizara un poco para no agotarla. Se le hinchó el corazón ante las conocidas vistas que encontraba por el camino. Pasó junto a unos cuantos campesinos pero, afortunadamente, no se encontró con ninguna persona de la alta aristocracia.

Cuando apareció un arrollo, dirigió a la yegua allí y desmontó. Le dolía la espalda por la cabalgata, y seguro que Rubí necesitaba beber. Mientras disfrutaba de la apetecible agua, Amelia arqueó y enderezó la espalda varias veces antes de acercarse al arrollo y beber también ella. El agua estaba fría cuando la cogió con las manos formando un cacito, y refrescante cuando le bajaba por la garganta.

Rubí la miró ladeando la cabeza cuando el estómago dejó salir una fuerte queja.

—Ya lo sé, chica. Apuesto a que tú también tienes hambre.

Amelia se aproximó a la yegua y comenzó a pasar la mano de arriba abajo por su cuello mientras miraba a su alrededor con la esperanza de encontrar sustento. Por desgracia, no había nada. Dejó que Rubí mordisqueara la hierba que cubría el borde del arrollo. Al menos una de las dos podía romper su ayuno. Se rodeó la barriga con los brazos y miró a la yegua. Cuando Rubí pareció quedar satisfecha, Amelia la montó y se dirigió de nuevo al camino.

Varias millas más tarde, casi llegando a Everthorne, Amelia oyó el sonido familiar de cascos chocando contra el suelo del camino que tenía detrás. Miró sobre su hombro esperando ver más campesinos. Se le paró el corazón ante la poco grata visión del otro jinete. Tenía la apariencia de pertenecer a la alta aristocracia, de ser un lord. Tiró de las riendas de Rubí para echarla a la izquierda y adentrarse en el bosque.

Demasiado tarde, el otro jinete la había visto y la siguió. Sabía que no estaba a salvo, pero confió en su habilidad y aceleró el galope de Rubí. El golpeteo de los cascos sobre el suelo forestal igualaba el ritmo de su corazón acelerado. Amelia se agachó sobre el cuello de Rubí para

evitar las ramas que se aproximaban a gran velocidad.

El sonido del otro jinete se le acercaba. Amelia se arriesgó a mirar sobre su hombro. Su excelencia, el duque de Goldstone, la perseguía. Un dolor, intenso y repentino, invadió su brazo izquierdo. Una rama la había golpeado tan fuerte que le había sacado el aire de los pulmones y hecho caer al suelo. Se quedó allí tumbada y muda de asombro durante un momento, tratando de orientarse desesperadamente antes de abrir los ojos. Rubí se detuvo varios pasos más delante de donde había caído, y el duque estaba de pie justo al lado de ella. El corazón le martilleaba en el pecho de expectación y vergüenza.

—Amelia, ¿qué estás haciendo aquí? —Se agachó y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—Me voy a casa, y no intentéis persuadirme para que cambie de opinión. —Hizo ademán de cogerle la mano, pero se estremeció y la retiró cuando la sensación de agujas calientes le atravesó la muñeca.

—Estás herida. Déjame ver. —Le sujetó el brazo con suavidad y le miró con atención la muñeca hinchada durante un momento—. Parece un esguince. No vas a poder cabalgar. Al menos dentro de varios días.

Retiró con brusquedad su brazo herido y utilizó el sano para ponerse en pie.

—Soy perfectamente capaz de cabalgar a pesar de la lesión. —Sin darle oportunidad de decir una palabra, fue hacia Rubí. Cuando se giró para montarla, él la miraba con una sonrisa de diversión en sus labios gruesos. Dejó escapar el aire de sus pulmones, cogió lasilla con su mano buena, colocó un pie en el estribo y se elevó. Volteó la cabeza para mirarlo con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Sois impresionante, mi lady. Ahora coged las riendas. —Levantó una ceja oscura en señal de desafío.

Haría algo más que sostener las riendas y ningún duque arrogante la detendría. Se agachó para coger las riendas de cuero con su mano buena y le dio un golpecito con el talón para que echase a andar. La yegua inició un trote hacia el camino. El regocijo que sintió Amelia le dibujó una amplia sonrisa en el rostro.

De repente tuvo que cambiar de postura, por lo cual perdió el equilibrio. Estiró la mano herida en busca de la rienda y luego hizo una mueca de dolor ante la desagradable sensación que una vez más le recorrió la muñeca. Tiró de las riendas, evitando que Rubí siguiera adelante.

—Si es a casa adonde quieres ir, yo te llevaré —la regañó su voz aterciopelada detrás atrás —. Puedes cabalgar conmigo para no agravar la herida.

Amelia se quedó sentada con la espalda recta sobre Rubí, volcando todas sus fuerzas en dar la apariencia de estar bien. ¿Podría confiar en él?

—¿Me llevaréis a Everthorne y no a casa de la duquesa? Yo quiero irme a casa. —Lo miró fijamente y buscó sinceridad en su mirada.

—Mira al horizonte. Se avecina una tormenta y el anochecer está al caer. No tenemos tiempo para volver a Londres. —Frunció el ceño—. Desconozco qué tontería te ha traído hasta aquí, pero ahora que te he encontrado es mi deber protegerte. —Alzó una comisura, creando una sonrisa burlona—. Por esta noche, te llevaré a casa. En cuanto a mañana, no prometo nada. —Se le acercó estirando las manos en señal de invitación. Amelia soltó un profundo suspiro, bajó de su yegua y aterrizó en sus brazos más que capaces.

El conocido hormigueo le invadió rápidamente el vientre antes de ramificarse a cada fibra de su ser cuando la dejó de pie en el suelo. Colocó una mano firme sobre su espalda baja y la guió hacia su bestia, que los esperaba.

—Te subiré cuando haya montado.

Asintió para demostrar su consentimiento antes de ponerse al lado de su semental. Sentado en el caballo, se agachó a por ella. Sus capaces brazos la rodearon y, en cuestión de segundos, la tenía sentada sobre su magnífica bestia.

—¿Y qué hay de Rubí? No puedo abandonarla aquí sin más. —A Amelia se le revolvió el estómago de solo pensarlo—. Es más que una yegua para mí. Es mi amiga.

Se le rió.

—Sí, nunca olvidaré lo unida que estás a tu bestia. Aquel día…

—¡No os burléis de mí! Bajadme en este mismo instante. Caminaré con mi yegua.

—No hay necesidad de ponerse dramática, muchacha. Llámala para que venga. La ataré detrás de Trueno. Estará a buen recaudo.

Amelia llamó a Rubí, que se había puesto a pastar más allá del claro y mordisqueaba alegremente la vegetación que la rodeaba. Las orejas de la yegua giraron un segundo antes de que se acercase trotando a ellos. Él desmontó y aseguró las riendas de Rubí a su propia montura.

Habiéndose ocupado ya de la yegua, montó a Trueno y colocó a Amelia en su regazo. Lo ansiaba y deseaba tanto que le dolía físicamente al tener su cuerpo musculoso presionado contra ella.

—¿Asumo que mi tía no sabe nada sobre esta locura?

—¡Por supuesto que no!

—Le mandaré un recado cuando lleguemos a Everthorne. Debe de estar loca de preocupación. —Su aliento tibio rozaba la nuca de Amelia.

—Es bastante posible que aún no haya notado mi ausencia.

—Tú, querida, no eres tan invisible como te gusta pensar.

Un grito de sombro escapó de la boca de Amelia cuando él hizo que Trueno entrase en un trote rápido.

—Relájate. No te dejaré caer —dijo antes de alentar al caballo a ir más veloz.

Confiaba en él, pero no sabría decir por qué. Lo de relajarse era otro cantar, porque le era imposible teniendo sus cuerpos presionados el uno contra el otro de manera tan íntima. Suspiró al aceptar sus circunstancias y se resignó a disfrutar del camino.

Cada paso que daba el caballo la hacía rebotar y chocar contra su cuerpo musculoso. Cada vez que se deslizaba a través de su cuerpo, el vértice entre sus muslos lanzaba un grito. En un momento, se tuvo que morder el lado interno de la mejilla para recuperar el control de sí misma. Se preguntó si su cuerpo también lo estaría afectando a él.

Vislumbrar su casa la trajo de vuelta a la realidad. Señaló con el dedo hacia la gran finca.

—Allí, eso es Everthorne.

Guió a Trueno hacia los establos. Después de hacerlo detenerse delante de las puertas, apeó a Amelia antes de desmontar. Ella se alejó un paso de él y respiró hondo en un intento fallido de tranquilizar su cuerpo.

—Parece abandonado. ¿Dónde están los sirvientes? —preguntó con preocupación grabada en el rostro mientras la miraba a los ojos.

—He despachado a la mayoría. Algunos están en mi palacete de Londres, y el resto ha encontrado empleo con otras familias. El superintendente y algunos sirvientes se han quedado. Sin embargo, todos los sirvientes con cama dentro se han ido. —Fue hacia la puerta del establo y la abrió—. Los dos somos capaces de cuidar de nosotros mismos… O al menos, yo sí lo soy. —Sonrió con suficiencia ante la expresión de él: mandíbula algo descolgada y ceño muy fruncido.

— Soy más que capaz, muchacha. Lo que me sorprende es que partieras hacia este destino

sabiendo que llegarías a una casa vacía. —Llevó a Trueno a la caballeriza y comenzó a disponerlo todo para que durmiera bien por la noche.

Ella cerró la puerta detrás de Rubí después de hacer lo mismo.

—Mi lord, hay muchas cosas que no sabe de mí y que posiblemente no pudiera comprender.

Él le sonrió con picardía.

—Parece que me estuvieras lanzando un reto.

—No hago tal cosa. Venid, yo preparo las habitaciones mientras vos encendéis el fuego.



Richard puso sobre la mesa al lado de Amelia la cataplasma que hizo y una pila de tiras de tela que había encontrado. Miró con detenimiento su muñeca mientras ella la tenía apoyada en el brazo de la silla. La hinchazón había empeorado y la piel estaba ahora de un color rojizo.

Ella lo miró a los ojos.

—Me temo que es algo peor de lo que creí en un principio.

—No te preocupes. Mi madre me enseñó a elaborar algunos remedios. Deja que atienda tu herida y te sentirás mejor antes de darte cuenta.

—Es raro que un caballero con título posea esa habilidad. —Colocó su brazo ante su mano.

—Siempre he sentido curiosidad por la medicina. No fuera duque, creo que sería doctor. —Alisó la cataplasma sobre su muñeca con movimientos hábiles.

—Creo que es maravilloso que vuestra madre se tomara el tiempo para enseñaros. —Hizo una mueca cuando le levantó el brazo para vendar la lesión.

Un extraño aguijón se le clavó en el corazón, y dijo:

—No mi intención causarte dolor, pero no es posible evitarlo. La lesión curará más rápido si tiene el soporte de los vendajes.

Ella asintió.

—Confío en vos.

Le sonrió antes de dirigir la atención de nuevo a su muñeca. Las palabras de ella le habían encandilado el alma, pero no tanto como la verdad reflejada en su mirada. Sí que confiaba en él y, por alguna razón desconocida, él también confiaba en ella. Ojalá pudiera protegerla de sus ideas necias. Tenía que existir la manera.

Doce

—¡No os voy a acompañar a ningún sitio! —Amelia miró con el ceño fruncido al duque de Goldstone.

—No te puedes quedar aquí, y yo no tengo tiempo para llevarte a Londres de vuelta. Vas a…

—Puedo volver yo sola la mar de bien. Vuestros servicios no son necesarios. —Dio media vuelta y salió corriendo de la sala. Estar de nuevo en el hogar familiar contribuía a que fuera una noche llena de emociones. Los recuerdos se negaban a dejarla dormir. La dejaban agotada y sin ganas de aguantar que le dijeran lo que debía hacer, ni siquiera un duque sexy y oscuro. Salió disparada de la casa hacia el campo trasero. Al mirar sobre su hombro, vio que la perseguía y, por ello, se obligó a correr más rápido.

—Amelia, deja de correr para que podamos discutir esto de una manera más racional. —Sus palabras le llegaron desde muy cerca. Se le hizo un nudo en el estómago, pero siguió adelante con más ahínco.

De repente, el duque le rodeó con la mano su brazo lesionado, haciéndola detenerse bruscamente y provocando que ambos cayeran al suelo. Él aterrizó encima de ella, pero colocó las manos primero para sujetar su peso. Amelia se puso a mirar los músculos que sobresalían de sus brazos antes de mirarlo a los ojos. La emoción le corrió por las venas. Su esencia suplicaba una vez más ese algo elusivo que solamente él podía darle.

Ignorando ese anhelo, lo empujó.

—¡Soltadme en este mismo instante!

—No hasta que hayamos solucionado este asunto. —La miraba desde arriba con los ojos llenos de promesas de travesuras.

—No hay nada que solucionar. He dicho que no iré a Escocia, y lo he dicho en serio. Soy…

—Obviamente capaz de volver sola a Londres, lo sé. Sin embargo, como te he dicho antes, siempre y cuando estemos bajo el mismo techo, eres mi responsabilidad. No aceptaré que cabalgues sola durante gran parte del día por caminos peligrosos sin protección de ninguna clase.

—Entonces tendréis que ser vos mi escolta. —Batió las pestañas mirándolo a los ojos, segura de que entraría en razón.

—Me costaría al menos un día de viaje llevarte a Londres, y no me lo puedo permitir. Como están las cosas, Glasgow está a, al menos, siete días a caballo…

—¿Queréis que viaje con vos durante siete días? Eso no es posible. Mi tío me ha reservado un pasaje a América. He de abordar en el barco en menos de quince días. Soltadme. —Le empujó el pecho con renovado vigor.

—Conseguiré una carabina en Leeds para que te lleve sana y salva de vuelta a Londres. Llegarás a tiempo para abordar tu barco.

—Estar a solas con vos en tales circunstancias, viajando durante días, no es decoroso. Si os importan mis planes aunque sea un poco, podríais al menos preocuparos por mi reputación.

Una sonrisa picarona se adueñó de los labios de él antes de salirse de encima suyo, con su risa llenando el espacio entre ellos.

Amelia se sentó y lo miró con el ceño fruncido antes de estirarse y golpearle el brazo.

—No tenéis por qué reíros de mí.

La dejó de piedra bajo su mirada.

—Si a ti te importara un bledo tu reputación, no estaríamos aquí sentados de la manera más indecorosa. Y ahora, querida mía, vayamos a conseguir comida antes de montar nuestros caballos. Tenemos un largo día por delante.

—No he accedido a acompañaros. —Se encogió de hombros, sabiendo que ya había perdido la batalla.

—¿Tenemos que seguir con este sinsentido? —Se puso en pie y se limpió a palmadas sus calzones antes de tenderle una mano para ayudarla a levantarse—. Es evidente que no tienes elección, además de que tú misma te has puesto en esta situación. Soy un duque y, en este momento, estoy a cargo de tu protección. Te suplico que dejes de ser tan descarada y vengas.

Ella sintió en señal de silenciosa derrota antes de poner la mano en la suya. Él tiró de ella, por lo que acabó apoyada contra su duro cuerpo. Sus senos apretados contra su pecho, y los brazos de él rodeándola. Alzó la mirada para verlo, pero no hizo ademán de alejarse de su abrazo.

Bajó la boca para colocarla sobre la de ella y sus labios se fundieron. Firme y profundo, el beso hizo que las piernas le temblasen y la pasión amenazó con devorarla entera. Dios santo, ¿cómo iba a viajar a salvo con él cuando con un solo beso ya la deshacía? Le pasó la lengua por los labios, enviando un delicioso anhelo a su bajo vientre. Entrelazó los dedos por el pelo de él y todo pensamiento huyó de su mente.

Richard apartó la boca y dio un paso atrás.

—Mis disculpas, prometo no volver a besarte. A menos que me lo pidas tú, claro está. —Regresó a la casa, dejándola sola y sin aliento al sol de la mañana.

Lo observó hasta que desapareció, luego se dejó caer en el suelo mojado de rocío. Sus palabras se reprodujeron en su cabeza a medida que intentaba darle sentido a la situación. *¿A menos que se lo pida? ¿A qué se refería? ¿Quiere besarme? ¿Casarse conmigo? ¿Satisfacer mi anhelo? ¿Lo deseo yo?* La confusión amagaba con sobrepasarla. Inhaló profundamente el fresco aire del campo mientras intentaba controlarse. Tendría que encontrar las respuestas a sus reflexiones, pero no ese mismo día. Quizá al siguiente… siempre había un mañana.

Frotó las manos sobre las tibias mejillas, se puso de pie y alisó sus faldas antes de entrar a la casa. Había un viaje para el que prepararse.

~

La mayor parte del día transcurrió cabalgando en un cómodo silencio. De vez en cuando, Amelia miraba de reojo al duque, pero raramente hablaba con él. Hicieron dos paradas para darles descanso a los caballos y comer algo. Richard le dijo que tenía planeado un viaje de cincuenta millas antes de parar en una posada a pasar la noche. A ella le dolía la espalda y podía sentir que Rubí empezaba a cansarse cuando el sol tocaba el horizonte en su descenso.

Inclinó la cabeza para mirar al duque.

—Mi yegua está cansada. ¿Cuánto falta para llegar a la posada?

La miró y luego pareció pensar en Rubí un momento antes de responder:

—Está justo después de ese recodo. —Le devolvió su atención al camino—. ¿Cómo va tu muñeca?

—Bien, gracias.

Fiel a su palabra, tiraron de la rienda en una pequeña posada de piedra justo al pasar el recodo. El establecimiento tenía una apariencia pintoresca, con un exuberante césped verde y dos altos sauces decorando la entrada. Había parterres bien cuidados estratégicamente colocados por todos lados. Vio que también gozaba de un paseo que rodeaba la parte trasera y unos bancos en los jardines.

—Será mejor si decimos que estamos casados. Lo más probable es que aquí nadie nos conozca, y así podemos evitar llamar la atención. Además, será más fácil para mí protegerte si estamos en la misma habitación.

Ella sólo parpadeó sin saber qué contestar al principio.

—¿Queréis que comparta habitación con vos?

—Eso mismo, sí. Por supuesto, tú te quedas con la cama y yo duermo en el suelo.

Amelia tragó saliva con dificultad mientras intentaba encontrar las palabras para expresarse. Cuando ninguna le vino a la mente, simplemente asintió.

—Ahora mantén las manos quietas y compórtate con naturalidad —dijo entre susurros.

—Yo… yo…

Le ofreció el brazo para que lo cogiera.

—Cógeme del brazo y pon cara de estar feliz.

Richard le tendió los caballos al hombre del establo y dijo:

—Mi duquesa y yo necesitamos una habitación para pasar la noche.

Momentos más tarde, una amigable anciana les mostró su habitación. La mujer abrió una puerta del segundo piso y les hizo señas para que entrasen. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado a rayas en blanco y negro, con una silla a juego situada junto a una pequeña ventana. Una cama estilo trineo de madera de cerezo la llamaba a gritos desde el otro lado del dormitorio, invitándola a acostarse y descansar sus músculos doloridos.

—Su excelencia, espero que esta habitación cumpla con vuestras exigencias. Es la mejor que tenemos —dijo la amable posadera con una reverencia.

—Está bien, gracias. —Richard se adentró en el dormitorio.

La posadera observó a Amelia antes de hacerle una reverencia y decir:

—Mis condolencias, su excelencia.

Amelia asintió educadamente al no estar segura de cómo debería responder una duquesa. Richard se colocó a su lado.

—Gracias, le avisaremos si necesitamos alguna otra cosa.

Cuando la posadera se marchó, puso sus provisiones en el suelo, cerca de la puerta, y se plantó ante ella.

—Iré a buscar la cena mientras te prepararas para acostarte.

Sintió arder sus mejillas al darse cuenta de que pasaría la noche en su compañía.

—De acuerdo, pero no tengo ropa de dormir.

Su sonrisa de libertino apareció y le alteró el cuerpo.

—Entonces refréscate por ahora. Más tarde te deshaces de tu vestido. ¿Debo suponer que incluso tú eres lo bastante lady como para llevar puesta una camisola?

Amelia cogió el objeto que tenía más cerca (un candelabro) y se lo lanzó a la espalda mientras él salía de la habitación riéndose a carcajadas. *¡Menudo sinvergüenza está hecho este*

lord rastrero!

—¡Cómo se atreve!

Fue a la cama como una niñita pensando en lanzar una rabieta y se arrojó sobre el colchón. ¿Por qué la hacía sentir tan fuera de control? Incluso estando molesta con él, su cuerpo sentía atracción. Quería aporrearlo y verse envuelta entre sus brazos al mismo tiempo. Ese pensamiento la sorprendió tanto que se sentó. Contuvo el aliento cuando la puerta se abrió para revelar su regreso.

Entró como si nada al dormitorio, seguido de dos plebeyos con los brazos llenos de bandejas de comida. Dispusieron su carga sobre una mesilla situada al lado de la silla antes de dar media vuelta y marcharse. Se le hizo la boca agua en anticipación al festín.

Richard se sentó en la única silla que tenían.

—No estaba seguro de qué te gustaba, así que hice traer una variedad de cosas. Espero que te agrade la cerveza. Era la única opción.

—Nunca antes la he probado, pero estoy segura de que será suficiente. —Se puso de pie, se dirigió hacia la mesa y se detuvo ante ella. Su mirada encontró la de él, ordenándole en silencio que le cediera la silla.

—Ah, déjame adivinar —dijo, con una expresión presuntuosa firmemente colocada en el rostro—. Quieres que me quite.

—Me complacería si lo hicierais, mi lord. —Batió las pestañas para añadirle efecto.

—Ponerte coqueta no va a conseguirte nada conmigo, mi lady. De todas maneras, voy a… —Una llamada a la puerta lo interrumpió—. Adelante.

Otro plebeyo, empleado en la posada, supuso ella, llevaba una silla adicional. No coincidía con la decoración de la habitación, pero parecía igual de cómoda.

El intruso miró al duque en espera de su aprobación.

—De acuerdo, ponla junto a la mesa —ordenó Richard con una voz tranquila aunque autoritaria.

Con una sonrisa, el empleado hizo lo que se le dijo antes de salir de la habitación.

Richard se puso de pie cuando la puerta se cerró.

—Elegid vuestra silla, mi lady.

Amelia se sentó rápidamente en la silla que él había dejado vacante a pesar del hecho de que su cuerpo la había dejado calentita. Nunca antes había ocupado una silla que hubiera sido usada recientemente, y no pudo evitar pensar que la había atormentado a propósito. Fuera como fuese, le daba igual romper las reglas de la alta sociedad. Él se sentó y luego destapó la comida antes de alzar la mirada hacia ella con una sonrisa extendida en el rostro.

La comida le pareció agradable. La cerveza, aunque diferente, satisfizo a su paladar. Comió hasta hartarse mientras disfrutaba de la alegre conversación sobre la infancia de ambos. Él le contaba historias de su estancia en Eaton y de las travesuras en las que se veía envuelto a menudo. Ella le habló de su madre y de su padre y de la manera en que siempre la habían consentido.

Cuando terminaron de comer, él salió al pasillo mientras ella se quitaba el vestido y se acostaba. Su cuerpo parecía vibrar cuando se subió las mantas hasta la barbilla. Con sus vergüenzas a buen recaudo, le dio permiso a gritos para volver a entrar al dormitorio.

—Tengo la intención de prepararme para dormir, y te sugiero que cierres los ojos hasta que esté decentemente bajo de las sábanas.

La miró de reojo con un brillo de picardía en la cara cuando ella cerró los ojos con fuerza. No sirvió de mucho. Imágenes de su cuerpo cincelado se materializaron en su imaginación y le

suplicaban que le echase una miradita.

La tentación resultó ser demasiado grande, y abrió los ojos una ranura. Su magnífico cuerpo medio desnudo estaba a escaso medio metro delante de ella, lo cual desencadenó una chispa de deseo en su interior. Observó con detenimiento la curva de sus caderas y toda la distancia que las separaba de su cabello ónice. Su propio cuerpo reaccionó de forma poderosa: corazón martilleante, pulso acelerado y el vértice entre sus muslos palpitando al unísono mientras miraba su físico.

Como una poseída, con la boca abierta, las palabras le salieron antes de darse cuenta:

—Bésame.

El duque se volvió para mirarla a los ojos.

—No puedo.

El sueño no la encontró con facilidad cuando Richard apagó las luces. Dio vueltas en la cama tratando de descifrar por qué la había rechazado. La furia y la decepción se turnaban en consumirla, mezcladas con otro sentimiento que no pudo identificar.

Le dolió el corazón ante la certeza de que no la deseaba. Solamente se había mostrado interesado en descubrir su plan, y ahora… Se hallaba bajo su cuidado y protección. Cuando llegasen a Leeds, la volvería a enviar a Londres sin pensárselo dos veces. ¿Desde cuándo le importaba él?

Trece

—¿No sientes ni un poquito de curiosidad por la razón de que tenga que ir a casa? —Richard la miró con una ceja arqueada.

Amelia apartó la vista sin siquiera negar con la cabeza. A decir verdad, le encantaría saber el motivo por el que había insistido en arrastrarla por toda Inglaterra, pero no tanto como para hablarle de buena gana. Quizá fuera un poco infantil por su parte. No quería casarse con él, así que ¿por qué le importaba si la besaba o no? «Porque él hace que mi cuerpo cobre vida, lo echo de menos cuando me deja a solas y mi compostura fácilmente se hace pedazos en su presencia», pensó. Parpadeó y respiró hondo mientras echaba a un lado esos pensamientos.

— Sí, supongo que me gustaría saber cuál es la emergencia.

Tiró de las riendas de Rubí para llevarla a paso lento. Él también ralentizó antes de mirarla. Sus ojos parecían ser más oscuros ahora, y un aire de preocupación se apoderó de sus hermosas facciones.

—Ha habido un accidente en mi astillero. Uno de mis barcos quedó destruido y varios de mis trabajadores están heridos. Dos murieron. —Le devolvió su atención al camino.

—Yo… Mis condolencias. —Debía haber sabido que no la llevaría a rastras sin una buena causa. Se había comportado como toda una maleducada sin tenerlo en cuenta a él—. Su excelencia… Richard, lamento de todo corazón haberme mostrado tan reticente y haberte puesto las cosas más difíciles. Pero tengo que preguntarlo: ¿por qué viajamos a caballo cuando posees un astillero? ¿No llegarías más rápido por barco o ferrocarril? —Le sonrió con sinceridad y esperó que su pregunta no le causara un estrés indebido.

—Nuestros caballos avanzan más rápido y más directos. En lo que se refiere a barcos, yo los construyo, no los navego. —Puso a galope rápido a Trueno una vez más.

Empujando a Rubí con los talones, urgió a la yegua a alcanzarlo mientras ella se agachaba sobre su cuello. El sonido de los cascos de los caballos golpeando el camino saturó el aire que los rodeaba el tiempo que corrieron por el terreno. Cuando hizo bajar a su yegua a paso de caminata él la imitó, y el ruido de los cascos se desvaneció y fue remplazado por el sonido de sus risas.

Su profunda risa de barítono le invadió los sentidos, elevando su espíritu. Se concentró en él con una mirada de genuino deleite en el rostro.

—He ganado.

—Te he dejado ganar. —Sus palabras burlonas la hicieron carcajear de nuevo.

—Sonáis como si me desafiarais a otra carrera. Ya me diréis cuándo y, cuando gane, deberéis recompensarme. —No pudo contener una carcajada enigmática cuando una de sus cejas salió disparada hacia arriba de manera muy cómica.

—Mi lady, os encuentro bastante desconcertante. Sois un puzle que tengo la intención de resolver.

Ella rió por lo bajo y se concentró en otra cosa.

Un humo oscuro se elevaba en el horizonte, una bruma espesa que sofocaba los rayos del sol. Señaló a la distancia.

—Mirad allí, cerca del horizonte. ¿Qué suponéis que es?

Él giró la cabeza en la dirección que le indicaba.

—Parece un incendio.

—¿Qué hacemos? Está en nuestro camino. ¿Y si no podemos pasar por ahí? ¿Y si alguien está herido? Puede que…

—Sólo hay una manera de saberlo. Debemos continuar. Si se nos presenta algún peligro, cambiaremos el rumbo. —Le sonrió para darle tranquilidad—. Lo más seguro es que se esté quemando una estructura, y tienes razón: puede que alguien necesite nuestra ayuda.

Asintió para mostrarse de acuerdo antes de hacer correr a los caballos por el camino a su lado. La movía la curiosidad mientras oía el sonido melódico de los cascos golpear el suelo de tierra que tenían debajo. Sus ojos estaban fijos en las volutas de humo negro, que le hacían señas para que se acercara más, y sus pulsaciones se aceleraban cada vez más. Después de lo que le parecieron horas, se desveló lo que ocurría cuando vislumbraron una cabaña ardiendo.

Tragó saliva con dificultad porque se le había formado un nudo en la garganta. Una mujer desesperada, con un sencillo vestido y cubierta de hollín, gritaba desde el patio lateral del infierno. El cabello desatado le colgaba por la espalda con trocitos de madera enredados por todos lados. Detrás de ella, las llamas subían en el aire, atravesando el techo en una sobrecogedora danza de color naranja y ámbar.

—¡Mi hijo sigue dentro! ¡Oh, señor, ayuda a mi hijo, por favor! —gritó la mujer cuando cayó al suelo, enterrando la ennegrecida cara en la hierba.

Sus gritos reverberaron en Amelia y la impulsaron a la acción. Se bajó de Rubí y fue al lado de la mujer, apoyando una mano consoladora sobre su hombro. Sentía la hierba bajo sus faldas mientras que el aire le quemaba el rostro. Se volvió para mirar a los caballos. Richard ya había desmontado. No podía verlo en ningún sitio. Frenética, siguió buscándolo con la mirada, intentando desesperadamente localizarlo y concentrarse en algo que no fueran los espeluznantes gritos de la mujer. El pánico se apoderó de su corazón cuando lo vio entrar y desaparecer en la cabaña del incendio. Apartó ese sentimiento y le devolvió su atención a la mujer despeinada.

—Alejémonos del fuego, señorita. El duque ha entrado a rescatar a su hijo. No será nada bueno si sale herida aquí fuera —engatusó a la mujer mientras trataba de levantar a la distraída mujer, que no hacía ningún esfuerzo por moverse.

—Mi bebé, ay, mi precioso hijo.

Amelia rodeó a la mujer con los brazos y tiró hacia arriba.

—Has de confiar en que su excelencia salvará a tu bebé. Ahora sé fuerte por tu hijo y ponte en pie.

Con un poco más de tironeo, la mujer se levantó y permitió que Amelia la alejase de la cabaña. Cuando llegaron a un lugar más seguro cerca del borde de la pradera, Amelia dejó que la mujer cubierta de hollín cayera una vez más al suelo. De nuevo se colocó al lado de la mujer y puso un brazo alrededor de sus temblorosos hombros. La atención de Amelia abandonó a la mujer para centrarse en la escena en llamas. El llanto de la mujer se desvaneció en el fondo cuando los pensamientos de Amelia fueron para Richard.

«Dios, líbralo de la tormenta de fuego, por favor. Que salga a salvo con el niño en brazos.

Amén», rezó con reverencia sin permitir que su mirada abandonase la cabaña. El crepitar del fuego colmaba cada partícula de su cuerpo mientras la mujer seguía llorando y murmurando a su lado.

De repente, las llamas ganaron más altura. El aire se llenó de un fuerte estrépito. Un horrible grito llegó a los oídos de Amelia cuando se puso de pie para correr hacia la cabaña derruida. No sabría decir si se había originado en su propia garganta o en la de la campesina. Corrió tan rápido como pudo antes de caer de bruces cerca de la construcción ardiente. Allí se quedó, encogida y con los hombros temblando, llorando en el suelo a pocos pasos de la cabaña destrozada. Las lágrimas le dejaban la piel ardiente en su camino por su mejilla mientras miraba a la fachada desmoronada.

—Lady Amelia, ¿qué hacéis? ¡Levantaos! ¡Alejaos del fuego!

La voz de Richard se le antojó una canción. Se puso en pie rápidamente, dio un paso atrás y lo buscó con la mirada en la zona que tenía alrededor. Apareció, con cada centímetro de su magnífico cuerpo cubierto de hollín, por el costado de la cabaña profanada. Amelia se lanzó a sus brazos y rodeó con los suyos su cuello.

—Oh, gracias a Dios que estáis vivo. —Enterró la cabeza en su pecho, apretujando al niño que él tenía en brazos—. Creí que os había perdido.

—Eso todavía puede ocurrir si no nos alejamos.

Permitió que la apartara de la cabaña, pero no le soltó el brazo. Cuando la madre del bebé los vio, se puso de pie pero no se movió. Parecía una estatua: silenciosa y rígida. Entonces, cuando estaban ya casi a su lado, el bebé dejó escapar un llanto feroz que hizo reaccionar a su mamá y ésta corrió hacia ellos.

Cogió al niño que llevaba Richard y lo miró detenidamente un momento antes de acunarlo cerca del pecho.

—Gracias, mi lord. Si no fuera por vos, seguro habría perecido en el incendio. Tengo con vos una gran deuda. —Le hizo una reverencia con torpeza.

—No hace falta que me dé las gracias, señora. Solamente he hecho lo necesario y lo correcto. No me debe nada.

Antes de que pudieran cruzar más palabras, Amelia lo rodeó con el brazo libre. Lo miró a los ojos con intensidad y le dio la bienvenida a las sensaciones ahora familiares que la atravesaron.

—Abrazadme. —El temblor en su voz la sorprendió.

Él hizo lo que le pidió y la mantuvo a salvo en su abrazo. Todas sus angustias anteriores se derritieron al calor que le infiltró. Los fuertes latidos del corazón que guardaba dentro de ese pecho bien musculado eran todo lo que oía, y eso le consoló el alma. Olía a humo y hollín, y tenía la ropa sucia, pero nada de eso importaba. Se acurrucó más, juntando los cuerpos. Se había enamorado del duque.

—¿Hay algún lugar donde podamos llevarla, señora?

Sus palabras fueron como un abrazo de consuelo al alma. Amelia miró a la mujer y le preguntó:

—¿Tal vez una amiga o pariente que viva cerca?

La mujer, sin apartar la mirada de su hijo, contestó:

—Mi hermana, su cabaña está a una milla subiendo por ese camino.

Amelia cabalgó con Richard, disfrutando de cada momento que estuvieron en tan cercano contacto mientras acompañaban a la mujer y su hijo al hogar de la hermana. Sin embargo, una pequeña parte de ella quería distancia y claridad. Necesitaba pensar, solucionar su futuro. Sencillamente no era posible hacerlo al mismo tiempo que estaba sentada en el regazo del duque,

luchando todo el camino contra sus deseos y esa nueva revelación. ¿Cómo podía estar pensando en casarse con un lord inglés cuando un lord escocés, el mismo que su cuerpo y alma ansiaban, estaba presionado contra ella? ¿Quería casarse con un lord inglés ahora que se había enamorado de Richard?



Al llegar, los familiares de la mujer extendieron la oferta de una cena y una habitación para pasar la noche. Richard declinó para tratar de recuperar parte del tiempo que habían perdido. Sin embargo, sí aceptaron ropa limpia y la oportunidad de quitarse el hollín de manos y rostros. Amelia le dio la bienvenida a la ocasión para deshacerse de su vestido de luto. Le gustaba la idea de que el duque la viera como algo más que una mujer doliente. Después, partieron con vestiduras de plebeyos se apresuraron hacia el horizonte. Richard tenía la esperanza de llegar a Sheffield al anochecer.

Apenas se reconocía vestida con ropa normal de tela color borgoña de baja calidad y bebiendo los vientos por un escocés. Sus ojos hambrientos recorrieron la figura de él, admirando su cintura angulosa, su trasero redondeado y sus fuertes muslos. Ya no podía negar que lo deseaba. Enamorarse de él le complicaba aún más las cosas. Si fuera una persona diferente con responsabilidades diferentes, sería libre de perseguirlo pero, desgraciadamente, no podía hacer que nada fuera diferente. En todo caso, él no la deseaba. Y, sin duda alguna, no la amaba.

Apartó la mirada de su trasero e instó a Rubí a trotar. Darse cuenta de que el granuja le había robado el corazón no cambiaba nada. Cuanto antes se casara con un inglés, mejor. Era capaz de olvidar al duque y seguir adelante con su vida.

Volvió a mirarlo con intensidad una vez más. Su corazón y su mente libraban batalla. ¿Cómo había sido tan inconsciente como para enamorarse de él? No valía la pena planteárselo. Iba a disfrutar del tiempo que compartiría con él, y a hacer lo que debía cuando la enviase a Londres. Una sonrisa de pícara le curvó los labios.

—¿Creéis que llegaremos a Sheffield antes del anochecer?

—No te preocupes, querida. Está a pocas millas de aquí.

—No estoy preocupada, solo siento curiosidad. —Le dedicó una sonrisa coqueta, la expectación le hacía cosquillas en la espalda. No la rechazaría esa noche. Ella no lo iba a permitir.

El viento le liberó unas mechas del pelo y le hinchó las faldas cuando hizo que Rubí aumentara el ritmo a un trote rápido. Miró a Richard sobre el hombro, y vio que iba a unos pasos por detrás.

—¿Cómo es Escocia? —le gritó sobre el hombro.

—Eso depende de adónde vayas. Mi castillo está cerca del límite inglés, y por esa razón mis tierras en Escocia son muy parecidas a tu adorada Inglaterra. —Le guiñó un ojo de manera burlona.

Un calor se extendía por ella al tiempo que apartaba la mirada. Escocia igual que Inglaterra… ¿Sería cierto?

Catorce

A Amelia le dolían todos los músculos del cuerpo, y la larga cabalgata no le había ayudado nada en absoluto a decidir qué hacer con su futuro. Lo único que sabía con certeza era que se había enamorado del duque de Goldstone.

—Mi lady. —Richard le ofreció el brazo en señal de invitación.

Amelia lo aceptó con una sonrisa y le permitió guiarla a la posada.

La escoltó escaleras arriba, hacia su alojamiento para la noche, y le soltó el brazo para abrir la pesada puerta de madera. Una habitación calentita les dio la bienvenida con todas las comodidades necesarias, que ella no dudó en aprovechar. Se dejó engullir por el sillón de orejas y permitió que toda la tensión abandonara sus extremidades.

—Lo único que mejoraría esto es un baño y ropa limpia. —Le echó un vistazo a Richard, que se había quitado la chaqueta y la dejaba sobre la tumbona.

—Rara vez se oye algo tan cierto. Voy a pedir que traigan un baño, y a ver si puedo conseguir un vestido limpio para ti.

—¿De dónde creéis que podréis sacar un vestido a esta hora de la noche? —La sola idea le resultaba absurda.

—Querida, olvidas quién soy. No existe nada más allá del reino Posible cuando se posee un ducado. —Volvió a ponerse, de un solo movimiento, la chaqueta antes de marcharse.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Por primera vez en siglos, ningún pensamiento le venía a la mente. Se regocijó en la soledad, permitiéndole absorberla.

La puerta chirrió, y eso la sacó de su estado de relajación. Abrió los ojos bruscamente para revelar a una joven en el vano con una pila de telas en la mano.

—Mi lady, su excelencia me ha pedido que subiera a ayudaros con vuestro baño. —La doncella le hizo una reverencia y lo que llevaba en las manos casi se le cayó al suelo—. ¿Hago que entren la bañera?

—Sí, claro, éntrenla. —Amelia permaneció sentada mientras veía que llenaban la bañera. La doncella parecía ser bastante joven, pero muy capaz a pesar de su corta edad. Era varios centímetros más baja que Amelia y su cuerpo carecía de forma. Una trenza color castaño rojizo le colgaba de un hombro, apartando la atención de sus delicadas facciones.

Cuando los demás completaron sus tareas y las dejaron a solas, la doncella miró a Amelia con sus afables ojos color chocolate.

—Si queréis, yo os ayudaré a quitaros esas prendas, mi lady.

Amelia se levantó, se acercó y le dio la espalda.

—Puedes hacer lo que quieras con ellas cuando me las quite.

En cuestión de minutos, el agua tibia de la bañera rodeó su cuerpo desnudo.

—Me las puedo arreglar sola a partir de aquí. Gracias por tu ayuda —le dijo Amelia con una sonrisa de agradecimiento.

La doncella hizo una reverencia con una leve sonrisa en los labios.

—Como deseéis.

Amelia se lavó cuerpo y cabello, frotando para quitar el hollín y humo que pudiera quedarle. Con la tarea completada, se echó hacia atrás y dejó que el aire con aroma a jazmín la transportara. Le vino a la mente el jardín de la duquesa de Abernathy y la primera vez que besó a Richard. ¿Lo amaba ya en ese entonces? ¿Lo había amado todo este tiempo y sencillamente no se había dado cuenta? Estaba muy concentrada en cazar a un inglés en sagrado matrimonio. ¿Sus planes habían nublado sus verdaderos sentimientos y le habían hecho ignorar lo que tenía justo delante sus ojos?

Se incorporó, hundió un trapo en el agua ahora templada y se lo llevó al rostro. Tal vez su plan era tonto. ¿Qué bien le haría quedarse en Inglaterra si era infeliz? Y ahora ya sabía que lo sería. Pero tampoco Richard podía ser la solución. No la amaba. Dejó caer el trapo al agua y se puso en pie.

Esa noche iba a encontrar satisfacción en brazos del duque, disfrutaría de él mientras pudiera y luego partiría hacia América como le habían ordenado. En dos años volvería a Everthorne y a todo las demás cosas que quería. Se secó las últimas gotas de agua con esencia de jazmín y rebuscó algo con lo que cubrirse. Una sábana le pareció la mejor opción. La cogió y se envolvió con ella antes de ir a sentarse en una silla.

La voz de Richard atravesó la puerta:

—Amelia, ¿puedo entrar?

Reacomodó la sábana para que una pierna asomara por debajo y se cubrió el pecho a medias, dejando a la vista los montículos de sus pechos.

—Entrad, por favor.

Él entró sin prisa, llevando en la mano una caja con ropa dentro. La colocó sobre la cama, dio media vuelta y regresó al pasillo sin dirigirle la mirada.

Cambió de postura cuando la inquietud la invadió. ¿Era posible que no la hubiera visto en ese estado de desnudez, o simplemente era así de fácil ignorarla? Se mordisqueó el labio, preocupada.

Momentos después, volvió a entrar con una bandeja de comida y cerró la puerta tras él. Una vez que dejó las provisiones sobre la mesa, se giró para tenerla de frente. Un rubor le calentó la piel cuando sus ojos cayeron sobre ella y viajaron por toda la longitud de su cuerpo muy expuesto.

Se le llenó el pecho de entusiasmo.

—Voy a salir para que te vistas. ¿Quieres que haga traer a una doncella? —dijo las palabras con tono ronco y, a pesar de lo dicho, no hizo ningún esfuerzo por irse. Sus ojos siguieron clavados en ella, con una sonrisa libertina en los labios.

—Eso no será necesario. —Se puso de pie y se acercó a él con paso lento, dejando caer la sábana por el camino para revelar su cuerpo en toda su desnuda gloria—. No me apetece vestirme.

Lo rodeó con los brazos, peinando con los dedos su cabello grueso al tiempo que llevaba sus labios hacia los suyos.

El beso se fue aumentando en intensidad a medida que la pasión la recorría. Él la llevó hacia la cama y la recostó sin romper nunca la conexión. Su boca se fue abriendo camino por el cuello y las clavículas de ella hasta instalarse en sus pechos. Cada roce aceleraba la necesidad que yacía

muy dentro de ella, haciendo crecer su deseo por él.

Empezó a quitarle la corbata, sin querer ninguna otra cosa que sentir su piel contra la suya. Cada parte de su cuerpo ardía de deseo mientras intentaba quitarle la ropa con torpeza. Echó la corbata a un lado y comenzó con la camisa mientras él le dejaba un rastro de besos por las clavículas. Se le escapó un gemido de placer.

Él se apartó y se la quedó mirando a los ojos.

—Amelia…

Le puso un dedo sobre los labios y acercó la cara a la suya.

—Sé lo que deseo. No me rechacéis otra vez.

Volvieron a unir los labios en un frenesí apasionado. Le acarició suavemente el vientre y los muslos, dejándole un sendero prometedor donde tocara. Ella, con el corazón henchido, le acercó los labios al hombro y besó la musculada y bronceada piel, luego bajó por su pecho.

Él se levantó para quitarse los pantalones. Su mirada hambrienta se clavó en su cuerpo cincelado, la magnífica vista no se parecía a nada que pudo haberse imaginado. Alargó la mano hacia él, suplicándole en silencio que vuelva. Cuando su hombría dio un salto hacia delante, abrió las piernas en señal de invitación. No le tenía miedo a la cópula, sino que la ansiaba. Lo ansiaba a él.

Se acomodó junto a ella y sus labios se unieron en un beso insaciable. Le rozaba el endurecido miembro con los dedos, apenas tocándolo. Cuando él se lanzó a por su pezón, ella jadeó suavemente. La sensación era más placentera de lo que se imaginaba posible.

—¿Estás segura? — La miró a los ojos.

—Sí, te deseo. —Inclinó la cabeza para besar su salada piel.

Deslizó una mano entre sus muslos y frotó sus pliegues femeninos antes de meter un dedo. Arqueó la espalda y gimió, presionándose más cerca de su palma.

Le hizo abrir más las piernas y le roció de besos el vientre. Lo urgió a volver a sus labios. Él obedeció, colocándose entre sus muslos. Mirándola desde arriba, le preguntó:

—¿Estás totalmente segura?

Ella le sonrió con descaro.

—Esto es lo que más deseo.

Tomó sus labios en otro beso apasionado cuando empujó en ella su virilidad. Su ansia la hizo levantar las caderas, obligándolo a llenarla por completo. Una punzada de dolor la dejó helada, un gemido sumiso irradió de sus labios.

—Hacer el amor duele solamente la primera vez. —Su voz ronca resonó dentro de ella cuando empezó a moverse lentamente dentro de su pasaje, elevando con velocidad su pasión a medida que el dolor desaparecía.

En poco tiempo ella imitaba sus movimientos por sí sola. El fuego que llevaba dentro fue aumentando hasta que hizo erupción en un estallido de sensaciones divinas que la atravesaron. Se aferró a él, jadeando en busca de aire, con las extremidades palpitando de satisfacción mientras él encontraba su propio éxtasis.

Cayó rodando a su lado, llevándosela consigo para apoyarla en el hueco de su brazo y tener su cabeza acunada contra el pecho. Los dos corazones latían al unísono cuando ella se durmió, deseando que estuvieran juntos para siempre.

Cuando despertó, se encontró sola en la cama. La única iluminación de la habitación venía de la luz de luna que entraba por las ventanas de cristal de plomo. Una rápida ojeada al dormitorio le reveló a Richard, que estaba sentado a la mesa.

—Vuelve a la cama. —Palmeó el espacio que tenía a su lado.

Él apartó la mirada con un suspiro.

—Lady Amelia, perdonadme.

¿Por qué le hablaba con tanta formalidad?

—Nunca debí haberos tocado, y mucho menos haberos hecho el amor. No tenía derecho.

Sus palabras le helaron la sangre en las venas. Se incorporó, dejando que la sábana cayera hasta su cintura.

—No te arrepientas de lo que hemos compartido. Yo no me arrepiento. Quería que me hicieras el amor, y me alegra que me lo hicieras.

La escudriñó con una expresión de dolor en el rostro.

—¿Por qué no te arrepientes, querida? ¿Porque he hecho justo lo que necesitaba tu proyectito?

Ella se puso tensa y lo miró a los ojos.

—No, no se trata de eso para nada. Me refería a…

—A que querías atrapar a un lord inglés y, como no has podido, te has conformado conmigo.

Sus palabras como veneno, le atacaron el alma.

—Por favor, deja que lo explique. Lo has entendido todo mal. No tengo intenciones de casarme contigo.

Él hizo una mueca antes de mirar para otro lado.

—Porque no soy lo bastante bueno. No soy un lord inglés. ¿Entonces qué? ¿Qué he sido? ¿Sólo una práctica para cuando vuelvas a Londres?

Amelia negó con la cabeza, grandes lágrimas le rodaban por las mejillas.

—He decidido…

—Ya has decidido suficiente. —Se puso en pie y fue hacia la puerta—. Me he cruzado con lord Shillington y su hermana cuando fui a conseguirte un vestido. Han aceptado acompañarte en tu viaje de vuelta a Londres. Esta noche yo haré la guardia de tu habitación. Mañana partirás con ellos. —Abrió la puerta y salió al pasillo.

—No, es todo un malentendido. Tienes que escucharme. Ya no me importa Inglate…

Cerró la puerta, cortando toda clase de explicación.

Quince

Lord Shillington y lady Jane estaban sentados a la mesa del gran salón de la posada, con la comida ante ellos, cuando entró Amelia. Jane alzó la vista y le sonrió abiertamente, luego le dio un puñetazo al brazo de su hermano. Su mirada siguió la dirección que le indicaba ella y vio a Amelia. Se puso de pie y se le acercó. Fue un milagro que no hubiera tirado al suelo la silla en su prisa por llegar hasta ella.

—Lady Amelia, me complace mucho que vengáis con Jane y conmigo en el camino de vuelta a la civilización. —Le ofreció el brazo—. Venid a disfrutar de la comida antes de partir.

Amelia le sonrió con poco entusiasmo y por obligación, y aceptó su brazo, permitiendo que la llevase hasta la mesa. Mientras iban, escudriñó, desesperada, la sala principal con la esperanza de encontrar a Richard. Desafortunadamente no estaba allí, y dejó de buscarlo. Debería haber ido tras él la noche anterior. Pesarosa, permitió que lord Shillington sacara una silla para ella y se sentó.

—Buen día, lady Amelia —dijo Jane con su voz alegre de siempre.

Amelia le devolvió la sonrisa, pero deseó estar en cualquier otro lugar de Inglaterra que no fuera ese.

—Buen día, lady Jane.

Le echó un vistazo al siempre excéntrico lord Shillington, decorado con todas sus galas.

—¿Habéis hablado con el duque de Goldstone esta mañana? Me gustaría agradecerle por su cuidado y protección antes de partir.

—Me temo que es demasiado tarde. Se ha marchado al amanecer. A estas horas, ya está de camino a Leeds. De hecho, me ha contado sus planes de llegar a Escocia dentro de dos días. —A Amelia se le encogió el corazón cuando lord Shillington continuó—: Le he dicho que era sencillamente imposible, que una cabalgata así requería de un mínimo de tres días. Lamentablemente, el duque no quería saber nada de eso. Ha insistido en que podía reducir el tiempo. —Lord Shillington miraba alternativamente a Amelia y a Jane—. ¿Os lo imagináis?

—Yo desde luego que no, pero él está familiarizado con la ruta, así que quizá sí sea posible —respondió lady Jane. Le dio su atención a Amelia, y alargó la mano para colocarla sobre la de ella—. Lady Amelia, ¿estáis bien? Parecéis estar a un millón de millas de distancia.

Amelia se obligó a dedicar otra sonrisa.

—Sí, nada importante, deseo desayunar, eso es todo.

La voz de lord Shillington abarcó todo el lugar.

—Por supuesto que sí. Mis disculpas, lady Amelia, os traeré alimento.

Lady Jane asintió y apartó su mano de la de Amelia. Lord Shillington hizo unos gestos con el brazo para llamar al camarero, volcando su bebida en el proceso. El agua se derramó por toda la

mesa y caía por los bordes, haciendo ruido de chapoteo sobre el suelo de madera oscura.

Lady Jane abandonó su asiento de manera abrupta para salirse del camino del líquido frío. Se llevó la mano al pecho.

—Ay, pobre de mí. ¡De prisa! Que alguien traiga un trapo y seque este desastre.

Todos se los quedaron mirando y la pintoresca sala se llenó de sonoros gritos de sorpresa. Amelia se sonrojó bajo las miradas de los clientes. Ese debía de ser su castigo por actuar como una ramera, conspirando contra los lores de Londres. Gracias a Dios nunca había pensado seriamente en escandalizar a lord Shillington. Ser su esposa sería sin duda un destino peor que consentir una estadía prolongada en América. Tenía una apariencia bastante agradable y siempre se comportaba como un perfecto caballero, pero ella nunca capaz de hacer la vista gorda con su torpeza ni con su florido modo de vestir.

Con el derramamiento controlado, Amelia tomó asiento y volvieron a comer. Se quedó absorta en sus pensamientos, empujando la comida por el plato mientras fingía comer. Poco tiempo después, un conocido pesar la invadió. No por la muerte de su padre, sino por perder a Richard. Cuan perfectamente adecuado era el vestido de luto que le había conseguido.

Que el cielo la ayudara, porque lo amaba y sentía remordimientos por la manera en que había acabado su historia. Si sólo le hubiera permitido explicarse, quizá la habría comprendido. Quizá la habría amado él también.

—Lady Amelia.

Lord Shillington le tendió la mano para ayudarla a entrar al carruaje. Amelia la aceptó y se acomodó en el asiento de felpa y cuero. A continuación, ayudó a subir a lady Jane antes de subir él mismo y ocupar el sitio frente a ella.

—¡No veo la hora de volver a Londres! Es una pena que demoremos tres días. —Lady Jane cruzó las manos en su regazo.

—Lord Shillington, ¿dónde está mi yegua? No puedo dejarla aquí. —El pánico impregnaba la voz de Amelia. Ya había perdido demasiadas cosas, no podía perder también a Rubí. Se preparó para saltar del carruaje si fuera necesario.

—No os preocupéis, lady Amelia, el duque contrató a un mozo de cuadra que nos seguirá con vuestra bestia. —Lord Shillington golpeó con los nudillos el techo del carruaje, señalándole al lacayo que se pusiera en movimiento.

Lady Jane sonreía de oreja a oreja.

—A pesar del largo viaje, me fascina mirar los campos ingleses. Me parecen muy impresionantes las pintorescas aldeas, las colinas, los densos bosques y las flores silvestres. Las vistas me llenan de una sensación de serenidad y asombro. ¿No estáis de acuerdo? —Miró a Amelia con sus brillantes ojos verdes y una sonrisa pegada en sus finos labios, obviamente esperando una confirmación.

Amelia asintió y luego se puso a curiosear por la ventana con la esperanza de que los hermanos la dejaran en paz.

—Si el duque de Goldstone puede acortar su viaje un día, ¿por qué nosotros no? —le preguntó lady Jane a su hermano.

—Como he dicho antes, es imposible. Tendríamos que pasar toda la noche en el carruaje y cambiar los caballos cada cincuenta millas, más o menos, para tener una oportunidad. Sin ignorar el hecho de que la yegua de lady Amelia nos sigue. Ningún caballo puede lograrlo sin parar y vivir para contarlo.

Lady Jane soltó un grito ahogado.

—No es necesario ser tan directo, hermano. Un simple «no se puede hacer» habría sido

suficiente.

—Vale, querida hermana, pues no se puede hacer, es simplemente imposible.

Lady Jane se rió por lo bajo como una colegiala antes de devolverle su atención a Amelia.

—¿Cómo habéis llegado a estar en Sheffield y bajo la protección del duque?

Amelia dirigió su mirada hacia lady Jane, con dificultades para encontrar palabras capaces de explicar los sucesos de los tres días previos.

—Yo… En realidad es una historia muy larga y aburrida. Preferiría no aburriros con los detalles. —Le dedicó una sonrisa antes de volverse hacia la ventanita.

—No veo cómo puede ser aburrida una historia sobre un viaje a través de Inglaterra con el duque de Goldstone. Por favor, reconsiderad…

—Amelia ya ha dicho que no hay historia que contar. Francamente, a mí ese hombre me parece bastante aburrido e imagino que no ocurrió nada fuera de lo ordinario. Si no, recuerda nuestra reunión con él anoche. Después del «¿qué tal?» de rigor, nos explicó que tenía que volver a Escocia y que necesitaba conseguir una carabina para acompañar a Amelia a Londres. Parecía bastante molesto y desesperado por encontrarle una escolta adecuada.

A Amelia se le encogió el corazón ante las palabras de lord Shillington. ¿Richard la veía como poco más que un equipaje indeseado?

Lady Jane movió la cabeza de arriba abajo.

—Eso es lo que hizo. Claro, tienes razón. Mis disculpas, lady Amelia. No debería haberos presionado por una historia que sabía no existía.

Amelia alzó la mirada de su regazo.

—Si no os importa, estoy agotada y me gustaría descansar.

—Por supuesto, querida. No os preocupéis por nosotros —respondió lord Shillington.

Amelia apoyó la cabeza en la pared del carruaje mientras que hermano y hermana volvían a conversar. Qué tonta había sido al pensar que, aunque sea por un momento, podría haberle importado a Richard cuando estaba claro que la detestaba.

Las palabras de lord Shillington resonaron en su cabeza. El duque estaba deseando librarse de ella. Un trozo del corazón de Amelia se hizo pedazos en el fondo de su pecho y se convirtió en dolor físico cuando las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos. ¿Por qué había permitido que eso ocurriera?

Se revolcó en su depresión durante el resto del día, sin interactuar para nada con sus acompañantes hasta que llegaron a la posada donde iban a pasar la noche. Cuando el carruaje se detuvo, enderezó la espalda y fingió frotarse los ojos como si acabara de despertar.

Lord Shillington se aclaró la garganta.

—¿Os sentís mejor, lady Amelia? Debéis de estar famélica por haberos saltado la comida del mediodía. —Se bajó del carruaje de un salto y extendió la mano para ayudar a bajar a lady Jane y luego a Amelia.

Apartó el dolor que sentía en el corazón y mintió:

—Sí, estoy un poco mejor y, sin duda alguna, un poco hambrienta también.

Él metió la mano de ella dentro de su brazo y la llevó dentro, a la sala principal de la posada.

—Entonces comamos algo antes de que Jane y vos os retiréis.

Jane le sonrió con dulzura.

—No sé cómo lady Amelia será capaz de dormir esta noche después de echarse una siesta tan larga.

Amelia se sentó a la mesa y alisó sus faldas antes de apoyar las manos en su regazo. Una mujer robusta con delantal y una gorra se apresuró a llenarles los vasos de agua antes de anotar

su pedido y marcharse a toda prisa.

—Tal vez un paseo después de la comida os ayudará a sentiros mejor y a dormir bien —dijo lord Shillington. La observaba y algo semejante a la esperanza manaba de sus ojos. No era un secreto que le gustaba desde hace años.

Amelia cogió su vaso.

—Sí, un paseo suena bien. Estoy segura de que el aire fresco hará maravillas conmigo. —Se volvió para mirar a su hermana—. Y lady Jane vendréis con nosotros, ¿no es así? Creo yo que necesitaréis estirar las piernas después de pasar todo el día en el carruaje.

Lady Jane levantó un pañuelo.

—Un paseo suena interesante.

Amelia no tenía interés en un futuro con lord Shillington. No le haría ningún bien hacerle pensar otra cosa. La presencia de lady Jane neutralizaría cualquier oportunidad que tuviera de hacerle una propuesta romántica. Aunque tampoco creía que lo fuera a hacer. Después de todo, no sería algo propio de un caballero. Aun así, no veía razón para arriesgarse. No había necesidad de complicarse más la vida.

Le rugió el estómago cuando flotaron hacia ella los sabrosos aromas de la comida de la noche. El cordero con patatas y zanahorias asadas tenía una pinta maravillosa. Comió hasta hartarse y terminó la comida con un pudín caliente. Lord Shillington y lady Jane hablaron de su visita a Sheffield y de sus ganas de volver a Londres. Amelia le dio la bienvenida a la distracción después de pasar tantas horas arrastrándose en su propia miseria. ¿Cómo había llegado a ser tan tonta?

Después de comer, lord Shillington escoltó a lady Jane y Amelia fuera. El aire nocturno la envolvió en su calidez, y se puso de merodear por el sendero que atravesaba el jardín de la posada. La luna lanzaba un resplandor acogedor y la invitaba a seguir mientras hacía lo posible por charlar con sus compañeros. Lady Jane le contó chismes de Londres mientras que lord Shillington la regañaba por difundirlos.

Por más que Amelia intentara no pensar en Richard, los recuerdos de su tiempo juntos le volvían una y otra vez a la mente. Recuerdos de sus brazos rodeándola y el placer que sentía cuando la tocaba la llenaron de tristeza. Sacudió la cabeza suavemente, instando a esos pensamientos a desaparecer. Ahora ya no se podía hacer nada. Tenía que olvidar y seguir adelante, no había otra opción. Amelia le devolvió su atención a la conversación que se desarrollaba ante ella.

La voz de lady Jane era lo único que se oía a su alrededor.

—¿Habéis oído hablar de la metedura de pata de lady Vivian en su puesta de largo? Pobrecilla.

—No, no he oído nada. Contadme —urgió Amelia, segura de que el chisme no sería digno de ser escuchado, pero desesperada por la distracción.

—Su puesta de largo fue la noche antes de que saliéramos de Londres. Resulta que yo asistí, así que lo vi con mis propios ojos. —La risa brotó de los labios de lady Jane e hizo un gesto circular con el brazo—. Lady Vivian tropezó cuando salía de la pista de baile, cayó sobre la marquesa de Hillerton y ambas acabaron en el suelo.

—Yo no le encuentro la gracia —intervino lord Shillington—. Es posible que la pobre no se recupere nunca del incidente. Vergüenza debería darte, Jane, por reírte de ella cuando deberías apoyarla. Lady Vivian es amiga íntima de nuestra familia.

Lady Jane se rodeó la cintura con los brazos.

—Sí, claro. Lo siento, pero incluso tú debes admitir que causó una gran conmoción.

—De repente me siento cansada. ¿Volvemos a la posada? —Amelia fingió un pequeño bostezo. A decir verdad, estaba de acuerdo con lord Shillington y no deseaba oír nada más sobre el paso en falso de lady Vivian.

Lord Shillington volvió la cabeza para mirarla.

—Claro que sí, lady Amelia. Las habitaciones deben de estar ya listas. Vos y lady Jane compartiréis habitación. La mía está justo enfrente, por si me necesitáis.

Estaba desesperada por dormir y olvidar su pena, y rezaba para que Richard apareciera en sus sueños. Más que nada, quería escapar de la incesante charla de sus compañeros.

Dieciséis

Amelia se puso cómoda en el carruaje, preparada para otro día de viaje con sus molestos pero educados compañeros. Después de pasar dos largos días con los hermanos y sus charlas interminables, llegar a Abernathy House a últimas horas de la tarde la iba a poner eufórica. Una parte de ella sentía remordimiento por dura con los hermanos; sin embargo, el hecho era que no disfrutaba de su compañía.

Se volvió hacia lord Shillington.

—¿Creéis que podemos llegar a tiempo para la cena?

Lady Jane ladeó la cabeza para mirar a su hermano.

—Espero que sí. Ya he tenido suficiente de este carruaje.

—Confío en que llegaremos a Londres para la cena, ladies. Si gustáis, incluso podemos hacer un almuerzo de picnic. Tenemos tiempo de sobra, si queréis. —Miró a Amelia directamente a los ojos cuando terminó de hablar.

—Oh, no, eso no me gustaría en absoluto. No deseo hacer nada que pudiera retrasar nuestra llegada —dijo lady Jane. Negó con la cabeza y sus rizos rebotaron.

—Os aseguro que vamos más adelantados de lo previsto. Hacer una parada no retrasará nuestra llegada más de una hora. Aunque paremos, llegaremos a Londres antes de la puesta de sol. —Lord Shillington señaló la ventana con el mentón.

Lady Jane miraba a Amelia mientras que lord Shillington miraba alternativamente a una y a otra.

—Yo estoy de acuerdo con lady Jane. Almorcemos en el carruaje, como hemos hecho estos días.

Exhaló con alivio cuando ahora era su hermana la destinataria de su mirada y de sus labios fruncidos.

—¿Quién soy yo para discutir los deseos de dos ladies? En el carruaje, entonces.

Lady Jane se abanicó con las manos.

—Oh, qué pesado eres, querido hermano.

Amelia puso los ojos en blanco y después miró por la ventanita del carruaje. Este viaje no podía acabar lo bastante pronto. Anhelaba la compañía de Grace y Sarah, aunque no tenía ni idea de cómo se explicaría ante ellas. Seguramente se sorprenderían cuando les contara que ahora deseaba cumplir las órdenes del tío Lewis.

—He oído que habéis cerrado Everthorne y despachado a la mayoría de los sirvientes —dijo lady Jane.

Lord Shillington volteó, por lo que estaba mirando a Amelia una vez más.

—¿Tenéis la intención de quedaros con su excelencia hasta que os caséis?

Prefería hablar de chismes cuando no se centraban en ella. De todos modos, le dedicó una sonrisa, que le salían más fácilmente ahora que tenía el corazón roto amurallado por pura voluntad.

¿Cómo se atrevía el duque a alejarse de ella y hablarles a otras personas sobre ella como si fuera una carga? Una vez más la trataba como a una vulgar ramera. Estaría mejor sin él, y vivir en un continente diferente le aseguraría que no se volvieran a encontrar.

Tomó aire antes de responder sus preguntas:

—Tengo la intención de ir a América y quedarme con mi tío Lewis. Tengo planeado abordar un barco dentro de tres días.

Lord Shillington se quedó con la boca abierta. Sin duda, lo había cogido por sorpresa. Cerró la boca e intentó recuperar la compostura.

—¿Cuánto tiempo permaneceréis allí?

Amelia miró a lady Jane antes de devolverle la atención a la escudriñadora mirada de lord Shillington.

—Dos años. En ese momento habré llegado a la mayoría de edad y volveré a Everthorne.

Jane descruzó las manos y comenzó a juguetear con su falda.

—América parece ser una aventura maravillosa, pero dos años es mucho tiempo. ¿Estáis emocionada? —Miró con atención a Amelia mientras esperaba una respuesta con una gran sonrisa en los labios.

—Emocionada no es la palabra exacta, pero lo estoy deseando. Me doy cuenta de que no tengo elección. Tío Lewis es mi tutor y, por tanto, debo ir adonde él esté. —Amelia se alisó la falda, insegura de creerse sus propias palabras—. Sin duda no será tan malo. Asistiré a fiestas y haré amistades. Además, aprenderé cosas sobre América de primera mano. Tío Lewis posee una plantación grande, así que tendré lugar para cabalgar y pasear por su terreno.

Pretendía que sus palabras la convencieran a ella misma más que a alguien más. Seguía sin querer irse, pero, y más importante, no quería casarse con un lord cualquiera.

—Suena espléndido —convino lady Jane.

Lord Shillington exhaló audiblemente.

—Me atrevería a decir que no deseo que os marchéis, pero me doy cuenta de que no tenéis opción en el asunto. —Se frotó la mejilla con la palma de su mano, y con ansiedad visible en sus ojos.

—Yo también os echaré de menos, pero es una oportunidad maravillosa. Ojalá yo pudiera viajar a lugares nuevos, pero no en carruaje. —La risa estridente de lady Jane llenó la cabina.

Las horas siguientes pasaron a base de oír a lady Jane soñar despierta y en voz alta sobre los lugares que le gustaría visitar.

Justo como lord Shillington había prometido, vislumbraron Londres por la ventana del carruaje mientras el sol estaba aún alto en el cielo. Pronto, las concurridas calles de Londres la rodearon, y sus sentidos recobraron el vigor con los sonidos y olores que le eran familiares. La gente corría para arriba y para abajo, y los gritos de los vendedores le llenaban los oídos cuando continuaron por las calles de Londres, ocultos a salvo dentro del carruaje.

Lady Jane aplaudió.

—¡Gracias a Dios que estamos de vuelta! Parecía que tardábamos una eternidad. —Le sonrió a Amelia—. Os llevaremos directamente a Abernathy House. Imagino que estaréis ansiosa por escapar de este armatoste.

Miró a su hermano, y éste asintió.

—Sí, creo que es seguro decir que los tres ya hemos tenido suficiente como para unas

semanas.

Amelia aceptó con entusiasmo.

—Os lo agradezco.

Lord Shillington insistió en acompañarla hasta la puerta cuando llegaron a Abernathy House. Trató de asegurarle que no era necesario, pero se había negado a hacerle caso. El mayordomo de la duquesa abrió la puerta cuando Amelia se acercó, con la mano bajo el brazo de lord Shillington, antes de hacerle una reverencia y cogerle el ridículo.

—Su excelencia está en el salón principal. Os anunciaré de inmediato.

—Muy bien. —Lord Shillington le tendió al mayordomo su tarjeta de visita.

Amelia miró furtivamente a lord Shillington.

—Gracias por vuestra caballerosidad, pero puedo seguir sola perfectamente bien desde aquí. Estoy segura de que lady Jane preferiría no esperar. —Le sonrió, esperanzada.

Él negó con la cabeza suavemente antes de mirarla a los ojos.

—Sé que sois competente, lady Amelia, pero me sentiría mejor si hablase con su excelencia antes de irme. Lady Jane estará bien durante unos minutos más. —Le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Ella aceptó con gracia y le permitió llevarla al salón. Grace sonrió ampliamente a modo de bienvenida cuando entraron antes de ponerse en pie y acercarse a Amelia. Le besó la mejilla y luego se volvió hacia lord Shillington.

—Me gustaría agradeceros por cuidar de lady Amelia.

—No es necesario. Me alegra ser de ayuda. —La miró, sonriente.

—De todos modos, estoy agradecida por vuestra ayuda.

—Su excelencia, ha sido un verdadero honor. —Lord Shillington levemente señaló la puerta con la cabeza—. Y ahora debo despedirme.

Le hizo una reverencia a la duquesa antes de dar media vuelta y abandonar la sala.

Sin mediar palabra, Grace volvió a su asiento y le hizo gestos a Amelia para que fuera con ella. Hizo lo indicado, con el corazón acelerado ante la expectación de lo que la duquesa iba a decirle. El sonido de la puerta principal al cerrarse llegó a sus oídos justo antes de que Grace hablara:

—¿Cómo has terminado viajando por el campo con mi sobrino? —preguntó Grace deliberadamente.

Amelia tragó un nudo en la garganta.

—Recibí la noticia del compromiso de lord Roseington, y también una carta de tío Lewis. —Frunció el ceño—. Ya estaba afectada porque mis planes no paraban de fallar y sentí mucha angustia después de enterarme del compromiso. Más tarde, cuando leí en la carta del tío Lewis que me había arreglado el pasaje y que partiría varios días antes del acuerdo inicial, me hundí en la desesperación.

Hizo una pausa y respiró profundo. Grace asintió.

—Continúa, querida, cuéntamelo todo.

Un rubor se deslizó por su rostro porque había cosas que le contaría y otras cosas que no.

—No podía pensar y no sabía qué hacer ni a dónde ir. Me comporté como una tonta cuando huí de la casa, y más aún cuando salí a toda prisa de Londres. —Alzó la mirada de su regazo y la dirigió a los ojos de Grace—. No tenía idea de adónde ir, pero necesitaba alejarme. Después de hacer una siesta en el bosque que está al norte de la ciudad, decidí que debía ir a Everthorne.

Grace se llevó una enguantada mano al corazón.

—Debes de estar bromeando. ¡No puedo creer que durmieras en el bosque!

—Te aseguro que no es una broma. Un jinete me asustó y me salí del camino. Creí que podría ser miembro de la alta sociedad y no quería que me descubrieran. Poco después decidí que sería mejor descansar un poco y esperar a que se despejara el camino.

—No quedan dudas de que actuaste como una tonta, pero también con valentía. ¿Qué pasó después? —Grace se acercó más a Amelia.

—Después de la siesta, comencé el camino hacia Everthorne, confiada en que ir a casa me proporcionaría la claridad que deseaba. —Amelia jugó con un pliegue de su falda—. Después de varias millas sin ser reconocida, otro jinete se acercaba y tuve que intentar huir otra vez. Solo que esa vez no lo logré.

Los ojos de Grace permanecieron clavados en Amelia mientras se empapaba de la historia.

—Era el duque de Goldstone —continuó Amelia—, y exigió que fuera con él. Se avecinaba tormenta, así que era imprescindible encontrar refugio. —Se le extendió un calor por el pecho y le subió al rostro cuando siguió contando—: Everthorne nos quedaba a corta distancia, de modo que cabalgamos hasta allí y pasamos la noche.

Grace sonrió tranquilizadoramente.

—Creo saber el resto. Mi sobrino me envió una carta informándome de que no tenía más opción que llegarte con él hasta que pudiera encontrar carabina para acompañarte a casa.

Amelia asintió.

—Correcto. El duque se topó con lord Shillington en Sheffield, y acordó que él y lady Jane me escoltaran de vuelta a Londres.

Grace se puso de pie y fue hacia la ventana.

—Suena a una gran aventura, querida.

—Sí que lo ha sido. Me imagino que todo Londres está chismorreando sobre mí ahora. —Le daba igual si así era. En todo caso, pronto se marcharía de Londres.

Grace se colocó a su lado.

—Si supieran de tu aventura, estoy segura de que estarían hablando. Por desgracia, nadie más que lady Sarah ha notado tu ausencia. Y ella no chismorrearía sobre ti. También estoy bastante segura de que mi sobrino les comunicó a lady Jane y a lord Shillington que mantuvieran la boca cerrada. Sería muy poco prudente ir contra los deseos de un duque. Los Shillington no son tan tontos como para ignorar una orden directa del duque de Goldstone. Eso me deja solo a mí, y yo nunca contaría tus secretos. —Le dio palmaditas en el hombro.

Amelia apoyó las manos en su regazo.

—No importa. Me da igual si todo Londres se entera. No estaré aquí para sufrirlo.

La cálida mirada marrón de Grace encontró la de ella.

—¿Te has rendido por completo? Todavía queda tiempo para encontrar marido. Podría dar otra fiesta, o solicitarle más tiempo al señor Lewis.

Sonrió ante el entusiasmo de Grace.

—No es necesario. He decidido que un matrimonio sin amor no es para mí. Me parece mejor aceptar mi destino en vez de luchar contra él.

Grace le sonrió con cariño y le alzó la barbilla con la mano.

—Dios sabe que agradezco el amor que compartí con mi duque. Espero que algún día encuentres el amor. —Suspiró antes de concentrarse en Amelia—. Mi sobrino no tiene nada que ver con este cambio de opinión, ¿cierto?

Amelia cruzó y descruzó las manos, nerviosa, deseando que su expresión facial no la traicionara.

—Claro que no, eso es absurdo. Cambié de opinión con todo el tiempo que he tenido para

pensar.

Soltó un suspiro de alivio cuando Grace pareció satisfecha con su respuesta.

—Pues muy bien, querida, te doy mi bendición.



Amelia jugaba con un mechón de su pelo mientras se miraba al espejo.

—Vas a tener que meter en el baúl todos mis vestidos de luto, pero no malgastes espacio con mis vestidos normales. Mandaré hacer un nuevo guardarropa al estilo americano cuando pase mi luto. —Dio media vuelta para mirar de frente a Edna—. En cuanto a mis otros efectos personales, solo pon lo que tengo aquí en Abernathy House.

Edna le dedicó una sonrisa sobre el hombro entretanto seguía colocando las prendas del vestir de Amelia dentro de un baúl.

—¿Estáis segura de no querer tener nada de Everthorne?

—No tengo intención de ponerme cómoda en América; no va a ser mi hogar. Y tampoco deseo llevar mucho equipaje. Un baúl y mi maleta serán suficientes. —Se levantó y fue hasta la puerta—. Que todo esté en orden antes de ponerse el sol. No quiero tener dificultades para caminar por el dormitorio por la mañana.

Edna dejó de hacer lo que hacía y se puso en pie, con los ojos a la misma altura de los de Amelia.

—Me alegra que hayáis reconsiderado la mudanza. Sé que no ha sido fácil para vos. —Curvó los labios—. ¿Podríais reconsiderar también el tema de los efectos personales de Everthorne y permitirme ir a recogerlos? ¿Quizá una miniatura de vuestros padres o sus alianzas? Apenas puedo soportar la idea de dejarlo todo atrás.

Amelia cerró los ojos.

—De acuerdo, pero que quepa todo en un solo baúl.

Se escabulló por la puerta y bajó al vestíbulo antes de que Edna pudiera pedir alguna otra cosa con lo que ella no tenía la energía de lidiar. No le traería ningún beneficio concentrarse en lo que estaba dejando atrás; más bien, su enfoque debía permanecer en lo que había que hacer. De otro modo, perdería sus agallas y compostura.

Sus emociones eran tan melindrosas como una tormenta de verano sobre un mar agitado. Esa mañana había sollozado, tanto que su cuerpo temblaba, al sentir arrepentimiento por todo el lío que había armado. El arrepentimiento dio paso a la rabia, y ésta a la pena. Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea y enderezó la espalda cuando recordó la manera en que el duque la había abandonado. No iba a derramar ninguna lágrima más por ese canalla. Ahora, con firmeza en su decisión, encontró consuelo en que pronto estaría en un continente diferente.

Deslizó la mano a lo largo de la barandilla de caoba mientras descendía las escaleras, pensando en qué otra cosa tenía que hacer.

El mayordomo de Grace estaba de pie al final de la gran escalera, con el mentón alzado.

—Lady Amelia, lady Sarah os espera en el salón principal. —Su voz resonó por el gran vestíbulo.

Amelia sonrió, verdaderamente feliz ante la idea de pasar su último día en Londres en compañía de su querida amiga.

—Gracias.

Le hizo una elegante reverencia que bamboleó su pelo gris y, con una sonrisa majestuosa en el rostro, dio media vuelta y se marchó.

Amelia aceleró el paso, casi corriendo por las escaleras que le faltaban, cogiendo las faldas con las manos para no tropezar. Tenía tanto que contarle a Sarah, tantas cosas de las que hablar con ella. Sarah no sabía nada de su inminente partida, ni de su decisión de no casarse. Al llegar al último escalón, soltó sus faldas y se tomó un momento para alisarlas antes de entrar al salón.

—Lady Sarah, me alegra tanto veros. —Se acercó a Sarah y le plantó un beso en la mejilla antes de abrazarla con fuerza.

Sarah respondió de igual manera al abrazo antes de dar un paso atrás.

—¡Caramba! Os comportáis como si hubieran pasado años. De todas maneras, también a mí me alegra, y me tranquiliza. Me asusté cuando huisteis, y me preocupé cuando su excelencia me dijo que el duque de Goldstone os acompañaba hasta Leeds.

El corazón de Amelia se estremeció al recordar su tiempo con Richard y una oleada de remordimiento la embargó. Se obligó a concentrarse en lady Sarah.

—Tengo mucho que contaros. ¿Tomamos asiento?

Amelia hizo señas hacia el sofá situado cerca de la chimenea, y Sarah fue.

—Claro que sí, y luego me contáis todo.

Amelia empezó su historia tan pronto como se sentaron, contándole todo a Sarah de la misma manera en que se lo había contado a Grace, pero siguió la cronología para contarle el resto del viaje. A Sarah, que prestó atención a cada palabra, le pareció que la parte sobre la campesina y el incendio de la cabaña era la parte más fascinante. Ahogó un grito con una mano enguantada cuando Amelia habló de cuando vistió ropa de campesina. Sarah hizo algunas preguntas, pero en su mayoría sólo sonrió y asintió mientras Amelia le contaba sus aventuras. Naturalmente, omitió todas las partes que incluían los comportamientos inapropiados y escandalosos ocurridos entre Richard y ella misma.

—¡Imaginaos! Me vi forzada a viajar tres días con lord Shillington y su hermana. —Amelia se abanicó.

—Me figuro que ni un segundo resultó aburrido —respondió Sarah, y entonces estalló en carcajadas—. Por propia experiencia, siempre que esté involucrado lord Shillington, hay algo de lo que hablar.

—En efecto, pero ya te lo he contado todo. En serio, derramar el vaso de agua en la posada resultó ser lo peor. Y ahora, hablemos de otra cosa. Tengo noticias más emocionantes.

Sarah apoyó las manos en su regazo y se inclinó hacia delante.

—No imagino que podría ser más emocionante que vuestra ventura. Contad.

Amelia respiró profundo y miró a Sarah a los ojos.

—He decidido mudarme a América y partiré mañana poco después del amanecer.

Sarah frunció el ceño, luego sonrió con suficiencia y frunció el ceño otra vez antes de levantarse, con una expresión de confusión en la cara.

—No tengo las palabras correctas. Me alivia que esta locura haya llegado a su fin, pero no quiero verte partir. —Caminó de extremo a extremo de la sala, nerviosa, haciendo frufrú con las faldas—. Quizá deberíais ser sincera con el señor Lewis. Contarle vuestras razones para querer quedaros en Londres. Tal vez esté de acuerdo en dejar que te quedes con la duquesa.

—No, no lo entendéis. No es una decisión precipitada. He pensado en ello y decidido que América no es el peor lugar en el que estar.

Sarah volteó hacia Amelia, perpleja.

—¿Qué sería peor que abandonar Inglaterra?

Amelia hizo gestos en el aire con la mano para darle énfasis a lo que decía:

—Un matrimonio sin amor, ser la esposa de un lord que apenas me cae bien o, peor, uno a

quien yo no le importe. —Puso cara de valiente y se llevó las manos al regazo.

Lady Sarah se reacomodó entre los almohadones del asiento que previamente había abandonado.

—El matrimonio por amor se da rara vez. Creo que es más frecuente el caso de que el amor venga después de los votos. Ciertamente, ése podría ser vuestro caso. —Le sonrió como dándole ánimos.

Amelia trabó miradas con Sarah antes de pronunciar las siguientes palabras:

—No estoy dispuesta a correr el riesgo. Sé que el amor es posible y he decidido no conformarme con menos. —Miró por la ventana—. Sinceramente, soy una mujer rica y con título por derecho propio. No necesito marido.

—Pues muy bien, pero ¿estáis segura de que dos años en América es lo que queréis?

Amelia le devolvió la atención a su amiga.

—No, pero sin duda es mi destino. —Sonrió con la esperanza de asegurarle a Sarah que todo estaría bien.

—Veo que lo tenéis completamente decidido, pero no comprendo la razón de vuestro cambio de idea. Cuando huisteis, estabais dispuesta a cualquier cosa para quedaros en Inglaterra. Debe de haber algo que no me estáis contando.

Sarah agachó la mirada y, unos segundos después, clavó los ojos en Amelia, quien le ofreció una sonrisa.

—Simplemente todo el tiempo que pasé en profundo pensamiento, nada más. —Miró por la ventana, necesitando una distracción—. Es un día espléndido. ¿Os apetece un paseo por el jardín?

Puede que un cambio de ambiente fuera también un cambio en la dirección correcta de su conversación. Si hablaban más de ese tema, le iba a contar a lady Sarah todo sobre el tiempo compartido con el duque. Relatar la manera en que se había enamorado y le habían roto el corazón. El maldito canalla… Si lo viera ahora, lo mutilaría a conciencia.

—Me temo que debo declinar. Madre me espera en casa, así que debo marchar. —Sarah se levantó—. Organiza un almuerzo en honor al compromiso de mi hermano. No puedo creer que haya propuesto matrimonio sin decirme una palabra. —Hizo una mueca de disgusto.

—Estoy segura de que os sorprendió a todos. —Amelia sintió enrojecer sus mejillas ante sus recuerdos mientras también se ponía de pie—. ¿Prometéis escribirme a menudo?

—Claro que sí, y debéis volver a Inglaterra tan pronto como podáis. —Sarah le cogió la mano y le dio un leve apretón—. Nada será lo mismo sin vos aquí.

Amelia le sonrió a su amiga más íntima cuando le soltó la mano.

—Zarparé el mismísimo día en que cumpla los veintiún años.

—Si no os veo de nuevo antes de que zarpéis, sabed que pensaré en vos y os desearé un viaje seguro.

Sarah dio media vuelta y dio unos pasos vacilantes hacia la puerta.

—No os preocupéis. Estaré bien. Ahora id con vuestra familia.

Lágrimas amenazaron con escapar de los ojos de Amelia cuando vio salir de la sala a su mejor amiga. Sabía que la iba a echar mucho de menos, y no podía imaginarse encontrar una amiga como Sarah en su nueva casa temporaria.

Después de respirar hondo para calmarse, recuperó la compostura y salió al jardín. El sol le calentó la cara cuando dejó a un lado su sombrilla y cerró los ojos e inclinó el mentón hacia el cielo azul. Una ligera brisa acaricio sus rizos y movió levemente sus faldas. ¡Oh, echaría de menos su adorada Inglaterra!

Diecisiete

Richard caminó hacia la sala de estar privada de su tía, decidido a hablar con ella. Rezaba para que Amelia no hubiera hecho algo precipitado. Le dio un vuelco el corazón con solo pensar en verla comprometida, o peor: casada con un inglés cualquiera.

Nunca debió haberla enviado de vuelta a Londres. Qué idiota había sido por intentar negar sus sentimientos por ella. La ira que sintió hacia sí mismo por arruinarla le había nublado el juicio. Sabía que ella no lo deseaba, pero igual le hizo el amor. Más tarde, después de abandonarla, las palabras que había pronunciado resonaron en su mente. ¿Se había equivocado? ¿Sí que lo deseaba? Nunca se perdonaría si sus acciones la habían empujado a los brazos de otro hombre.

La tía Grace estaba sentada leyendo un libro cuando entró a su sala de estar. Se aclaró la garganta para llamar su atención.

Ella le sonrió.

—Richard, querido, me alegra el corazón tenerte de nuevo aquí.

Se adentró en la sala.

—Tengo que saber qué ha hecho lady Amelia.

—¿A qué te refieres? —Colocó el libro sobre la mesilla a su lado.

Después de servirse un brandy, se sentó en la silla frente a ella.

—Descubrí su plan para casarse antes de que me marchase de Londres. Tengo que saber si tuvo éxito en su objetivo.

La tía Grace lo estudió con su mirada afable.

—Algo ocurrió entre vosotros dos.

El sudor le cubría las palmas cuando levantó el vaso para dar un sorbo. ¿Debía contarle a su tía que había arruinado a Amelia? ¿Que había vuelto para reclamarla?

—Tía Grace, mis razones no tienen importancia.

Un brillo de complicidad asomó por sus ojos.

—Lady Amelia ha decidido partir hacia América. La puedes encontrar en el jardín, pero no te demores porque ha de partir al amanecer.

El corazón le dio un vuelco. América… Planeaba irse a América. ¿Se había quedado sin tiempo, o se había enamorado de él? Tenía que ir tras ella. Convencerla de que se quedara, de que se casara con él. Fue hasta la puerta antes de volverse hacia la tía Grace.

—Gracias.

Ella asintió con una enorme sonrisa tirando de sus comisuras.

—Apresúrate, querido.

Como si un hilo invisible hubiera tirado de ella, Amelia se encontró delante de la fuente donde había besado por primera vez a Richard: los amantes de piedra que eran un monumento a todo lo que ella había anhelado.

Un dolor intenso se apoderó de su cuerpo. Derramaba lágrimas libremente, que se deslizaban por sus mejillas sin restricciones, al tiempo que se desplomó en la base de la fuente formando un montón de seda y crepé negros. Se le levantaban lo hombros por sí solos cuando el llanto sacudió su cuerpo.

—¿Por qué? —La pregunta abandonó su boca y se alejó flotando en la brisa.

Alzándose del suelo, dio media vuelta y le dio una patada a la fuente. El duque de Goldstone había demostrado ser indigno de sus lágrimas. Era un canalla que la había usado y tirado sin importarle nada. El canalla ni siquiera pudo escuchar lo que tenía que decirle. Se limpió las lágrimas de la mejilla y miró su reflejo en el agua.

—No voy a malgastar más energía en él.

Enderezó la espalda, decidida a dejar atrás los recuerdos y el dolor cuando partiera a la mañana siguiente.

—Lady Amelia, os he estado buscando por todos sitios. —La conocida voz de lord Shillington llegó a sus oídos—. Me han dicho que os encontraría en el jardín.

Amelia se giró para estar de frente al intruso con una sonrisa falsa en el rostro a pesar de las emociones turbulentas que se agitaban dentro de ella. Fue a paso lento hasta ella y se detuvo abruptamente a solo un paso.

—He de hablar con vos enseguida —dijo él, con una amplia sonrisa situada firmemente en el rostro—. Simplemente no puedo soportar la idea de que os vayáis de Inglaterra. No he pensado en nada más que eso desde el momento en que la información salió de vuestra tierna boca.

Se acercó unos pasos, y las campanas de alarma resonaron en la mente de Amelia.

—Lord Shillington, ¿de qué se trata todo esto?

Sonrió más ampliamente y la miró a los ojos.

—No es ningún secreto que llevo enamorado de vos un tiempo…

Ella apartó la mirada, llena de pánico.

—No sigáis por ese camino, os lo imploro. Ya lo tengo decidido. Me iré a América.

Lord Shillington la cogió de las manos.

—Amelia, he de decirlo. Miradme, por favor.

Contra toda razón, le devolvió su atención, dándole permiso para que siga hablando con un breve asentimiento.

—Mi intención era esperar hasta que cese vuestro luto, pero las circunstancias no me lo permitirán. —Le soltó las manos frías y húmedas y se arrodilló, equilibrándose sobre una sola pierna—. Mi querida Amelia, ¿me haríais el honor de ser mi esposa?

El suave barítono de Richard retumbó en el aire como el estruendo de un trueno.

—Está malgastando energía, Shillington. Ella ya está comprometida.

Se le fue el alma a los pies cuando lord Shillington cayó sobre su trasero. Ella dio media vuelta para mirar de frente al duque, con las mejillas encendidas de furia.

—¡Eso no es verdad! ¡No lo estoy!

Richard llenó el hueco que los separaba antes de que tuviera la oportunidad de huir, y la cogió de los brazos.

—Sí que lo estás, y lo sabes muy bien.

Amelia lo fulminó con la mirada, toda la rabia y la decepción amenazaban con sobrepasarla mientas buscaba las palabras apropiadas. Cuando no se le ocurrieron, le dio un fuerte pisotón.

—Soltadme en este mismo instante. No tenéis derecho a intentar reclamarme después de rechazarme.

Cuando la soltó, se fue al otro lado de la fuente. Lord Shillington recuperó la verticalidad.

—Parece que la dama no desea sus atenciones, Goldstone. Quizá debería dejarnos a solas.

Ella no paró de observar el bello rostro de Richard al tiempo que batallaba con las emociones que la recorrían. Un ceño fruncido se esculpió en sus rasgos mientras lo miraba. Él se movió con confianza, cerrando la brecha entre ellos y, a la vez, acercándose a lord Shillington.

Ella se colocó entre los dos lores, con una mano apoyada firmemente en el pecho de Richard y la mirada clavada en lord Shillington.

—Es cierto que el duque está seriamente equivocado en sus afirmaciones, pero no son por completo infundadas. No puedo aceptar vuestra propuesta. —Forzó una sonrisa amable—. Me siento halagada y agradecida, porque habéis intentado salvarme de mi destino, pero debo partir hacia América.

Lord Shillington se miró los pies antes de clavar la vista en ella.

—Me gustaría que lo reconsiderarais, pero, tal y como están las cosas, no tengo otra opción que aceptar vuestra decisión. —Fulminó con la mirada a Richard—. ¿Os acompaño a la casa, lady Amelia?

—No será necesario.

—Seguro que no deseáis quedaros aquí con Goldstone. —Las palabras venían enlazadas con veneno.

—Ya oyó a la dama, Shillington. Ahora márchese antes de que lo obligue a irse. —El tono de Richard vibraba de ira.

—Lord Shillington, dejadnos solos, por favor. He de hablar con el duque.

Su mirada penetrante se clavó en suya, y ella asintió, rezando para que se fuera antes de que Richard le hiciera daño.

—Como deseéis, lady Amelia.

Lord Shillington le lanzó a Richard otra mirada asesina y luego avanzó por el sendero que volvía a Abernathy House. Reinaba el silencio mientras lo veía marchar.

—Amelia.

Su nombre surgió de la boca de Richard, haciéndole sentir mariposas en el estómago. Cuando volteó se concentró en su mirada intensa, y las mariposas aletearon como locas. Dejó caer la mano que tenía sobre su pecho musculado y dio un paso atrás en un esfuerzo por reconcentrarse. Apartó la mirada e hizo volver su furia.

—¿Cómo te atreves a molestarme y hacer lo que te viene en gana? ¡Me abandonaste! ¡Por qué estás aquí? —Dobló los dedos hacia sus palmas.

Él dio un paso adelante y alargó la mano, pero ella esquivó su avance.

—No me toques. Has perdido ese privilegio.

Se estremeció y dejó caer los brazos a sus costados.

—Amelia, deja que te explique. Estaba enfad…

—¿Igual que tú me dejaste explicarte antes de abandonarme con lord Shillington y su hermana?

La pilló desprevenida, la envolvió en un firme abrazo y fundió sus labios con los suyos. Sus tiernos labios, presionados contra los de ella, le desintegraron toda la fuerza y se derritió en sus brazos, aceptando con ansia lo que él le ofrecía.

Al romper el beso, se la quedó mirando a los ojos.

—Eso está mejor. ¿Puedo hablar ahora?

Amelia levantó la mano y la pasó por su mejilla cincelada.

—Nada está mejor, ¿me oyes? Nada. Quítame las manos de encima ahora mis…

Ahogó sus palabras con otro exigente beso. Esta vez, ella peleó contra las ganas de rendirse y le empujó el pecho. Le soltó la boca, y luego el cuerpo, al tiempo que reía de manera sensual.

Ella intentaba desesperadamente recobrar el aliento mientras luchaba contra el impulso de lanzarse de nuevo a sus brazos.

—Si estás lista para escucharme, prometo no volver a besarte. —Le sonrió de forma seductora—. A menos que me lo pidas tú.

Sus palabras del final la hicieron reír a carcajadas. No era la primera vez que se las había oído decir. Se recuperó y lo miró.

—Eso es algo que nunca voy a hacer.

Su sonrisa irritante nunca titubeó.

—Ya veremos.

Ella apoyó la cadera en el borde de la fuente y respiró hondo para prepararse para su explicación.

—Te escucho. Habla y, cuando hayas terminado, voy a hablar yo.

Pasó los dedos por su grueso pelo color ónice antes de dejar caer las manos a sus costados.

—Acordé que Shillington te escoltara en el camino de vuelta antes de que hiciéramos el amor.

—Ah, ¿así es como lo vamos a llamar? Por favor, continúa. —Arqueó una ceja en señal de divertimiento.

—Me marché porque estaba enfadado conmigo mismo por ponerte en un compromiso. —Se acercó un paso y apoyó una mano en la fuente, al lado de su cadera—. Recién llegado a Leeds, mandé una carta a casa y volví a Londres. —Su mirada parecía estar buscándole el alma a ella—. He vuelto para hacer de ti mi duquesa. Cásate conmigo, Amelia.

—¿Y por qué haría yo eso? —le dijo en tono glacial.

—Puede que lleves dentro a mi hijo y, como ya he dicho, te he puesto en un compromiso.

Un bebé… Nunca había considerado la posibilidad. Se llevó una mano al vientre.

—No voy a casarme contigo. Y si en efecto llevo dentro tu descendencia, voy a criarlo yo sola en América.

—No seas tonta. Si estás encinta de nuestro hijo, le debemos al bebé una familia y la legitimidad que ganará con nuestra unión. —Elevó la voz varias octavas—. ¡Nuestro hijo sería heredero de un ducado!

Se puso de pie y se apartó unos pasos antes de volverse a mirarlo.

—No llevo dentro tu hijo.

La idea de estar encinta se le asentó en el corazón, y empezó a sentir esperanza, contra toda razón, de que sí lo estuviera. Un bebé le daría un trocito de él al que adorar. Un trocito de él que la amaría tanto como ella.

—No hay manera de saberlo, Amelia. ¿Quieres casarte conmigo? —Se le acercó por detrás y la rodeó con los brazos. Sus manos se posaron con cuidado sobre las de ella, por lo que ambos acariciaban su vientre.

—Poca importancia tiene. No cambia el hecho de que no voy a casarme contigo.

Él rozó su oreja con la boca y le dijo:

—¿Por qué razón por quieres casarte con el hombre que te ama?

El cálido aliento sobre su cuello hizo que unos escalofríos le recorrieran la espalda, y tuvo que tragar con fuerza. Le cedieron las rodillas cuando las palabras entraron en su mente. Se desplomó contra su fuerte cuerpo. ¿Sería verdad? ¿Sí que la amaba? Debía de estar mintiendo. Recuperó la energía y se zafó de su abrazo.

—¿Cómo puedes decir que me amas después de usarme y tirarme como a una vulgar ramera? —Las palabras le quemaron la garganta. Lo miró a los ojos como si buscase la verdad.

—¿No ves que tus planes fueron, en parte, lo que me enfadaron tanto? Me dolió que siguieras tan decidida a casarte con un lord inglés que no podías ver mi amor por ti. Y estaba enfadado conmigo mismo por ponerte en un compromiso, a pesar de tus planes. Cuando me acosté contigo, sabía que querías volver a Londres y casarte. No podía tolerar la idea de que la mujer que amaba no me amaba a mí.

La amaba. Podía verlo en su mirada atormentada y oírlo en la manera en que su voz se quebró. Se lanzó a sus brazos y le sonrió.

—Dilo de nuevo. Dime que me amas.

—Te amo más de lo que unas palabras puedan expresar. Quiero pasar el resto de mis días y noches contigo, Amelia. Ya sea aquí en Inglaterra o en Escocia, no me importa mientras que tú estés a mi lado. —Le apartó un rizo de la mejilla—. Lady Amelia Cosgrove, vizcondesa de Everthorne, ¿me haríais el inmenso honor de ser mi esposa?

—Sí.

Bajó los labios hasta los de ella y la besó profundamente. Ella presionó los senos contra su duro pecho al mismo tiempo que le rodeaba los hombros con los brazos. Él la acercó más, su beso más exigente.

Se ablandó bajo él, igualando sus ansias cuando el deseo se extendió en su interior. ¿Sería siempre esta su reacción ante él?

Se rió como una colegiala cuando él rompió el beso y la tomó en brazos. Se aferró a él como una persona en peligro de ahogarse. La acunó contra su fuerte pecho antes de llevarla a un banco cercano y colocarla sobre su regazo.

Le abofeteó el brazo juguetonamente.

—Si me hubieras dejado hablar en Sheffield, podríamos haber evitado todo esto. Quería decirte que ya no quería casarme. Había decidido abandonar mi trivialidad y marcharme a América porque ya no podía imaginarme un matrimonio sin amor. Tenía la esperanza, fuera de toda lógica, de que corresponderías mis sentimientos y me detuvieras.

Alargó la mano y rozó levemente su mejilla con una mano, haciéndola sentir un desfile de hormigueos.

—Te ofrezco mis más sinceras disculpas. Voy a pasar el resto de mis días compensándote. —Le sonrió.

—Ten por seguro que te mantendré fiel a tus palabras, pero por ahora me gustaría planear nuestra boda.

—Obtendré una licencia especial para que podamos casarnos sin demora. ¿Dónde te apetece celebrar la ceremonia?

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—Aquí, junto a la fuente, y quiero que sea pequeña. Naturalmente, lady Sarah va a estar a mi lado, y Grace también debe estar aquí. No habrá bastante tiempo para que asista el tío Lewis, pero le enviaré una carta.

Richard la atrajo hacia sí para darle un tierno beso lleno de promesas.

Y ella encontró su hogar.

Epílogo

Amelia alzó la mirada cuando lady Sarah entró a su dormitorio con Grace y Edna pisándole los talones.

—¡Buen día! Hemos venido a ayudar a prepararte.

Grace sonreía ampliamente.

—Es un día glorioso para una boda.

Amelia se levantó y correspondió sus sentimientos con el alma entera.

—Un día realmente espléndido. Nunca había estado tan feliz.

Grace le cogió las manos a Amelia.

—No podría estar más complacida. Es la mejor de las bendiciones que te unas a mi familia. Estoy orgullosa de llamarte «mi sobrina». —Les dio un leve apretón antes de soltarle las manos.

—Habrá tiempo más que suficiente para eso después de la ceremonia. Ahora tenemos que prepararla. —Lady Sarah le hizo señas a Amelia para que vaya con Edna, que estaba cerca de un montón de telas.

Amelia fue hasta allí y se quitó la faja antes de que Edna empezara a quitarle las enaguas. Le echó un vistazo al vestido que Grace había encargado para ella. Estaba colgado en el armario: una tranquila cascada de seda y organdí, salpicada de perlas cosidas a mano y encaje adornando el corpiño, las mangas y el dobladillo.

—El vestido es impresionante, su excelencia, os lo agradezco. —Amelia le sonrió mientras que Edna le acomodaba las enaguas.

—Tendréis el aspecto de toda una duquesa —dijo lady Sarah, situada cerca del tocador.

—No me agradezcas, querida. Ha sido un placer. Es realmente un alivio que la costurera pudiera terminarlo en tan poco tiempo. —Grace asintió.

—No lo creería posible si no viera la prueba colgada delante de mí. —Lady Sarah puso una mano en jarra—. Un vestido completo en menos de cuarenta y ocho horas… Toda una hazaña.

—¿Estáis lista? —Edna le tendió el vestido de novia.

Amelia miró de reojo a sus amigas antes de darle su atención a Edna.

—Como nunca en mi vida.

Un frufrú de seda y organdí se deslizó sobre su cuerpo, envolviéndola en resplandor. Edna abrochó los botoncitos que le recorrían la espalda mientras lady Sarah le alisaba las faldas. Una vez asegurado el vestido, Amelia se calzó unas zapatillas adornadas. Por último, Edna puso en su sitio sus guantes de encaje blanco.

Grace se llevó una mano al pecho, con lágrimas brillándole en los ojos.

—Querida, estás de ensueño. Date la vuelta y déjame ver la espalda.

Amelia hizo lo que le pedía, y se colocó de espaldas a la duquesa.

—Es el vestido más hermoso que me he puesto en mi vida.

—Vamos a peinarte para que veamos el efecto completo. —Grace se sentó en una silla y descansó las manos en su regazo.

Amelia se acercó al tocador y, con cuidado, se sentó en el taburete, tratando de no arrugar el vestido. Edna se puso a trenzar, retorcer y rizar el pelo de Amelia.

Lady Sarah se aproximó y colocó sobre el tocador una tiara de diamantes y perlas con flores naranjas entretejidas.

—El duque de Goldstone me pidió que os diera esto en su nombre.

Amelia se volvió hacia Sarah.

—Es magnífica.

Alargó la mano y, con cautela, la rozó apenas con los dedos, provocando la risa de Grace.

—No la vas a romper. Son más fuertes de lo que parecen. —Se puso en pie, fue hacia el tocador y levantó la tiara en sus manos—. ¿Puedo?

Amelia asintió justo cuando Edna soltaba el último rizo hecho con hierro caliente.

Grace le colocó la tiara sobre la cabeza. Cuando Edna aseguró la tiara en su lugar y ató el fino velo de lino, Amelia se puso de pie frente a sus amigas.

—El duque se quedará sin aliento cuando te vea caminar por el pasillo. —Lady Sarah le pasó la mano por el velo.

Grace ladeó la cabeza.

—Sin duda alguna.

Edna bajó el peine que sostenía en la mano y dijo:

—¿Necesitáis algo más?

—¿Un aperitivo ligero? —Amelia miró a lady Sarah—. ¿Hay tiempo?

Sarah asintió.

—Sí, tenemos unos veinte minutos de sobra.

—Trae un poco de queso y bayas —indicó Grace.

Edna le hizo una reverencia y luego se marchó para traer el alimento requerido.

—¿Tenéis idea de adónde iréis después de la boda? —preguntó Sarah.

Amelia fue hasta la ventana y miró a la calle que tenía abajo.

—No me lo ha dicho. Sea donde sea, será perfecto. Siempre y cuando estemos juntos, sé que seré feliz.

—Mi querido marido me sorprendió con una luna de miel en París. Siempre conservaré los recuerdo des nuestras primeras semanas juntos como marido y mujer. —Grace se secó la humedad acumulándose en sus ojos—. Sabes que rara vez el novio le dice a alguien, aparte del padrino, a dónde llevará a su novia.

Edna entró llevando una bandeja cargada de queso cortado en rodajas y bayas. La colocó sobre la mesa, hizo una reverencia y se marchó.

Sarah fue a por una fresa regordeta.

—De todos modos, a mí me gustaría saber a dónde voy a ir.

Amelia tragó el queso que había estado masticando.

—Creo que la sorpresa es más bien romántica.

—Cuéntanos la pedida de matrimonio —le pidió Grace.

—Y no te dejes nada. —La voz de Sarah incluía un ligero tono burlón.

Escucharon con fervor el relato de las partes que Amelia estuvo dispuesta a contar. Les dijo que Richard había detenido la propuesta de lord Shillington y le había declarado su amor, pero no vio ninguna razón para desvelar detalles privados.

—¡Qué romántico! Espero tener una experiencia similar algún día. —Lady Sarah se llevó las manos al corazón.

Grace sonrió.

—Creo que será mejor que vayamos. Tu novio espera junto a la fuente.

Amelia caminó por el sendero empedrado, pasó al lado de los sirvientes que se habían congregado para mirar, y fue hacia el novio que la esperaba.

Grace se situaba a su lado mientras que lady Sarah esperaba frente a ellos. Sujetando una biblia, el clérigo aguadaba delante de la fuente. Los amantes de piedra, encerrados en su abrazo eterno, arrojaban una sombra romántica sobre el grupo.

Un hombre se apareció en el sendero, dejándola perpleja.

—Tío Lewis.

Se apresuró a ir hasta ella con una sonrisa en el rostro.

—¿Cómo? ¿Cuándo has llegado? —El corazón de Amelia amenazaba con salírsele del pecho.

—El destino, y me alegro por ello. —Le ofreció su brazo.

Amelia metió la mano en el hueco de su codo.

—No lo comprendo.

—Mi barco sufrió daños en menos de quince días después de zarpar, y tuvimos que volver. No querrías escuchar mi historia mientras que tu novio espera en el altar. Te lo contaré todo después de las nupcias. —Le dio palmaditas en la mano.

—¿No estás enfadado conmigo? —Lo miró socarronamente.

Él negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, estoy contento. Ahora vamos a casarte.

Amelia volteó hacia el altar. La mirada de Richard se clavó en la de ella cuando siguió su marcha. Richard sonrió con picardía, lo que le la hizo sentir emoción de la cabeza a los pies. Le devolvió la sonrisa, y su mirada nunca abandonó la suya al tiempo que se acercaba. Cuando llegaron hasta el novio, el tío Lewis le puso las manos en las extendidas de Richard.

—Nos hemos aquí reunido… —empezó el clérigo.

Siguió concentrada en Richard mientras recitaba las palabras de matrimonio de todo corazón, luego escuchó, con lágrimas de alegría en los ojos, cuando él hizo lo propio.

—Con el poder que se me ha brindado, os declaro marido y mujer —anunció el clérigo.

Su marido, el duque, se inclinó y la besó profundamente.

—Te amo, duquesa de Goldstone —susurró contra sus labios.

Amelia paseó de la mano con Richard por el sendero de adoquines entre los invitados y una lluvia de alpiste.

Unas deliciosas sensaciones, causadas por el simple contacto de su mano en la suya, la recorrieron entera. Anhelaba más contacto, y sus pulsaciones aumentaron y sus mejillas enrojecieron.

Miró a su marido, con una sonrisa tímida en los labios.

—¿Tenemos que esperar hasta la noche?

Él succionó su labio inferior y lo mordisqueó.

—Serás mi perdición, mujer.

Ella se rió y permitió que la llevara dentro de Abernathy House para su comida nupcial. La colocó junto a la entrada del comedor y se quedó a su lado, todavía cogiéndole la mano, mientras esperaban a Grace, al tío Lewis y a Sarah. No había más invitados, y eso complació a Amelia. Solo quería que su familia y amigos más cercanos estuvieran presentes.

La duquesa se superó a sí misma con las decoraciones, tanto en el jardín como en la casa. Un arco con rosas rojas y rosas flanqueaban la entrada en la que ella y Richard se encontraban, y había unos grandes arreglos florales por todo el comedor. Se permitió asimilar la escena al completo.

Amelia sonrió ampliamente a sus amigos y al tío cuando se acercaron.

El tío Lewis le dio un apretón de manos a su marido.

—Enhorabuena. Has conseguido a una esposa muy especial. Trátala bien.

Richard puso una mano sobre el hombro del tío Lewis y le sonrió.

—Sé que soy muy afortunado.

Richard le dio un apretoncito a la mano de Amelia.

El tío Lewis volteó hacia Amelia.

—Me alegra que encontraras una buena pareja. —Se inclinó hacia delante y le besó la mejilla antes de dar un paso al costado.

—Ha sido una ceremonia preciosa —le dijo Sarah a ella antes de volverse hacia Richard—. Enhorabuena.

Cuando lady Sarah se hizo a un lado, Grace dio un paso adelante y abrazó a su sobrino.

—Enhorabuena, Richard. No podría estar más feliz por ti. —Volteó, dio otro paso y abrazó a Amelia—. Bienvenida a la familia, querida.

Amelia la abrazó también, con lágrimas en los ojos. Una sensación de pertenencia, de tener una familia al completo, la inundó. Mamá y papá seguro le sonreían desde el cielo, felices de que su hijita encontrase su lugar en el mundo.

Siguió a su esposo y a Grace a la comida nupcial. Sarah y el tío Lewis entraron detrás de ella. Amelia, su marido, tío y amigos llenaron sus platos de lo que había en el aparador y se acomodaron para comer copiosamente, acompañados de una conversación jubilosa.

—El tío Lewis me ha prometido contarnos cómo ha llegado aquí. —Amelia lo señaló con el mentón.

—Sí, señor Lewis. Cuéntenos. —Grace dejó sobre la mesa su vaso.

El tío Lewis apoyó las manos en su regazo.

—No hay mucho que contar. Los mástiles del barco fueron dañados en una tormenta poco después de zarpar de Inglaterra. El capitán determinó que las reparaciones necesitarían hacerse en tierra firme y Escocia era la costa más cercana. —Levantó una mano—. Amelia, ¿no recibiste mi carta?

— Sí, pero me temo que nunca la leí entera.

El tío Lewis alzó su vaso.

—No te preocupes por eso, querida. Ahora carece de importancia.

—Mis disculpas, tío Lewis. —Una sonrisa traviesa se formó en los labios de Amelia.

—No hay razón para insistir en ello —dijo Grace.

—Muy cierto —coincidió el tío Lewis—. Apenas he llegado esta mañana. Fue entonces que me enteré de las nupcias y corrí al jardín. —Le devolvió su atención a Amelia—. Me alegro por vosotros dos, y por no haberme perdido la unión.

—Agradecemos la bendición, señor Lewis. —Richard le ofreció una sonrisa.

—Por favor, llámame «tío Lewis» de ahora en adelante. Eres mi familia.

Grace levantó su copa de cristal.

—Un brindis por la familia. Y por la bendita unión de Amelia y Richard.

Amelia sonrió cuando la salas se llenó de buenos deseos y de tintineos producidos por el chocar de las copas. Cuando concluyó la comida, ella y el duque se despidieron.

Después de que Richard subiera con ella al decorado carruaje tirado por cuatro sementales blancos, saludó con la mano a las personas que los miraban desde el porche de Grace.

Richard le puso un brazo alrededor de los hombros, y la atrajo hacia sí.

—¿Dónde quieres pasar la luna de miel, mi amor?

Amelia lo miró a sus ojos color zafiro con una ligera sonrisa en el rostro.

—He oído que Escocia es preciosa.

FIN

Extracto

Londres 1843

Sarah sabía exactamente qué clase de hombre era. Todo Londres lo sabía. Era el tipo de caballero con el que ninguna mujer respetable debería relacionarse.

Tomó una copa de champán y miró a su alrededor. Por tercera vez esa noche, su mirada se encontró con la de él. Lord Julian Carrington, el Marqués de Luvington. Ella se quedó allí un momento, contemplando su despreciable y deliciosa mirada. Se apoyó en una columna blanca, con sus ojos verdes bailando a la luz de la lámpara. Maldición. Cada vez que se daba vuelta, lo encontraba mirándola. ¿No había nada que pudiera hacer para escapar de su atención?

Una sonrisa se extendió por sus labios, enviando una ráfaga de calor a sus mejillas. Cuando él le guiñó un ojo, ella volvió a prestar atención a Grace Stratton, la Duquesa de Abernathy. "¿Le gustaría dar un paseo por la terraza?"

Sarah simplemente tenía que romper su conexión con el notorio Don Juan, y salir de la habitación proporcionaría el perfecto escape a sus atenciones.

Grace cerró su abanico. "Una idea espléndida". Ella giró y se movió a través de una marea de coloridos vestidos de gala, hacia la salida.

Sarah caminó junto a la duquesa, sin decir una palabra mientras se acercaban a las puertas abiertas. El aire fresco la rozó al cruzar el umbral, hacia la noche. La brisa se levantó como si buscara limpiar el calor que se elevaba en sus mejillas al pensar en Lord Luvington y sus miradas no deseadas. Sinvergüenza.

Mirando a Grace, Sarah suspiró. "¿Por qué cree que nos estaba mirando?"

Grace se rio, moviendo sus bucles color fresa. "A nosotros no, querida. A ti".

Sarah se volvió hacia ella. "También firmó mi tarjeta de baile. Pidiendo el último vals. Pero, ¿por qué? ¿Qué querría un tipo como él conmigo?"

"Tal vez no sea nada", Grace agitó su abanico. "Pero hay una forma de averiguarlo".

"Por favor, explíquese, Su Excelencia". Sarah la miró, con una leve sonrisa en los labios.

"Pregúntale."

Grace dio un paso hacia las puertas de la terraza y Sarah la siguió. "Tal vez lo haga". Miró las estrellas que brillaban en el cielo y cruzó el umbral. "O tal vez simplemente me niegue. Después de todo, el último vals es para las parejas".

"No te hará ningún daño honrar su petición."

Excepto que podría. Una mujer tenía que tener cuidado con un hombre así. Al menos estaban

en un lugar público. ¿Qué podía hacerle él aquí, en medio de la multitud?

Sarah siguió a Grace al salón justo cuando el cuarteto tocaba las últimas notas de un vals. Lord Gibbs la estaba esperando en el borde de la pista de baile. Ella asintió con la cabeza a Grace, mientras él la guiaba al centro de la sala para su baile. A pesar de su actual pareja, sus pensamientos vagaron donde no deberían. Lord Luvington. Su pulso se aceleró ante la idea de estar tan cerca del apuesto calavera. Un baile podría ser tolerable.

No. No deseaba convertirse en el objeto de los chismes del día siguiente. La idea de que un renombrado libertino se interesara en ella, la preocupó. Trabajaba duro para mantener su posición social y no quería que nadie dañara su reputación. Un escándalo podría arruinar a una dama más allá de toda reparación. Ella lo había visto ocurrir una y otra vez. Su estómago se estrujó.

"Lady Sarah, ¿me ha oído?"

Sarah parpadeó y se concentró en Lord Gibbs. "Mis disculpas, me perdí en la música." Ella le dio una sonrisa. "Ahora tiene mi atención".

"Le pregunté si está disfrutando del baile." La hizo girar a través de una línea de otros caballeros y damas vestidos de gala. Los aromas de sus perfumes se fundieron en una exótica mezcla de flores y especias.

"En efecto. Lady Vivian se superó a sí misma. Encuentro el baile fascinante, un éxito rotundo, sin duda. De hecho, no puedo recordar la última vez que haya disfrutado tanto de uno".

"Ni yo tampoco." La hizo girar.

Sarah elevó su boca educadamente. Lord Gibbs la había estado cortejando desde la temporada pasada, pero no le gustaba más que como amigo. Ella había dejado clara su posición desde el principio, aun así, él la había seguido seduciendo. Tal vez esperaba conquistarla. Eso no sucedería. Sarah había decidido casarse por amor o seguir siendo una señorita durante un tiempo. Pese a la decepción de mamá, había pasado cuatro temporadas soltera. Su padre, por otro lado, apoyaba totalmente su decisión.

"Se ve encantadora esta noche, Lady Sarah". Lord Gibbs la acercó más.

"Gracias, milord. Se ve muy elegante." No era una mentira, era atractivo. Ella simplemente no lo amaba. Además, la idea de convertirse en propiedad de algún caballero no le atraía demasiado.

La pieza terminó, y Lord Gibbs la acompañó fuera de la pista de baile. Una vez más, su mirada se posó sobre Lord Luvington. Por Dios, el hombre seguía cerca de ella. Ella lo estudió antes de poder detenerse, observando el ángulo agudo de su mandíbula, el brillo de su cabello castaño dorado. Su ardiente mirada azul se encontró con la de ella, y le sonrió con malicia como si supiera cómo se veía debajo de su vestido ajustado. Las mejillas de Sarah enrojecieron y ella se dio vuelta.

Espió a Mamá, sirviéndose una bebida en la mesa de refrescos. Sarah se apresuró a unirse a ella. Estar cerca de sus padres hacía mucho más fácil mantener los pensamientos alejados de las cosas prohibidas. Se llevó una copa de champán a los labios y se colocó al lado de su madre.

"¿Adónde se ha ido Papá?" Tomó un trago del líquido fresco y burbujeante.

"Quería hablar con tu hermano. Volverán en un momento." Mamá dirigió su mirada hacia Lord Luvington. "Parece que has conseguido un nuevo admirador."

Las mejillas de Sarah ardieron cuando lo pilló observándola, su mirada recorrió su amplio pecho. ¿Qué se sentiría al estar envuelta en sus brazos? Abrió su abanico, refrescándose. Demasiado para mantener sus pensamientos limpios. "Es escandalosa la forma en que me mira."

"Tonterías hija, deberías sentirte halagada." La madre apoyó su mano enguantada en su

pecho. "No es algo cotidiano para ti llamar la atención de un marqués."

Sarah inhaló bruscamente y cerró su abanico. ¿Habían perdido todos la cabeza? "Madre, es un conocido mujeriego".

"Cálmate, querida. No te dije que te casaras con él, sólo que te halagaras con su atención. Aunque ya es hora de que consideres encontrar un esposo. Quizás un caballero de mejor gusto se inspirará con la atención que Lord Luvington te otorga".

Alguien aclaró su garganta. Sarah echó un vistazo detrás de ella, su corazón se aceleró.

"¿Con qué atenciones debería halagarse mi querida flor?" Su Padre miró a Sarah y a su esposa.

La madre le sonrió a su marido. "No es nada, de verdad. No te molestes con eso, amor." Puso su mano bajo su brazo.

Él le dio una palmadita, y luego miró a Sarah. "¿Estás disfrutando de la noche, querida?"

"En efecto, papá". Si mamá creía que lo mejor era ocultar a papá la identidad de su admirador, lo haría.

"¿Y me harás saber si las atenciones de dicho caballero cruzan la línea?"

Sarah asintió con la cabeza, moviendo sus pendientes. "Sí, papá".

"Muy bien. Discúlpanos entonces." Le brindó a su esposa una sonrisa. "He estado esperando para mostrar a tu encantadora madre en la pista de baile."

Sarah inclinó su cabeza hacia el elegante claro de mármol. "Será mejor que te des prisa, no sea que pierdas tu oportunidad." Llevó su copa de cristal a sus labios.

Mamá sonrió mientras Papá la guiaba a través de la pista de baile. Tal vez Mamá tenía razón, no en llamar la atención de una pareja adecuada, sino en que la atención de Lord Luvington podía ser inocua. Después de todo, no era ella quien actuaba de forma inapropiada. Disfrutaría del resto del baile, y si Lord Luvington insistía en mirarla, que así fuera.

Más tarde en la noche, Sarah se detuvo y arqueó la espalda mientras el cuarteto empezaba una nueva melodía. Llevaba horas bailando y le dolían los pies dentro de sus finos zapatos. En varias ocasiones durante la noche, había visto a Lord Luvington observándola.

Simplemente no podía entender su repentino interés. Muy pronto tendría la oportunidad de preguntarle directamente sobre su comportamiento hacia ella. Quedaban dos bailes. Sin duda, Lord Shillington la buscaría pronto... y luego Lord Luvington.

Dios mío, la mera idea de bailar el vals final con él, le ponía los nervios de punta. Sus manos comenzaron a temblar. De ninguna manera creía que sus intenciones fueran inocentes. Respiró hondo y se armó de valor cuando Lord Shillington se acercó.

Él se inclinó. "¿Bailamos?"

Sarah forzó una sonrisa y pasó su mano por el brazo que le ofreció. Al menos Lord Shillington no era un admirador, era un amigo de la familia. El baile sería más placentero por eso. Siempre y cuando no le pisara los pies.

Sarah se movió al ritmo de la música mientras Lord Shillington la guiaba en el baile. No pudo evitar buscar a Lord Luvington entre la multitud, sabiendo que su vals era el siguiente.

Se paró cerca de la puerta de la terraza, y sus miradas se encontraron por un instante antes de que Shillington la girara. Ella se mordisqueó el labio inferior. Rechazar el baile se consideraría una falta de modales, algo de lo que nunca se la había acusado. Sarah suspiró.

"¿Qué te molesta, Lady Sarah?" Un interés genuino se reflejaba en la mirada de Lord Shillington.

Ofreció una pequeña sonrisa. Aparte de su hermano, Lord Shillington era el único caballero con el que podía hablar libremente. Nunca la había juzgado, ni había compartió sus secretos con

otros. Sin embargo, ¿ella quería discutir *esto* con él?

"Claramente algo te ha irritado. Puedes decírmelo, sea lo que sea. Tal vez pueda ser de ayuda".

"No es nada". Sarah echó un vistazo a la terraza por un momento. "Sólo que, ¿qué tan bien conoces a Lord Luvington?"

La boca de Lord Shillington se estrujó con una sonrisa burlona. "¿Finalmente un caballero ha llamado tu atención?"

"Dios, no", dijo sin pensar, y luego se ruborizó por su grosería. "Pero sí firmó mi tarjeta de baile".

Shillington la hizo girar, y cuando ella volvió a su posición, él dijo, "Lord Luvington es un buen tipo. Juego a las cartas con él en White's de vez en cuando". Parpadeó. "Probablemente debería abstenerme de decirte nada de esto".

"¿Algo de qué? Los caballeros juegan a las cartas todo el tiempo".

"Sí, por supuesto. Lo que estaba a punto de decirte es de otra naturaleza." Sus mejillas se tiñeron de rosa.

Al igual que ella, Lord Shillington era visto como un pilar de la buena conducta moral entre sus pares. La torpeza era una característica en él y se había ganado una buena reputación, pero nadie cuestionaba su carácter.

"Ahora simplemente debes decírmelo." Sarah batió sus pestañas y formó sus labios en un mohín.

"Él es más bien... ¿cómo puedo decir esto delicadamente?" Miró hacia otro lado. "Popular entre el sexo débil".

"Un Casanova, quieres decir".

Él tragó, encontrándose con su mirada de nuevo. "No importa. Un baile estará bien."

"¿Incluso si es el último vals de la noche?"

"Incluso así." Lord Shillington la hizo girar y la trajo de nuevo a sus brazos. "¿No te sientes más tranquila?"

"Sí, gracias." Dejó que sus ojos se cerraran por un instante. ¿Cómo sobreviviría a un baile con un hombre así?

El cuarteto terminó su pieza, y Lord Shillington llevó a Sarah hacia Lord Luvington. "He oído que tienes el placer del último vals con Lady Sarah".

"En efecto, lo tengo". Lord Luvington le ofreció su brazo a ella.

Ella lo miró antes de aceptar. Su estómago dio un revoloteo no deseado. El calor se extendió por su pecho y sus mejillas mientras imaginaba a todos en el salón de baile mirándolos. La llevó al centro de la pista de baile y la tomó en sus brazos mientras el cuarteto volvía a tocar.

"Relájese, miladi. Es sólo un baile."

Mortificada, inclinó su barbilla. "Estoy relajada". ¿Cómo sabía él que ella se preocupaba? Sarah dio un suspiro, mientras miraba a las otras parejas.

"Si esto es estar relajada, me dan pena los que están expuestos a usted cuando no lo esté".

Su sonrisa le produjo sensaciones desagradables en su interior.

"Por mi honor, esto es sólo un baile".

"No creo que tenga ningún honor, milord, ni soy tan tonta como para creer que es un baile inocente." Ella le dirigió una mirada. "Quiere algo de mí".

Él sonrió. "Tal vez sí."

"Está perdiendo el tiempo, milord."

"A menos, por supuesto, que esto sea simplemente un baile."

"Acaba de decir que quiere algo de mí." Sarah deslizó su mano libre en la tela de sus faldas. Si fuera menos dama, le daría una bofetada por haber jugado con ella.

"No, dije que tal vez quería algo. Lo que significa que podría muy bien no querer nada." Arqueó una ceja oscura y un mechón de cabello castaño cayó sobre su frente.

Santo cielo, ningún hombre debería ser tan atractivo. Ella lo miró fijamente a sus ojos verdes. "Basta de juegos. Dígame lo que quiere, Lord Luvington".

"¿Esta noche?"

"Sí, esta noche", respondió con los dientes apretados.

"Esta noche, quiero abrazarte".

Su sonrisa desenfadada hizo que su corazón casi se detuviera. Se sonrojó ante la insinuación y miró a las parejas que bailaban cerca. Otra declaración como esa y seguro que se arruinaría.

La acercó escandalosamente, inclinándose hasta que sus labios rozaron su oreja. "Mañana quiero conocerte mejor".

El vals terminó, y antes de que ella pudiera formarse un pensamiento, él se marchó, dejándola de pie en medio de la pista de baile.

Sola.


Condenado por un Pícaro
El destino me dio un Duque
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
Amanda Mariel

Uno

Mayfair, Inglaterra
12 de diciembre de 1811

Lady Juliet Gale estaba cerca de las macetas de helechos en el baile de Navidad de su querida amiga Olivia, la duquesa de Thorne. Su mirada se detuvo en la pista de baile, donde parejas vestidas de verde oscuro, rojos vibrantes, dorados, variedades de azules y plateados bailaban la cuadrilla. La luz de las velas iluminaba sus joyas (o era al revés) y brillaba en el enorme espacio.

Sumado a los lazos de vegetación que Olivia había colocado alrededor de la habitación, el escenario ciertamente era festivo. Todos los que eran alguien parecían estar en la habitación; todos lucían sonrisas, y su conducta reflejaba alegría y buen humor.

Juliet bajó su abanico de seda cuando su mirada se encontró con la de Olivia.

—Te superaste a ti misma.

Olivia le devolvió la sonrisa.

—William me dijo que no escatimara en gastos para una velada tan especial. Quería la perfección y me atrevo a decir que la conseguí. Las chicas son un éxito rotundo.

William y Olivia se habían casado el año pasado y, en el proceso, Olivia se había convertido en madre y hermana de los tres hermanos menores de él. Esa noche era el baile extraoficial de presentación de las dos hermanas mayores: Lady Catherine y Lady Louisa.

Juliet golpeó el brazo de Olivia con su abanico de manera juguetona.

—¡Vaya!, suenas engreída. No hay nada como darse una palmadita en la espalda.

Olivia resopló un suave suspiro, aunque no estaba en lo más mínimo escaldada.

—No hay necesidad de estar celosa —replicó con un tono burlón.

Juliet volvió su atención a las parejas de baile, y su mirada encontró a Louisa y Catherine. Llevaban vestidos de seda, que les sentaban muy bien; uno era en plata y el otro en azul hielo, adornados con perlas y encaje. Las chicas parecían divertirse y, ciertamente, estaban atrayendo mucha atención por parte de los caballeros. En ese sentido, Olivia tenía toda la razón y a Juliet la emocionó presenciar el resultado.

Volvió su atención a Olivia.

—Solo estaba bromeando. Honestamente, tienes todo el derecho a estar satisfecha contigo misma. Parece que Louisa y Catherine son un éxito.

—Así es —acordó Olivia—. Estoy planeando un salón lleno de pretendientes por la mañana.

Juliet tomó una copa de champán de manos de un lacayo que pasaba.

—Y, bueno, deberías. Apostaría a que ambas tienen ofertas de matrimonio al final de la temporada. —Se llevó la copa a los labios y tomó un copioso trago mientras se preguntaba si alguna vez llegaría su turno. A los veinticuatro años, la mayoría de sus compañeros la consideraban pasada su mejor momento y, sin duda, iba hacia la soltería.

Olivia volvió su mirada comprensiva hacia Juliet.

—No te preocupes: tu príncipe azul llegará. —Hizo un gesto con la mano a la multitud de señores y señoras—. Quizás él está aquí ahora, y solo tienes que encontrarlo.

—No me preocupo —expresó Juliet. Se llevó la copa de champán a los labios para tomar otro poco mientras terminaba la música y las parejas empezaban a salir de la pista de baile.

No pudo evitar notar cómo la pareja de Catherine la estaba conduciendo hacia el balcón. Él tenía su mano descansando sobre la de ella, donde sus dedos se enredaban sobre su brazo y le sonrió mientras atravesaban la habitación. Quizás la niña ya había encontrado a su futuro esposo.

—Me atrevería a decir que parecen enamorados —señaló Juliet, sin apartar la mirada de la pareja.

—Será mejor que los acompañe —comentó Olivia—. Desde la distancia, por supuesto. Luego partió apresuradamente para seguir a Catherine y a su pretendiente.

Después de haber terminado su champán, Juliet dejó la flauta vacía en la bandeja de un lacayo que pasaba y buscó a su otra amiga, Emma. Su humor, generalmente alegre, se volvió más amargo cuando la vio en los brazos de su esposo. No la envidiaba. Al contrario, la llenaba de alegría la felicidad de su amiga.

Aun así, no pudo evitar sentirse un poco excluida. Quizás, incluso, abandonada hasta cierto punto. Las tres, Emma, Olivia y Juliet, habían sido las amigas más cercanas; un trío de floreros en las fiestas, que siempre se hacían compañía y se animaban mutuamente. Ahora ella estaba sola. Por lo menos, en su mayoría sola, y deseaba mucho su felicidad para siempre con un caballero apuesto.

Juliet suspiró mientras cruzaba el salón de baile hacia el pasillo. No estaba realmente sola, y era injusto por su parte pensar de esa manera. Emma y Olivia todavía la incluían de todas las formas posibles. Las tres seguían siendo amigas íntimas y confidentes leales. Y, lo más importante, a Juliet le agradaba que sus amigas hubieran encontrado el amor. Esa noche simplemente estaba deprimida y, como resultado, estaba siendo injusta. Olivia tenía razón: Juliet encontraría el amor. Aunque dudaba mucho que sucediera esa noche. Tenía que ser paciente. Y, si sus amigas fueran un indicio, la espera de su propio príncipe azul valdría la pena.

Sí, mantendría la esperanza pero, mientras tanto, buscaría un poco de soledad. Una media hora lejos del resplandeciente salón de baile y de las parejas sonrientes sin duda la ayudarían a mejorar su estado de ánimo. Cuando reapareciera, sería su yo alegre habitual.

Juliet salió y se dirigió a la biblioteca. Seleccionaría un nuevo libro para leer y, una vez que despejara su mente, volvería al salón de baile.

Nadie echaría de menos a un florero perdido.

De eso estaba segura.

~

Giles Fortescue, duque de Cleburne, lamentó su asistencia a ese maldito baile. Nunca había disfrutado de tales eventos y, por eso, hacía todo lo que estaba en su poder (y consolidaba una cantidad considerable) para evitarlos.

En las raras ocasiones en que fracasaba, se refugiaba en la sala de juegos o entre los muslos de una viuda dispuesta. Lamentablemente, habría poco de eso esa noche. Ya había estado allí varias horas y había bebido una copiosa cantidad de licor. Sin embargo, permaneció en el salón de baile, como había pedido Thorne.

Echando un vistazo por el salón, vio a su amigo de toda la vida conversando cómodamente y se preguntó si podría escabullirse un poco sin previo aviso. Sin duda, Thorne no le regañaría un pequeño respiro. Después de todo, era muy consciente de la aversión de Giles por esas cosas.

Una sonrisa curvó sus labios ante el pensamiento, y buscó por la habitación a una dama con la que distraerse. Su mirada no encontró nada más que las sonrisas inocentes de las debutantes y los ojos apreciadores de las mamás casamenteras.

Todo eso era suficiente para hacer que a alguien se le erizara la piel. Y se preguntó por milésima vez por qué había permitido que Thorne lo metiera en eso.

Giles sacó la petaca de su abrigo y tomó un largo trago del brandy que había dentro. Quizás, si se emborrachaba lo suficiente, Thorne lo liberaría de su obligación. Al menos, encontraría el baile más tolerable. Independientemente, estaba camino a embriagarse y no tenía intención de reducir la velocidad.

Giles simplemente no era una buena compañía. No pertenecía a un baile de presentación lleno de mujeres inocentes. Thorne nunca debería haberlo asediado para que asistiera. Ciertamente, no debería haber pedido que Giles permaneciera en el salón de baile.

¿Por qué diablos había permitido que Thorne lo convenciera para que asistiera al baile de su hermana, en cualquier caso? Giles debería haber declinado. No era el tipo de hombre que agregaba prestigio a un evento así y, ciertamente, no era el tipo de hombre que ayudaría a las chicas. En todo caso, su presencia allí perjudicaría las posibilidades de ellas de encontrar parejas adecuadas, y Thorne lo sabía muy bien. Giles era bien conocido por ser un pícaro. El hecho de que fuera duque solo le permitía más libertades. Podía empañar la reputación de una dama simplemente bailando con ella.

Aun así, Thorne era el amigo más antiguo y cercano de Giles. Apenas había podido rechazar su invitación. Tampoco podía cautivar a ninguna de las mujeres inocentes que pululaban por el salón de baile.

No había nada que hacer; estaba allí y haría todo lo posible por cumplir los deseos de Thorne. Seguramente, podría sobrevivir a una noche de debutantes. Tomó otro largo trago de brandy antes de tapar su petaca y cerrar los ojos.

—Es un placer encontrarte aquí —ronroneó una familiar voz femenina cerca de su oído.

Una sonrisa pícara curvó sus labios porque parecía que su suerte estaba mejorando.

—Lady Lambert —dijo mientras abría los ojos para saludar a la viuda.

Ella sonrió levemente, con una mirada llena de invitación.

—Ha pasado algún tiempo, Su Gracia.

—Así es —concordó él. La última vez que la había entretenido había sido varios meses atrás. Quizás hacía un año—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, ¿un año?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—No podría decirlo.

La expresión severa de su rostro delataba su fingida indiferencia, y recordó por qué había terminado la aventura: se había vuelto demasiado seria, incluso un poco territorial. Apostaría a que ella sabía hasta la hora respecto de cuánto tiempo había pasado desde que se había acostado con ella. Independientemente de eso, ella era justo la distracción que necesitaba esa noche. Le pasó el dorso de un dedo por la mejilla y le preguntó:

—¿Me has echado de menos? —Se inclinó y agregó—: ¿Kitty?

La pasión brilló en la mirada de la mujer.

—Encuéntrame en la biblioteca en veinte minutos, y me esforzaré por mostrarte exactamente cuánto. —Le dio unos golpecitos en el pecho con el abanico de seda—. Te prometo que no te decepcionaré. —Kitty giró, y luego huyó envuelta en una ola de faldas escarlata, balanceando las caderas en invitación.

Giles esperó unos minutos, y luego rodeó el perímetro del salón de baile antes de salir. Mientras se dirigía a la biblioteca, bebió un sorbo de su petaca. Un poco más de brandy y una mujer dispuesta lo ayudarían. Después de su pequeña cita, volvería al baile y le brindaría a Thorne todo su apoyo.

Por lo que eso pudiera valer.

Dos

Juliet respiró hondo mientras se volvía hacia los estantes de libros cuidadosamente encuadernados. De repente, su estrés se desvaneció, y su estado de ánimo mejoró.

Prefería mucho más los aromas de cuero y vitela que los del sofocante salón de baile. La mezcla de colonias y polvos de rosa, jazmín y sándalo, combinados con olores corporales, tapaban su nariz y le revolvían el estómago.

Pero eso… Ah, sí, adoraba el aroma de la biblioteca enorme y completamente desierta. Cera de abejas, sebo, cuero y vitela se mezclaban con el olor del fuego crepitante del hogar. Era pacífico y acogedor. Y lo mejor de todo era que no había nadie más, nadie que la juzgara y nadie a quien tuviera que impresionar.

Estaba sola. Salvo por ella y los libros, por supuesto. Juliet sonrió mientras examinaba fila tras fila de volúmenes encuadernados en marrón, rojo y azul con letras doradas. Desde donde estaba, su línea de visión no cubría más que libros, y adoraba la perspectiva de seleccionar uno.

La idea de escapar a un mundo diferente y de dejar volar su imaginación siempre la emocionaba. Cuando leía, se convertía en uno de los personajes. Era como si se dejara atrapar directamente por el libro y viviera la historia. No había mayor escape. No para una dama, en cualquier caso.

Se acercó a los estantes, y luego extendió la mano para pasar la punta del dedo por los lomos de los libros mientras consideraba cada uno por turno. Edgeworth, Hoffmann, Scott... Todos excelentes autores, pero no exactamente lo que estaba buscando. Juliet continuó caminando por las filas de libros, y se detuvo cuando vio una novela reciente: *Sentido y sensibilidad (volumen uno)*, por Una Dama.

Al encontrar interesantes el título y el anonimato del autor, sacó el libro del estante, y luego lo abrió. Probablemente, lo leería sin más motivo que para apoyar a la autora anónima. De todos modos, esperaba que la historia fuera intrigante.

Juliet leyó la primera línea: “La familia de Dashwood llevaba mucho tiempo asentada en Sussex”. Así que iba a ser un cuento familiar, según pensó mientras seguía leyendo. No pasó mucho tiempo para descubrir que las mujeres Dashwood estaban en una posición precaria. Decidió que el libro valía la pena su tiempo y continuó leyendo.

Consideró sentarse en uno de los sofás o sillas esparcidos por la habitación, pero lo pensó mejor. No sería bueno que se sintiera demasiado cómoda porque, si lo hiciera, podría olvidarse de regresar al baile dentro de un período de tiempo razonable. Y, si se demoraba demasiado, Olivia se daría cuenta y se enfadaría con ella.

“Un capítulo”, razonó consigo misma, y luego volvería al salón de baile. Con su decisión tomada, se permitió sumergirse en la historia mientras estaba de pie cerca de la chimenea con su

cuerpo de cara hacia las estanterías. Después de menos de un párrafo, se enganchó con la historia y devoraba las páginas.

—Llegas temprano, gatita. —El timbre profundo de un hombre llenó la habitación. Un par de brazos musculosos rodearon a Juliet cuando escuchó la voz masculina. Saltó ante la intrusión y el contacto inesperado, y el libro se le cayó de las manos para golpear el suelo—. No hay necesidad de jugar a la timidez —agregó, y luego llevó sus labios a la columna de su cuello.

Tomada por completo con la guardia baja, el calor recorrió en espiral a Juliet, y un pequeño gemido flotó desde algún lugar profundo de ella. Nunca había tenido los labios de un hombre en su cuello, y nunca había recibido mucha atención por parte de los hombres.

¿Quién era ese? Y, lo que era más importante, ¿quién se creía que era?

Recuperando un poco de sentido común, se apartó y luego se volvió hacia él.

—¿Tienes el hábito de acosar a las mujeres?

Los ojos de él se oscurecieron de un azul claro con tono verdoso a un color avellana más profundo mientras la miraba. Por un momento, pareció inseguro, quizás confundido; luego sonrió diabólicamente y contestó:

—Solo a las hermosas.

El corazón de Juliet me martilleaba el pecho mientras su pulso se aceleraba. Él era alto, ancho y devastadoramente guapo con su cabello dorado, nariz patricia, labios carnosos y mandíbula cincelada. ¡Y la había llamado *hermosa*! Nunca había visto a un hombre así. Ciertamente, nunca había sido halagada de esa manera por un hombre extremadamente guapo.

Él dio un paso adelante, acercando su cuerpo al de ella, y ella olió el brandy que emanaba de él. De repente, su comportamiento tuvo sentido: el hombre estaba borracho, y bastante a fondo si tenía que adivinar.

Juliet extendió una mano firme.

—Quienquiera que esperabas, claramente no soy ella.

—Ciertamente no. —Él la alcanzó—. Eres una sorpresa mucho mejor. —La tomó en sus brazos y acercó sus labios a los de ella.

Juliet pensó que debía estar en un sueño. O quizás en una pesadilla. De cualquier manera, estaba resultando demasiado agradable. Nuevas sensaciones viajaron a través de ella, y su cuerpo se sentía más vivo que nunca cuando él inclinó su boca sobre la suya.

Debería detener eso de una vez. El hombre estaba claramente borracho. Podía saborear el brandy en sus labios y lo había olido antes. Irradiaba de él, pero no encontraba desagradable el olor ni el sabor. Al contrario: olía a fruta, un aroma agradable y terroso mezclado con el sabor de un licor dulcemente amargo cuando sus labios se unieron.

Si los atraparan...

La lengua de él se deslizó por el pliegue de los labios de Juliet y, como por instinto, ella abrió la boca para permitirle la entrada. Devastada, envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y lo sostuvo mientras él profundizaba el beso. Todo pensamiento huyó de su mente cuando apretó su cuerpo contra el suyo, presionando sus pechos contra su pecho musculoso.

La habían besado antes. Una vez, un chico vecino. Pero aquel beso… No se podía comparar con ese. Habían sido niños, y el beso había sido casto. Un experimento entre dos jóvenes curiosos que no había dejado a ninguno impresionado. Tampoco había experimentado ninguna de las sensaciones que le estaba causando el hombre que la besaba en ese momento.

Todo su cuerpo se calentó, y sintió un hormigueo cuando él movió sus labios sobre los suyos, su lengua se deslizó sobre la de ella y las manos la sostuvieron cerca. Estelas de calor y pasión desenfrenada se desplegaron dentro de ella y se extendieron por todo su cuerpo. Su pulso latía

con fuerza, y el lugar entre sus muslos se humedeció. El efecto de su beso fue devastador y, a la vez, adictivo.

Él tomó su trasero y la levantó del suelo.

—Envuelve tus piernas a mi alrededor, cariño —le pidió antes de capturar sus labios de nuevo.

Sin querer detenerse, ella obedeció, y envolvió las piernas alrededor de sus caderas mientras sus bocas se tomaban con avidez. Juliet quería más de eso, quería más de él.

El hombre la llevó a una mesa cercana, y luego la sentó en el borde, sin que su boca se apartara de la de ella. Una sensación desconocida, un profundo anhelo se apoderó de Juliet mientras él le acariciaba la pierna con una mano y le subía la falda.

Eso realmente fue demasiado. Otro momento, unos centímetros más arriba, y llegaría al punto sin retorno. Ella estaría arruinada si no lo detenía en ese instante. Porque no podría detenerlo más tarde. Anhelaba esas nuevas sensaciones que él estaba causando dentro de ella; lo deseaba a él.

Al final, se encontró impotente ante su seducción. Cuando debería haberlo alejado, lo acercó más. Otro minuto. Otro beso. Una caricia más. Se permitiría un minuto más de felicidad, y luego exigiría que la dejara.

Él deslizó los labios de los de ella, dejó un rastro de besos fervientes en su mejilla, y se detuvo para succionar el lóbulo de la oreja. Luego susurró:

—Eres tan dulce… Tan hermosa…

El núcleo de ella palpitaba mientras su corazón se deleitaba. Era una tonta. Una diabólica desenfrenada destinada a la ruina. Pero lo más impactante de todo fue darse cuenta de que a ella no le importaba. Juliet nunca se había sentido tan viva, tan femenina y primitiva, y se deleitaba con el poderoso despertar.

Él arrastró sus besos por su garganta, succionando y lamiendo su carne caliente mientras acariciaba más arriba su muslo. Sus toques suaves, las yemas de sus dedos como pequeñas llamas que bailaban a través de su muslo.

Cuando él hundió la lengua en el valle entre sus pechos, Juliet gimió de necesidad. Su cuerpo rogaba por más, algo más, algo que ella sabía que solo él podía darle. Pero no podía permitirlo. Eso tenía que detenerse antes de que los atraparan. Antes de que ella lo dejara ir demasiado lejos. Antes de que se entregara por completo a un extraño.

Juliet lo empujó por los hombros.

—Detente. No podemos.

Él levantó la cabeza para encontrarse con su mirada, pero no apartó la mano de su muslo.

—¿Cuál es tu nombre, cariño?

—Juliet, Lady Juliet Gale. —Deslizó su lengua a lo largo de su labio inferior antes de atraparla entre sus dientes. Fue todo lo que pudo hacer para evitar alcanzarlo y presionar sus labios contra los de él.

—Me detendré si ese es realmente tu deseo. —Rozó sus labios contra los de ella. Un suave y dulce encuentro de su carne con la de ella—. Dime que no te gustan mis besos. —Rozó sus labios contra los de ella por segunda vez—. Di que es así, y te dejo con tu libro.

La boca de ella se secó mientras miraba sus ojos vidriosos por la pasión. Realmente debería decirle que se fuera. Exigirle que lo hiciera y negarse a disfrutar de sus besos. Sin embargo, no pudo encontrar las palabras. En cambio, preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Él mostró una sonrisa diabólica.

—Giles Fortescue, y ahora te voy a besar.

Seguramente, se había vuelto loca, porque se inclinó, desesperada por que él hiciera eso mismo. Dio la bienvenida a la presión de sus labios contra los de ella y se hundió en el beso. Juliet disfrutó del deseo que ardía en su interior mientras se entregaba a él.

El chillido de una mujer atravesó la niebla de la mente de Juliet un momento antes de que Giles la soltara. Ella miró por encima del hombro de él, en estado de shock y de miedo, a la mujer que estaba junto a la puerta. Se le heló la sangre cuando ella los señaló y gritó:

—¡La ha comprometido!

El corazón de Juliet dio un vuelco al ver a dos matronas mayores a varios pasos detrás de la mujer más joven. Apostaría a que todos los asistentes se enterarían de eso al final de las horas. Cerró los ojos y negó con la cabeza. Su reputación pronto estaría hecha jirones y no podía culpar a nadie más que a ella misma.

Realmente debería haberlo detenido.

Tres

—No hay razón para continuar, Kitty —planteó Giles con voz firme mientras daba dos grandes pasos hacia ella. ¡Quería retorcerle el cuello! Pero claro, apenas podía culpar a la mujer. Había concertado una cita con ella, y luego se había olvidado rápidamente cuando se había encontrado con Juliet.

Por supuesto, Kitty estaría enojada. Pero, maldita sea, no tenía motivos para gritar y seguir adelante. Juliet se arruinaría si alguien más se encontrara con esa pequeña escena.

Se quedó paralizado al ver a la condesa y la baronesa de pie más atrás en el pasillo. Demasiado tarde, porque otros ya estaban dando testimonio. Había tenido toda la intención de poner fin al arrebato de Kitty y ganar su silencio sobre lo que había presenciado. Pero a esa altura…

¡Maldición! Podría haber tenido éxito en lo que a Kitty se refería, pero no había nada que pudiera hacer con las matronas chismosas. La idea le quitó la borrachera; los efectos del brandy que había consumido no eran rival para el delicado desastre que enfrentaba. Se dio unas palmaditas en el abrigo, deseando que apareciera más brandy por arte de magia en su petaca mientras se enfrentaba a las tres mujeres que abarrotaban la puerta.

La condesa avanzó a grandes zancadas, con los labios apretados en una mueca de desaprobación mientras negaba con la cabeza lentamente de un lado a otro. Señaló con un dedo a Giles y sentenció:

—Te casarás con ella.

—Con la debida prisa —añadió la baronesa. Sus amplias mejillas rojas temblaron con la fuerza de sus palabras y la furia.

El estómago de Giles se revolvió, y su pulso se aceleró.

—Estoy seguro de que podemos solucionar esto. —Volvió su mirada penetrante hacia Kitty —. Lady Lambert puede dar fe de mi afirmación de que aquí no sucedió nada extraño. —Volvió una mirada desafiante hacia ella—. ¿No es así, Lady Lambert? —preguntó, con tono exigente y frío.

Kitty cruzó los brazos sobre su busto y soltó un suspiro furioso.

—Tenías tu mano debajo de sus faldas. Ella tenía las piernas abiertas, y ustedes dos se estaban besando. ¡Nada extraño, un cuerno! ¡Estabas abusando de ella! —exclamó con veneno que goteaba de su lengua—. Arruinaste a la chica, y bastante a fondo, debo añadir.

Giles se encogió interiormente, deseando que Kitty no hubiera añadido nada a la discusión. ¿Por qué diablos había pensado que ella ayudaría?

—Puedo explicar —señaló Juliet. Debió de haberse deslizado de la mesa porque pasó junto a Giles sin mirarlo—. Todo esto es un error —continuó—. Uno bastante grande, lo admito, pero,

aun así, no todo es lo que parece.

La condesa miró a Juliet.

—Independientemente de las circunstancias, querida, te comprometió. Ahora debe hacer lo correcto y casarse contigo —afirmó la condesa con autoridad—. Debes defenderte.

—No hay necesidad de... —argumentó Juliet, pero la condesa la interrumpió antes de que pudiera exponer.

—Hay todas las necesidades, Lady Juliet —replicó la condesa, y su tono no toleraba discusión—. Estás arruinada y seguirás estándolo si él no se casa contigo.

—No estoy arruinada —continuó discutiendo Juliet a pesar del tono firme de la condesa—. Mi virtud está completamente intacta.

—Nadie creerá eso —dijo Kitty arrastrando las palabras—. Con un pícaro como él... es ridículo. —Rio cuando terminó de hablar, y el sonido envió hielo por la columna vertebral de Giles.

Debería intervenir y ayudar a la dama a exponer su caso pero, en ese punto, las palabras le fallaron. De hecho, se había tomado libertades con Lady Juliet. El tipo que le dio un conocimiento íntimo de ella y el silencio la arruinó duramente. Apostaría a que ningún otro hombre conocía la curva de su muslo sedoso, ni el dulce sonido de sus gemidos llenos de placer.

La baronesa se acercó, y luego volvió su mirada enojada hacia Giles, lo que lo sacó de su meditación. Ella lo señaló con un dedo nudoso una vez más y dijo:

—Ese réprobo se tomó libertades contigo. Se casará contigo.

Giles se encogió cuando la matrona se volvió hacia Juliet.

—Es su deber y el tuyo también. ¿Dónde están tus padres?

Juliet miró a la compañía reunida; sus mejillas se sonrojaron de color escarlata y sus ojos azules brillaron de ira.

—Esto no es de su incumbencia. Debo hablar con el duque —determinó ella, y luego hizo un gesto de desafío con la barbilla mientras caminaba hacia la puerta, sin prestar atención a las mujeres que le bloqueaban el paso.

Giles luchó contra el impulso de poseerla de nuevo, de hacer que ese atractivo rubor en sus mejillas se extendiera hasta los dedos de los pies. Apretó los puños a los costados y se quedó quieto mientras ella caminaba hacia la puerta. Thorne lo mataría, pero tenía razón. Si alguien podía ayudar en ese momento, era él.

Quizás Giles debería seguirla y hablar con el propio Thorne.

Maldita sea, daría su brazo izquierdo por más licor en ese instante, por tener ambos brazos entre los muslos de la bella Juliet.

Apretó los ojos para cerrarlos por un latido del corazón y apartó los pensamientos. Seguramente, estaba loco por estar parado allí pensando en alcohol y en sexo mientras su libertad pendía en el viento.

Cuando Juliet llegó a la puerta, Kitty se interpuso en su camino y la tomó del brazo. Juliet la miró con los ojos entrecerrados.

—Quíteme la mano —exigió furiosa, con la espalda rígida y la cabeza en alto. Kitty no la intimidaba en lo más mínimo, y eso hizo que Giles la deseara aún más.

—El duque está justo aquí. Di lo que debas. —Kitty asintió con la cabeza hacia Giles, y una ira candente lo invadió. ¿Cómo había deseado alguna vez pasar tiempo con la criatura venenosa? —. ¿No es así, Cleburne?

Los ojos azules de Juliet se agrandaron mientras lo miraba, llena de furia. Ella liberó su brazo del agarre de Kitty, y huyó.

Giles sintió una punzada de arrepentimiento al ver su expresión cambiar en el momento en que Kitty había pronunciado su nombre. Debería habérselo dicho a Lady Juliet cuando ella le había preguntado quién era. Sin duda, la dama lo conocía, sabía lo réprobo que se decía que era.

Giles se acercó a Kitty con una expresión amenazadora en la mandíbula.

—¿Estás satisfecha ahora? —preguntó, con el desdén espeso en su garganta.

Ella le mostró una sonrisa escalofriante.

—Bastante. —Luego se volvió y se alejó.

Exhaló un profundo suspiro mientras se pasaba la mano por la cara. Tenía que encontrar a Thorne y a Juliet. Si debía casarse con la chica...

Bueno, podría pensar en peores destinos. Pero todavía no se rendiría ante el vicario. No antes de que tuviera la oportunidad de suavizar eso. Se dirigió hacia la puerta.

—No lo creo —señaló la condesa; cerró la puerta y giró la llave, lo que lo dejó encerrado—. Esperarás aquí —llamó desde el otro lado.

Que así fuera, entonces. Giles dejó escapar un suspiro lento y sacó la petaca de su abrigo. Se la apoyó en los labios, pero apenas una gota de brandy llegó a su lengua.

Resignado a esperar, se estiró en un sofá cercano, cruzó los pies a la altura de los tobillos y se apoyó en el apoyabrazos.

Cuatro

Después de haber enviado a un lacayo a buscar a Olivia y a Thorne, Juliet fue a la oficina del duque a esperarlos. Su corazón se aceleró, su respiración se aceleró y las lágrimas amenazaron mientras caminaba de un lado a otro, esperándolos. Si alguien podía salvarla, serían sus amigos.

Dejó de caminar y se mordió el labio inferior mientras miraba el fuego que crepitaba en la chimenea. Deseó poder arrojarse a las llamas.

No, deseaba poder arrojar al duque de Cleburne. Si hubiera sabido que era el hombre que la besaba, habría huido de inmediato sin importar cuánto hubiera disfrutado el contacto. Era infame por su libertinaje y por sus aventuras. Ella no podría casarse con un hombre así. ¿Qué diablos les estaba tomando tanto tiempo a Olivia y Thorne?

Juliet exhaló un suspiro tranquilizador cuando, por fin, entraron en la oficina.

—Gracias a Dios que están aquí. Ustedes deben ayudarme. —Miró a sus amigos con ojos suplicantes—. Ha habido un terrible error —continuó Juliet, mientras su mente corría tan rápido como los latidos de su corazón.

—Sin lugar a dudas, lo haremos. —Olivia se acercó a ella y rodeó los hombros de Juliet con el brazo—. Pero, primero, debes decirnos qué pasó.

—Lady Herbert y Lady Stanford dicen que me he comprometido. Y Lady Lambert, la vil criatura, está de acuerdo con su opinión. —Juliet contuvo el aliento—. Pero es un error. Un terrible malentendido. —Juliet volvió su mirada para encontrarse con la de Thorne—. Tienes que ayudarme. No puedo casarme con Gil... Cleburne.

¡Maldita sea! Casi había utilizado el nombre de pila del pícaro. Su ira floreció de nuevo porque no habría cometido el error si él hubiera revelado su verdadera identidad desde el principio. Y, a juzgar por la forma en que Thorne entrecerró los ojos, su error no se le había escapado.

Olivia se volvió hacia su marido.

—Te dije que era peligroso invitar a tales personajes. ¡No todos los compañeros son dignos de ser incluidos! —Apuntó su abanico hacia Juliet—. Y ahora mira lo que pasó.

—Cálmate —le pidió—. Comprendamos la situación antes de sacar conclusiones precipitadas.

Olivia se acercó a él.

—¿Cálmate? ¿En serio? Tu amigo réprobo comprometió a mi más querida amiga, ¡y me estás diciendo que me calme! —Ella hervía—. Te advertí que invitarlo daría lugar a problemas.

—Pero él no me arruinó. Simplemente me besó. —Juliet cruzó los brazos sobre el pecho—. Esto es un error. Un error colosal y, seguramente, Thorne puede reparar el daño.

—Mira, cariño, no hay nada de qué preocuparse. Es un malentendido, y estoy bastante seguro de que podemos solucionarlo. —Thorne alcanzó a Olivia, pero ella se apartó de su alcance y volvió al lado de Juliet. Frunció el ceño por un breve momento, luego dirigió sus palabras a Juliet—: Cuéntanos qué pasó.

Juliet tragó más allá del nudo que se le formaba en la garganta, levantó la barbilla en señal de una confianza que en realidad no sentía.

—Necesité unos momentos para mí, así que dejé el baile y fui a la biblioteca. Mi intención era seleccionar un libro nuevo y luego volver al salón. Encontré uno que me intrigó y estaba de espaldas a la puerta leyendo cuando Cleburne me confundió con otra dama.

Olivia inclinó la cabeza para estudiar a Juliet.

—¿Entonces te atraparon?, ¿a solas con él?

—No exactamente; hay más. —Juliet se mordió el labio inferior antes de soltar el resto—. Me besó y, cuando los demás nos descubrieron, su mano estaba debajo de mi falda. —Sus mejillas ardieron ante la admisión, y rápidamente agregó—: Él pensó que yo era otra.

El rostro de Thorne se sonrojó al tiempo que su mirada se tornaba enojada.

—Él se casará contigo. Yo me ocuparé de eso.

Juliet negó con la cabeza; su mente corría frenética mientras procesaba todo y trataba de determinar qué decir o hacer a continuación. No había reconocido a Cleburne porque nunca lo había visto, pero conocía bien su reputación. El duque de Cleburne era un sinvergüenza notorio y se sabía que era un amante de renombre. No podía casarse con un hombre como él. Su estómago dio un vuelco, pero ignoró la sensación de malestar y cuadró los hombros desafiantes.

—Seguramente, no voy a ser castigada por un error. Él no tenía la intención de besarme. Pensó que yo era otra, y no deseo casarme con él debido a un caso de identidad equivocada. Por favor, arregla esto —suplicó.

Olivia apoyó las manos en los brazos de Juliet y la miró a los ojos, con comprensión y simpatía en su cálida mirada.

—Thorne tiene razón: quedaste irrevocablemente comprometida sin importar quién pensaba Cleburne que eras. Si te niegas a casarte con él, la elección te arruinará. Tus padres no tolerarán el escándalo que, seguramente, seguirá.

Juliet luchó contra las lágrimas que brotaban de sus ojos. Sabía que Olivia decía la verdad, pero ¿cómo podía casarse con un hombre así? Ella estaría destinada a la miseria. Casarse con él destruiría todos sus sueños de amor. Cualquier esperanza de felicidad desaparecería para siempre.

Olivia cerró los ojos y respiró hondo.

—Todos pagaremos el precio si te niegas. También Louisa y Catherine. —Olivia negó con la cabeza como si despejara su mente—. Sé que querías amor, Juliet, pero esta situación... —Sus palabras se fueron apagando.

—La condesa y la baronesa son chismosas de renombre, y apostaría a que Lady Lambert busca sangre. En este mismo momento, las tres están en el salón de baile. Pronto todos los asistentes sabrán lo que vieron —terminó Thorne en nombre de su esposa.

Olivia tomó la mano de Juliet y le dio un apretón alentador.

—Por supuesto que te apoyaremos independientemente de las consecuencias.

Los ojos de Juliet se llenaron de lágrimas sin derramar mientras consideraba su situación. Olivia y Thorne tenían razón: no se casaría en absoluto si no se casaba con Cleburne. Nadie creería jamás que un pícaro como él la había dejado como doncella. Especialmente, no si Lady Lambert difundía los detalles lascivos de lo que los había sorprendido haciendo.

Más allá de lo que sucediera, Juliet no encontraría el amor y, si Catherine y Louisa pagaban el precio por su error… nunca se lo perdonaría.

Apretó los ojos para cerrarlos por un instante y deseó que la humedad desapareciera antes de encontrar la mirada de Thorne.

—La condesa encerró a Cleburne en la biblioteca. Si está de acuerdo, me casaré con él.

Olivia rodeó a Juliet con sus brazos y luego asintió con la cabeza a su marido.

Thorne apretó la mandíbula, y luego la aflojó antes de decir:

—Hablaré con él de inmediato. Él estará a tu lado, Juliet. Te aseguro que no es tan malo como lo hacen parecer. —Thorne centró su atención en Olivia—. Quédate aquí. Volveré con Cleburne y bajaremos todos juntos para anunciar su compromiso.

Cinco

—¿Qué diablos...? —Giles cruzó las manos sobre la cabeza para detener la avalancha de golpes.

—Bien, estás despierto —gruñó Thorne; su tono goteaba ira.

Giles abrió los ojos y vio que Thorne lo miraba furioso. No fue ninguna sorpresa, dado lo que había hecho. Aun así, el hombre podría haberlo despertado de una manera más civilizada. ¿Sus años de amistad no contaban para nada? Descruzó los tobillos, pero no hizo ningún movimiento para levantarse.

—Dime que has traído brandy —rogó—. Estoy demasiado sobrio.

—Vine a hablar de Lady Juliet Gale. —Thorne pateó el sofá en el que estaba descansando Giles—. Levántate.

Giles dejó escapar un suspiro lento cuando se encontró con la mirada enojada de su amigo.

—Sobre eso…

Thorne apretó los puños a los costados:

—Lady Juliet es la querida amiga de mi esposa. Una dama inocente cuyos padres me la confiaron, y defenderé su honor. O te casas con ella, o te enfrentarás a mis pistolas al amanecer.

—Cielos santos, hombre. —Giles se sentó, con la mirada fija en la de Thorne—. ¿Le dispararías a tu amigo más antiguo?

—Si es necesario… —respondió Thorne furioso. Sacudió la cabeza—. Dime que tienes más honor que arruinar a una inocente y luego rechazar el matrimonio. Poniéndose de pie, Giles le dedicó una sonrisa divertida. Tanto alboroto por un pequeño tropiezo—. Sigue sonriendo así, y te dispararé ahora. —Thorne dio un paso amenazador.

Giles extendió su mano con la palma hacia adelante.

—No hay necesidad de una violencia tan abierta —señaló arrastrando las palabras mientras se alisaba la corbata—. ¿Qué pensaría tu madre? La querida mujer no podía soportar las peleas, mucho menos batirse en duelo.

—En este caso, ella lo entendería. —Thorne se abalanzó sobre Giles, pero este rodeó el sofá antes de que pudiera capturarlo.

—Solo estoy jugando contigo. Relájate, viejo amigo. Me casaré con la chica.

—Bien, lo harás —aseveró Thorne, con tono firme. En ese momento, sonaron unos golpes y él se volvió hacia la puerta—. Adelante. —Ambos hombres se quedaron en silencio mientras una criada cargaba una bandeja y la colocaba en una mesa cercana antes de salir de la habitación. Thorne se acercó a la mesa y tomó la tetera—. Es café para que te recuperes antes de que anunciemos su compromiso.

—Preferiría estar borracho —planteó Cleburne mientras aceptaba la taza. Aunque, en verdad,

tenía sentimientos encontrados sobre ese tema en particular. Si no hubiera estado ebrio antes, probablemente no estaría en ese lío. De todos modos, era más fácil enfrentar tal caos cuando uno tenía fortificación.

Bebió un sorbo de café, y su mente repitió los acontecimientos de las últimas horas. A decir verdad, supo que debería haber liberado a la dama en el momento en que se había dado cuenta de que ella no era Kitty. Pero Juliet era tan malditamente hermosa... Sus labios eran tan deliciosos que no pudo ignorarlos. Entonces, una probada no fue suficiente. Simplemente no había podido evitar probarla y, una vez que lo había hecho, todos los pensamientos sobre Kitty habían abandonado su mente.

Maldición, incluso se había olvidado de la cita que habían planeado. Ese comportamiento no estaba por encima de él, pero sí el descuido de la situación. Siempre había tenido cuidado de no enredarse con damas inocentes, así como de mantener sus citas en privado.

¿Qué tenía la bella Juliet que le había hecho perder todo el control? Independientemente de eso, ella no tenía la culpa de que los hubieran descubierto.

Todo eso era culpa suya, y haría lo correcto y honorable. La evaluación de Thorne de su carácter era correcta. Thorne poseía honor y demasiada integridad para arrojar a la pobre niña a los lobos de la alta sociedad.

La expresión de Thorne se suavizó cuando dijo:

—Juliet no solo es querida por Olivia; mis hermanas y yo también la queremos.

—Sabes bien por qué no me he casado. Ahora que ha llegado el momento, me esforzaré por lograrlo. —Cleburne dejó escapar un suspiro—. No llevaré a mi familia a la miseria.

—¿Tengo tu palabra? —preguntó Thorne.

—Como un caballero —juró Cleburne.

Thorne asintió y luego se puso de pie.

—Muy bien, unámonos a las damas para que podamos hacer el anuncio antes de que se produzcan más daños.

Cleburne dejó su taza a un lado, luego se levantó y siguió a Thorne desde la biblioteca.

El matrimonio con Juliet no sería una carga. De hecho, si Thorne y Olivia valoraban a la dama, Giles también vendría en sí porque confiaba en su juicio. Al menos, era agradable mirarla y, por el breve encuentro que habían tenido, sabía que los dos compartían pasión.

Más allá de lo que le deparara el futuro, podía estar seguro de que su cama nunca estaría fría y siempre tendría algo hermoso que contemplar. Había peores destinos, según supuso. Podría quedarse con Kitty como esposa. ¡Cielos!, ni pensarlo.

Quizás ese era el destino y todo terminaría bien. Giles haría todo lo posible para asegurarse de que los dos tuvieran un futuro feliz. Si la dama lo conocía incluso a medias, habría una unión exitosa.

Cuando él y Thorne entraron en la oficina, Giles se había convencido de los méritos de tomar a Lady Juliet por esposa. En lugar de sentirse como si lo llevaran a su ejecución, tenía esperanzas en el futuro.

Juliet y Olivia bebían vino junto al fuego. Ambas se pusieron de pie cuando Giles y Thorne entraron en la habitación. Así que la muchacha había necesitado un poco de su propia fortificación. Sintiéndose bastante divertido, sonrió diabólicamente mientras deseaba una vez más un vaso lleno de brandy.

Su mirada se encontró con la de lady Juliet. Ella se sonrojó, y sus mejillas florecieron con un rosa rosado cuando lo miró a los ojos.

Giles se acercó a ella y le tomó la mano.

—Lady Juliet Gale, ¿me hará el honor de convertirse en mi duquesa? —No había necesidad de una propuesta adecuada. Ciertamente, no dada su situación. Aun así, quería que ella tuviera uno.

Ella se mordió el labio inferior mientras él hablaba. Luego bebió el vino que quedaba en su copa antes de responder:

—Parece que debo hacerlo.

Deseó que ella pudiera reunir una apariencia de entusiasmo. Después de todo, era duque. Pero dada su reputación y la naturaleza de su relación, no podía culparla.

Giles le soltó la mano y le ofreció el brazo.

—Vayamos y compartamos la alegre noticia.

La barbilla de Juliet tembló levemente, pero mantuvo la cabeza en alto mientras aceptaba su brazo. La dama no solo era hermosa, sino que también era valiente. Cleburne no pudo evitar sentirse complacido.

Juliet se convertiría en una duquesa maravillosa.

Una vez que se ganara su respeto.

¿Y se atrevería a tener esperanza?, ¿su amor?

Seis

Los lores y las damas que llenaban el salón de baile se quedaron en silencio cuando Cleburne condujo a Juliet a través de las puertas. Todos los miraron mientras la música del cuarteto se desvanecía en una nota final. Si alguien le hubiera dicho a Juliet que su noche terminaría así, se habría reído.

Ciertamente, no lo habría creído. Ni siquiera estaba segura de creerlo ella misma, y estaba viviendo la experiencia. Rogó que eso no se convierta en una pesadilla.

Las parejas que habían estado bailando un momento antes salieron de la pulida pista de baile, con sus miradas fijadas con curiosidad en Juliet, Cleburne, Olivia y Thorne.

Juliet casi gimió en voz alta. Lo que daría por que el piso se abriera en ese mismo momento y se la tragara entera para transportarla a un mundo mejor. Pero eso era materia de ficción, y eso ciertamente no era una obra de teatro. Tragó más allá del nudo en su garganta y deseó que su pulso frenético se desacelerara mientras echaba un vistazo alrededor de la habitación llena de gente.

Su mirada se encontró con Lady Lambert, y la mujer tuvo la audacia de sonreírle. A Juliet se le erizó la piel. La ira reemplazó su angustia y ansiedad. La dama era venenosa, y Juliet rezó para que algún día recibiera su merecido.

Quizás lo estaba recibiendo en ese mismo momento, porque Juliet sospechaba que Lady Lambert había ido a la biblioteca para una cita con el duque de Cleburne. Tal vez incluso había tenido la intención de atrapar al duque para que se casara con ella, y por eso había hecho tal escena. Los celos podían ser una bestia malvada.

Independientemente de eso, las acciones de Lady Lambert (la escena que ella había creado) fueron sin duda por despecho. Juliet se alegró un poco ante la idea, y luego inclinó la cabeza hacia la pista de baile, indicando a Thorne y Olivia que estaba lista.

Cleburne le dio unas palmaditas en la mano mientras cruzaban la habitación junto a sus amigos. La llevó para que se pusiera de pie junto a Olivia y Thorne, en el centro de la pista de baile, con la mano todavía sobre la de ella. Juliet plasmó la mejor sonrisa que pudo esbozar en su rostro mientras miraba la habitación reluciente. Para bien o para mal, estaban a punto de anunciar su compromiso y pronto serían marido y mujer.

Thorne se aclaró la garganta y llamó la atención de sus invitados.

—Es un gran honor para mí anunciar el compromiso de nuestros más queridos amigos, Su Gracia, el Duque de Cleburne y Lady Juliet Gale. —Se volvió hacia ellos y sonrió antes de ofrecer una reverencia—. Tienen mis más sinceras felicitaciones.

Juliet hizo una reverencia y reunió fuerzas para decir: “Gracias”.

Cleburne le devolvió la reverencia y le dio las gracias también.

Los aplausos y vítores llenaron la habitación cuando Thorne se volvió hacia el cuarteto y les ordenó tocar un vals.

Juliet se sintió como uno de los animales que se exhibían en la torre cuando Cleburne la tomó en sus brazos con toda la gente mirándolos. Ella se concentró en mantener la sonrisa en su lugar mientras él la guiaba a través de los escandalosos pasos de baile.

Para su vergüenza, su pulso se aceleró, y el anhelo que había experimentado cuando la había estado besando la inundó una vez más.

—Lo siento —se disculpó él mientras presionaba su mano en la parte baja de su espalda—. Nunca fue mi intención arruinarte pero, ahora que lo hice, juro estar a tu lado. Tienes mi palabra de que te cuidaré y protegeré desde este momento en adelante.

Juliet no dijo nada, porque ¿qué podía decir?, ¿no fue nada de importancia? El maldito hombre había arruinado sus sueños. Había alterado el curso de su vida. Ella no podía simplemente perdonarlo, ¿o sí?

Es más, no juró fidelidad ni prometió amarla. Pero, entonces, ¿cómo podría hacerlo? No la conocía lo suficiente como para amarla, y no estaba en su naturaleza ser fiel a una mujer.

Alejando los pensamientos, se concentró en los pasos de baile y mantuvo su sonrisa practicada firmemente en su lugar. No sería necesario que otros se dieran cuenta de su malestar. No en lo más mínimo, porque lo que estaba hecho estaba hecho. Ahora Juliet tenía que sacar lo mejor de su compromiso y, en el proceso, convencer a la mayor cantidad posible de sus pares de que el suyo era un matrimonio genuino y no una unión forzada nacida de un escándalo.

Quizás eso significaba que tenía que perdonarlo. Que tenía que confiar en él y tratar de que su unión fuera un éxito. Si tan solo no fuera tan pícaro... Si pudiera confiar en él, bien podría enamorarse de él. Pero ¿de qué serviría amar a un hombre que no puede ser fiel? No, Juliet tenía que renunciar a su sueño de un matrimonio por amor. Porque, si le entregaba su corazón a Cleburne, su estupidez al hacerlo solo conduciría a que se lo rompiera.

Echó un vistazo alrededor de la habitación. ¡Santo cielo!, deseaba que todos dejaran de mirarlos. Entre las miradas curiosas que los evaluaban y el toque de Cleburne, apenas podía concentrarse. Tenía los nervios de punta y temía dar un paso en falso o, peor aún, vomitar.

Esa noche no podía terminar lo suficientemente pronto. Buscó un par de ojos amistosos y se encontró con la mirada de Olivia. Esta sonrió; el ánimo irradiaba de ella. Juliet movió sus ojos de Olivia a la pista de baile y viceversa, con la esperanza de transmitir su deseo a su amiga.

Un momento después, Thorne arrastró a Olivia a la pista de baile, y Juliet se relajó un poco. Pronto otros se unirían también y, entonces, el enfoque cambiaría de ella y Cleburne. Al menos, esperaba que así fuera.

Dio la casualidad de que su esperanza era infundada. En el momento en que la música se detuvo, los señores y las damas entraron en tropel para ofrecer felicitaciones y buenos deseos. Todos, salvo las dos matronas que los habían atrapado y Lady Lambert, deseaban hablar con ella y con Cleburne.

En cuanto a las otras tres, Lady Lambert continuó mirándolos con una sonrisa satisfecha mientras la matrona lanzaba miradas de desaprobación en su dirección cada vez que se acercaban.

Juliet hizo todo lo posible por seguir sonriendo mientras Cleburne la conducía de un grupo a otro. Después de un par de horas, sus mejillas ardían por todas las sonrisas forzadas, y quería desesperadamente un trago para calmar su garganta seca. Volvió la mirada hacia los refrescos y se preguntó cuánto tardarían en llegar a la limonada.

Exhaló un suspiro de alivio cuando las hermanas de Thorne se acercaron. Louisa hizo una

reverencia a Cleburne, desplegando una sonrisa brillante antes de deslizar su brazo por el de Juliet.

—Simplemente debo robármela. No te importa, ¿verdad? —consultó ella con tono alegre.

—Para nada. —Cleburne se encontró con la mirada de Juliet—. Guárdame el baile final.

—Como desee, su excelencia. —Le mostró una sonrisa tensa e hizo una reverencia a su prometido.

Luisa condujo a Juliet hacia la pared del fondo y luego se detuvo ante un panel de madera. Al mismo tiempo, Catherine miró por encima del hombro antes de abrirla. Las tres damas se precipitaron a través de la puerta oculta al salón contiguo.

Louisa se dio la vuelta, con las manos juntas.

—¡Esto es tan romántico…! Debes contarnos todo —exclamó efusivamente.

Catherine frunció el ceño.

—¡Romántico para nada! Escuchaste los chismes igual que yo. —Suspiró mientras se sentaba en una silla de respaldo alto—. Es indignante. Siento mucho que te haya pasado esto, Juliet.

—Yo soy la que lo siente. Mis acciones han convertido tu baile en un espectáculo. —Juliet se hundió en un sofá cercano—. Se supone que la noche sería sobre ustedes dos, y ahora todos han cambiado su enfoque hacia Cleburne y yo. Nunca quise desviar la atención.

—Tonterías. —Louisa agitó una mano desdeñosa mientras se sentaba junto a Juliet—. El baile estará en boca de todos. Seguramente, nuestra popularidad solo crecerá como resultado.

—¡Louisa! Silencio. Piensa en lo que le costó a Juliet, tonta —reprendió Catherine a su hermana—. ¡Está arruinada y obligada a casarse!

Louisa se inclinó hacia Juliet y respondió:

—Estoy pensando en ella. Ahora va a ser duquesa, y Su Gracia siempre me ha parecido bastante apuesto. Esto podría terminar muy bien para ella. —Juntó las manos frente a su pecho y suspiró—. Incluso podrías enamorarte.

De todas las amigas de Juliet, Louisa era la más parecida a ella. La chica siempre encontraba el lado positivo. Si ella y Juliet pudieran intercambiar zapatos, Juliet probablemente le diría las mismas cosas. Quizás un poco de optimismo era precisamente lo que necesitaba, ya que no se ganaría nada revolcándose en la autocompasión y en los "¿Qué pasaría si…?".

—Su reputación le precede. —Juliet dejó escapar un suspiro lento—. Es bastante apuesto, pero me temo que no será un buen marido. Seguramente, no uno fiel. Y, si me enamorara de él solo para descubrirlo dando su atención a las demás... Mi corazón se rompería.

—Tus miedos están justificados. —Catherine asintió con la cabeza; sus rizos apretados rebotaban con el movimiento—. Tienes todas las razones para dudar de él. Es un pícaro empedernido.

—Escuché que los pícaros son los mejores esposos y amantes. —Louisa le guiñó un ojo—. Podrías reformarlo, ¿sabes?

—¡Louisa! —exclamaron Juliet y Catherine al mismo tiempo. A Juliet no le sorprendió que la joven supiera tales cosas, pero las jóvenes inocentes no hablaban con tanta libertad. Al menos, no deberían hacerlo.

Louisa tuvo el excelente sentido de sonrojarse, pero sus ojos verdes tenían diversión en lo más profundo.

—¿Cómo sabes de esas cosas? —preguntó Catherine a su hermana.

—La gente habla todo el tiempo; no puedo evitar lo que escucho. —Louisa se encogió de hombros con indiferencia—. Y no actúes tan correcta, Catherine. Sabías bien a lo que me refería,

o no te habrías sorprendido tanto.

—Saber y decir son dos cosas muy distintas, hermana. Además, te lo aseguro: es una tontería. Lo último que cualquiera de nosotras desea de un marido es un pícaro. —Miró a Juliet con ojos llenos de pesar—. Aun así, es un amigo cercano de mis hermanos. Seguro que hay algo que lo recomiende. Siempre lo he encontrado una compañía agradable.

—Y Olivia también lo quiere —agregó Louisa—. Es un invitado frecuente en nuestra casa. Nunca pensé que su comportamiento fuera desagradable. Al contrario, es servicial y amable.

Juliet se apartó un rizo de la frente.

—Eso es algo para recomendarlo, de hecho, porque Olivia y Thorne no harían compañía a un réprobo completo. Tampoco los expondrían a ustedes dos y a Elizabeth si no confiaran en él.

—Desde luego que no —acordó Olivia mientras entraba al salón desde el pasillo—. Vi sus faldas desaparecer a través del panel. Me deslicé en el salón de baile para unirme a ustedes tan pronto como pude. —Fue a sentarse en la silla junto a Catherine—. ¿Cómo estás, querida? —le preguntó a Juliet.

—No estoy muy segura —respondió Juliet con sinceridad. Una pequeña parte de ella estaba furiosa. Al mismo tiempo, la perspectiva de su matrimonio excitaba a una pequeña fracción de ella, aunque no podía decir por qué. La mayor parte de ella se sentía entumecida, atónita, desconcertada, confundida. No sabía qué pensar ni cómo sentirse—. Solo deseo... —Dejó escapar un suspiro, no del todo segura de lo que deseaba—. Todo esto es tan inesperado…

Olivia extendió la mano y tomó la de Juliet en la suya.

—Recuerdo cuando me enfrenté a una situación similar y tú me ayudaste a superarla. No quería tener nada que ver con mi matrimonio concertado, pero viste todos los aspectos positivos y me los indicaste.

Juliet negó con la cabeza.

—No es que haya ayudado. Por lo que recuerdo, todavía peleaste el partido.

Olivia se rio.

—Muy cierto, lo hice. Pero tu actitud positiva me dio algo en qué pensar y disminuyó mis nervios. Además, tenías razón. —Apretó la mano de Juliet en un gesto tranquilizador—. Permíteme hacer lo mismo por ti.

—Estaba tratando de hacer eso mismo cuando entraste. —Sonrió Louisa—. Le estaba asegurando los méritos de Cleburne y la alentaba a que le diera una oportunidad al duque.

Olivia volvió su sonrisa hacia Louisa.

—Eso fue bueno de tu parte, querida.

Juliet suspiró, lo que atrajo la atención de Olivia hacia ella.

—Dime una cosa.

—Te diré todo lo que quieras saber. Solo necesitas preguntar —afirmó Olivia, con sus ojos ambarinos llenos de calidez.

Juliet tragó antes de preguntar:

—¿Es un buen hombre?

—De hecho, lo es. Hay mucho que recomendarle y creo que se convertirá en un buen marido —comentó Olivia—. Presta poca atención a los rumores. No negaré el hecho de que es un pícaro, pero creo firmemente que tiene sus razones y que renunciará a tales comportamientos ahora que se va a casar contigo.

Juliet no lo perdonaría con facilidad pero, si Olivia lo recomendaba, al menos le daría al duque la oportunidad de conquistarla. Ella dio su primera sonrisa genuina desde el incidente.

—Entonces, sé todo lo que necesito. —Se puso de pie y agregó—: Volvamos al baile.

Siete

12 de diciembre de 1811
La casa de los duques de Thorne en Londres

Giles se sentó en un sofá de terciopelo en el salón rojo y dorado del duque de Thorne mientras esperaba a que Juliet se reuniera con él. No pudo evitar pensar que los colores de la habitación complementarían su cabello rubio, sus atrevidos ojos azules y su tez cremosa.

Resultó que tenía razón.

Juliet entró en la habitación unos minutos más tarde, y su belleza le robó el aliento. El rojo y el dorado hicieron el telón de fondo perfecto para su color y marcaban un claro contraste. Su cabello parecía más brillante y sus ojos de un azul más profundo y vivo. Decidió en el acto renovar una de sus habitaciones con la misma paleta de colores. Quizás la sala de recepción o el salón familiar. Tal vez esperaría hasta descubrir en qué habitación prefería pasar la mayor parte del tiempo. Se puso de pie y le hizo una reverencia.

Secretamente deseaba que ella no fuera tan hermosa. Su madre había sido una belleza, según la mayoría, pero su yo interior era todo lo contrario. También había tenido la misma experiencia con otras mujeres hermosas. Estaba seguro de una cosa: la belleza exterior no era igual a la belleza interior.

Si Dios quería, ese no sería el caso con su prometida. Giles no podría soportar que Juliet resultara ser una molestia desagradable. No deseaba pasar el resto de su vida como lo habían hecho sus padres.

De hecho, siempre había planeado casarse con una mujer sencilla. Una con una hermosa disposición, pero no del tipo que captaría la atención de todos los caballeros simplemente estando presente en el espacio que ocupaban.

Tenía aún menos deseos de someter a los suyos, a sus futuros hijos, a una infancia como la que él había tenido. Ningún niño debería crecer en medio de una guerra entre padres.

¡No iba a nacer!

Giles haría todo lo posible para ganarse el afecto de Juliet y hacer de su matrimonio uno basado en el respeto mutuo y la amistad, si no en el amor. Cualquier otra cosa sería inaceptable para él, y esperaba que también lo fuera para ella.

Con ese fin, había pasado la mañana preparándose para la visita de esa tarde. Se acercó a ella y le ofreció una sonrisa antes de tomar su mano entre las suyas y dejarle un beso en los nudillos.

—¿Cómo te va esta tarde? —preguntó con genuino interés.

El baile se había prolongado hasta bien entrada la noche y había terminado solo unas horas antes del amanecer. Sabía que le habían dolido los pies y que había estado muy cautelosa, porque se lo había dicho a él. Además, había tenido una velada emotiva que él especuló que no había terminado con el baile.

Ciertamente, no había terminado para él. Había estado despierto luchando con su destino durante horas después de haber regresado a casa. Luego pasó varias horas más en un sueño intermitente. Los sueños del pasado lo perseguían al igual que las pesadillas de lo que podría depararle el futuro. Se despertó sintiéndose no más descansado que cuando se había quedado dormido.

—Estoy bien —respondió ella—. Únete a mí junto al fuego. El té llegará pronto.

Giles asintió con la cabeza, y luego la siguió hasta el sofá y los sillones situados alrededor de la chimenea. Ella se sentó en el extremo del sofá, y él aprovechó la oportunidad para sentarse a su lado. No pasó por alto la ligera rigidez de sus hombros. Pero tampoco se arrepintió de invadir su espacio. Quería que ella se acostumbrara a su compañía, incluso que le diera la bienvenida.

Ella volvió la mirada hacia una ventana cercana y frunció el ceño.

—La nieve está cayendo bastante fuerte, ¿no es así?

—Así es, pero tan cerca de la Navidad, no me oirás quejarme —contestó él.

Los labios de ella se arquearon un poco.

—Entonces, ¿disfrutas de una Navidad blanca?

—De hecho, lo hago. Es mi fiesta favorita. —Giles sonrió—. ¿Y tú?

Ella encontró su mirada.

—Me parece bonito a la vista, pero hace un desastre terrible en mis dobladillos. —Ella miró hacia abajo y luego sonrió—. Aun así, si tuviera la opción, solicitaría al menos una fina capa de nieve para las vacaciones, ya que los dobladillos se secan fácilmente. —Él no pudo evitar reír ante su respuesta. Mostraba una naturaleza juguetona pero reservada. Apostaría a que ella era muy divertida cuando no estaba restringida por los mandatos de la sociedad. Era una teoría que tendría que explorar. Juliet continuó hablando—: Yo también adoro la Navidad. Las tradiciones y el buen humor calientan el alma y dan esperanza para el próximo año. —Se volvió especulativa, sus ojos se calentaron y un pequeño pliegue se formó en su frente.

Él apenas pudo evitar preguntarse dónde había vagado la mente de ella.

—Pareces estar en otro lugar de repente.

Ella sonrió, una pequeña risa escapó de sus labios cerrados mientras desviaba la mirada por un latido.

—Simplemente estaba recordando la pasada Navidad. —Ella se alisó las faldas sobre los muslos, lo que atrajo la atención de él hacia sus piernas. Luego preguntó—: ¿Tienes buenos recuerdos de las vacaciones?

—Mi familia es pequeña... En realidad, no existe pero, cuando era joven, fue una de las pocas ocasiones en que la felicidad reinaba en nuestro hogar. —Se arrepintió de sus palabras al instante. No tenía la intención de regalar tanto tan pronto.

—Qué triste. —Ella se mordió el labio inferior carnoso, y sus ojos se volvieron suaves—. Quiero decir, me alegro por la felicidad que tuviste, pero lamento el resto.

—No es nada de lo que debas preocuparte, cariño. Prefiero mirar hacia el futuro.

Antes de que pudiera decir más, entró una doncella con su té. Giles estudió a Juliet mientras veía a la criada colocar su carga en una mesa cercana. Volvía a tener esa mirada. Como si estuviera sumida en sus pensamientos y quisiera decir más. Se preguntaba qué estaba pensando en ese momento, pero temía que ella reflexionara sobre su admisión y deseara saber por qué el

resto del año no era tan feliz para su familia.

—¿Hay algo más que necesite, mi señora? —inquirió la criada.

Juliet le dedicó una sonrisa.

—No, gracias, Annie, eso será todo —le respondió. Así que su próxima duquesa tenía un comportamiento amable con los sirvientes. Eso era un buen augurio para su futuro. La esperanza que se construyó dentro de él, ya que cualquier dama que tratara a los de menor categoría con amabilidad debía tener una naturaleza agradable. No recordaba que su madre o su padre dieran las gracias a los criados. Después de que la doncella había salido del salón, Juliet se levantó y fue hacia la bandeja del té—. ¿Cómo te gusta el té?

—Negro —contestó Giles. Vio cómo se quitaba los guantes antes de preparar el té. Se movía con practicada elegancia y precisión. Sin duda, su propia madre la había preparado para el papel de anfitriona con la esperanza de que Juliet fuera una excelente pareja. Aceptó su taza de té y tomó un pequeño sorbo antes de volver a mirarla—. Llamé para que pudiéramos discutir nuestro futuro. Tenemos muchas cosas que determinar —planteó. Ella asintió con la cabeza, luego exhaló un pequeño suspiro. Él esperó varios latidos antes de decidir que ella no ofrecería ninguna opinión. O, al menos, esperaría hasta que él presentara los temas. Muy bien, él lideraría la conversación—. Dado el escándalo que hemos causado... —Hizo una pausa cuando ella arqueó una ceja pálida. Aclarándose la garganta, reformuló—: Dado el escándalo al que te arrastré, creo que es mejor si nos casamos con prisa. Cuanto más rápido lo hagamos, más rápido cesarán los chismes. Nuestros pares perderán interés en nosotros y pasarán al siguiente bocado jugoso.

—Me duele admitir que tienes razón. No tengo ningún deseo de apresurarme, pero tampoco puedo negar la validez de tu argumento. —Se llevó el té a los labios y bebió un sorbo—. Estoy de acuerdo. Una rápida conclusión de este escándalo sería lo mejor para todos. ¿Qué propones?

—Conseguiré una licencia especial y podremos casarnos en una semana en St. George's.

—¿Tan pronto? —Sus ojos se agrandaron—. ¿No deberíamos hacer que se lean las prohibiciones?

—Como acordamos, es mejor no esperar. —Giles bebió un sorbo de té.

—Pero hay mucho por hacer antes de la boda. Debo llamar a mis padres y organizar un desayuno de boda, y la iglesia debe ser programada. Necesitaré un vestido de boda. ¿Y qué hay de una lista de invitados?

—Haré mi parte para ayudar. —Él tomó su mano—. Puedes contar conmigo para ocuparme de la iglesia y de la licencia. En cuanto al resto, puedes delegarme las funciones que desees a mí y a mis sirvientes. Estoy seguro de que las hermanas de Olivia y Thorne también ayudarán. Confía en mí, Juliet... podemos hacer esto.

El pecho de ella se elevó con un suave suspiro, la cremosa hinchazón de sus pechos presionó contra el escote de su vestido, lo que envió el pulso de él a un frenesí.

—Supongo que debemos hacerlo —acordó ella.

Giles admiraba su determinación y voluntad de dejar que él la guiara. No iría tan lejos como para decir que tenía su confianza pero, ciertamente, ella era amigable. Otra buena señal de su unión, y le alegró el corazón.

Acarició el dorso de su mano, saboreando la sensación de su piel sedosa bajo las yemas de sus dedos. Se alegró de que no se hubiera puesto los guantes después de servir el té.

—Tengo algo para ti —dijo.

Ella sacudió su cabeza. Fue el menor movimiento, casi imperceptible, pero lo notó de todos modos.

—No es necesario —señaló ella.

—Al contrario. —Le quitó la taza de té de la mano y la dejó a un lado. —Te mereces esto. Y, lo que es más, quiero que lo tengas.

Ella entrecerró los ojos, su mirada azul lo evaluó cuando él se puso de pie y la ayudó a levantarse.

—De verdad, no necesitas darme nada. Soy muy consciente de que el nuestro no es un matrimonio por amor.

—¿Siempre eres así de terca?

Las comisuras de sus labios se curvaron en una linda y pequeña sonrisa.

—Yo soy... bueno... no. No creo que sea terca en absoluto.

Sonriendo, Giles soltó una de sus manos y se metió la mano en el bolsillo. Sacó la pequeña caja de terciopelo que había guardado allí esa mañana.

—Te negué la posibilidad de elegir a tu marido y de un noviazgo adecuado. No te negaré una propuesta adecuada. —Se apoyó sobre una rodilla y le acercó la caja—. Lady Juliet Gale, juro por esta muestra de mi afecto que te haré feliz. Acepta mi anillo.

Los ojos de ella se agrandaron cuando abrió la caja para revelar la reliquia familiar que se encontraba dentro.

—Es encantador —expresó, moviendo los dedos como si luchara contra el impulso de alcanzarlo—. Pero es demasiado. Una simple alianza sería suficiente.

—Tonterías —replicó él—. Vas a ser mi duquesa y quiero que tengas mi anillo. Un anillo apropiado para tu nivel. —Se puso de pie y sacó de la caja el anillo de zafiro rodeado de diamantes. Ella sonrió alegremente cuando se lo puso en el dedo.

Después de mirar el anillo durante varios segundos, ella lo miró a los ojos.

—Lo atesoraré siempre. Gracias, Excelencia.

—No habrá más de eso. —Colocó un dedo debajo de su barbilla, obligándola a sostener su mirada—. Me llamarás *Giles* cuando estemos en privado. En público también, si hacerlo te agrada.

—Como desees, Giles.

Su nombre nunca había sonado tan dulce.

Ocho

19 de diciembre de 1811
Londres, una semana después...

Los preparativos de la boda mantuvieron a Juliet tan ocupada que ella y Giles apenas se habían visto durante la última semana. La había visitado todos los días, pero las visitas eran breves, ya que ella siempre tenía algo, o alguien, que necesitaba su tiempo.

Fiel a su palabra, él la había ayudado con las muchas tareas que implicaba tener una boda de sociedad, y ella estaba agradecida por ello. Pero no todo había sido trabajo. Habían compartido té un par de veces e incluso disfrutaron de un paseo por el jardín de Thorne. Aun así, siempre había alguien cerca o acompañándolos, por lo que no tenían tiempo para desarrollar una relación más profunda.

Tal vez Juliet no había elegido este partido pero, en el transcurso de los últimos siete días, había llegado a apreciar a Giles. El tiempo limitado que pasaban juntos le mostró otro lado de él. El lado que no era un pícaro borracho. Era cierto que tenía una reputación de libertino y ella todavía temía por su capacidad para permanecer fiel, pero también vio que era un hombre trabajador, cariñoso y considerado.

El miedo que había sentido la noche del baile de Navidad había cedido poco a poco a la esperanza en el futuro. Un hecho del que se alegraba ahora que se acercaba el día de su boda. ¿Se atrevería a admitir que incluso estaba contenta con la perspectiva de pasar tiempo a solas con él?

Mientras se preparaba para tomar el brazo de su padre, Juliet se lo admitió a sí misma. La condenación y la tristeza que había experimentado inicialmente habían dado paso a la llama encendida de la esperanza.

Juliet tomó a su padre del brazo y le dedicó una sonrisa. Sus padres habían llegado hacía tres días y estaban encantados de que su hija hubiera atrapado a un duque, como decía su madre. Juliet había esperado que el padre se pusiera furioso y que la madre estuviera fuera de sí por el escándalo de todo aquello. Al parecer, cuando uno se veía comprometida por un duque, todo estaba perdonado.

El padre le devolvió la sonrisa.

—¿Estás lista?

—Sí —asintió Juliet.

Ella permitió una rápida mirada alrededor de la iglesia mientras su padre la conducía por el pasillo. Ramos de hojas perennes, flores rojas y blancas, y acebo lo transformaban en un espacio

alegre. Olía a Navidad, a naturaleza y a nuevos comienzos. Todo lo cual Juliet no estaba segura de estar lista para abrazar.

Desvió la mirada hacia el pasillo que ahora atravesaba. El organdí blanco cubría las bancas con arreglos de hojas perennes clavados en los extremos, y pétalos de flores blancas cubrían el pasillo como nieve recién caída.

Su mirada se encontró con la de Giles, y su corazón palpitó un poco cuando él le sonrió. Tenía que admitir que él se había superado a sí mismo en lo que a la iglesia se refería. Obviamente, había pensado mucho en las decoraciones, y su consideración la complació.

La figura de él deslumbraba de pie en el altar mientras la esperaba. Desde su cabello rubio peinado hacia atrás hasta sus anchos hombros y su cintura afilada, era algo de lo que maravillarse. Sus mejillas se calentaron mientras miraba a los asistentes.

Olivia estaba de pie a un lado del altar con un vestido verde pálido. Sus rizos castaños se juntaban en la parte posterior de su cabeza con rosas blancas prendidas justo detrás de su oreja junto con una peineta con incrustaciones de joyas. Su esposo, el duque de Thorne, estaba de pie en el lado opuesto del altar, con una leve sonrisa en sus labios mientras miraba a su esposa.

Los invitados llenaban los bancos, lo que encontraba bastante inusual dado que la Navidad estaba cerca. Pero supuso que todos querían presenciar la conclusión del escándalo. Las miradas curiosas de la élite de la alta sociedad seguían a Juliet mientras se movía hacia su novio, que la esperaba.

La ansiedad floreció cuando se acercó al altar. Ahora ya no había excusas. Dirigió su atención a los bancos delanteros, donde se habían sentado sus amigos más cercanos y familiares.

Las hermanas de Thorne (Louisa, Catherine y Elizabeth) se sentaron en la primera fila con la madre de Juliet. Las cuatro damas le sonrieron y las cuatro agarraron pañuelos de seda. La vista iluminó el corazón de Juliet, y ella les sonrió, agradecida por su apoyo y buenos deseos.

Mientras se acercaba al altar, su mirada se encontró con la de Giles. Él le guiñó un ojo, y el calor inundó sus mejillas. ¿Siempre sería tan pícaro? ¿Y qué le pasaba a ella para que reaccionara de esa manera?

La verdad sea dicha, a ella no le importaría un poco su comportamiento mientras él dirigiera todas sus tendencias pícaras hacia ella.

¡Qué pensamiento tan sorprendente! Y, sin embargo, ahí estaba. Disfrutaba de su atención. La forma en que la hacía sentir (calidez por todas partes, el pulso palpitante y el vientre agitado) era muy estimulante. Debía de ser una mujer malvada, porque deseaba desesperadamente estar a solas con él.

Juliet quería sus besos. Anhelaba su toque y también quería tocarlo. Y pronto podría hacer eso mismo. Siempre y cuando él le diera la bienvenida a su toque. ¿Y si no lo hiciera? ¿Podría un florero de fiesta sin experiencia estar a la altura de los amantes expertos?, ¿o la encontraría ausente?

El padre le entregó a Juliet a Giles, y luego la besó en la mejilla antes de dar un paso atrás. Su pulso se aceleró mientras observaba la mirada azul verdosa de Giles. Contempló la alegría en sus profundidades, pero también algo más: calidez y ternura, tal vez.

El clérigo miró el ejemplar encuadernado en piel del Libro de Oración Común que tenía en la mano y se aclaró la garganta.

Juliet se mordió el labio inferior cuando el ministro comenzó a leer. Tantos “¿Qué pasaría si…?” y preguntas se arremolinaron en su mente que apenas escuchó las palabras del clérigo:

—Queridos amados: nos hemos reunido en la presencia de Dios para presenciar y bendecir la unión de este hombre y esta mujer en el Santo Matrimonio. El vínculo y el pacto del matrimonio

fueron establecidos por Dios... —Sin prestar mucha atención a las palabras dichas, la atención de Juliet vagó a otra parte: a su futuro esposo. Giles debía de ser el hombre más guapo de Londres, vestido con su camisa blanca impecable y su corbata rematada con un chaleco de zafiro y un frac negro recortado. Sus ojos brillaron y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Casi se permitió creer que él era feliz. Pero ¿cómo podría ser? Se había visto obligado a casarse con ella. Juliet no se permitiría ser tan tonta como para creer que él la habría elegido. Aun así, encontró algo de felicidad a pesar de las circunstancias que la llevaron allí. Quizás Giles también lo había hecho —. En esta santa unión, Su Excelencia, el quinto duque de Cleburne, Giles Fortescue, y Lady Juliet Gale ahora se unen. Si alguno de ustedes puede demostrar una causa justa por la que no pueden estar casados legalmente, hable ahora, o de lo contrario guarde silencio para siempre. — Juliet apenas pudo evitar contener la respiración, ya que medio esperaba que alguien se opusiera y, al mismo tiempo, rezaba para que nadie lo hiciera. Exhaló de golpe cuando el clérigo comenzó a hablar una vez más. Su pulso se aceleró cuando el clérigo volvió su atención hacia ella y dijo —: Lady Juliet Gale, ¿acepta a este hombre por esposo para vivir juntos en el pacto del matrimonio? ¿Lo amará, consolará, honrará y cuidará en la salud y en la enfermedad? y, renunciando a todos los demás, ¿le será fiel mientras ambos vivan?

Ella miró a Giles a los ojos mientras consideraba el peso del juramento que se le pedía que hiciera. Una palabra se destacó del resto: amor. ¿Podría estar ante Dios, la familia y los amigos y jurar amar a Giles por el resto de sus días cuando temiera confiar en él con su corazón?

Giles tragó saliva mientras la miraba fijamente, su mirada implorante y cálida. Quizás ella pudiera amarlo. Quizás trataría su corazón con amabilidad. ¿Tenía alguna importancia a esas alturas? Tenía que casarse con él: la había arruinado.

Al encontrar su voz, respondió:

—Acepto.

Sus nervios se disiparon cuando Giles la obsequió con una sonrisa de alegría. Quizás, solo quizás, todo saldría bien. Al menos, él no la culpaba por atraparlo. Y con razón, considerando que fue él quien había hecho la captura.

Realmente tenía que dejar pasar todo eso si deseaba forjar un futuro prometedor con él. Culparlo solo conduciría a cosas negativas, ira y resentimiento, y ella no quería tener esos sentimientos en medio de su matrimonio, y arruinarlo todo.

El clérigo dirigió su atención a Giles y le pidió que respondiera las mismas preguntas. La mirada de Giles nunca se apartó de la de Juliet, y respondió sin dudar:

—Acepto. —A ella le extrañó que él no pareciera compartir sus reservas pero, de alguna manera, se alegró por su demostración de confianza. Él había hecho un voto ante Dios, su familia y amigos para mantenerla y cuidarla, y ella creía que él honraría su voto. Tal vez el amor vendría después. Giles tomó la mano de Juliet en la suya, y su corazón traidor se disparó cuando pronunció sus votos—. En el nombre de Dios, yo, Giles Fortescue, te tomo a ti, Juliet Gale, para que seas mi esposa, y prometo serte fiel en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y respetarte, hasta que la muerte nos separe. Este es mi juramento solemne.

Giles soltó su mano, sus dedos se arrastraron por la palma cubierta por el guante mientras lo hacía. Chispas de deseo la atravesaron y tragó saliva. Ahora no era el momento. ¡Cielos!, tenía un efecto poderoso en su sensibilidad. ¿Y era su imaginación o había enfatizado la palabra amor? ¿Y por qué diablos su corazón dio un salto de alegría mientras él hablaba?

No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello porque era momento de recitar sus propios votos. Como era de esperar, tomó la mano derecha de Giles entre la suya y se preparó para los

sentimientos que sabía que vendrían al tocarlo. Juliet le repitió el voto. Para su sorpresa, las palabras fueron más fáciles esa vez.

Los anillos fueron bendecidos e intercambiados. Eran dos simples alianzas de oro. El que Giles deslizó en su dedo descansaba sobre el impresionante zafiro que había colocado allí una semana antes. Entonces el vicario expresó:

—Ahora que Su Excelencia y Lady Juliet se han entregado por votos solemnes, con la unión de manos y el dar y recibir un anillo, declaro que son marido y mujer, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. —Cerró el libro de oraciones y miró los bancos abarrotados—. A los que Dios juntó, nadie los separe. —Sus últimas palabras resonaron en St. George. Juliet no sabía si quería sonreír de alegría o llorar por todos sus sueños perdidos. ¿Qué importaba de todos modos? Estaba hecho: estaban casados, y ella sería su esposa para siempre. Ahora tenía que sacar lo mejor de la mano que el destino le había dado. Giles miró a la congregación y luego le ofreció el brazo. Juliet le rodeó el codo con la mano y le dibujó una sonrisa en el rostro. Todo lo que podía hacer ahora era sacar lo mejor de su matrimonio, su futuro a su lado. Y, en ese momento, decidió hacer todo lo posible para que su unión fuera feliz. Independientemente de cómo él se comportara, ella estaría a su lado y haría todo lo posible por ser una buena esposa—. Es un gran honor para mí presentarles a Sus Excelencias, el Duque y la Duquesa de Cleburne —anunció el clérigo.

Las palabras la envolvieron, calentándola como una manta favorita mientras Giles la conducía de regreso por el pasillo. Ella ahora era su esposa. Su duquesa, y ella algún día sería la madre de sus hijos.

Su cabeza dio vueltas al absorber la magnitud de lo que habían hecho. Ella era, para bien o para mal, su esposa. Ahora la poseería, y estarían unidos para siempre. Algún día, harían personas pequeñas que compartirían partes de ambos. Y, a través de sus hijos, estarían eternamente atados. Pequeños pedazos de sí mismos vivirían para siempre.

Fue un pensamiento profundo, que ilustró la seriedad de sus votos. Dirigió su mirada hacia Giles mientras se preguntaba si él se tomaba en serio su unión y si había especulado como ella ahora.

Las campanas de la iglesia sonaron cuando él la guio a través de la sacristía, donde completaron el libro de registro parroquial junto con sus testigos (el duque y la duquesa de Thorne) y el vicario. Para sorpresa de Juliet, su mano no tembló cuando firmó su nombre.

—Cariño —Giles le tendió la mano—, ¿estás lista para embarcarnos en el resto de nuestras vidas juntos?

Juliet asintió y puso su mano en la de él. Poco tiempo después, se paró junto a su esposo mientras recibían a sus invitados para el desayuno de la boda. Ella hizo respetuosas reverencias mientras él recibía a cada persona con una reverencia. Sus padres fueron los primeros en ofrecerles buenos deseos, después de lo cual tomaron su lugar a la izquierda de ella.

Lo siguieron Olivia y Thorne, junto con Louisa, Catherine y Elizabeth. Después de intercambiar cortesías, se hicieron a un lado cerca de Giles. A Juliet le reconfortó ver a sus amigas brindar en apoyo a su nuevo esposo, y no por primera vez, especuló que había más en Giles que su terrible reputación.

¿Por qué si no la familia de Olivia lo abrazaría en su redil? Seguramente fue como habían dicho: Giles era un buen hombre a pesar de su pasado de color. Rogó que ese comportamiento pícaro hubiese quedado en el pasado. Elevó una plegaria silenciosa mientras una fila de damas con elegantes vestidos desfilaba en brazos de caballeros ataviados con sombreros de copa y abrigos de vestir. Cada uno de ellos se detuvo para hacer una reverencia o para inclinar la cabeza,

al tiempo que ofrecían buenos deseos y felicitaban a ella y a Giles por su unión.

Una vez que terminó la fila de simpatizantes y compañeros curiosos, Giles condujo a Juliet a través del salón hasta la mesa preparada para el desayuno de la boda. Olivia, Louisa, Catherine y Elizabeth habían ayudado a Juliet a decorar la habitación de la misma manera que la iglesia.

Había arreglos florales de rosas rojas y blancas, con hojas perennes y acebo. Fajas de organdí blanco, con encajes y flores descansaban sobre las puertas en forma de arco, y ramos frescos de hojas verdes, adornados con acebo y rosas, estaban colocados sobre la repisa de las chimeneas y sobre la mesa.

Parecería que Juliet y su duque tenían ideas similares. O eso, o una de sus amigas le había contado sus planes. Buscó la mirada de Olivia y arqueó una ceja sospechosa.

—Es bastante extraño lo bien que la decoración de la iglesia combinaba con la mía aquí —comentó mientras tomaba asiento frente a Olivia—. Es como si alguien le hubiera dicho a Giles cómo debía decorar. —Juliet le dio a Olivia una mirada acusadora.

Olivia le devolvió una sonrisa traviesa, lo que confirmó las sospechas de Juliet. En lugar de encontrarlo irritante, la idea de que él se había esforzado por igualar su tema le produjo alegría. Esperaba que siempre fuera tan considerado.

Juliet volvió su atención a Giles y le ofreció una cálida sonrisa.

—Gracias por tener tanto cuidado con los arreglos para la iglesia.

—Siempre me esforzaré por hacerte feliz, cariño. Tienes mi palabra al respecto. —Señaló con la cabeza hacia el centro de la mesa, donde se habían dispuesto bandejas de plata cargadas de pan, panecillos calientes, jamón, huevos y una variedad de frutas y mermeladas—. Comamos.

Ella asintió mientras su estómago gruñía. Dio la casualidad de que estaba bastante hambrienta y con muchas ganas de romper su ayuno. Se le hizo agua la boca cuando vio el banquete que se extendía ante ellos, y perdió poco tiempo en llenar su plato.

Cuando tomó su primer bocado, su padre levantó un vaso de champán. Su mirada se encontró con la de ella cuando dijo:

—Ahora que todos están aquí, brindemos por la pareja de recién casados: mi hija y el duque de Cleburne. Felicitaciones y buenos deseos por un futuro brillante y lleno de felicidad.

Sus invitados levantaron sus flautas brillantes en el aire en medio de una ronda de vítores, y el corazón de Juliet se llenó de esperanza para el futuro. Miró a sus invitados y luego se encontró con la mirada de su marido. La alegría y la ternura de sus ojos casi la deshicieron.

Una cosa era evidente: se preocupaba por ella. No podía decir por qué, ni podía entender su motivación, pero tampoco se inquietó por ello. En cambio, ella consideraba sus sentimientos como una bendición y esperaba que se convirtieran en algo más profundo que cariño.

Giles levantó su copa y asintió con la cabeza a Juliet.

—Y brindo por mi bella esposa.

Exclamaciones de “Eso, eso” llenaron el comedor cuando Giles le guiñó un ojo sugerente a Juliet, y luego le mostró una de sus sonrisas diabólicas.

No pudo evitar pensar que, en poco tiempo, los dos estarían solos. Un escalofrío de incertidumbre, pero también de excitación, la recorrió. La perspectiva de unirse no la asustaba, pero temía que su corazón se perdiera por él una vez que compartieran tal intimidad.

¿Podría alguien morir de un corazón roto? Bebió lentamente un trago de champán mientras apartaba el pensamiento. No podía permitir que el miedo la dominara.

Juliet decidió dejar de preocuparse y entregarse a lo que fuera que le deparase el futuro, pasara lo que pasase.

Nueve

Giles se sentó frente a Juliet, mirando por la ventanilla del carruaje mientras el vehículo se ponía en movimiento. Sus invitados abarrotaron el frente de la casa de Thorne, sonriendo y saludando mientras él y Juliet se marchaban. En cuanto a la boda, creía que todo el evento había sido un éxito. Esperaba que Juliet estuviera de acuerdo porque había trabajado duro para darle una verdadera boda de sociedad a pesar de su falta de tiempo.

Se movió en su asiento para poder ver mejor a su nueva esposa. Quizás debería decir algo, pero ¿qué? Ahora que era su esposa, Giles tenía poca idea de lo que debía hacer con ella; de hecho, sabía perfectamente bien qué hacer con la esposa de uno, pero qué discutir, eso era algo completamente diferente.

Tenía muy poco para continuar, ya que sus propios padres rara vez, si es que alguna vez, estaban en paz en la compañía del otro. Si hablaban algo, discutían. Su madre y su padre eran todo, menos buenos ejemplos de cómo llevar a cabo un matrimonio exitoso.

Y una unión como la de ellos era lo último que quería. Supuso que debería complacerle que le hayan enseñado lo que no debía hacer y cómo no comportarse en su propio matrimonio, pero deseaba mucho que le hubieran enseñado cómo hacer un matrimonio exitoso.

Quizás podría renunciar por completo a la conversación. Después de todo, Juliet no parecía tener ganas de hablar. En ese momento, estaba relajada contra el asiento de terciopelo, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Quizás los acontecimientos de la mañana la habían cansado. O tal vez no sabía qué hacer ahora que estaban en camino.

Dejó que su mirada vagara sobre ella desde los rizos rubios reunidos en la parte posterior de su cabeza hasta el puchero de sus labios teñidos de vino ligeramente entreabiertos. Luego miró más abajo, siguiendo la curva de sus caderas hasta los pies cubiertos con sandalias, que sobresalían por debajo de su falda.

Realmente la estudió por primera vez, observando cada centímetro visible de piel cremosa y curvas femeninas. Su pene se endureció cuando la vio. ¡Cielos!, la deseaba, tal vez más de lo que jamás había deseado algo. Pero, de alguna manera, dudaba de que la seducción fuera la forma de ganarse su confianza.

Giles entrecerró los ojos, concentrándose en su cabello. A la luz del sol que entraba por la ventana del carruaje, brillaba como la plata resaltada con rayas doradas. Sus dedos se crisparon con el repentino deseo de tocar las trenzas cuidadosamente estilizadas.

Lo que daría por enredar su mano en su cabello y acercar sus labios a los suyos. Sabía que sus labios eran exuberantes y flexibles. Del tipo que estaban hechos para besar, y anhelaba hacer precisamente eso. Casi lo había hecho en la iglesia cuando el clérigo los había declarado marido y mujer, pero pensó que era una mala idea impresionar a la alta sociedad más de lo que ya lo

habían hecho.

¿Y ahora? No podía tomarla en un carruaje. No en ese momento mientras ella todavía era inocente y se estaba adaptando a su nuevo lugar a su lado. Giles no deseaba causarle miedo ni malestar. Quería que ella se sintiera valorada y que fuera una pareja igualitaria en su matrimonio. Tendría que guardar los besos para el momento adecuado.

Pero, entonces, ¿cuándo sería el momento adecuado?

Apartó la mirada de Juliet y se movió en su asiento; su pene duro hacía que sus pantalones se sintieran muy incómodos. ¿Cómo diablos iba a mantener su deseo bajo control cuando ella estaba tan cerca? Más importante aún, ¿cómo iba a ganarse su amor si seguía distraído por sus encantos femeninos?

Giles se pasó una mano por el pelo mientras volvía la mirada hacia la ventana. Simplemente tenía que mantener la compostura. Tenía que cortejarla y ganarse su confianza antes de seducirla. Para él era crucial que convertirse en su amigo y compañero, además de en su amante.

Maldecía su discreción pasada por haberlo puesto en tal aprieto. Si no fuera por su libertinaje anterior, Juliet ya podría confiar en él. Pero claro, los clubes de Londres, las prostitutas y las viudas solitarias estaban a salvo. Ninguna de ellas requería que él amara o incluso que se preocupara por nadie más que por sí mismo. En cambio, dieron la bienvenida a su libertinaje, incluso lo alentaron, permitiéndole la libertad de complacer sus pasiones y distraerse de su aburrimiento.

Giles había necesitado esa libertad, incluso la había anhelado. Además, si se hubiera portado mejor, nunca habría conocido a Juliet. Ciertamente, no estaría casado con ella ahora. Y al menos, por el momento, estaba contento con su suerte.

No podía cambiar el pasado pero, de alguna manera, haría las paces con ella. Obtendría su perdón por sus indiscreciones anteriores y obtendría su perdón por arruinarla. Juliet merecía tener un buen marido, un hombre honorable a quien amar y cuidar, y él sería ese tipo de marido.

Pero ¿cómo diablos iba a convencerla de sus intenciones? Reflexionó sobre esa pregunta durante bastante tiempo mientras el carruaje continuaba hacia su finca, y Juliet continuaba descansando.

—Hace mucho frío —comentó Juliet en un tono somnoliento mientras colocaba las piernas en el asiento del carruaje, más cerca de su cuerpo.

Giles se movió para sentarse a su lado.

—Ven. Apoya tu cabeza sobre mí. Comparte mi calidez. —Extendió un brazo, esperando a que ella se acurrucara contra él.

Juliet se mordió el labio y frunció el ceño en contemplación.

No le gustó lo insegura que parecía, pero tampoco la culpó. Sonrió y luego dijo:

—No seas tonta. Estamos casados. No hará daño mantenerte caliente. —Levantó el brazo para que ella pudiera acurrucarse contra su costado—. Y tienes mi palabra: no te seduciré en el coche. Mi única motivación es mantenerte caliente.

Ella se acercó a él.

—Lo siento. Me temo que llevará algún tiempo acostumbrarme a ser esposa. —Se acurrucó contra su costado. Su cabeza sobre su pecho, el cuerpo presionado contra él y las piernas acurrucadas en el asiento.

Giles la rodeó con el brazo. Un escalofrío lo atravesó cuando sus suaves curvas se amoldaron a él, y el calor de su cuerpo se fundió. Ignorando el inquietante anhelo, frotó su mano arriba y abajo de su brazo en un esfuerzo por calentarla más.

También le tomaría algún tiempo acostumbrarse a su estado civil, aunque esperaba con

ansias el ajuste. Quizás su pésimo comportamiento había dado, por fin, un resultado positivo.



Juliet descansaba presionada contra el cuerpo de Giles y escuchaba el latido constante de su corazón. La sensación de su calor y abrazo hizo más que calentarla. También la consoló. Pero, a pesar de la forma en que él la hacía sentir, todavía no podía relajarse. Su mente iba de una idea a otra como si no tuviera control sobre ella.

Pregunta tras pregunta se arremolinaban en su mente, a menudo seguidas de una preocupación u otra. ¿Qué pensó mientras la abrazaba? ¿Encontró su figura agradable? ¿Estaba terriblemente decepcionado de estar casado? ¿O estaba emocionado por su futuro? ¿Vendría a verla esa noche? Si era así, ¿lo decepcionaría? Si era así, ¿tomaría una amante? Quizás ya tenía una.

La idea la inquietaba porque no deseaba compartirlo. O tal vez lo deseaba. ¿Y si no encontraba placer en el lecho matrimonial? En ese caso, ella podría aceptar que él tuviera otra para satisfacer su lujuria.

Exhaló un suspiro y se acurrucó más cerca. Por supuesto, a ella le encantaría el acoplamiento. ¿Por qué no iba a hacerlo? Él la volvía loca y convertía sus rodillas en pudín con sus besos. Seguramente, tenerlo todo sería incluso mejor. Pero entonces... Su mente siguió dando vueltas.

Acostarse con él podría traerle otro tipo de dolor. ¿Y si no pudiera proteger su corazón frente a tal intimidad? ¿Importaba a esas alturas?

Juliet ni siquiera estaba segura de querer proteger su corazón de él. Para bien o para mal, se había casado con Giles y ahora quería un matrimonio genuino, completo con intimidad. De hecho, se encontraba ansiosa por esa parte. Pero ¿podrían tener una unión real basada en el respeto y en la honestidad? ¿Quizás incluso amor?

Juliet miró a Giles. ¿Llegaría a adorarla?, ¿a desear su corazón y su alma, además de su cuerpo? Y ella ¿correspondería?

Él cruzó la mirada con la de ella, y las mejillas de Juliet se calentaron cuando ella la apartó. Se mordió el labio inferior porque esperaba que él no adivinase nada por su manera de mirarlo, aunque había estado soñando con él.

—¿Qué pasa, Juliet? —preguntó.

Ella se encogió por dentro y luego respondió:

—Nada. —Apretó los labios y cerró los ojos. Tal vez se abstendría de hacerle más preguntas si creía que ella estaba cansada.

—¿Todavía tienes mucho frío?

La pregunta podría haber sido más intrusiva. A Juliet la emocionaba que no fuera así. Se obligó a mirarlo a los ojos.

—No, ahora estoy mucho más cómoda. —De hecho, su abrazo había ahuyentado el frío de sus huesos, y de repente anhelaba su compañía—. ¿Podríamos hablar? —preguntó.

Él le sonrió.

—¿Qué deseas discutir?

—Cualquier tema descortés servirá. —Sus mejillas ardieron más, pero no se arrepintió de lo que había dicho. Hablar del clima la aburriría hasta las lágrimas, y no llegaría a conocerlo mejor al entablar una conversación tan mundana. —Para su diversión, él se rio entre dientes y ella sonrió ante su propia respuesta ingeniosa—. Me atrevo a decir que no puedo tolerar una conversación más sobre el clima o sobre la próxima temporada.

La picardía en sus ojos azul verdoso hizo que el calor la recorriera en espiral.

—Yo también estoy cansado de cumplidos, aunque me temo que pueda sorprender tu delicada sensibilidad si hablo de temas descorteses.

Ella le dio su mejor sonrisa descarada mientras envolvía su brazo alrededor de su torso.

—Me gustaría mucho aprender sobre ti, tu pasado y cómo pasas tu tiempo en la actualidad.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de él antes de disimularlo con una sonrisa diabólica, luego contestó:

—Todo Londres conoce mi reputación. No profundicemos en eso más que para confirmar que solo la mitad de lo que escuchaste es probablemente cierto. —Le dio un pequeño apretón, y la abrazó más cerca—. Creo que tú serías un tema de discusión mucho más interesante.

La decepción pinchó su corazón. No debería haber esperado ninguna otra respuesta. De todos modos, esperaba que él se abriera con ella. Tenía tantas preguntas que pedían respuestas...

—Muy bien. ¿Qué deseas saber de mí? —consultó ella.

Él se inclinó más cerca.

—Cuéntame sobre qué estabas pensando distraída hace un momento, para empezar.

Ella dio una pequeña sonrisa, una esquina de su boca inclinada hacia arriba.

—Yo no estaba distraída.

— Sí, lo estabas.

—Muy bien, estaba pensando en besarte. —Su pulso se aceleró ante la admisión pero, si quería que se abriera a ella, tendría que hacer lo mismo por él. Las palabras de Olivia volvieron a ella acerca de que estaba segura de que él tenía una razón para sus comportamientos pícaros, y Juliet se preguntó qué secretos guardaba su pasado. Estaba a punto de preguntarle, pero antes de que pudiera decir más, él presionó sus labios contra los de ella. Juliet se puso rígida ante el beso inesperado, pero solo por un momento antes de darle la bienvenida. Giles envolvió una mano alrededor de su cuello, acercándola, inclinando su cabeza. Disfrutaba de la suave presión de sus labios contra los de ella. El deslizamiento de su lengua y la forma en que exploraba su boca. Ella se había deleitado con sus besos cuando él la había encontrado en la biblioteca y deseaba más de lo mismo. La forma en que había usado su lengua para sondear su boca y acariciarla con sus manos fuertes, pero extrañamente suaves, le había encendido la sangre. Pero eso era diferente... Ese beso la consumió. La reclamó. Sí, ella quería eso; lo quería a él. Envalentonada, recurrió a los recuerdos de su primer encuentro, su primer beso, y deslizó su mano alrededor de su cuello mientras profundizaba el beso. Él satisfizo su deseo con el suyo, colocándola en su regazo hasta que ella se sentó a horcajadas sobre él mientras él ahuecaba su trasero. Con la otra mano, le frotó la nuca, lo que añadió otra sensación deliciosa a las que ya la atravesaban. Juliet gimió contra su boca mientras el deseo crecía dentro de ella. Luego, tan repentinamente como había acercado sus labios a los de ella, se apartó. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y sin aliento—. ¿Por qué te detuviste? —preguntó ella.

Giles la levantó de su regazo y se trasladó al lado opuesto del carruaje.

—Si continuamos, lo querré todo. Prometí no seducirte en el coche.

Una punzada de arrepentimiento la atravesó. Tragó saliva, arrepintiéndose de sus acciones anteriores.

—¿Y si quiero que me seduzcas? —preguntó Juliet en un susurro ronco.

Él gimió, y sus ojos se cerraron por un instante.

—Te mereces algo mejor en tu noche de bodas. Ten paciencia, y te prometo que no te arrepentirás de haber esperado.

—Entonces, ¿vendrás a mi cama esta noche? —inquirió, su confianza menguando.

—Hay poco que quiera más. —Mostró una sonrisa diabólica—. Si ese es tu deseo.
—Lo es.

Diez

A su llegada a Clear Water Run, Giles presentó a Juliet a sus sirvientes, y luego le dio un recorrido por la propiedad ducal. Disfrutaba viéndola hacer descubrimientos y le pareció adorable la forma en que entrecerraba los ojos para estudiar varias cosas: un retrato, libros en la biblioteca y una pequeña figura sobre una de las chimeneas.

Para cuando completó el recorrido y le mostró su suite de habitaciones en el segundo piso y adyacente a la suya, el sol se había puesto. Abrió la puerta lentamente, ya que no tenía prisa por separarse de ella. De hecho, todavía quería hacerle el amor, pero reprimiría su deseo hasta que ella también lo quisiera. Incluso si lo mataba, y bien podría hacerlo.

Él se hizo a un lado, manteniendo la puerta abierta para que ella pudiera entrar; luego se paró en la entrada y la observó mientras ella contemplaba sus alrededores.

—¡Oh! —Miró a su alrededor, desde las cortinas transparentes y ondulantes de color verde claro hasta las sábanas de color crema y el lujoso sillón de terciopelo del mismo tono; casi todo estaba acentuado con adornos dorados o estampados de verde claro—. Es hermoso.

Dio un paso a su lado y le puso una mano en la parte baja de la espalda.

—Me complace que te guste tu habitación. De todos modos, tienes permiso para redecorar las habitaciones de la casa que te desagraden.

—Eres muy amable, esposo. —Ella le dio una dulce sonrisa—. Aunque puedo asegurar que no tendré necesidad de redecorar. Tu casa es impresionante tal como está.

—Nuestra casa. —Dio un paso hacia el interior de la habitación—. Y me alegro de que te guste *nuestra casa*, pero no dudes en hacer cambios. Quiero que sientas que Clear River Run también es tu hogar. Eres mi duquesa. —Le colocó un dedo debajo de la barbilla y le inclinó la cabeza hasta que sus miradas se encontraron—. Esta es tu casa. Nunca lo olvides. —Quizás enfatizó demasiado el punto de que fuera su hogar. Aun así, para él era sumamente importante que ella llegara a pensar en la finca como tal. Quería que se sintiera cómoda allí tanto como la quería allí con él. Sobre todo, Giles deseaba que Juliet quisiera compartir su hogar con él. Ella se volvió hacia él y lo estudió a través de las pestañas mientras se mordía el labio inferior—. ¿Qué pasa, cariño? —preguntó.

—¿Te quedarás conmigo?

—Siempre —respondió él, y luego se acercó.

La mujer era una seductora, aunque él apostaba a que no lo sabía. Sus entrañas se tensaron mientras la estudiaba. Los labios rosados lo invitaron a que se uniera a ella, mientras que las curvas de su cuerpo le rogaban que las explorara. Inhaló, luchando contra el impulso de tomarla en sus brazos y poseerla porque no se atrevía a pensar que eso era lo que ella estaba pidiendo.

Juliet se volvió hacia la cama; luego, dio dos pasos vacilantes antes de volverse hacia él.

—El sol se ha puesto.

—Así es. —Se preguntó a dónde iba ella con esa línea de conversación.

Juliet continuó hasta la cama, donde se sentó en el borde del colchón mullido.

—Estoy lista para convertirme en tu esposa.

Maldición, ¿estaba intentando seducirlo? La miró por un momento antes de encontrar las palabras para responder.

—Ya eres mi esposa. —Él arqueó una ceja con curiosidad mientras daba vueltas a sus palabras en su mente. ¿Quería que se acostara con ella ahora? Su pene saltó ante el pensamiento, pero él permaneció en su lugar, estudiándola.

Ella palmeó la cama mientras desviaba la mirada.

—En el papel, sí, pero no seré realmente tuya hasta que te acuestes conmigo. —Ella volvió a mirarlo; sus mejillas ahora estaban cubiertas de un rubor brillante—. Quiero que consumes nuestra unión.

Él quería lo mismo. Pero quería hacerlo bien. No podía moverse demasiado rápido. Pero, si ella estaba intentando seducirlo, él no quería negárselo.

Con una tierna sonrisa, Giles sostuvo su mirada mientras se movía para unirse a ella en la cama. La atrajo hacia sí mientras acercaba su boca a la de ella. Un tierno beso que se transformó en una apasionada fusión de labios y lengua.

Ella exigió más, acercándolo más y besándolo con una ferocidad que requería una respuesta. Su esposa podía ser inocente, pero él creía que ella sabía lo que estaba pidiendo en ese caso.

La recostó en la cama mientras sus bocas se juntaban, las lenguas giraban y peleaban. Su sangre se calentó cuando su cuerpo se presionó contra el de ella. La deseaba, tal vez más de lo que jamás había deseado a una mujer. La comprensión debería haberlo sobresaltado pero, en cambio, encontró consuelo en eso. Después de todo, ¿no debería un hombre anhelar acostarse con su esposa?

Juliet empujó su abrigo, luego tiró de su camisa mientras lo besaba con un hambre que coincidía con la de él.

Giles alcanzó sus faldas y las subió por sus piernas mientras dejaba fervientes besos por su cuello hasta su pecho. Cuando tuvo las yardas de seda reunidas en su cintura, acarició con las yemas de los dedos su montículo, a través de los suaves rizos que protegían su vagina.

Ella se puso rígida ante su toque. Sus ojos se cerraron por un momento mientras tragaba.

—No me temas, cariño. No te haré daño si puedo evitarlo. —Sabía que no podía evitarlo por completo, pero tenía la intención de hacer que su primera vez fuera lo más cómoda posible para ella. Incluso si lo mataba, iría lento con ella. Tomó sus labios con ternura y acarició su carne desnuda mientras esperaba a que se relajara. O a que lo echara de su habitación. ¡Cielos!, ojalá que no lo echara. Cuando ella le abrió la boca, él profundizó el beso. Su cuerpo se suavizó contra el de él mientras él dejaba besos en su mejilla y en su mandíbula, antes de volver a mirarla. Mientras tanto, Giles acariciaba la piel sedosa de sus muslos y abdomen—. Eres la mujer más seductora. Quiero verte sin nada, excepto por mis anillos. —Se sentó y luego le ofreció la mano —. Déjame quitarte el vestido, cariño. —Un ligero rubor cubrió los pómulos de Juliet mientras le permitía ayudarla a levantarse de la cama, pero no actuó tímidamente. En cambio, hizo un puchero sensual y luego le dio la espalda. Desabrochó los diminutos botones que corrían por la espalda de su vestido antes de permitir que se deslizara por su cuerpo. Inclinó la cabeza y acarició su cuello con la cara, al tiempo que dejaba un rastro de besos a través de su piel caliente mientras aflojaba las ataduras del corsé. Un pequeño suspiro salió de los labios de ella, lo que hizo que él se apartara lo suficiente como para mirarla a la cara—. ¿Te agradan mis atenciones,

cariño? —Extendió la mano hacia sus tirantes, trabajando para liberarla de sus prendas restantes.

—Sí —respondió ella con tono entrecortado—. ¿Crees que soy una pícara por eso?

—Te adoro por eso —respondió él antes de morder su cuello y de besarlo. Una vez que la desnudó hasta quedar con su pura camisola blanca, Giles se movió para pararse frente a ella. Él la recorrió con la mirada, absorbiendo cada detalle de ella desde la parte superior de la cabeza hasta los dedos cubiertos de seda. Era una diosa con sus rizos rubios y ojos azules, y una sensual sonrisa jugaba en sus labios. Él llevó las manos de ella hasta su pecho y las apoyó contra su corazón antes de inclinarse para tomar sus labios una vez más. Ella le pasó las manos por el pecho y le quemó la piel a través de la tela de sus prendas. Dudando por un momento en un botón de su chaleco, comenzó a jugar con este. Él la acompañó de regreso a la cama, y sus labios nunca dejaron los de ella. Juliet rompió el beso y se sentó en el colchón. Ella le abrió el chaleco a tientas. Luego, tiró de su camisa mientras pasaba su mano por sus suaves y rubios cabellos, y rociaba besos en su mejilla. Él retrocedió. Su mirada nunca abandonó su rostro mientras se quitaba la ropa. El rubor de deseo que se deslizó por el pecho y el rostro de su esposa le calentó el corazón. Ella nunca apartó la mirada; solo lo miraba con ojos llenos de pasión—. ¿Me encuentras agradable? —Se miró a sí mismo antes de volver su atención hacia ella.

Juliet arrastró su mirada por el cuerpo de él, y se detuvo cuando vio su pene rígido. Se llevó la mano al pecho, y su mirada volvió a la de él.

—Es más de lo que imaginaba que sería la forma masculina. —Se mordió el labio antes de decir—: Eres magnífico.

Él sonrió mientras se reunía con ella, y envolvía una mano alrededor de su delgado tobillo. Ella suspiró mientras él deslizaba su mano hasta su liga, y luego la desataba. Llevó sus labios a la piel desnuda justo por encima de la media; luego, la besó a lo largo de su pierna mientras le quitaba la media.

Giles repitió la acción, prestando la misma atención a su otra pierna antes de moverse para besar su abdomen. Cuando ella no protestó, deslizó la mano entre sus muslos.

Ella dejó que sus piernas se separaran, y durante largos y dulces minutos, él acarició y besó primero sus muslos internos y luego su centro húmedo. Se deleitaba con los pequeños quejidos y gemidos hambrientos que emitía mientras lamía y acariciaba su vagina.

Cuando ella se sacudió y llegó al éxtasis, él le dedicó una sonrisa diabólica.

—¿Estás satisfecha ahora? Te ves como si lo estuvieras.

Ella negó con la cabeza en un esfuerzo a medias, y estiró una mano.

—Quiero más.

Él se metió en la cama, y colocó una pierna a cada lado de ella, sosteniéndose por encima de ella con los brazos.

—Dime que quieres que te haga el amor, cariño. —Pasó su boca por su cuello, chupando y besando su piel sedosa hasta que ella se retorció debajo de él.

—Por favor —pidió ella con voz entrecortada y temblorosa.

Él mordió su cuello.

—¿Por favor qué?

—Hazme el amor, Giles.

—Como desees —dijo, antes de llevar sus labios a su cuello. Quería enterrar su pene en ella pero, primero, la necesitaba desnuda. La quería loca de deseo, y quería explorar cada centímetro de ella.

Juliet inclinó la cabeza hacia atrás, invitando a su exploración mientras él dejaba besos a través de su clavícula y hacia el valle entre sus pechos. Empujó la tela de su camisón hacia abajo

con la barbilla, besando y succionando hacia abajo.

Continuó su viaje, besando todo el camino hasta los dedos de los pies y quitándole el vestido antes de llevar su lengua indagadora y sus manos de nuevo a su cintura.

Juliet lo tocó y lo instó a volver a sus labios. El sudor brillaba en su piel sonrojada mientras él besaba su camino hacia arriba. Un viaje lento y deliberadamente sensual destinado a prenderle fuego.

Los dulces sonidos que ella hacía intensificaron la necesidad de él, y se movió más rápido de lo que había planeado.

Cuando le aplastó la boca con la suya, ella lo besó como nunca lo había hecho ninguna mujer. Tal vez ella no lo amara todavía, pero ciertamente lo deseaba. Apostaría que lo deseaba tanto como él la deseaba.

—Ahora, Giles. Por favor —suspiró mientras se presionaba contra él.

Todo en él se enroscaba con necesidad. Colocó la cabeza de su pene en su entrada y capturó sus labios con los suyos.

Ella pasó las manos por su espalda, y envió sacudidas de placer a través de él.

Giles la encontró resbaladiza y luchó contra el impulso de sumergirse en su humedad. Sus brazos temblaron con su esfuerzo por mantener el control mientras le introducía solo la punta, y luego se quedó quieto.

Sus pezones rosados se formaron como guijarros y frotaron el torso de él, rogándole que les prestara atención. Inclinó la cabeza, se metió en la boca un pico rosado y lo chupó.

Ella empujó sus caderas, atrayéndolo más profundamente, y luego se quedó inmóvil, emitiendo un jadeo agudo.

Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¿Te duele?

—No. —Ella sonrió—. Es... esto... eres maravilloso. —Él la miró, asombrado por su reacción. Había esperado encontrar el dolor grabado en sus rasgos, pero ella estaba sonriendo. Expuesta ante él en toda su gloria desnuda, era una visión de perfección. Y ella era toda suya. Juliet se acercó y apoyó su cálida mano en su rostro. Una sonrisa suave todavía formaba hoyuelos en sus mejillas—. Tengo la necesidad de moverme contra ti. ¿Puedo? —preguntó ella.

Once

Dover, Inglaterra
Clear River Run
20 de diciembre de 1811

Juliet se sentó cerca del fuego que ardía en la chimenea mientras creaba muñecos y flores de papel. Estaba decidida a dedicarse a hacer de esa la mejor Navidad que pudiera. Eran sus primeras Fiestas como duquesa de Cleburne y, lo que era más importante, las primeras como esposa de Giles.

La idea de él, de lo que habían compartido la noche anterior, la hizo sonrojar. Juliet no había sido una doncella temerosa e inconsciente. Ella era inocente, pero no tan ingenua como para no saber lo que había sucedido en el lecho matrimonial. Aun así, nunca podría haber imaginado que hacer el amor fuera tan… romántico.

Giles había estado increíblemente atento mientras exploraba su cuerpo y alentaba sus pasiones. Se había tomado su tiempo y le había proporcionado un placer inimaginable. La forma en que sus pezones se habían endurecido con su atención y cómo su vagina había palpitado mientras su piel hormigueaba y se calentaba por completo con su toque la habían tomado por sorpresa sin duda.

Pero nada podría haberla preparado para sus clímax. Habían sido increíbles y la habían dejado más satisfecha de lo que jamás hubiera imaginado. Juliet nunca soñó que hacer el amor fuera tan espléndido.

Ella rápidamente podría volverse adicta al acto (a él) si no lo era ya. Siempre que su marido fuera el hombre que compartía su cama, en cualquier caso. Juliet se preguntó si volvería a visitarla esa noche. Esperaba que lo hiciera.

Pero también sentía cierta inquietud. El acto fue todo… no, más íntimo de lo que había esperado. Fue como si le hubiera robado un pedazo de su alma cuando se unieron. Seguramente su corazón no se quedaría atrás, y todavía no sabía si podía confiarle ese delicado órgano.

Pero, oh, cómo deseaba dárselo.

Quería pertenecer a él en corazón, cuerpo y alma. Tener una historia de amor épica que resistiera el paso del tiempo.

Juliet retorció la cinta que tenía en la mano alrededor de la base de la flor de papel, y miró hacia arriba cuando Giles entró en su salón. Ella se sonrojó al verlo y se preguntó si él adivinaría adónde habían vagado sus pensamientos.

¡Cielos!, esperaba que no.

Él sonrió, con una sonrisa diabólica que hizo que los dedos de sus pies se doblaran.

—Te ves atractiva —expresó.

—Podría decir lo mismo de ti. —Ella desvió la mirada por un momento mientras se deleitaba con el cumplido que él le había dado.

—¿Tú podrías? —Él arqueó una ceja—. ¿O tú lo harías? —Su voz tenía un tono burlón.

Juliet se rio de sus bromas.

—Creo que lo haría.

Giles se acercó más, con un ramo de flores rojas envuelto en una cinta.

—Para ti, querida. —Extendió las flores del invernadero, y un destello iluminó sus ojos.

Juliet no pudo evitar sonreír. Le reconfortó el corazón que él hubiera hecho algo especial por ella. Y por segunda vez. El anillo que le había dado el día después del baile de Olivia también había sido especial. Se preguntó si su marido siempre sería tan generoso. Si siempre se esforzaría por complacerla y mimarla.

—Gracias —dijo, dejando a un lado la flor de papel que había estado formando. Ella aceptó las flores rojas e inhaló su aroma—. Son hermosas.

—Palidecen en comparación contigo.

Ella no pudo evitar reírse de sus floridas palabras.

—Me halagas.

—Digo la verdad. —Giles le guiñó un ojo; sus ojos azul verdoso estaban llenos de picardía —. ¿Me acompañarás en una excursión?

Juliet miró su vestido y luego se puso de pie.

—Tan pronto como me cambie.

Su mirada vagó a lo largo de ella, enviando espirales de calor a través de su cuerpo.

—No cambiaría ni una sola cosa de ti.

—Me refería a mi ropa. —Juliet frunció el ceño juguetonamente—. No tardaré mucho.

Fiel a su palabra, se cambió en un tiempo récord. No podrían haber pasado más de quince minutos desde que había dejado a Giles en el salón con la promesa de encontrarse con él en el vestíbulo de entrada.

Agradeció a su doncella por su rapidez para ayudarla a cambiarse, y luego atravesó el pasillo y las escaleras hasta la entrada principal. Cuando llegó al rellano, encontró a Giles vestido con su abrigo y sosteniendo su capa.

Él envolvió su capa de lana alrededor de sus hombros y luego la aseguró en su garganta antes de encontrar su mirada.

—¿Nos vamos? —preguntó Juliet.

—Sí. —Le ofreció su brazo.

Caminó junto a Giles, con la mano debajo de su brazo mientras salían al fresco día de invierno. Una ligera capa de nieve fresca cubría los escalones del porche y brillaba a la luz del sol mientras la conducía fuera de la casa.

Había esperado que un carruaje o un trineo los estuviera esperando, pero no vio ninguno. Miró a su alrededor y vio a varios lacayos que la seguían con grandes sacos. “Qué curioso”, pensó. Le dio a Giles una mirada de reojo y le preguntó:

—¿Qué haces?

Él no la miró, pero ella captó el leve movimiento de la comisura de sus labios y una leve arruga en el borde del ojo como si estuviera luchando contra una sonrisa. Le dio unas palmaditas en la mano donde descansaba sobre su brazo y dijo:

—Lo descubrirás pronto.

Juliet aceptó que él deseaba sorprenderla y, como disfrutaba de las sorpresas, no lo presionó más. En cambio, se acercó a él mientras la conducía a través de los terrenos cubiertos de nieve y hacia un matorral de árboles.

Se volvió hacia ella cuando llegaron al borde de la espesura.

Ella chilló de sorpresa y deleite cuando la levantó en sus brazos y la acunó contra su pecho. Riendo, se encontró con sus ojos traviesos.

—Ahora estoy aún más intrigada.

—Bien. —Giles rozó con su fría nariz la de ella, y luego presionó sus labios contra los de ella en un casto beso—. Ahora cierra los ojos, cariño.

Ella apoyó la mejilla en su hombro, presionó la cara contra su bufanda y cerró los ojos como le había pedido. Comenzó a caminar con ritmo constante mientras ella se acurrucaba contra él. La especulación la acompañó mientras recorría su camino. Se le ocurrió la idea de que debería estar asustada.

Se había visto obligado a tomarla por esposa, y ahora la llevaba al bosque seguido por lacayos que sin duda le eran leales. Y esos criados traían grandes bolsas con ellos. Giles podría tener la intención de deshacerse de ella.

Y, sin embargo, no sintió nada más que alegría.

¡Dios mío, ella confiaba en él! No con su corazón, sino con su seguridad.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Sí —respondió mientras asentía contra su hombro.

—Te voy a bajar, pero mantén los ojos cerrados.

—Lo haré —le aseguró mientras apretaba los párpados con más fuerza. Mantuvo sus brazos alrededor de su cuello mientras él bajaba sus pies al suelo. Una vez que sus botas estuvieron firmemente en el suelo, lo soltó—. ¿Puedo abrirlos ahora?

—Un momento más —le pidió mientras sus manos se posaban en sus brazos—. Date vuelta. —Ella dio un paso lento mientras él guiaba su cuerpo hasta que miró hacia otro lado—. Ábrelos —le susurró al oído. La calidez de su aliento rozó el lóbulo de su oreja y envió un escalofrío a través de ella cuando abrió los ojos.

Se pararon en un claro, rodeados de árboles. Juliet movió su mirada de los espinos desnudos y los álamos a los árboles de hoja perenne cubiertos de nieve, antes de contemplar el estanque cubierto de hielo en el centro del claro.

Un conejo corrió a lo largo de la orilla del estanque y no pudo evitar exclamar:

—Es impresionante aquí.

Giles le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Esperaba que te gustara. Este es mi lugar favorito de la finca. —Señaló con la cabeza hacia el lado más alejado del claro—. El muérdago crece en abundancia en esos árboles. Pensé que querrías algunos para decorar para Navidad.

—Qué amable. —Juliet le pasó la mano por la bufanda, donde le cubría el pecho.

Giles dirigió su atención a los lacayos cercanos.

—Reúnan tanto muérdago y hojas perennes como puedan contener sus maletas. Quiero oportunidades para besar a mi esposa colgadas de todas las puertas de la casa.

Juliet rio.

—¿De verdad?

—Disfruto mucho besándote, cariño.

Ella levantó la barbilla, inclinando la cabeza hacia él.

—Entonces, bésame ahora.

Giles tomó la parte de atrás de su cuello y acercó sus labios a los de ella. Un beso lento y sensual siguió mientras él rozaba sus labios sobre los de ella, y luego succionaba su labio inferior. Él se echó hacia atrás, luego se movió para pararse detrás de ella, con los brazos alrededor de su cintura y la espalda presionada contra su pecho.

—El estanque es bueno para patinar sobre hielo en esta época del año. ¿Patinas?

—Adoro el patinaje sobre hielo —respondió Juliet.

—Entonces, tendremos que volver con nuestros patines. —Presionó sus labios contra su mejilla—. En el otoño, cuando las hojas cambian de color, este es el mejor lugar de la finca para relajarse y ver la vida silvestre. La primavera es muy similar, ya que comienza el periodo de reproducción, y a menudo se pueden ver madres con sus crías —le contó. Juliet quería hacer preguntas, pero se mordió la lengua porque no se atrevía a hacer nada para evitar que él hablara. Temía que, si lo hacía, él se detendría y ella perdería la oportunidad de echar un vistazo a su vida privada—. Pero el verano es mi época favorita para visitar el claro —continuó—. Hay un bote para remar en el estanque, y la pesca es abundante. Lo mejor de todo es que, cuando uno tiene calor, el estanque es ideal para nadar. —Él le acarició el cuello con la nariz—. Voy a hacerte el amor aquí este verano.

El corazón de ella dio un vuelco, y su imaginación cobró vida. ¿Cómo se sentiría estar desnuda en la naturaleza con los rayos del sol besando su piel desnuda? Era demasiado para ella evocar una imagen, aunque deseaba desesperadamente saberlo. Se volvió en sus brazos y le sonrió.

—¿De verdad?, ¿podemos hacer eso aquí?

—Somos el señor y la señora de la finca. Podemos hacer lo que queramos, donde queramos, duquesa.

—Muy bien, entonces, tengo la intención de que hagas lo que dijiste. Quiero que me desnudes junto al estanque y me deslumbres el primer día caluroso del verano.

Le dio un beso en la frente.

—Puedes contar los días, amor.

Juliet lo honró con una sonrisa esperanzada mientras se acurrucaba contra él. Quizás la magia de las Fiestas brillaría sobre ellos. Tal vez, solo tal vez, se enamorarían.

Doce

Dover, Inglaterra
Clear River Run, tres días después
23 de diciembre de 1811

Giles se relajó cerca del fuego con un brandy en la mano mientras Juliet se sentaba frente a él, concentrándose en el punto de cruz en el que estaba trabajando. Se había convertido en su hábito retirarse al salón privado de arriba cada noche y pasar tiempo juntos antes de acostarse. A veces le contaba historias locas, mientras que otras noches ella le leía. La noche anterior, ella le había cantado antes de que él la llevara a su dormitorio.

Después de su primera noche juntos, la había trasladado a sus habitaciones. No deseaba dormir solo y ella había estado de acuerdo. Hizo girar el brandy en su copa mientras volvía la cabeza para mirarla. Su esposa, de hecho, resultó ser una agradable sorpresa.

No pudo evitar sentirse desconcertado por el efecto que ella tenía en él. Cada día los acercaba más y quería conocerla mejor con cada interacción que compartían.

Más sorprendente era que quería que ella lo conociera. Nunca había deseado compartir su pasado con nadie. Tampoco había deseado compartir su futuro pero, con ella, quería compartirlo todo. Incluso su corazón. No era que tuviese elección en ese asunto. La descarada se lo había robado desde el principio. Simplemente, no se había dado cuenta.

Su duquesa le encendía la sangre y le aceleraba el pulso. Ella lo hacía querer ser un mejor hombre y llenaba el vacío de su alma. La forma en que ella igualaba su ingenio, compartía sus bromas y contrarrestaba su juguetón acoso hacia ella lo mantenía entretenido.

Cada vez que hablaba se hacía querer por él, cada caricia lo acercaba más, cada beso lo hacía desearla más. Y su forma de hacer el amor, ¡cielos!, lo abarcaba todo. Su pasión se encontraba con la de él, y su sentido de la aventura lo mantenía cautivado.

La mitad del tiempo, Giles deseaba tomar su dulce boca con la de él, aunque sólo fuera para reprimir sus comentarios inteligentes. El resto del tiempo, simplemente, ansiaba la conexión con ella.

Descubrió que Juliet era una fuente inagotable de diversión y compañía. No se parecía en nada a las señoritas tontas de la alta sociedad. No, su Juliet poseía inteligencia, además de buena apariencia y un gusto impecable.

No se parecía en nada a lo que él había temido que fuera. Nada en absoluto como su madre ni como la otra mujer hermosa que había conocido.

La belleza de Juliet era mucho más profunda que su rostro. Era amable, considerada y compasiva: era todo lo bueno. Todo lo que quería y necesitaba para el resto de sus días.

—Tu mente parece haberse perdido —señaló Juliet bajando el punto de cruz.

¡Cielos!, la deseaba. La deseaba como nunca había deseado a otra mujer. Cada vez que sus cuerpos entraban en contacto, la pasión lo envolvía, y enviaba un calor placentero y escalofríos a través del núcleo de su ser.

Giles se rindió al deseo que en ese momento calentaba su sangre y se acercó a ella.

—Estaba pensando en lo mucho que te quiero.

Dejó a un lado el punto de cruz y luego se abrazó a él.

—Entonces, tómame. —Se puso de puntillas y apretó los labios contra los de él.

Su pene se sacudió cuando su lengua acarició la de ella, y sus labios se movieron juntos como uno. Pensó que ya se habría cansado de ella para entonces. Ninguna mujer había logrado mantener su interés después de algunas citas. Es decir, hasta Juliet. Ahora se había acostado con su esposa media docena o más de veces, y, aun así, la anhelaba.

Giles había llegado a aceptar que estaba hecha para él. El destino y Dios sabían lo que estaban haciendo cuando los unieron a él y a Juliet. Podría ser la única explicación, y estaba eternamente agradecido por su previsión. Él la atesoraba y siempre lo haría.

Juliet le soltó la corbata y luego se la quitó antes de ponerse a trabajar en su chaleco.

Él cubrió su mano con la suya y la miró a los ojos.

—Quiero que esta noche sea sobre ti. Acuéstate frente al fuego y déjame adorarte.

Ella le lanzó una mirada pícara; sus ojos azules ardían. Luego, se movió para estirarse sobre la alfombra frente a la chimenea.

La sangre de Giles ardía de deseo mientras su pene palpitaba de necesidad. ¡Piedad!, Juliet era deslumbrante y, ¡oh!, tan tentadora. Temía que se derramaría en sus pantalones como un muchacho inmaduro si no la tomaba pronto. Y, sin embargo, estaba decidido a ir despacio.

Se quitó la camisa antes de desabrocharse los pantalones y los liberó de una patada. Después fue el turno de la ropa interior. Los ojos de ella ardían mientras miraba su forma desnuda.

Él se quedó allí, permitiéndole disfrutar de la vista mientras se daba el tiempo que tanto necesitaba para tomar el control.

Juliet se apoyó en los codos. Su mirada se quemó en la de él.

—¿Tienes la intención de dejarme completamente vestida?

—Por supuesto que no —gimió más que dijo las palabras mientras se unía a ella en la alfombra. Él hizo un trabajo rápido para quitarle el vestido y la camisola de su delicioso cuerpo, y luego la miró.

La luz del fuego la iluminó con un resplandor anaranjado, su piel radiante y el cabello extendido a su alrededor. Ella le recordaba a una ninfa, tentándolo con solo verla.

Él sujetó su boca sobre su rosado pezón, succionando y lamiendo mientras deslizaba su mano entre las piernas de ella.

Juliet gemía y se arqueaba debajo de él, tomando con avidez lo que le ofrecía, y él se deleitaba con su respuesta. Sus dedos encontraron los rizos en el vértice de sus muslos, y los acarició hasta el centro de su necesidad. Ella estaba caliente y húmeda para él.

Quería sumergirse en ella, llenarla y estirarla. Para reclamarla y satisfacer su propia lujuria. Pero mantendría el rumbo hasta que ella suplicara y se retorciera con una necesidad propia.

Movió la boca hacia el otro pezón y acarició con el dedo sus húmedos pliegues. Cuando sus muslos se abrieron, deslizó su dedo en el calor acogedor.

Mientras él acariciaba con el dedo dentro y fuera de su palpitante vagina, dejaba un rastro de

besos ardientes entre sus pechos. Moviéndose más abajo, lamió y besó su camino por el abdomen hasta la curva de su cadera.

—Oh. Ah… Giles… —Se meció contra su mano—. Giles... Necesito más. Quiero más. —Sus suspiros entrecortados y sus palabras de súplica encendieron su sangre hasta el punto del frenesí. Desesperado por saborearla, llevó su boca a la pequeña perla hinchada sobre sus pétalos cubiertos de rocío y chupó mientras acariciaba su dedo más rápido. El olor de su esencia femenina lo llevó casi a la locura. Los gemidos de ella se volvieron más desesperados mientras se aplastaba contra él—. Yo... yo... Oh, Giles... Oh, Dios… —gritó.

—Ese es el camino, cariño. Toma lo que quieras. Sé codiciosa —la animó mientras deslizaba un segundo dedo en su apretada y resbaladiza vagina. La miró fijamente mientras movía sus dedos más rápido, más fuerte. Arrastró la otra mano hasta sus pechos y rodó su pezón entre sus dedos.

Ella apoyó la cabeza contra el suelo; sus labios regordetes se separaron ligeramente mientras gemía de placer. Una cascada de cabello dorado con mechas plateadas se extendió a su alrededor, y su piel suave y cremosa se sonrojó. Era deslumbrante. Tan dulce, y toda suya.

Giles llevó su lengua de regreso al pequeño brote entre sus muslos y lamió su esencia mientras ella se retorcía con fuerza contra su boca. Luego succionó mientras acariciaba sus dedos dentro de ella, volviéndola loca de pasión.

—Oh... Oh, cielos... Giles… —Se apretó contra él, sus dedos se enredaron en su cabello mientras se deshacía. Su vagina tembló bajo su toque. Su liberación lavó sus dedos y lengua mientras estallaba libre.

—¿Sí, cariño? —preguntó en tono burlón.

Ella se quedó flácida. Sus piernas y trasero cayeron a la alfombra mientras sus piernas temblaban.

—Eso… —respiró entrecortadamente— fue muy agradable.

—¿Agradable? —Arqueó una ceja divertida.

Ella asintió.

—Sí.

Él se colocó entre sus muslos.

—Entonces, me esforzaré por hacer que sea alucinante.

Juliet empujó las caderas, lo que atrajo su pene a la profundidad de su vagina.

Él clavó la mirada en sus ojos azules ardientes mientras la embestía una y otra vez.

Ella apoyó las manos sobre los hombros de él y arqueó las caderas, llevándolo aún más profundamente. Su mirada se fijó en la de él mientras gemía y gritaba su nombre.

Giles pensó que esta unión... su esposa... estar dentro de ella... era el Paraíso.

Ella le pasó las uñas por la espalda y él empujó con más fuerza.

Besó y succionó la carne de su garganta mientras la conducía de regreso al borde del deseo.

—Ah… Oh, Dios... Oh, Giles… —Sus gemidos aumentaron cuando llegó al precipicio. Ella se movía con él, sus caderas seguían su ritmo, sus talones presionaban sus nalgas, acercándolo más mientras hundía sus dedos en su espalda baja. Él empujó más rápido, más fuerte, hasta que ambos estaban jadeando y locos de necesidad. Juliet echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con un gemido final mientras su vagina se apretaba y palpitaba alrededor de su pene. Giles se estrelló contra ella una y otra vez. Su propio orgasmo lo atravesó, su semilla se derramó profundamente dentro de ella. Presionó un beso en su dulce y pulida frente, luego deslizó su pene libre de su vagina. Rodó a su lado y la abrazó. Durante largos momentos, simplemente la abrazó y disfrutó del resplandor de su relación sexual—. ¿Me serás siempre fiel? —preguntó Juliet, con

la respiración todavía pesada.

Él la abrazó más fuerte y respondió:

—Eres la única mujer que querré. —Los pensamientos de sus padres acudieron a su mente. Después de lo que su madre y su padre habían hecho pasar a su familia, no podía soportar la idea de lastimar a Juliet más de lo que estaría dispuesto a ir a la horca. Se abrieron viejas heridas, y la ira se filtró por sus poros. Ambos padres deshonraron sus votos, su familia y el uno al otro. El padre tenía una serie de amantes que llevaba descaradamente delante de la madre. A su vez, ella contaba con un establo de amantes y no lo ocultaba. Sus acciones los lastimaban mucho, pero ninguno de ellos logró detener el comportamiento dañino. La madre se quejaba y lloraba por la forma en que su marido continuaba y el dolor que le causaba. El padre gritaba y hablaba de cómo la esposa lo avergonzaba y degradaba con sus acciones. Los dos estaban constantemente en guerra el uno con el otro y hacían todo lo posible, desde la perspectiva de Giles, para lastimarse el uno al otro. En las raras ocasiones en que no estaban peleando, estaban teniendo sexo. Durante unos días, tal vez incluso unas semanas, todo iría bien. Entonces, inevitablemente, uno de ellos caería en la cama de otro, y la guerra comenzaría de nuevo. No fue hasta que su padre murió en duelo con uno de los muchos amantes de la esposa, y ella se lanzó a un profundo luto que Giles se dio cuenta de que se habían amado. Y con eso vino la revelación de que el amor podía ser tóxico. Podría destruir a una persona. El amor podía destruirlo como lo había hecho con sus padres y no quería nada de eso. Sacudiendo la triste rumia, Giles dirigió su atención al presente. En ese momento, estaba feliz. Acercó a Juliet y le dio un beso en la mejilla—. Prometí permanecer fiel a ti durante todos mis días. En eso, puedes confiar en mí.

Ella lo miró con ojos escépticos.

—¿Cómo puedes hacer una promesa así cuando has vivido tu vida como un pícaro? Con el tiempo, es posible que te aburras y que los viejos hábitos, como dicen, sean difíciles de romper.

Sus palabras traspasaron su corazón porque ¿cómo podría uno discutir con la verdad? Dejó escapar un suspiro lento:

—Mi estilo de vida no era un hábito. Viví como lo hice como un medio para proteger mi corazón.

Juliet se mordió el labio mientras lo estudiaba.

—¿De qué lo estabas protegiendo?

—Mi infancia estuvo lejos de ser una experiencia agradable. Mis padres eran inconstantes e infieles. —Respiró hondo—. Me juré a mí mismo que, cuando llegara el día en que tomara esposa, si llegaba el día, no me comportaría como ellos. Su amor era tóxico.

—Ya veo. ¿Y ahora que te has casado? —Ella arqueó una ceja rubia.

—Apreciaré el regalo que he recibido. —La besó profundamente—. Puedes confiar en mí, Juliet. Esos días quedaron atrás. No quiero nada más que pasar el resto de mis días contigo.

Casi le dijo que la amaba, pero se contuvo. De todos modos, sabía que era así. Su duquesa tenía su corazón y él se alegraba por ello.

Ahora quería el suyo a cambio.

Trece

Dover, Inglaterra
Clear River Run
24 de diciembre de 1811

Esa mañana, Juliet se había despertado con una sonrisa en los labios. La noche anterior, Giles la había llevado a la cama después de hacerle el amor en el salón, luego la había tomado de nuevo antes de que el sueño los reclamara. Si eso no fuera motivo suficiente para despertar con un salto en su paso y una canción en su corazón, al día siguiente era Navidad.

Y ese día había organizado una sorpresa para su marido.

La emocionaba que se le hubiera ocurrido una manera de dar vuelta las cosas. Cuatro veces ya la había sorprendido. Primero, estaba el anillo. Extendió la mano frente a ella y miró el brillante zafiro rodeado de diamantes. Eso realmente había sido demasiado, considerando que la conocía desde hacía menos de veinticuatro horas cuando se lo había dado. Pero ella lo adoraba y a él por regalárselo. El hecho había suavizado su disposición hacia él, así como su corazón.

Luego había seguido su esquema de decoración para el desayuno de la boda y lo había copiado en la iglesia. Después de eso habían venido las flores del invernadero, y luego el muérdago en el claro. En verdad, la había sorprendido seis veces si contaba su inesperada llegada a la biblioteca de Olivia y cómo había despertado su naturaleza apasionada. Tampoco debería olvidar el regalo de la noche anterior.

Oh, la forma en que la había explorado. Había sido malvado y apasionado y le había dejado un charco de gelatina. Y luego, había hecho lo mejor de todo cuando se había abierto a ella y le había contado algo sobre sus padres, sobre su pasado.

Toda la velada había sido una sorpresa deliciosa. Una que ella deseaba devolver de la manera más desafiante. Y esa tarde lo haría. Juliet caminó hacia la sala, decidida a no perder un momento. Giles había ido a su oficina, como era su costumbre por las tardes, y se reuniría con ella en unas horas para tomar el té.

Tenía que trabajar rápido si quería llevar a cabo su esfuerzo. Y no se conformaría con menos de lo que había planeado. Si lo hacía, el efecto no sería tan significativo y tenía la intención de emocionarlo.

Juliet sonrió a las doncellas y lacayos que la esperaban en el salón. Ella había dado órdenes al ama de llaves y al mayordomo para que le enviaran un pequeño ejército, y luego les había ordenado que guardaran silencio sobre su solicitud. Le agradó que hubieran hecho lo que se les

había pedido.

—Su Excelencia. —Todos se inclinaron o hicieron una reverencia mientras la saludaban.

Juliet se adentró más en el salón y luego asintió con la cabeza a un lacayo.

—Cierre la puerta. No sería bueno ser atrapada ni escuchada. —Él se movió a grandes zancadas para cumplir sus órdenes. Una vez que la puerta se cerró con un clic, Juliet volvió su atención a la línea de criados—. Supongo que todos se estarán preguntando por qué han sido convocados.

—¿La hemos disgustado, señora? —indagó una joven sirvienta morena.

La criada mayor y más rechoncha a su lado le dio un codazo.

—Silencio —ordenó.

Juliet agitó una mano desdeñosa.

—Está bastante bien. —Ella mostró una cálida sonrisa en dirección a las jóvenes doncellas —. Nadie será liberado del servicio del duque. Al contrario, todos ustedes me van a ayudar a decorar para Navidad. —Hizo una pausa para lograr un efecto dramático y luego agregó—: Pero nuestro trabajo es un secreto. Verán, quiero sorprender al duque, así que no deben dejarlo pasar. Si alguien les pregunta de qué se trata, simplemente díganle que están cumpliendo con las órdenes de la duquesa y continúen con su tarea. —Caminó por la línea de criados mientras hablaba—. ¿Pueden hacer lo que les he pedido?

—Sí, señora —contestaron al unísono.

—Bien. —Juliet se quedó quieta y se volvió hacia ellos. Su mirada se trasladó al otro extremo de la línea donde estaban dos lacayos bastante altos. Todos eran altos, pero esos dos tenían al menos ocho centímetros más que los demás, y sus figuras parecían más corpulentas.

—Ustedes dos irán al bosque y cortarán un árbol de hoja perenne. Un abeto si pueden. De lo contrario, cualquier pino servirá. —Los hombres asintieron en señal de comprensión. Juliet señaló la esquina de la sala—. Una vez que lo hayan cortado, tráiganlo aquí y colóquenlo allí.

—Sí, excelencia —acordaron los lacayos.

Ella sonrió agradecida, luego los empujó hacia la puerta.

—Fuera entonces. Y recuerden: esto es un secreto. —Con los lacayos en busca del árbol, continuó por la línea, dando instrucciones y recordatorios de la necesidad de mantener el secreto hasta que se hubieran asignado las tareas de todos. Ella aplaudió y continuó—: Tenemos menos de tres horas hasta que el duque regrese aquí. Todos tienen sus órdenes; ocúpense. —Las siguientes dos horas pasaron en un frenesí de actividad mientras se colocaban ramas, se colgaba muérdago y se encendían velas. Los lacayos colocaron el tronco de Navidad en la chimenea mientras Juliet y una criada decoraban el árbol con las flores de papel y las muñecas que Juliet había hecho a principios de semana. Después de haber dado instrucciones a los lacayos para que cubrieran la repisa de la chimenea y las ventanas con las guirnaldas de hojas perennes, se apartó para contemplar la habitación. De hecho, habían transformado el salón en un paraíso navideño. Ella sonrió a sus criados mientras su emoción amenazaba con desbordarse—. Todos han hecho un excelente trabajo. Gracias por su arduo trabajo y discreción.

Uno de los lacayos se adelantó y se inclinó.

—Fue un placer, Su Excelencia —expresó.

—De hecho, lo fue —agregó la joven sirvienta de antes.

Juliet juntó las manos y volvió la mirada hacia la puerta.

—Su excelencia se unirá a mí en poco tiempo. Por favor, vuelvan a sus deberes y recuerden no revelar la sorpresa. —Mientras observaba salir a los criados, agregó—: Y no regresen a esta habitación antes de mañana. El duque y yo no debemos ser molestados. —Como si fuera una

señal, su doncella entró con un bulto en sus brazos. Se detuvo junto a la puerta y esperó hasta que salió la última criada; luego cerró el panel de caoba. Juliet comenzó a quitarse las horquillas del cabello antes de que su criada llegara a su lado—. Date prisa, Milly, no tenemos mucho tiempo —advirtió mientras se sacaba otro alfiler de su moño—. ¿Hiciste arreglos para el champán?

—Sí, mi señora —afirmó Milly mientras cepillaba el cabello de Juliet. Llamaron a la puerta y Milly sonrió—. Ahí está ahora. —Fue a la puerta y recibió la bandeja. Después de haberla apoyado cerca de la chimenea, regresó con Juliet.

Poco tiempo después, Juliet se paró frente al árbol iluminado, envuelta en su bata y con el cabello suelto por la espalda. Milly había envuelto su cuerpo desnudo en un trozo de seda roja que cubría sus puntos íntimos, luego había formado un lazo en su cintura antes de cubrirla con la bata verde.

Juliet apenas podía esperar a que entrara Giles para poder revelarse. Y, por suerte, o por buena planificación, no tuvo que esperar mucho.

Giles abrió la puerta y entró en la habitación. Su mandíbula se aflojó y sus ojos se iluminaron al contemplar el país de las maravillas navideñas que ella había construido.

Juliet se emocionó al ver la expresión de asombro en su rostro.

—Feliz Navidad, guapo —ronroneó.

—No es Navidad hasta mañana —señaló él, volviendo la mirada en su dirección.

—Si hubiera esperado el día de mañana, no te habrías sorprendido tanto. Y, además, quería regalarte algo esta tarde. —Tiró de la cinta de la bata, bamboleó los hombros y dejó que la tela verde se acumulara a sus pies—. Sorpresa. —Ella le dio una sonrisa maliciosa mientras sostenía descaradamente su mirada.

Los ojos de Giles ardían de pasión mientras caminaba hacia ella. Dslizó sus dedos por la longitud desnuda de su brazo, y la piel de gallina estalló a su paso.

—¿Cómo supiste que te quería para Navidad? —preguntó, su tono inusualmente serio.

—Una suposición afortunada, supongo —respondió—. ¿Y ahora que me tienes? —Ella arqueó una ceja interrogante.

—Tengo la intención de saborearte. —Deslizó su brazo alrededor de su espalda y la apretó contra él mientras presionaba sus labios contra los de ella.

Juliet le puso la palma sobre el pecho para liberarse, y luego se acercó a la chimenea para recuperar el champán.

—Antes de que lo hagas, tengo más para ti. —Ella volvió a su lado y le entregó una copa—. Brindemos por la primera Navidad juntos.

Él sonrió y levantó su copa.

—Que esta sea la primera de muchas, cariño.

Ella tocó la copa con la de él, y una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—Y que todas sean mágicas —agregó antes de llevarse la copa a los labios.

Él le sostuvo la mirada mientras estiraba el brazo en su dirección.

—¿Puedo tener permiso de tomarte ahora?

—No todavía. Hay más para ti.

Giles fingió una expresión apesadumbrada.

—¿De qué sirve un regalo que no se puede abrir? —bromeó.

— Ten paciencia, duque. Pronto me desenvolverás. —Ella lo miró con expresión pícara mientras tomaba su mano y lo conducía hacia el diván—. Primero, quiero hacerte lo que hiciste conmigo. Quiero lamer y chupar tu piel mientras te toco en todas partes. —Él gimió cuando ella

lo empujó por los hombros y le ordenó que se acostara en el diván—. Tengo la intención de conocer tu cuerpo tan bien como tú has conocido el mío—. Se arrodilló en el suelo junto al diván y luego alcanzó los botones del pantalón—. Quiero llevarte en mi boca.

—Ten piedad, duquesa —gimió cuando su pene saltó libre.

Una fuerte inhalación sonó desde la puerta y Juliet se congeló. Vio como la expresión de Giles se volvía enojada, y luego volvió su mirada hacia el sonido. Su rostro ardía de vergüenza mientras hacía todo lo posible por cubrirse de las miradas indiscretas de la elegante mujer.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió saber la mujer mayor—. Giles, ¿champán por la tarde? ¿En serio? —La mirada de la mujer se trasladó a Juliet—. ¿Y dónde, te ruego que digas, está tu ropa?

Giles ignoró sus preguntas mientras se ponía de pie y caminaba hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, madre?

Madre. El rostro de Juliet ardió. La mujer era la madre de Giles. Oh no. ¿Qué debía pensar ella?

—No me invitaste a tu boda —contestó la mujer con tono quejumbroso.

—Tampoco te invité aquí. —Giles arrastró las palabras.

Su madre no le prestó atención y continuó:

—Vine porque quería conocer a mi nueva nuera. Ahora que lo he hecho —volvió su atención a donde Juliet estaba agachada detrás de la cubierta del sofá—, quiero que nos conozcamos más. ¿Quizás ella me explique lo que vi cuando entré?

Giles se acercó a su madre.

—Lo que haga con mi esposa no es asunto tuyo. —Miró a Juliet por encima del hombro—. Permítenos unos minutos de privacidad, por favor.

Aunque había formulado su solicitud como una pregunta, la firmeza de su tono no dejaba ninguna duda de que había emitido una orden.

Juliet miró a la duquesa viuda mientras esperaba a ver qué pasaba a continuación. Para su asombro, la mujer se rio.

—Muy bien, hijo. Los esperaré a ti y a tu esposa en el salón azul.

Juliet soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo cuando la mujer salió de la habitación. Se puso de pie y se acercó a Giles.

—Lo siento terriblemente. Si hubiera sabido que íbamos a tener compañía... —Se volvió en busca de su bata—. Bueno, supongo que no había forma de saberlo.

Giles tomó la bata y envolvió a Juliet con esta; luego la ató en su lugar.

—No tienes motivos para avergonzarte. Mi madre ha visto cosas peores y, me atrevo a decir, que ha hecho cosas peores. Esa es, probablemente, la razón de su risa.

Juliet negó con la cabeza.

—Quizás estemos destinados al escándalo.

—No me importa, siempre y cuando todos nuestros escándalos comiencen y terminen entre sí.

Juliet le dio un beso en la mandíbula.

—En ese caso, duque, continuaremos donde lo dejamos esta noche.

—Nada me agradaría más, duquesa. —Le dio un guiño pícaro y la atrajo a sus brazos.

Juliet se rio cuando lo miró a los ojos.

—Dije esta noche, hombre incorregible. Ahora mismo, debemos ir con tu madre.

—Si dices que debemos, entonces supongo que es así. —La soltó y luego le dio un golpe juguetón en el trasero—. Déjanos vestirte con algo menos escandaloso, luego nos uniremos a

mamá.

Juliet asintió con la cabeza, luego pasó su brazo por el de él. Antes de llegar a la puerta, apareció su mayordomo, con los padres de ella justo detrás de él.

—Lord y Lady Ashford, Su Excelencia. —El mayordomo hizo una reverencia y luego se retiró cuando los padres de Juliet entraron en la sala.

—Madre, padre. Qué sorpresa tan inesperada. —Volvió su atención a Giles, agradecida de ver que no parecía molesto por la intrusión.

—¿Por qué estás en bata a media tarde? —preguntó la madre mientras se acercaba y colocaba la mano sobre el hombro de Juliet—. ¿Te sientes bien?

—Estoy perfectamente sana, madre.

La madre volvió sus ojos especulativos hacia Giles.

—¿Qué se está tramando aquí, Su Excelencia?

Lord Ashford atrajo a su esposa a su lado.

—No seas curiosa, Constance. Son recién casados, después de todo.

Juliet cerró los ojos con fuerza y respiró agradecida.

— La duquesa viuda nos espera en el salón azul. Reúnanse con ella, y nosotros iremos pronto.

—Muy bien —asintió el padre con la cabeza y sacó a la madre del salón.

—Será mejor que nos demos prisa —sugirió Giles.

Juliet asintió con la cabeza mientras salían del salón.

Giles condujo a una Juliet vestida apropiadamente al salón azul abarrotado media hora más tarde. Sus padres se sentaron frente a la duquesa viuda. Olivia, Thorne y sus hermanas estaban apiñados alrededor de ellos en sillones orejeros. Sus amigos debieron haber llegado mientras ella se vestía.

Apretó el brazo de Giles.

—Parece que vamos a tener una casa llena.

—¿Te molesta, cariño? —preguntó.

—De ninguna manera. —Ella sonrió—. Estoy feliz de dar la bienvenida a nuestros amigos y familiares a nuestra casa durante las Fiestas.

—Entonces, yo también seré feliz porque todo lo que agrada a mi duquesa me agrada a mí.

El corazón de Juliet se llenó a reventar cuando se unieron a su compañía. Esa sería una Navidad para recordar. Y antes de que terminara, se aseguraría de que también fuera una para apreciar.

Catorce

Giles se quedó sin aliento cuando miró a Juliet y se preguntó si su esposa siempre tendría ese efecto en él. Había desaparecido el largo de seda roja que había usado una hora antes, pero incluso completamente vestida, la deseaba. Juliet lo cautivaba y lo mantenía cautivado. Lo había hecho desde el momento en que la había visto en la biblioteca de Thorne.

Se sentó junto a Olivia en el piano, con un impresionante vestido azul que acentuaba sus ojos y abrazaba sus pechos. Los zafiros abrazaron su cuello y colgaban de sus orejas mientras el que él había colocado en su dedo captaba la luz parpadeante de las velas. Ella era una visión y cada centímetro una duquesa.

Su ingle se tensó. Lo que daría por tenerla a solas ahora mismo. Giles se volvió hacia Thorne.

—Si me disculpas, extraño a mi esposa.

—Me alegra saber que el matrimonio te sienta bien. —Thorne asintió con la cabeza hacia las damas—. Ve. Yo me entretendré.

Giles sacudió la cabeza, luego giró y caminó hacia el piano y su esposa.

Cuando la mirada de Juliet se encontró con la suya, sonrió alegremente.

Giles aceleró el paso cuando ella pulsó la primera tecla de un villancico. Las notas optimistas de *Joy to the World* llenaron la sala.

—Que cada corazón le haga un lugar. Y el cielo y la naturaleza cantan, y el cielo y la naturaleza cantan… —Juliet y Olivia cantaban el villancico, esparciendo alegría navideña por el salón.

Giles se acercó al piano y puso su atención en Juliet mientras su voz se apoderaba de él. Cantaba como un ángel y él tomó nota mental de pedirle un concierto privado. Observó con asombro cómo sus delgados dedos bailaban sobre el marfil. Qué sorpresa encontrarla tan talentosa como bella.

Se preguntó si alguna vez dejaría de estar asombrado y maravillado por ella. Sospechaba que nunca lo haría, porque ella ya había demostrado ser incomparable.

Su tono angelical envió escalofríos a través de él cuando se movió para pararse a su lado y se unió al canto.

—Alegría para el mundo, ahora cantamos...

Ella le sonrió; sus dedos nunca perdieron una tecla mientras cantaba.

—Que suenen las voces de los ángeles.

Para cuando llegaron a la estrofa final, el resto de su compañía se había unido y todos se apiñaban alrededor del piano.

Después de haber presionado la última tecla, Juliet se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Cuál es tu villancico favorito?

—*Deck the Halls* —respondió él—. ¿Cuál es el tuyo?

Sus ojos se llenaron de alegría.

—Veamos cuánto tiempo te lleva resolverlo —propuso ella.

Escuchó con atención mientras Juliet tocaba las primeras notas. Al poco tiempo, tuvo su respuesta.

—*Hark the Harold Angels Sing*.

Olivia se puso de pie, y se acercó a su marido.

—Siéntate conmigo —le pidió Juliet, su mirada sosteniendo la de él mientras continuaba tocando.

Giles se sentó en el banco de caoba a su lado y envolvió su brazo alrededor de su cintura.

Ella se inclinó más cerca mientras continuaba trabajando las teclas. Su voz pronto llenó la sala.

—Paz en la tierra y misericordia suave… Canten conmigo —invitó a todos.

Él hizo lo que ella había pedido, prestando su voz a la canción. Su madre siguió su ejemplo, y se unió al villancico en la siguiente estrofa, seguida por el resto de los invitados.

Giles apenas podía recordar la última vez que había disfrutado tanto de los villancicos. Quizás nunca lo había hecho. Por supuesto, había esperado con ansias reunirse y cantar cuando era niño, pero esa fue una experiencia totalmente única. Las Fiestas vistas a través de los ojos de un niño cuando todo tenía magia y cada día amanecía lleno de esperanza. Ahora era un hombre, completamente desarrollado y agriado por las experiencias de la vida.

Juliet cambió todo eso. Ella le trajo una nueva esperanza y llenó su vida de felicidad.

Cuando se tocó la última tecla y sus voces se desvanecieron, Giles se puso de pie y le tendió una mano.

—Seguro que estás sedienta. Acompáñame a tomar una copa, cariño.

Ella puso su mano en la de él.

—Desde luego.

La condujo hasta el aparador y luego le sirvió una copa de vino.

—Gracias por hacer que esta Navidad sea especial. —Echó un vistazo a la habitación—. Incluso a pesar de la interrupción de tus planes. Eres una anfitriona maravillosa y una esposa increíble. Creo que te debo un favor.

Un rubor intenso pintó las mejillas de Juliet.

—Puedes contar con que lo cobraré en el momento en que nos encontremos solos.

Él extendió la mano y le apartó un rizo de la sien.

—Eres mi ángel navideño. El mejor regalo que he recibido.

—¿Te decepcioné? —Se llevó la copa de vino a los labios y una leve sonrisa apareció en las comisuras de la boca.

—Nunca podrías decepcionarme, cariño.

Bebió un sorbo de vino mientras le dirigía una mirada coqueta.

—¿Estarías terriblemente decepcionado si usara mi lazo de seda roja esta noche?

Él se deslizó más cerca; su muslo presionaba el de ella.

—Puedes ponerte lo que quieras. O nada en absoluto. De cualquier manera, tengo la intención de hacerte gemir mi nombre.

—Eso es suficiente, Giles. —Su madre se acercó por detrás.

Él y Juliet se volvieron para encontrarse con ella, y él forzó una sonrisa de bienvenida a pesar de que lamentaba la interrupción. ¡Qué inoportuna!

—Deseo conocerte mejor, duquesa. —Pasó su brazo por el de Juliet—. Ven, querida.

Giles reprimió un gemido cuando su madre llevó a Juliet a un sofá cercano. Las siguió a regañadientes, luego se sentó en un sillón de respaldo alto junto a Thorne.

Bebió un sorbo de vino mientras su madre obsequiaba a Juliet con historias de sus travesuras infantiles y la acosaba con preguntas.

En ocasiones, Olivia o la condesa compartían chismes sobre Juliet y, cuando lo hacían, Giles prestaba mucha atención. Mientras tanto, anhelaba tener a su esposa a solas.

Pasaron las siguientes dos horas de la misma manera. Todos bebieron vino, se deleitaron con frutas y se rieron mientras intercambiaban historias y entablaban una conversación general. Incapaz de soportar un momento más, Giles se encontró con la mirada de Juliet.

—Ha sido un largo día.

Como si pudiera leer su intención, ella reprimió un bostezo.

—Me temo que estoy bastante cansada —señaló, y luego volvió su atención a la duquesa viuda—. ¿Nos disculpan?

La madre de él le dio unas palmaditas en la mano a Juliet.

—Por supuesto, cariño. —Se volvió hacia Giles y lo miró con expresión astuta—. Deja que la pobre querida duerma. Necesita descansar después de un día tan ajetreado.

Él asintió con la cabeza a su madre mientras Juliet se levantaba, aunque no tenía intenciones de obedecer su mandato.

El resto de la compañía también se levantó, y Giles y Juliet les dieron las buenas noches antes de que él la condujera fuera del salón. Mientras subían las escaleras, él tomó sus manos entre las suyas.

—La pasé muy bien esta noche.

—Como yo. —Ella sonrió—. Tu madre es bastante divertida.

—Ella es un dolor en el trasero —replicó Giles, y luego apretó la mano de Juliet un poco más fuerte—. Esa tontería que dijo sobre el sueño... —Volvió una mirada inquisitiva hacia Juliet. Quizás su esposa estaba exhausta. No la culparía si lo estuviera—. No necesitamos hacer el amor si estás cansada. Me contentaré con abrazarte.

Juliet negó con la cabeza.

—No tengo ninguna intención de dormir. No cuando te burlaste de mí tan implacablemente antes.

Él se llevó la mano al pecho.

— ¿Yo? —Fingió inocencia y agregó—: No soy yo quien sedujo en el salón. Vaya, todavía estoy duro al verte en ese trozo de seda roja.

—Bien. —Apresuró el paso, tirando de él hacia su dormitorio—. Entonces, estás listo para mí.

Quince

Dover, Inglaterra
Clear River Run
25 de diciembre de 1811

Giles alcanzó a Juliet y la tomó en sus brazos mientras abría los ojos.

—Feliz Navidad, cariño.

Juliet abrió los ojos lentamente en un parpadeo de pestañas antes de que su mirada se encontrara con la de él.

—¿Ya es de mañana? —preguntó, su voz pesada por el sueño.

—Así es. —Le dio un beso en la sien—. Aunque no me opondré si deseas permanecer en la cama.

Ella sonrió y se estiró antes de recostarse contra él.

—Me temo que nuestros invitados demandarán nuestra presencia. —Ella rodó lejos de él.

Giles la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

—Pueden esperar un rato. —Presionó su erección contra su cadera—. Pero me temo que yo no puedo.

—¿No tuviste suficiente de mí anoche? —preguntó, su mirada moviéndose a los restos del lazo en el que se había envuelto antes de acostarse.

—Nunca me cansaré de ti. ¿Aún no has llegado a esa conclusión?

Ella se rio.

—Lo hice; por suerte, nunca me cansaré de ti.

Giles se movió sobre ella, y se colocó entre sus muslos. Capturó sus labios mientras enterraba su pene en su húmeda vagina. Ella siempre estaba mojada por él, y era una de las muchas, muchas cosas que amaba de ella.

Ese sería el día en que le hablaría de sus verdaderos sentimientos.

El pensamiento lo excitó tanto como lo hizo estar unido a ella, y la besó más profundamente mientras empujaba dentro y fuera de ella.

Su esposa era un ángel y sabía que él no la merecía. Pero el destino le había sonreído y la había entregado en sus brazos. Ella era un regalo que nunca daría por sentado.

Besó su cuello antes de capturar su pezón y succionar el duro cogollo. Su grito de deseo lo impulsó mientras sacaba su pene y volvía a meterlo, llenándola por completo.

Juliet envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, y se inclinó para que él entrara más

profundo. Ella le siguió el ritmo, con los ojos vidriosos de deseo y gemidos que resonaban en el dormitorio.

Sus músculos internos se contrajeron, apretando su pene y, mientras gritaba su nombre, su liberación la atravesó.

Giles empujó unas cuantas veces más, y luego se derramó sobre ella en una explosión de éxtasis.

Con el cuerpo saciado, los hizo rodar, por lo que ella se posó encima de él. Su pene todavía estaba acurrucada en su calor. Ella yacía contra su pecho, sus corazones latían juntos mientras sus respiraciones trabajosas llenaban el dormitorio.

Giles le acarició el cabello con la mano mientras la sostenía. Ella era más de lo que jamás se había atrevido a soñar. Más de lo que tenía derecho a sostener. Con el corazón lleno a reventar, besó la parte superior de su cabeza.

—Tengo algo para ti.

—Ya me has dado tanto… —Ella presionó sus labios contra su clavícula.

Él la levantó y la acomodó en la cama a su lado.

—Tú mereces más. Eres digna de todo —afirmó mientras se levantaba de la cama.

—Tonterías —replicó mientras lo veía atravesar la habitación.

Él sacó una caja blanca alargada de su cajón y luego regresó a la cama.

—Lo quieras o no, esto te pertenece. —Sostuvo la caja.

Juliet se sentó y aceptó el paquete. Después de estudiarlo con curiosidad, volvió sus ojos azules hacia él.

—¿Qué es?

—Ábrelo y descúbrelo —la alentó. Giles contuvo la respiración mientras ella quitaba la tapa. Su pulso se aceleró cuando ella sacó la llave de la caja, y volvió su atención a él.

—¿Qué abre? —Se mordió el labio mientras esperaba su respuesta.

Giles tomó su mano y la apoyó contra su pecho.

—Mi corazón, cariño. Te pertenece ahora.

Los ojos de Juliet se nublaron con lágrimas no derramadas.

—Lo apreciaré siempre, Giles.

La atrajo hacia sí y capturó sus labios. Después de besarla profundamente, la miró a los ojos.

—Te amo, Juliet.

Una lágrima corrió por su mejilla al responder:

—Yo también te amo, Giles. Desde hace algún tiempo ya. Tenía miedo de admitirlo en voz alta.

Él besó la lágrima de su mejilla, y luego ahuecó su rostro en su mano.

—No tienes por qué temer, cariño. Tu corazón está a salvo bajo mi custodia.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Tu amor es el regalo más grande que he recibido. —Luego saltó de la cama y fue hacia su caja de baratijas—. Lo apreciaré y lo guardaré siempre.

Giles la observó mientras sacaba una cadena larga de la ornamentada caja plateada y luego pasaba la llave por ella.

Regresó a la cama y le tendió la cadena.

—Abróchalo para mí —le pidió y luego se la devolvió—. Quiero llevarla cerca de mi corazón. —Sus palabras llegaron al alma de Giles. Este colocó la llave de su corazón alrededor del cuello de Juliet, y luego abrochó la cadena. Incapaz de contenerse, arrastró sus labios por la parte posterior de su cuello y por su columna antes de mordisquear su exuberante trasero—. ¡Ah!

—chilló y saltó. Giles la capturó y la llevó de vuelta a la cama. Juliet se echó a reír cuando la atrajo hacia él; su espalda presionaba sobre la frente de él—. ¿Qué pasa con nuestros invitados? —preguntó ella.

—Pueden esperar hasta que le haya hecho el amor a mi esposa. —Agarró su cadera con una mano y la colocó de modo que la punta dura de su pene descansara contra su vagina. Ella se retorció, invitándolo a entrar, y él la tomó de nuevo.

Un reclamo lento nacido del amor y lleno de profunda emoción. El tipo de hacer el amor que marcaba el alma de uno y unía dos corazones.

Y mientras entraba y salía de ella, sabía que nunca la dejaría ir.

Estaba en casa: corazón, cuerpo, mente y alma.

Juliet era su todo.

Epílogo

Dover, Inglaterra
Clear River Run, seis meses después
25 de junio de 1812

Juliet echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que el calor del sol le bañara la cara. Era un día glorioso, y el primer día verdaderamente cálido que habían tenido desde que habían pronunciado sus votos. Para disfrutar del buen tiempo, Giles la había llevado a su lugar favorito: el claro.

Una vez le había dicho que el verano era su época favorita del año para visitar el estanque rodeado de bosques. También le había hecho una promesa escandalosa. Una que ella nunca había olvidado y que tenía toda la intención de cobrar.

Durante los seis meses de su matrimonio, los dos habían visitado el lugar con frecuencia. Sus visitas habían comenzado el día que la había llevado allí para recolectar muérdago y, desde entonces, habían regresado a patinar sobre hielo, observar la vida silvestre, pescar, remar y hacer picnic. Solo había necesitado una visita para que el espacio capturara su imaginación.

Pero, de todas las cosas que habían hecho allí, había una cosa que él le había prometido que todavía no habían hecho y que ella deseaba desesperadamente. Volviendo su mirada hacia Giles, preguntó:

—¿Crees que hace suficiente calor hoy?

Las motas verdes en sus ojos color avellana se oscurecieron cuando le mostró una sonrisa diabólica.

—Ven aquí, duquesa. —Dobló un dedo, llamándola hacia él. Juliet le dedicó una sonrisa pícara mientras se acercaba a él. Por un momento, se cuestionó la sensatez de hacer el amor al aire libre. Después de todo, los dos no tenían la mejor de las suertes cuando se trataba de asuntos escandalosos. O quizás la tenían. Fue un escándalo lo que los unió a los dos, y ella no podría estar más feliz. Giles era un esposo maravilloso. La amaba profundamente y la consentía sin fin. Entonces, ¿qué pasaría si causaran que las lenguas se movieran en ocasiones? Estaban enamorados. Y quería sentir el calor del sol en su cuerpo desnudo mientras él la penetraba. Giles la rodeó con sus brazos y la recostó para que se tumbara a su lado en la manta que habían extendido sobre la hierba—. Me preguntaba si recordabas mi promesa.

—Fue lo primero que pensé cuando sentí el calor del aire —admitió Juliet—. Te deseo, Giles. Quiero quedar al descubierto aquí en nuestro lugar. Necesito desesperadamente que me

tomes aquí.

Él pasó la yema del dedo por el escote de su vestido.

—¿Qué más quieres, cariño?

—Quiero sentir tu pene pesado y duro, llenándome —respondió sin una pizca de vergüenza ni de timidez. No había necesidad de tales emociones entre ella y Giles. Eran amigos, amantes, almas gemelas. Con él, ella estaba completamente a gusto y era libre de decir y hacer lo que quisiera sin temor a ser juzgada.

De hecho, su esposo alentaba su naturaleza desenfrenada. Se atrevería a decir que incluso se deleitaba con eso, ya que a menudo la animaba a comportarse de esa manera.

—¿Y qué hay de mis manos, duquesa? —preguntó, su voz llena de deseo.

Juliet tragó saliva y cerró los ojos.

—Quiero que me toques en todas partes. Y quiero que me beses también. Enciende mi sangre, Giles.

—Eres una mujer traviesa, cariño. —Él le llevó su mano a la caída de sus pantalones y la colocó sobre su pene duro—. ¿Ves lo que me haces?

Ella curvó sus dedos alrededor de su erección; su vagina palpitaba de necesidad mientras lo acariciaba.

Giles echó la cabeza hacia atrás y gimió. El sonido primario de su pasión llenó el claro y ella se quedó quieta.

—¿No crees que nos atraparán?

—Es demasiado tarde para preocuparse ahora. No después de que me hayas puesto tan frenético —contestó, y luego capturó sus labios con los suyos.

Toda la inquietud huyó de su mente cuando los labios de Giles tomaron los de ella. Presionó su pene duro contra ella, y sus dedos la exploraron mientras saqueaba sus labios. Su beso, su toque, envió un intenso placer claro a su médula.

Las sensaciones la dejaron completamente indefensa de la manera más deliciosamente traviesa. Su lengua se paró con la de él en igualdad de condiciones mientras él trabajaba para desatar su vestido.

Desesperada por la necesidad, pasó los dedos por su abdomen y más abajo, trazando los duros contornos de su erección antes de alcanzar la caída de sus pantalones. El deseo de sentir su piel cálida y satinada la volvió loca mientras trabajaba para liberar su pene.

Él dejó un rastro de besos por su garganta hasta sus pechos mientras le quitaba el vestido. Giles chupó y lamió sus tiernos pezones mientras empujaba su vestido hacia abajo.

Juliet gimió de placer cuando la mano de él se posó en su montículo. Ella corcoveó, animándolo a tocarla donde más lo deseaba.

Sus labios quemaron un rastro cada vez más bajo hasta que se detuvo para frotar su vientre ligeramente redondeado. Esperaban a su primer bebé para noviembre, y su cuerpo mostraba la evidencia. Se mordió el labio por un momento y luego preguntó:

—¿Me hace menos atractiva?

Giles levantó la cabeza hasta que su mirada se clavó en la de ella.

—Estás tan deslumbrante como siempre. Te deseo tanto, si no más, ahora que nunca. —Como para probarlo, se inclinó y colocó la cabeza entre sus muslos. Capturó la pequeña perla en la parte superior de su sexo entre sus labios y succionó la tierna protuberancia.

La lujuria candente la tomó en sus garras, y su momento de duda dio paso a la pasión que la envolvió por completo. Ella enredó sus dedos en el cabello dorado de su esposo y lo mantuvo en su lugar mientras se retorcía debajo de él. Juliet gimió y suspiró su nombre como una bendición

mientras él trabajaba su lengua traviesa entre sus muslos.

Giles lamió y succionó hasta que su pasión alcanzó un punto febril, luego deslizó un dedo en su vagina, casi enviándola al borde.

Ella tiró de su cabello, instándolo a que se alejara de su sexo.

—Ven conmigo. Quiero deshacerme contigo enterrado profundamente dentro de mí.

Giles se alejó lo suficiente para quitarse la camisa por la cabeza y luego los pantalones. Luego se colocó entre sus piernas, con su pene duro y caliente presionado contra su vagina. Tomó su boca en un beso hambriento mientras la empujaba.

Impulsada por una necesidad imparable, ella se retorció contra él; sus dedos se clavaron en su espalda y las piernas se envolvieron con fuerza alrededor de sus caderas. La urgencia que sentía la empujaba cada vez más cerca del borde del deseo mientras él empujaba más rápido, más profundo.

Cuando su orgasmo la reclamó, arqueó las caderas hacia arriba, atrayéndolo más profundamente y echó la cabeza hacia atrás en un gemido. Ola tras ola de puro deleite la recorrió mientras se aferraba a Giles, con los latidos del corazón rápidos y la respiración entrecortada.

Él tomó su propio placer, y encontró su liberación poco después; luego la abrazó.

Juliet cerró los ojos y se deleitó con la satisfacción de su relación sexual mientras el sol besaba sus lugares más privados. El canto de los pájaros llenaba el aire, y el viento soplaba suavemente sobre su piel caliente. Lo mejor de todo era que Giles estaba a su lado, su piel pegada a la de ella sin barrera entre ellos.

“Es el Paraíso”, pensó ella. Giles y el amor que compartían era su idea del Paraíso. Y pensar que había tenido miedo de amarlo. Pensaba que él era incapaz de amarla.

Ella se había equivocado con él y con su futuro juntos. Juliet suspiró mientras se preguntaba si alguien alguna vez se había sentido más feliz por estar tan equivocado. Movió la cabeza para descansar contra su pecho; la llave que llevaba alrededor de su cuello estaba metida entre sus pechos mientras los latidos de su corazón llenaban su oído.

Juliet sonrió con el corazón lleno de alegría.

—¿Giles?

—Sí.

—Te amo —expresó con tono lleno de ternura.

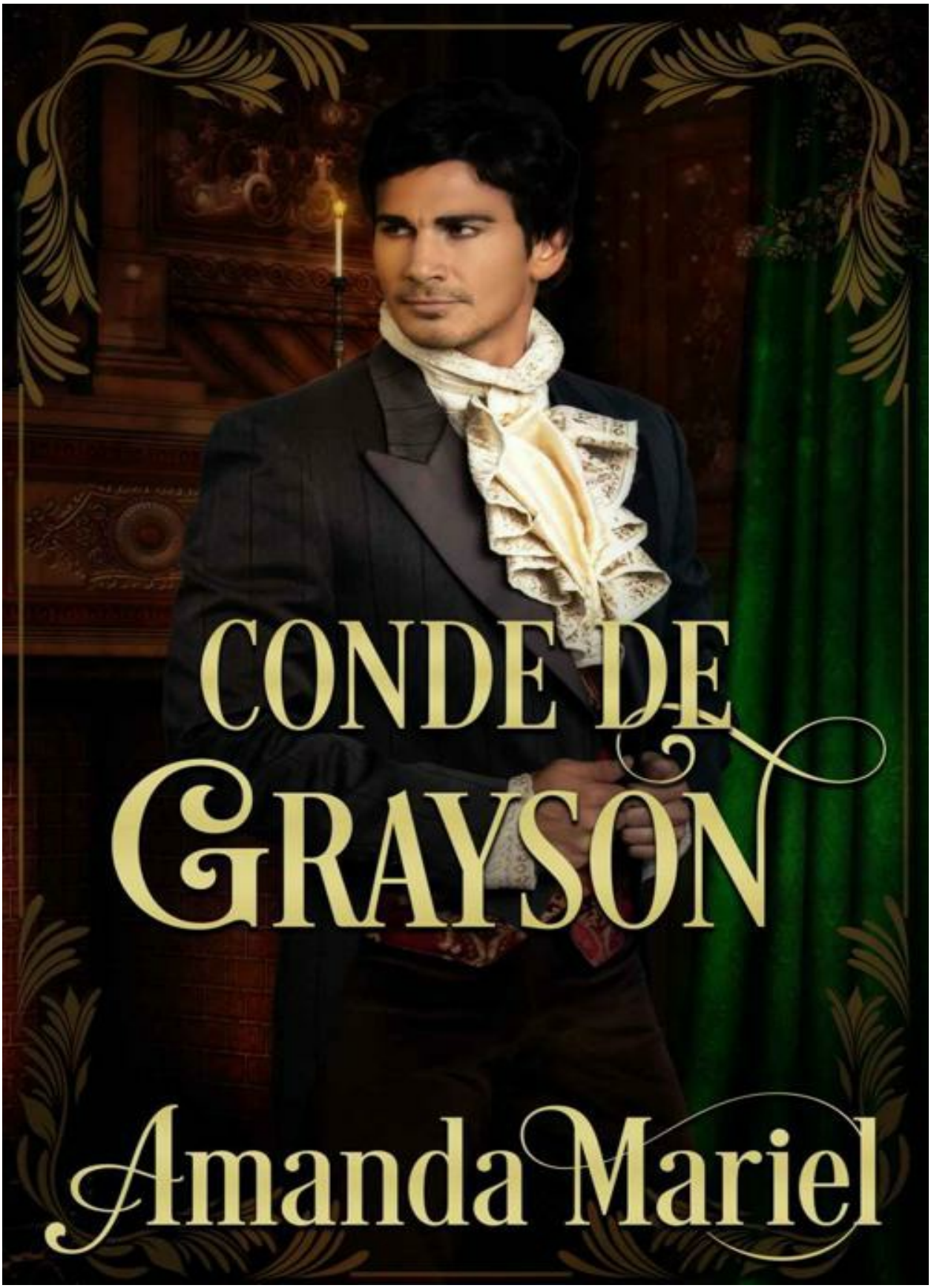
Acarició de arriba abajo la piel desnuda de su espalda.

—Yo también te amo, querida.

Y ella sabía que era verdad.

Contra todo pronóstico, Giles había resultado ser su pareja perfecta. Y pronto, darían la bienvenida a su bebé al mundo. Juliet nunca se había sentido tan completa. Tan absolutamente completa y amada.

Después de todo, parecía que el destino sabía lo que estaba haciendo.


CONDE DE
GRAYSON
Amanda Mariel

Tammy, ¡gracias por invitarme a ser parte del Wicked Earls's Club! Siempre valoraré tu amistad y camaradería.

Capítulo Uno

Damien Archer, conde de Grayson, se reclinó en un sillón de cuero con una copa de brandy firmemente sujeta en la mano. El Wicked Earls' Club rebosaba de clientes esa tarde, y Damien estaba complacido de estar ahí. Con los años, el club se había convertido en un segundo hogar para él. Pasaba numerosas horas en la seguridad de sus muros, apostando y departiendo con mujeres y alcohol. No quería imaginar cómo sería la vida sin su club.

"No puedo creer que otro haya entregado su llave voluntariamente". Damien sacudió la cabeza. Parecía que un conde tras otro había desaparecido de esos muros en los últimos meses.

Benton, que estaba sentado frente a Damien, dio vueltas a su licor en su vaso. "¿Quién crees que será el siguiente?".

"Mientras no sea yo, me importa un cuerno". Davenport bebió un trago de su whisky y estiró las piernas delante de él mientras se reclinaba en el sillón al frente de Damien.

Demasiados condes habían dejado el club últimamente, Sussex, Westcliff y Basingstoke, entre otros. Los había mordido el amor y luego eligieron casarse. La consecuencia era que debían entregar sus insignias y llaves y dejar el club —para siempre.

Damien nunca hubiera optado por eso. "Secundo eso, Davenport", dijo Damien. "Es más, si alguna vez soy tan estúpido como para considerarlo, por favor, llévenme al bosque y denme un tiro de una vez".

Benton abrió los ojos un instante y luego soltó una risita. "No querrías que cumpliéramos ese deseo si realmente te enamoraras".

"¡Jamás me enamoraré!". Damien vació su copa, luego pidió con señas que la volvieran a llenar.

"¿Qué sabes del amor?", preguntó Davenport a Benton.

"Solamente que hace que un hombre pierda todos los sentidos". Benton echó un vistazo al enorme ventanal. "Es difícil de creer que una falda cualquiera creara tanto caos, pero lo vemos una y otra vez".

Damien sacudió la cabeza y se paró. "Con demasiada frecuencia para mi gusto".

"¿A dónde vas?", preguntó Davenport, con una ceja levantada.

"No querrías saberlo". Damien se alejó y los dejó intrigados. Hubiera podido decirles que iba a casa, pero ¿por qué decepcionarlos? Seguramente esperaban algo muy diferente, como una casa de mala reputación, una amante o apuestas. La verdad es que se iría a hacer algo loco y temerario si no estuviera tan cansado.

Contuvo un bostezo al salir del Wicked Earls' Club. Había pasado la noche anterior de juerga con Edgemore. Luego, tras dormir unas cuantas horas, fue al club. Ahora se daba cuenta de que necesitaba dormir más. Tal vez luego de una siesta encontraría más diversión donde participar.

Luego de dar instrucciones a su conductor, Damien se acomodó en el acolchado asiento del carruaje y permitió que sus ojos se cerraran. Poco después, el carruaje se abrió paso a empujones y tomó el largo recorrido a su mansión de Mayfair. Se enderezó, ajustó su abrigo cuando el transporte se detuvo.

No perdió tiempo con la intención del carruaje de llegar a la puerta y, más importante, a su cama. A medio camino, el sonido de cascos llamó su atención. Damien miró hacia el camino de grava y dejó salir un suspiro de alivio.

Dos mujeres montadas de blanco se acercaron a él.

¿Quién cuernos eran y qué querían?

Damien miró a las jinetes, intentando descifrar sus rasgos. Se centró en la que iba adelante. Cuando la tuvo a la vista, todo el aire salió de sus pulmones como si alguien lo hubiera golpeado en el estómago. Se olvidó de la acompañante cuando la incredulidad y el golpe cayó sobre él —y lo sacudió hasta la médula.

Lady Charlotte Lawson —rubios rizos se balanceaban mientras su pequeño cuerpo iba cómodamente sentado en su montura. Hubiera apostado que sus ojos azules destellaban con alegría, pero no pudo estar seguro pues no los veía. De todas las mujeres que podían ir a su entrada, era ella —su Charlotte.

No, ya no. Había dejado de serlo hacía años. ¿Por qué estaba ahí? ¿A él le importaba?

Charlotte jaló las riendas, fue más lento hasta hacer que el caballo se detuviera. “Tenía la esperanza de encontrarte acá”. Sonrió encantadoramente, con los ojos destellando, tal como se los había imaginado.

Ella se movió en su silla y lo inmovilizó bajo su mirada. “No te quedes ahí parado, Damien. Ven, ayúdame a bajar. Debo hablar contigo de inmediato”.

Momentáneamente incapaz de hablar o moverse, se arriesgó a mirar a la otra jinete. La hermana de Charlotte, lady Elizabeth, o más bien, lady Oxford pues se había casado, había retrocedido varios metros detrás de Charlotte.

“Bien”, dijo Charlotte, con la voz llena de impaciencia.

Damien respiró profundamente a medida que se acercó, sosteniéndole la mirada. “¿Por qué estás aquí?”.

“Ayúdame a salir de esta silla, y me sentiré encantada de ilustrarte”. Dejó caer las riendas impacientemente, y las dejó colgadas alrededor de los hombros del caballo. “¿O debo saltar para bajar?”.

¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que habló con ella? ¿Diez? ¿Doce? La había visto *mucho;* en bailes, musicales y otras actividades ocasionales también, pero no había hablado con ella —ni una palabra desde el día que la dejó ir.

Había sido lo mejor en ese momento —seguía siéndolo. “No necesito escucharte”. Damien giró y empezó a caminar hacia la protección de su hogar.

“Espera, esto es importante”, lo llamó Charlotte.

Un momento después, el sonido de botas femeninas que corrían por su entrada atacó sus orejas. Maldita sea. ¿Por qué no se iba? Antes de que pudiera reaccionar, ella lo alcanzó y lo tomó del brazo.

“No permitiré que te alejes de mí. Esta vez no, Damien”. Irradiaba determinación.

Él sostuvo su mirada, todo fuego y furia, e hizo que el azul cielo de sus ojos crujiera. “Ya es un poco tarde para estar furiosa, ¿no te parece?”. Él soltó su brazo. “Vete a casa, Charlotte”.

“No puedo. Por lo menos no hasta que me hayas concedido una audiencia”.

Mientras hablaba, la desesperación se filtró en su mirada. Tal vez no le había entendido. Esto

no tenía nada que ver con su pasado. ¿Podría tener algún problema? Damien cruzó los brazos sobre el pecho y resopló. “Muy bien. empieza a hablar”.

“¿Podemos entrar primero?”. Charlotte echo un vistazo a la gran puerta de roble que el empleado de Damien sostenía abierto. “Es un asunto delicado”.

“¿Delicado?”. Arqueó una ceja y la estudió.

“Sin duda”. Las mejillas se le encendieron, pero mantuvo su determinación.

Dios, ¿ habría quedado embarazada? Pasó la mirada por las conocidas curvas de su cuerpo. Mataría al desgraciado, haría que lo descuartizaran y que lo arrastraran por las calles. Damien tomó el codo de Charlotte y le condujo dentro de la casa, por el pasillo y hasta el recibidor.

Cerró la puerta detrás de ellos antes de voltear hacia ella. “¿Quién te hizo esto?”.

“¿Qu… qué?”. Sus ojos se abrieron.

“¿Quién es el maldito libertino que se aprovechó de ti? Haré que lo castiguen”. Damien se inclinó con tono letal. “Sufrirá, te lo prometo”.

Charlotte movió su mentón. “El único hombre que se ha aprovechado de mí… has sido tú”.

Damien le soltó el codo y caminó por la habitación. Gracias a Dios se había equivocado. La sola idea de que alguien la hubiera desgraciado le hizo hervir la sangre. Fue por esa razón que se había alejado de ella hacía tantos años.

Charlotte no era ligera de cascos —era una verdadera dama pura en busca de esposo. Él no se casaría nunca y, por lo tanto, nunca la merecería.

“Dime, Damien, ¿has sufrido?”. Su voz resonó por el lugar.

Él ignoró el hachazo de culpa y la manera en que el latido del corazón parecía saltar con sus palabras. “Deja los juegos, Charlotte”. Cuando llegó a la chimenea, se volvió hacia ella. “Dime, ¿por qué diablos has venido?”.

Charlotte levantó el brazo, incómoda con el adorno del corpiño de su traje de montar. “Quiero que me enseñes a seducir a un hombre”.

Él tragó fuerte, llevó su atención de vuelta a la cara de Charlotte. “¿Puedes repetir eso?”.

No podía estar pidiéndole lo que pensó que le estaba pidiendo. Era inconcebible. Impropio. Nada que pudiera decir la Charlotte que conocía.

Ciertamente, no era un pedido que una dama bien criada debía hacer. Estrechó la mirada mientras hallaba palabras en sui mente.

“No puedo pensar en nadie más apropiado que tú para la tarea. Después de todo, eres un reconocido libertino”. Dio unos lentos pasos hacia él. “Además, sé lo persuasivas que pueden ser tus habilidades”.

Esto debía ser un ardid. No podía descifrar otra explicación. “No puedes hablar en serio, Charlotte”.

“Te aseguro que sí”. Levantó el mentón, con cara desafiante.

Damien fue a pararse delante de ella, la quemaba con la mirada. “¿Por qué?”

“Quiero encantar a los caballeros, por supuesto”. Desvió la mirada a la ventana y suspiró.

“No eres de ese tipo”. Damien dijo mecánicamente. La sola idea de que un hombre la tocara, la llevara a la cama, le hizo querer estrangular a alguien.

Su atención volvió a él. “Sí que lo soy”.

No, no lo era —nunca lo había sido. Tampoco era una mojigata. Había podido quitarle esa virtud fácilmente años atrás. Se le había ofrecido, estuvo dispuesta a darle cada parte de su ser. Había estado enamorada de él. Planeó un futuro a su lado como su esposa.

Él sacudió la cabeza. “¿Por eso has traído a tu chaperona?”.

“Está acá para asegurarse de que no lleves las lecciones demasiado lejos. Una medida de

seguridad". Charlotte volvió a mirar por la ventana a donde su hermana seguía sobre su montura. "Ya ves, no tengo ganas de que me arruines. Solamente quiero aprender cómo tentar a un hombre, no llevarlo a la cama".

Su tono lo cortó cuando dijo las últimas palabras. No confiaba en él y albergaba rabia por el pasado. De todas maneras, lo había buscado para pedirle ayuda. Cerró los ojos mientras se frotaba la frente entre sus dedos. "Si acepto, ¿qué esperas lograr con tu nuevo conocimiento?".

Charlotte le sonrió. "Casarme".

Él se rio. "No soy de ese tipo".

"No eres lo que busco. Estoy rodeada de caballeros muy adecuados. Espero ganar el interés y afecto de uno de ellos antes de volverme una solterona irrevocable. Y además, me la debes".

"¿Te la debo?". Se le apagó la sonrisa.

"Sin duda, claro que sí. Te di mi corazón hace años. Pasé mis años más casaderos añorándote, esperando que volvieras a mí. ¿Sabes cómo me decían?". No espero que le respondiera antes de seguir. "La debutante inalcanzable".

"No me disculparé", dijo Damien. La había amado lo suficiente como para dejarla casta. Ella no lo haría sentir mal por su decisión, él sabía que había hecho lo mejor para los dos.

"Para cuando acepté que no volverías a mí, había ganado la reputación de rechazar pretendientes, y me quedé como la debutante inalcanzable desde entonces. Ahora me acerco a los 29 años sin prospectos". Hundió los hombros. "No es mi deseo pasar mi vida sola".

Cómo quería tomarla en sus brazos y besarla en ese preciso momento. La imagen de su piel suave, color crema desnuda para él destelló frente a su mente cuando se acercó, y se detuvo casi a punto de tomarla en brazos.

Mierda, pasar tiempo con ella prácticamente lo mataría, pero ¿cómo podría negarse? Se lo *debía*. "Déjate de pucheros, ganaste".

Una enorme sonrisa le iluminó el rostro. "Gracias, Damien, gracias, gracias, gracias". Lo abrazó, y apretó sus senos contra el pecho de él. "¿Cuándo comenzamos?".

Damien retiró sus brazos que lo rodeaban y retrocedió. No confiaba en sí mismo tan cerca de ella. "Esta noche, en Brighton Ball. No tenía planeado asistir, pero como eres una de las invitadas, iré a observar tus interacciones. Después podré determinar la mejor manera de ayudarte en tus esfuerzos".

Ella lo miró con la cabeza inclinada y estrechando los ojos. "Ya te dije cómo ayudar. Debo aprender a seducir a un hombre".

Dios bendito, ojalá dejara de decir eso. Cada vez que su boca articulaba palabras, él solamente quería tomarla. Sacudiendo la cabeza, dijo: "La seducción solamente te llevará a la ruina. Lo que necesitas es encantar a los caballeros, captar su interés y que sepan que estás disponible para casarte".

Ella sacó su lengua y se mojó los labios. "Muy bien. Te veo esta noche".

Damien hizo su máximo esfuerzo para ignorar la incomodidad de su virilidad que presionó sus pantalones cuando ella se dio la vuelta para salir de la habitación. ¿Cómo no se había dado cuenta ya del efecto que causaba en un hombre? Era todo lo que podía hacer para no forzarla.

Charlotte poseía gran belleza, un verdadero diamante de primer orden. Sus colores ligeros, talle pequeño y curvas femeninas fue lo primero que lo atrajo a ella. Pero tenía ingenio y encanto y un alma tierna. Esos atributos casi le habían robado el corazón.

¿Sería aún susceptible a sus encantos? ¿Se ponía en peligro por aceptar sus planes?

Mierda, dejó salir un jadeo al tomar su licorera con brandy.

Cuanto antes hiciera que se casara, mejor.

Capítulo Dos

Mientras Charlotte salía del salón de Damien, su mente regresó a su última reunión clandestina. Aún podía sentir sus brazos rodeándola, su tranquilo aroma masculino, y nunca podría olvidar la fría mirada afligida que le lanzó cuando la rechazó.

Esa noche, once años antes, se había escabullido de la fiesta para verlo en privado. No había agitación en su columna, ni estaba con el alma en un hilo. En cambio, la emoción por el futuro la habían embargado con una poderosa ansia de estar con el hombre que amaba.

Había estado decidida a entregarse a Damien — en cuerpo y alma. No había razón para esperar, pues estaba segura de que pediría su mano pronto. ¿Cómo no sería así? Pasaban juntos cada momento que podían y aprovechaban todas las oportunidades para estar solos, y a veces se deslizaban a rincones oscuros.

Cuando ella entró en la terraza interior, corrió a sus brazos. Damien la acercó y frotó su nariz contra el moño que ella llevaba.

“Debo hablarte con total seriedad, Charlotte”. Las lejanas retumbaron en ella.

Charlotte había alzado el mentón para mirarlo. “También tengo algo que decirte”. Ella empezó a besarlo en el cuello antes de frotar su cara en su piel caliente y murmurar: “Te amo, Damien. Ya no quiero esperar más. Hazme el amor”.

Cuando levantó el mentón para mirarlo a los ojos, él acercó su boca en un beso violento. Eso provocó en ella una ráfaga de pasión y se oprimió contra él. Cuando finalmente se separaron, se había aferrado a él con el corazón estallándole de amor, llena de expectativa que le cosquilleaba mientras esperaba una declaración de amor —una propuesta de matrimonio.

En cambio, él le anunció su intención de no casarse nunca — y le destrozó el corazón.

Cuando el recuerdo se desvaneció de su mente, el dolor la aguijoneó como si hubieran pasado minutos y no años. Tal vez estar en sus brazos de nuevo había abierto la vieja herida. No debió haberlo abrazado, sin importar cuánto agradeciera su ayuda.

Pero, podía ser que le molestara no saber por qué había actuado así. Nunca le dio una explicación —no hubo cierre.

Años antes, la noche en que le destrozó los sueños, no le había dado razón alguna para su rechazo. Simplemente le dijo que no iban a estar juntos y la dejó parada, sola, en la terraza interior, con los labios ansiosos de un beso y sueños rotos.

Tomó su falda con ambas manos mientras subió los escalones del pórtico. Por más que quisiera salir corriendo, debía conservar la compostura. Debía hacerlo así, Elizabeth estaba mirando y, hasta donde sabía, Damien también.

En los años desde su separación, Charlotte había pasado incontables horas buscando noticias de él en las columnas de chismes, y más horas todavía llorando en su almohada. Al final, el

corazón se le había endurecido y todo su amor se convirtió en odio. Lo último que había esperado al verlo esa tarde era sentir todas esas heridas de nuevo. Estaría condenada si permitía que otra persona descubriera cómo la afectaba.

Por el amor de Dios, después de lo que le había hecho, no debería tener sentimientos tan apasionados por él — y menos sentimientos tiernos. ¿Qué le pasaba?

Charlotte avanzó hacia su caballo, apretando su ropa de montar con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Tal vez pedirle ayuda había sido un error. Sin importar eso, no se le ocurrió otros medios para sus fines. Se había puesto en acción y tenía todas las intenciones de seguir. En lo referente a Damien, debía mantener distancia emocional para protegerse, pero era el adecuado para ayudarla.

Con la ayuda de un lacayo, se subió a su montura. Lanzando una mirada a su hermana, tomó las riendas y partió con su caballo a medio galope. La brisa que generó su rápido paso la calmó mientras guiaba a su caballo hacia afuera de la pista de grava.

"¿Debemos ir tan rápido? ¡No quiero romperme el cuello!", gritó Elizabeth, mirando a Charlotte.

En vez de responderle, Charlotte simplemente aceleró el paso de su montura.

Elizabeth la alcanzó, y lanzó una mirada escudriñadora a Charlotte. "Anda más despacio y cuéntame cómo te fue con lord Grayson".

"Regresemos a casa primero. No vaya a ser que alguien nos vea y se ponga a esparcir chismes sobre nuestra salida". No le hizo caso a su hermana y puso toda su atención al camino que tenía por delante.

Charlotte todavía no estaba lista para discutir el éxito de su reunión por temor de que Elizabeth viera a través de su angustia. Elizabeth le había advertido que ver a Damien podía remover antiguas emociones, pero Charlotte había insistido que no quedaba amor. No estaba lista para disfrutar del regodeo de su hermana. Tal como estaba todo, estarían en casa demasiado pronto para el gusto de Charlotte.

Luego de alejarse bastante de Damien, Charlotte redujo la velocidad de su caballo y recorrieron el resto de la distancia en compañerismo y silencio. Elizabeth siguió a Charlotte desde los establos y a la casa antes de volver a hablar.

"¿Ahora me puedes decir qué te pasó donde lord Grayson?". Elizabeth siguió a Charlotte, que subía las escaleras. "¿O debo adivinar?".

"Le pedí ayuda y aceptó". Al llegar a lo alto de la gran escalera, Charlotte tomó el corredor que la llevaba a sus habitaciones. Esperaba que Elizabeth siguiera su propio camino sin mayor conversación. Claramente, no iba a tener tanta suerte, pues su hermana la había seguido por las escaleras.

"Maravillosa noticia, ciertamente. Tu apresurada partida me hizo temer que se hubiera negado".

Charlotte entró a su dormitorio con Elizabeth pisándole los talones. Se volteó hacia su hermana y dijo: "Voy a tomar un baño y tal vez una siesta antes de la fiesta". Debió bastar para enviar a Elizabeth fuera, pero Charlotte no iba a lograr un escape fácil.

Suspiró cuando su hermana se sentó en un sillón. "¿No te vas a preparar para la fiesta? Seguramente tu esposo te espera pronto en casa".

"No me importa". Elizabeth se quitó los guantes y los puso en su regazo. "Quiero escuchar cómo planea ayudarte lord Grayson".

Charlotte lanzó su tocado a la cama, caminó por la habitación y tocó para llamar a su doncella. Con la espalda vuelta a Elizabeth, dijo: "Planea ir hoy a la fiesta y observar mis

interacciones”.

“¿Y después qué?”, preguntó Elizabeth.

Charlotte se volvió hacia su hermana. “Luego determinaremos la mejor manera de ayudarme”.

“Estuviste con él demasiado tiempo. ¿Qué te hizo demorar tanto?”. Elizabeth la miró fijamente con suspicaces ojos azules. “¿Te obligó a rogar? O, peor, ¿trató de tomarse libertades contigo?”.

Charlotte cubrió su falda. “No… no exactamente”. Miró hacia la ventana. ¿Cuánto se atrevería a contarle a Elizabeth? Volvió su atención hacia su hermana. “Fue peor que eso. Hizo que le explicara mi motivación y mi razón para recurrir a su ayuda”.

La mirada de Elizabeth se suavizó y se puso al lado de Charlotte. “¿Estás segura de que quieres seguir con este plan? No quiero verte lastimada. Estoy segura de que podrás encontrar una buena pareja sin la interferencia de lord Grayson”.

Elizabeth había estado al lado de Charlotte todos los años que tuvo el corazón roto, y sabía muy bien que Charlotte lo había superado. No culpaba a su hermana por albergar temores ahora. En verdad, Charlotte también estaba inquieta. “Estoy decidida a encontrar un esposo”.

“Lo sé muy bien, querida”. Elizabeth pasó el brazo alrededor de los hombros de Charlotte. “Pero ¿estás segura de que quieres que lord Grayson te ayude en este asunto?”.

“No hay nadie mejor para la tarea”. Charlotte le dio una brillante sonrisa. Esperaba parecer alegre, más que alguien que iba temerosa y obligada. “Ahora ándate para que pueda prepararme para la fiesta. Después de todo, promete ser una noche importante”.

Elizabeth abrazó ligeramente a Charlotte antes de soltarla. “Te veo esta noche”.

Ciertamente, Charlotte vería a mucha gente — incluido Damien. Su traicionero corazón se aceleró al ver partir a Elizabeth. ¿Damien bailaría con ella? ¿La encontraría deslumbrante en su nuevo vestido?

Lanzó un suspiro, sacudió la cabeza ante su tonta reflexión. Le había roto el corazón. No le importaba qué hacía o pensara Damien en este momento, en tanto la ayudara.

Capítulo Tres

Damien miraba a Charlotte sentada al borde del salón con las feas de la fiesta y otras solteras. Había estado ahí toda la noche, firmemente enraizada a su silla como los helechos que decoraban el salón de baile a sus macetas. No era sorpresa que no tuviera pretendientes cuando ella misma no trataba de interactuar. Nada de miradas curiosas, ni sonrisas de bienvenida, nada que indicara disposición de mezclarse con los otros invitados.

¿Qué le había ocurrido a la vivaz belleza a la que alguna cortejó? Era una imagen adorable en su vestido de baile de color claro, pero faltaban las sonrisas brillantes y los ojos centelleantes. Charlotte iluminaba el salón de bailes con su radiante sonrisa y su cautivadora risa. Ahora, su luz parecía haberse extinguido, con un aspecto tan soso como una habitación a oscuras. No le extrañaba que los caballeros no se le acercaran. Entre su expresión aburrida y su postura tiesa, parecía muy severa — nada acogedora, a pesar de ser la más atractiva de las damas presentes.

Después de ver suficiente, Damien caminó por la amplitud del iluminado salón. Debía sacarla de esa silla si quería ayudarla a lograr encontrar un esposo. Avanzó entre la multitud, entrando y saliendo de grupos de personas y helechos en macetas, luego tomó dos copas de champán de una fuente antes de acercarse a Charlotte.

Cuando llegó a donde estaban las feas y metió una de las copas en la mano de Charlotte. “Bebe”.

Lo miró con enormes ojos celestes. “No, no quiero”.

Él puso su copa sobre sus labios y vació el champán de un largo sorbo antes de clavarle la mirada. “Bébelo”.

Charlotte le devolvió la mirada un momento, pero lo imitó y bebió todo el contenido de un solo trago. Devolviéndole la copa, le dijo: “¿ya estás contento?”.

“No”. Estiró su mano y tomó la de ella, luego la sacó de su silla. “No puedes quedarte sentada ahí toda la noche y esperar llamar la atención”.

“¿Qué me harás hacer cuando nadie se ha apuntado a mi tarjeta de baile?”, protestó mientras la sacaba de la pared. “Tampoco los puedo obligar”.

“No los culpo”. Damien se detuvo en la pista de baile y la jaló hacia sus brazos.

Charlotte lo miró. “¿Qué estás haciendo?”.

“No te has movido de esa silla toda la noche”.

“No recuerdo que hayas sido tan ridículo”.

“Y yo no te recuerdo como una fría estatua de mármol”. Damien la hizo girar, luego la llevó de nuevo a sus brazos mientras guiaba los pasos de baile. “No puedes esperar que un caballero se te acerque cuando no haces nada para atraer sus atenciones”.

Charlotte cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, lo miró directamente. “¿Qué sugieres que

debí hacer?”.

“Para empezar, podrías sonreír”. Damien siempre había adorado esa sonrisa. La manera en que sus gruesos labios rosados se separaban para revelar las perlas perfectas que eran sus dientes, mientras las manzanas de sus mejillas se alzaban siempre le había quitado el aliento. Su mirada se posó en sus carnosos labios y se quedó deseando probarlos una vez más. Llevó ese pensamiento a las profundidades de su mente y dijo: “Anda, regálame una sonrisa”.

Obtuvo una tímida sonrisa.

“Más radiante”.

Sus labios se abrieron, las comisuras de los labios subieron.

“Sí, así”. Le giró otra vez, luego la llevó de vuelta a sus brazos. “Después, no te debes sentar con las feas”.

“¿Y qué sugieres que haga?”.

“Recorre el salón, anda a la terraza y respira algo de aire fresco, date una vuelta por la mesa de canapés. Por el amor de Dios, haz algo diferente a lo que has estado haciendo”.

Se mordió el labio inferior, la luz de sus ojos de opacó. “Me esforzaré en intentar”.

A Damien se le encogió el corazón pues sabía que la había lastimado. De todas maneras, si iba a ayudarla, debía ser honesto. De alguna manera, debía volver a traer a la antigua Charlotte de nuevo a la superficie. “¿Qué te sucedió? Estas cosas eran como una segunda naturaleza para ti”.

Ella no respondió — no con palabras, al menos. pero la mirada distante de sus ojos azul claro hablaron a gritos. Había hecho más que romperle el corazón —había destruido su confianza. Damien sintió el corazón pesado. Lo último que había querido era lastimarla, y hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto la había herido.

Qué sinvergüenza había sido — seguía siendo. Ya no. Haría lo que fuera para hacer que recuperara su confianza y su vivacidad.

“Charlotte”. La voz salió apenas más audible que un susurro.

Ella puso su atención en él, lo miró vacilante a través de la gruesa capa de pestañas.

“Eres una mujer hermosa, y por lo que recuerdo, bastante capaz de ser encantadora e ingeniosa cuando quieres. Solamente necesitas mostrarlo y tendrás tanto pretendientes que no sabrás que hacer con todos”.

Rio, una genuina sonrisa la superó. “Eres muy amable al decir eso”.

“Y cada palabra va en serio”. El cuarteto tocó las notas finales de la pieza, y Damien llevó a Charlotte de la pista de baile a donde estaba su hermana. Se inclinó. “Buenas noches, lady Oxford”.

“Veo que ha encontrado a mi hermana, lord Grayson. Espero que haya disfrutado su baile”. Elizabeth agitó su abanico de seda.

“Ciertamente, y ahora se la devuelvo”. Antes de que Charlotte pudiera soltarse de su brazo y alejarse, él se inclinó y susurró: “Quédate aquí”.

Ella asintió, y se volvió a su hermana mientras él las dejaba. Ahora que estaba lejos de esa silla, debía estar seguro de que no volviera ahí. Había una manera de garantizar que ella se quedara entre la gente en vez de aislada en un rincón.

Damien se alejó de las hermanas con un plan en mente y buscó en el salón a su ayudante planeada. Vio a la duquesa de Goodwin y caminó por el salón.

“Su Excelencia”. Le dio una sonrisa pícara y se inclinó.

La duquesa sonrió, los ojos la bailaban. “¿Qué estás haciendo acá?”

“Disfrutando el baile, por supuesto”.

“Nunca asistes a estas cosas sin una buena causa. Cuéntame en qué andas”. Le lanzó una sonrisa ladeada antes de beber su champán.

“Nunca puedo engañarla”. Le lanzó otra encantadora sonrisa. Él no reveló su razón para estar ahí. La duquesa era reconocida chismosa, algo que pretendía usar para su ventaja — no al revé. “He escuchado que la debutante inalcanzable busca esposo”.

“¿Es así?”. Su Excelencia buscó por el salón hasta donde Charlotte estaba al lado de lady Oxford. “¿Cómo es que recién me entero?”.

“¿De verdad?”. Le levantó una ceja con fingida sorpresa. “Normalmente, usted está entre los primeros en enterarse de esos chismorreos”.

“Sea como sea, no seré la última”. Juguetonamente, lo golpeó en el brazo con su abanico. “Discúlpame”.

Él se inclinó y volvió su atención a Charlotte mientras la duquesa se abría paso a un avanzaba hacia un grupo de chismosos. Hacia el final de la noche, todo el que era alguien en Londres sabría del deseo de Charlotte de casarse. Tras hacer todo lo que podía por el momento, Damien regresó al lado de Charlotte. “Una palabra, mi señora”.

Le tendió el brazo, que ella tomó y le permitió llevarla por el perímetro del salón de baile. En el instante que lo tocó, el corazón se le aceleró — un ardiente deseo lo recorrió.

Maldición, la mujer seguía teniendo efecto en él. Tragando fuerte, Damien la miró. “Ya me voy. He visto suficiente por una noche. Debes quedarte parada y sigue sonriendo. No pasará mucho tiempo antes de que tu tarjeta de baile esté llena”.

“¿Cómo puedes estar tan seguro?”.

La guio de nuevo al lado de lady Oxford. “Confía en mí… así será”.

“¿No te quedarás para que sigas dándome consejo?”. Lo miró con ojos suplicantes.

“Ya no necesitas mi ayuda. Simplemente acepta los bailes y sé tú misma”.

“¿Y si mi tarjeta se queda vacía?”.

“Te prometo que no será así”. La dejó de nuevo con su hermana, luego se fue antes que pudiera presionarlo más. El salón de baile se había vuelto agobiante. Se estiró la corbata, que en ese momento amenazaba con cortarle el flujo de aire. Mierda, seguía sintiéndose muy atraído hacia Charlotte.

Apurando el paso, Damien entró al salón y sin perder tiempo, ordenó que le llevaran su carruaje. No podía soportar la idea de ser testigo de toda la atención que Charlotte estaba a punto de recibir. No necesitaba irse, quería irse de una vez.



Charlotte no pudo retirar la mirada de Damien cuando se alejó del salón de baile. Un dolor sordo se había formado en su pecho cuando la llevó a la pista de baile, ahora amenazaba con abrumarla. Su corazón lo quiso llamar a gritos, incluso después de todos esos años. Cuando la elogió con una lluvia de lindas palabras mientras la tenía cerca de él, había sentido las ganas de besarlo. Entonces hubiera quedado como una tonta y se rio.

¿Qué cuernos le ocurría? Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Pensándolo bien, ¿qué cuernos le ocurría a él? ¿Por qué le había hablado así? Y con tanta convicción también. Abrió los ojos y lo volvió a buscar.

¿Era en serio lo que había dicho? La llamó hermosa, encantadora e ingeniosa. El estómago se le sacudió al recordarlo. Por más que tratara de reprimir sus sentimientos por él, un trozo de su corazón siempre pertenecería a ese desgraciado. Incluso ahora, no quería nada más que estar de

nuevo en sus cálidos y fuertes brazos.

“¡Oh!”, Charlotte se sacudió para mirar a Elizabeth, que acababa de darle un golpe con su abanico. Se frotó el bazo debajo del hombro y miró a su hermana. “¿Por qué fue eso?”.

“Tienes que dejar de ponerte así por lord Grayson”. Elizabeth señaló a Charlotte con su abanico mientras hablaba. “No es para ti”.

“No me pongo así por nadie, menos por él”. Incluso cuando lo dijo, Charlotte sabía que mentía. A juzgar por la mirada que Elizabeth le lanzó, tampoco se creyó las palabras de Charlotte. Charlotte sonrió apenas. “Solamente lo veía irse”.

“Es lo mejor”. Elizabeth se estiró y tocó el brazo de Charlotte. “Ya lo verás”.

Charlotte miró por el salón de baile con la esperanza de volver a ver a Damien. Su corazón se sacudió, se había ido. Regresó su atención a Elizabeth. “Sí, por supuesto”.

“No tienes tiempo que perder con lord Grayson, de todas maneras”. Elizabeth señaló con su abanico al grupo de caballeros que en ese momento caminaban en su dirección. “Parece que tu tarjeta de baile está a punto de quedar llena”.

Charlotte lanzó lo que esperaba fuera una sonrisa acogedora con los labios. Eso era lo que había querido. Justamente la ayuda que le había pedido a Damien. Mandó todos los pensamientos sobre él al fondo de su mente y regresó su atención a los caballeros que se acercaban.

Capítulo Cuatro

“¿Otro?”, preguntó Charlotte encantada pedirle a su doncella que colocara el ramo de rosas rosadas sobre su mesa lateral. Demian había tenido razón cuando le dijo que su tarjeta de baile estaría llena pronto. Elizabeth también había tenido razón, y estaba feliz con la popularidad recién adquirida de su hermana. Charlotte había bailado todas las piezas, y salió de la fiesta recién a las tres de la mañana. Se fue agotada y con dolor de pies, pero no hubiera querido que fuera de otra manera.

Y ahora -- bien, estaba mañana su casa parecía más un invernadero que una casa de Londres. Apenas entraban todas las flores que había recibido. Rosas de todos los colores, amapolas, lirios, orquídeas y lilas esparcían su dulce perfume por todo el espacio. Por no mencionar las muchas invitaciones y llamadas que había tenido ese día. Qué maravilloso cambio con respecto a los días previos. La esperanza creció dentro de ella, pues con seguridad encontraría un esposo adecuado.

¿Cómo lo había logrado Demian? Había pasado de ser una debutante inalcanzable a la dama más buscada de Londres, por lo menos era como toda esa atención la hacía sentir. Aspiró el ramo de lirios rosados en su mesita lateral. ¿Cómo elegiría entre tantos pretendientes?

No esperaba encontrar amor — ya lo había encontrado años antes, y temía que su corazón siempre estaría con Demian. Dudaba que pudiera amar a otro. Se resignó a conformarse con un hombre por quien preocuparse y que se preocupara por ella también. Un hombre que la tratara bien y que le diera una buena casa. Y aunque lo dudaba, tal vez con el tiempo —solamente tal vez— florecería el amor entre ella y su esposo elegido.

Al menos, deseaba un hombre que fuera su compañero, pareja, amigo y amante. Para eso, el caballero que eligiera debía tener intereses similares y un genuino deseo de desposarla. NO debía tener títulos, si siquiera ser acaudalado, pero debía quererla por quien era y el futuro que le traería. Charlotte lanzó un fuerte suspiro. No sabía nada de cómo determinar el genuino interés de un hombre. Si lo hubiera sabido, Damien nunca la hubiera engañado como la engañó.

Oh, Demian. Sí, él podría decirle cómo distinguir a los hombres que estaban realmente enamorados de ella de quienes buscaban su dote o elevar su posición o, peor, una yegua de cría que les diera un heredero para luego marchitarse en soledad. Un escalofrío la recorrió. Lo buscaría para pedirle más consejos.

Ya no necesitas mi ayuda. Esas palabras retumbaron en la mente de Charlotte y el corazón se le encogió. Estaba equivocado, necesitaba su consejo y tutoría. Aun cuando supiera qué hombres eran genuinos, necesitaría cautivas a su esposo elegido. Seducirlo con una oferta, para que quiera pasar la vida con ella.

Sin embargo, teniendo en cuentas las palabras de Damien, tal vez una carta sería más útil que aparecerse en su puerta. Lo último que quería era ponerlo furioso.

Charlotte se sentó en su escritorio tallado de madera de cerezo y sacó una hoja de pergamino del cajón antes de acomodarla en la superficie y sacar su pluma. Le escribiría a Demian de una vez para solicitarle su asistencia y su presencia en el musical de Gilford esa noche.

D,

Te equivocas al asumir que ya no necesito tu ayuda. Si así fuera, estoy tan perdida como siempre. ¿Cómo debo determinar a cuál de mis pretendientes realmente le intereso? Asiste al musical Gilford esta noche para que puedas ayudarme en mi búsqueda -- como me prometiste que harías.

Sinceramente,

C

Dobló el pergamino, lo selló y se lo dio a un sirviente con instrucciones de entregarlo cuanto antes. No le quedaba por hacer más que prepararse para el entretenimiento de esta noche — y esperar que Demian accediera a su pedido.

Charlotte llegó al musical de Gilford con 30 minutos de retraso. El número estaba próximo a empezar, y Demian aún debía aparecer. Cada vez que alguien entraba, volteaba hacia la puerta para ver a los recién llegados, con la esperanza de verlo.

Se mordió el labio inferior cuando lord Demount la guio por el lugar. Debía prestar más atención al caballero. Había bailado con él en la fiesta de Brighton y le había enviado un encantador ramo de flores al día siguiente antes de llamar. El caballero era guapo con sus rasgos aristocráticos, aunque su mandíbula no era tan marcada como la de Demian — ni sus ojos eran tan cautivadores, ni su cuerpo tan bien formado…

Charlotte suspiró. No debía comparar a sus pretendientes con Demian. No era justo para nadie —menos para ella misma. Ningún hombre se le acercaría, en lo que a ella se refería. Debía estar agradecida por eso, pues significaba que ninguno le rompería el corazón. Le sonrió a lord Demount. “Dime, ¿cuál es su dulce favorito?”.

“No me gustan los alimentos dulces, mi dama”, respondió sin animación.

Seguramente tenían algo en común. Trataría otra vez. “¿Ha ido recientemente a la ópera?”.

“Válgame, no. La ópera no hace más que darme dolor de cabeza”.

Charlotte forzó una sonrisa. “Y los caballos, lord Demount. ¿Tiene alguna actividad ecuestre favorita?”.

“Me temo que no. No les veo otro uso a esas bestias que no sea jalar mi carruaje”, y rio.

Charlotte sintió vergüenza ajena. La respuesta no le pareció nada graciosa. Además, no podía tolerar un caballero a quien no le importaran los caballos. Después de todo, ella era una ávida jinete. Supuso que podía eliminar a lord Demountde su lista de posibles pretendientes.

Lord Demount la llevó de vuelta con su madre y se sentaron cuando la música empezó. Charlotte haría todo su esfuerzo para evitar la compañía del hombre en el futuro. Recorrió la mirada por el salón con la esperanza de captar a Damien antes de regresar su atención al frente del salón. Su pedido había sido ignorado, y no sabía si sentirse molesta o aliviada.

¿Por qué aceptó ayudarla si solamente tenía intenciones de agitar a unos cuantos pretendientes y luego abandonarla sin preocuparse más? Le había demostrado en poco tiempo que seguía siendo el mismo canalla sin corazón que había sido once años antes. Que se fuera al infierno, le importaba un bledo si la ayudaba o no.

Centró su atención en la hija mayor de Gilford, que tocaba el pianoforte. La muchacha recorría el teclado de marfil con gran dominio, y la habitación se llenaba de una melodía evocadora. Charlotte se dejó llevar por la música, sin pensar en nada más.

“Estás encantadora”.

Saltó, asombrada primero por la voz baja y suave, luego por la calidez de alguien que respiraba tan cerca de su oreja y su cuello. Con el corazón acelerado, giró y encontró la mirada de Demian. Un escalofrío la recorrió por su cercanía, mientras miraba el fino corte de su chaqueta negra y su corbata perfectamente anudada, sus amplios hombros y oscuros ojos centelleantes. Piedad, era el hombre más guapo que haya contemplado.

Se acomodó en la silla al lado de ella y lanzó una sonrisa perezosa y pícara en su dirección. Sus ojos marrón oscuro se iluminaron traviesamente. Charlotte pasó su mirada sobre él, de su cabello negro a sus pulidos pantalones y brillantes botas de arpillera, su blanco pañuelo al cuello resaltaba en contraste con el resto de su atuendo.

Sus mejillas se encendieron al mirarlo. “Me asustaste”.

“Debo hacerlo más seguido”. Se inclinó más y pasó un dedo por la mejilla sonrosada. “Eres adorable cuando te agarran desprevenida. Y más todavía cuando te sonrojas”.

A Charlotte se le acaloró el cuerpo con su cumplido, con su contacto. El estómago se le agitó cuando el espacio entre sus muslos empezó a palpitar. Vaya que seguía afectándola, incluso después de tantos años. Deseó poder hundirse por los tableros del suelo y desaparecer, pues con toda certeza, había notado su reacción — se había dado cuenta de que lo seguía deseando. Su amplia sonrisa era toda la prueba que ella necesitaba.

“Silencio, y mira el musical”. Charlotte regresó su atención al frente del salón. Aunque ya no podía ver a Demian, podía sentir sus ojos en ella. El calor que había visto en ella amenazaba con convertirla en cenizas. Cada centímetro de su piel pedía y rogaba por más.

Cómo deseaba mirarlo, volver a tocarlo, aunque sabía que eso solamente conduciría al desastre. Tragó con fuerza, tratando de alejar sus pensamientos y de concentrarse en la música.

Charlotte pasó el resto de la presentación intentando ignorar la cercanía de Demian. Cuando la música terminó por fin, abrió su abanico y empezó a enfriar sus ardientes mejillas.

“Tal vez un poco de aire fresco la ayude, mi dama”, Demian dijo.

Charlotte giró la cabeza hacia él. No debería permitirle, bajo ninguna circunstancia, escoltarla a ningún lugar, pero necesitaba hablar con él. “Ciertamente”, dijo, luego miró a su madre. “Mamá, ¿puedo dar una vuelta por el jardín con lord Grayson?”.

La madre sonrió, se levantó de su silla, y Charlotte temió que deseara unírseles. Dios no, de ser así, Charlotte no iba a poder hablar con él de los caballeros que la habían llamado. Se obligó a sonreír esperando la respuesta de su madre con el alma en un hilo.

“Muy bien, querida. Nos encontramos después de la pausa”. La madre caminó hacia el pasillo central y dejó a Charlotte al cuidado de Demian.

Él le estiró la mano para ayudarla. “Permíteme”.

Charlotte aceptó su brazo y él la llevó afuera del salón. Al cabo de minutos, la condujo por un sombreado camino del jardín. Aunque no quería ser vulgar, la pareció mejor no pasar demasiado tiempo en su compañía. Por tanto, dejó de lado la charla trivial y los temas educados para ir directamente al punto de su reunión antes de hacer una tontería. “¿Cómo puedo saber cuál de mis muchos pretendientes está realmente interesado en mí?”.

“No eres muy dada andarte con rodeos. Primero, vienes a mi casa, ahora sueltas preguntas inapropiadas”. Le lanzó una provocadora sonrisa. “Tu madre debe estar espantada”.

“No te burles. Esto es serio. No quiero cometer otro error”. La atención de Damien se desvió de ella y ella supo que la había entendido. Demian la había aplastado, había arruinado sus sueños, destruido su sueño de amor — no quería volver a pasar por un dolor así. No voluntariamente.

“Lo lamento, Charlotte. Nunca fue mi intención lastimarte”. Acarició con círculos su

pequeña mano enguantada donde reposaba en la manga de su chaqueta.

Sus atenciones fueron demasiado. Seguramente, caería derrumbada si él continuaba con sus disculpas y miradas preocupadas. Adelantó el mentón hacia él. “Ya no te preocupes por el pasado. Dime qué piensas de lord Gartner”.

“No es bueno”. Damien sacudió la cabeza firmemente.

“¿Por qué no?”, quiso saber Charlotte.

“No es para ti”. Demian la condujo por un camino bordeado por setos que se abrían a la derecha. “Bebe mucho y con mucha frecuencia”.

“Muy bien”. Se inclinó para mirarlo. “¿Qué hay de lord Merrywether?”.

“Es demasiado perezoso”.

Lord Gartner y lord Merrywether encabezaban su lista de posibles esposos. Ya no, supuso. Charlotte inhaló el suave aroma de los jacintos mientras avanzaban. Seguramente había caballeros que valían la pena entre sus pretendientes. Volvió a mirar a Demian y preguntó: “¿Lord Rutherford, lord Barton, el señor Larkford?”.

“No, no, y con toda seguridad, no”, dijo Demian, y su tono no dejó lugar a discusiones.

Charlotte no pudo evitar reír. Parecía que encontraría defectos a todos los hombres mencionados. Qué absurdo. “Por favor, ¿qué problemas tienes con esos caballeros?”.

“Rutherford necesita una novia acaudalada. Barton apuesta a altas horas de la madrugada, a veces no para por días. Y en cuanto a Larkford… tiene un gusto terrible de la moda. Los pañuelos de ese hombre nunca están bien anudados, y la semana pasada tenía puesto un abrigo anaranjado”.

Charlotte volvió a reír las absurdas objeciones de Demian al señor Larkford. “Seguramente que la moda no tiene nada que ver con la compatibilidad. Intentemos un enfoque diferente”.

“¿Como cuáles?”, Demian levantó una de sus oscuras cejas.

“Dime cómo saber si un hombre está enamorado de mí. ¿Qué diría? ¿Cómo actuaría? Cosas así”.

Demian dobló el brazo y le dio un pequeño apretón en la mano. “Un hombre que quiera poseerte te tendría siempre cerca. Te elogiaría y se desviviría por garantizaría tu comodidad y felicidad”.

Charlotte absorbió sus palabras, y asintió.

“Aprovecharía cada oportunidad para tocarte”. Demian se detuvo y se paró delante de ella. Estiró la mano y la acarició con los dedos por la mejilla y hasta el brazo. “Estaría hambriento de ti”.

Charlotte tembló de placer mientras una ola de calor la recorrió. Se inclinó hacia él. “¿Qué más debe hacer?”. La pregunta salió baja, ronca.

“Si le dan la oportunidad, te jalaría a sus brazos”. Demian la atrajo hacia él.

Charlotte lo miró a los ojos, atraída por sus palabras y acciones, capturada en un trance mientras él hablaba. Apartó los labios con un suspiro: “¿Luego qué?”.

Demian inclinó su boca hacia la de ella y apretó suavemente sus cálidos labios. Completamente fascinada, Charlotte la pasó los brazos por el cuello y abrió los labios, invitándolo a profundizar el beso. Él le succionó el labio inferior, lo que provocó un gemido que salió de lo más profundo.

Demian la apartó de él, ardiendo con la mirada. “Te besará como si fueras la única mujer del mundo”.

El corazón de Charlotte se sacudió cuando Demian se alejó, y su embriagador aroma fue reemplazado por el olor de las flores cercanas. Mirándolo, posó sus enguantados dedos en sus

labios, que le cosquilleaban. ¿Por qué demonios había hecho eso?

Capítulo Cinco

Damien fue por Rotten Row al costado de Edgemore y su hermana, lady Minerva. Como solía ocurrir, Hyde Park reventaba de gente, y Rotten Row estaba a la altura de su nombre *. Al menos en su opinión, pues demasiados caballos y carruajes atravesaban la ruta que nadie parecía estar en movimiento.

¿Por qué demonios había permitido que Edgemore lo arrastrara a esto? A pesar de lo pendenciero que era Edgemore, se convertía en el perfecto caballero cuando su hermana se acercaba. El tonto hubiera hecho cualquier cosa que lady Minerva le hubiera pedido. Damien estaba muy contento de no tener hermanas. Ni una esposa, para tal caso. Las mujeres eran demasiada complicación. Mierda, esta no era una relación suya, pero le causaba dolor de cabeza.

Se aclaró la garganta. "¿Debemos quedarnos detenidos? ¿No podemos rodearlos?".

Edgemore se volvió hacia su hermana. "¿Podríamos elegir un camino diferente?".

Ella lo miró muy seria. "La idea es que nos vean, no ir a toda costa en alguna ruta apartada".

Damien entrecerró los ojos por los rayos del sol. "Los únicos que te ven son los que están atrapados directamente detrás de nosotros", dijo con voz cansina.

Lady Minerva miró a su alrededor. "Ya veo a qué te refieres. Supongo que podemos ir hacia el Serpentine".

Damien no perdió el tiempo y dirigió su montura hacia el río. Hubiera preferido estar en el Wicked Earls' Club, pero en ese momento, cualquier otro lugar sería mejor que Rotten Row. Lo que daría por irse a galope rápido con su montura. Pero tal como estaban, debía conformarse con un paso constante.

Puso su atención adelante, una sonrisita se le dibujó en los labios cuando tuvo a la vista el agua espumante. Era un día placentero, el sol brillaba e iluminaba el parque arrojando sombras sobre el paisaje y la ligera brisa lo tenía fresco.

A medida que se acercaban al Serpentine, tuvieron ante sus ojos a varias personas. Damas que paseaban con caballeros, personas que se relajaban en el mullido césped y niños con sus niñeras que jugaban por el río o alimentaban a los patos. Su mirada se posó en una pareja sentada debajo de un árbol de lima que disfrutaba de un picnic. Estudió la escena.

El pecho se le tensó cuando logró ver bien los rasgos de la dama. Rizos rubio pálido se asomaban por debajo de su tocado y un tono rosado pintaba sus mejillas mientras movía su abanico de seda. Puso su atención en el caballero. ¿Qué diablos hacía Charlotte con lord Jostling?

A Damien se le calentó la sangre al llevar su montura hacia la pareja. Jostling no era más que un parásito. Cruel con los animales y las faldas ligeras, por no mencionar los rumores en torno a sus finanzas. Charlotte se merecía algo mucho mejor. Sin considerar sus acciones, Damien saltó

de su montura y tomó a Jostling por las solapas, lo que lo puso de pie.

"¿Qué significa esto?". Charlotte se había puesto de pie de un salto. "¡Basta, de inmediato!"

Jostling se liberó de Damien. "¡Suéltame, bruto!".

Damien tiró al hombre por las solapas. "Aléjate de lady Charlotte", advirtió, con gesto furioso.

"No eres tú quien debe tomar esa decisión". Jostling miró a Damien. "Sácame tus manos de encima".

Damien volvió a jalar a Jostling. "Si aprecias en algo tus extremidades, abandonarás tus afanes con ella".

"La gente está viendo". Charlotte tomó la manga de Damien. "Ya basta".

"No es para ti", dijo Damien, y le clavó los ojos.

"Yo elegiré con quién pasar mi tiempo". Charlotte tiró de la mano de Damien. "Ahora, suéltalo".

Damien soltó a Jostling, luego llevó el puño hacia atrás y lo lanzó contra la mandíbula del parásito. Cuando el hombre cayó al suelo, Damien se volvió a Charlotte. "No mientras yo esté presente".

Una profunda inhalación de aire hizo que Damien y Charlotte se dieran vuelta.

"Por Dios Santo, ¿por qué hiciste eso?". Con los ojos muy abiertos, lady Minerva miraba sentada sobre su caballo con una mano apoyada en el pecho.

"Porque lord Grayson tiene los modales de un animal de granja", estalló Charlotte. Giró, regresó apresuradamente al lado de Jostling y se agachó a su lado.

Edgemore salió de su montura y fue a pararse a su costado. "En realidad, es lord Jostling el que no tiene modales. Te haría bien escuchar a lord Grayson".

Charlotte inclinó la mirada hacia Damien. "Por favor, dinos, ¿cuál es tu objeción a lord Jostling?".

"No es un caballero", dijo Damien.

"¿Y tú sí?", Charlotte alzó una ceja pálida.

La mandíbula de Damien se tensó mientras luchaba por contener su rabia. "No sabes las cosas que ha hecho. Como si azotar caballos hasta que les sangre la piel no fuera suficientemente malo, deberías escuchar lo que hace con —".

"Es suficiente". Edgemore señaló con la cabeza a lady Minerva que los miraba y absorbía cada palabra que decían.

Damien le tendió la mano a Charlotte. "Permíteme llevarte de regreso a casa. Te explicaré todo en el camino".

"Vine en el carruaje de lord Jostling, y es ahí donde debo regresar".

"Sé razonable". Damien estiró el brazo y le acercó más la mano. "En este momento, el hombre apenas podría escoltarte a cualquier lugar".

Charlotte miró, sus ojos celestes crepitaban. "Gracias a ti".

"No nos arrojemos culpas", Edgemore movió la mano en un arco perezoso. "Anda con lord Grayson y yo me encargo de lord Jostling. Tienes mi palabra".

Charlotte se volvió a mirar a Jostling, luego regresó su atención a Edgemore. "No puedo compartir su montura, no sería apropiado".

"Yo caminaré y tú puedes ir en el caballo. Vamos". Damien contoneó los dedos de su mano extendida.

Charlotte sacudió la cabeza. "No".

"Lady Charlotte puede montar el caballo de Minerva". Edgemore caminó hacia su hermana y

la ayudó a desmontar. “Esperaremos a que Jostling vuelva y luego caminaremos alrededor del Serpentine hasta que regreses”.

“Ahora sí no tendrás objeciones”. Lady Minerva le sonrió a lady Charlotte.

“Supongo que no”. Se paró y sacudió su falta. “Lord Edgemore, ¿me ayudaría?”

Damien exhaló largamente, y puso los puños a los lados. ¿Por qué Charlotte debía ser tan antipáticamente difícil? ¿Acaso no veía cómo la quería y se preocupaba por ella? Supuso que no, y la culpa era solamente de él.

Edgemore sonrió y asintió cuando empezó a acercarse al caballo.

Damien no podía alejar los ojos de lady Charlotte cuando Edgemore la levantó al caballo. Su pulso vibró y su sangre seguía caliente, pero también había algo más— ¡mierda si no era celoso! Nunca dejaría de quererla por más que lo intentara. Sin embargo, no podía tenerla. No la deseaba de la manera en que ella merecía que la desearan.

Se subió a la silla de su caballo y tomó las riendas: “Sigamos avanzando”.

Lady Charlotte hizo una señal a sus chaperones, luego avanzó en su caballo a trote rápido sin decirle una palabra a Damien.

La irritación aumentó dentro de él. De ninguna manera esta descarada iba a ignorarlo. No cuando todo lo que había hecho era protegerla. Damien puso caballo al lado del de ella. “Charlotte”.

Ella pateó su montura, y pasó a medio galope.

Damien la alcanzó rápidamente. “Sé razonable”.

Ella le lanzó una mirada furiosa. “Provocaste una escena. Imagino que todas las lenguas en Londres estarán agitándose hasta la médula”.

“No me disculparé”.

“Por supuesto que no. No esperaría nada menos de ti”. Y empujó su caballo para avanzar más rápido.

Ajustando sus manos en las riendas, volvió a ponerse al lado de ella. “Lord Jostling es un libertino. Toma a las mujeres como presas y no respeta a los animales”.

Ella alzó la nariz. “No me importa lo que pienses de él. Ahorra tu energía y tu mente para tus propios asuntos”.

“Te volviste mi asunto cuando me pediste ayuda”, dijo Damien, con tono bajo y serio. No podía permitir que Charlotte cometiera un error tan colosal como casarse con Jostling. El hombre le hacía recordar a su padre. ¿Cuántas noches pasó Damien encogido de miedo en un rincón mientras su padre golpeaba a su madre? Tragó para contener el bulto que se alzaba en su garganta. Demasiadas.

Ecos antiguos de los gritos y súplicas de su madre se arremolinaron en su mente. No permitiría que Charlotte tuviera el mismo destino. Acercó su caballo al de ella y tomó las riendas. Lo escucharía, aunque no quisiera. “Jostling es conocido por maltratar a las mujeres también. Si disfruta azotar a las ligeras de cascos, ¿qué crees que le haría a una esposa?”.

Charlotte tiró de las riendas de sus caballos. “No te creo”.

“Pregúntale a Edgemore. Va a coincidir conmigo. Por Dios, al menos la mitad de los caballeros de la zona conocen los hábitos de Jostling”. Damien la miró, rogando que oyera sus palabras, que hiciera caso de su advertencia.

“Le encuentras defectos a todos mis pretendientes. No quiero escuchar más objeciones de tu parte. Y te pido que te guardes tus mentiras también. Lord Jostling no ha sido más que un perfecto caballero. Muchas damas quedan extasiadas cuando entra en una habitación”. Charlotte lo miró antes de sacudir sus riendas. “Regrésame a casa, luego olvida que te pedí ayuda. Olvida

que existo. No te debe resultar muy difícil, ya lo has hecho antes”.

Derrotado —al menos por el momento— Damien soltó las riendas y la dejó ir.

---

* Rotten Row se traduce literalmente como “fila podrida” (N. del T.).

Capítulo Seis

La mirada de Charlotte captó la de Damien cuando lord Jostling la guio a la línea de danzantes en el baile de Kettering. Lo miró por un instante antes de regresar su atención a su pareja de baile. Nunca debió haberse involucrado con el impredecible conde. Realmente, su experiencia pasada con él debió haber bastado como advertencia.

A pesar de haber transcurrido dos días completos, Charlotte no podía dejar de pensar en Damien y en la manera en que actuó en el parque. Qué atrevimiento el suyo de interrumpir su salida, atacar a lord Jostling y luego contar historias tan terribles sobre él. No le quedó más que preguntarse qué lo había poseído para comportarse de esa manera.

En los días después de eso, había asistido a una fiesta de jardín, una velada y una cena. Damien había aparecido en las tres ocasiones, pero no se atrevió a acercarse a ella, aunque tampoco la ignoró. En cambio, Damien pasó el tiempo mirándola con lord Jostling como si fueran los más interesante y ofensivo que hubiera visto jamás.

Lord Jostling la hizo girar antes de separarse de ella. Cuando ella volvió a su lugar en la línea, lanzó una mirada a donde Damien había estado parado como centinela cerca de una gran ventana que iba del suelo al techo. Le devolvió la mirada, pero no se movió de su sitio.

Cada vez que ella se arriesgaba a mirarlo, encontraba a Damien cerca con la atención fija en ella y lord Jostling. Hacía que sus nervios crujieran y que su sangre se calentara. Peor, una parte muy profunda de ella se emocionaba con esa atención a pesar de su fastidio con él. Debía ser una dama de la peor clase por encontrar placer en su atención. Más aún, considerando su deseo de desposar a otro.

Charlotte no podía decir que amaba a lord Jostling; sin embargo, era el más atento de sus pretendientes y disfrutaba de su compañía. El hombre no había hecho nada para incomodarla — ni siquiera después de que Damien lo atacó.

Es más, lord Jostling le había hecho una visita, le ofreció disculpas y le entregó una rara orquídea como regalo. Justamente lo que Damien debió haber hecho. Salvo el regalo, por supuesto. Y de todas maneras, ahí estaba atraída a él como polillas a las llamas que causarían su destrucción.

La música terminó y Charlotte volvió su atención a lord Jostling cuando empezó el siguiente baile por su lado.

Lord Jostling la atrajo en sus brazos cuando los primeros acordes de un vals llenaron el salón de bailo. “Ignóralo”.

“Es difícil cuando no deja de mirarnos”. Charlotte lanzó una mirada en dirección a Damien, y él frunció el ceño. Incluso a esa distancia podía leer la incomodidad en sus ojos. Definitivamente crujieron cuando ella adelantó su mentón desafiante.

“Mírame”, dijo lord Jostling.

Charlotte llevó su mirada hacia él.

“Pronto se cansará de jugar a la niñera. Mientras tanto, he dispuesto una pequeña distracción”. Lord Jostling sonrió. “Ya está acá”.

Charlotte juntó las cejas. Una mujercita con bucles dorados dispuestos encima de su cabeza tomó el brazo de Damien. Charlotte tuvo la repentina necesidad de caminar por el salón de baile e insertarse entre ellos cuando Damien concedió una sonrisa traviesa a la mujer. Antes de que actuara como una tonta, lord Jostling la sacó del salón de baile.

“Lady Constantine lo tendrá distraído mientras nos escabullimos un rato”.

Charlotte no pudo evitar mirar sobre su hombro. La putita tenía las patas encima de Damien de la manera más inapropiada. ¿Se conocían? ¿Tal vez la mujer esperaba terminar debajo de sus sábanas? Rabia y algo parecido a los celos invadió a Charlotte. ¿Qué cuernos le pasaba? Era como si hubiera perdido toda la sensatez.

Despegó la mirada de la pareja y se volvió a lord Jostling, y le apretó el brazo un poco más fuerte de lo que había estado antes.

“Te tengo una sorpresa”, anunció lord Jostling.

Charlotte le sonrió. “No necesitabas tomarte ninguna molestia por mí”.

“Vales todas las molestias del mundo, lady Charlotte. Mi intención es consentirte en cada oportunidad que tenga”. Tomó su mano enguantada donde reposaba en su manga y la arrastró al pasillo.

La emoción burbujeó dentro de ella y empujó todos los pensamientos sobre Damien a las sombras de su mente. Él era su pasado; lord Jostling sería su futuro. Un futuro que estaba desesperada por empezar. Le sonrió de la manera más deslumbrante. “Me halaga, mi lord. No puedo esperar a ver qué ha hecho”.

“Usted merece los halagos”. Lord Jostling rio. Llevó a Charlotte al invernadero de naranjos, luego por el camino serpenteante a la parte de atrás de la habitación. No habló mientras caminaban, solamente puso su mano sobre la delicada mano en su brazo doblado.

El olor a cítrico la sepultó y el calor del invernadero de naranjos la envolvió, y calmó lo que quedaba de su irritación con Damien. Igual las palabras que le dijo en el parque la acosaban —aparecían en su mente de tanto en tanto. Había estudiado a lord Jostling, había visto sus interacciones con otros y había leído demasiado la manera que la trataba, que la tocaba, que le hablaba —lo que dijo Damien tenía que haber sido mentira, pues lord Jostling no mostraba indicaciones de crueldad. Resolvió disfrutar el momento con lord Jostling. Ya no permitiría que Damien, ni sus palabras, interfirieran.

Contuvo el aliento cuando lord Jostling detuvo la marcha. Ahí, delante de ella, una pequeña mesa aislada dentro de un grupo de árboles frutales. Un candelabro y dos copas de champán estaban sobre el fino mantel rojo. ¿Tal vez le pediría matrimonio esa noche? La perspectiva debió haberla alegrado, pero en ese momento no sintió nada.

Forzado una sonrisa brillante, se volvió a lord Jostling. “Es perfecto”.

“Empalidece en comparación contigo”. Lord Jostling alzó una copa y se le entregó.

Las mejillas de Charlotte se encendieron cuando aceptó la copa. Dudaba que alguna vez se acostumbraría a recibir esos cumplidos. Habían pasado muchos años desde sus tiempos de coqueta debutante.

Lord Jostling tomó la otra copa y la levantó. “Un brindis por nosotros”.

“Por nosotros”. Charlotte sonrió antes de beber un sorbo del dulce licor burbujeante.

“Baila conmigo”. Lord Jostling la jaló escandalosamente cerca con su brazo libre.

Charlotte se puso tiesa ante su proximidad. Quería disfrutarlo —absorberlo— pero no se podía relajar. Se obligó a seguir su pasó, tomó otro sorbo de champán mientras se mecían juntos.

Lord Jostling dejó de moverse pero no la soltó. “Termina tu copa”. Sonrió antes de vaciar su copa del líquido dorado.

Ella hizo como le indicó, luego le permitió tomar su copa y que la colocara en la mesa.

“¿Mejor?”. Le frotó la parte de atrás de los dedos en sus sonrosadas mejillas.

¿Cuándo le había sacado los guantes? Charlotte asintió. “Sí”. Aunque lo cierto es que estaba lejos de sentirse mejor. Por razones que no podía explicar, sus nervios la tenían al límite. Sentía el pecho tieso y el estómago pesado. Le encantarían los efectos embriagadores del champán si llegaba a sentirlos.

“Voy a besarte ahora”. Lord Jostling acercó sus labios a los de Charlotte.

Sus bocas rozaron y Charlotte cerró los ojos, esperando la excitación que sabía traía un beso. Los labios de lord Jostling se movieron sobre los de ella, y absorbieron, tentaron y la hicieron atreverse a profundizar el beso. Pero Charlotte no sintió nada —ciertamente no el deseo de besarlo más intensamente.

Eso también era culpa de Damien. La había fastidiado tanto que no podía permitirse concentrarse en lord Jostling. ¡Ese maldito canalla! Hasta seguía sintiendo su olor único de madera de sándalo y bergamota mezclado con salvaje masculinidad.

Los pelos de la nuca se le erizaron y abrió los ojos. Alejó sus labios de los de lord Jostling e inhaló profundamente. Damien caminaba hacia ellos, una mueca feroz marcaba sus rasgos.

Charlotte se soltó del abrazo de lord Jostling y avanzó hacia Damien. No le permitiría volver a lastimar a lord Jostling. Ya no lo dejaría interferir en sus asuntos. Había tenido bastante de añorarlo, desearlo, más dolor de corazón de lo que podía tolerar. Colocó las manos en la cintura y lo miró. “Este es un momento privado. Nadie te invitó”.

“Eres una dama soltera”. Cuando llegó a su lado, Damien la tomó por el codo. “No puedes tener momentos privados”.

Ella se soltó de su brazo, pero él no la soltó. “Tú no tienes opinión en este asunto”.

“Eso lo veremos”. Damien la volvió a jalar, y la puso en movimiento.

“Claro que sí”. Se hundió en sus tacones, luchando para mantener el equilibrio.

“No desperdicies tu energía en luchar contra el toro”, dijo lord Jostling. “Te llamaré mañana”.

Charlotte sintió que podía darle un pisotón a Damien. Pedirle que la soltara. Liberar su brazo. Cualquier cosa antes que aceptar su tosco comportamiento. En cambio, simplemente le permitió sacarla del invernadero de naranjas.

Conociendo a Damien como lo conocía, no había nada que pudiera hacer para sacárselo de encima. Lo mejor era dejar de resistirse y permitirle regresarla a la seguridad de sus padres.

Ella esperaba que Damien la llevara de vuelta al salón de baile. Cuando la condujo por una puerta lateral al jardín, su rabia volvió a aflorar. Qué atrevimiento el suyo, de negarle su momento robado con lord Jostling para luego obligarla a salir tener un momento robado. Logró soltarse, dio vueltas alrededor de él. “Puedes quedarte tranquilo, regreso con mis padres”.

La mirada de Damien se suavizó, y le suplicó. “Es un hombre de la peor clase. Nada bueno puede salir de ese cortejo”.

Charlotte se volteó con el corazón acelerado. “No, eso lo eres tú”.

“Charlotte, escúchame”. Damien se le acercó, su mirada nunca dejó la de ella. “Por favor”.

“No, tú escúchame. Lord Jostling ha sido un perfecto caballero”. Charlotte lo señaló con el dedo. “Mer gusta y no hay nada que puedas hacer para impedirme verlo”. Charlotte se quedó en

su sitio mientras Damien se acercaba. “Tenemos una cómoda compañía y creo que sería un buen esposo”.

“¿Realmente es eso lo que quieres? ¿Una cómoda compañía?”. Damien la recorrió con su mirada de arriba abajo.

Charlotte ignoró el calor que aumentaba dentro de ella y lo miró. “¿Qué más puedo pedir? ¿Amor?”. El cinismo adornó su voz. “Creo que ya intenté eso”.

“Al menos podrías luchar por tener pasión”. Damien capturó sus labios en un beso demoledor.

El vientre de Charlotte se agitó y sus rodillas se debilitaron cuando se abrió para él. Su lengua se deslizó contra la de él, el calor de su rabio dio paso a un feroz deseo. Lo deseaba —lo deseaba todo— pero no podía tenerlo. Se alejó y se dirigió a la casa.

“Dime, ¿sus besos te desarman? ¿Hacen que tus muslos se estremezcan? ¿Se te entrecorta la respiración?”.

Charlotte no se volvió a mirar. No podía, y si volteaba, Damien vería las respuestas sin que ella dijera una sola palabra.

Capítulo Siete

Damien trató de disfrutar de la regordeta moza que estaba sentada en sus rodillas mientras sorbía su cuarto —¿o era el quinto ya?— vaso de whisky. Después de que Charlotte huyera de él, se fue al Wicked Earls' Club, determinado olvidarla bebiendo.

La moza se liberó y con su trasero lo frotó en sus partes. La debió haber provocado que la llevara al piso de arriba. Mierda, Charlotte lo tenía —lo había arruinado. No había corrido como un chiquillo enamorado.

¿Enamorado?

No, no podía estar enamorado. La quería, como la había querido antes, y quería protegerla, pero nada más.

"Permítame distraerlo, mi lord". La moza le susurró al oído y su aliento le hizo cosquillas en el pelo cuando ella le puso la mano en el muslo. Una acción que en cualquier otra noche lo hubiera excitado.

Damien suspiró, y tomó su vaso. "Esta noche no, cariño".

Ella le hizo un puchero. "Como quieras".

Damien se volteó hacia Edgemore. "¿Qué te parece si visitamos otros lugares y vemos en qué más nos podemos meter?".

Edgemore apuró su trago y se puso de pie. "Después de ti".

"Yo también voy". Westcliff dejó su vaso y se levantó de un salto.

Damien no se había ido de juerga con los otros condes del club, salvo Edgemore, pues todos tendían a evitarse fuera de su santuario. Era una de sus reglas, pero ¿qué le importaba? Nunca había sido de seguir las reglas. Movió la cabeza hacia Westcliff antes de dirigirse hacia la puerta. "Cuantos más, mejor. En tanto puedas seguirnos el ritmo".

Westcliff rio de buena fe. "No temas, Grayson, no soy una babosa".

Damien, junto con Edgemore y Westcliff, salió a la calle. A pesar de la hora avanzada, carruajes, caballos y mujeres ligeras de cascos llenaban las calles y aceras. Damien sacó su botella del bolsillo interior de su abrigo y dio un largo trago.

"¿Debemos detener un carro?", preguntó Edgemore.

"No", respondió Damien, y entregó su botella a Edgemore.

"¿Qué tienes en mente?". Westcliff rodeó un charco putrefacto.

Damien rio disimuladamente. "Aún debo decidir".

"Siempre está White's, o si quieres algo más sórdido, podemos hacer una visita a The Two Sevens", sugirió Edgemore antes de pasarle la botella a Westcliff.

Westcliff levantó la mano. "Tengo la mía". Sacó su botella de brillante metal de su abrigo.

"Algo que no sea juegos y libros de apuestas", dijo Damien. Sus actividades normales no

harían nada por sacar a Charlotte de su mente y, mierda, no quería pensar en ella.

Westcliff sonrió. “Muy bien, ¿qué tal si vamos al fino establecimiento de Madame Doeshy?”.

“¿Para que despertemos con la entrepierna en llamas? No lo creo”. Edgemore rio. “Pero si tienes a alguien en mente, podemos ir a una fiesta privada de la que tengo conocimiento. De esas fiestas donde las mujeres son limpias, están medio vestidas y dispuestas a satisfacer todas tus inclinaciones”.

“Me iría bien una moza cálida y dispuesta”. Westcliff miró a Damien. “Pero pude haber tenido eso en el club”.

“Siéntete libre de volver”. Damien sacudió la cabeza. “No estoy de humor para entretenimiento femenino”.

“Si no son apuestas y mujeres, ¿entonces qué?”, Edgemore se balanceó y casi se choca contra un muro antes de enderezar el rumbo y tomar otro largo trago de licor.

Damien sonrió. “Busquemos nuestras monturas y vayamos a armar escándalo. Veamos a dónde nos lleva la noche”.

“¿Hacemos una carrera?”. Westcliff asintió su aprobación.

Damien apuró el paso. “Perfecto”. Un poco de deporte salvaje y desenfrenado sería una maravillosa distracción.

Pero no fue así. Tras montar a velocidad de infarto por la campiña inglesa, pensamientos de Charlotte seguían dominando su mente. Quería tanto ignorarla, pero no podía. No cuando se estaba arrojando a una vida de maltrato y sufrimiento. Tomó su botella y dio un largo sorbo. “Tengo que encargarme de un asunto”.

“Te acompañamos”. Edgemore miró a Damien desde donde estaba montado sobre su garañón. “Dinos, ¿de qué se trata la misión?”.

“Jostling”, dijo Damien. “Voy a hacerle una visita”.

Westcliff arqueó las cejas. “¿Para qué?”.

“Para lanzarle una advertencia”. Damien dio otro largo sorbo a su botella.

Edgemore silbó largo y bajo. “Vaya que te importa la mocosa”.

“¿Qué mocosa?”. Westcliff miró a uno y a otro desde su lugar en medio de ambos.

Damien volvió a guardar la botella en su bolsillo. “Ninguna mujer merece el infierno que ese hombre trae”.

“No has querido decirnos que te importa. Esto es serio. Me atrevo a decir que puede ser amor”. Edgemore tomó un sorbo de su whisky.

“Pura basuras”. Damien sacudió la cabeza, aunque estaba empezando a sospechar lo mismo. Nunca admitiría estar enamorado, no para sus adentros, y ciertamente no a ellos. “Déjanos encontrar a Jostling acabar con esta conversación sin sentido”.

Edgemore rio mientras metía el licor en su abrigo. “¿Dónde sugieres que busquemos? Lo último que supe fue que estaba impedido de entrar a todos los establecimientos más finos de Londres”.

“Buen punto, lo vi esta mañana en White’s”, dijo Westcliff.

“Me refería a las casas de putas”, Edgemore arrastró las palabras.

Westcliff sacudió sus riendas. “Sí, por supuesto. Aunque he sabido que visita frecuentemente un burdel en St. Giles”.

“¿Tienes algún nombre?”, preguntó Damien.

“Nada que pueda recordar, aunque recuerdo algo de Seven Dials”. Westcliff intentó beber de su botella, luego la soltó hacia el césped. “Mierda, está vacía”.

“Deja de lloriquear, nos detendremos en una licorería”. Damien golpeó los talones contra su

caballo, y se lanzó a galope rápido. No sabía qué le haría o diría a Jostling, pero ciertamente tenía que hacer algo. De ninguna manera se iba a quedar sentado y permitir que el parásito se casara con Charlotte. Primero mataría a la comadreja sin carácter.

Al llegar a Seven Dials, Damien, Edgemore y Westcliff entraron a la primera casa de putas que encontraron y preguntaron y buscaron a Jostling. Salieron sin nada, nadie dijo siquiera haber visto a Jostling. Igual ocurrió con la segunda y la tercera.

Desalentado, Damien regresó a la hedionda calle esforzándose para no pisar nada inadecuado. Miró a Westcliff. "¿Estás seguro de haber oído bien?".

Westcliff asintió con firmeza y extendió la mano. "Dame tu botella".

Damien negó con la cabeza.

"No la dejaré vacía".

Damien buscó en su abrigo y sacó la botella de brillante metal. "Puedes quedarte con la porquería esa si te acuerdas el nombre del burdel".

"Sé de una que alberga toda clase de sabores, no lejos de aquí. Tiene el tipo de lugar que alguien como Jostling frecuentaría". Edgemore regresó a su silla de montar. "Vamos".

Damien montó sin una palabra y dirigió su caballo para seguir a Edgemore. Un poco más adelante, tras recorrer algunas calles asquerosas, de pasar prostitutas y muchachitos de la calle, Edgemore detuvo su montura frente a una desvencijada construcción de dos pisos. El techo se caía, faltaban varias ventanas y otras colgaban sueltas, y la vieja puerta de madera tenía una capa de moho.

Un escalofrío lo recorrió cuando se volvió a Edgemore. "Este lugar no es apto ni para las ratas. ¿Cómo sabes de su existencia?".

Edgemore bajó de su caballo de un salto. "Eso es lo de menos".

"Debo admitir que tengo mucha curiosidad", dijo Westcliff mientras desmontaba.

Desde adentro, se alzaron voces que se sintieron hasta la calle mientras Damien y Westcliff esperaban la explicación de Edgemore.

"El señor lo hizo. Que se me caiga la boca, ¡fue él!". Una chillona voz femenina llenó la oscura calle.

Damien hubiera apostado que habían encontrado a Jostling. Se volteó y e irrumpió en la entrada. Tomó la desvencijada puerta, la abrió de un golpe y entró. Su mirada se posó en Jostling que en ese instante lanzaba un morral que solamente se podía asumir que contenía monedas para una mujer mayor.

"Esto bastará por las molestias", dijo Jostling.

"Ninguna moneda vale para que pierda mi tiempo contigo", gritó una mujer de algún lugar a su izquierda.

Damien giró su atención en dirección a la voz. Aguantó la respiración. Dios santo, la chica no debía tener más de 18 años, si acaso. Su labio estaba roto e hinchado, la sangre manchaba su cara y tenía el pecho expuesto. "¿Qué carajo era esto?". Damien gritó sin siquiera pensarlo.

"Dijo que no la chupaba tan bien como debía. Dijo que mis dientes molestaban. Luego trató de sacármelos. El hijo de —".

Damien arremetió contra Jostling, lo empujó contra una mesa. Jostling se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó al suelo de tablones. Las prostitutas y sus clientes que llenaban la habitación se dispersaron, y despejaron el espacio mientras Damien alzó a Jostling, lo puso sobre sus pies y lo lanzó contra una pared.

Jostling miró a Damien, la rabia brillaba en sus ojos sin alma. "Esto no te concierne".

"No te equivoques, mis acciones tienen poco que ver con las atrocidades que has cometido

acá", Damien escupió las palabras. "Aunque mereces algo peor que un empujón por lo que has hecho. Veré personalmente que sea tu final si vuelves a ver a lady Charlotte".

Los ojos de Jostling se abrieron. "Voy a casarme con ella".

"¡Ni mierda que te vas casar!". Damien jaló a Jostling hacia él y luego volvió a estrellarlo contra el muro. Se inclinó para acercarse y dijo en tono letal: "Te mataré con mis propias manos". Damien soltó al réprobo, se volvió y regresó con sus amigos. "Este lugar es una pestilencia, vámonos".

Cuando estuvieron de vuelta en la calle, Edgemore dijo: "¿Ahora buscamos esa casa de gin?".

"Tal vez debamos volver a The Wicked earls' Club", sugirió Westcliff.

Damien se montó en su caballo y miró a los otros. "No me importa lo que hagan ustedes. En cuanto a mí, tengo la intención de beber copiosas cantidades de licor y armar escándalo la noche entera".

"¿Te unes a nosotros, Westcliff?".

"Nunca dejaría pasar una oportunidad así".

Edgemore rio al regresar a su caballo. "Entonces, vamos".

Capítulo Ocho

Damien intentó abrir los ojos a pesar del golpeteo en su cabeza. Logró abrirlos con las justas, entrecerrándolos contra los brillantes rayos de sol que inundaban sus aposentos. Mierda, la cabeza le pulsaba, ¿y qué carajos era toda esa bulla? Cuando trató de sentarse, la habitación giró a su alrededor y tuvo que volver a echarse.

Cuando logró ubicarse, Damien se empujó hacia arriba en la cama y obligó a sus ojos a enfocarse. Edgemore estaba tendido de cualquier manera en su sillón, roncando como un condenado. Cuando los golpes de arriba empezaron de nuevo, Damien se deslizó de la cama. Iba a apalear a quien fuera el responsable del barullo.

Vestido con su camisa blanca y sus pantalones de la noche anterior, siguió los sonidos batacazos y golpes que ahora vibraban a través de él. Mierda, debía haberse bebido la mitad de toda la comida para cerdos de Londres. No podía recordar una sola vez que hubiera tenido una resaca así.

Sosteniendo su cabeza para intentar ahogar parte del insoportable ruido, avanzó por el pasillo. Por el sonido, lo que estuviera causando el alboroto estaba en el ático. Abrió la puerta de un empujón y subió las escaleras, un peldaño a la vez.

Damien hizo una pausa al llegar a lo alto de las escaleras y miró a través del amplio espacio. Su mirada se detuvo en el molesto generador del ruido. ¿Qué mierda sucedía aquí? No podía estar viendo lo que creía que estaba viendo. Era imposible, prácticamente improbable. Parpadeó una, dos, tres veces antes de volver a enfocar su mirada. Ahí seguía.

Giró un poco apresuradamente y su cabeza empezó a girar de nuevo. Iba a golpear a Edgemore por eso. Tras recuperar su equilibrio, Damien regresó a su habitación. Se abalanzó sobre el sillón donde dormía Edgemore y lo pateó en el pie. “Edgemore, ¡levántate!”.

Edgemore se movió, pero no se levantó.

“Abre tus ojos, mierda”, gritó Damien, y volvió a patear el pie de su amigo.

“¿Qué mierda te ocurre?”. Edgemore levantó la vista hacia Damien, sin hacer ademán de sentarse. Se puso una mano en la frente, que permitió a sus ojos se cerraran. “¿Puedes hacer que ese maldito golpeteo termine?”.

Damien se aclaró la garganta. “Resulta que ese ruido de mierda es tu culpa”.

“Claro que no”. Edgemore abrió los ojos.

“Ven, te mostraré”. Damien avanzó a la puerta antes de volver y encontrar a Edgemore aún reclinado en el sofá. “Levanta tu culo y sígueme”.

“¿No podemos hacer esto más tarde? Envía a un criado a enfrentar el barullo. Una tónica sería bien recibida también”. Edgemore dejó caer el brazo sobre sus ojos. “Siento la cabeza como si estuviera dividida en dos”.

“Edgemore”, Damien arrastró la última sílaba, su voz era baja y amenazante. Si no hubiera tenido una resaca tan terrible, él mismo hubiera arrastrado al hombre hasta el ático. Lo cierto era que Damien apenas podía mover su propio cuerpo.

Edgemore se obligó a pararse. “Ya que insistes”.

Damien avanzó al pasillo y guio a Edgemore hasta el ático. Se detuvo en lo alto de las escaleras, su mirada iba de la furiosa criatura a Edgemore. “¿Te importa explicar esto?”.

El caballo se encabritó, sus fosas nasales ardían, luego bajó los cascos tan fuerte que hizo vibrar el suelo bajo los pies de Damien.

Miró furioso a Edgemore cuando la cabeza le volvió a latir.

“Estoy ciertamente seguro de que yo no he hecho esto”. Edgemore giró, y empezó a regresar hacia las escaleras.

Damien lo agarró por el cuello de la camisa. “Claro que sí, este caballo te pertenece”.

“¿Qué ocurrió con Westcliff?”. Edgemore volteó y luego miró alrededor del ático. “¿Tal vez me retó o decidió hacernos un truco?”.

“No puedo decir que lo recuerdo”, dijo Damien. “Y tampoco haría ninguna diferencia”.

“Cálmate. amigo”. Edgemore intentó calmar al caballo y se le acercó. “Tal vez Westcliff pueda contarnos cómo es que Crusader terminó acá. Bien que me gustaría saber”.

Damien soltó una exhalación. Sería una maravilla si alguno pudiera recordar los acontecimientos de la noche anterior. Armar jaleo y sufrir la mañana siguiente no era algo nuevo para él. Sin embargo, Damien no podía recordar la última vez que olvidó la mayor parte de una noche. Lo último que recordaba era haber hecho una carrera, a todo o nada, alrededor de las afueras de Londres con Westcliff y Edgemore.

El recuerdo de empujar a Jostling contra una pared volvió a su mente. Era bastante borroso, pero era todo igual. Luego regresaron a Londres, buscaron más licor. “Lo retaste a pintarrajear una estatua”.

Edgemore rio. “Ah, ahora lo recuerdas. Le pintó bigote a un caballo de mármol. Luego fuimos a las afueras de la ciudad”.

“No recuerdo nada después de eso”, dijo Damien.

¿Por qué se había permitido llegar a estar tan confundido? Su discusión con lady Charlotte tenía la culpa de sus acciones. Ciertamente, lo había llevado a la autodestrucción, igual a como había ocurrido antes.

Bueno, no igual. Antes, había elegido el lado salvaje de la vida en vez de pedirle su mano en matrimonio. Ahora, querría habérsela quedado para él, pero ella no se lo permitía. Qué irónico.

Damien podía consolarse de saber que había perseguido a Jostling, que había dado al hombre una advertencia que no podía ignorar. De alguna manera, dudaba que el parásito lo ignorara, pero ¿qué más podía hacer si Charlotte se negaba a hacer caso de sus advertencias? No podía sopesarlo en ese momento. La cabeza lo golpeaba demasiado como para deducir productivamente y estaba el asunto de Crusader en su ático.

Damien dedicó la poca atención que le quedaba a Edgemore. “Es tu montura, no creo que le temas. Toma esa brida y acaba con esta tontería”.

Edgemore se acercó al caballo, murmurándole suaves palabras al animal. Tomó la brida lentamente, Crusader se alzó y resopló. “Está terriblemente furioso”.

“Igual que yo”, gruñó Damien, acercándose al caballo.

“Lo tengo”, anunció Edgemore victorioso antes de que Damien los alcanzara.

Damien miró la equina donde Edgemore sostenía a Crusader. “Maravilloso. Ahora, llévalo al establo para que recupere una pizca de paz”.

“¿Quién quiere paz cuando la vida puede ser increíblemente más divertida sin paz?”. Edgemore llevó al caballo hacia las escaleras. “Aspiro a nunca tener paz”.

Damien enrolló ese sentir alrededor de su punzante cerebro. Había pasado toda su vida adulta evitando sentar cabeza —buscando caos y desorden. Cada día traía más: apuestas, trago, mujeres, travesuras descuidadas y aventuras… Tal vez se había cansado de vivir una existencia tan salvaje. Tal vez había llegado la hora de sentar cabeza.

Cuando llegaron a las escaleras del ático, Crusader resopló y corcoveó sus pezuñas traseras, lo que causó que Damien se paralizara.

“Tranquilo, tranquilo”, tranquilizó Edgemore.

Damien se hizo a un lado para que Edgemore pudiera llevar a Crusader a bajar las escaleras, luego los siguió cuando estuvo seguro de tener una buena distancia y que no lo iba a patear. Mientras absorbía la escena que se desarrollaba frente a sus ojos, se imaginó cómo sería una vida diferente.

De haberse comprometido con Charlotte hacía todos esos años, no estaría sacando a un caballo de su ático. Lo más probable sería que tuviera un heredero y más en el cuarto de los niños. Tal vez también una hija, con el mismo cabello plateado y encantadores ojos azules de su madre.

Cada noche, en vez de armar jaleo, se metería en la cama con la misma mujer —con Charlotte. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios con esa noción. Quince días antes, la sola idea lo hubiera repugnado. Pero a la luz de los recientes acontecimientos, la vida doméstica no parecía tan mala. Carajo con Charlotte, la idea hasta le pareció atractiva.

“Ya casi llegamos”. La voz de Edgemore cortó los pensamientos de Damien.

“Fredrickson, abre la puerta”. Damien rodeó a Edgemore y Crusader cuando se acercaron a la escalera principal. Buscó al mayordomo, y se encontró con los redondos ojos del hombre. Solamente imaginar qué se contaría escaleras abajo esa tarde. No era que le importara lo que los sirvientes pensaran.

El anciano mayordomo se volteó, abrió la puerta, luego volvió a mirarlos con ojos llenos de incredulidad. Con los años, Fredrickson había visto muchas cosas extrañas como resultado de las tonterías de Damien, pero nunca nada tan remotamente raro como esto. Damien le reconoció al hombre su capacidad de conservar su compostura señorial cuando pasaron a su lado. Estaba seguro de que no podría manejarse igual si los roles se invirtieran.

Edgemore llevó a Crusader al pórtico. Un sirviente llegó rápido. “Permítame”, dijo el hombre de librea, y tomó la brida como si nada fuera de lo normal estuviera desarrollándose ante sus ojos.

“Por favor, encárgate de que el caballo quede guardado en una cuadra y que le den de comer”. Damien sonrió, repentinamente le encontró humor a lo absurdo de todo.

“De inmediato, señor”. El hombre hizo una reverencia y se llevó al caballo.

De repente, todo pareció muy claro. Quería sentar cabeza y sabía cómo podía proteger a Charlotte de Jostling, y a la vez se aseguraba que sus futuros fueran felices.

Sacudió la cabeza, el corazón le había empezado a latir más rápido. ¿Por qué alguien elegiría vivir como había vivido? Tenía que haber sido un tonto por haber seguido esa estupidez. Más todavía por no lograr deducir la respuesta a su problema con Charlotte. A la mierda sus temores, su club y todo lo demás que se interpusiera en su camino.

Damien palmeó a Edgemore en el hombro. “Eres bienvenido a quedarte en un cuarto de huéspedes hasta que estés listo para irte a casa. Hay algo que debo atender”.

Si Charlotte no escuchaba sus advertencias sobre Jostling, entonces debería tomar medidas

drásticas para salvarla de una vida miserable —tal vez para salvarlos a ambos.

Capítulo Nueve

Charlotte entró al salón, sin estar segura de por qué Damien estaba ahí. Hubiera apostado que deseaba acosarla más por lord Jostling. Bien, si esa era su intención, quedaría muy decepcionado. Había tomado una decisión y nada que él pudiera decir o hacer cambiaría nada.

Las objeciones que había expresado a sus pretendientes al comienzo la habían divertido, pero la manera en que atacó a lord Jostling había sido demasiado. La sola idea de que un hombre tan dulce pudiera actuar con tanta crueldad era absurda. No le permitiría a Damien continuar con esas absurdas mentiras. Cobró ánimos para la confrontación mientras recorría el salón.

Se sentó al frente de él y lo miró. “Lord Grayson”. Asintió educadamente a pesar de la ira que la carcomía por dentro.

“¿Lord Grayson?”. Arqueó una ceja con tono incierto. “No creo que nunca te hayas dirigido a mí así en privado. Debo confesar que no me gusta”.

“No estamos en privado”. Señaló a lady Oxford que venía detrás de ella y se quedó en la esquina cerca de la chimenea.

“No importa, prefiero que me digas Damien. Somos viejos amigos, si no hay otra opción”.

Charlotte apretó los labios y sacudió levemente la cabeza. “Ya no deseo ser informal con usted. Seré la esposa de lord Jostling. Los contratos matrimoniales se firmarán esta tarde”.

Damien saltó de su silla. “No debes —”.

“Silencio”. Charlotte levantó una mano. “Como decía, los contratos se firmarán esta tarde y nuestro compromiso se anunciará formalmente en la cena de la fiesta de esta noche”. No llegaba a entender por qué estaba tan reacio, pero debía parar ahí —en ese preciso momento.

“Con toda certeza, hará tu vida miserable, Charlotte”. Damien se paró, se pasó la mano por su oscuro cabello y se volvió a sentar “Charlotte, debes creerme”.

¿Por qué se aferraba tan firmemente a sus objeciones? No tenía deseos de casarse con ella, nunca quiso casarse con ella. ¿Encontraba alguna perversa alegría en torturarla? ¿Una enfermiza satisfacción de saber que su corazón seguía sufriendo por él y no quería arriesgarse a perder con otro hombre?

Dios, todavía lo amaba. Rezó para amar a lord Jostling con el tiempo de la misma manera. Rezó más fuerte para que el tiempo sanara las heridas que Damien había dejado en su alma. Debía mantenerse firme y fijar sus límites con él. “Absténgase de llamarse así. En adelante, debo ser lady Charlotte”.

Damien se acercó a ella, sus ojos se encontraron. “No hablas en serio”.

Ella se paró y lo miró. “¿Por qué insistes en pintarlo como un monstruo?”.

“Carajo, porque es un monstruo”.

Una mirada de advertencia cruzó los ojos marrones de Damien, pero Charlotte vio que

también había otra cosa. Un calor que no se atrevió a desafiar. Lo miró furiosa, luego giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Damien se estiró y la tomó de la mano para detenerla. “Charlotte, me preocupas mucho. Quiero que seas feliz y estés a salvo”.

Ella abrió la boca para discutir, pero hizo una pausa cuando el dolor y otra cosa, algo más tierno, inundó su mirada. *¿Amor?* El corazón se le sacudió, un nudo se dejó sentir en su garganta. “Yo… no puedo”. Hizo un débil intento de liberarse.

“¿No puedes qué? ¿Creer que tengo en mente lo que más te conviene? ¿Que realmente quiero que seas feliz? ¿Que me preocupo seriamente por ti?”. Se acercó más, acercó su cuerpo al de ella. “Siempre me he preocupado”.

Ella soltó una larga exhalación, temblaba por dentro. “¿Entonces por qué me rompiste el corazón?”. Su voz tembló y se odió por eso. Nunca había querido estar atada al pasado. Ya no tenía sentido —no podían volver. No ahora que había aceptado la oferta de lord Jostling.

Damien hizo pequeños círculos en el dorso de la pequeña manito enguantada. “Te estaba protegiendo”.

“¿De qué?”, y juntó las cejas, perpleja.

Él evitó su mirada y luego dijo en voz tan baja que ella casi no creyó lo que había escuchado. “De mí”.

El corazón casi se le paralizó ante tanta cruda honestidad. “No necesito protegerme de usted”. Ella colocó su mano en la mejilla de él e hizo que su mirada volviera a ella. “Eras todo en lo que pensaba, todo lo que quería”.

La miró, sus emociones estaban de nuevo ocultas. “Eras una debutante con ojos muy abiertos con la mente fija en casarte, y yo un canalla determinado a no casarme nunca”. Le soltó la mano y retrocedió. “Te hubiera arruinado, y te quería demasiado como para permitir que eso pasara”.

Ella se mordió el labio a medida que interiorizaba esas palabras. Cuántas noches… años… se había preguntado por qué la hacía a un lado. Siempre había creído que jugaba con ella, que se divertía con la ingenua debutante. Nunca se hubiera imaginado —menos creído, que podía quererla. De todas maneras… “Eres un conde. ¿No se te ocurrió que en algún momento debías casarte?”.

“¿Por qué? ¿Para tener un heredero? No en interesa lo que ocurra con el título”. Damien se acercó a la ventana. su atención estaba puesta en la vista que tenía. “Mi padre era un miserable desgraciado. No tengo idea de cómo ser esposo y padre, y no quiero seguir su ejemplo”.

Charlotte se acercó, le puso la mano en el hombro. “No eres tu padre”.

Damien se puso tieso. “No tienes idea. Soy un hombre cruel, dado a las apuestas, las mujeres y los caballos. Disfruto del licor y armo jaleo cada vez que puedo. Son rasgos que comparto con mi padre. ¿Cómo saber que no seguiré su ejemplo dentro del matrimonio?”.

Hizo una pausa como esperando que Charlotte hablara. Ella le dio una débil sonrisa, sin saber bien cómo responder.

“¿Sabías que golpeaba a mi madre con frecuencia? ¿Que la abofeteaba y le gritaba cada vez que podía?”.

El corazón se le derritió cuando sintió el dolor en su voz, el dolor en sus ojos. Quiso envolverlo en un abrazo y disipar con amor las dudas y dolor que había sufrido. ¿Por qué no le había dicho la verdad antes? Lo hubiera amado a pesar de todo. Hubiera iniciado una vida con él a su lado.

“Tal vez eres un poco cruel. pero tienes alma”. Lo rodeó para poder mirar dentro de sus tiernos ojos. “Damien, no eres tu padre. Dijiste que me querías. Te apuesto que a él nunca nada

le importó".

Damien echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un instante. "Te quería…. todavía te quiero". Ambas miradas se encontraron. "Si no crees nada más, al menos cree eso".

Charlotte no pudo ocultar el fantasma de una sonrisa en los labios. "También te quería. En realidad, te amaba. Aún te amo". Las palabras salieron atropelladas de su boca antes de que pudiera detenerlas. Tal vez había querido decirlas.

"No te unas a Jostling". Damien la jaló hacia sus brazos. "Cásate conmigo".

¿Cuántas noches había pasado despierta anhelando escucharlo decir esas palabras? Ese había sido su sueño en ese tiempo. Hasta entonces, incluso después de que el dolor y la angustia que le causó, lo amaba. Debía ser una tonta por tratar de negarlo, pero ¿se atrevía a creerle?

No importaba, no importaba nada. Lord Jostling era su futuro. Damien era su pasado. El acuerdo ya estaba sellado, era demasiado tarde para cambiar las cosas ya. Contuvo las lágrimas que inundaban sus ojos y miró a Damien. "No hagas esto más difícil de lo que ya es. Me llevo bien con lord y ya he acordado convertirme en su esposa".

"Nada se ha firmado. No ha habido ningún anuncio oficial". Agachó la cabeza y le dio un beso en la delicada piel donde el lóbulo se unía con el cuello. "Elígeme. Te juro que pasaré el resto de nuestras vidas haciendo todo lo que pueda hacer para ser un buen esposo, para tenerte a salvo y hacerte feliz".

Dios, cómo la tentaba. Otra suave caricia y quedaría reducida a arcilla en sus manos. El hombre la enfurecía, pero también agitaba sus pasiones como ningún otro. Charlotte contuvo el aliento y se soltó de su abrazo. "Nuestra oportunidad ya pasó. Por favor, retírate". Lo miró, luchando por conservar la compostura.

"Charlotte, quiero ser tu esposo. Nunca más quiero despertar y encontrar a un amigo roncando en mu habitación ni un caballo en mi ático —".

"¿Un caballo?".

"Así es, y antes de que me pidas que te explique, no tengo idea de cómo llegó ahí". Tomó sus manos y las apretó suavemente. "Lo cierto es que quiero sentar cabeza. Me has hecho ver que hay más en la vida".

"¿Me amas?". Charlotte le buscó la mirada, y encontró la respuesta en la calidez de sus ojos antes de que dijera una sola palabra.

"El amor no es una emoción que conozca bien". Tragó saliva. "Pienso en ti todo el tiempo. No hay suficiente licor en Inglaterra para sacarte de mi mente. Me preocupo por ti y quiero protegerte. Te deseo y quiero que estés conmigo".

Charlotte asintió mientras las lágrimas llenaban sus ojos. "Por favor, sigue".

"Quiero que seas lo primero, lo último y todo lo que hay en el medio por el resto de mis días, Charlotte. Creo que eso es amor".

Ella se paró en la punta de sus pies y apretó sus labios con los de él. Cuando retrocedió, el corazón casi le estallaba de alegría por el amor que se reflejaba en ella. ¿Cómo podía casarse con lord Jostling cuando le pertenecía a Damien en cuerpo y alma? ¿Cómo podía casarse con otro después de que Damien le había declarado su amor? No podía —al diablo con las repercusiones.

"¿Te casas conmigo?". Damien la besó en la frente.

"Con una condición". Enroscó los dedos alrededor del cabello en la nuca.

La miró ardiendo. "Haré lo que desees. Te daré todo lo que necesites".

Ella le acercó la boca a su oído. "No quiero un buen esposo".

Se quedó paralizado. "¿No?".

Lo besó en el cuello, luego le sonrió traviesamente. "Quiero un esposo cruel, que encienda

mis pasiones”.

“Te aseguro que estoy a la altura de ese reto”. Capturó sus labios en un beso cruel, que podía consumirle el alma, y ella se derritió y tomó todo lo que él ofrecía.

Epílogo

Londres, tres meses después

Damien se alejó de Charlotte, cayó sobre las almohadas respirando en jadeos y con el cuerpo empapado de sudor. Completamente saciado por el momento, llevó a su condesa entre sus brazos.

Charlotte apoyó la cabeza sobre su pecho desnudo, y él llevó los dedos de arriba abajo en una suave caricia. Ella dejó salir un suave suspiro y su cuerpo lánguido se acomodó contra el de él. No había ningún otro lugar en el mundo en el que Damien quisiera estar.

Charlotte le dibujaba pequeños círculos en el pecho. "¿Alguna vez lamentas haber cedido tu libertad por mí?".

Giró para mirarla, y deslizó la mirada sobre su cuerpo desnudo. El deseo se volvió a encender, el cuerpo le dolió por tener querer tenerla de nuevo. Había sido así desde el comienzo y siempre sería así. "Nunca".

Ella le sonrió con expresión terca. "¿Ni cuando tus amigos vienen a contarte sus andanzas?".

"Ninguna de esas aventuras se puede comparar con lo que tengo contigo. No dudes que tú eres donde quiero estar". La besó tiernamente en la coronilla. Desde su boda, no se habían separado ni una sola noche. La deseaba como a ningún otro vicio que hubiera tenido. Pero no solamente de noche, tampoco era por simple gozo físico.

Durante el día, aprovechaba todas las oportunidades para estar a su lado. Lo desafiaba, los excitaba, le encendía la pasión y mucho más. Aún lo pasaba mal pensando en lo tonto que fue para casi perderla.

"A veces me pregunto si estoy soñando. Temo despertar y que hayas desaparecido de mi vida". Ella jugueteó con la suave mata de vellos en su pecho. "Sé que es tonto, pero no lo puedo evitar".

"No es tonto, mi amor".

"Tengo ese mismo temor". Lo miró, la emoción en sus ojos casi lo sobrepasa. ¿Qué había hecho para merecer una mujer como ella? Dulce y compasiva con una cualidad cruel de la que nunca se cansaba. Era un hombre afortunado, sin duda, totalmente inmerecido.

Ella se alzó sobre los codos, mirándolo con deseo posesivo y desvergonzado. "Permítame aliviar sus temores y déjeme mostrarle cuánto lo amo, mi lord".

Sintió su sangre hervir cuando ella deslizó su cuerpo desnudo contra el de él. "Como desee, mi lady".

Ella colocó las piernas a los lados de las caderas masculinas y se hundió en toda su dura y erecta longitud.

Damien dejó salir un gemido profundo y posesivo cuando ella empezó a mecerse hacia adelante y atrás en ritmo perfecto con el corazón de él. Incapaz de parar, la agarró y envolvió la mano detrás de su cabeza para enredar sus dedos en sus largos mechones rubios. La guio hacia él y le capturó los labios con los suyos propios.

Mirándola a los ojos, le dijo: “Te amo”.

“También te amo”.

Sus palabras salieron roncas, y ese sonido aumentó el placer. El cuerpo se le puso tieso cuando ella comenzó a latir y palpitar alrededor de su miembro. Ella dejó salir un gemido gutural, sus caderas se movían cada vez más rápido hasta que le quebró la resistencia.

Completamente satisfecho, la puso contra su pecho y la envolvió con sus brazos. “Me has convencido. La próxima vez, me comprometo a hacer lo mismo por ti”.

Ella rio, y el delicado sonido le calentó el alma. “Nunca me cansaré de ser cruel contigo”.

Damien le sacó el suave cabello de sus mejillas. “Nunca me cansaré de estar contigo de ninguna manera. Eres mi corazón, mi alma, el mismo aire que respiro. Nunca lo dudes ni un solo momento”. La besó en la cabeza e inhaló su suave aroma.

Luego, Damien Archer, duque de Grayson, tomó a su esposa un poco más fuerte, con ansias de una vida llena de aventura y feroz pasión con la mujer que le llenaba el alma —a la mierda con el Wicked Earls’ Club; por el resto de sus días y noches, Charlotte sería su santuario.

extracto

Voltea la página para leer un extracto del próximo libro de Wicked Earls' Club:
El Conde de Edgemore

Capitulo Uno

Capitulo 1

Inglaterra 1816

“Bullocks”, Carstine Greer maldijo por los bajini por haberse torcido el tobillo. Ella se dejo caer al suelo congelado a un lado de la carretera e inhalo profundamente por el dolor que sentía. Alcanzado a coger el bajo de su vestido ella empezó a arremangarlo para inspeccionar la herida.

“Au” ella bufaba mientras trataba de liberar el pie de los confines de su bota. Cada movimiento le mandaba sacudidas de tremendo dolor desde el tobillo hasta la pierna. Ella miró al camino escarchado culpable de su miseria. Colocando su bota a un lado, Carstine pasó los dedos por la piel hinchada de su tobillo. A pesar del dolor ella sabía que continuaría. Carstine se forzó a si misma a mover los dedos del pie y a flexionarlo.

Menos mal que no se lo había roto pero le dolía muchísimo. Se había hecho un esguince muy serio, eso seguro.

Ella estaba segura de que esto no le hubiera pasado si sus padres le hubieran permitido quedarse en Escocia.

¿Por qué madre había tenido que insistir tanto en que Carstine viniera a Inglaterra? A ella le daba igual la sociedad inglesa, ni tenía ninguna prisa por casarse. No estaba en contra de buscar marido, pero no veía ninguna razón por la que ella no pudiera hacer eso en las tierras altas. Un bravo escoces sería lo mejor, pensó ella, mientras se ponía la bota de nuevo con cuidado.

El ruido de pisadas de caballos la sacó de su miseria y ella miró a la carretera cubierta de nieve. Un jinete esta galopando hacia ella a toda velocidad. Ella puedo echar un vistazo al hombre mientras pasaba por su lado, la cola de chaqueta ondeaba al viento, antes de detener su montura y girarse hacia ella.

Carstine se quedó observando al jinete descaradamente mientras el jinete se acercaba hacia ella. El era alto y se le notaba que era musculoso y de hombros anchos bajo su chaqueta, tenía una fuerte mandíbula y unos bonitos ojos azules bajo unas espesas pestañas. El hombre estaba sentado expertamente a lomos de un caballo enorme de color marrón. Un bonito espécimen, ambos el caballo y su jinete.

Carstine esbozó una ligera sonrisa y asintió al extraño con la mirada.

El hombre también asintió como respuesta llamando la atención sobre su tobillo. Sus cejas se arrugaron mientras la inspeccionaba. “Estas herida”.

“Si”, asintió ella y gimió mientras terminaba de ponerse la bota. “Resbalé en el hielo. Debe de ser un esguince, nada serio”

El hombre desmontó. Caminó hacia ella con decididas zancadas. “¿Me deja llevarla a su casa?”

Carstine sacudió la cabeza. Ella no era ninguna tonta como para montar a caballo con un extraño. Menos aún en un país que no conocía. “No voy lejos. Fox Grove esta al doblar la esquina. Puedo llegar”, dijo Carstine.

“Tonterías”, insistió el, entonces la miró a los ojos con una sonrisa de seguridad en si mismo. “Blake Fox, Conde de Edgemore a su servicio”. El hizo una reverencia. “Usted debe de ser la nueva criada de la señora Minerva.

Carstine le miró entrecerrando los ojos. El hombre se parecía increíblemente a la señora Minerva. Su tez era más clara, pero la forma de almendra de sus ojos y las altas mejillas eran exactamente iguales. Ella se aclaro la garganta. “Es un placer conocerle, señor, aunque me temo que usted se confunde”

“Tonterías”, el agitó la mano. “Mi hermana me arrancaría la piel si dejara a su criada en la nieve, encima herida. Venga”, el le ofreció la mano extendiéndola.

¿Criada? La palabra se repetía en su mente como el eco, Carstine volvió a entrecerrar los ojos. ¿Qué era lo que a el le hacia pensar que ella era una criada? Ella miró su falda mojada y sus zapatos embarrados. Ella podría ir un poco desastrada, pero no era un criada.

“No sea cabezota”, el señor Edgemore agitó los dedos de su mano impacientemente. “Venga, le ayudare a subir al caballo.”

“No” dijo ella con marcado acento escocés. Carstine sacudió la cabeza. “No cabalgaré con usted”.

“Por supuesto que lo hará”. Usted trabaja para mi hermana y por lo tanto es responsabilidad mía”.

El miró más de cerca, la brisa mecía los mechones dorados que le caían casi hasta los hombros.

“Se que los escoceses estáis acostumbrados al frío, peros se congelara si sigue aquí por más tiempo.” El la cogió por el brazo y la puso en pie sujetándola. “No sea cabezota”.

Las mejillas de Carstine se pusieron rojas de rabia. Se apartó e hizo un esfuerzo para ponerse en pie. “Ya le he dicho que no es nada. Su ayuda no es requerida.”

El la había insultado y ella no pudo evitar enfadarse. ¿Y que tenía que ver el ser escocesa? ¿Acaso pensaba el que era mejor que ella por su herencia? ¿Era por eso por el que el inmediatamente pensó que era una sirviente?

Carstine tenía en la punta de la lengua el decirle lo equivocado que estaba. Sin embargo, el pensar en ver como su suficiencia se desmoronaría cuando ellos fueran debidamente presentados resultó demasiado tentador y se tragó sus palabras.

El se merecía una lección y pasar vergüenza, que era lo que le iba a pasar. Más aún, ella disfrutaría a cada momento con su sufrimiento. Una sonrisa se le dibujó en los labios al imaginarse que eso sin duda superaría al guapito de cara este.

Ella era una chica muy mala.

Carstine chilló cuando el conde la ayudó a ponerse en pie y la puso sobre la montura. Le miro, levantando la barbilla desafiante. “No voy a montar con usted”. Ella empezó a bajarse de los lomos del caballo, deslizándose hasta el filo de la montura. “No puede obligarme”.

Lord Edgemore alcanzó a cogerla por la muñeca, agarrándola por la cintura y colocándola en su lugar. “Me atrevería a decir que no entiendo cual es su objeción. Ni mi importa. Pero no la dejaré congelarse aquí, ni permitiré que se lesione más ese tobillo por continuar andando.” El miro su bota. “Ira a caballo”.

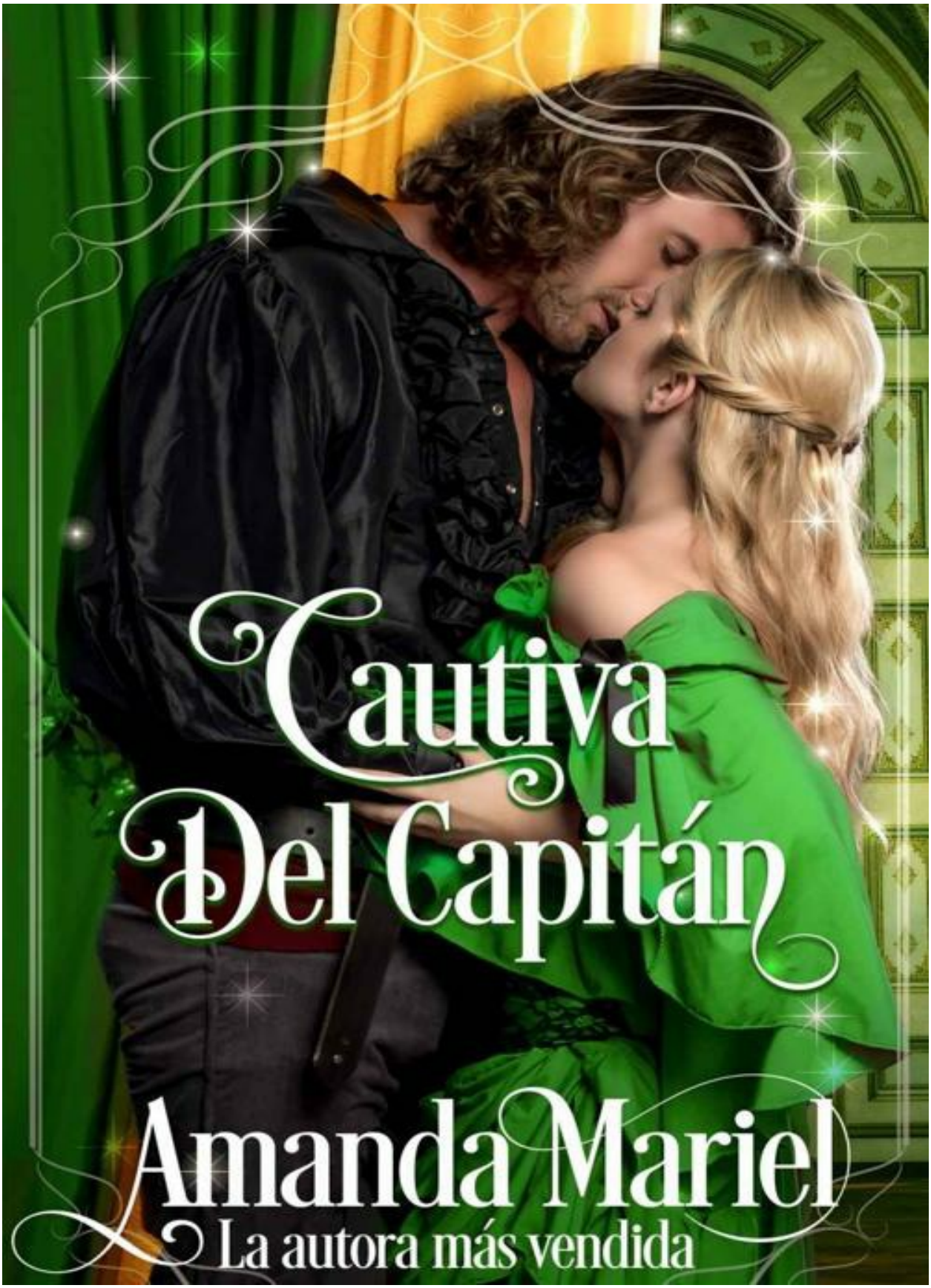
“No- “

“Es una orden. El la aupó más firmemente en la montura. “Y se lo advierto; No permitiré ninguna discusión más sobre el asunto”.

Carstine dejó escapar u suspiro de irritación. “Entonces yo guiarle al caballo”, ella señaló a las riendas. “Mientras usted camina”

Ella estaba henchida de satisfacción cuando Lord Edgemore cogió las riendas y empezó a guiar al caballo hacia Fox Grove Hall. Este caballero arrogante y presumido podría haberla insultado, pero al menos ella se había aprovechado de el. El saber lo que aún quedaba por venir le hacia mejorar enormemente su estado de animo.

Carstine volvió si atención hacia el campo mientras se relajaba en la montura. Ella pronto se tomaría cumplida venganza.


Cautiva
Del Capitán
Amanda Mariel
La autora más vendida

Aaron, ¡este es para ti! No te preocupes: todavía lo medieval está presente. Por lo pronto, tienes un pirata. ¿No te encantan las hermanas menores? ¡Qué risa!

Gracias a mi editor y a mis lectores beta por ayudarme a dar forma y pulir la historia de Natalie. Mi familia merece también un enorme agradecimiento. El apoyo y el entusiasmo que me dan, significan todo para mí. Mami, eres la que siempre lee primero mis manuscritos y tus acotaciones y sugerencias son invaluables. Gracias mil a mis lectores porque siguen alentándome y leyendo mis libros. ¡Los adoro!

Prólogo

Boston, Massachusetts, 1818

Prudence Drake inclinó la cabeza, mirando fijamente a su padre por sobre la taza de té.

—No puedes irte tan pronto. Sólo han pasado quince días desde que llegaste de tu último viaje.

Detestaba quedarse sola mientras su padre se hacía a la mar. No había nuevas aventuras en Boston y, aunque le gustaba su casa, no tenía cabeza para dirigirla. Simplemente tenía que convencerlo de que la llevara con él.

Él se acomodó en la silla de brocado y cruzó las piernas, taza de té en mano.

—Es por negocios, Poppet. Volveré enseguida. Apenas notarás mi ausencia.

Con veintiún años, ya había pasado largamente la edad de los apodos, sin embargo, todavía le gustaba cuando la llamaba así. Una pequeña sonrisa le asomó a los labios.

—Llévame contigo.

—Voy a Londres. El cruce puede ser peligroso. No es nada parecido a navegar por la costa de norte a sur como estás acostumbrada.

—Por favor… —suplicó ella, utilizando su mejor versión de ojos de carnero degollado para convencerlo. No voy a dar problemas. Te lo prometo.

Durante estos veintiún años, habían sido solo ella y papá. Su madre había muerto al dar a luz, y aunque, a veces, había deseado tener una, siempre anhelaba estar con su papá. Algunos de sus mejores recuerdos eran de navegar con él. Tal vez su vínculo fuera más fuerte debido al el tiempo que pasaban juntos, solo ellos dos.

El hombre se pasó una mano por la barbilla.

—Nunca causas problemas, Poppet. Sin embargo, tu lugar está aquí. ¿Quién se ocupará de las cosas en mi ausencia, si vienes?

—El señor Stratford. Sabe mucho más sobre el negocio que yo —dijo y puso la taza de té sobre la mesa—. Has estado capacitándolo durante años.

—Cierto… pero me refería a la finca.

—Oh, papá, las responsabilidades domésticas no me interesan en lo más mínimo, y tú también lo sabes —echó la cabeza hacia atrás, desafiante—. Nuestros sirvientes se ocupan de todos los asuntos domésticos. Lo harán igual de bien en mi ausencia.

Papá rió entre dientes, los ojos encendidos.

—Ya temía que ese defecto te mantuviera soltera. Tenemos suerte de que el señor Stratford

te haya encontrado agradable —miró la miniatura de su difunta esposa sobre el escritorio—. Tal vez debería haberme vuelto a casar. La guía de una mujer podría haberte sido de provecho.

—No mires atrás, papá. No cuando el futuro es tan brillante.

El señor Stratford era un hombre agradable y bastante guapo. Sería un buen esposo. No había chispa, ni entusiasmo entre ellos, pero el tiempo podría modificar eso. La cortejaba de forma admirable y la colmaba de atenciones, y todo el mundo asumía que pronto le propondría matrimonio. Lo más importante era que papá deseaba que se casara con él.

—Brillante, en verdad. Y una razón más para que permanezcas aquí.

Ella se mordió el labio, al tiempo que una idea estaba tomando forma en su mente. Tal vez... sí, podría funcionar.

—Papá, si me llevas contigo… eso puede darle tiempo al señor Stratford para echarme de menos. Empujarlo… a que me haga una oferta. —Se inclinó hacia él—. La distancia trae cariño al corazón, dicen.

El hombre lanzó un suspiro de exasperación.

—No tienes intención de dejar el tema.

—No hasta que digas que puedo ir. No me dejes aquí, papá. —Miró en sus viejos ojos verdes, como instando a que diera su consentimiento.

Él se inclinó hacia delante, estudiándola, las manos como en rezo, unidas por la punta de los dedos.

—Será un viaje largo, a veces duro.

—Me gusta estar a bordo de una nave. —Ella le dirigió lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora—. Y sabes muy bien que sé cómo comportarme. Incluso ayudar, si es necesario. Me has visto escalar aparejos y reparar fugas. Estoy más en casa en un barco que aquí.

La idea misma de administrar la finca hizo que quisiera salir navegando en ese instante. Nunca había sido buena para dar órdenes a los sirvientes, planificar eventos sociales, ni comprar suministros, entre otras cosas. El ama de llaves siempre hacía esas tareas. Prudence había hecho un intento real de aprender el manejo del hogar, pero nunca había sobresalido en la tarea.

—Los camarotes son pequeños. Mucho más pequeños que en los que has estado anteriormente —tomó un sorbo de té.

—No necesito mucho espacio. Yo también soy pequeña. —Trajo las piernas contra su pecho y envolvió los brazos alrededor de ellas para demostrarlo. Un camarote pequeño era preferible a quedarse atrás, y no había mentido. No necesitaba más una habitación grande, que cintas y volantes.

Su padre dejó la taza de té a un lado y la estudió.

—¿Estás dispuesta a compartir un camarote con tu doncella?

Su corazón latió con fuerza. Había ganado este round. El brillo en los ojos de papá se lo dijo.

—Louisa ha estado conmigo tanto tiempo que se ha convertido en una amiga. Será una feliz aventura.

La mirada de su padre, un tanto dura, se suavizó.

—Muy bien. Puedes acompañarme. Que Louisa haga empacar tu baúl y estén listas para abordar al amanecer.

Prudence se puso en pie, se dirigió a su lado y lo besó en la mejilla.

—Gracias. No te arrepentirás.

—Rezo por eso, Poppet —le dio unas palmaditas en la mano enguantada—. Ahora, ala, niña

—Buenas noches, papá. —Prudence caminó hacia la puerta a paso vivo.

—Dulces sueños, mi amor.

—Sólo los más dulces. —Ella le sonrió por sobre el hombro—. Y mañana… los viviremos.

Uno

Océano Atlántico, 1818

—¡Barco a la vista! —El aviso descendió desde la cofa.

Jasper Blackmore levantó el catalejo para mirar. Lo que vio, hizo que el entusiasmo le corriera por la sangre. Una balandra pirata, y a juzgar por la actividad en la cubierta, había visto batalla recientemente.

—Es la *Black Dawn*, y se la ve cargada. —Le pasó el catalejo a su condestable, Reed Hawkins—. Echa un vistazo.

Parecía que había pasado casi una vida desde que Jasper dejara la finca ducal familiar para luchar contra Napoleón. Nunca se habría imaginado en aquel entonces que se convertiría en un pirata, destinado a surcar los mares llenos de despiadados asesinos junto a su primo, Hawkins, como su mano derecha.

—Parece que encontramos un objetivo, capitán. —Hawkins bajó el catalejo y esbozó una sonrisa astuta—. Deberían de ser presa fácil. El mástil parece estar dañado. —Jasper miró de nuevo.

— Y parece que también nos están observando.

Había tenido tratos con la *Black Dawn* en el pasado. Era un grupo repugnante que no se oponía a matar a inocentes. Hoy no permitiría que escaparan. No le gustaba matar a otros hombres –ciertamente no lo hacía–, pero después de todo lo que había visto y sufrido, no permitiría que la tripulación de la *Black Dawn* presenciara otro amanecer. Su mente volvió a sus días de corsario para la corona. Los gritos de sus hombres heridos y moribundos después de que la tripulación de la *Black Dawn* los atacara. Habían estado débiles, habían sufrido daños en una escaramuza anterior y estaban escasos de pólvora para las armas. Los hombres de Jasper habían dado todo en la lucha, pero, al fin, más de la mitad de la tripulación se había ido a reunir con su creador. Hawkins asintió con la cabeza.

—Los superamos en poder de fuego y en número. Comencemos la persecución.

Jasper se volvió para dar órdenes a su tripulación.

—¡Tripulación, a sus puestos! ¡Vamos por la *Black Dawn*! ¡Cargad los cañones de estribor y poned a Styles al frente!

Styles Wither era el mejor artillero que Jasper hubiera tenido el placer de comandar jamás. Con la velocidad de su barco y su tripulación experta, todavía tenían que enfrentarse a un enemigo al que no pudieran conquistar. Hoy no sería diferente. Ganarían la batalla y se

beneficiarían de ella. Cerró los dedos con firmeza sobre la empuñadura de su alfanje, mientras la anticipación de la batalla calentaba su sangre. Esto era por lo que vivía: el mar abierto, la camaradería de sus hombres y la excitación de la batalla. El hecho de que el camino elegido irritara a su padre sólo endulzaba las cosas aún más. En cuanto al duque, Jasper dejó de existir cuando peleó con su hermano mayor después de que la mujer que estaba cortejando, la señorita Anna, lo abandonara por el primogénito heredero. El padre había ordenado a Jasper que se inclinara ante su hermano, olvidara la traición y se comportara como correspondía a un segundo hijo. Eso no sucedería. Jasper dejó su casa y nunca miró hacia atrás, aunque mantuvo correspondencia con su madre y su hermana. El duque debía de estar muy enojado con su hijo, el pirata, hecho que le convenía perfectamente a Jasper.

Jasper se acercó a la barandilla de la cubierta principal cuando la distancia entre la *Marion* y la *Black Dawn* se hizo menor. La maltrecha *Black Dawn* no tenía ninguna posibilidad de salir huyendo, por más que su tripulación no lo hubiera hecho todos esos años. Levantó el catalejo nuevamente y sonrió. Una frenesí de actividad y llamadas de batalla recorrieron las cubiertas mientras los hombres se alistaban para el combate. Los cuchillos se agitaban, se corría a los puestos de batalla, se tomaban posiciones detrás de las armas, a lo largo de los rieles y en el aparejo. Los artilleros saltaban como monos de aquí para allá en la cubierta, cebando los cañones. El aire chisporroteó con la lujuria de batalla que alimentaba las ambiciones de todos. Jasper volvió su atención a Hawkins, y le dio una palmada en el hombro.

—Hoy será un gran día. —Tendría su venganza al fin y, en el proceso, él y su tripulación se beneficiarán.

—No tengo ninguna duda, capitán. —Hawkins se volvió para dar más órdenes antes de mirar a Jasper—. Estamos casi a la par.

Un ligero escalofrío recorrió la columna vertebral de Jasper. Habían pasado años desde su último encuentro con la *Black Dawn*, ¿Qué pasaría si había sobreestimado a su tripulación, o subestimado a la del *Black Dawn*? ¿Podría ser posible que hubiera firmado la sentencia de muerte de su tripulación al iniciar este ataque? ¿Qué pasaría con el orfanato sin su continua ayuda?

Tragó saliva, apartando las dudas. Su tripulación era la mejor. El *Marion* era el barco más duro de los siete mares. Nada iría mal hoy. Verían el atardecer de este día y todo el mundo se beneficiaría de este ataque. Jasper apretó la empuñadura de su alfanje.

—Esperemos. Unos minutos más y podremos volarlos del océano.

—Le ordenaré a Styles que vuele lo que queda del mástil principal. —Hawkins empezó a moverse hacia el cañón delantero.

La sugerencia pondría un rápido fin a la batalla, pero parecía demasiado fácil. Tenía que darle a la otra nave oportunidad de defenderse. ¿Cómo se vería en el espejo la mañana siguiente si los diezmaba habiéndolos tomado con los pantalones bajos tal como habían hecho con él?

—Espera —le gritó Jasper.

Hawkins se volvió, arqueando una ceja— ¿Para qué?

Jasper sintió la irritación crecer en la base de la nuca.

—No es tu deber cuestionar mis órdenes.

—Mis disculpas, capitán. ¿Cuál es tu plan para la *Black Dawn* si no es hacer añicos su mástil?

Él sería mejor que eso. Les daría la oportunidad de defenderse.

—La nave ya está averiada. Su mástil está quebrado. Sería muy fácil deshacerse de él. Quiero un poco de acción.

Jasper tenía que mantener su reputación de ser a la vez feroz y justo. Se sabía que sólo atacaba a los piratas y que les daba respiro si correspondía. Su tripulación y el barco eran temidos y respetados en igual medida por otros capitanes. Él no dañaría su reputación al tomar el camino fácil con la *Black Dawn*. Nadie lo llamaría cobarde o lo acusaría de ser un asesino a sangre fría.

Hawkins, con un dejo de diversión en el rostro, dijo:

—Soy todo oídos.

—Dile a Styles que aún no abra fuego. En su lugar, dañaremos la cubierta y el aparejo. Muestra suficiente fuerza para conseguir que se rinda. Quiero mirar al capitán Gregor a los ojos antes de que le haga pagar sus deudas. —El hombre sabría lo que había hecho y quién lo estaba haciendo pagar.

—Muy bien —Hawkins se alejó para pasar las órdenes.

Algunos disparos bien hechos y la tripulación de Jasper estaría lista para abordar la *Black Dawn*. Sus hombres liberarían su cargamento, y luego enviarían la nave averiada al fondo del mar. Con tripulación y todo. Gregor y sus hombres nunca harían daño a otro inocente ni tomarían ventaja de alguien incapaz de defenderse.

~

Prudence luchó por sentarse mientras escuchaba los cañonazos surcar los aires. ¿Sería posible que estuviera sucediendo otra vez? No. No era posible. Seguramente sería rescatada. No podían ser más piratas. Luchó para librarse de sus ataduras mientras esperaba que la nave atacante la salvara. Rogó por que fuera la armada; que fuera su salvador. Las muñecas le ardían de luchar contra las cuerdas. Sin embargo, tenía que intentar liberarse. Tronó otra explosión el aire y se agazapó, por costumbre; el corazón palpitando mientras el barco se estremecía. ¿Y si se hundiera con ella atada a la maldita cama? Se ahogaría sin que nadie supiera lo que le había pasado. ¿Quién se haría cargo del negocio familiar? ¿Quién recordaría a papá y a Louisa? Descartó esos pensamientos. No había tiempo para tales reflexiones. Los lloraría más tarde. Se preocuparía por el futuro una vez que estuviera libre para hacer algo al respecto. Ahora tenía que concentrarse en sobrevivir. Inspiró profundamente y miró alrededor de la habitación oscura y casi vacía. "*Piensa*, *Pru*". Un ruido metálico llamó su atención, hacia el tocador, donde un destello de metal captó su atención. La batalla debió de haberlo hecho caer. Estiró las piernas hacia el objeto, agradecida al bastardo que la capturó, que no le había parecido conveniente atarla sobre la cama. En su lugar, la dejó en el suelo, y la ató allí donde había caído, al lado de la cama de madera. Se estiró y trató de acercar los pies descalzos hacia el objeto, pero este permaneció fuera de su alcance. Sus muñecas gritaron de dolor mientras un ardor quemante le subía en espiral por los brazos al intentar girar sobre su cuerpo y ponerse boca abajo. Ignorando las quejas de sus doloridos músculos, siguió tratando de localizar el objeto. Al fin, sintió la superficie fría y dura y pudo asirla con los dedos de los pies. Tenía que ser un cuchillo, que, al recuperarlo, le había añadido otra herida a su cuerpo. Se mordió el labio inferior mientras trabajaba para tirar de la hoja hacia ella.

Ignorando el dolor de su herida más reciente, arqueó la espalda y tomó la hoja con las manos, antes de rodar para sentarse.

Otro cañonazo le hizo correr un frío por la espalda. Se le cayó la hoja de los dedos temblorosos, y fue a estrellarse contra las tablas de madera. Frunció los labios, movió los dedos detrás de ella, y buscó una vez más.

Con la hoja otra vez en las manos, trabajó para cortar las ataduras. Oyó el pesado ruido de botas resonar por encima de ella, acompasados con el ritmo de su corazón. Trabajaba con el cuchillo en forma frenética, movida por la desesperación. Las cuerdas cayeron y ella se puso en pie de un salto. Le ardían las muñecas, pero no tuvo tiempo de examinarlas o de atenderlas. Corrió hacia la puerta, al tiempo que sentía un dolor quemante en el pie a cada paso, y tiró del pomo de la puerta. Para su sorpresa, se abrió sin ofrecer resistencia, lo que la envió, tropezando, hacia atrás sobre el rastro de sangre que había dejado. Parecía que el arrogante bastardo no contaba con que se escapara. Recobró el equilibrio antes de salir al pasillo. Sosteniendo la blusa rasgada con una mano y el cuchillo en la otra, caminó por el estrecho pasillo. Si pudiera escabullirse a cubierta, tal vez tendría la oportunidad de sobrevivir. Sus pisadas ensangrentadas delatarían su posición, pero, con suerte, cuando los piratas siguieran el rastro, ella ya habría sido rescatada. Tenía que tener fe, tenía que seguir intentándolo. No había tiempo para cubrir la herida. Se detuvo ante la escalera. Un hombre grande de cabello rubio oscuro y ojos azules y fríos cubría la salida, y proyectaba una larga sombra sobre ella. El sol se filtraba a su alrededor y lo hacía parecer un ángel oscuro. Estudió por un momento la cicatriz en forma de media luna que tenía en la mejilla antes de que se cruzaran las miradas. El corazón le golpeaba el pecho, mientras sostenía el cuchillo frente a ella.

—Lo mataré antes de permitir que me toque.

—No quiero hacerle daño, señorita. —Empezó a bajar la escalera hacia ella.

—Quédese donde está. —exigió ella, mientras lo amenazaba con el cuchillo. El hombre sonrió.

—Soy el capitán Blackmore de la *Marion*.

Ella se tragó el impulso de confiar en esa sonrisa amistosa. Podría estar engañándola al darle una sensación de falsa seguridad. Asió el mango del cuchillo con más fuerza y dio un paso atrás. Algo en su tono le dijo que debería preocuparse por sus dichos. Sin embargo, nada de lo que decía tenía sentido para ella. Sólo quería salir de aquel maldito barco antes de que perdiera la capacidad de respirar. Este hombre no vestía uniforme. De todos modos, se hacía llamar capitán ...

—¿Está aquí para rescatarme?

—Sí. Si así lo quiere. Él bajó otro escalón.

Ella retrocedió. —¿Entonces está con la armada? —Él rió entre dientes.

—¡Cielos, no! Soy un pirata.

Se le congeló la sangre y el pánico se apoderó de ella. Los piratas habían causado todos sus problemas. Asesinaron a la gente que amaba y tomaron su barco. En este mismo momento, ella era la cautiva de un pirata y estaba tratando de salvarse de algún destino horrible que tendría en mente para ella. No podía permitir que otro pirata se la llevara; y no lo permitiría. Ella endureció su postura, y respiró profundo.

—Entonces, puede regresar a cubierta. No iré a ningún lado con un pirata. —Se aferró con más fuerza al cuchillo. Se le erizaron los pelos de la nuca mientras observaba como él pasaba la mirada lentamente por los sangrientos pies antes de subir a encontrarse con la suya. Saltó de la escalera y la tomó de la muñeca antes de que ella pudiera moverse.

—Hoy, por lo menos, no vas a destriparme. En cuanto a los piratas… parece que ya estás con uno.

—No por elección—. Prudence luchó, sacudió el brazo y lo pateó—. Suéltame, bruto. —Él se inclinó hasta que el aliento le rozó la mejilla.

—Tengo la intención de hundir este barco. Puedes venir conmigo o hundirte con él al fondo

del océano.

—No haré ninguna de las dos cosas.

Ella sacudió el brazo con todas las fuerzas que pudo reunir. Nada le habría agradado más que ver a sus captores caer. A pesar de su deseo de venganza, no ayudaría al pirata que tenía adelante. Podía saquear, matar y hundir todo lo que quisiera, pero no se quedaría con él. La soltó y ella cayó al suelo; el cuchillo se le escapó de las manos y se deslizó por el pasillo. Ella se apresuró a recuperar el arma, pero él la atrapó, la levantó del piso para mantenerla contra sí con firmeza. Se le cortó la respiración al sentir el cuerpo firme contra ella.

—No seas tonta, mocosa. ¿Qué intentas hacer? ¿Nadar hasta la orilla más cercana? Nunca lo lograrías. Soy la única oportunidad que tienes de ver otra salida de sol. —Tiró la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos—. Confía en mí.

¡Qué irritante! ¿La consideraba una tonta?

—La confianza no es algo que doy con facilidad—. Ella lo miró. Él no habló, sólo continuó mirándola. Ella se mordió el labio inferior en un intento de poner en orden sus pensamientos. La sinceridad le brillaba en las frescas profundidades azules de los ojos. Por mucho que quisiera, no podía discutir.

—Muy bien, pero necesitaré mi arma.

—¿Para que me cortes la garganta? Me parece que no. —Él le dirigió una sonrisa un tanto diabólica.

—La confianza es un sendero de dos vías.

—Vamos a empezar sin armas. —Apartó la mirada, hacia las escaleras.

La última cosa que deseaba era encontrarse indefensa en las garras de otro pirata sediento de sangre. Tenía que tratar de dominarlo y hacerlo cambiar de opinión, procurar algo de control sobre su vida.

—Necesito el cuchillo para protegerme —protestó ella. Él la empujó hacia la salida.

—Yo soy toda la protección que necesitas. Ahora date prisa.

*Confianza… Seguro…*Ya vería

Dos

Jasper estudió a la belleza pelirroja mientras Combs, el cirujano del barco, le curaba las heridas. Mantuvo la cabeza inclinada, sus ojos color avellana ocultos, aunque aún podía verse parte del rostro. No pudo evitar admirar su entereza mientras la aguja entraba y salía de la blanca piel. La muchachita observaba trabajar a Combs casi sin una mueca de dolor en su rostro. Había visto a algunos de sus hombres mostrar menos valor.

Finalmente, alzó la mirada que encontró la de él. El coraje y la determinación le brillaban en lo profundo de los ojos, aunque también reconoció una tristeza innata que le hizo querer ayudarla. Maldita sea, ni siquiera sabía su nombre. ¿Por qué debería importarle lo que le pasó a esta criatura del demonio?

Combs remató la puntada final, luego se volvió hacia Jasper.

—Debería curarse del todo mientras no se infecte. No habrá daño permanente, pero quedarán cicatrices en el brazo y el pie.

Jasper asintió con la cabeza.

—Era de esperar.

Con su belleza, las cicatrices no importarían. A diferencia de su mejilla estropeada, sus imperfecciones sólo aumentarían su atractivo, y le darían una ventaja. Los hombres se doblegarían por saber cómo las habría ganado. Para conocer todos sus secretos. Él quería conocerlos también.

—Asegúrese de poner whisky en las puntadas un par de veces al día, señorita.

—Gracias, señor ... —Arqueó una ceja.

—Combs.

La comisura de los labios dibujó una media sonrisa.

—Muy bien. Gracias, señor Combs. —Las mejillas del cirujano se ruborizaron al tiempo que asentía con la cabeza antes de salir de la cabina.

Una vez que la puerta se hubo cerrado, Jasper se volvió hacia ella.

—Necesitaría saber su nombre.

—No le debo nada.

—Me debe la vida.

Se acercó, decidido a tener su respuesta.

—Si no fuera por mí, aun estaría prisionera en el *Black Dawn.*

Estaba de pie ante él, con la espalda erguida, los hombros cuadrados.

—Habría ideado una forma de salvarme.

—No tengo ninguna duda de que le hubieras hecho tu mejor intento. De todas maneras, te he puesto a salvo. —No dudaba de que esta muchacha obstinada y tonta hubiese intentado nadar

hasta la orilla más cercana, pero habría muerto antes de tocar tierra. Si no se cansaba y se ahogaba, los tiburones se habrían deleitado con ella.

Exageró una reverencia, el sarcasmo pintado en el rostro.

—Estoy muy agradecida, capitán Blackmore. No obstante, no permaneceré con usted mucho tiempo.

La muchacha tenía más agallas que estatura. No podía dejar de darle el gusto al seguirle la corriente.

—¿Y adónde planea ir?

—A América. —Se acercó a la puerta con una ligera cojera, que favorecía a su pie izquierdo.

El corazón le dio un vuelco ante la idea de que ella saliera a cubierta. Sus heridas demostraron su resistencia y fortaleza –su astucia, incluso, aunque nada de eso la ayudaría en medio de una banda de piratas. No estaría segura entre los otros hombres a bordo. Sólo su belleza la pondría en peligro. Desesperado por detenerla, se movió para tomarla por el codo.

—¿Se propone nadar en el Atlántico?

Ella se calmó, pero no lo miró.

—Tengo intención de que me lleve a un puerto en el que pueda abordar otro barco. Si se niega, robaré su esquife e iré por mi cuenta.

Él contuvo la respiración por un momento. Esta conversación se había salido de cauce. Necesitaba hacerla calmar antes de que hiciera algo que ambos pudieran lamentar.

—Me temo que hemos comenzado mal. Es mi deseo ayudarla, protegerla, incluso. No puedo permitir que salga de este camarote así como así.

Ella giró sobre sus talones, liberando el brazo.

—Voy a hacer lo que me plazca. No le pertenezco.

—Está aquí por elección, pero recuerde que es un barco pirata. —Tuvo que hacerla entrar en razón, hacerle entender que las cubiertas de la *Marion* no eran las más aptas para que una mujer las recorriera sin protección. Sus hombres eran un buen grupo, pero eran hombres. No podía adivinar qué destino podría tener en cubierta. Por lo que sabía, los hombres se sentirían engañados al descubrir a la mujer entre ellos y arrojarla por la borda.

—Venga, hablemos de su situación.

La condujo hasta una silla frente a un escritorio de caoba. Sentarse aliviaría la presión de los puntos de sutura que Combs había colocado entre los dedos de los pies.

Se mordió el labio inferior y luego se dejó caer en la silla.

—Todo lo que deseo saber es cómo me llevará a América. Más allá de eso, no me importa lo que tenga que decir.

No podía dejar de admirar su iniciativa. Nunca en su vida, ni siquiera como segundón en la heredad del duque, soldado o corsario de su majestad, hubo alguien que se atreviera a desafiarlo como lo hizo ella. Sus acciones le causaban frustración y curiosidad al mismo tiempo.

—En primer lugar, me dará su nombre. —Se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre su pecho—. Luego podremos decidir su futuro.

Le guiñó un ojo.

—Prudence. —Se sonrojó.

—Muy bien. Es un placer conocerla, *Prudence…* Pronunció el nombre como si lo hubiera hecho toda su vida y no pudo dejar de preguntarse si ese nombre le convenía o no. De alguna manera dudaba que lo hiciera.

—¿Viene de América?

—Ha hecho suficientes preguntas. Ya es hora de que responda a las mías.

—Puede llamarme Jasper cuando estamos a solas.

Ella se irguió.

—No necesito su nombre de pila. Digame… ¿cómo piensa llevarme a América?

Se sirvió un vaso de brandy, y se tomó su tiempo para preparar una respuesta. La muchacha lo divertía. Simplemente observarla sentada allí lo agitó. Podría ser peligrosa para sus planes si él lo permitía. Todo lo que deseaba era vivir su vida en los mares. Continuar ayudando al orfanato y haciendo que los hombres malvados pagaran por sus crímenes. No tenía ningún deseo de enredarse con una mujer, por muy intrigante que fuera. Tomó un largo sorbo, que le despejó la mente.

—Arreglaré su viaje inmediatamente después de que mi barco sea reparado.

—¿Reparado? —repitió—. ¿Cuánto tiempo durará eso?

¿Acaso la desesperación brilló en su mirada? ¿Qué la esperaba que ansiaba llegar a América? No podía darse el lujo de preocuparse.

—Primero, debemos llegar a un puerto seguro. Una vez allí, los hombres harán un corto trabajo de reparación. Estará en viaje en menos de quince días.

Ella se puso en pie de un salto.

—No me conviene. Necesito regresar a América inmediatamente. ¿Tal vez pueda partir una vez que alcancemos un puerto seguro?

Su reacción, la desesperación en su voz y sus movimientos, le intrigaron aún más. Había mucho más en esta mujer de lo que había revelado. Una parte de él deseaba descubrir lo que escondía.

—La mía será la única nave allí. No se preocupe, llegará a destino. —Ofreció lo que supuso fuera una sonrisa tranquilizadora—. Entretanto, debe quedarse dentro de mi camarote.

Una sensación ominosa le oprimió la boca del estómago. Tener una mujer atractiva en su camarote sería una tortura, pero no había otra manera de evitar que se hiciera daño. Bajo la fachada de pirata era un caballero, segundo hijo de un duque, que podía controlarse. Debía hacerlo, también.

~

Al oír sus palabras, Prudence sintió que su pulso se aceleraba. Deseaba mantenerla cautiva como lo había hecho el último pirata. No podía permitirlo.

—No voy a quedarme aquí encerrada. Tendrá que elaborar otro plan mejor.

—La cubierta de un barco pirata no es lugar para una mujer. No puedo garantizar el buen comportamiento de mis hombres si se pasea entre ellos.

—No comprendo cómo permanecer en el camarote de un pirata pueda hacerme sentir mejor. Ella apretó la parte el vestido donde había estado sosteniendo el tejido desgarrado. La forma en que la pasión brillaba en los ojos del pirata mientras la miraba era más que un poco inquietante. Ella dio un paso atrás. Sería sobre su cadáver que este hombre le pusiera las manos encima. No había hecho nada para justificar su miedo, pero sería una tontería subestimarlo.

—Su virtud está a salvo conmigo. No tengo el hábito de seducir a las mujeres que no quieren.

Seguramente se había vuelto loca. ¿Qué otra explicación podría haber para que creyera sus palabras? De todos modos, vio sinceridad en los ojos.

—¿Se propone encerrarme aquí adentro?

De alguna manera, ella pasaría por esto y regresaría a casa. Tenía que hacerlo. Con papá desaparecido, era su derecho de nacimiento y su responsabilidad administrar la compañía Drake

Shipping. Y estaba el señor Stratford. Tenía que casarse con él como papá lo había deseado.

—Cuando no esté aquí, la puerta permanecerá con cerrojo.

—Hace un momento dijo que no podía dejar el camarote sola. ¿Eso significa que me acompañará a la cubierta? Ella se acomodó y puso uno se los brazos en jarra.

—Da la casualidad que he crecido en barcos. Estoy muy familiarizada con el manejo de un buque, y no tengo miedo de los marineros, señor. Confío en ellos más en que la mayoría de la gente. No hay necesidad de mantenerme encerrada en su camarote; créame.

—No es mi prisionera. —Le sonó la mandíbula cuando le devolvió la mirada fijamente.

—Por favor, dígame, ¿cómo define a un prisionero? —lo miró, pero a pesar de su ira reconoció algo en él. El capitán Blackmore era más de lo que parecía. Le dolía admitirlo, pero no la había obligado a hacer nada, ni la había maltratado en modo alguno. Él le habló con sinceridad y parecía preocuparse por lo que le dijo. ¿Era posible que un pirata fuera honorable?

—Muy bien. La escoltaré para dar un paseo una vez al día mientras esté a bordo.

Ella sonrió triunfante.

—Pueds hacerlo justo después de ordenar mi baño y encontrarme ropa limpia. Si no tiene una tina, una jarra con agua bastará.

Suspiró, se apartó de ella y luego salió del camarote sin decir palabra.

El corazón de Prudence saltó al oír el ruido de la cerradura. ¿Le enviaría los artículos que ella pidió? ¿Volvería él también? Quizás no debiera de haber sido tan grosera.

Tres

Jasper nunca se había cruzado con una mujer tan enervante. ¡Un baño! En un maldito barco pirata. ¿Quién se creía que era? ¿El capitán? De la forma en que daba órdenes, uno podría pensar que así era. Bueno, no le rendiría pleitesía. Tal vez no debiera de haberla rescatado en absoluto. Dio vuelta a la esquina y entró en la cocina. A menudo, el mozo de cabina se encontraba aquí.

—Kipp, —llamó cuando vio al muchacho, que era más como un hijo, afilando un cuchillo.

Kipp apartó su trabajo y se puso de pie ante él.

—¿Sí, capitán?

—Lleva a mi camarote una cubeta de agua fría y algunos trapos. Allí encontrarás a la muchacha que rescaté del *Black Dawn*. Deja las cosas en el camarote junto con un par de tus pantalones y una camisa. No te demores y no permitas que nadie más entre. Cierra la puerta al salir.

Apostaría a que la mujer no estaría encantada de llevar ropa de hombre, o más bien de muchacho. Le serviría de lección, por hacerle pasar tan mal rato. Tal vez las prendas le harían sentirse lo suficientemente incómoda como para permanecer debajo de cubierta. De alguna manera dudaba de que tuviera tanta suerte, pero al menos la muchacha se disimularía mejor en la cubierta, con pantalones. ¿O no? Le saltó a la mente, una imagen de ella vestida con ropas que se ajustaban a sus curvas. "*Demonios*".

Las mejillas de Kipp subieron un poco de color.

—¿Quiere que le dé los pantalones?

—Así es. Ahora, vete.

—A la orden.

Jasper lo observó salir para cumplir con sus órdenes.

Kipp había estado en la *Marion* desde hacía dos años. Jasper lo había encontrado golpeado y escondido en el agua de la sentina. En lugar de enviarlo al orfanato, Jasper le permitió seguir a bordo como su mozo de cabina.

Con el tiempo, Kipp le confió que había sido abandonado. Afirmaba tener dieciséis años. Tenía suficiente edad para firmar por los artículos de la nave. Kipp parecía feliz en la *Marion,* encajaba bien en su tripulación, trabajaba duro, y había demostrado ser leal. Para Jasper se había convertido en familia.

—Capitán… —Hawkins le dio una palmada en el hombro, sacándolo de su ensimismamiento —. ¿Qué planes tienes para la mujer?

Jasper apretó la mandíbula. No quería hablar de ella, pero Hawkins tenía todo el derecho de preguntar. No sólo era un miembro de confianza de la tripulación, también era su primo.

—Quiere ir a América.

—¿La escoltaremos hasta allí? —Se frotó la nuca.

Jasper tuvo la firme indicación de que Hawkins no estaba de acuerdo.

Hawkins lo siguió mientras caminaba.

—Le he dicho que voy a arreglarle el pasaje, pero no hasta después de que la *Marion* haya sido reparada. Por ahora, debemos seguir con nuestro rumbo. —Se volvió hacia su primo—. Ve que Payne y Finch reparen lo que puedan mientras navegamos.

—El daño a la *Marion* no ha sido grave. Payne ya ha atendido a la mayor parte de los daños de la cubierta superior. Finch está abajo, trabajando mientras hablamos.

—¿Te olvidas de que inspeccioné los daños personalmente? No necesito un informe. Sólo controla que las reparaciones continúen —espetó. Tener a la mujer a bordo pesaba sobre él, le ponía los nervios de punta, en más de un sentido. Su paciencia también parecía agotarse a medida que transcurrían las horas. La situación no era buena para él o su equipo.

Hawkins asintió.

—Sí, capitán.

—Ahora, si me disculpas… —Jasper apretó el paso hacia el puente de mando, ya que no sentía voluntad de seguir hablando. No obstante, tenía todo el deseo de ver cómo se las había arreglado Prudence. A estas alturas, debía de haberse lavado y vestido. ¿Seguiría con deseos dar un paseo por cubierta?

—Capitán, —llamó Styles mientras corría hacia él.

Un cosquilleo de fastidio recorrió a Jasper.

—¿Qué sucede?

—¿Se acuerda de la seda azul que teníamos? —sonrió Styles.

—¿Qué pasa? —Jasper arqueó una ceja, molesto.

—Prefiero mostrárselo, capitán. Sígame. —Styles comenzó a trotar hacia los camarotes de la tripulación.

Jasper volvió a mirar el puente antes de seguir a Styles. Terminaría con esta tontería y volvería a su camarote. Por mucho que lo intentara, no lograba alejar a la muchacha de su mente. Quería verla; necesitaba verla.

—Ya que tenemos a una dama a bordo, pensé que podría utilizar la tela. —Styles entró en los camarotes de la tripulación.

Jasper lo siguió, su molestia aumentando a cada paso.

—No puedo ver lo que una cosa tiene que ver con la otra.

—Ya va’ ver, Capitán. —Styles se detuvo, levantó un bulto de tela de su litera y lo agitó delante de él.

—¿Le hizo una maldita falda? —Jasper se quedó mirando los pliegues de la tela, sin saber qué más decir. Una cosa era segura: la mujer no vestiría eso en su barco. No tenía ningún deseo de mimarla. Ningún deseo de verla ataviada con fina seda. No deseaba que su tripulación, o para ser honesto, él mismo, la viera como una dama. La *Marion* era un barco pirata, no un salón de Londres.

—Supuse que necesitaría algo para ponerse ya que su vestido estaba arruinado.

—Te has equivocado. Esto no es una condenada reunión de té en Londres, Styles. —Jasper se volvió para irse.

—Capitán. —Styles se colocó a su lado y le empujó la falda en los brazos.— Ella necesitará algo fino cuando desembarque.

Con el ceño fruncido, Jasper tomó la falda. Hizo un bollo con ella, la dejó caer en un barril

vacío y se volvió a su camarote. La endemoniada muchacha no recibiría regalos de su tripulación.

~

Prudence terminó de prender el último botón de la camisa blanca prestada, luego dio un paso atrás para examinarse en el espejo ovalado sobre el lavabo. La camisa no era de su estilo, con volantes en el escote y las mangas, pero le gustaban los pantalones. Siempre había preferido los pantalones de hombre a los vestidos. Restringían menos y era mucho menos probable que te hicieran tropezar o te dejaran atrapada en algo como habían hecho a menudo las faldas.

¿Aprobaría el señor Stratford que se hubiera vestido con ropas masculinas? La había visto con pantalones de vez en cuando, y ni siquiera había levantado una ceja. Sin embargo, eso no significaba que lo permitiría una vez que se casaran. ¿Qué importaba? Suspiró. No era como si tuviera otra elección. Papá quería que se casara con el Sr. Stratford, y ella podría hacer lo que quisiera. Con suerte, los dos se llevarían bien y aprenderían a amarse.

Se fijó en los detalles de la habitación. Una cama amplia sobresalía de la curva de una pared; un escritorio de caoba anclado a la pared directamente al otro lado y el lavabo, que ocupaba la pared del fondo junto a un armario. Se sintió especialmente atraída por un gran baúl a los pies de la cama. ¿Qué podría haber en el interior? Se acercó y tomó el pestillo, mientras jugaba con la idea de abrirlo. ¿Un tesoro pirata? ¿O, tal vez, artículos personales que revelarían secretos sobre Jasper? Sus dedos se morían de ganas de levantar el pestillo. Para resolver el misterio de su contenido.

No, no invadiría su privacidad. El baúl probablemente no contenía nada de interés para ella. Era probable que estuviera lleno con ropa, viejas bitácoras de viaje o mapas. No se arriesgaría a ser atrapada espiando. Prudence retiró la mano del baúl y luego se sentó al escritorio. Un gran mapa estaba desplegado sobre él y a su lado había una bitácora. Examinó el mapa con verdadero interés, preguntándose en qué lugar del Atlántico estaba y donde se detendría la *Marion* para las reparaciones.

Al oír el suave roce de una llave girando en la cerradura, soltó el mapa y se volvió hacia la entrada. La puerta se abrió y Jasper le clavó la vista. Luchó contra el impulso de apartar la mirada, pero, en cambio, la enfrentó. No la mataría ser un poco amable. Quizás, incluso, hasta podría beneficiarla.

—Gracias por enviarme ropa.

—El artillero del barco arreglará tu vestido para que lo puedas vestir cuando salgas.

—No es necesario. Deshágase de él. —Ella sonrió ante la sorpresa que sus palabras habían provocado en los azules y fríos ojos del capitán. ¿Había esperado que se avergonzara de su nuevo guardarropa?

—Como quieras —dijo, apoyándose en el borde del escritorio.

—¿Puede decirme dónde estamos exactamente? —señaló a América en el mapa—. Me gustaría saber cuán lejos estoy de casa.

Él miró de la muchacha al documento.

—¿Sabe leer mapas?

—Soy una mujer culta, capitán.

Él rió entre dientes.

—No lo dudo, y como le dije antes, tiene permiso para llamarme Jasper cuando estemos solos. –Se notó una ligera irritación en la voz.

Ella asintió pero no tenía intención alguna de llamarlo por su nombre de pila. Era demasiado íntimo. ¡Él era un pirata, por el amor de Dios! No tenía ningún deseo de trabar amistad con él. Fueron piratas los que asesinaron a su padre y a Louisa. Ella le recorrió con la mirada la torcida cicatriz en la mejilla. ¿Habría recibido alguna herida nueva por salvarla?

El capitán Blackmore había matado a los piratas que la habían capturado, vengó a su padre y la rescató. Arriesgó su vida en la batalla. Sin embargo, no podía permitirse verlo más que como el enemigo, aún si lo deseaba.

—Según mi experiencia, las mujeres, por lo general, no leen mapas. ¿Quién le ha enseñado?

Abrió un cajón del que extrajo una botella de líquido de color ámbar y dos vasos.

Lo observó servir un poco del líquido en un vaso al tiempo que intentaba decidir si responder a la pregunta. No sería bueno que un pirata supiera que era dueña de una rica empresa naviera. Desde luego, no podía permitir que él descubriera que su compañía estaba ahora sin protección. No debía saber de la muerte de su padre. De ser así, su compañía estaría vulnerable a él y su tripulación.

Jasper le ofreció un vaso.

—¿Tiene sed?

—No, —levantó una mano en señal de negativa—, gracias.

Le puso el vaso en la mano de todos modos.

—Tome un poco. Después del día que ha tenido, estoy seguro de que está reseca. Además, las bebidas espirituosas son buenas para ahogar las penas.

Ella aceptó y tomó un pequeño sorbo. El licor se quemó la garganta pero no se ahogó.

—¿Qué es?

—Brandy. ¿Nunca antes había bebido?

—No. He bebido vino diluido y champán en alguna ocasión, pero papá nunca me ha permitido beber licor. No es apropiado para una dama empaparse en bebidas más fuertes, pero entonces supongo que un pirata no se preocupa por el decoro.

Envalentonada, tomó otro sorbo antes de dejar el vaso a un lado.

—Ahora, responda a mi pregunta.

—¿Dónde estamos?

Se puso de pie detrás de ella y se inclinó para mirar por encima del hombro de la muchacha. El pecho rozó la espalda de la muchacha, lo que hizo que una ola de calor la inundara. Olía a mar y aire fresco. Inhaló, disfrutando de los aromas. Una sensación extraña la atacó, pero no era en

absoluto desagradable. *¿Deseo?* Ella descartó la tonta idea de su mente.

—¿Sabe dónde está el Canal de la Mancha? —preguntó, su voz suave.

Ella señaló a su ubicación en el mapa. Sí, esa era su posición, a una distancia imposible de Boston.

—¿Cómo hará que llegue a los Estados Unidos en menos de quince días desde aquí?

Él señaló un lugar diferente en el mapa.

—Eso fue simplemente un punto de partida para mostrarle. Esta es nuestra posición actual.

Se sintió profundamente aliviada. Estaban más cerca de la mitad del Atlántico que de Inglaterra. Ella observó el dedo trazar la ruta por el mapa.

—Anclaremos la *Marion* aquí, en *Domina est María*. Las reparaciones no deberían tomar más de un día.

—Señora del mar… —Las palabras escaparon de la boca de la muchacha. Siempre le había gustado estudiar latín—. ¿Es una isla? Nunca he oído sobre ella.

El capitán se enderezó y se volvió para apoyarse en el borde de la mesa.

La descubrí hace algunos años. Una isla pequeña y deshabitada, perfecta para mis necesidades.

Tomó otra copa de brandy, imaginando cuáles podrían ser esas necesidades. Cosas como esconder tesoros y la reparación de su barco, sin duda.

—Usted le puso el nombre?

—Así es. —Sonrió—. Ahora es mi turno.

—¿Para qué?

Él la miró, con expresión seria.

—¿Dónde aprendió a leer mapas?

Rayos. Ella había esperado haberlo distraído lo suficiente para disuadirlo de seguir con esa clase de preguntas.

—Me enseñó mi papá.

Tal vez no la presionaría más.

—¿El mismo papá que le prohibió las bebidas fuertes? —dijo con mirada divertida.

—Leer mapas no es ni parecido a emborracharse. —Se levantó y se acercó a la ventana—. ¿Tiene la intención de continuar con este interrogatorio, o iremos a dar ese paseo que me ha prometido?

Luchó contra sus emociones ante el recuerdo de su padre. No sería bueno que este hombre descubriera la verdad.

Cuatro

Jasper paseaba junto a Prudence por la cubierta principal mientras reflexionaba sobre su conversación anterior. ¿Por qué había sido tan reacia a hablar de su padre? Y ¿por qué se había disgustado? La pregunta que le había formulado le pareció inocente.

La miró cuando se detuvieron cerca de la barandilla. El cielo detrás de ella era un resplandor de color rojo y rosa. Su cabello rubio miel bailaba en la brisa de la tarde, mientras que los ojos color avellana brillaban. La muchachita quitaba el aliento y, ni los pantalones ajustados, ni la camisa que fluía vaporosa hacían algo para ocultar sus muchos encantos. Había un aire misterioso en la mujer que sólo se añadía a su atractivo.

Si se viera obligado a pasar mucho más tiempo con ella, no sería capaz de resistir robar un beso de sus carnosos labios. Posó la mirada a esos mismos labios y no pudo resistirse a imaginar lo que se sentiría que estuvieran pegados a los de él. Suaves y dulces.

—Mañana hará buen tiempo. —Indicó el cielo con un movimiento de barbilla, rompiendo así el hechizo bajo el cual estaba.

Miró la inmensidad del océano hacia la puesta del sol. *¿Cómo sabía ella tal cosa?* No preguntaría ahora, pero antes de bajar del barco, averiguaría dónde había adquirido tal conocimiento. No era común que una mujer entendiera de este tipo de cosas, mucho menos que hablara de ellas. Había estado en contacto con barcos, y con frecuencia pero, ¿en calidad de qué?

—Ciertamente —respondió.

Antes de que pudiera decir algo más, se oyó un grito que venía desde arriba. Inclinó la cabeza hacia atrás para mirar hacia las velas y las jarcias. Payne colgaba de un mástil, con la pierna envuelta en una cuerda gruesa Si el hombre seguía luchando de seguro se precipitaría hacia la muerte.

—Estese quieto. —Le gritó Jasper, al tiempo que inspeccionaba la situación.

—He perdido el equilibrio, Capitán. Es una suerte que la jarcia me atrapó, pero necesito una mano extra para liberarme. —Payne dejó de retorcerse, mientras se tomaba de otras líneas cercanas y se afirmaba.

Jasper se precipitó hacia adelante para ayudar, y se impulsó por las cuerdas hacia Payne. ¿Cómo diablos un contramaestre experimentado consiguió meterse en esa situación estaba más allá de su comprensión. De hecho el tonto había tenido suerte de que la jarcia hubiera detenido su caída. De otra forma, su lamentable trasero se encontraría salpicado por toda la cubierta.

—Tenga cuidado. —Le gritó Prudence.

Jasper no pudo evitar notar la sonrisa que iluminó el rostro curtido de Payne mientras la miraba. Apostaba que el tonto había estado prestando más atención a ella que a sus funciones

cuando se resbaló. Tener una mujer, peor aún, una mujer atractiva a bordo era malo para todos. Tendría que convencerla de permanecer fuera de la vista hasta que pudiera librarse de ella. Seguramente entraría en razón, una vez que hubiera explicado el peligro que representaba para sus hombres.

Jasper tomó la gruesa cuerda que estaba enredada alrededor de la pierna de Payne.

—Agárrese fuerte de esa línea. Una vez que la afloje, dependerá de usted no caerse.

—Estoy listo, Capitán. —Los nudillos de Payne se pusieron blancos cuando cerró las manos sobre el cabo.

Jasper se tomó de los cabos con una mano y envolvió sus piernas alrededor del mástil mientras trabajaba para liberar Payne. Tan repentinamente como el grito del hombre hubiera enviado a Jasper por el mástil, su contramaestre fue liberado de la trampa en la que se había encontrado.

Esperó a que Payne hubiera llegado a la cubierta antes de seguir sus pasos. Lo punzaba la irritación mientras descendía. Varios de sus hombres se quedaron agrupados en torno a Prudence. Tan pronto como sus botas tocaron la cubierta se movió hacia la muchacha. Se puso de pie junto al mástil con los brazos en jarra como evaluando el daño a su barco.

—Necesitarán reparar aquellas líneas lo antes posible —dijo, levantó la vista y con la mirada siguió la jarcia dañado antes de venir a descansar sobre la del capitán—. La vela mayor es inútil sin ellas.

Jasper revisó los daños, la sangre hirviéndole. Tenía razón en su evaluación. ¿Cómo sabía tanto? Y por qué sus hombres tropezaban entre ellos para rendirle homenaje? No se daban cuenta de los peligros de tener una mujer a bordo? Los condenados tontos no podían ver más allá de sus encantos. No podía permitir que ella tomara el mando de su nave.

—No es su…

—Sí, señorita. Voy a cuidar de ello de inmediato. —interrumpió Payne y entonces hizo una reverencia.

Prudence miró a Payne, que en ese momento le ofrecía una amplia sonrisa.

—No lo dudo.

Styles le dirigió una sonrisa divertida.

—Parece que sabéis una cosa o dos sobre buques de combate —dijo, al tiempo que codeaba juguetonamente a Jasper—. Tiene buen ojo, capitán.

—Nunca he visto a otra mujer que supiera una cosa como esa —coincidió Finch, el carpintero del barco.

—Regresen a sus puestos —ordenó Jasper con voz firme mientras intentaba controlar su creciente frustración.

Siguió un coro de “A la orden, mi capitán” mientras los hombres se volvían para cumplir sus órdenes, aunque no sin antes inclinar las cabezas o dedicar una reverencia a Prudence. ¿Cómo una sola mujer había podido reducir a una tripulación de temibles piratas a un grupo de ostentosos aunque tontos pavos reales?

Por mil demonios. Había soportado todo lo que podía tolerar de este disparate. La tomó por el codo, decidido a sacarla de la vista de sus hombres.

—Volvamos al camarote.

Prudence no se movió para acompañar el movimiento. ¡*Rayos que la mujer era terca*!. Peor aún, de alguna manera su actitud desafiante la hacía más atractiva. El impulso de llevarla a la cama y amansarla lo sintió en el bajo vientre.

Él la miró, su creciente deseo en lucha con su ira, y la tomó por el codo con mayor firmeza.

—Ahora.

~

Prudence escudriñó el rostro de Jasper, nada impresionada con su demostración de arrogancia. Debería liberar el brazo de una sacudida; decirle lo que pensaba de ser manejada por un hombre. Debería escupirle las botas. Tomar un bote y escaparse hacia la seguridad. Demostrarle que era capaz de cuidar de sí misma.

Ella encontró la mirada del pirata, lista para la batalla. Una advertencia brilló en los ojos azul hielo como advertencia que sería mejor que cooperara. Sintió el calor dentro de ella mientras le permitía guiarla de nuevo al camarote del capitán. El momento en que se cerrara la puerta entre ellos y la tripulación, tendría que escuchar una cosa o dos. Por ahora, estaba concentrada en mantener el ritmo de sus largas zancadas.

Su enojo crecía con cada paso, mientras prácticamente corría para no tropezar. Al momento de entrar en el camarote, estaba a punto de colapsar. Sólo la cólera que la invadía la sostenía en pie, como la puerta de madera maciza que se cerraba detrás de ellos. Ella giró para enfrentarlo y lo miró directamente a los ojos.

—No tiene derecho de tratarme así.

—Soy capitán de este barco. Tengo todo el derecho a eliminar las distracciones peligrosas de mis cubiertas. —Tomó una botella de ron de su escritorio, la abrió y tomó un gran trago.

Ella, ¿peligrosa? ¿Por qué? Simplemente porque era una mujer? Jamás oído una cosa tan ridícula.

—¿Ha perdido la cabeza? —Ella le sacó la botella de la mano y laº golpeó de nuevo sobre la mesa. El licor salpicó con fuerza y proyecto gotas sobre la superficie de madera.

—Usted es el condenado bárbaro aquí. Yo, no.

Cuadró la mandíbula.

—Lo lleva demasiado lejos, señora.

Prudence avanzó hacia él haciendo caso omiso de la advertencia en su tono áspero.

—¿Yo? No pedí ser traída a bordo de su barco. —dijo mientras le apuntaba con el dedo y avanzaba hacia él.

—Amenazó mi vida para traerme aquí. Ahora me acusa de ser un peligro. Una distracción.

—No la acuso de nada. Más bien lo llamo como es. —Continuó dando pasos hacia atrás, hacia la pared, mientras ella se le acercaba—. Payne casi cae a una muerte segura, gracias a usted.

Su ira se intensificaba aún más mientras continuaba hacia él.

—No es mi culpa que el hombre tuviera un accidente.

Jasper salió del medio y se ubicó detrás de ella.

Se giró para enfrentarse a él, con la espalda contra la pared ahora y con el corazón acelerado.

—Payne cayó porque se distrajo al mirarte. —Sus ojos se estrecharon sobre ella.

Ella inclinó la barbilla desafiante.

—No hay nada en mí que distraiga. Estoy bastante segura de que está equivocado.

Sintió la piel entibiarse mientras él la barría con la mirada de la cabeza a los pies y viceversa. Antes de que pudiera reaccionar, la boca descendió sobre la de ella. Ella se quedó inmóvil por un momento, la cabeza le daba vueltas, los labios estremecidos debajo de los de él. El suave sabor del ron le invadió la boca y se agregó a todas las sensaciones que la asaltaban.

Colocó el brazo alrededor de la cintura acercándola más a él mientras colocaba la boca sobre

la de ella. Prudence temía que las rodillas le fallaran debido a la deliciosa sensación que le corría por dentro y que acumulaba en el abdomen. Ella envolvió sus brazos alrededor de los hombros como apoyo mientras que el corazón latía contra su pecho musculoso. Y de repente, se encontró devolviéndole el beso con todo lo que tenía.

¿Qué, en nombre del cielo, hacía besándolo? ¡Un condenado pirata! Y para peor, estaba disfrutando la sensación sentir los labios de él sobre los de ella. Nunca había experimentado algo tan íntimo, que la consumiera de semejante manera. No podía dejar de preguntarse lo que sería tener esas manos sobre la piel, esos labios sobre la piel desnuda.

No podía permitirse disfrutar de ese contacto. Luchó para liberarse de las sensaciones que la dominaban y se deshizo del abrazo que la envolvía. Luego volvió la cara y rompió la conexión. No se atrevió a mirar hacia atrás hacia él por miedo a que se volviera a ofrecer.

Un momento más tarde, el eco de sus botas sobre el suelo de madera llenó el pequeño camarote. La puerta se cerró y oyó el *clic* de la cerradura antes de que se permitiera deslizarse por la pared hasta sentarse en el suelo. ¿Qué había hecho?

Puso las rodillas cerca del pecho y apoyó la barbilla en ella. Algo en él la cautivó y le hizo creer, aunque sólo fuera por un instante, que quería su atención. *Imposible.* Ella no podía darse el lujo de ignorar lo que era. No podía permitirse desearlo.

Cinco

—Capitán.

Jasper abrió los ojos con dificultad en respuesta a la voz de Hawkins. Había pasado una larga noche en cubierta con el fin de evitar al pequeño demonio que estaba en su camarote. Los recuerdos del beso, y el efecto que había tenido sobre él llenaron su mente hasta que por fin se durmió. Ahora el sol se abría paso por encima del horizonte, proyectando su resplandor a través del océano. Se frotó el sueño de los ojos y se puso en pie.

—Hawkins.

—La muchachita te corrió de tu propio camarote, ya veo. —Asomó una sonrisa divertida.

Jasper se pasó una mano por el pelo revuelto.

—Así podría decirse.

—Debería felicitar a esa mujer. —Hawkins rió y palmeó a Jasper en el hombro mientras hacía una mueca divertida con las cejas oscuras—. Debe de ser una verdadera fiera para haberte hecho correr.

—No he escapado. Por el contrario, he elegido conservar intacto su honor—. Nunca admitiría haber sido intimidado por el beso de una mujer. Ciertamente, no a su primo, ni a un miembro de su tripulación. Además, decía la verdad. Si se hubiera quedado en el camarote, la virtud de la muchacha podría muy bien haber sido dada por perdida. Con ese beso, Prudence había encendido su pasión como ninguna otra mujer lo había hecho antes.

Su mente volvió a la noche anterior. El cuerpo de la muchacha había encajado en el de él a la perfección. Todas sus suaves curvas amoldándose a las de él, clamando por sus caricias. El calor entre ellos había sido diferente a todo lo que había experimentado anteriormente. Si ella no se hubiera apartado, habría sido incapaz de detenerse en un beso. La deseaba toda.

Hawkins rió de nuevo y lo apartó de sus pensamientos.

—En efecto. Capitán Blackmore, el caballero pirata.

—Muy gracioso, Hawkins, —dijo Jasper en un tono seco.

Era demasiado temprano para esta clase de bromas. Jasper necesitaba despertarse por completo y resolver lo que iba a hacer con Prudence. Dejarla encerrada en su camarote no era una solución permanente. Por otra parte, estaba decidido a averiguar cómo sabía tanto sobre barcos y por qué se advertía un sentimiento de tristeza detrás de su bravuconería. Hoy no tenía tiempo para las bromas de Hawkins.

—¿Hay alguna razón por la que has interrumpido mi sueño?

Sus ojos brillaban divertidos.

—Desde luego. Parece que la mujer se ha encerrado desde el interior. Se negó a permitir que Kipp entrara con el desayuno. ¿Estás de acuerdo con que derribemos la puerta?

Jasper cerró los ojos y respiró profundo. *Maldición.*

—Tú preocúpate de mantener la *Marion* en curso; yo me ocuparé de nuestra invitada. —Se dio la vuelta para ir a su camarote, luego se detuvo y volvió a mirar a su primer oficial.

—¿Cuánto tiempo hasta llegar a *Domina est María* ?

—No mucho, capitán. Han avistado tierra en la madrugada. Debemos estar allí antes de tres campanadas. —Hawkins señaló a estribor, una seria continencia había reemplazado su humor anterior.

Jasper siguió la dirección indicada y su mirada fue recibida por la lejana costa de la isla.

—Muy bien, —respondió antes de continuar su camino hacia la cabina. Tal vez podría utilizar la promesa de tocar tierra para ganar acceso al camarote. Sin duda, Prudence estaría lista para sentir tierra firme bajo los pies. Esperó. De no ser así, no tendría más remedio que romper la puerta. No podía permitir que muriera de hambre, o que lo le permitiera entrar a su camarote. ¿Qué pensarían sus hombres si su capitán no podía siquiera hacer uso de su propia cabina?

Dio vuelta a la esquina y se detuvo en seco. La puerta estaba abierta de par en par. El miedo heló su sangre al tiempo que la idea de Prudence vagando sola por el barco llenaba su mente. Después de un segundo, se impulsó al interior del camarote.

—¿Prudence? —Recorrió el espacio con la mirada, sin poder creerlo. La mujer no estaba por ningún lado. Salió disparado hacia la puerta y gritó:

—¡Kipp! Jasper volvió a entrar con furia, miró debajo de su escritorio y luego en el pequeño espacio cerca de su cama. No había otro lugar que el que podría haberse escondido. El pequeño demonio no estaba allí.

Tonta mujer, ¿en qué estaba pensando? ¿Dónde estaba? ¿Y por qué Kipp había dejado la puerta sin cerrojo? Tenía que haberlo engañado con alguna argucia, condenada mujer. Hizo su camino de regreso a la cubierta principal y tomó al primer marinero que encontró.

—Vaya a buscar a Kipp de inmediato y envíemelo. —El hombre se escabulló tan pronto como Jasper lo dejó en libertad.

Con el ceño fruncido, Jasper se volvió hacia donde Hawkins se encontraba cerca de la barandilla.

—Hawkins.

—Capitán, —respondió Hawkins—. ¿Necesitas ayuda para derribar la puerta?

—La puerta está abierta. Quiero que la encuentren de inmediato. Toma un par de hombres y busquen hasta que la hallen. Pero no alerten a la tripulación. No tengo ningún deseo de que setenta y cinco piratas se enteren de que hay una mujer andando por ahí sin protección.

—Una pequeña muchachita...—Hawkins entrecerró los ojos—… ¿ha escapado?

—No te quedes ahí como un imbécil. Ve. Encuéntrala. Llévate a Styles, a Comadreja y a Branton para que te ayuden. No los echarán de menos a esta hora del día.

Cuando Hawkins se alejó para reunir los hombres y comenzar la búsqueda, Jasper recordó las palabras que Prudence había pronunciado días pasados: *"Voy a robar un esquife e irme."* No lo haría... o ¿sí? No podía ser tan tonta como para pensar que ese era un buen plan. Repetía una y otra vez ese intercambio en su mente mientras se dirigía a donde se hallaba el bote. Ella era descarada y claramente tonta como para haber dejado su camarote. También valiente, inteligente y decidida. Bien podría haberlo hecho.

Apretó el paso, desesperado por descubrir si, de hecho, había abandonado el barco. De haber sido así, le daría alcance y... y ¿qué? Sacudió la cabeza con consternación. No haría más que traerla de vuelta sana y salva a bordo de la *Marion*, a pesar de que le gustaría arrancarle la piel y

ponerla a curtir por montar semejante espectáculo. Su corazón dio un vuelco cuando vio el esquife. Después de todo, no había sido tan imprudente, gracias a Dios. Pero, ¿dónde demonios había ido?

—Capitán, — llamó Kipp.

Jasper giró sobre los talones.

—Prudence ha dejado mi cabina. ¿Qué sabes al respecto? —Los ojos de Kipp, nublados por la preocupación, aunque si era por sí mismo o por Prudence, Jasper no podía estar seguro—. ¿Por qué la puerta estaba sin cerrojo?

Abrió los ojos grandes pero sostuvo la mirada de Jaspers.

—Yo… me debo de haber olvidado de echar el cerrojo. Me quedé muy sorprendido de que ella hubiera bloqueado la puerta desde el interior. Mi prioridad era comunicárselo a usted.

Dio un paso más cerca de Kipp.

—Tu prioridad debería de haber sido seguir mis órdenes. Ahora ella está sola, y Dios sabe dónde en este barco.

Las manos de Kipp se sacudieron, pero se mantuvo firme.

—Lo siento, capitán. No volverá a pasar.

—Es mejor que no, o sufrirás las consecuencias de desobedecer una orden. Ahora ve a ayudar en la búsqueda, y en caso de que la encuentres, no la pierdas de vista. Me pegas un grito o envías a alguien a buscarme. ¿Lo entiendes?

—Sí, capitán.

—Bueno. Puedes comenzar en la bodega. Date prisa.

Kipp insinuó una tímida sonrisa a modo de disculpa antes de dirigirse hacia la escalerilla. Una punzada de arrepentimiento apuñaló a Jasper por cómo había tratado al muchacho. Esperaba no haber sido demasiado duro con él, pero era más que necesario para Kipp, para todos sus hombres, seguir órdenes. La gente se lesionaba, los barcos se hundieron, y las vidas se perdían cuando las órdenes no son obedecidas. La piratería era cualquier cosa menos un juego.

Jasper recorrió las cubiertas superiores de un lugar a otro, y buscó en los rincones oscuros, los barriles vacíos y las cajas; miró detrás de los rollos de cuerda, y en todas partes donde Prudence podría haberse ocultado. Frustrado, se dirigió a la barandilla para pensar por un minuto. Tal vez debería encontrar a Hawkins y ver cómo les estaba yendo a los otros. A estas alturas, tenían que haber buscado en casi cada pulgada de la *Marion*. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar el nítido cielo azul y suspiró. Tenía que estar aquí en alguna parte.

Jasper cerró los ojos. Debían de estar engañándolo. No había visto a Prudence en la jarcia. Los abrió lentamente y el corazón le dio un vuelco. La condenada mujer estaba allí arriba con Payne. Quería gritarles. Ordenarles que bajaran de inmediato. Si lo hacía, podría asustarlos y hacer que uno o ambos cayeran. Contuvo el impulso mientras se dirigía hacia el mástil principal. Si ella se lastimara, o peor, muriera, no sería capaz de vivir con el cargo de conciencia. Ella era su responsabilidad ya fuera que lo deseara o no. La había rescatado, la había traído a bordo de su barco. Tenía el deber de verla llegar segura a América. El caballero en él no exigía nada menos.

Su mirada permaneció en ella mientras llegaba a la base del mástil principal. Estaban a por lo menos diez pies de altura. Después de contener el aliento, dijo en un tono alto, pero seco:

—Payne.

Prudence bajó la vista, y sus miradas se encontraron. Jasper sostuvo la mirada, pero no se dirigió a ella.

—Payne, ven aquí y explícame el significado de esto.

—Sí, capitán.

Prudence no hizo ningún movimiento para bajar a cubierta mientras Jasper daba nerviosos golpecitos con el pie y observaba con impaciencia. ¿Debería pedirle a ella que bajara también? ¿Bajaría ella? A pesar de lo mucho que deseaba exigirle que descendiera, era probable que ser prepotente fuera contraproducente en este caso. Seguiría observándola por ahora. Dejaría que Payne fuera el que la bajara ya que estaba claro que había sido él el que le había permitido subir hasta allá, en primer lugar.

Jasper miró a Payne hacer su camino hacia cubierta, pero rápidamente volvió su atención a Prudence. Continuó haciendo lo mismo hasta que Payne lo alcanzó.

—Capitán, no estoy seguro de lo que desea que le explique.

¿Cómo podía el hombre ser tan tonto? Seguramente sabía que una mujer no tenía lugar en la jarcia. Jasper miró con incredulidad a Payne antes de volver a echar un vistazo Prudence.

—¿Por qué está ahí?

Una mirada tímida se asomó a la cara de Payne.

—La señorita Prudence me dijo esta mañana que usted había concedido el permiso para ayudar en las reparaciones. Sonaba razonable después de ver ayer lo mucho que sabía sobre el mástil.

Jasper quería estrangular al hombre. Hacerlo pasar por debajo de la quilla o darle treinta y nueve latigazos por su estupidez.

—¿Qué tiene de razonable que una mujer ayude con la reparación de un buque? —Escupió las palabras en voz baja, porque no quería que Prudence lo escuchara aunque quería que Payne percibiera su ira.

—Si lo pone de esa forma, Capitán.

—Bájala de una vez. Jasper miró con enfado a Payne por un segundo y luego volvió a mirar a Prudence. Cada segundo que permaneciera allí era otro segundo que estaba en peligro.

—¿Cómo se supone que lo haga, capitán?

Jasper aumentó la presión sobre la empuñadura de su alfanje.

—Tienes el tiempo que se tarda en llegar a ella para averiguarlo. Mueve el trasero, ahora.

Jasper permanecía impaciente mientras Prudence bajaba la mirada hacia él. ¿Podría subir y traerla hacia abajo sin dañarla o dañarse? Había estado subiendo jarcias por muchos años, pero nunca lo había hecho con una mujer enojada en sus brazos. Ella sin duda se irritaría si él fuera tras ella. Centró toda su atención en tratar de escuchar lo que estaba diciendo Payne a Prudence, una vez que llegó hasta ella, pero no pudo adivinar más que unas pocas palabras.

Su conversación pareció durar horas, aunque sólo habían pasado unos minutos. Jasper no podía apartar los ojos de ellos mientras Payne agitaba las manos y asentía como un tonto. Al mismo tiempo, Prudence no hizo ningún movimiento para bajar. Por fin, inclinó la cabeza y miró a Jasper.

—Sólo aceptaré descender si jura por su honor no castigar al Sr. Payne.

Sintió ternura por el hecho que se preocupara sólo por la seguridad de Payne sin tener en cuenta la propia.

—Por mi honor. —Jasper se puso la mano sobre el corazón. Le habría prometido todas las riquezas del mundo para que bajara.

—¿Cómo puedo saber con certeza que puedo creerle? —La voz Prudence sonaba a desafío.

Por todos los demonios. Siempre tendría que ser fiel a sus promesas si deseaba conservar la paz en cuanto ella se refería.

—No lo sabe pero hay una forma de averiguarlo. Baje y permítame poner a prueba mi honor.

Miró a Payne, dijo algo, y luego comenzó el descenso. Un pie se deslizó, seguido de las manos, y un débil grito se le escapó de la garganta. Agitó los brazos, pateando al tiempo que se desplomaba hacia cubierta.

Un grito explotó en la garganta de Jasper mientras se escurría para colocarse debajo de ella, a la vez que dudaba de su capacidad para salvarla.

Seis

Prudence luchaba por asir alguna de las cuerdas. Su corazón galopaba detrás de sus costillas mientras intentaba alcanzar cada trozo de cuerda o de vela que caía en picada a su lado. Había luchado tan duro para sobrevivir en estos días pasados. De ninguna manera iba a dejar que su vida terminara ahora. La mano entró en contacto con una cuerda y cerró los dedos alrededor de ella, aferrándose con todas sus fuerzas.

Luchó para recuperar el aliento mientras se afianzaba con la otra mano. Siguió el grueso cable con la mirada, y descubrió que corría hacía el mástil central. Podía deslizarse por él y luego trepar a un lugar seguro. Las manos le ardían como el mismo infierno pero no se soltaría.

Maldito Jasper por ponerla tan nerviosa. Había estado a bordo de la mayor parte de su vida, estaba acostumbrada a escalar jarcias. En todo el tiempo que había pasado en los barcos de papá, nunca había perdido el pie. El hombre horrible la hacía poner tan nerviosa cuando la miraba que no podía concentrarse. El deseo de besarlo otra vez llenó sus pensamientos mientras su mirada penetrante alteraba sus nervios.

—Voy por usted. Quédese donde está. —gritó Jasper.

Ella negó con la cabeza, desafiante. Su ayuda era lo último que necesitaba en ese momento. ¿Es que el hombre estaba tratando de matarla? Estaba siendo tonta. Él no podía saber el efecto que tenía sobre ella.

—Por favor, no lo haga. Soy perfectamente capaz de rescatarme a mí misma. Sólo necesito encontrar el camino a través de la línea.

—Deje de ser obstinada. Llegaré en un momento. Sólo quédese donde está.

Miró en dirección desde donde provenía la voz de Jasper. Subía por el mástil principal mientras hablaban. No podía evitar que llegara hasta ella, pero que la condenaran si iba a esperarlo colgando allí como una dama indefensa y desfalleciente. Haciendo caso omiso de su petición, ella continuó moviéndose por el mástil, una mano a la vez, ignorando el dolor en las palmas de las manos. Por lo menos, conseguiría llegar allí antes de que él alcanzara la cuerda de la que colgaba. No era una damisela indefensa, y no permitiría que nadie la viera como tal.

Mantuvo su atención en la tarea mientras avanzaba lentamente hacia su objetivo. Tal vez si ella alcanzara el mástil antes de que él llegara al cabo, dejaría que se salvara sola. Todo lo que había querido hacer era demostrar que era capaz de permanecer fuera del camarote. Había esperado que si ella lograra liberarse y demostrar sus habilidades a bordo de la nave, Jasper le otorgaría la libertad. Una libertad que necesita con desesperación. No había manera de que pudiera permanecer encerrada allí bajo su control. Nunca volvería a ser cautiva de un hombre, ni siquiera de uno apuesto y misterioso, a quien deseaba.

—¿Puede quedarse quieta, por favor? Debe de tener los brazos adoloridos y las manos

quemadas por las cuerdas. Permítame ayudarla.

Haciendo caso omiso de las súplicas de Jasper, ella continuó impulsándose. Ya era bastante malo que hubiera caído. Ahora necesitaba redimirse con desesperación si tuviera que ganar su permiso para ayudar a bordo el tiempo que se encontrara atrapada allí. Tomó aire con determinación y se obligó a moverse más rápido. Era imposible saber lo cerca que estaba, ya que no podía quitar la mirada del mástil y arriesgarse a ponerse nerviosa otra vez.

Finalmente, llegó a su objetivo solo para encontrar los brazos de Jasper esperándola. Se acercó a ella y la atrajo contra sí.

—Aférrese a mí, —ordenó.

No teniendo otra opción, Prudence envolvió los brazos alrededor del cuello de Jasper y las piernas alrededor de la cintura. Estaba demasiado cansada para discutir y, después de todo, él le bloqueaba el camino. El corazón de él latía furiosamente contra el pecho de ella mientras estaban aferrados. ¿Latiría el de ella así? Cerró los ojos. Lo hacía. Era la emoción de la caída. Nada más.

Movió la cabeza para descansar la barbilla en el hombro del capitán e hizo su abrazo más liviano mientras la llevaba a la cubierta principal. Probablemente todo el mundo estuviera observando el descenso. El pensamiento la hizo ruborizar. Nunca había estado pegada de tal forma a un hombre antes. Sus músculos tensos como cables debajo de ella mientras se movía, los corazones latiendo juntos, y no podía negar lo bien que olía: entre exótico y especiado. La extraña sensación del día anterior subió de nuevo al vientre. Abrió con violencia los ojos y se concentró en las olas del mar.

Jasper hizo pie en la cubierta principal, pero no la soltó. Antes de que pudiera dejar caer las piernas a las tablas, la había tomado en los brazos como si fuera un bebé pequeño. Dejó caer los brazos, deshaciendo el abrazo, suspiró de alivio al aliviar la presión sobre las palmas lastimadas y demandó:

—Bájeme.

Él siguió caminando por la cubierta, abrazándola con fuerza mientras se abría camino. Tal vez tenía un interés genuino por ella. Después de todo, se había precipitado en su ayuda. La idea hizo que se decidiera a alejarse aún más de él. No eran compatibles –nunca podrían significar algo el uno para el otro–, un pirata y la heredera de una compañía marítima. Bien podrían ser el carcelero y el ladrón.

Empujó contra su pecho.

—Me gustaría caminar por mi cuenta. Soy muy capaz.

—Parece que es muy capaz de muchas cosas, incluyendo conseguir matarse, casi. —La apretó aún más.

—Habría estado bien si no hubiera interferido. —Miró hacia él, haciendo caso omiso de la comodidad que encontraba en sus brazos, deseando poder quemarlo con la mirada.

—¿Cómo puede estar tan segura? —Él le devolvió la mirada.

—¿Adónde me lleva? —ignoró su pregunta, no dispuesta a explicarse. Nunca admitiría anhelarlo, desear secretamente que la tocara, que la abrazara, que la besara. Tampoco podía explicar su deseo de huir de él. Nada de esto era racional, y mucho menos comprensible.

Rió entre dientes mientras giraba la esquina.

—Usted está evitando mi pregunta, pero no se confunda, dará explicaciones. —Su tono era severo a pesar de la risa.

Prudence dejó de luchar y se obedeció.

—Muy bien. —Tendría que darle algo si quería ganar un poco de libertad a bordo del barco. Nunca podría saber acerca de la muerte de su papá o su compañía de transporte. Solo Dios

sabía lo que haría con esa información. ¿Pedir rescate? ¿Robar sus naves? No lo creía, pero tampoco podía correr el riesgo. Sin embargo, podría decirle un poco sobre ella.

Entró en el camarote del capitán, cerró la puerta de una patada, y la depositó en la cama.

Se estremeció ante la pérdida de su tibieza. Su cuerpo lloraba la pérdida de su cercanía mientras lo observaba descorchar una botella de ron. Debería estar furiosa con él. Estaba muy disgustada. Sin embargo, una gran parte de ella deseaba estar en sus brazos. ¿Qué le pasaba?

—Empiece a hablar. —Inclinó la botella y tomó un trago de licor.

Ella fue hacia él.

—En primer lugar, me gustaría un trago. Arrancó la botella de su mano y se la llevó a los labios.

Él la miró con diversión en sus ojos de hielo. La comisura de la boca se torció como queriendo evitar una sonrisa.

Sin pensarlo, se llenó la boca y tragó. Cerró los ojos con fuerza debido a la quemadura ya que el líquido encendió un camino hacia su estómago.

—Toma un poco más. —Fue a buscar un paño húmedo del lavabo y volvió a su lado. — Puede ayudarte a aliviar el dolor de las manos.

Jasper sonrió, el desafío pintado en los ojos. El líquido era horrible, pero no iba a dar marcha atrás. Tomó otro largo trago y luego le devolvió la botella.

—Gracias.

Sintió la cabeza un tanto ligera y su cuerpo pareció relajarse algo mientras lo veía ocuparse de sus tiernas manos en carne viva. Parecía sentir un cosquilleo dondequiera que él tocara mientras limpiaba y examinaba las palmas. Extendió una mano y luego recorrió con un dedo la cicatriz que tenía en la mejilla. Era el hombre más guapo que había visto nunca a pesar de la blanca y tortuosa línea que iba desde justo debajo del ojo a la mandíbula inferior.

Agarró su mano, tirando de ella.

—Sus manos estarán bien.

Trató de deshacerse de la confusión en la mente. *Santo cielo*. Estaba borracha, o al menos en camino. Le había ganado otra vez –la había engañado para que bebiera. Lo peor era que había entrado sola. Hasta lo había iniciado. *Maldita estúpida*.

—¿Está lista para explicarse ahora, o le gustaría otro trago? —le extendió la botella de ron.

Ella levantó una mano en señal de protesta.

—He tenido mi parte. En cuanto a la explicación, le he dicho que no permanecería encerrada en su camarote.

Colocó el ron de nuevo sobre su escritorio.

—Me gustaría saber por qué ha elegido engañar a Payne y trepar a la jarcia.

Bajó la vista un instante antes de encontrarse con su mirada de nuevo.

—Quería ser útil. Para distraerme, aunque sólo fuera por un rato.

Él se acercó a ella, un destello de comprensión en sus ojos.

—Se nota que ha pasado una gran cantidad de tiempo en buques. ¿Por qué?

—Crecí rodeada de ellos. Tragó saliva, tratando de determinar cuánto más podía decirle. La bebida la había relajado demasiado y la cabeza le daba vueltas. Tenía que controlar la lengua. Debía recordar que él no era su amigo.

Él retiró la silla del escritorio e hizo un gesto hacia ella.

—Tome asiento.

Ella se dejó caer sobre sobre la silla mientras él se sentaba en el baúl a los pies de la cama.

—¿Siempre ha sido un pirata? —Ella volvió su atención a las ventanas de cristales

romboidales que corría lo largo de la pared exterior.

—No. Ahora dígame… cómo ha llegado a pasar tanto tiempo cerca de los barcos.

Él escondía algo, se podía dar cuenta por cómo había eludido la pregunta y la rápida respuesta, pero ¿qué? Tal vez si ella le daba más, él también lo haría. Se mordió el labio inferior, tratando de dar una respuesta que no dejara ver demasiado.

—Mi padre era un marinero.

—¿De la marina? —preguntó Jasper al tiempo que bebía otro trago de ron.

—No. —Ella lo miró e, incapaz de contener su curiosidad, le preguntó

—¿Qué era antes de convertirse en pirata?

Él sonrió.

—Un corsario.

Otra respuesta corta, ¡*Qué interesante*!... ¿Podría presionar un poco más?

—¿No son la misma cosa? Entendía que los corsarios también atacaban barcos y saqueaban su carga. Hacerlo bajo patente de corso lo hacía legal, pero aún seguía siendo piratería. ¿No es cierto?

Él le alcanzó la botella de ron. Miró la botella, con ganas de aceptar más, pero sabiendo que no debía.

—Otro trago no la matará. Sin embargo, si prefiere puedo ofrecerte un poco de cognac o agua.

La trataba como a una debilucha de nuevo. Tomó el ron y se lo llevó a los labios. Esta vez, tomó un pequeño sorbo y luego se la pasó de nuevo a él.

—¿Quién está evitando respuestas ahora? —Rió.

Él le sonrió, dejando al descubierto dientes perfectos y un brillo en los ojos.

—En general son lo mismo, a pesar de que estaría un en apuros para encontrar ya sea un corsario o un pirata dispuesto a admitirlo.

—Entonces es una suerte que lo tengo. —Se tapó la boca con las manos para detener el flujo de sus palabras. *Él no es su amigo. No tienes suerte de estar aquí.*

—Ha dicho que su padre *era* un marinero. ¿Qué que le sucedió?

Las palabras de Jasper fueron como un puñetazo en el estómago. El aire abandonó sus pulmones y las lágrimas le pinchaban en la parte posterior de los ojos. ¿Cómo podía haber cometido un error tan monumental? Se había referido a Papá en tiempo pasado. Mientras luchaba con sus emociones recorría mentiras en su mente, en busca de un escenario plausible. Cualquier cosa menos admitir papá estaba muerto.

La mirada del capitán se suavizó al mirarla.

—Veo que está sufriendo. Percibo en usted una sensación de melancolía desde el momento en que nos encontramos. ¿Su tristeza tiene que ver con su papá?

Esto no podría estar sucediendo. No podía permitirlo. Prudence se puso en pie y se tambaleó hacia la puerta.

—No quiero discutir esto más. Le he dicho lo que sé de los buques. No le debo nada más. Déjeme.

Jasper se acercó, y, a continuación, la atrajo hacia él.

—Puedes confiar en mí.

Su tono sonaba sincero. Todavía no podía pasar por alto el hecho de que él era un pirata; un asesino no es de fiar. Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Capitán?

Siete

Jasper liberó a Prudence se apartó un paso de la puerta. De todos los momentos menos afortunados, tenían que interrumpirlo cuando estaba empezando a descubrir sus secretos. Pudo sentir que había estado cerca de que se los revelara. Su reacción después de que hablara de su padre en pasado le dijo mucho. Estaba claro que no tenía deseos de compartir esta información con él, pero ¿por qué? Otros diez minutos y habría conseguido la respuesta.

Parecía estar forjando un vínculo, débil, con ella y deseaba construir sobre él. Ahora tendría que esperar, suponiendo que ella le diera otra oportunidad para hablar sobre su pasado. Él soltó un suspiro y se apartó de la puerta. A pesar de quererlo, no podía ignorar los golpes.

—Entre, —gritó.

Kipp abrió la puerta y asomó la cabeza al camarote.

—Hemos llegado a *Domina est Maria* , capitán.

—Señora del mar —susurró Prudence.— ¡Qué apropiado!

Había hecho lo mismo que la última vez que el nombre de la isla se había mencionado. Jasper la miró, y notó el tono sobrecogedor de la voz. Parecía está un millón de millas de distancia en ese momento. Como si tuviera una conexión con la isla, o más bien, con su nombre. Tenía la mano sobre el pecho mientras miraba fijamente la ventana. Cómo le gustaría poder quedarse y hablar con ella un poco más.

—¿Prudence?

Dejó caer la mano a su lado y se volvió hacia él.

Jasper contuvo la respiración ante el terror reflejado en sus ojos. ¿Qué lo causaba? ¿Habrían matado a su padre en el mar? Era probable, dado que le había contado que su padre navegaba. ¿Lo habían asesinado los piratas que la capturaron? De ser así, sus heridas estaban frescas. Se hizo el propósito de descubrir la respuesta, pero primero tenía que cumplir con sus funciones como capitán de la *Marion*.

—Debo ir a supervisar las operaciones. Dime que vas a quedarte aquí hasta que yo venga por ti.

Ella asintió con la cabeza y luego se dejó caer en la cama.

Miró de nuevo a Kipp.

—Estaré en cubierta en un momento.

Kipp asintió con la cabeza antes de retroceder y cerrar la puerta detrás de él.

Jasper se pasó la mano por la barbilla. Daría casi cualquier cosa por permanecer allí con Prudence. Se había estado abriendo a él, probablemente debido al ron, pero era un comienzo de todos modos. Y ahora parecía tan lejana. Tenía la sensación de que cuando la puerta se cerrara detrás de él los avances que había hecho con ella desaparecerían. Rogaba a Dios estar

equivocado.

Quería ser el que resolviera el misterio en torno a ella, el que pusiera nuevo brillo en sus ojos color avellana. Tragó saliva con dificultad. Esa había sido una peligrosa línea de pensamiento. ¿De dónde había venido?

—Me tengo que ir, pero voy a estar preocupado todo el tiempo. Por favor, evita salir del camarote. —Puede que sonara condescendiente de su parte repetir la solicitud, pero necesitaba quedarse tranquilo después de que su travesura anterior.

Ella se recostó y se estiró sobre la cama. Cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos, la tristeza ya no se reflejaba en ellos.

—Tienes mi palabra, —dijo.

Él le ofreció una tímida sonrisa.

—Regresaré tan pronto como pueda. Cuando lo haga, te llevaré a la isla.

Ella le respondió con una leve sonrisa y cerró los ojos de nuevo. Recorrió con la mirada desde el cabello rubio, el rostro, los pechos llenos, las caderas bien formadas hasta los pies. Lo que daría por meterse en la cama con ella; arrancarle sus secretos y abrazarla hasta que el dolor hubiera desaparecido. *Problemas… es todo lo que ella me traerá.*

Alejó su atención de ella, satisfecho de que no intentara más trucos en un futuro próximo, y se abrió paso a la cubierta. Dormiría, sin duda, hasta que llegara a buscarla. Un sentimiento de culpa lo asaltó. No debería haber permitido que bebiera tanto. No debería haberla alentado y no debería haberla desafiado. No cuando ella no estaba acostumbrada a la bebida. De todos modos, había ayudado a hacerla hablar y ahora la mantenía segura dentro de su camarote.

Tal vez podría hacer para que se abriera de nuevo una vez que estuvieran en la isla; si bien, no usaría el alcohol para aflojarle la lengua en esta ocasión. En su lugar, utilizaría su encanto de caballero. Él era un señor, después de todo, y hubo un momento en el que se enorgullecía de haber sido capaz de conquistar a cualquier debutante de Londres a la que hubiera echado el ojo. Seguramente podría encantar a un diablillo estadounidense y rebelde si se lo proponía.

Jasper llegó a la cubierta principal y buscó a Hawkins, listo para seguir adelante con las tareas de carenado del barco. Sus hombres eran expertos en la tarea. Podrían tener a la *Marion* navegando de nuevo con la marea alta de la mañana. Para entonces, planeaba descubrir todo lo que quería saber sobre ella. Después de lo cual podría enviar a Prudence a América o encontrar otro barco que lo hiciera.

Aún tenía que decidir cómo se llevaría a cabo la tarea. Sólo había determinado que tenía que suceder pronto, antes de hacer algo de lo que podría arrepentirse. Por ahora, no era más que un rompecabezas que despertó su interés. Si lo permitía, tenía la sensación de que podría ser mucho más.

Hacía muchos años que se había comprometido a no enamorarse otra vez. No permitir nunca que una mujer se le acercara lo suficiente como para hacerle daño y no quería arriesgarse a romper ese voto por una misteriosa mujer americana de carácter fuerte.

~

Prudence permanecía en cuclillas entre dos barriles en la cubierta principal del barco, su corazón latía de forma errática. Observó con horror cómo los bárbaros invadieron las cubiertas del buque mercante de su padre, blandiendo los alfanjes y portando hachas. Los gritos de batalla la atravesaron y la dejaron temblando de miedo.

Escondiéndose más entre los barriles, cerró los ojos y elevó una plegaria silenciosa para

todos ellos. Los sonidos de los hombres gritando, del metal chocando, y de los disparos de pistola cortaban el aire a su alrededor. Se obligó a abrir los ojos cuando la cubierta se sacudió debajo de ella. Un hombre yacía muerto delante de ella, la sangre rezumaba de un agujero en la cabeza. Tuvo que taparse la boca para ahogar un grito.

¿Dónde estaba papá? Miró a su alrededor y pudo verlo. Estaba de pie con las piernas abiertas y su propio alfanje apretado en la mano. Un hombre alto con la ropa hecha jirones y con la suciedad que le marcaba el rostro luchaba con él. Contuvo el aliento, las lágrimas le ardían en los ojos mientras los veía blandir sus armas el uno al otro. Iba a morir hoy. Todos lo harían.

Con las manos temblorosas cogió el alfanje del muerto. No iba a entregar su vida sin dar pelea, ni se encogería en su escondite mientras todos a su alrededor luchaban con valentía. Tomó el alfanje, se puso de pie, sin perder de vista a papá. Ahora luchaba con dos piratas. Ella levantó su alfanje y corrió hacia ellos, decidida a ayudar.

Alguien le atenazó el brazo con mano áspera, y detuvo su ascenso. Giró la cabeza para encontrarse en las garras del enemigo. Antes de que pudiera reaccionar, él le atrapó la muñeca y la apretó hasta que el alfanje cayó al suelo.

—¿Qué es lo que tenemos aquí?, —preguntó, esbozando una sonrisa sardónica, sin dientes —. Será un sabroso manjar para los hombres.

Se retorció y dio una patada a la bestia, en vano. Él la abrazó con más fuerza, tirando de ella contra us cuerpo. El olor a suciedad que emanaba de él le revolvió el estómago. Un grito que parecía tener vida propia, escapó libre de la garganta. El miedo y el pánico se apoderaron de ella mientras buscaba a papá. Se sintió reconfortada al verlo dirigirse hacia ella. Todo estaría bien. Papá la rescataría.

Uno de los piratas se balanceó de un aparejo y cercenó la cabeza de papá. El corazón le golpeó en el pecho.

—¡Papá! ¡No! —pero sus gritos cayeron en oídos sordos. Luchó contra su captor con todas sus fuerzas, gritando, retorciéndose, y pateando mientras la arrastraba de la nave de su padre a la balandra pirata. La tiraron en un espacio oscuro, húmedo, y cerraron la puerta antes de atarla a la cama.

—Prudence

¿Jasper? Prudence luchó contra las ataduras que la retenían mientras trabajaba para abrir los ojos. Su corazón se aceleró y el sudor recubría su piel.

—Prudence, despierta. Soy yo, Jasper. Estás teniendo una pesadilla. Despiértate.

Una pesadilla. Jasper. Se obligó a abrir los ojos. Jasper la rodeaba con los brazos, apretándola contra el pecho. Ella procuraba calmarse mientras lo miraba. Todo estaba bien.

—Solo fue un sueño. Estás a salvo aquí, conmigo. —Jasper aflojó la presión del abrazo y luego le acarició el cabello suelto.

Prudence hizo un ligero movimiento de cabeza, disfrutando de la comodidad que le ofrecía. Pudo haber sido una pesadilla, pero no hace mucho todo había sido realidad. *Pobre papá. Y todo por su culpa.*

—Tal vez te ayude hablar de ello, —dijo.

—No.

No podía compartir esto con él. No tenía que descubrir la verdad sobre ella. Ahora era la única propietaria de la empresa de transporte de su papá. Jasper, aunque amable, no debería nunca saber de sus circunstancias. El riesgo era demasiado grande. Él era y tendría que permanecer así, su enemigo. Ella tenía que volver a América, tomar el control de su herencia, y

casarse con el señor Stratford. Era extraño que no hubiera pensado en él desde ... bueno… desde antes de que Jasper la besara. ¿Podría realmente casarse con un hombre al que no amaba? ¿Que no deseaba?

—¿Te gustaría ver la isla ahora?

Prudence negó con la cabeza, y luego se dejó descansar contra su pecho de nuevo. ¿Qué daño haría permitir que la consolara un poco más?

Ocho

Jasper estudió a Prudence mientras la sostenía. La mujer era una contradicción. Tan valiente, sin embargo, tan vulnerable al mismo tiempo. Se había quedado dormida en un sueño reparador hacía más de una hora. Debería dejarla e ir a atender sus deberes, o despertarla ella y sacarla de la *Marion* para que sus hombres pudieran encargarse de las reparaciones y del mantenimiento del buque. No importaba lo que creyera que debía hacer, no podía decidirse a actuar. Tenerla en sus brazos parecía natural, como si lo hubiera hecho durante toda su vida.

Ella encajaba en él a la perfección. Su cuerpo parecía moldeado al de él, una pierna descansaba sobre muslos de él, la cabeza descansaba sobre el pecho, y una de las manos apoyada sobre el hombro como si ella también lo estuviera abrazando. Levantó un mechón de cabello e inhaló su aroma. Era tan suave, tan femenina. ¿Cuánto hacía que no sostenía a una mujer? ¿Cuándo había sido la última vez que había tocado algo tan suave?

La señorita Anna, la hija del vizconde Heartford. Jasper se había imaginado enamorado de ella. Planeaba ofrecérsele y creía que ella lo amaba también. Su noviazgo había sido intenso. Todos creían que se casarían. Hasta que ella lo hizo a un lado por su propio hermano. El siguiente en la línea de sucesión para el ducado. Sin cicatrices de guerra, libre de todo lo que Jasper había visto y vivido. El recuerdo lo apuñaló como siempre lo había hecho. Anna no había sido más que una caza fortunas. ¿Por qué conformarse con el segundo en la línea de sucesión cuando puedes tener al heredero? Sus palabras le causaban tanto dolor hoy como lo habían hecho en aquellos años. A pesar de nunca haber creído en sus palabras, todavía le dolían. Fue la cicatriz que había traído de la guerra fue lo que ella no había podido aceptar.

Jasper cerró los ojos ante el recuerdo no grato.

Prudence se agitó, deslizó la pierna hacia abajo. Él abrió los ojos, devolvió la atención a la bella durmiente que ahora sostenía. Si no fuera por la cruel lección que aprendió de manos de Anna, estaría en plan de conquistar a Prudence. No era Anna. Le había tocado la cicatriz sin la menor señal de repugnancia y lo había besado apasionadamente a pesar de su apariencia imperfecta. ¿Había ella sentido una conexión entre ellos así como la había percibido él?

Maldición. ¿Qué le pasaba? Era, sin duda, como cualquier otra mujer. Ser americana no la hacía honesta o sincera. No se conformaría con un heredero de repuesto, imperfecto, marcado por los horrores de la guerra más de lo que lo haría con un pirata y, en todo caso, él no buscaba una esposa.

Le dio una suave sacudida.

—Prudence.

Luego de un momento, echó la cabeza hacia arriba; sus miradas se encontraron.

—¿Sí?, —preguntó, somnolienta.

—Tenemos que abandonar el barco. Mis hombres no pueden realizar sus funciones con nosotros todavía a bordo. —Se escurrió por debajo de ella y se puso en pie, y ganó así algo de separación muy necesaria. —Te daré unos minutos para que te alistes.

—No es necesario. —Se puso en pie y luego se alisó el cabello con las manos antes de tirar de su ropa, enderezar las arrugas lo mejor que pudo.

—Estoy lista ahora.

La atracción que sentía hacia ella hacía que le dieran ganas de darse vuelta y echarse a correr. Al mismo tiempo, daría cualquier cosa por tenerla cerca una vez más. ¿Cómo había logrado llegar a él? ¿Cuándo lo había hecho? No importaba, no podía importar. La pondría en el primer barco que encontrara en dirección a América, y luego la alejaría de su mente. Era lo que quería, después de todo. Más importante aún, al hacerlo ya no estaría bajo su cuidado y protección, lo que le permitiría volver a su vida normal. Saquear barcos piratas, eliminar los océanos a los verdaderamente deplorables, y enviar su ayuda para el orfanato. Él no tenía espacio para el amor y el dolor que acompaña a esa tonta emoción.

Le hizo señas para que se dirigiera hacia la puerta, que sostuvo mientras salía del camarote.

—Le encargaré a Hawkins que te lleve a recorrer la isla.

Aminoró el paso y lo miró.

—Esperaba que fueras tú el que me mostrara tu isla.

—Tengo que supervisar a mis hombres y las reparaciones. —Pasar más tiempo con ella sería su perdición. Tuvo que permanecer distante. Así las cosas, el deseo y la emoción en su mirada le estrujaban el corazón. Se imaginó que abrazaría la isla, su mirada llena de asombro y admiración cuando se la mostrara. Su reacción seguramente haría derretir el hielo restante que aún envolvía su corazón, algo a lo que no podía arriesgarse.

—Entiendo… —ofreció una débil sonrisa.

La decepción en su voz lo golpeó. *No lo hagas.*

—No creo que haga daño dejar a Hawkins a cargo de los hombres.

—¿En verdad? —Se le iluminaron los ojos de felicidad cuando volvió a mirarlo.

Le ofreció el brazo.

—Sí. Hawkins es más que capaz de manejar las cosas.

~

Prudence no podía pasar por alto la batalla emocional que se desarrollaba en sus ojos. Era como si la detestara en un momento y quisiera complacerla al siguiente. ¿Pero qué significaba? ¿Por qué él deseaba escapar, y entonces al instante elegía permanecer con ella? ¿Tenía que ver con su pasado –por el que había trabajado tanto por ocultar, tanto como ella lo había hecho? Lo que era más importante, ¿por qué se había desilusionado tanto cuando pensó que no pasaría tiempo con ella?

Jasper la condujo a través de la cubierta principal hacia donde una escalera colgaba por sobre la barandilla.

—Bajaré primero. Sígueme y ten cuidado donde pisas.

Retiró la mano del brazo del capitán. La preocupación que mostró le entibió el corazón, pero no pudo resistir la tentación de probar su capacidad de cuidar de sí misma.

—Esta no es la primera vez que he dejado un buque por medio de una escala. Voy a estar muy bien, te lo aseguro. —Le dirigió una sonrisa tímida.

Pasaron infinidad de preguntas por delante de los ojos, pero no pronunció ninguna antes de

descender la escala. Prudence lo siguió de cerca como él le había ordenado. Una mirada a su alrededor reveló que la mayor parte de la tripulación permanecía cerca de la nave, sea en el agua o en la playa. Estaba agradecida de estar vistiendo pantalones mientras se abría camino por la escala de cuerdas, un paso a la vez. No sólo la mantenían bien cubierta, sino que le prestaban una facilidad de movimiento que no se podía experimentar en un vestido. La escalera se balanceaba bajo su peso, pero no más de lo esperado. Cuando llegó a la parte inferior y él la levantó en sus brazos, se le aceleró el pulso con frenesí.

—No tengo miedo de un poco de agua de mar. No hay necesidad de que me cargue. —Ella envolvió los brazos alrededor del cuello del capitán a pesar de sus protestas. En verdad, se sentía segura por primera vez desde que el barco de su papá fue atacado. A salvo en los brazos de un pirata? *Ridículo*. Pero cierto de todos modos.

—Permíteme ser un caballero. —Esbozó una sonrisa encantadora.

El mar lamía sus piernas mientras atravesaba la marea baja hacia la orilla. Ella aspiró profundamente el aire tibio, salado, mientras disfrutaba de las sensaciones que le provocaba el simple hecho de que la cargara. Su fuerza combinada con los sonidos familiares y los aromas la calmaban. Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Había más en él que el pirata —lo había sentido desde su primera interacción y se convencía de ello aún más día a día. Tenía modales que dudaba uno pudiera aprender de una vida de saqueo y muerte, y que había demostrado ser honorable en más de una ocasión. Era absolutamente sorprendente, teniendo en cuenta el estilo de vida elegido.

Él le había dicho que había sido un corsario antes de convertirse en un pirata, pero ella no podía dejar de querer saber lo que había sido antes.

—¿Capitán Blackmore?

—Te di permiso para llamarme por mi nombre de pila. —Dio un paso hacia la orilla y luego la dejó sobre suelo firme.

—Sí, pero… —protestó cuando él la condujo a través de la playa hacia la espesa vegetación donde la arena blanca se perdía.

La hizo detenerse y la miró a los ojos.

—Quiero oírte decirlo.

Generar esta confianza con él tendría consecuencias. Ella nunca había tenido tanta confianza con cualquier caballero antes, ni siquiera con el señor Stratford, y esperaba casarse con él. Al menos serían Jasper y sus amigos. Miró hacia el cielo sopesando su elección. En todo caso los haría ... ¿qué? ¿Deseaba contarlo entre sus amigos? ¿Aspiraba a algo más? Algo más profundo? Se resistía porque había desarrollado sentimientos que no quería que siguieran creciendo?

—Mírame y di mi nombre, Prudence, —instó en un tono aterciopelado.

Ella encontró su mirada una vez más, sorprendida por el anhelo que reflejaba. El Sr. Stratford nunca la había mirado de esa manera. Ningún hombre lo había hecho. No podía seguir mintiéndose. Jasper se había convertido en más que el enemigo. Ella había desarrollado sentimientos genuinos hacia él. Sentimientos que nunca había querido.

Ni una sola vez en su vida había permitido que el miedo la controlara, y no se detendría ahora. Quería ver dónde iría lo que fuera estuviera sucediendo entre ellos.

—Jasper, —dijo en un suave susurro. Parecía tan natural. Como si hubiera nacido para decir su nombre. Se dibujó una gran sonrisa en los labios. ¿Sentía él la atracción que había entre ellos? ¿Lo asustaba tanto como a ella?

—Mucho mejor. —La recompensó con una sonrisa que la hizo enrojecer. —Ahora ¿qué

quieres preguntarme?

Interrumpió la conexión, incapaz de sostener la mirada de Jasper; deseaba saber con desesperación de dónde venía, pero no estaba segura de si debía correr el riesgo de arruinar esta conexión entre ellos al ser curiosa. ¿Y si él no quería hablar de ello y decidió enviarla con Hawkins por eso? ¿Y si su respuesta añadiera un nuevo obstáculo insuperable para la relación entre ellos?

Prudence estudió las partes visibles de la isla, mientras contemplaba la arena blanca debajo de los pies antes de echar un vistazo a la vegetación que crecía más allá. La cabeza le daba vueltas mientras trataba de decidir el rumbo que debía tomar. Una vez que pusiera las preguntas en palabras ya no habría vuelta atrás. Su condición de pirata debía de ser suficiente para evitar cualquier atracción entre ellos. Y, sin embargo, aquí estaba ella, dispuesta a mirar más allá de eso. ¿Sería posible que tuviera algo peor que ocultar de su pasado?

—Prudence —llamó cuando entraron en el interior de la isla.

Ella tomó aire y se encontró con su mirada.

—No pude dejar de notar que no pareces un pirata.

—¿Cómo es eso? —permaneció impasible, pero le vio en los ojos un destello.

Ella pasó por encima de una raíz y luego siguió adelante sin prestar atención a su corazón que latía acelerado.

—No eres un verdadero pirata. Ellos no poseen modales ni honor. He sido testigo de ambos en ti.

Se rió; la rica voz hacía estragos en el cuerpo de la muchacha.

—¿Y a cuántos piratas conoces para tener la certeza de llegar a semejante conclusión?

Las mejillas de la muchacha se ruborizaron.

—Dos, pero no eres en absoluto parecido a los que me robaron.

La guió por un sendero marcado por antiguos pasos a través de la espesa vegetación y de los árboles.

—Tal vez no eran verdaderos piratas.

—Sí que lo eran y de lo más desagradable también. La irritación le calentó la sangre, pero estaba decidida a permanecer en su curso. Dio un paso hacia él.

—Tengo idea de que eres un caballero. Me has dicho que has sido un corsario antes de ser pirata. Me gustaría saber lo que te condujo a esa... ocupación. ¿Dónde has crecido? ¿Qué has hecho antes de salir a los mares?

Jasper se detuvo y miró hacia la playa, y pareció que de repente estaba muy lejos de ella. Una tristeza que reconocía en sí, atenazó las facciones del capitán.

—No importa. Esa vida quedó atrás.

No pudo evitar que el deseo la inundara, inclinó la barbilla y acercó los labios a los de él. Él encontró su pasión con la propia, y cruzó los labios por sobre los de ella. Sentía el deseo subir espiral en su interior, como un vórtice en su abdomen. Ella se apretó a él más, el toque los pechos contra el pecho musculoso. La suavidad de sus labios en contraste con la aspereza de su mandíbula deleitó a sus sentidos mientras profundizaba el beso. Un pequeño gemido escapó de su garganta cuando sus lenguas se tocaron íntimamente.

La apartó, dejándola sin aliento.

—Prudence...

Ella levantó los dedos temblorosos, y con ellos presionó los labios. La pregunta brillaba en sus ojos. No había ninguna necesidad de decirlo.

—Quiero esto .... te quiero a ti. —Y ella lo quería, ella quería todo de él, quería entregarse

por completo a él.

Él quitó los dedos temblorosos de sus labios y otra vez llevó la boca a la de ella. Le envolvió los brazos alrededor de los hombros, aferrándose a esa sensación, como si muriera sin su toque. Ni su pasado, ni su presente, eran importantes en este momento. Sólo lo quería a él, sus caricias, sus besos, la seguridad que experimentaba en su abrazo.

Jasper los bajó al suelo húmedo del bosque, se acomodó a su lado y le pasó el brazo debajo de la cabeza. Llevó sus labios a los de ella en un beso abrasador mientras le acariciaba el cuello, más allá de la clavícula, y sobre el pecho. Ella se apretó contra su palma, disfrutando del hormigueo que perduraba después de la caricia.

Levantó la cabeza, interrumpió el beso y la miró.

Jasper… —tiró de él para encontrar otra vez su boca, sedienta de más. De qué no estaba muy segura, pero confiaba en él, confiaba en que entendía lo que ella quería, lo que necesitaba. Sus terminaciones nerviosas crepitaban, la sangre se calentaba, y el área entre los muslos palpitaba. Con desesperación se empujó más cerca de él, y rogaba en silencio por todo lo que tenía para darle. Más besos, más caricias, más de él.

Él le dio un beso lento, suave, antes de echar la cabeza para atrás y mirarla.

—Ven, camina conmigo.

Ella extendió la mano hacia él en un esfuerzo para volver a acercarlo.

—Ahora, no. —Se puso en pie y extendió una mano.

Se le aceleró el pulso y esa electricidad le recorrió todo el cuerpo mientras lo miraba. ¿Por qué se había detenido? Añoraba la intimidad que habían compartido hace unos momentos… quería mitigar la necesidad que había creado en su interior. Pero no le rogaría. En cambio, aceptó el brazo que le ofrecía.

Lo miraba de tanto en tanto mientras se adentraban en la isla; lo estudiaba, anhelaba su contacto. Querer saber sus secretos. En una ocasión le había pedido que confiara en él, y mientras lo miraba sin que se diera cuenta, ya no podía negar que lo había hecho.

—Jasper. —Detuvo la marcha, haciendo que se detuviera también.

Se volvió hacia ella, con preocupación en la mirada.

—¿Qué sucede?

—Quiero decirte lo que pasó; contarte sobre mí, —soltó las palabras antes de que el temor pudiera detenerla. No entendía su necesidad de ser honesta con él, sólo que la conexión entre ellas la obligaba. Tal vez ambos podrían encontrar una solución que les permitiera permanecer juntos. Una cosa era segura; no podía casarse con el señor Stratford.

—No tienes que hacerlo. —Le apartó un rizo de la mejilla mientras la miraba tiernamente a los ojos.

Prudence buscó un lugar para sentarse. Un viejo tronco yacía horizontal sobre el suelo, no muy lejos de donde se encontraban. Le tomó la mano y lo llevó al asiento improvisado. La siguió, y se sentó a su lado.

Los pájaros cantaban en algún lugar a la distancia, y llenaban el silencio mientras ponía en orden sus pensamientos. No estaría bien que simplemente le espetara su situación. Es cierto que deseaba compartir su pasado con él, y contra toda razón confiaba en él, pero no quería decirle algo equivocado. Decir algo tonto o fuera de lugar.

Él le apretó la mano con suavidad.

Ella encontró su mirada, tomo aliento, y enderezó su postura.

—Mi padre era dueño de una empresa de transporte. Crecí en el astillero, a menudo había navegado con él y sus hombres. Drake Shipping se halla en Massachusetts; es por eso que

necesito volver a América.

Él se frotó la parte posterior del cuello, en silencio, durante varios segundos.

—Eso explica tu conocimiento de los barcos y la navegación. —le apretó la mano con una presión reconfortante—. Has dicho que tu padre era el propietario. ¿Qué ha pasado para que eso haya cambiado?

Ella retiró la mano y cerró los ojos por un instante.

—Estábamos navegando a Inglaterra para entregar un nuevo buque cuando fuimos atacados. —Su voz se quebró en la última palabra, la emoción la inundó junto con los recuerdos terribles —. Mi padre murió; todos a bordo murieron, excepto yo.

Jasper se sentó en silencio a su lado mientras ella le contaba todo lo que había sucedido. De vez en cuando se acercaba y le acariciaba la mano o le frotaba la espalda, pero no habló. Cuando llegaba al final de sus revelaciones, se volvió hacia él.

—Ya ves, estoy completamente sola en el mundo y, ahora, soy la única propietaria de Drake Shipping. El legado de mi padre es mi responsabilidad.

Prudence lo miraba fijamente a los ojos, rezando que hubiera hecho lo correcto en abrirse a él. Con un pirata, aunque fuera este, dicha información podría resultar peligrosa para ella y su herencia. Se le hizo un nudo en la garganta mientras lo estudiaba, mientras buscaba... ¿qué? No lo sabía. ¿Comprensión? ¿Protección? ¡Santo cielo, era una tonta!

—Lo lamento. No debería haberte cargado con mis problemas. *Qué Dios no permita que utilice lo que acabo de contar en mi contra.*

Nueve

Jasper escuchó todo lo que Prudence había dicho y le dio consuelo mientras compartía su historia. Se complació en gran medida de haber enviado a ese bastardo y a su sangrienta nave al fondo del océano. La muerte era mejor que lo que se merecía después de lo que le había hecho. El nivel de maldad en algunos hombres lo asombraba. Es cierto, Jasper y su tripulación habían asesinado así, pero nunca fueron tras personas inocentes, sólo de hombres viles que atacaban a los inocentes. Jasper atrajo a Prudence hacia él, y la abrazó.

—Ahora estás a salvo.

Se acurrucó a su lado.

—Te creo.

Sintió el corazón hincharse por la fe que ella tenía en él. La emoción que le brillaba en los ojos y su voluntad de compartir su pasado lo decía todo. Había desarrollado un sentimiento de afecto por él, los que sólo podrían conducir a dolores de cabeza para los dos. Lo reconocía en su tacto, la forma apasionada con que lo había besado, lo veía en los ojos cuando ella lo miraba.

No podía negar que se preocupaba por el pequeño diablillo y su bienestar. Sonaron en su interior sirenas de alarma, como recuerdo de la última mujer por la que había sentido algo, que inundaron su mente una vez más. ¿Cómo había permitido dejar que crecieran sus sentimientos por Prudence después de la lección que había tenido a manos de Anna? Tendría que poner distancia entre ellos antes de que el afecto por Prudence creciera más. Antes de que uno de ellos cruzara la línea del afecto al amor. Seguramente podría mantenerla a salvo y enviarla a América, y mantener sus corazones a buen resguardo.

—¿Capitán?

Jasper soltó a Prudence y se levantó, aliviado por la interrupción.

—Por aquí, Kipp.

Prudence se puso de pie y se acercó a su lado, pero reprimió el impulso de mirarla.

Un momento más tarde, Kipp entró en el claro.

—Capitán, Hawkins me envió a buscarlo. El daño al casco no era tan severo como sospechábamos. Siendo que habíamos realizado el mantenimiento hace quince días, los hombres hicieron un rápido trabajo de raspar los percebes también. Están terminando en estos momentos, y Hawkins dice que podemos zarpar con la próxima marea, si ese es su deseo.

Jasper hizo una inclinación de cabeza.

—Por favor, acompaña a la señorita Prudence de regreso al barco. Estaré allí dentro de poco. Hasta que yo diga lo contrario, ella está bajo tu protección.

—Sí, Capitán. —Kipp miró a Prudence—. Vamos a seguir la senda de vuelta.

El calor de los dedos de la muchacha se filtraba a través de la manga de Jasper, pero aun así

se negó a encontrar con su mirada.

—Ve.

Después de un momento retiró la mano. Mantuvo la vista en Kipp mientras conducía a Prudence hacia el barco. Sintió dolor en el pecho al dejarla ir, pero era lo mejor. Ahora tenía que averiguar qué hacer con ella hasta que pudiera verla fuera de su protección en forma segura.

Sacó el alfanje y mochó algunas viñas cercanas. No porque debían cortarse, sino porque necesitaba liberar su frustración. Había logrado mantener su corazón seguro todos estos años. Había logrado mantener a Anna fuera de su mente y concentrarse en sus actividades de caridad. Había sido feliz siendo pirata y apoyando al orfanato con el capital ganado al atacar a otros barcos piratas.

Los niños lo necesitan, contaban con él. No le dieron y le quitaron su amor como Anna lo había hecho. No le causaban dolor ni pena. Había empezado todo esto –la piratería y la ayuda al orfanato– después de cumplir su servicio a la corona y al país. Era su forma de devolver, de ayudar a aquellos demasiado débiles para ayudarse a sí mismos. Era su forma de curación, y le había curado más de lo que creía posible.

Dejó caer el alfanje a un lado, y se pasó una mano por la barbilla. Contento; no, no era eso. No se mentiría a sí mismo. Sin embargo, él estaba satisfecho con su vida. No necesitaba nada más de lo que ya tenía. Ciertamente no estaba en el mercado del amor. Sacudió la cabeza ante esa idea tonta. Lujuria, tal vez; compañía, sin duda; deseo de proteger a las personas… eran las cosas que sentía por Prudence, no amor. Pero si no tenía cuidado...

Con su mente compuesta, deslizó el alfanje en la vaina y se dirigió de nuevo a la *Marion*. Seguiría protegiéndose al permanecer distante. Fue su mejor curso de acción. Su única opción.

La playa era un zumbido de piratas cuando regresó. Algunos hombres se sentaban alrededor bebiendo ron, mientras que otros llevan suministros, y varios otros estaban en el agua terminando las reparaciones. Jasper buscó a Hawkins en la confusión, y lo ubicó cerca de la orilla. Se trasladó hacia allí para llegar al lado de su condestable.

—Me han informado que estaremos listos para zarpar con la marea.

—Se te ha informado correctamente —replicó Hawkins, al tiempo que observaba la nave carenada, inclinada a un lado en la marea baja—. ¿Doy la orden?

—Sí, pero vamos a hacer un cambio de rumbo. Cuando naveguemos, será para América.

Hawkins volvió la cabeza para mirar a Jasper.

—¿Estás loco? Si vamos aunque sea cerca de América, nos colgarán. Su costa está llena de barcos de la marina de guerra.

Hawkins no estaba del todo equivocado. La costa podría ser un lugar peligroso; sin embargo, la marina no conocía a la *Marion*. Su tripulación no constituía un objetivo para ellos. Podrían fácilmente entrar y retirarse con sigilo si hicieran las cosas correctamente.

—Si tienes miedo, eres bienvenido a permanecer aquí en la isla. Mi decisión es firme al respecto. Voy a llevar a nuestra invitada a América.

—¿Podemos someterlo a voto, capitán? No nos puede poner en peligro sin nuestro consentimiento, —desafió Hawkins—. Así son las cosas.

—El *Marion* es mi barco. Este equipo es el mejor de los mares y leal a mí. Si deseas una votación, podemos arreglarla, pero ambos sabemos que mis hombres harán lo que yo les diga. —Jasper echó un vistazo a su tripulación. Un valiente y leal grupo, elegido por él personalmente —. Primo, también debes seguir mi ejemplo como siempre lo has hecho. Podemos estudiar los mapas y trazar una ruta segura. Nuestro barco y la tripulación son desconocidos para su

marina. Esto se puede hacer sin mucho riesgo.

Hawkins resopló.

—¿Quién hubiera pensado cuando dejamos Inglaterra, hace tantos años, que acabaríamos aquí? Muy bien, permaneceré a tu lado.

Jasper dio una palmada en el hombro de Hawkins.

—Estoy agradecido de tenerte a mi lado.

Hawkins sonrió y luego volvió a mirar la nave.

—No hay ningún lugar donde preferiría estar. Inglaterra perdió todo su brillo mucho antes de dejar de sus costas.

—En efecto.

Jasper se había acercado a Hawkins después de la guerra. Después de la guerra Jasper tenía el corazón roto y había quedado marcado físicamente, mientras que Hawkins estaba arruinado económicamente. Su tiempo como corsarios de la corona y del país les había entrenado bien para una vida de piratería. Hawkins se había reído cuando Jasper sugirió por primera vez que se hicieran a la mar como piratas, pero pronto consintió. A los quince días, Jasper compró la *Marion* y reunió a un reducido equipo de hombres, a los que conocía y en los que confiaba de sus días como corsario. Ambos habían estado huyendo de algo y tenían sed de aventura.

—Da la orden y una vez que estemos en marcha reúnete conmigo en mi camarote.

Jasper fue a buscar Payne antes de que Hawkins pudiera decir nada más. Ahora que había decidido su plan de acción, tenía que manejar la situación con Prudence. Llevarla él mismo a América podría prolongar el tiempo que pasaran juntos. Debía asegurarse de no hacerlo en lugares cerrados. Payne sería la distracción perfecta.



Prudence se había metido en el agua, las perneras de los pantalones se habían subido, y buscaba caracolas mientras Kipp observaba desde la orilla. En verdad, no podía preocuparse menos por las caracolas, pero la excusa le dio tiempo muy necesario para estar sola. Si uno pudiera considerar estar sola con los tobillos metidos en el océano y con una banda de piratas que miraban. Por fortuna, no había nadie lo suficientemente cerca como para interrumpir sus pensamientos.

Sus interacciones anteriores con Jasper seguían dando vueltas por su mente. No se había imaginado esta conexión. Él la cuidaba. Ella no aceptaría otra cosa. La forma en que la había escuchado, abrazado, tocado. Las emociones que leía en los ojos y la forma en que su voz se suavizaba; todo demostraba que tenía razón en su evaluación. ¿Por qué la había apartado?

Miró hacia la playa, en busca de él entre la multitud. Sin duda, ya habría vuelto a estas alturas. Styles, Kipp y Hawkins estaban cerca de la orilla... allí estaba él, Jasper, su cabello en una coleta y la mano en su alfanje mientras hablaba con Payne. El corazón le saltó al verlo, una sonrisa en el rostro. Ella se dirigió hacia la playa de arena blanca, con la intención de ir hacia él, pero se detuvo. No sería bueno perseguirlo como una debutante de corazón enfermo. Por mucho que le dolía hacerlo, ella regresó a la caza de caracolas –o fingiendo, en todo caso.

De vez en cuando, volvía la vista a la playa, y se empapaba de él. El hecho de que era un pirata ya no le molestaba porque le había mostrado que era más que eso. Pudiera no estar dispuesto a compartir su pasado con ella todavía, pero algún día lo haría. Ella se encargaría de ello. Se le revolvió el estómago ante la idea de dejarlo regresar a su vida actual. ¿Podría alejarse de sus responsabilidades para quedarse con él? ¿Dejaría su vida de pirata para estar con ella? De

ser así, ¿necesitaría un perdón? ¿Accedería a ayudar a dirigir su astillero? Toda esta reflexión no tenía sentido cuando ni siquiera había admitido tener sentimientos por ella. Metió la mano en el agua y se echó un poco en la cara. ¿Desde cuándo tenía este cerebro de pájaro?

—Miss Prudence.

Se enderezó y miró hacia la orilla, donde Kipp agitaba el brazo. Con una ligera inclinación de cabeza, hizo su camino de regreso a la playa. Una mirada a su alrededor reveló que el barco había recuperado su posición, que la marea estaba subiendo y que Jasper había desaparecido. Tal vez estaba de vuelta en el *Marion* y que pronto zarparían. Ella ofreció una débil sonrisa a Kipp mientras regresaba a la playa.

—¿Partimos pronto?

—Sí, señorita. El capitán me ha pedido que la llevara de vuelta a bordo ahora. Él desea verla en la cocina.

Su sonrisa fue sincera ante sus palabras y lo siguió alegremente. Jasper había solicitado su presencia. No podía imaginar por qué deseaba verla en la cocina, pero tampoco le importaba. Kipp la condujo a través de grupos de hombres de la tripulación al otro lado de la playa en su camino hacia la nave. Ella sonrió y asintió con la cabeza a los hombres que pasaban. En poco tiempo, estaban vadeando el agua, a continuación, remando en esquife y acercándose a la escala de cuerda que la llevaría de vuelta a bordo.

Kipp detuvo el bote en la base de la escalera.

—Después de usted, señorita. —Extendió la mano mientras aferraba la cuerda gruesa que formaba uno de los lados de la escala.

—Haré todo lo posible para mantenerla firme y atraparla a usted de ser necesario.

Prudence alcanzó el primer peldaño antes de mirarlo.

—No soy la señorita delicada, pero si insiste, quién soy yo para detenerlo.

Ella no perdió más tiempo en palabras, y subió tan rápido como sus brazos y piernas lo permitían.

Hawkins la esperaba junto a la barandilla y la ayudó a subir a cubierta antes de acompañarla a la cocina. Se detuvo justo fuera de la puerta de la cocina, y se volvió hacia ella.

—El capitán la está esperando.

—Gracias. —Asintió con la cabeza y luego se trasladó al recinto. Sintió el corazón agitarse mientras se acercaba y se detenía delante de Jasper.

Se puso de pie y rodeó la mesa a la que había estado sentado.

—Gracias por reunirte conmigo —le ofreció una silla—. Por favor, siéntate.

El estómago se le agrió cuando vio su expresión similar a la piedra y la mesa vacía. Esta no era una cena íntima. Algo andaba mal.

Diez

Jasper se tomó su tiempo para regresar a su asiento frente a Prudence. Su alma clamaba por ella. Todo en él exigía atraerla hacia sí y tomarla en los brazos. Aun así, ignoró el abrumador deseo de abrazarla y se dejó caer en su asiento. Había tomado la decisión correcta para los dos. Después de esto, haría todo lo posible por evitarla.

—Jasper... —encontró su mirada.

Tomó un trago de ron, suprimió sus emociones.

—He hablado con Payne acerca de ti. Ha accedido a que lo ayudes mientras está a bordo.

—¿De verdad? Gracias, Jasper —se le iluminó el rostro—. Me gusta estar activa en el barco.

La alegría en su expresión le dolía aún más. Deseaba estar haciendo esto por bondad, pero su única motivación era proteger su corazón, y el de ella. ¿Estaba equivocado en apartarla? No era Anna. Prudence era cálida y amable. Mostraba emociones genuinas. Podía sentir que se preocupaba por él. Estaba en su suave tacto, la forma en que le sonreía y lo atraía. Anna siempre había sido distante, fría. Su cara no se iluminaba ante su presencia o sus palabras. La mirada cabizbaja nunca tocó las perfectas facciones de Anna cuando él partía. ¿Cómo no había notado las diferencias antes?

—Has demostrado tus habilidades, y en vista de ello, parece razonable que puedas trabajar junto a mi equipo. —Puede que no fuera Anna, pero aún no podía confiar en ella, o incluso en sí mismo. Tal vez sólo se imaginó las diferencias. En cualquier caso, necesitaba mantener a Prudence segura. Tenerla cerca haría la tarea más sencilla. Esperaba que el arreglo con Payne la mantuviera fuera de su compañía directa y ocupada hasta que llegaran a América.

Payne había acordado evitar que tomara riesgos, protegerla de cualquier daño. Se encontró con la mirada de Prudence una vez más.

—Kipp te llevará desde el camarote del capitán a ver a Payne por la mañana y a volver por la noche. No debes deambular por la *Marion* sin la compañía de Kipp o de Payne—. ¿Está claro?

—Sí, Jasper. No te arrepentirás de esto.

Ya lo había hecho. Estaba claro que había visto este arreglo como una especie de regalo en lugar de lo que él quería que fuera. El diablillo pensaba que estaba haciendo un gran gesto cuando lo único que realmente quería era sacarla de su camarote durante el día. Por la noche, permanecería en los alojamientos de la tripulación; usaría el decoro como excusa. Una parte de él deseaba que fuera un gran gesto; deseaba poder envolverla en sus brazos y dejar que le demostrara su agradecimiento. Le inquietó el corazón saber que no podía permitir que se acercara.

—¿Voy a pasar tiempo contigo, sí? —ladeó un poco la cabeza, mirándolo mientras esperaba su respuesta.

Bajó a vista hacia su vaso para no ver cómo hacía trizas sus esperanzas.

—No. Es mejor que no nos hagamos compañía.

—¿Cómo esperas protegerme si no paso tiempo conmigo? Su voz se quebró antes de que terminara de hablar; mostraba su malestar.

Jasper tragó saliva, aclarándose la garganta antes de mirarla.

—He arreglado que continúes segura. Payne y Kipp son hombres buenos; hombres de confianza. Ellos te protegerán mientras veo que llegues de regreso a América. —Levantó la vista, la garganta atenazada por el dolor reflejado en la mirada de la muchacha—. Esto es lo mejor, Prudence.

Ella se puso de pie, con los ojos llenos de lágrimas pero no derramó ninguna.

—Tal vez sea mejor para ti, pero no para mí. —Se dio la vuelta, e hizo una rápida retirada.

Jasper la observó marcharse, mientras luchaba contra el impulso de correr tras ella. La última cosa que quería hacer era herirla. Merecía algo mejor, pero no podía ceder. Si lo hiciera, terminaría en desastre para los dos. Estaba dañado, no era bueno para ninguna mujer. Su capacidad de confiar en las mujeres había sido destruida por de Anna. Prudence se merecía un hombre que pudiera amarla por completo.

~

Prudence chocó contra Payne mientras salía corriendo de la cocina. Estiró los brazos, la sostuvo por los hombros y le hizo recuperar el equilibrio. Ella bajó los ojos, ya que no sentía deseos de dejarle ver su malestar.

—Me duele la cabeza. ¿Me llevaría a mi habitación, por favor?

Soltó los hombros de la muchacha y se volvió para conducirla al camarote—. Más bien esperaba que estuviera lista para trabajar, pero puedo ver que no está en forma de momento. Vamos, señorita.

Ella siguió en silencio detrás de él, su mente reviviendo en su mente el tiempo con Jasper. No podía entender por qué él continuaba acercándola un momento y la apartaba al siguiente. En ambas ocasiones que la había besado, había creído que sentía la misma conexión que ella. ¿Cómo podía haberse apagado como lo hizo? Ahora parecía un millón de millas de distancia. Le dolía el corazón saber que lo estaba perdiendo.

—Me han dicho que soy un buen oyente si quiere hablar de lo que la tiene tan molesta. —Payne volvió a mirarla.

Prudence forzó una débil sonrisa.

—Me temo que no hay nada que discutir. Simplemente necesito algo de tiempo para mí.

Payne se detuvo delante del camarote del capitán y luego abrió la puerta para que ella pasara —. En caso de cambiar de opinión, acerca de hablar o acerca del trabajo, Kipp sabrá dónde encontrarme.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza antes de entrar en la habitación y empujó la puerta tras ella. Le cayó una lágrima irregular. La limpió con rapidez y se sentó en la cama. Ella nunca había querido que Jasper le importara, pero aquí estaba, sentada, muerta de amor por él, sin esperanzas. Se había adueñado de su corazón, no lo podía negar. Peor aún, era incapaz de recuperarlo.

Ay, si pudiera volver a aquel día en el despacho de papá. Qué diferentes hubieran resultado las cosas si lo hubiera obedecido y se hubiera quedado. ¿Estaría vivo aún? Si ella no hubiera estado a bordo para distraerlo, puede que hubiera sido capaz de defenderse y salvar el barco. Con

seguridad, Louisa estaría segura también porque habría permanecido con ella en Boston.

Tal vez fuera mejor que ella y Jasper permanecieran distantes. Todo el mundo que había amado había sufrido destinos horribles. Mama murió al dar a luz, el padre y Luisa fueron asesinados mientras navegaban con ella. Era probable que Jasper sufriera un destino similar. Sus hombros temblaban y respiró para calmarse. Lo mejor sería dejarlo ir, obedecer sus deseos de permanecer a distancia hasta que llegaran a América. Prefería recordarlo con vida mientras hacía lo que le gustaba que ser testigo de su muerte.

Prudence estaba acurrucada en la cama, y se dio permiso para dejar de luchar su creciente dolor. Después de un buen llanto, se tranquilizaría e iría con Payne. El trabajo la mantendría ocupada, demasiado ocupada para pensar en Jasper o en cualquier otra cosa.

~

—¿Cómo está? —preguntó Jasper.

—Dormida, capitán. Pensé que nunca dejaría de llorar. —Kipp dejó caer los brazos llenos de mapas y cartas que había estado sosteniendo sobre la mesa frente a él.

—¿Qué demonios le has hecho a la chica? —preguntó Hawkins, antes de tomar un trago de ron que sostenía—. Tal vez pueda hacerla sentir mejor.

—Ni lo sueñes. —Jasper envió una mirada amenazante a su primo.

Hawkins se rió, luego se dedicó a desplegar de los mapas y cartas sobre la mesa—. Si no lo haces, alguien más lo hará.

Jasper soltó una respiración profunda.

—Regresa a tu puesto, Kipp.

—A la orden, capitán. Voy a protegerla con mi vida.

—No debes poner un precio tan alto a tu pellejo, Kipp. —Hawkins gritó tras el muchacho.

—¿Tienes que ser siempre tan desagradable? —Jasper observó a Hawkins, considerando seriamente darle unos puñetazos. El hombre era afortunado de que fueran familia, cualquier otro ya hubiera quedado fuera de combate por incitar su ira, no, celos de tal forma.

—Vamos. Sabes tan bien como yo que, en el momento que llegue a América, los hombres la rodearán. Diablos, toda la tripulación estaría persiguiendo sus faldas si los dejaran.

La idea misma molestó a Jasper. Lo peor era Hawkins decía la verdad. Un hombre tendría que ser ciego y medio idiota para no ver la mujer increíble que era Prudence. Tenía belleza, cerebro e inteligencia; nunca había conocido a una mujer más perfecta. Anna no podía compararse en absoluto, con su fachada fría y sinceridad falsa. Sólo hizo falta que Jasper regresara de Waterloo marcado de por vida para que Anna lo echara a un lado. Prudence mostró sus propias cicatrices con gracia y confianza. Seguramente las suyas no le molestarían.

—Jasper —Hawkins lo arrancó de sus reflexiones— ¿Qué vas a hacer con ella?

Sería capaz de seguir viviendo sin ella una vez que se hubiera ido, como lo había hecho antes de que ella hubiera llegado a su vida. Con el tiempo y la distancia superaría sus sentimientos por ella. Debía hacerlo.

—No tenemos nada para hacer más que llevarla de regreso a América. —Se inclinó sobre la mesa y estudió de la costa americana—. Los americanos no saben que nos tienen que vigilar. No reconocerían la *Marion* como barco pirata a menos que izáramos nuestro estandarte.

Hawkins rodeó la mesa y comenzó a estudiar los mapas.

—Una gran ayuda, por cierto. Todavía tenemos que tener cuidado. Un perfil bajo, si vamos a llevarla y mantener nuestra libertad.

—Vamos a enarbolar el estandarte inglés, hacer todo lo posible para que parezca un buque mercante, y recorrer a la costa. —Jasper recorrió con el largo dedo a través del Atlántico hasta la costa de Maine—. Vamos a entrar aquí. Es irregular y menos propensa a tener concentración aquí en el centro.

Hawkins asintió cuando Jasper lo miró.

—Entonces vamos a recorrer la costa hasta Massachusetts. Una vez allí encontraremos una cala u otro lugar oculto cerca de Boston y echar el ancla.

Hawkins levantó su ron para tomar otro largo trago.

—Al parecer, tienes todo pensado, a excepción de cómo llegar a tierra.

Jasper se enderezó y sonrió a Hawkins.

—Esa será la parte más fácil. —Llevaría a Hawkins y Payne junto con Prudence en el esquife, y luego remaría hasta su astillero. Sólo necesitaba que ella le dijera dónde. No tenía ninguna duda de que confiaba en él y su deseo de regresar era evidente. No debería costar mucho que ella le dijera cómo llegar.

Once

Durante la última semana, Prudence había pasado sus días ayudando a Payne y viendo a Jasper desde la distancia. Pasaba sus noches acurrucada en la cama de Jasper, tratando desesperadamente de no pensar en él. De no amarlo. Incluso ahora, lo miraba desde donde estaba trabajando, ayudando Payne a reparar una línea. Estaba de pie cerca de la proa, conversando con Hawkins. De vez en miraba hacia ella y Payne, pero nunca directamente. Le dolía el alma estar tan cerca de él, pero tan lejos al mismo tiempo.

Decirse que era lo mejor no hacía nada para calmarla. Algo dentro de ella insistía que necesitaba a Jasper, que su lugar era junto a él. Y hubiera jurado que fue testigo de la ternura y el deseo en su mirada también. Miraría en su dirección, a veces incluso a los ojos por un instante, luego los ojos perderían toda expresión y apartaría la vista, y la dejaba preguntándose si no lo había imaginado todo, para empezar.

Se había pasado incontables horas repasando todas las razones por las que no eran el uno para el otro. Era un pirata, propenso a perecer, como todos los demás que había querido, pero ninguna de las razones que se daba cambió la forma en la que sentía por él. Dormía bastante poco, y había empezado a pensar que tal vez pudiera estar volviéndose un poco loca. Prudence se mordió el labio inferior mientras miraba a Jasper apoyarse en la barandilla y deseó que mirara hacia donde ella estaba.

—Miss Prudence.

Arrancó su atención de Jasper ante el sonido de la voz de Payne.

Se encontró con su mirada, y esbozó una sonrisa preocupada.

—Ha estado de mal humor durante toda la semana. Notar su dolor me preocupa. ¿Seguro que no le gustaría decirme lo que la aflige?

Prudence respiró profundo. Tal vez debería confiar en él. Payne había demostrado ser un amigo, después de todo. La había tomado bajo su ala, le permitió trabajar con él y no la había presionado sobre nada. Incluso cuando se le escapó que sus padres habían muerto, no la presionó para obtener más información. Simplemente le dio sus condolencias y le entregó más estopa para parchear las fugas. Por otra parte, Jasper lo consideraba un amigo. Tal vez él pudiera tener una idea que la ayudaría ya sea a olvidar a Jasper o llegar a él.

—Me temo que para mi problema no hay ayuda. —dijo, al tiempo que le daba más línea a Payne mientras miraba a Jasper.

Payne trabajaba para asegurar la nueva línea en lugar de la pieza dañada.

—¿El capitán?

—¿Cómo lo ha adivinado? —volvió su atención a Payne.

—La forma en que lo mira. Sus ojos se iluminan cuando aparece, y está a millas de la tarea

que tiene entre manos. Cuando él mira en nuestra dirección sonríe por un segundo antes de que se apodere otra vez de usted esa mirada triste.

—Nunca tuve la intención de no realizar mis funciones como corresponde—. Lo lamen…

—¿Él lo sabe? —Payne la miraba desde abajo de una ceja poblada, rubia y ligeramente enarcada.

¡Maldita sea! ¿Era tan obvio también para el resto de la tripulación? Si Payne se había dado cuenta de que estaba enamorada de Jasper, ¿Jasper se habría dado cuenta también? ¿Debería acudir a él? ¿Exponer su corazón ante él? Si ella tenía razón con respecto a lo que sentía ella, así, tal vez podrían reparar cualquier grieta que hubiera entre ellos. Pero, ¿y si estaba equivocada? Tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—No creo que lo sepa.

—¿Tiene intención de decirle? —Payne trabajaba para atar un nudo, su mirada iba de Prudence a la línea.

—La última vez que hablamos, me dijo que lo mejor era que permaneciéramos separados. —Miró de nuevo hacia donde Jasper había estado, pero se encontró con el espacio vacío—. Tal vez estaba en lo cierto. —Mientras pronunciaba las palabras, sabía que no las creía. Pues, ¿cómo podía desear tanto a un hombre que era mejor dejarlo en paz? ¿Por qué este dolor en el corazón y en el alma si no se pertenecían el uno al otro?

—Es un tonto obstinado. —Payne extendió la mano y dio unas palmaditas en una de las manos de Pru—. Pero también es un buen hombre. Debe decirle cómo se siente. No deje que la aleje cuando es evidente que siente lo mismo por usted.

El corazón de Prudence dio un vuelco al escuchar estas palabras.

—¿Por qué dice eso?

—Se lo puede ver en la cara también. Por no hablar de todas las tareas irrelevantes que ha estado haciendo en la cubierta sólo para estar cerca de usted.

—Hubiera jurado que he visto una cierta ternura dirigida a mí en la mirada, pero nunca consideré el tiempo que ha pasado en la cubierta. —Pensó en todas las cosas que había visto a Jasper hacer durante la última semana: enrollar cuerdas, mover carga, reparar rieles... Todas tareas más adecuadas a su tripulación—. Comprendo lo que quiere decir, pero aún no estoy convencida de si debería ir a hablar con él.

—Es pura cáscara, señorita. Bajo su aspecto tosco es muy honorable. Es más, un Señor. ¿Sabía que patrocina un orfanato en Inglaterra? ¿O que luchó valientemente en Waterloo?"

Ella sacudió la cabeza, los ojos muy abiertos mientras se aferraba a las palabras de Payne.

—Sólo atacamos a otros barcos piratas y hemos rescatado a buques mercantes en varias ocasiones. Esclavistas también. Innumerables hombres y mujeres se han salvado en manos del Capitán. Cada centavo que el capitán hace, lo envía al orfanato. Es un buen hombre, merecedor de amor, tal como usted es una buena mujer. No permita que las heridas del pasado que los dos cargan se interpongan en el camino de lo que podría ser un futuro feliz.

Prudence dejó de mordisquearse el labrio inferior, su mente llena de las palabras de Payne. Jasper…un señor… salva personas…patrocina un orfanato… ¿por qué, en nombre del cielo, no le había dicho nada de eso? Había aceptado el hecho de que era un pirata, reconocía el honor y la bondad en él, pero nunca se hubiera imaginado esto. Lo cambiaba todo.

—Voy a ir a verlo ahora mismo. Disculpe.

Payne le guiñó un ojo y asintió con la cabeza.

—Déjeme terminar este último nudo y la acom…

No permitió que Payne terminara antes de hacer su camino con rapidez a través de la cubierta principal, con intenciones de no esperar otro momento para enfrentarse a Jasper. *Ruego que esté en la cocina.* Rodeó un barril antes de pasar por encima de un pequeño cubo en su camino hacia la escalerilla. No del todo segura de si debía estar enojada o emocionada, luchaba con sus emociones mientras bajaba los escalones, y hacía su camino debajo de cubierta.

—¿Dónde está tu escolta? —le gritó Jasper.

Atrapada por completo con la guardia baja, se resbaló, y salió volando hacia el piso. *Maldita sea.* Ahora sí que había hecho una tonta de sí misma, antes de abrir la boca. Trató de alcanzar los peldaños para aferrarse. Su mirada se cruzó con la de Jasper y renunció a su intento de rescatarse a sí misma.

Él se colocó al pie de la escalerilla, con los brazos abiertos listo para salvarla. La preocupación pintada en la cara. Estiró los brazos para envolverlos alrededor de él, no quería nada más que dejarlo ser su héroe sólo porque eso la colocaría en sus brazos.

~

Jasper se preparó para el impacto de Prudence, con los pies separados al ancho de los hombros y los brazos extendidos mientras se movía directamente hacia el frente de la escalera. Había contenido la respiración a la vista de su caída, y todavía no había exhalado. La atraparía o amortiguaría la caída al intentarlo. De cualquier forma, la mantendría a salvo de cualquier daño. Luego le daría al diablillo una reprimenda por su necedad.

Envolvió los brazos alrededor de la cintura de Prudence, deteniéndola limpiamente, y tiró de su trasero contra él. Sin pensarlo, la giró entre sus brazos, la atrajo hacía sí y la apretó contra él. Enterró su cara en su cabello sedoso, su pulso latía fuerte. Se podría haber herido de gravedad.

Se las había arreglado para salvarle el pequeño y bonito cuello. Ahora había llegado el momento de retorcérselo.

La sentó lejos de él, con la mirada en la de ella.

—¿Qué estás haciendo de acá para allá sola? Te di órdenes estrictas de no vagar por la nave sin Kipp o Payne que garantizaran su seguridad.

—¿Qué haces ocultándome información importante? —dijo desafiante, con los ojos entornados, y siguió adelante— ¿Piensas que no tenía derecho a saber? ¿Que no me importaría? ¿Qué si lo supiera no cambiaría las cosas entre nosotros?

La cabeza le daba vueltas. ¿Qué había descubierto? ¿Es que acaso alguien había compartido sus secretos? ¿Le habían contado sobre su pasado? El hecho de que él era un señor, un héroe de guerra… o ¿si se hubiera enterado de Anna y de cómo destrozó su corazón? Tal vez fue sólo el orfanato? Jasper se acercó más, tomándola del brazo.

—No evadas mis preguntas.

—No te debo nada. Me mentiste. Una mentira por omisión tal vez, pero sigue siendo una mentira.

Su mente daba vueltas, tratando de averiguar por qué esa filípica, pero no encontró nada.

—¿Qué demonios pasa contigo, Prudence?

—Sé todo sobre ti…todo. —Levantó la barbilla, desafiante. Quiero oírte decirlo.

Se inclinó sobre ella. Sentía el aliento en la mejilla. El enojo le calentaba la sangre.

—¿Todo sobre qué?

—Todo es diferente ahora, mi señor. Todo tiene sentido.

Jasper le soltó el brazo y luego retrocedió unos pasos antes de moverse de nuevo hacia ella. ¿Quién se atrevió a decirle su secreto? ¿Payne, Kipp, o Hawkins? Había estado pasando tiempo con todos ellos, aunque más recientemente con Payne. Vería que el culpable fuera castigado. Su linaje tenía nada que ver con su vida actual. Un hecho que pensaba que sus hombres habían entendido. Se había alejado de esa vida al término de la guerra.

—Mi cuna no cambia nada. No soy un señor, independientemente de quién sea mi padre. Soy un pirata, y permaneceré un pirata hasta mi último aliento.

Se acercó a él, y le colocó la mano sobre el pecho.

—Un pirata que usa su tesoro para ayudar a los huérfanos. Que sólo ataca a otros piratas, libera a los esclavos, y protege a los comerciantes. Eres un canalla temible, capitán, —dijo con aspereza—. Sé lo que la señorita Anna te hizo. Dime, Jasper, ¿de qué estás huyendo?

Se quedó congelado, disfrutando el calor de la mano, que se filtraba a través de su camisa. La conexión que compartía con ella era innegablemente fuerte. Cuando estaba tan cerca, era lo único que podía hacer para luchar contra la atracción que sentía hacia ella. Su disgusto se evaporó mientras la mirada, y trataba de resistir el impulso de tomar sus labios con los suyos. No podía darse el lujo. Los riesgos eran demasiado altos.

—No sabes lo que dices.

—En ese sentido estás por completo equivocado. Reconozco cosas de mí en ti. Veo el dolor detrás de t mirada, porque yo también he perdido —apoyó la pequeña mano en la mejilla, que acarició con el pulgar.

El toque delicado hizo que la emoción brotara en él. Cerró los ojos contra el ataque, mientras luchaba por controlar su corazón traidor. El diablillo luchó por él, por ellos. Algo que Anna nunca habría hecho. ¿Cómo podía apartarla?

—Jasper, te a…

—No. —Abrió grandes los ojos al tiempo que daba un paso fuera de su alcance—. No digamos estas cosas.

Ella se acercó a él de nuevo.

—No se puede deshacer lo que está hecho, Jasper. Es demasiado tarde para mí, y creo que para ti también. Te amo.

—Maldita sea, Prudence. Detente. No puedo hacer esto. —Se volvió de espaldas a ella, tratando desesperadamente de recuperar la compostura. Tratando de quitar sus palabras de la mente. La tarea de un tonto, porque estarían marcadas para siempre en su memoria. Aun así, no podía permitir que esto fuera más lejos.

Ella se acercó por detrás y envolvió sus brazos alrededor de su cintura antes de descansar la mejilla sobre su espalda.

—¿De qué estás tan asustado?

Inspiró profundo, no quería hacerle daño, pero debía hacerlo.

—No temo nada. En cuanto al amor, es una idea ridícula. No me amas más de lo que yo te amo.

Lo estrechó aún más.

—Deje de pelear contra lo que nos une. Hay algo especial entre nosotros. No me alejes.

El corazón le dio un vuelco mientras se deshacía del abrazo y se volvió hacia ella.

—Lo que sientes por mí es lujuria. Una emoción que a menudo se confunde con el amor. Con el tiempo se desvanecerá hasta que ya no te preocupes por mí en absoluto.

—Estás equivocado, Jasper. Te amo.

—Suficiente. Estamos a menos de un día de la costa americana. Cuando amanezca, voy a

llevarte a tierra, después de lo cual nunca volveremos a vernos.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla mientras le rogaba en silencio. No hizo ningún movimiento por quitarla. Se quedó allí, mirándolo.

Los brazos se estiraron como si tuvieran mente propia y la atrajeron hacia él para confortarla. Era responsable de su sufrimiento. Un dolor profundo se le instaló en el pecho. Nunca había tenido la intención de hacerle daño. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer para calmarla. Apretó la empuñadura de su alfanje con la mano mientras se alejaba de ella una vez más. Haría lo que debía para protegerlos a los dos, no importa cuánto le costara.

—Te llevaré con Hawkins. Deberás decirle la ubicación de tu astillero. Ahí es donde vamos dejarte a tierra.

—Por favor, Jasper.

Tuvo que apelar a toda su determinación para ignorar su petición entrecortada, permanecer de espaldas mientras la conducía a la cocina. Mañana todo esto habría terminado y su vida volvería a ser lo que había sido antes de que ella entrara en ella. Con el tiempo, se olvidaría por completo de ella. No tenía otra opción.

Doce

El día amaneció en un resplandor de rosas y anaranjados. Prudence observó el sol asomarse por encima de las olas mientras la noche se apagaba. A pesar de la belleza de la salida del sol, el día terminaría con tormentas. Papá siempre le había dicho que un amanecer rosado era un signo seguro de mal tiempo, al igual que un atardecer rosado traería un buen día.

El mal tiempo era apropiado, teniendo en cuenta lo que sufría en la actualidad. Había llorado hasta que el sueño la venció la noche anterior. Lo último que pensó entonces, como lo había sido esta mañana, fue Jasper. ¿Cómo podría alguna vez superar la angustia?

Contempló el litoral familiar, en parte, eufórica de regresar a casa; en parte, desesperada por quedarse en la *Marion*. Hawkins habló con ella por fin anoche. Lle había dicho de una cala cerca de su compañía de transporte, así como la ubicación de su negocio. Estarían llegando allí en poco tiempo, después de lo cual sería llevada en el bote a su astillero.

—Ya no falta mucho. —miró a Hawkins.

Descansó el codo sobre la borda del buque.

—"¿Hay algo que desea hacer antes de salir?

Se le hizo nudo en la garganta al pensar en todas las cosas que deseaba hacer, pero no pudo. Ella sacudió la cabeza, incapaz de decir lo que pensaba.

—Muy bien. Aquí viene Payne.

Prudence echó un vistazo por la nave; al ver Payne, forzó una sonrisa. Todo estaría bien. Tenía que creerlo. El corazón sanaría y continuaría con el negocio familiar. Papá estaría orgulloso de ella. Enderezó la postura y respiró profundo.

—Gracias, señor Hawkins.

—No es necesario darme las gracias —sonrió mientras Payne se acercaba a la barandilla.

—Parece que hemos encontrado nuestro escondite. —Payne señaló la costa.

Prudence miró hacia donde Payne señalaba.

—De hecho, es la cala de la que le hablé.

—Entonces debo regresar al timón. Alguien nos tiene que anclar en su interior. —Hawkins hizo un guiño antes de irse.

Prudence miró por la cubierta principal, en busca de Jasper. Todavía tenía que verlo esta mañana. La cubierta era un hervidero de hombres que cumplían con sus tareas, pero él no estaba entre ellos. Esperaba poder hablar con él antes de abandonar el barco. Si no podía hacer otra cosa, aunque sea quería decirle adiós en privado. En algún lugar profundo dentro de guardaba una chispa de esperanza que él cambiaría de opinión acerca de ellos. Confesarle su amor y abrazarla con fuerza.

Suponía que no sería posible, pero entonces, ¿dónde quedaba? No podía simplemente volver

a casa y casarse con el señor Stratford después de todo lo que había sucedido. Nunca había querido casarse con él, en primer lugar y ahora lo deseaba incluso menos. El corazón le pertenecía a Jasper, lo quisiera él o no. Tal vez se quedaría soltera por el resto de sus días. Darse por completo a la empresa de transporte y olvidarse de un esposo y una familia. En su experiencia, este tipo de cosas sólo traían dolor. Había tenido suficiente de eso para toda la vida.

—¿Cómo has sabido de este lugar? —preguntó Payne, haciendo un gesto hacia la cala hacia la que ahora navegaban.

Era evidente que nadie había tenido a bien informarle sobre su vida personal. Volvió su atención hacia él. Payne se había convertido en un amigo, en que se podía confiar. Qué irónico que ahora contara con piratas entre sus amigos.

—Mi papá era dueño de Drake Shipping. A menudo navegábamos la costa y siempre estaba dispuesto a explorar conmigo.

—Ahora todo sobre usted tiene sentido, señorita Prudence —rió.

—Somos amigos, Payne. No tienes necesidad de formalidades en lo que a mí respecta. Para ser sincera, suena extraño viniendo de ti. —le regaló una sonrisa genuina.

—La vamos a extrañar, Prudence.

—Y yo a ustedes. —Tomó la barandilla cuando el barco se detuvo en la seguridad de la cala. Su pulso se aceleró cuando Jasper dio la orden de soltar el ancla. Volvió la cabeza, siguiendo su voz, su mirada clavada en él.

Lo estudió, entregando la imagen de él a su memoria. Vestía camisa blanca con pantalones muy ajustados y botas altas. Su camisa estaba abierta en el cuello, mostrando algo de su musculoso pecho mientras él estaba de pie con un pie apoyado en la barandilla y la mano en la empuñadura de su alfanje, los ojos azules brillaban fríos en el rostro bronceado y el cabello rubio ondeaba con la brisa de la mañana mientras daba órdenes. No podía existir un hombre más guapo.

Sus ojos se encontraron, una gran sonrisa dibujada en los labios. Sonrió por un breve instante antes de que el ceño fruncido tirara de la comisura de los labios hacia abajo y rompiera la conexión. Sintió que las lágrimas pugnaban por salir. Las contuvo. Odiaba lo débil que la había vuelto y volvió su atención a Payne.

—¿Cuánto tiempo para bajar a tierra?

—No más de veinte minutos.

Ella asintió. Su única esperanza de olvidar Jasper era bajar de la *Marion* y volver a lo que le quedara de vida. Se armó de valor, determinada a no dejar que la destruyera. La vida seguiría. Tenía que hacerlo. No podía forzar su amor, y ella no permitiría que la redujera a una tonta enferma de amor de sonrisa fácil. No podía hacerlo cambiar de opinión. Su único curso de acción era aceptar su decisión.

—Me gustaría decir adiós a Kipp.

—La puedo llevar con él si lo desea, aunque él también bajará a tierra con nosotros. —Payne tamborileó con los dedos sobre el barandilla.

Prudence no había considerado quién la llevaría al astillero. Estaría Jasper entre ellos? *Deja de pensar y pensar en el hombre.*

—¿Quién me escoltará a casa?

- El capitán, Hawkins, Kipp, y yo.

Su corazón de tonta comenzó a acelerarse mientras su mente estúpida calculaba de qué

manera lograría dejar atrás los temores de Jasper y llegar a su corazón antes de que él la dejara. No tenía esperanzas.

Styles se acercó, un paquete contra su pecho.

—Tengo algo para usted, señorita.

Ella observaba, sin poder creer lo que veía mientras él deshacía el paquete. Una falda de seda color zafiro cayó en cascada delante de él.

—Hice esto para usted al poco tiempo que llegó a bordo. El capitán me autorizó a dárselo ahora. —sonrió, su mirada sosteniendo la de ella—. No se puede dejar que una gran dama abandone la *Marion* como moza pirata.

—Styles —Payne le dio un codazo en el costado.

—Lo siento, señorita. —Styles sonrió en forma tímida—. No estoy acostumbrado a hablarle a las damas.

Prudence no pudo contener la carcajada que la risa burbujeante que salió de ella.

—Está bastante bien. —tomó la falda que aún sostenía Styles, su corazón henchido—. ¿Ha hecho esto para mí?

—Styles es una costurera aficionada. —rió Payne.

—Se trata de una fina falda. Será un honor para mí vestirla. —Prudence la sostuvo en su cintura—. Gracias.

—Me gustó hacerla para usted. —Styles miró a Payne—. Tal vez haga una para ti la vez siguiente. He oído que tienes buenas piernas. —Devolvió el codazo que había recibido de Payne antes.

—No te atreverías —protestó Payne.

Prudence sonrió mientras Styles se echaba a reír, pronto seguido por Payne. De seguro extrañaría a estos hombres, pero no tanto como le haría falta Jasper. Una mirada superficial reveló que ya no se encontraba en la cubierta. ¿A dónde había ido?

—Estamos cortos de tiempo. Si desea cambiarse, tenemos que ir ahora.

Prudence volvió su atención a Payne con una inclinación de cabeza. Miró de nuevo a Styles.

—Voy a pensar en usted cada vez que me ponga esto. Gracias.

Sonrió y luego le guiñó el ojo antes de que ella volviera a irse. Cuando llegaron al camarote del capitán, Payne sostuvo la puerta para que ella entrara. Luego de oír que se cerraba no pudo dejar de preguntarse lo que Jasper pensaría de ella cuando la viera vestida como toda una señorita. Tal vez ella estaba destinada a hacer el papel de tonta después de todo, porque no importaba lo que ella intentara no podía dejar de pensar en ese hombre.

~

Jasper se sentó en la parte delantera del bote y hacía lo posible por no mirar a Prudence mientras sus hombres remaban hacia su astillero. Se veía espectacular en pantalones, el cabello que le caía en cascada por la espalda, pero algo en ella con una falda, con sus cabellos color miel recogidos, hacía que quisiera aún más quedarse con ella. El atuendo la hacía parecer más delicada, más femenina. Se sospechaba que le quitaría el aliento no importara lo que vistiera.

Había paseado por la cubierta hasta bien entrada la noche meditando sobre su vida, ella y Anna, sus opciones. Más de una vez se dirigió hacia su camarote antes de detenerse. *"¿De qué tienes miedo?"* Incluso ahora sus palabras resonaban en los recovecos de su mente.

En resumen, tenía miedo de todo. Dejó su vida en Inglaterra hace años, nunca con la

intención de volver. Cerrado lo que quedaba de su corazón después de la decepción de Anna. Había abrazado su papel como temible pirata y adalid de los menos afortunados. Prudence puso todo de cabeza cuando entró como fuego su vida, pero se merecía algo mejor.

Sería un error declararle su amor y luego abandonarla. Ella se merecía mucho más de lo que tenía que ofrecerle. Una vida en el mar, la piratería. Nunca le podría dar una casa y niños. No sin volver a su antigua vida. ¿Y su corazón? Es cierto que se había demostrado que aún poseía uno, pero ¿sería feliz con uno dañado? ¿Pasaría el resto de sus días abrazándola con fuerza mientras la comparaba con Anna y esperando que lo lastimara? Se merecía ser amada sin reservas. No podía ser tan egoísta como para aferrarse a ella.

—Parece que la han visto, señorita Prudence. Kipp señaló hacia el amarradero.

Jasper dirigió la vista hacia donde varios hombres agitaban los brazos y saltaban. La realidad lo golpeó y le quitó el aire de los pulmones. Ya estaba. Había vuelto a casa y estaría para siempre fuera de su alcance antes de que el sol se pusiera de nuevo. Volvió la mirada hacia ella y por primera vez en quince días, ella no se la devolvió. Su atención estaba en la orilla mientras devolvía los saludos, una amplia sonrisa en los labios.

Los hombres remaban con rapidez mientras Jasper bebía de su imagen, desesperado por recordar sus facciones: los cálidos ojos avellana, la forma que tenía de sonreír, su hermoso rostro. En poco tiempo, llegaron a un muelle. Payne, Kipp y Hawkins, salieron del bote. Jasper los siguió, luego se volvió para ayudar a Prudence a salir de la embarcación. Quería sentir su contacto por última vez.

Se puso de pie, tomando la mano ofrecida. El calor entre ellos quemaba su alma mientras la ayudaba. Antes de que pudiera decir nada, los hombres que habían estado observando llegaron. Con el pecho vacío, dio un paso atrás para darle espacio.

—Es usted un regalo para la vista, —dijo un hombre, antes de abrazarla.

—Las noticias dijeron que su nave había desaparecido. Nos dijeron que nadie había sobrevivido, —añadió otro.

—¿Qué hay de su padre? ¿La tripulación? ¿Están vivos? —otro hombres preguntó, con la esperanza grabada en el rostro.

Jasper observó a los hombres cómo formulaban preguntas, daban el pésame, y ofrecían palmadas reconfortantes. Los celos le revolvieron el estómago, pero se mantuvo firme y contuvo la lengua. No tenía ningún derecho a interferir.

Hawkins le puso una mano en el hombro.

—¿Estás seguro de que deseas dejarla aquí?

—No hay otra opción. —Jasper no apartó la mirada de Prudence.

Su interés despertó cuando un hombre bien vestido se acercó a ella con una gran sonrisa y le tomó las dos manos entre las suyas.

—Dime que no estoy soñando… —El hombre la acercó hacia ella.

—Está bastante despierto, Sr. Stratford. —Miró hacia Jasper.

El hombre le soltó las manos y la atrajo a sus brazos.

—Gracias a Dios. —Le acarició el cabello mientras la mecía. No me puedo imaginar lo que has sufrido.

Los hombros de Prudence se sacudían como si estuviera llorando. Jasper dio un paso hacia ella antes de detenerse. ¿Quién era el hombre que estaba con ella?

—Ahora estás a salvo, cariño. Vamos a casarnos enseguida, y te cuidaré por el resto de tu vida.

Prudence se deshizo del abrazo del hombre y miró a Jasper, los ojos suplicantes.

Él asintió con la cabeza antes de saltar de nuevo al bote.

—Vamos —ordenó, incapaz de seguir presenciando la escena que se desarrollaba frente a él. Quien fuera este hombre, sería más adecuado para ella. Claramente, se preocupaba. Jasper tenía que volver a la *Marion* antes de que sus celos lo dominaran. Debía dejar a Prudence a su futuro.

Trece

El fuego del ron no hizo nada para calmar a Jasper. Había estado trabajando durante horas, solo en su cabina, ahogando sus sentimientos, o intentándolo, en todo caso. Cuando Hawkins se atrevió a molestarlo, Jasper lo empujó fuera del camarote, y bloqueó la puerta detrás de él. A través de la neblina de alcohol, en plena luz del día, no podía parar de preguntarse por qué se estaba torturando. Ninguna de las razones para alejar a Prudence de él parecía legítima ahora.

Navegar corría por sus venas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ella no se quedaría fuera del océano por mucho tiempo, no importaba con quién se casara. ¿Cómo un marinero de agua dulce vestido con un traje habría de protegerla la próxima vez que se cayera de la jarcia o cayera por una escalerilla? No podría. Ese hombre no sabía nada sobre barcos. Es probable que ni siquiera supiera diferenciar la proa de la popa. ¿Cómo podría Jasper confiarle a Prudence?

Inclinó el jarro de ron y tiró lo que quedaba antes de abrir la puerta del camarote.

—Kipp, haz venir Hawkins. Tráeme agua fría y café también.

Al cerrar la puerta detrás de él, fue a abrir su baúl y empezó a sacar ropa. Si fuera tras ella, que necesitaría estar vestido como un caballero. Un pirata no pasaría inadvertido en las calles de América.

¿Y si llegara demasiado tarde? Tal vez ya se había casado con el hombre del traje.

—No. —Se deshizo de las reflexiones y empezó a quitarse las botas.

En el momento en que Kipp y Hawkins entraron en el camarote, Jasper se había vestido con ropa adecuada, un atuendo completo con pañuelo blanco almidonado y un par de botas Hessian.

—¿Qué es todo esto? —Hawkins levantó una ceja.

—No puedo ir tras ella, de ser posible, vestido como un pirata. —Jasper arrojó las prendas a su primo. —Vístete mientras me saco un poco la borrachera.

—¿Estás loco?

—No. Por primera vez desde la compra de la *Marion*, mi mente está clara. Jasper tomó el café que Kipp le ofreció y fue a lavarse.

—Entonces iremos a recatarla antes de que sea demasiado tarde. —Hawkins se quitó el cinturón que sostenía su alfanje.

Jasper sonrió y luego se volvió y se lavó la cara con el agua fría que le había traído Kipp. En el momento en que se había terminado de lavar y bebido el café, Hawkins estaba vestido.

—Ustedes se ven exactamente como deberían verse dos señores —rió Kipp—.No he visto algo igual en años.

—Basta de bromas. Ve a preparar el esquife —dijo Jasper.

Kipp los dejó para cumplir con la orden.

—¿Cómo esperas encontrarla? —preguntó Hawkins mientras se sentaba a calzarse sus Hessians.

Jasper se trasladó a la puerta.

—Todavía es temprano. Vamos a bajar a tierra y a preguntar a todos los que nos encontramos hasta que alguien nos apunte en la dirección correcta. Ahora deja de perder el tiempo. Eres peor que mi hermana. Vamos a ponernos en marcha.

Hawkins se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Está bien? ¿Peor que tu hermana? Estoy pensando que no quieres mi ayuda, después de todo.

—Haz lo que quieras, primo. —Jasper se impulsó hacia la puerta, sin importarle si Hawkins lo seguía o no. No tenía tiempo que perder en tonterías. Corrió a la cubierta, la cruzó, y se dirigió al esquife sin mirar hacia atrás. Prudence estaba por ahí con otro hombre. Tenía que llegar a ella de inmediato. Decirle lo idiota que había sido.

Hawkins lo alcanzó justo cuando la tripulación comenzaba a bajar el bote, saltó por sobre la barandilla, y cayó al otro lado de Jasper.

—Me complace ver que has cambiado de opinión. —Jasper tomó un remo y se preparó para remar en cuanto el barco golpeara el agua.

—No podía permitir que fueras a hacer el ridículo sin un testigo. —Hawkins rió y tomó también un remo—. En serio, estoy satisfecho con tu elección. Ella es una buena mujer.

Jasper no podría estar más de acuerdo.

—Entonces démonos prisa.

El barco tocó el agua con un chapoteo. Jasper y Hawkins soltaron las amarras y luego comenzaron a remar sin pausa. Jasper se centró en la tarea en cuestión, la desesperación lo llevó a remar más rápido hasta que, al fin, llegaron al amarradero del astillero de Prudence.

Jasper dejó a Hawkins para que asegurara el bote y comenzó a cruzar el astillero. En poco tiempo, el sonido de sus botas sobre la grava indicó que venía Hawkins. Jasper lo miró, pero no detuvo su ritmo.

Reconoció a un hombre de esa mañana, que estaba junto al casco de un barco parcialmente construido y aceleró el paso hacia él. *Por favor, que el hombre sea amable*. Jasper aminoró el paso en un intento de no asustar al hombre mientras se acercaba.

—Discúlpeme señor.

El hombre se volvió a él justo cuando Hawkins llegaba a su lado.

—Sí.

—Soy Lord Jasper Blackmore, y tengo negocios con la señorita Prudence. ¿Podría ser tan amable de decirme dónde puedo encontrarla?

Los ojos del hombre se estrecharon sobre él.

—¿No son ustedes los mismos hombres que la trajeron a tierra esta mañana?

Hawkins se adelantó a Jasper.

—En efecto, lo somos. Es imperativo que hablemos con ella enseguida.

El hombre se aclaró la garganta.

—Muy bien. Los conduciré hasta ella. Su hacienda no está muy lejos. Podemos ir caminando. —Miró a su alrededor antes y llamó a otro hombre. Una vez que informó al hombre de lo que haría, los tres partieron.

Jasper y Hawkins siguieron al hombre a través del astillero y por las atestadas calles de Boston. La gente se movía a su alrededor, caballeros a caballo, mujeres que paseaban y se cubrían con sombrillas, los niños saltaban rocas delante de las tiendas. Jasper miró todo con sin

absorber nada.

—¿Cuánto falta?

—Justo al final del camino, mi señor.

Jasper apretó el paso, y se colocó al lado del hombre. Su ansiedad crecía con cada paso. Si no llegaban pronto, temía que fuera a explotar.

Doblaron una esquina y una gran casa blanca apareció a la vista. El hombre señaló con el dedo.

—Miss Prudence reside allí.

Jasper no perdió el tiempo, corrió por el camino y subió los escalones de a dos. Olvidando sus modales en su loca carrera para llegar a Prudence, tomó el picaporte de la puerta y la abrió.

—Prudence… —gritó en el vestíbulo.

Una mujer mayor entró en la estancia, con una mirada de sorpresa en la cara.

Jasper se acercó a ella.

—Tengo que hablar con la señorita Prudence.

—Mi señora está en la cama con dolor de cabeza. Debo insistir en que regrese en otro momento.

Jasper dio un paso alrededor de la mujer y comenzó a subir la escalera.

—¡Prudence! Prudence, tengo que verte. —Llamaba mientras corría por las escaleras. La sangre le latía con fuerza en las venas mientras continuaba clamando en voz alta por ella. Tenía que encontrarla. No había otra opción.

Llegó a la cima de la escalera y fue por un pasillo.

—¡Prudence! —Empujó las puertas abiertas, asomando la cabeza en varias habitaciones, a medida que recorría el pasillo.

—Prudence, necesito hablar contigo.

—Jasper. —Hawkins lo tomó del brazo y lo detuvo.

Jasper se volvió hacia su primo.

—Suéltame. —Frunció el ceño.

—No puedes cargar aquí dentro como si fuera un barco enemigo.

Jasper sacudió el brazo y trató de librarse de Hawkins.

—Maldita sea, puedo muy bien hacer lo que quiera.

—Utiliza tu ingenio, hombre. Muestra un poco de decoro.

Jasper respiró profundo al tiempo que la mujer que estaba en la planta baja se acercaba a ellos. Él volvió su atención hacia ella.

—Cuál es la habitación de Prudence?

—¿Por qué, yo nunca ... en todos mis años ... ¿qué significa esto? —La voz se tornaba más aguda con cada palabra—. Se irá de esta casa en este instante y con la promesa no devolver o me veré obligada a ponerme en contacto con las autoridades. —Miró al hombre del astillero que ya se había acercado—. Señor Brighter, por favor, desháguese de estos hombres.

Se dirigió hacia Jasper y Hawkins.

—Han oído a la señora. Váyanse ahora o me veré obligado a echarlos de la casa a la fuerza.

Jasper liberó el brazo del agarre de Hawkins y alcanzó el alfanje. Su mano volvió vacía ya que había renunciado a él por el atuendo de caballero. *Maldita sea*... No permitiría que estas personas le impidieran ver a Prudence. A medida que el hombre se acercaba, Jasper giró y tomó una mesa que estaba cerca de la pared y la arrojó en su camino.

—Jasper, ¿qué estás haciendo? —gritó Prudence.

Se volvió para encontrarla corriendo por el pasillo hacia él. *Gracias a Dios*. Se dirigió hacia

ella, con los brazos abiertos para abrazarla.

—Soy un imbécil. Nunca debí dejarte ir.

Se arrojó a sus brazos, enterrando la cara en su pecho.

—Dime que no llego demasiado tarde. Prudence, dime que todavía me amas. —Se inclinó y dejó caer un beso en la parte superior de la cabeza de la muchacha.

Levantó la mirada, un brillo húmedo en sus ojos color avellana.

—El amor no desaparece. Soy tuya para siempre, Jasper.

Llevó la boca hacia la de ella y la besó con pasión. Ella era su hogar. Su lugar seguro. Y él sería de ella por el resto de sus días.

Epílogo

Un año después

—Ven aquí, esposa. Jasper sonrió con desenfado.

Prudence se paseó hacia él.

—¿Para qué, esposo?"

Su corazón se agitó con sus bromas como siempre lo hacía. Incluso ahora, después de tanto tiempo, lo afectaba como ninguna mujer lo había hecho nunca o pudieran haberlo hecho. ¿Cómo había tenido tanta suerte?

Ella entró en su alcance, la agarró y tiró de ella hacia su regazo.

La risa de Prudence llenó el espacio mientras le echaba los brazos alrededor del cuello.

Le susurró al oído:

—Sentía deseos de abrazarte.

Ella se puso seria y lo miró a los ojos.

—¿Para siempre?

—Puedes contar con eso. —La apretó con más fuerza y la aseguró en su abrazo. No podía imaginar –rayos, no quería imaginar– un futuro sin Prudence. Sintió un estremecimiento recorrerle el cuerpo ante el recuerdo de que casi la había perdido. Qué imbécil había sido.

—Muy bien, porque no puedo respirar sin ti. Ella entrelazó los dedos en el cabello de Jasper, en la base de su cuello.

—Tampoco yo, mi amor. —Jasper acercó los labios a los de ella para darle un tierno beso.

Alguien llamó a la puerta de la oficina y Prudence se apartó.

—¿Quién es? —gritó.

—Kipp.

Jasper sonrió y luego hizo un gesto. La forma en que había cobijado a su tripulación, dándoles a todos un empleo sea en el astillero o en las naves o en su casa cuando no estaban a bordo de la *Marion*, calentaba su alma. Ella era una mujer generosa y amorosa. Más de lo que merecía, más de lo que había esperado.

Kipp abrió la puerta y entró en la oficina, con el sombrero en la mano.

—Nos estamos preparando para zarpar con la marea. Quería venir a despedirme.

Prudence se levantó y se acercó a él.

—Te extrañaremos. Cuídate, por favor. —Ella lo abrazó antes de dar un paso atrás.

—No se preocupe, señorita. He aprendido del mejor capitán de los siete mares. —Elevó su barbilla, con confianza.

—Eso es verdad. —Jasper le guiñó el ojo antes de ponerse de pie.

Kipp sonrió.

—Gracias de nuevo por confiarme la *Marion* y los huérfanos.

Antes de casarse, Jasper y Prudence se habían propuesto seguir prestando ayuda al orfanato. Enviaban ropa y suministros, así como algunos otros artículos en forma regular. Kipp era el encargo de supervisar que todo fuera entregado de manera segura.

—No hay otro hombre más adecuado para el trabajo—. Dio una palmada en el hombro de Kipp.

—Ahora, vete.

—Sí, capitán. —Kipp se despidió.

Jasper no podría estar más satisfecho con la forma en que todo había funcionado. Hawkins era ahora el capitán de la *Marion*. Kipp tenía una posición a bordo que lo hacía sentir orgulloso y Prudence y él dirigían la compañía al tiempo que ayudaban al orfanato. Como si eso no fuera suficiente bendición, había arreglado la relación con su padre y su hermano. En quince días, estaría navegando hacia Inglaterra con su amor del brazo para pasar una temporada en la finca de su familia.

Prudence puso la mano sobre el brazo de Jasper.

—¿Lo echas de menos?

Enarcó una ceja.

—¿Echar de menos qué?

—¿La piratería?

Él la tomó de nuevo en sus brazos.

—No hay nada que extrañar. He descubierto el tesoro más grande que se puede tener.

Da vuelta la página para leer un extracto del libro tres de la serie Amores de Leyenda de Amanda Mariel

Atraído por Lady Elianna

Prólogo

Inglaterra, 1812.

—Está llegando un carruaje— anuncio la sirvienta de Lady Elianna hacia el salón.

Elianna trago el nudo que tenía en la garganta. Su primo lejano, el séptimo Conde de Berkly debe de estar llegando. Rogaba que el nuevo Conde probara ser un hombre amable, si no… se encogió de hombros, rehusándose a continuar con ese pensamiento.

Su corazón aun estaba roto por la muerte de su padre. Lo enterraron hace menos de una semana y ahora este extraño estaba llegando para reclamar todo lo que le pertenecía. Le dolía observar como su hogar, todo por lo que trabajo su padre, le sería entregado a una relación a la que nunca llego a conocer. Pero desafortunadamente, no había nada que ella pudiera hacer para cambiar la situación.

Se colocó el velo de luto sobre su cara antes de salir al enorme vestíbulo de la casa de campo tipo Kent de su familia. Alisando su falda, no pudo evitar notar como el vestido negro y sus accesorios reflejaban su estado de ánimo. Si el Conde lo creía necesario, le exigiría que se fuera del estado; aventada a la calle sin un lugar a donde ir. Alejo el pánico que crecía en ella. Este no era el momento de ceder ante sus temores. Asintió ligeramente con la cabeza para señalarle al mayordomo que le permitiera la entrada a su primo.

El mayordomo abrió la pesada puerta de roble y un hombre alto de cabello negro entro precipitadamente al vestíbulo antes de detenerse frente a ella. Ella se encontró con sus ojos de color avellana a través del velo, luego hizo una reverencia.

—Tú debes ser Elianna— dijo el hombre, su voz era plana.

Un escalofrió recorrió su espalda cuando él hablo. No había usado su título propio. Ella cuadro sus hombros, esperando que el descuido de su primo haya sido sin querer.

—Bienvenido, mi señor. Así es, yo soy Lady Elianna.

Él sonrió con satisfacción.

—Es un placer conocerte, prima.

—Igualmente, mi señor. Antes de que vaya a acomodarse, ¿hay algo que pueda hacer por usted? — se ofreció Elianna.

Dos hombres cruzaron con libertad el vestíbulo cargando un baúl enorme. No había duda de que se dirigían a la habitación de Padre con las cosas del nuevo Conde. Las lágrimas punzaron en sus ojos pero no se permitió llorar. Permanecer en el pasado no le haría ningún bien. Padre ya no estaba con ella y nunca regresaría. Pensar en cómo solían ser las cosas solo le rompería aun más

el corazón. Ella simplemente debe aceptar al nuevo Conde y hacerlo sentir tan en casa como le fuera posible. La alternativa de ser echada a la calle sin nada más, demandaba que ella permaneciera educada, servicial.

—Eso no será necesario. Sin embargo, me gustaría tener una audiencia contigo. Una vez que haya tenido la oportunidad de acomodarme.

—Sí, mi señor.

El conde dio un paso hacia las escaleras.

—Espérame en la oficina, Elianna. — Sin esperar su respuesta o reconocimiento, se retiro.

Ella presiono sus manos contra su falda en un esfuerzo por evitar que le temblaran. Parecía lo suficientemente agradable; quizás todo estaría bien. Aun así, la forma en que se negaba a dirigirse a ella como *Lady* la inquietaba. ¿Por qué ignoraría la propiedad de tal manera? Quizás por el lazo familiar entre ellos o el hecho de que él heredo todo y sabia que ella era completamente dependiente de su generosidad lo hacía creer que tenía el derecho de dirigirse a ella informalmente.

Elianna camino hacia la oficina lentamente, no tenía prisa en llegar. Le llevaría bastante tiempo a Lord Berkly lavarse el polvo del viaje y cambiarse por ropa limpia. Ella tragó con fuerza las lágrimas que amenazaban una vez más con salir. Lord Berkly era su padre, no este extraño. Ella sentía como una falta de respeto dirigirse hacia otro hombre con el título de su padre. ¿Cómo se ajustaría a su nueva situación?

Entro en la oficina y se paró alado de escritorio de su Padre; no, de su primo.

¿Llegaría a acostumbrarse a que alguien más tenga el titulo y las propiedades de Padre? Recargo su cadera en la orilla del escritorio, mirando las fotos alineadas sobre la chimenea. Ella y Mamá en marcos dorados, y una foto de ella con sus padres sentados prominentemente mirándola a ella. Cerró sus ojos ante el ataque de dolor que amenazaba con consumirla. Pronto, los cuadros probablemente serían reemplazados por los de la familia de su primo.

—Toma asiento.

Ella abrió los ojos de golpe ante la interrupción.

—Eso fue rápido— dijo ella mientras se enderezaba antes de sentarse en una silla negra de respaldo alto.

Lord Berkly no pudo haber hecho nada más que lavarse la cara y cambiarse el abrigo. Esperaba tener más tiempo para armarse de valor y controlar sus emociones.

Con pasos largos y seguros, él camino hasta el escritorio antes de sentarse en la silla de Padre, luego coloco sus codos sobre la superficie pulida de caoba como si el escritorio siempre le hubiera pertenecido.

Elianna se mordió la lengua para no protestar contra el trato casual de las cosas de su padre. Todas las pertenencias de su padre ahora eran de su primo y podía hacer con ellas lo que quisiera. Encontró la mirada del hombre y le ofreció una sonrisa débil, aunque esperaba ella que se notara cordial.

—Tu padre no considero adecuado dejarte provisiones. — se inclino hacia adelante, su mirada fría fija en los ojos de ella. —Eso deja tu futuro en mis manos.

Elianna asintió con la cabeza, empujando el miedo que comenzaba a crecer en la parte traerá de su mente.

—Me temo que eso es correcto, mi señor.

Padre falleció de manera inesperada de camino a casa después de atender un asunto de negocios. Gozaba de buena salud y aun era joven, con treinta y seis años, con un padecimiento del corazón, según el médico local. Padre no tenía porque sospechar su muerte. Aunque, después

de la muerte prematura de Mama, debió de suponer que tenía que considerar que pasaría con ella después de que él muriera.

—Pensé en mandarte a un convento. — él la miro, con el desdén marcado en sus gestos.

Su estomago dio un vuelco mientras ella luchaba por mantener la compostura. ¿Un convento? ¿Cómo podía pensar en mandarla a tal lugar? Ella era una Dama, la hija de un Conde. Tenía el derecho de encontrar un esposo; de vivir su vida.

—Mi señor…

—Sin embargo…— levanto una mano en el aire para detenerla. — Mi esposa, Lady Berkly, me ha persuadido para que te de una opción sobre tu destino.

Para el desaliento de Elianna, sus ojos se volvieron muy redondos traicionando su sorpresa. Quizás ella y su esposa se volverían amigas. En todos sus diecisiete años, nunca había tenido ningún amigo verdadero; mucho menos alguna mujer amiga. Padre la mantenía en solitario, dejándola solo con los hijos de los sirvientes como sus compañeros de juegos.

— ¿Deseas permanecer aquí en la Corte Cristal? — sus ojos se estrecharon.

Ella sonrió genuinamente.

—Es el deseo de mi corazón.

—Muy bien. Lady Berkly llegara dentro de una semana con nuestros hijos. Hasta entonces, puedes continuar con tu periodo de luto…

—Perdone mi insolencia, mi señor, pero apenas han pasado dos semanas desde la partida de Padre. No puedo abandonar mi luto tan pronto. — Se mordió el labio, cortando su argumento cuando la cara de él se torno roja.

—Harás lo que yo te diga o si no, considérate en camino al convento. ¿Quedo claro, Elianna?

La fuerza de estas palabras causo que a Elianna se le pusiera la piel de gallina.

—Sí, mi señor. Acepte mis disculpas.

—Que no vuelva a suceder.

Ella asintió con la cabeza. Luego, alzó la vista para encontrarse con su mirada, a pesar de sus nervios.

—Una vez que mi familia llegue, todos los signos de tu luto, incluida tu ropa, serán removidos. No quiero que camines por ahí como un alma en pena, asustando a mis hijos.

—Lo entiendo.

—Mientras permanezcas bajo mi techo, bajo mi protección, te ganaras tu estadía al servirle a mi familia. Lady Berkly te dará instrucciones en cuanto llegue. — Se quedo quieto pero no aparto su atención de ella. —Puedes retirarte.

Sus esperanzas de una relación amistosa con la señora desaparecieron. Elianna ignoro la desazón que la atravesaba. Lo que sea que él tuviera en mente para ella, no podía ser peor que un convento. Por lo menos, aun tendría la oportunidad de formar una familia por su cuenta algún día. A pesar de eso, no podía imaginarse dejando su hogar, renunciando a alguna oportunidad de matrimonio. Pero no le quedaba otra opción. Tenía que aceptar a su primo como el nuevo Conde y seguir sus reglas; por ahora.

Elianna miro una vez más a su primo antes de retirarse. Deseo saber más sobre él; entender porque la trataba así. ¿Acaso Padre sabía algo sobre el hombre? De seguro que no, porque de ser así, habría asegurado algo mejor para su futuro, en lugar de dejarla a su merced.

Capitulo uno

Inglaterra, 1817.

—Ven aquí, Demonio. — Elianna se agacho y levanto el gato que lucía como una bestia de Lady Berkly.

El animal le contesto echando sus negras orejas para atrás y emitiendo un siseo gutural.

Elianna ajusto su agarre para asegurarse de que la criatura no la lastimara.

—Sabes que no perteneces aquí abajo. —Intento razonar con el gato que solo se retorcía y siseaba más. Su pellejo estaba en peligro si algo le pasaba a la bestia.

En los últimos cinco años, Elianna había cuidado del revoltoso gato, además de servir como institutriz para los hijos de su primo, Lady Caroline y Lord Hudson. En ocasiones, le hablaban para servir de otras maneras: como costurera, sirvienta de las damas, o como enfermera. Uno nunca podía adivinar los deseos de Lady Berkly.

—Elianna.

Ella desvió su mirada del gato para encontrar a su amiga Anna, una de las sirvientas de los Berkly, parada en el marco de la puerta.

—Lady Berkly requiere de tu presencia en la parte de arriba. Está esperando en su cuarto privado de dibujo.

—No me atrevo a imaginar que requiere de mí el día de hoy— suspiro Elianna.

Anna le sonrió débilmente.

—Si te sirve de algo, la Dama parece estar de buen humor.

—Elianna, arregla el vestido de día de Lady Caroline, desempolva las fotos familiares en la biblioteca, alimenta a Demonio, tráeme esto, treme lo otro— se burlo Elianna. —Y no me debe de quejar. Los Berkly han mantenido un techo sobre mi cabeza por los últimos cinco años.

Anna frunció el ceño.

—Estas en todo tu derecho de lamentar el cómo te tratan. Tú eres una Dama, eres parte de su familia, y deberías ser tratada como tal.

—Silencio, Anna. Nos meterás en problemas a ambas si sigues hablando así— dijo Elianna, con voz baja.

—Atrévete a soñar, Eli— le dijo Anna conforme Elianna avanzaba hacia la escalera para sirvientes.

El bestial gato soltó otro siseo cuando Eliana empezó a subir los escalones. Ignoro a la criatura y continuo con su largo camino, con las palabras de Anna resonando en su cabeza. *Atrévete a soñar.* Una vez había hecho eso. Soñar con encontrar un esposo, teniendo una familia propia. Se imagino que la gente se dirigía a ella como Lady Elianna una vez más, y disfrutaba de

los privilegios que venían con las personas que la consideraban su igual.

Que maravilloso seria bailar durante toda la noche. Coquetear y reírse con otros Lord y Ladies. Se detuvo al final del pasillo que dirigía al cuarto privado de dibujo de Lady Berkly y puso a Demonio en el suelo. El gato salió corriendo hacia du dueña y Elianna lo siguió.

Después de que su primo y su familia asumieron el Condado, ella y Anna se volvieron muy unidas; casi hermanas. Anna sirvió para Elianna antes de que su padre falleciera. Ella sabía quien era Elianna en realidad y que le había pasado. Habían pasado muchas horas hablando y soñando juntas desde entonces.

Elianna hizo una pausa afuera del cuarto de dibujo y toco ligeramente la puerta.

—Entra— señaló Lady Berkly.

Elianna entro, luego hizo una reverencia.

—Madame— se enderezó y miro a Lady Berkly.

—Lord Berkly y yo hemos decidido otorgar una fiesta como parte de la presentación a la sociedad de Lady Caroline. Una reunión informal antes de que inicie la temporada oficial. Aunque tú nunca tuviste tu propia temporada, no se me escapa que fuiste educada como una Dama. Te encargo que prepares a Lady Caroline con las lecciones que se te otorgaron a ti.

—Muy bien. — Elianna ignoro la puntada de dolor en su pecho. Lady Caroline se merecía su presentación, y Elianna haría todo lo posible para asegurarse que la niña fuera un éxito. Aun así, no podía evitar lamentarse por la pérdida de su oportunidad. Algo más que su primo y su esposa le arrebataron.

—Lady Caroline requiere lecciones de comportamiento y conducta. Debe de ser capaz de sobresalir en la alta sociedad. Encima de todo esto, debe tener vestidos nuevos— Lady Berkly se agacho para acariciar la espalda de Demonio. —No quiero que mi hija pase un ridículo.

—Por supuesto que no, Madame.

—Están preparando un carruaje en este momento y se le dieron instrucciones a Lady Caroline de estar preparada en el vestíbulo a partir de esta hora. Debes acompañarla a Londres para ver a una modista para que prepare sus vestidos. Debido a mi reciente lesión, no me será posible asistir. Sin embargo, el chofer y el lacayo tienen instrucciones.

Elianna miro la falda de la Condesa, donde se escondían sus piernas. Se había resbalado en el suelo húmedo hace tres días, torciéndose un tobillo en el proceso. La pobre sirvienta que estaba limpiando el suelo fue despedida de inmediato, a pesar de que estaba siguiendo órdenes. El disgusto de la Condesa al herirse provó que era lo único que importaba.

—También me he comunicado con la modista para pedirle los vestidos apropiados. Todo lo que tienes que hacer es escoltar a Lady Caroline.

—Muy bien— Elianna hizo otra reverencia antes de darse la vuelta para salir de la habitación. Por lo menos, en Londres no tendría que pasar tiempo con Lady Berkly o su bestial felino. Lady Caroline, aunque fuera demandante y consentida, siempre trato a Elianna con un poco de respeto; más de lo que podía decir de su primo y su esposa. Quizás, se derivaba de que ella sabía quien era Elianna en realidad.

—No me des la espalda antes de que te permita retirarte.

La voz de Lady Berkly rozo sus nervios. Elianna giro para encararla de nuevo.

—Mis disculpas.

—Lord Berkly reservo unas habitaciones en El Clarendon. Debes permanecer ahí hasta que la modista haya completado todas las pruebas para el nuevo guardarropa de Lady Caroline.

Elianna asintió con la cabeza.

—Te advierto que no hagas nada tonto mientras estas en Londres, muchacha. —Lady Berkly

sacudió una mano hacia la puerta. —Puedes retirarte.

Elianna se retiro. No necesitaba pedir explicaciones dado que entendió perfectamente todo lo que Lady Berkly quiso decir. Ya no existía Lady Elianna; no era más que un sirviente para el séptimo Conde de Berkly y su familia. Nadie la reconocería bajo ningún título. Nunca había sido parte de la sociedad. Padre la había mantenido encerrada, y solo era una niña cuando su destino cambio.


Cómo besar
a un Canalla
Amanda Mariel

Esta novela está dedicada a todos los que creemos en la magia que esconde la Navidad y para el canalla que nos inspira.

Agradecimientos

Ante todo, quiero agradecer a mi buena amiga Christina McKnight por darme la idea de usar el personaje de *lady* Natalie de su novela *Un beso por Navidad*, para escribir un libro que acompañe al suyo. ¡Ha sido muy divertido trabajar contigo, Christina! Muchas gracias a mi editor y a mis lectores beta por ayudarme a dar forma y a pulir la historia de Natalie. Mi familia también se merece un gran agradecimiento. Vuestro apoyo y entusiasmo ha significado mucho para mí. Por último, pero no por ello menos importante: muchas gracias a todos mis lectores por seguir animándome y por leer mis libros. ¡Os adoro a todos!

Prólogo

Lady Natalie Seymour, hija de los duques de Sheridan, se encontraba de pie sobre el escenario situado en la cabecera de la sala de música de su familia. Era la última noche de celebración de su presentación en sociedad, y miraba a su ex mejor amiga, *lady* Pippa Godfrey, como si le estuviera lanzando puñales. Si las miradas matasen, aquella traidora estaría muerta, porque Natalie estaba mucho más que furiosa, se sentía rota, abatida y rabiosa. Pippa la había traicionado y tendría su castigo por lo que había hecho.

Natalie forzó una sonrisa brillante antes de presentar a la siguiente chica que tenía que subir al escenario. Su mirada se clavó otra vez en su antigua mejor amiga. Pippa se movió incómoda en la primera fila, sintiéndose como si fuera un ratón en una trampa. Ella sabía perfectamente lo que había hecho y sabía que habría consecuencias. El malestar de Pippa provocó que una sonrisa sincera remplazara a la artificial y forzada de Natalie. Se merecía sufrir por lo que había hecho la noche anterior, en el baile de presentación de Natalie. Se merecía algo peor que el simple malestar que estaba sintiendo, Pippa se merecía que la hirieran como la había herido a ella.

La noche anterior había sido mágica hasta que Pippa lo destrozó todo: su futuro, sus esperanzas y sus sueños. Todo desapareció en cuestión de segundos. Mientras festejaban, el salón de baile relucía bajo la luz de cientos de velas. La sala estaba decorada con macetas de helechos y arreglos florales, y elegantes damas y caballeros se mezclaban y bailaban. Todos habían acudido a darle un caluroso recibimiento a la sociedad. Natalie se había sentido muy emocionada de poder compartir aquella noche con su amiga. La dio la bienvenida y la recibió con mucha ilusión, pero aquello no ocurriría nunca más. No volvería a ser amable con Pippa.

Cuando se incorporaron a la fiesta, las dos chicas vestían de blanco, acorde con el resto de debutantes, llevaban unos peinados modernos, y en sus cuellos y orejas relucían collares y pendientes. Para Natalie había sido un orgullo que Pippa la acompañase aquella noche entre bailes, flirteos y risas. Todo hasta que la traicionó, rompiendo la magia de la noche.

Aquel recuerdo la atormentaba tanto que le dolía el corazón, pero intentó concentrarse en el recital que se estaba llevando a cabo en aquel momento. Todo daba igual, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Natalie respiró hondo y buscó por la sala al marqués de Knightly. Él y su hermano Bradford llevaban mucho tiempo siendo amigos y, por ello, Natalie conocía al marqués desde que era pequeña. Estaba enamorada de él desde que tenía memoria. Nunca había pensado en él como el amigo de Bradford, para ella era todo su futuro. Un hecho que Pippa conocía muy bien, ya que había sido un tema frecuente de conversación muchas noches, cuando entre risas planeaban sus futuros matrimonios. Su corazón se le aceleró en el pecho cuando encontró a Christian, lord Knightly, sentado en la segunda fila a unas pocas sillas de Pippa, contemplando los mechones castaño oscuro de la traidora.

Le comenzó a arder la sangre y se le aceleró el pulso. En aquel momento, no pudo luchar contra la imagen que se le vino a la cabeza, la cual era tan terrible que podría haber detenido una tormenta de verano: Pippa saliendo a la terraza seguida por lord Knightly. Ella envuelta en sus brazos bajo la noche estrellada. Natalie cerró los ojos e intentó calmarse. Había sido incapaz de seguir mirándoles, su corazón se rompió al instante. Se pasó el resto de la velada, que debería haber sido la mejor noche de su vida, intentando comprender por qué Pippa le había hecho tanto daño.

El baile había continuado hasta primeras horas de la mañana, y después Pippa había regresado a sus aposentos. Quizá lo mejor hubiera sido enfrentarse a la traidora una vez que se hubo retirado a su habitación, pero no hubiera sabido qué decirla. En cambio, hizo todo lo posible para actuar como si no ocurriese nada, mientras en su cabeza revivía aquella escena hasta que el sueño la venció.

Los aplausos llenaron la sala de música cuando la intérprete cantó su última nota desafinada, devolviendo a Natalie a la realidad. Había llegado el momento de presentar a Pippa. Se levantó y se alisó la falda antes de subir al escenario.

Que Dios la diera fuerza. Lo último que quería era presentar a aquella buscona como si todavía fueran amigas. Por desgracia, no le quedaba más remedio. Sus padres no sabían nada de lo que había ocurrido la noche anterior, y ni siquiera conocían sus planes de pasar el resto de su vida junto a Christian. Natalie ocultó sus emociones, recurriendo a las habilidades que le habían enseñado desde que era pequeña: serenidad y elegancia por encima de todo. Ninguno de los presentes se podría dar cuenta de lo que ocultaba con su apariencia tranquila. No permitiría que nadie la viera devastada, y mucho menos aquella traidora.

Natalie buscó a Pippa, la divirtió y la complació observar que la chica se agarraba la falda tan fuerte que sus nudillos estaban blancos, mientras su madre la hablaba. Algo estaba a punto de suceder, pero dudaba que tuviera algo que ver con las acciones de Pippa con lord Knightly. ¿Sentía algo de arrepentimiento al haber roto el único sueño de Natalie?

No tenía importancia. Alzó la barbilla cuando Pippa se levantó de su asiento.

—La siguiente en honrarnos en el escenario es *lady* Pippa Godfrey. —Natalie hizo un gesto en la dirección de Pippa y, de pronto, se le vino una idea a la cabeza. Sonrió tímidamente—. *Lady* Pippa y yo hemos sido amigas íntimas desde antes de que empezáramos a tocar el pianoforte y, desde que nos conocemos, hemos compartido todo, incluyendo a nuestro profesor de música, el señor Giles. Aunque debo decir que Pippa es mucho más cercana con el hombre de lo que mis padres hubieran permitido.

Las miradas de Natalie y Pippa se cruzaron, mientras las mejillas de ambas se ponían rojas. Sus palabras habían dado en el clavo, y seguramente conseguiría arruinar su vida. Sin embargo, era una pena que el exilio social no tuviera ningún efecto en sus encuentros con lord Knightly. Seguro que aquel libertino la encontraba mucho más de su gusto después de aquello. De pronto sintió una punzada de arrepentimiento. Con aquella situación, había perdido tanto como había ganado.

No podía cambiar lo que había hecho, aunque tampoco quería hacerlo. No había duda de que la sala entera había escuchado su declaración y había entendido las connotaciones de sus palabras. Las risas de hombres y mujeres inundaron la sala, desde el fondo hasta las primeras filas, y la plataforma donde estaba Natalie. Su declaración se propagaría por toda la sociedad más rápido que un fuego descontrolado. Para el día siguiente, todos los salones le cerrarían la puerta a Pippa.

Natalie cuadró los hombros y mostró una sonrisa de satisfacción en sus labios, decidida a

seguir por aquel camino: hacer sufrir a Pippa. ¿Huiría de la habitación o aceptaría su desafío? La observó esperando a ver qué hacía. En su interior tenía lugar la lucha entre la satisfacción de conseguir su venganza y el dolor de la traición de la que creía su amiga.

A su lado, la madre de su ex amiga se abanicaba mientras le dirigía a su hija unas palabras. A Natalie se le aceleró el pulso al observarlas. Después de lo que parecieron varios minutos, Pippa se enderezó y adoptó una postura tan rígida como la de ella. ¿Cómo podía Pippa mantener la cabeza alta y acercarse a Natalie después de lo que había dicho? ¿Acaso no tenía vergüenza?

Contempló cómo subía al escenario. Aquello no había acabado. Le devolvería todo el daño que le había hecho, y tendría a Christian para ella, a pesar de la intromisión de Pippa.

Uno

Natalie se sentó con delicadeza sobre un diván, su regazo estaba cubierto con papeles de colores y diferentes tipos de lazos, mientras se dedicaba a fabricar flores para colocarlas sobre las coronas de verde perenne, que pronto decorarían las habitaciones de la residencia familiar. Echó un vistazo a la silla de enfrente donde su prima, *lady* Daphne, estaba sentada atando las flores de papel a las coronas. Natalie se estremeció ante la fuerte respiración de Daphne. Pippa tenía la misma actitud cuando estaba concentrada. ¿Por qué no podía dejar de pensar en aquella traidora?

Las últimas Navidades, Pippa estuvo con ella, ayudándola a fabricar flores y muñecos para decorar sus casas. Una punzada de arrepentimiento atravesó su corazón. Nunca entendería por qué Pippa destrozó su amistad. Incluso en aquel momento, meses después de su presentación en sociedad, su traición la seguía doliendo. Lo que más la afectó fue la provocación temeraria de Pippa cuando Natalie se vengó. La traidora había subido al escenario con la cabeza alta como si no hubiera hecho nada malo. ¿Cómo es que nunca se había percatado de aquel comportamiento tan insensible de Pippa?

Natalie pasó otro capullo de flor a Daphne.

—Dentro de dos días la casa estará llena de invitados.

Incluyendo a Pippa, si aquella decisión dependiera de sus padres, lo cual sería bastante probable.

Natalie se negó a disculparse con Pippa después de ofenderla en el recital, de la misma manera que se negó a dar una explicación de sus acciones a sus padres. No vio la necesidad de mostrar su dolor ni sincerarse con nadie. Como resultado, sus padres seguían decididos a juntarlas.

Aquello nunca sucedería. De hecho, si la traidora aparecía en la fiesta, Natalie haría que se arrepintiera. No sabía qué haría ni cómo soportaría estar bajo el mismo techo que su ex amiga. «Dios, haz que no venga», rezó.

—Debo admitir que me sorprendió cuando mi madre me dijo que debíamos acudir a otra celebración en tu honor. Daphne no levantó la vista de su tarea mientras colocaba un capullo rosado en las ramas verdes que había en la mesa.

La confusión invadió a Natalie. ¿Su honor? ¿A qué se refería su prima? Los padres de Natalie organizaban una fiesta navideña todos los años, aunque no del nivel de la de aquel año. Tres días en los cuales todo el mundo que pertenecía a la alta sociedad estaba invitado. Muchos preferían acudir a uno de los grandes eventos que organizaba su madre a estar con sus familias, y aquel año no iba a ser diferente. Su madre había llegado hasta a encargarle varios vestidos nuevos. Quizá estaba tramando algo, ¿pero qué?

Natalie dejó a un lado sus manualidades y se sacudió la falda antes de volver a mirar a Daphne.

—Parece que sabes más de lo que dices saber, querida prima. Dime lo que está ocurriendo.

Daphne la miró tímidamente.

—No estoy segura, lo único que me ha dicho mi madre es que la fiesta era para ti. —Jugueteó nerviosamente con los bordes de la flor—. Y que se va a hacer un anuncio importante.

El estómago de Natalie se revolvió al escuchar las últimas palabras de Daphne. Un anuncio importante. Aquello no podía augurar nada bueno. Se inclinó hacia adelante y agarró la mano con la que Daphne tocaba nerviosamente la flor.

—Esto es importante. ¿Qué más sabes?

—¿Es que los duques no te han comentado los motivos de la fiesta? —preguntó Daphne con los ojos muy abiertos.

—Sabes más de lo que dices, Daphne. Lo veo en tus ojos. Empieza a hablar —exigió Natalie. Lo que fuera que estuvieran tramando tenía que ser algo grande, y como sus padres no le habían dicho nada, solo podía asumir que era algo que no la iba a gustar.

Daphne desvió la mirada y murmuró:

—Mencionaron un algo de un compromiso.

Natalie se quedó sin aliento y comenzó a sentir náuseas. No podía comprometerse. Solo había un hombre para ella, Christian St. Vella, el marqués de Knightly. Y era imposible que hubiera aceptado un compromiso aún. Tiró de la mano de Daphne.

—¿Estás segura?

—Yo... bueno... escuché a nuestras madres hablar sobre el tema poco después de que llegáramos a Somerset anoche.

Natalie soltó a Daphne, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta del salón. No sabía lo que estaba pasando, pero estaba dispuesta a descubrirlo de inmediato, y poner fin a la locura.

—No te precipites. Vas a hacer el ridículo —le dijo Daphne, mientras Natalie salía apresurada de la habitación.

No le importaba si toda la casa y todos los invitados que ya habían llegado presenciaban su comportamiento poco femenino. Se recogió la falda y echó a correr por el largo pasillo en dirección al despacho de su padre.

—¡Para ahora mismo! —Su madre se puso delante de ella cuando se aproximó a la escalera —. Eres una dama, no un... niño callejero. Santo cielo, Natalie, compórtate. Tenemos invitados importantes ahora mismo.

—Sí, madre. Natalie intentó rodearla pero la matriarca de la familia volvió a colocarse delante, bloqueando el camino otra vez.

—Tu padre y yo tenemos que hablar contigo. Su madre le lanzó una mirada severa.

Natalie le devolvió una mirada inflexible.

—Perfecto, porque yo también quiero hablar con vosotros.

—Entonces no hay tiempo que perder. Vamos.

Asintió levemente y comenzó a andar con pasos dolorosamente lentos y femeninos junto a su madre, sin decir una palabra más. Algo en sus adentros le gritaba que Daphne estaba en lo cierto. El silencio de su madre hizo que su inquietud aumentara a medida que se acercaban al despacho de su padre. ¿Qué iba a hacer si de verdad le habían buscado una pareja? ¿Debería tener la esperanza de que hubieran elegido al hombre que ella quería?

La sola idea de un compromiso era absurda. Acababa de presentarse en sociedad y nadie había mostrado interés en cortejarla, al menos, nada más lejos que un paseo por Hyde Park. Por

otra parte, el matrimonio de sus padres no era por amor, y tampoco creían en ellos. La habían educado toda su vida para ser la esposa perfecta de algún lord que aportara beneficios a la familia. Aun así, ella nunca aceptó aquel destino, siempre tuvo la esperanza de poder encontrar el amor. Con Christian. ¿Sería capaz de abandonar su fantasía juvenil? ¿Encontraría la felicidad en un matrimonio con un hombre al que no amaba?

Natalie siempre había imaginado que el mundo de su futuro esposo giraría en torno a ella. Ella lo sería todo para él. ¿Cómo podría un extraño encajar en ese modelo?

La madre entró en el despacho de su esposo y se sentó en su butaca favorita, cerca del escritorio. Natalie la siguió y se sentó en una butaca idéntica, colocada delante de su padre. Bajó la mirada cuando se encontró con la de su padre. Cualquier cosa que tuviera que decirle, mostraría su máscara de gracia e indiferencia. Sus padres no aceptarían menos. Si lo que tenían que decir no tenía relación con la fiesta, les preguntaría directamente sobre el «anuncio importante».

Natalie forzó una pequeña sonrisa.

—¿Por qué motivo me habéis llamado?

—¿Sabes que la pillé corriendo por el pasillo como una niña pequeña? —Su madre la miró —. No, claro que no lo sabes, no estabas allí. De todos modos, estas noticias no podían llegar en mejor momento. Nuestra hija necesita un esposo que la guíe.

Qué conveniente que su madre la pillara actuando como una marimacho, corriendo por la casa... Parecía casi como si estuviera organizado, como si los hubiera obligado a elegir a una pareja para corregir su comportamiento poco femenino. Natalie dedicó su atención a su madre, intentando no mostrar la tormenta de emociones que la recorría.

—¿Un esposo?

Su padre se aclaró la garganta.

—Sí, te he encontrado un esposo. En este mismo momento, el conde de Maddox, Lucas Hartfeld, heredero del marqués de Bowmont, está de camino para firmar el contrato de matrimonial. De hecho, esperaba que llegara más temprano hoy.

Aquello no podía estar pasando. Primero, su supuesta mejor amiga la traicionaba, alejándola del único hombre al que había amado, y ahora sus padres querían que se casara con un hombre al que nunca había visto. ¿Qué había hecho que fuera tan malo como para merecer aquel destino? Su corazón latía a toda velocidad, cerró los ojos en un intento de reprimir sus crecientes emociones. La ira, la irritación, el miedo y la incertidumbre lucharon por controlarla. Pero no podía permitir aquello, no les permitiría ganar al saber que la posibilidad de casarse con el conde podría hundirla.

—Es una pareja muy rentable. Nuestra familia se beneficiará y tú, querida, te convertirás en marquesa algún día. —Su madre sonrió.

—¿No puedo opinar al respecto? —La voz de Natalie tembló levemente y tuvo que presionar sus labios para evitar dar muestras de las emociones rebeldes que estaba sintiendo.

Su padre cruzó las manos sobre el escritorio y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Por supuesto que no. Como hija nuestra, es nuestro deber casarte. Tu deber es ser obediente y cumplir lo que digamos.

—¿Y qué pasa si amo a otro? —preguntó Natalie, mirando con intensidad a su padre, esperando percibir un rayo de esperanza. Estaban completamente vacíos.

Su madre le agarró la mano. Natalie no consiguió sentir calor a través de sus guantes, pero nunca había sentido calidez de sus padres. No es como si se hubieran portado mal con ella. Habían cuidado de ella y de su hermano, dándoles todo lo que necesitaban para prosperar en la

sociedad de Londres. Simplemente no eran cariñosos.

Natalie miró a su madre.

—¿Podría tener algo de tiempo para encontrar mi propia pareja antes de que elijáis por mí?

—¿Tienes a alguien en mente? —preguntó su madre.

—El marqués de Knightly. —Natalie no pudo luchar contra la sonrisa que apareció en su rostro a la sola mención de aquel nombre.

—¿Estás loca? —espetó su padre—. Ese hombre es un réprobo, un disoluto. Su nombre nunca estará ligado al mío. Es una desgracia, un sinvergüenza. La reputación de tu hermano ya ha sido mancillada por relacionarse con él. No me pasará lo mismo a mí.

A Natalie se le cayó el alma a los pies al escuchar la dura reprimenda de su padre. ¿Qué tenía en contra de Christian? Él y su hermano Bradford habían sido buenos amigos desde que eran niños. Christian había visitado su casa en numerosas ocasiones y sus padres siempre parecían darle la bienvenida. Tenía títulos y era rico. Tenía una reputación poco deseable, pero muchos lores eran mujeriegos antes de casarse.

Respiró hondo.

—Estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Lord Knightly es un buen partido. Es un noble con títulos y es rico. Algún día será duque, como lo eres tú, padre. Y lo más importante... Lo amo.

Su madre inhaló bruscamente cuando vio que su padre se levantaba. Caminó hacia la ventana en el otro extremo de la habitación, y volvió para colocarse enfrente de Natalie. Ella movió la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Padre.

—¿Te ha comprometido?

—Cielos, no —estalló Natalie levantándose—. Ni siquiera me ha mirado con deseo.

—¿Qué sabrás tú del deseo? —Su madre abrió el abanico y comenzó a agitarlo rápidamente.

—Siéntate —ordenó su padre antes de volver a sentarse en su silla detrás de su gran escritorio de caoba.

Natalie obedeció a pesar de que cada parte de ella quería huir de aquella habitación, de aquella casa, y nunca regresar. Estaba cansada de ser la hija obediente del duque. Según la mayoría de la alta sociedad, Natalie era un diamante de la mejor calidad, guardado en el estante ducal como si fuera una de las invaluables tiaras de su madre. Los duques la hacían desfilar y la ordenaban según les conviniera.

—Si lord Knightly no te ha comprometido, entonces no hay razón para no firmar el contrato de compromiso. Te presentarás y te comportarás apropiadamente. Te casarás con lord Maddox. ¿Te ha quedado claro?

Ella quería negarse, insistir en que se le permitiera elegir a su futuro esposo, pero era completamente inútil.

—Sí, padre.

Él asintió.

—Muy bien. Puedes retirarte.

Natalie se marchó sin mirar atrás. Sus padres podrían forzarla a casarse, pero nunca podrían forzar su corazón, o exigir que olvidara a Christian. Conocería la pasión antes unirse en santo matrimonio con lord Maddox, un hombre al que ni siquiera había tenido la oportunidad de ver en persona.

Dos

—¿Por qué dejé que me convencieras para hacer este viaje? —preguntó Christian St. Vella, saliendo de su carruaje seguido por Bradford Seymour, lord Greenwich y Grayson Abbot, el duque de Kissinger. Los tres habían viajado juntos desde Londres a la residencia de la familia de Greenwich para la gran fiesta de Navidad que sus padres celebraban en honor a su hermana, *lady* Natalie.

Greenwich le dio una palmada a Christian en el hombro.

—Vamos, amigo. No es como si tuvieras algo que hacer durante estas fiestas.

Christian no pudo rebatir aquello. Si no hubiera acompañado a Greenwich, se habría quedado en Londres entretenido con alguna que otra señorita. No había estado en el ducado de su familia en años. Al menos, no desde que su madre falleció, dejándolo solo con el desgraciado de su padre. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en aquello. En el momento en el que su ataúd se hundió en la tierra, en la tumba familiar ubicada en la colina detrás de Stedford Hall, Christian se había marchado del único sitio que consideraba su hogar, y nunca miró atrás.

—Esto podría ser divertido —dijo el duque de Kissinger—. Seguramente haya muchas viudas solitarias por aquí.

—Y demasiadas debutantes con sus madres a la caza de un marido. —Christian hizo una mueca.

Greenwich hizo un gesto para que los otros hombres lo siguieran.

—Esta es una reunión respetable en honor a mi hermanita. Tratad de comportaros como los caballeros que supuestamente sois. —Miró a sus amigos con un brillo juguetón en sus ojos—. Me costó mucho trabajo de persuasión aseguraros una invitación a cada uno.

Christian se rio entre dientes mientras caminaba hacia la gran residencia seguido por Kissinger.

—¿Quién ha estado contando mentiras tan absurdas de nosotros? Y más importante aún —continuó Kissinger—, ¿Cómo se han enterado tus padres de la verdad?

Christian sonrió recordando sus escapadas. Se hizo amigo de Greenwich y Kissinger en su juventud. Aquella amistad había perdurado incluso durante los tumultuosos años de su vida, cuando estaba bajo el control de su padre. Con el paso de los años, se habían ido sintiendo más unidos, consolidando su vínculo. Pasaban muchas horas juntos, divirtiéndose en casas de juegos, clubes de caballeros, burdeles y en sus propios hogares.

El trío se dirigió por el camino a la entrada de la casa. Christian había pasado muchos días y noches bajo el techo de Harrington Gardens, la residencia de la familia de su amigo Greenwich. Había estado recientemente en la residencia para la presentación en sociedad de *lady* Natalie. Un tedioso asunto que hizo que la casa estuviera repleta de debutantes. Se había sentido muy

contento de regresar a Londres sin haberse prometido con alguna joven señorita, y con los bolsillos llenos de monedas recién ganadas.

—¿Cómo está *lady* Natalie? —Christian miró a Greenwich. Hubo algunos asuntos desagradables entre ella y su amiga de toda la vida, *lady* Pippa Godfrey, en el recital celebrado durante su presentación. Por suerte, lo habían acomodado en el estudio de Greenwich, y estuvieron refugiados allí catando un Oporto recién llegado.

—No he estado en casa desde la fiesta de Natalie, así que temo lo que nos podamos encontrar —respondió Greenwich—. Lo que sí puedo decirte es que no la han informado sobre el motivo de esta fiesta.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Kissinger, entregándole su abrigo al mayordomo.

Era extraño que los duques no le hubieran dicho a Natalie que la celebración era en su honor. Puede que los cotilleos estuvieran en lo cierto.

—Me vendría bien un brandy. —Christian entregó su abrigo.

—Una idea espléndida. Os serviremos una o diez copas. —Greenwich comenzó a caminar por un largo pasillo.

Christian siempre había pensado que *lady* Natalie y *lady* Pippa formaban una pareja extraña. Aquellas dos mujeres eran completamente opuestas. Natalie siempre había sido una niña malcriada, vivaz y molesta. Era ruidosa y exigente, y siempre encontraba la manera de fastidiarles los planes a Greenwich y a él cuando eran pequeños.

Por otro lado, *lady* Pippa tenía una naturaleza tranquila y dulce. La mayor parte del tiempo seguía y hacía lo mismo que Natalie pero, de alguna manera, no era tan molesta.

—¿Merece mi tiempo esta historia? —Kissinger se alisó la corbata mientras el grupo irrumpía en la sala de fumadores.

No había mucho que contar, a menos que Greenwich supiera más que Christian sobre el comportamiento de su hermana. Desde aquella noche, más de una vez reflexionó sobre las acciones de *lady* Natalie preguntándose, sin conseguir entenderlo, por qué se comportó de aquella manera. Sinceramente, a él no le importaba si eran amigas o no, pero tenía una antigua deuda con ella, y pensó que aquella podría ser una buena forma de saldarla.

Hacía algunos años, Natalie había evitado que un carruaje fuera de control lo atropellase, empujándolo fuera del camino. Lo cierto era que ella lo había avergonzado durante el proceso, pero de no ser por ella, habría terminado en el suelo con huellas de pezuñas en su trasero.

Greenwich se acercó al aparador y sirvió dos dedos de brandy en un vaso.

—No es muy probable.

Christian agarró la licorera y otros dos vasos antes de sentarse en una silla de respaldo alto. Le dio a Kissinger una de las copas, y luego lleno la suya hasta el borde con el licor ambarino.

—Algo sucedió entre ellas. Fuera lo que fuese, ha hecho que *lady* Natalie se la tenga jurada a su amiga

Dio un largo sorbo, disfrutando del ardor que el brandy le provocaba al deslizarse por su garganta.

—*Lady* Natalie anunció que *lady* Pippa tenía pensamientos indecorosos con su profesor de música, insinuando que mantenía otro tipo de relación con el hombre, el Sr. Giles. Eso es todo lo sé del asunto, ya que Greenwich y yo estuvimos entretenidos en otro lugar cuando sucedió.

—¿Y qué pasó después de la declaración de *lady* Natalie? —insistió Kissinger—. ¿Podría tener la oportunidad de meterme bajo las faldas de *lady* Pippa?

—Para nada. —Greenwich volvió a su bebida—. Por lo menos, no que yo sepa. Al parecer su reputación está intacta.

—Tendrás que perseguir una falda más adecuada, Kissinger. —Christian hizo girar el brandy en su copa.

—Cualquier falda me vale. —Kissinger guiñó un ojo.

—Por qué lo hizo es un maldito misterio. —Christian saboreó otro trago de su brandy. Sentía demasiada curiosidad por saber qué provocó aquella declaración de *lady* Natalie. Siempre estuvieron muy unidas. Era un poco extraño que se pusiera en su contra de manera tan drástica, ¿no?

Greenwich alzó una ceja rubia.

—¿Has conocido a mi hermana?

—Claro —respondió Kissinger riéndose entre dientes—. Es verdad que *lady* Natalie siempre ha tenido mucho carácter.

Christian estiró las piernas y se recostó en su silla.

—¿Recuerdas la vez que no la dejamos acompañarnos a Bond Street? Quería un nuevo sombrero y se puso como loca cuando la dijimos que no la llevaríamos a comprarlo.

—Soltó nuestros caballos y ordenó quitar las ruedas del carruaje. —Kissinger sonrió, sacudiendo la cabeza.

Greenwich se inclinó hacia adelante.

—Luego escondió su tímida sonrisa detrás de su abanico cuando se lo recriminamos. Y, lo peor de todo, mi madre nos obligó a llevarla a comprar el maldito sombrero.

Christian todavía podía visualizar la expresión de satisfacción en el rostro de Natalie cuando él y sus amigos regresaron a casa después de descubrir que sus caballos habían desaparecido. No había el menor atisbo de disculpa en sus ojos.

—Lo recordaré el resto de mi vida. Te juro que nunca he visto ese tipo de cosas en ninguna otra dama. —Kissinger volvió a llenar su vaso—. Si tuviera que casarme, nunca sería con gente como tu hermana, Greenwich; ahora, *lady* Pippa es una historia diferente.

Christian no pudo evitar estar de acuerdo con Kissinger, aunque él nunca expresaría su opinión ni le faltaría al respeto a la hermana de Greenwich de aquella manera. Terminó su bebida con un largo trago.

—Que Dios ayude al pobre desgraciado que acabe encadenado a ella.—Si los rumores estaban en lo cierto, pronto se enterarían de quién era aquel pobre infeliz—. ¿Crees que los rumores son ciertos, Greenwich?

—Sí. La última vez que estuve aquí, mi padre insinuó que quería asegurarle una pareja. —Levantó la licorera ahora vacía y se dirigió hacia el aparador antes de girarse para mirar a sus amigos—. Si me disculpáis, debo anunciar nuestra llegada al duque.

—Muy bien, pero sé un caballero y tráenos otra jarra antes de irte. Christian hizo un gesto hacia el aparador.

Kissinger se levantó.

—Me temo que vas a beber solo, Knightly. No quiero acabar borracho antes de la cena.

—No sabía que algo como eso te molestara. —Christian cogió la licorera que Greenwich le ofrecía y se sirvió dos dedos del licor en su copa.

—Pronto tendremos la ocasión de beber hasta hartarnos. Por ahora, me gustaría quitarme el polvo del viaje y encontrar a una viuda solitaria o dos. —Kissinger asintió e, imitando a Greenwich, salió de la habitación.

Le encantaría estar en la sala cuando anunciaran a Natalie su compromiso. Puede que sus padres ya la hubieran informado, de lo contrario, lo harían pronto. ¿Cómo se tomaría aquella diabla la noticia? Conociendo a Natalie como lo hacía, apostaría a que se rebelaría y no esperaba

menos de ella. Era como una tormenta de verano abriéndose paso por la tierra. Siempre había sido de aquella manera.

Inclinó su copa, saboreando lo que quedaba de brandy, después se aproximó al aparador y colocó el vaso vacío en una bandeja de plata antes de irse. No debería perder más tiempo pensando en *lady* Natalie y en su amistad o enemistad con *lady* Pippa. No eran de su incumbencia.

Aun así, las conocía desde hacía mucho tiempo, casi toda su vida. Greenwich y Kissinger eran como familia para él y, por ello, también *lady* Natalie. ¿Podrían él y sus amigos ser tan cercanos como hermanos un día y ser enemigos al siguiente? Se estremeció antes la idea mientras comenzaba a subir las escaleras que conducían a la habitación de invitados.

De no ser por sus amigos, tendría una existencia solitaria y aburrida. Solo Dios sabía el frío desgraciado que tenía por padre, y además tampoco tenía ningún hermano. Sacudió la cabeza para quitarse aquellos pensamientos. No había ninguna necesidad de meditar sobre asuntos tan serios cuando había faldas que perseguir y buenos licores que beber.

Tres

—Tal vez encuentres al conde de tu agrado —dijo Daphne.

Natalie dejó caer la cortina, permitiendo que volviera a su lugar en la ventana del salón.

—Estoy segura de que no será así.

Que su prima fuera tan optimista a cada momento del día la irritaba sobremanera. Era como si la mujer no se diera cuenta de que su primera temporada había comenzado y finalizado sin tener siquiera un solo pretendiente.

Además, el mensaje de los duques estaba claro. Las palabras de su padre le venían a la mente. Tenía que desposarse con un extraño para el bien de su familia. Era su deber y lo cumpliría incluso si aquel acto le rompía el corazón, y no le cabía duda de que lo haría.

—De todos modos, haré lo que me han ordenado mis padres.

¿Qué otra opción tenía? Ciertamente no le gustaba incitar la ira de su padre o el desprecio de su madre.

Daphne dejó a un lado su aguja y cruzó las manos sobre su regazo.

—A mí no me importaría mucho que mis padres me eligieran un esposo. Si lo hicieran, me evitarían asistir a otra temporada de eventos sociales. Detesto tener que sentarme apartada con las otras chicas, como una marginada. —Daphne desvió la mirada—. Yo nunca seré tan bella como tú.

Quería desmentir la valoración que tenía su prima sobre sí misma en comparación con el resto de debutantes de la última temporada, pero con una figura tan redonda y con una timidez tan notoria, no había otra forma de definirlo.

—Estoy bastante segura de que tus padres no elegirían a un desconocido, como han hecho los míos. —Su tono era frío y Daphne se puso rígida ante sus duras palabras—. En cuanto de lo de ser una marginada, es una tontería, simplemente tienes que pasearte por la sala para que los caballeros tengan la oportunidad de fijarse en ti. Tienes que alejarte del rincón y aprender cómo batir tus pestañas. Puede que incluso te diviertas.

Las mejillas de Daphne se volvieron carmesí.

—No, no creo que elijan a un desconocido para mí. —Bajó la mirada a su regazo, evitando por completo el tema de ser una marginada—. Lo siento.

Natalie cerró los ojos con una urgente necesidad de escapar un momento. ¿Quién era Lucas Hartfeld, conde de Maddox? No debía de moverse en sus círculos, ya que nunca había oído hablar de él. ¿La alejaría de sus amigos y familiares una vez que estuvieran casados? ¿La llevaría a algún rincón lejano de Inglaterra? Se estremeció al darse cuenta de que al ser su esposa, él tendría derecho a llevarla donde quisiera. Y a ella no le quedaría más remedio que ir

obedientemente. ¿Podría domar su vena rebelde y comportarse como una esposa dócil?

Una pregunta mucho más importante se le vino a la mente. ¿Conseguiría experimentar pasión con ese matrimonio?

Natalie miró a Daphne.

—Dime, ¿sabes algo del conde de Maddox?

—Me temo que no —respondió Daphne.

Natalie se acercó a la chimenea, anhelando el calor que irradiaba. Levantó las manos con las palmas mirando hacia las llamas. ¿Vivirían en una casa tan cómoda como Harrington Gardens y la residencia familiar de Londres o sería desterrada y condenada a vagar por heladas habitaciones con corrientes de aire?

—¿Cómo pueden esperar que me case con un hombre al que nunca he visto? Un hombre del que no sabemos nada. —Su mirada permaneció fija en las temblorosas llamas anaranjadas, perdida en la pesadilla que podría ser su futuro—. Podría ser un completo sinvergüenza, un maltratador de mujeres o, que el cielo no lo permita, estar a un paso de la prisión para morosos.

Daphne se acercó a Natalie y le puso una mano en el brazo.

—Seguramente tu padre conoce al conde. No creo que te desposara con un hombre en el que no confía para cuidarte, o al menos habrá considerado lo que vas a ganar con este enlace.

—¿No te referirás a lo que van a ganar mis padres? —Natalie no pudo evitar pronunciar esas palabras con desprecio.

—Después de todo, él es un hombre de negocios —suspiró Daphne. Fue la declaración más cierta que había salido de sus labios.

Se iba a volver loca si seguía pensando en un futuro sobre el que no tenía ningún control. Exhalando un suspiro, apartó sus manos del calor del fuego y se giró hacia Daphne.

—Espero que tengas razón, y no quiero hablar más...

La puerta se abrió golpeando la pared con fuerza, e hizo que un retrato que colgaba cerca se zarandeara. Lord Knightly, seguido por su hermano y el duque de Kissinger, entraron en la habitación. Su corazón dio un vuelco y las palabras se le atragantaron en la garganta. Le habían comunicado que Bradford llegaría esa tarde pero nadie mencionó a sus amigos. Por supuesto, ella esperaba que lord Knightly asistiera a la fiesta de Navidad, pero no pensó que llegaría antes que los demás invitados, cuya llegada estaba prevista para dentro de dos días.

—Señoritas. —El duque de Kissinger ofreció una reverencia. Lord Knightly y Bradford hicieron lo mismo.

—Escuché que habías llegado, Bradford, pero no me dijeron nada de tus amigos —dijo Natalie haciendo un esfuerzo para que las palabras le salieran de su boca—. Es siempre un placer, su excelencia. —Hizo una breve inclinación de cabeza hacia el duque de Kissinger antes de girarse hacia Christian—. Lord Knightly.

Daphne saludó a los caballeros también y se dirigió a sentarse en una silla de respaldo alto, claramente incómoda con los visitantes masculinos.

Bradford se acercó y dio un beso a Natalie en la mejilla.

—¿Qué tal estás?

El brillo en sus ojos le indicó que ya había ido a ver a su padre y que estaba al tanto de su inminente compromiso. Hizo un gesto con la barbilla.

—Muy bien, gracias.

Si no mostraba sus emociones en público tampoco lo iba a hacer frente a su hermano. Ya le había revelado demasiado a Daphne. Natalie la observó sentada cabizbaja, arrancando pelusas imaginarias de su falda. Al menos, confiaba en que su prima no traicionaría su confianza.

Además, tampoco se había abierto del todo con ella.

—Permite que nos sentemos.

—Después de ti. —Bradford extendió un brazo señalando los muebles que había alrededor de la chimenea.

—Siempre has sido un caballero —dijo Natalie con una sonrisa de complicidad y se sentó en una silla.

Christian se rio entre dientes, lanzando una mirada a Bradford. Natalie no podía quitarle los ojos de encima, observó cada detalle mientras él cruzaba la habitación y se sentaba, estirando sus largas piernas. Parecía más musculoso que la última vez que lo había visto y su piel estaba ligeramente bronceada. Dudaba mucho que lord Maddox se pudiera comparar con él a cualquier nivel. Christian era la perfección masculina desde su pelo negro y ojos azules, a sus anchos hombros y musculosos muslos. Por lo que se imaginaba, lord Maddox debía de ser un hombre corpulento, de mirada apagada y con una actitud repulsiva. El tipo de hombre al que nunca podría sentirse atraída y, menos aún, sentir amor.

Una cosa era segura: Natalie sentiría la verdadera pasión antes de atarse al conde. Los brazos de Christian la envolverían mientras sus labios se fusionaban en un beso.

—¿Les apetece jugar a algo mientras esperamos a que sirvan la cena? —dijo mirando a los otros, con una sonrisa en su rostro.

—¿A la Gallinita Ciega, quizá? —Daphne volvió a apoyar las manos en su regazo.

Bradford sonrió, dirigiendo su atención a Natalie.

—Madre nos prohibió que jugáramos a eso dentro de la casa después de que Natalie rompiera su jarrón favorito al tropezarse con los ojos vendados.

—No me tropecé. —Lo fulminó con la mirada, y lanzó una rápida mirada a Christian para observar su reacción a la declaración de su hermano de que ella era torpe.

—Lo hiciste... Justo con esa mesa. —Bradford señaló al otro lado de la habitación a una mesa de tres patas de caoba, que estaba cerca de una ventana que llegaba desde el suelo hasta el techo.

Natalie se cuadró de hombros.

—Estás equivocado. —Sonrió con dulzura—. De todos modos, la Gallinita Ciega mejor no. ¿Qué os parecería jugar a los Médicos?

—Una elección espléndida —dijo su excelencia, el duque de Kissinger, mientras se recostaba contra el diván—. Siempre y cuando una de las damas sea el médico.

—Muy bien. Ahora actuad como si tuvierais una horrible enfermedad. —Natalie se levantó y se alisó la falda.

Daphne colocó una mano enguantada sobre su frente e inclinó la cabeza hacia atrás, mientras que Bradford se reclinó sobre el brazo de su silla. Christian imitó al duque, y se estiró sobre un diván. Natalie se quedó un momento observando a cada uno de ellos antes de empezar el juego. Si conseguía que Christian pagara prenda, podría pedirle un beso.

Natalie se acercó a su prima, luego tomó la muñeca de Daphne y le tomó el pulso.

—*Lady* Daphne, ¿cuáles son sus síntomas?

—Me duele mucho la cabeza. —La muñeca de la chica estaba húmeda y pegajosa, como si realmente estuviera enferma.

—No se preocupe, pronto va a encontrarse mejor. —Sostuvo su barbilla entre su pulgar y su dedo índice, evaluándola. El truco para conseguir hacer a Christian pagar prenda sería proporcionar curas detalladas, para dificultar que lo recordasen más tarde—. Simplemente debe hacerse cosquillas en las plantas de los pies con la pluma de un pavo real cada noche.

Daphne soltó una risita.

—Muchas gracias, doctor.

Natalie asintió con la cabeza antes de dirigirse a su próximo paciente. Esperaría el momento adecuado, dejando a Christian entre Bradford y el duque. Seguramente si se tomaba su tiempo, sus probabilidades de sorprenderlo aumentarían.

Tomó la muñeca de Bradford, buscando su pulso.

—Temo que hayas muerto, querido hermano, porque no puedo sentir nada.

Él tiró de su brazo, liberándolo.

—Sigue adelante.

—Oh, como quieras. ¿Qué te ocurre?

—Tengo acidez de estómago —dijo con tono apagado.

Natalie arqueó una ceja, no le había impresionado nada su actitud repentina.

—Necesitarás un tónico para curar tu enfermedad. Para curarte debes tomar cada cuatro horas una pinta de decocción de clavelina, con tres cucharadas de azúcar refinada.

—Claro. —Bradford sacudió la cabeza antes de volver a apoyarla en el brazo de la silla.

—Lord Knightly, si me permite. —Le sostuvo el brazo, tomándose su tiempo para localizar su pulso. El ritmo regular latía bajo sus dedos, provocando que su propio pulso se acelerara. Sin soltarlo, le preguntó:

—¿Qué le ocurre, mi señor?

—Estoy ardiendo con fiebre. —Christian dio un suave tirón para liberar su muñeca.

En aquel momento, le hubiera venido muy bien su abanico ya que su temperatura también había subido. Mientras pensaba la prescripción, notaba cómo su rostro ardía. Esta vez, no tenía que ser tan complicado como a los otros, ya que no le iba a preguntar sobre su propia cura.

—Un tazón de hielo valdrá. Dos cubos por la noche y uno por la mañana le bajarán la fiebre enseguida.

—Muchas gracias, doctor. —Un extremo de su boca se tornó en media sonrisa antes de dirigirse hacia el duque.

—Su excelencia, tiene mal aspecto. Permítame que le tome el pulso.

El duque de Kissinger ladeó la cabeza.

—Estoy tan cansado que apenas puedo abrir los ojos, doctor.

—Hay una solución fácil para esa dolencia. Necesita dormir durante nueve horas y media, su excelencia. —Se le escapó la risa al darse cuenta de lo absurdo que sonaba su prescripción, y después se giró para mirar al resto de pacientes.

Había llegado el momento de interrogarlos y descubrir lo que recordaban sobre sus tratamientos. Estaba segura de que Daphne iba a recordar todos los detalles. Siempre había tenido muy buena memoria. Quizá fuera por todas las horas que se había mantenido al margen, observando todo. Natalie se paró frente a Daphne, decidida.

—Lord Knightly está enfermo con fiebre. ¿Cuál sería la prescripción en este caso?

—Un tazón de hielo. Dos cubos por la noche seguidos de uno por la mañana —dijo Daphne, y sonrió con confianza.

—Has acertado, como sabía que lo harías.

Natalie dirigió su atención a Bradford.

—Veamos si la memoria de mi hermano es tan refinada como la tuya. *Lady* Daphne está sufriendo un dolor de cabeza. ¿Qué remedio se necesitaría en este caso?

—Necesita que le hagan cosquillas en la planta de los pies con una pluma cada noche, antes de acostarse.

Natalie levantó una ceja.

—¿Qué tipo de pluma se necesita?

—Faisán... no, avestruz —dijo Bradford, levantando la cabeza del brazo de la silla.

—¡Ja! Me debes prenda. Ordené que se hiciera con una pluma de pavo real.

Bradford se sentó derecho y miró a Daphne.

—¿Está diciendo la verdad?

Natalie soltó un suspiro exasperado.

—Por supuesto que estoy diciendo la verdad. No tengas tan mal perder.

—¿Daphne? —insistió Bradford.

La chica liberó su labio inferior de entre sus dientes y miró a Natalie y Bradford.

—Dice la verdad.

—Muy bien, entonces te lo reconozco.

Ya solo quedaban Christian y el duque por preguntar. Observó detenidamente a los dos hombres intentado decidir el mejor orden para proceder. Si preguntara primero al duque, Christian solo tendría que recordar una opción. Preguntándole al él primero, tendría la posibilidad de que, aunque recordara el remedio, no lo asociara con la dolencia correspondiente.

—Lord Knightly, mi hermano se quejó de acidez de estómago. ¿Cuál debe ser su prescripción?

Natalie cruzó las manos a la altura de su vientre y rezó para le diera una respuesta incorrecta.

Christian levantó la cabeza y colocó el brazo debajo.

—*Lady* Natalie, le mandaría un tónico hecho con una pinta de decocción de clavelina con tres cucharadas de azúcar refinada, cada seis horas.

Le dio un vuelco el corazón cuando escuchó su error, iba a conseguir su tan ansiado beso. Después de controlar su reacción exagerada, sonrió con timidez.

—Y así solo empeoraría su estómago al administrarle la dosis incorrectamente. Me debe prenda, mi señor.

—Bien jugado. ¿Qué desea que haga?

Natalie luchó por que no apareciera una sonrisa en sus labios, los cuales iban a sentir los de Christian antes de que terminara el día.

Cuatro

Christian esperó a que Natalie respondiera, sin estar muy seguro de qué le iba a exigir aquella diablilla. El brillo en sus ojos le hacía pensar que tenía que ser cuidadoso. ¿Cómo no se había fijado antes en la belleza que tenían? Eran de un tono azul fascinante, más parecido al turquesa. La clase de ojos en los que un hombre podría hundirse. La había mirado durante muchos años, pero nunca la había visto como lo hacía en aquel instante. Parpadeó para romper su embeleso, recordándose a sí mismo que ella no era para él. Aun así, no podía dejar de observarla.

—Todavía no es el momento de recolectar, mi señor. —Natalie sonrió con picardía, y luego se dirigió hacia la silla de brocado roja donde Kissinger se recostaba.

Christian la escuchó interrogar al duque, incluso escuchó la respuesta de Kissinger, pero no entendía lo que decían. Era como si estuviera viendo a Natalie por primera vez. ¿Cuándo se había convertido en una mujer? Siguió con los ojos la curva de su cintura, y continuó por el vuelo de la falda en sus caderas, antes de volver a observar aquel rostro angelical. Lástima que debajo de toda esa belleza la mujer fuera un demonio sin ningún control.

Greenwich tendría que darle refugio y esconderlo de Natalie si la hacía enfadar, y tendría que estar loco para casarse con ella. Sería una esposa desastrosa, con demasiadas necesidades y exigente. Si eso llegara a suceder, sus días de ocio terminarían: clubes, juegos, mujeres; podría seguir asistiendo, pero probablemente exigiría que lo acompañara. Le vetarían la entrada a los clubes, y aunque ella seguramente tendría buena mano con las cartas, las señoritas que normalmente lo acompañaban a él, preferirían estar con ella. Sería un desgraciado con una esposa así. Maldita fuera, cualquier esposa lo haría miserable.

—A ustedes, caballeros, se les da realmente mal este juego. —Natalie se echó a reír.

Su alegría llenó la habitación, y también se le contagió a él, sin embargo, pronto se amargó cuando se dio cuenta de que se había reído de él.

La declaración de Natalie lo sacó de sus reflexiones. Se puso de pie y caminó hacia la ventana, observando el oscuro cielo, necesitando una distracción. Un buen trago le habría venido bien. Lástima que no hubiera bebido más antes de entrar al salón.

—Si no fuera por Daphne, nunca creería que ninguno de nosotros dijo una respuesta incorrecta. —Bradford se frotó la mandíbula—. Decide los castigos para que podamos concluir el juego.

Christian se volvió hacia los asistentes, su mirada colisionando con la de Natalie, que le provocó un escalofrío. Solo podía imaginarse las torturas que les esperaban. La última vez que la debía prenda, le hizo ordenar sus lazos, pero antes de aquello, tuvo que asistir a su clase de baile. Hubo otra vez que les hizo a Greenwich y a él llevarla a pescar. Tendrían que haberse mostrado

recelosos cuando ella les pidió jugar, puede que tuvieran que haberse negado.

Ella puso su atención en Kissinger.

—Va a haber un baile la primera noche de fiesta. Deseo que bailes con *lady* Daphne.

Christian no pudo evitar que una sonrisa divertida apareciera en su rostro. Al duque no le haría ninguna gracia bailar, y mucho menos con una señorita soltera. Cuando acordaron asistir con Greenwich, los tres decidieron que pasarían el tiempo en la sala de juegos, acudiendo al baile solo el tiempo necesario para estar presente cuando anunciaran la gran noticia, para no enfadar a sus anfitriones.

—No es necesario —dijo Daphne sonrojada.

Kissinger se incorporó en su silla y sonrió.

—Será un honor bailar con la dama.

Mentía muy bien, Christian le concedería eso. Lo único por lo que se sentiría honrado sería por levantarle la falda. Aunque fue muy caballeroso por su parte no avergonzar a la dama y aceptar su castigo. Con suerte, Natalie le pediría algo trivial y fácil.

Natalie hizo un gesto en dirección a Greenwich.

—Jugarás con *lady* Daphne y conmigo a un juego de mi elección. Por supuesto, su excelencia y lord Knightly están invitados a unirse a nosotros. —Miró entre él y Kissinger—. ¿Vendrán?

—Puede contar con ello —respondió Kissinger por los dos.

Christian asintió con la cabeza, sintiéndose como un ratón en las garras de un gato. Lo último que deseaba era pasar la tarde en compañía de aquellas damas cuando tenía un buen licor para beber. Pero, ¿qué opción tenía? No podía negarse después de que los demás hubieran aceptado, sería visto como un desaire. Christian no faltaría el respeto a un miembro de la familia de Greenwich, sin importar que fuera su caprichosa hermana.

De todos modos, no le haría daño pasar tiempo con Natalie. A lo largo de los años, se habían hecho compañía el uno al otro en muchas ocasiones. Ella se comportaría de forma molesta y, al final, él se alegraría de alejarse de ella y con la misma necesidad de beber como la que tenía en aquel momento. Además, solo podía beber hasta cierto punto, ya que la celebración iba a durar varios días. Iba a necesitar algún tipo de distracción para no aburrirse.

Cogió aire y lo soltó lentamente mientras esperaba su orden. Ella lo observó un instante, y luego dirigió su vista al suelo. Había tenido suficiente de sus jueguecitos.

—¿Y qué quiere que haga yo?

Natalie lo miró a los ojos, con una sonrisa tímida tirando de sus labios rosados y carnosos.

—Todavía no estoy segura. Vámonos para que podamos prepararnos para la cena y ya le comunicaré su castigo cuando haya decidido algo apropiado para usted.

—Me temo que estás en problemas, Knightly. —Greenwich sonrió.

Christian apretó la mandíbula con enfado.

—Probablemente.

Nunca debieron permitir que se saliese con la suya con aquellas demandas tan extravagantes. Era algo inaudito, excepto para *lady* Natalie. Lo normal era pedir besos o hacer cacarear como una gallina al que había perdido el juego. Cosas rápidas que se podían hacer antes de que el grupo se dispersara.

Natalie hizo una reverencia.

—Hasta luego.

Greenwich y Kissinger se pusieron de pie.

Ella les hizo un gesto con la cabeza y, tras hacer otra seña a Daphne, ondeó la mano hacia la

puerta.

—Vamos, no queremos quedarnos sin tiempo.

Daphne se levantó y ofreció otra reverencia y las dos mujeres abandonaron la sala. La ira de Christian aumentó cuando vio a Natalie desaparecer por el pasillo. Le estaría bien empleado si se negaba a cumplir lo que se le ocurriera. Quizá es lo que tendría que hacer.

—Me vendría bien un refugio, señores —dijo Kissinger, mientras se alisaba la corbata.

—Estaba pensando lo mismo. —Christian cogió un vaso del aparador, se sirvió tres dedos de brandy y luego pasó la licorera a Kissinger—. ¿Te unes a nosotros, Greenwich?

—A mi madre le dará un ataque si llegamos a la cena con varias copas de más —respondió Greenwich, pero aceptó la jarra—.Pero, por una o tres no pasa nada.

Christian se rio entre dientes, chocando su copa contra la que había cogido Greenwich.

—¡Salud!

—Mejor que prepares esos zapatos de baile —bromeó Greenwich, mirando a Kissinger.

—Estoy deseando que llegue ese momento. Ha pasado mucho tiempo desde que he tocado algo tan puro. —El duque guiñó un ojo.

—Más vale que no deshonres a mi prima. —Greenwich dio un buen trago a su copa—. Es una chica dulce, y no está acostumbrada a pasar tiempo con caballeros como tú.

—No temas, ella estará a salvo conmigo. No tengo ningún deseo de comprometerme.

La mente de Christian volvió a Natalie, sin prestar atención a las bromas de sus amigos. Parecía que estaba de buen humor, a pesar de su inminente boda. Había mostrado la misma naturaleza traviesa de siempre. ¿Estaba feliz por el matrimonio o, simplemente, no se lo habían dicho todavía? Quizá estaba ganando algo de tiempo para procesar su inminente destino. Que el cielo los ayudara a todos si ella estaba planeando algo, porque no podía imaginar que ella aceptara de tan buena gana aquel mandato si realmente no deseaba ese enlace.

—¿Qué te tiene distraído, Knightly? —dijo Greenwich sirviéndose más brandy.

—Nada, estaba saboreando el brandy, nada más —mintió Christian, sin querer debatir sobre sus reflexiones. Ya le había dedicado demasiado de su tiempo a Natalie.

—Es de alta calidad. —Kissinger vació su copa de un rápido trago—. Casi tan bueno como mi reserva privada.

—Pareces sorprendido, como si estuvieras en la taberna de un pueblo y no en la residencia de un duque —dijo Greenwich, y colocó su vaso vacío en el aparador—. Hablando de lugares, será mejor que nos unamos a los demás en el salón. La campana avisando la cena sonará en breve.

Caminaron por el pasillo que conducía al salón, Natalie y *lady* Daphne conversaban con otra dama en el centro de la sala. El pulso de Christian se aceleró por la irritación de verla. ¿No había escapatoria? Ya la había aguantado todo lo que podía, y tenía la esperanza de terminar la cena y retirarse con sus amigos.

—Bradford, ven a saludar a *lady* Gertrude —lo llamó Natalie.

Christian siguió a Greenwich que se acercaba a las tres damas, de pronto comenzó a palpitarle la cabeza. Se hicieron las presentaciones, resultó que la dama era otra prima. Por lo menos, su voz no le desquiciaba como la de Natalie. Al parecer, la mayoría de la familia había llegado pronto. Lo último que Christian quería era perder el tiempo comportándose apropiadamente y charlando con jovencitas que buscaban casarse. ¿Por qué había aceptado asistir a aquel evento? Tragó para suavizar el nudo en su garganta. Había accedido porque no tenía otro lugar al que ir, sin familia de la que hablar. Lo que menos deseaba era pasar otras fiestas encerrado en algún salón de juego o en su club de caballeros.

—Sed caballeros y acompañadnos al salón —dijo Natalie con una sonrisa, agarrando el brazo

de Christian.

Sus amigos ofrecieron sus brazos al resto de damas antes de echar a andar por el pasillo.

Natalie disminuyó la velocidad para hacer que se quedaran atrás.

—Ya he decidido tu castigo —susurró.

Christian dirigió la mirada al papel doblado que sostenía en su mano libre. ¿A qué estaba jugando?

—Tómalo y asegúrate de que nadie más vea su contenido. —Metió la nota en el bolsillo del abrigo de su acompañante antes de acelerar el ritmo otra vez.

Se detuvo frente a la puerta del salón, permitiendo que los demás entraran, y liberó la mano de Natalie que sujetaba su manga.

—Si me disculpas. —Entró en la habitación sin darle tiempo a hablar, se acercó a un rincón apartado y sacó la nota de su bolsillo: «Reúnete conmigo en el invernadero después de la cena. Ven solo. Nat»

¿A qué se debía todo aquello? Volvió a guardar el papel en su chaqueta. ¿Iba a honrar la indebida petición que le había hecho? La forma en la que se le revolvió el estómago le advirtió de que no debía hacerlo. Sin embargo, sintió curiosidad por descubrir por qué lo había llamado de aquella manera. Miró alrededor de la sala con la esperanza de que nadie lo hubiera visto y se acercó a la mesa.

Cinco

Natalie se paseó entre macetas de hibiscos y las amadas orquídeas de su madre, esperando a que Christian apareciera. Seguramente vendría como ella le había indicado. Abrió su abanico y lo agitó en un esfuerzo por calmar sus nervios. ¿Y si no venía?, o peor, ¿y si traía acompañante? Probablemente tendría que haber exagerado un poco y haber dicho que ella tenía uno. Sin embargo, no es como si nunca antes hubieran estado solos. Cuando eran niños, a menudo se quedaban solos.

Oh, pero ya no eran niños. La sociedad nunca toleraría que no estuvieran acompañados. Él no era el tipo de hombre al que se le podía engañar. Se dio un golpecito en el muslo con el abanico. ¿Por qué no había pensado en el decoro antes de escribir la nota? Si al menos hubiera pedido a alguien que la acompañara, sin duda podría haber afirmado que, al menos, lo intentó.

Llegó a las orquídeas una vez más y se volvió hacia el hibisco, sus ojos fijos en la entrada del invernadero. El aire cálido aumentó su inquietud mientras observaba la puerta y esperaba. Le concedería otros cinco minutos. Si no llegaba en ese tiempo, iría a buscarlo. No iba a permitir que se saliera con la suya después de haberla dado esquinazo. No cuando sabía perfectamente que ella lo estaba esperando.

El olor a canela de la orquídea favorita de su madre le produjo un suave cosquilleo en la nariz cuando volvió a rodear las macetas, y se detuvo para inhalar más profundamente. Eran flores exóticas y refinadas, aunque nunca comprendería la obsesión que tenía su madre con ellas. Había llegado a emplear jardineros expertos con el único propósito de cuidar sus orquídeas. En más de una ocasión, su madre le había dicho que debía ser elegante y fuerte como las flores.

Natalie puso sus dedos sobre un grueso tallo y, sin pensarlo, lo rompió y se colocó la flor en el pelo. Su madre se enojaría al descubrir lo que había hecho, lo que hizo que Natalie se sintiera terriblemente complacida. Se sobresaltó al escuchar el chirrido de la puerta al abrirse y se escondió detrás de un helecho cercano como si la hubieran pillado robando los postres de Navidad.

Observando desde su posición, se le cayó el alma a los pies.

—Bradford —dijo saliendo de su escondite—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Knightly me pidió que entrara yo primero.

Dejó escapar el aire, sin saber que había estado conteniendo la respiración. Christian estaba allí.

—No puedes quedarte.

—Debo quedarme. Sería inapropiado no ser tu acompañante cuando te estás viendo con un hombre con el que no estamos emparentados. —Bradford sonrió con satisfacción, metiendo las manos en los bolsillos.

Natalie se acercó a él, le puso las manos en los hombros y comenzó a empujarlo hacia la puerta.

—Nada inapropiado sucederá si te marchas.

Oh, ¿por qué no había pensado en un acompañante? Ahora que Bradford se había entrometido en sus planes, seguramente lo echara todo a perder.

Un brillo travieso iluminó sus ojos y se rio entre dientes.

—Nada inapropiado ocurrirá hagas lo que hagas. Knightly no desea mancillarte.

A Natalie le comenzó a arder el rostro y le dio otro empujón.

—No te metas donde no te llaman.

—Quizá se lo debería contar a nuestra madre.

—¡No te atreverías! No puedes. Imagina lo que haría, Bradford. —Natalie dejó caer las manos de sus hombros y le hizo pucheros—. ¿Quién te crees que soy? Actúas como su fuera una doncella mancillada.

Lo miró, su sangre se calentó con furiosa indignación. ¿Cómo se atrevía a pensar que iba por ahí, citándose con hombres? No importaba que aquello fuera exactamente lo que pretendía... No debería asumir eso de ella.

—Tranquilízate. Subirte las faldas no va a cambiar nada. —Bradford sacudió la cabeza—. Ambos sabemos lo que estás haciendo aquí.

Ella cerró los ojos un instante. Estaba en lo cierto, no podía continuar mintiéndole, al menos, más de lo que se mentía a sí misma.

—Te lo ruego, no le digas una palabra a nadie.

—Eres todo un entretenimiento —dijo riéndose entre dientes mientras caminaba hacia la puerta—. Estaré afuera por si Knightly necesita mi ayuda.

—Puede que seas tú el que la necesite —dijo Natalie mientras agarraba una maceta y se la lanzaba. El proyectil falló y se estrelló contra el suelo—. Tú no eres nada entretenido.

—Será mejor que limpies este desastre o nuestra madre descubrirá lo que has estado haciendo sin tener que contárselo yo. —Su risa fue aumentando de volumen mientras desaparecía del invernadero.

Natalie debería haberse dado cuenta de que la estaba tomando el pelo. Él tampoco quería que sus padres se enteraran de que su amigo se estaba viendo con su hermana en secreto. Volviendo la vista atrás, la idea que tuvo Christian de hacer cómplice a Bradford había resultado ser una buena idea. Por mucho que le doliera admitirlo, él se aseguraría de que nadie los pillase juntos. Natalie dejó escapar un suspiro y se alisó la falda antes de que Christian entrase. Su corazón latía con fuerza, aquella era su oportunidad.

Se mantuvo de pie con la cadera inclinada hacia la izquierda mientras él entraba en el invernadero y se acercaba a ella.

—Lord Knightly, me complace que hayas venido.

—Lo que debería complacerte es que tu hermano haya sido el único que ha visto la nota. ¿Estás tratando de tirar tu vida por la borda?

Ella tragó al escuchar la dureza de sus palabras y el tono con el que se dirigía a ella.

—Todo lo contrario, por eso dije que no se la enseñaras a nadie. Pero debo confesar que me alegra saber que contamos con la ayuda de Bradford. Va a ser un vigilante excelente. —A pesar de que se había puesto nerviosa, intentó poner una sonrisa encantadora.

—¿Y por qué necesitamos un vigilante? —Christian fijó su penetrante mirada en ella.

Ella alzó una mano temblorosa y acarició con la punta de los dedos su fuerte mandíbula. Incluso a través de los guantes pudo sentir cómo su calor se filtraba en su interior, adhiriéndose a

su alma.

—Quiero un beso. Uno mucho más apasionado que el que le diste a *lady* Pippa.

Él agarró la muñeca de Natalie, apartando sus dedos.

—*¿Lady Pippa?*

—No intentes disuadirme negándolo. Vi vuestro encuentro romántico con mis propios ojos. —Natalie le apuntó con un dedo.

Christian arqueó una ceja oscura.

—Debo confesar que estoy fascinado. Por favor, continúa.

—Sabes bien lo que pasó. —Natalie puso los brazos en jarra. Su sangre caldeada con la frustración que sentía.

—De hecho, lo sé, y no hubo ningún beso. —Christian se frotó la parte posterior del cuello y retrocedió un paso—. Y tampoco habrá ninguno ahora...

—¡Sí que hubo beso! —No le permitiría seguir fingiendo que no había ocurrido—.Fui a buscarte para el baile... el que reservaste cuando firmaste en mi carné de baile... Imagina mi sorpresa cuando te encontré acompañando a *lady*, y lo digo sin meterme en detalles, Pippa a la terraza.

Las lágrimas humedecieron sus ojos, pero se negó a derramarlas.

—Os seguí afuera, y cuando os encontré, en un rincón bastante oscuro, debo añadir, la tenías entre sus brazos. —Lo fulminó con la mirada, desafiándolo a negar sus acciones aún más.

—Estaba enferma, la seguí para asegurarme de que estaba bien.

Natalie se inclinó acercándose, frunciendo los labios. ¿Cómo se atrevía a seguir mintiendo?

Christian dejó escapar un suspiro de exasperación.

—No era un encuentro romántico.

Ella inclinó la cabeza, observándolo. ¿Podría estar diciendo la verdad? Las imágenes de aquella noche le vinieron a la memoria, los detalles tan nítidos como si fueran recientes. Pippa había estado apretada contra Christian, con la cabeza inclinada hacia atrás y sus labios separados. Natalie sabía lo que había pasado, fue testigo de aquellos momentos secretos. Ni sus ojos, ni su imaginación la habían engañado.

—Admítelo. Solo has venido porque tenías la esperanza de ver a *lady* Pippa una vez más y para continuar donde lo dejaste.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dijo él de manera desafiante, estrechando los ojos.

Natalie desvió la vista y cogió aire para tranquilizarse. Se iba a volver loca si continuaba por aquel camino. No había vuelta atrás, lo que había visto no podía borrarse. El pasado permanecería como estaba, independientemente de lo que deseara o reclamara.

—Llámalo como quieras —dijo mientras se aproximaba a él, apretando su cuerpo contra el suyo, disfrutando del calor que irradiaba.

Él la apartó ligeramente y ella inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Me gustaría que me besaras ahora.

—No me apetece en este momento. —Se retiró hacia la puerta—. Buenas noches, *lady* Natalie.

Se le revolvió el estómago, sin pensarlo corrió tras él y le agarró de la manga de su abrigo.

—Perdiste el juego. Así que tienes que pagar la prenda. Simplemente, no puedes negarte.

¿Por qué le negaba aquella petición en primer lugar? Los caballeros besaban a las damas en privado todo el tiempo. No tuvo problema con regalarle un beso a *lady* Pippa. ¿Podía seguir enfadado con ella por haberlo salvado de aquel carruaje sin control hace tanto tiempo? ¿Estaría

su ego tan herido que todavía deseaba ajustar cuentas? De ser así, se sentiría profundamente decepcionado porque no tenía la intención de permitirle ganar aquel enfrentamiento.

Se apretó el vientre con la mano. ¿Estaba tan enamorado de Pippa que no la encontraba atractiva? Se le formó un nudo en la garganta y tragó saliva para suavizarlo. Aunque amara a otra, ¿podría su beso probar que ella era mejor opción? Sin embargo, incluso si ella consiguiera convencerlo, ¿cómo podría hacerlo con sus padres? No era el momento de volverse loca pensando en aquellas cosas, ya habría tiempo más adelante. En aquel instante, debía mantener su atención en conseguir que la besara.

Christian la miró con la mandíbula tensa.

—Cumpliré mi deuda en el momento y lugar de mi elección, que no es ni aquí, ni ahora.

Antes de que se le ocurriera algo con lo que rebatir sus palabras, él salió del invernadero dejando que la puerta se cerrara a su paso. Natalie, con la mandíbula floja de indignación, abrió la puerta y se quedó mirando su silueta alejándose. ¡Una hora y lugar de su elección!

¿Cómo se atrevía?

Aquello no iba a acabar de esa manera. Conseguiría su beso, y lo haría también en el lugar y el momento que ella quisiera.

Seis

Christian arrojó sus cartas sobre la mesa. Aquella era la tercera mano y no le había tocado ni una carta para jugar. Si la tendencia continuaba, volvería a Londres como un mendigo. Su escasez de fondos también sería culpa de Natalie. Apenas podía concentrarse, y mucho menos tranquilizarse, desde la escena del invernadero.

Presionó sus labios juntándolos en una línea apretada.

¿Cómo se atrevía?

Lo absurdo de acorralarlo, exigir un beso apasionado y acusarlo de haber tenido un encuentro con *lady* Pippa, ¿había perdido la cabeza?

—¿Sigues sin ir, Knightly? ¿Cómo puedo aumentar las apuestas en tu contra si nunca juegas tus cartas? —dijo el duque de Kissinger, levantando su vaso de brandy para dar un trago.

Christian se frotó la mandíbula con la mano.

—Ya me has sacado una pequeña fortuna esta noche.

Greenwich golpeó con los dedos la superficie de la mesa de juego.

—Mala suerte. Quizá lo que necesites sea beber más rápido. —Soltó una risa antes de vaciar su copa y hacer señas a un sirviente para que la rellenara.

Christian sonrió, se recostó en su silla y bebió un poco de brandy mientras sus amigos seguían jugando. Beber más rápido no mejoraría las probabilidades de que al darle el beso que deseaba, encontrara la paz.

No dejaba de darle vueltas a las palabras de Natalie. El supuesto encuentro con Pippa... El cómo exigía un beso apasionado... El fuego en su mirada cuando lo desafió. ¿Por qué no podía quitarse a Natalie de la cabeza? ¿Deseaba besarla? Apostaba a que sus labios eran suaves como la seda y su boca dulce. Sacudió la cabeza, y luego dio un largo trago de brandy, disfrutando del ardor que le producía el licor mientras se escurría por su garganta.

No podía sentirse atraído por Natalie. Era demasiado mimada y consentida. Su mera presencia lo irritaba. Además, aquella niña escandalosa era la hermana de su mejor amigo. ¡Qué demonios!, también podría considerarse su hermana después de haber pasando tanto tiempo juntos. Natalie necesitaba un esposo, no un amante. Él nunca se convertiría en eso, por lo menos no en uno bueno.

—¿Vas esta vez? —preguntó Greenwich mientras barajaba el mazo de cartas.

Christian asintió. Tal vez podría centrarse lo suficiente como para ganar una mano y recuperar parte de su dinero perdido.

Kissinger tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Reparte ya, Greenwich, antes de que me vea forzado a acusarte de desplumarnos.

—Con habilidades tan refinadas como las mías, no es necesario hacer trampas. —Greenwich

se rio entre dientes y comenzó a repartir las cartas.

—Cuidado, viejo amigo. Un exceso de confianza ha sido la ruina de muchos hombres —respondió Kissinger, y asintió ligeramente antes de volver a su bebida.

Greenwich sonrió.

—Reza para que ninguno de nosotros termine de esa manera.

Kissinger observó un instante a Christian.

—Quizá ese sea tu problema. Estabas bastante confiado la semana pasada en el White.

—Maldita sea, Kissinger, preocúpate de tus propias cartas —espetó Christian, recogió sus cartas recién repartidas y las colocó en forma de abanico. Las observó: dos picas bajas, el rey de corazones, cuatro de diamantes y la reina de tréboles. Bien podría alguien golpearlo en la cabeza para sacarlo de su miseria. Arrojó las cartas—. Estoy fuera.

—Apenas hemos empezado —protestó Greenwich—. Todavía no hemos apostado. No puedes retirarte.

—No necesito continuar para saber cómo me irá. —Christian se levantó y arrojó una moneda al centro de la mesa—. Ahora, si me disculpáis.

Salió de la habitación con las manos apretadas en los bolsillos, con la intención de buscar consuelo en la sala de fumadores. Sus pasos amortiguados por la alfombra iban al ritmo de los latidos de su corazón, mientras avanzaba por el laberinto de pasillos que conducía a su ansiado destino. Aquella fiesta estaba empezando a resultar bastante desagradable.

Al doblar una esquina, llegaron hasta él ecos lejanos de alegría, risas y conversaciones, además de notas del pianoforte. La mayoría de los invitados habían llegado y, como resultado, la casa estaba abarrotada. Tal vez lo mejor sería retirarse a su habitación esa noche. O mejor aún, salir a pasear con la tormenta, que acechaba con nubes grises y fuertes vientos, encajaría con su estado de ánimo. En aquel momento, no era una buena compañía para nadie.

La melodía familiar de un villancico navideño comenzó a sonar. De niño solía pasar las Navidades cantando «Decoremos los salones» con su madre. Sin darse cuenta, Christian había seguido la música y se encontraba frente a la sala de música. Miró al interior, se sentía más relajado de lo que había estado en todo el día.

Maldición, su pulso se aceleró. Natalie estaba sentada en el pianoforte, el cabello rubio claro y suelto le caía sobre sus hombros y los ojos le brillaban mientras tocaba. Al verla de aquella manera, haciendo algo femenino, sin hacer travesuras, se le hacía difícil compararla con la salvaje a la que estaba acostumbrado. Se apoyó contra el marco de la puerta y la observó.

Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo. Le recordó a su querida madre. Bendecida con gracia y belleza, Natalie era el tipo de mujer que un hombre debería de estar orgulloso de llamar esposa. Pero él la conocía bien y sabía que no era tan correcta como parecía.

Observando al resto de sala, advirtió que *lady* Daphne se encontraba a la izquierda de Natalie, cantando junto a su prima. La duquesa de Sheridan estaba sentada cerca del fuego, y había una dama desconocida a su lado. El duque de Sheridan también estaba acompañado por alguien al que tampoco reconoció. Algún lord o alguien importante, a juzgar por la apariencia del hombre. Estaban de pie cerca del aparador de caoba bebiendo y charlando. Había más gente en la sala, pero ninguno que le interesara tanto como los desconocidos.

¿Quiénes podrían ser? ¿Había llegado el prometido de Natalie? Sintió una punzada de arrepentimiento en el pecho.

¿Por qué no había hecho más preguntas sobre los cotilleos? Deseó haberse molestado en indagar sobre el pretendiente de Natalie. Tal vez podría haber averiguado algo sobre aquel hombre. ¿Y si era un indeseable? Como caballero que era, estaba obligado a darle la noticia a sus

padres. Pero, ¿y luego qué?, ¿casarse con ella?

Su mirada volvió a posarse sobre ella. Estudió la curva de sus labios, mientras se humedecía los suyos con la lengua. Quizá un beso no fuera tan malo. Se lo debía por haber perdido el juego. Un hombre honorable no lo cumpliría, pero uno que no lo fuera pagaría su deuda, deshonraría a la dama y seguiría adelante con su vida.

Christian nunca había sido tachado de ser honorable. Tampoco lo habían llamado lo contrario. A pesar de ser un mujeriego, su reputación no se había empañado demasiado. Simplemente, vivía siguiendo sus propias reglas y su código de conducta, sin destacar demasiado en la sociedad. Quizá darle un beso era precisamente lo que debería hacer. Seguir sus normas, comportarse como le apeteciera, ¿y qué si sus deseos eran los mismos que los de Natalie? Ambos saldrían ganando.

Suspiró y comenzó a alejarse de la habitación. La mirada de Natalie chocó con la suya, dejándolo inmóvil en el sitio. «Maldita sea, muévete», pensó. Su corazón dio un vuelco cuando ella asintió levemente. Ella mantuvo la mirada fija en él mientras tocaba las notas finales, luego rompió la conexión y ofreció a los invitados una sonrisa encantadora.

Cualquier hombre inteligente aprovecharía aquella oportunidad para desaparecer. Al parecer, él no lo era porque se quedó esperando, con la intención de hablar con Natalie, deseando darle el beso que tanto quería.

Se levantó del pianoforte, miró a sus padres, y luego se acercó a la puerta. Por mucho que lo intentara, no podía apartar su vista del balanceo de sus caderas, ni tampoco podía huir.

Logró dar un paso atrás cuando ella salió al pasillo.

—Tenía la esperanza de volver a verte esta noche, mi señor —dijo ofreciendo una sonrisa sensual—. ¿Has reconsiderado mi invitación? Si es así, te daré un lugar y una hora de mi elección.

Invitación, y un cuerno. Lo había exigido, y ahora intentaba volver a controlar el juego. No lo iba a tolerar.

—Como dije anteriormente, yo lo elegiré, mi señora.

Estaba decidido a jugar con sus propias reglas.

Ella entornó los ojos.

—No soy yo quien debe el castigo.

—Ah, pero eres tú la que desea que apriete mis labios contra los tuyos. —dijo con una sonrisa libertina—. Quizá podamos llegar a un acuerdo mañana. —Christian le guiñó un ojo y se alejó, dejando a Natalie con la boca abierta.

Todos los nervios de su cuerpo le pedían que se diera la vuelta, volviera con ella, y aceptara los términos que ella exigía. En cambio, se concentró en poner un pie delante del otro, paso tras paso, hasta que llegó a la seguridad de su habitación.

Siete

Natalie dejó caer los palitos chinos de marfil en la mesa, entre Daphne y ella. Habían estado jugando la mayor parte de la mañana, mientras su madre atendía a los invitados, y su padre paseaba furioso por la casa preguntándose dónde estaba lord Maddox. ¿Por qué no había llegado todavía?

El juego era una buena distracción para todos. Por no mencionar, el inminente encuentro entre ella y su futuro prometido.

—Es tu turno —dijo mirando a Daphne.

Daphne agarró una de las piezas y la levantó de la pila.

—¿Dónde te escondías anoche después de la cena?

El pequeño gancho que sostenía Natalie se le escapó de los dedos, chocando contra la dura superficie de la mesa.

—No me escondía. —Recogió el gancho, y se puso a estudiar las piezas de manera exagerada.

—Pensé que te encontraría en el salón con las otras damas. Cuando vi que no estabas allí, asumí que te escabulliste.

Daphne frotó con el dedo la superficie redondeada del último palito que había recuperado. El tono en la voz de su prima le hizo pensar a Natalie que estaba más molesta por no haber podido librarse de otra noche aburrida, atrapada en una sala con mujeres lo suficientemente mayores como para ser su abuela.

—Bueno, asumiste mal. —Natalie levantó con el gancho una pieza, e intentó que no le temblara la mano para quitarla sin mover las demás—. ¡Maldita sea! —exclamó mientras dejaba caer la figura elegida otra vez en la pila.

Estaba distraída desde que vio a Christian en la sala de música; pero antes de aquello, su falta de concentración había comenzado cuando le vio aparecer en Harrington Gardens. Y por si fuera poco, la pregunta de Daphne la había pillado completamente por sorpresa. Quizá debería confiar en ella. Ahora que Pippa no estaba, no le venía mal una nueva amiga. Daphne siempre había sido una niña dulce. ¿Podía confiar en ella? No sería bueno que alguien más descubriese sus intenciones inapropiadas. Tal como estaban las cosas, no podía garantizar que Bradford guardara silencio sobre el asunto.

De todas formas, ¿dónde estaba Bradford? Miró en dirección al pasillo, con la esperanza de verlo aparecer.

—¿Qué crees que deberíamos tocar cuando mi hermano y sus amigos decidan honrarnos con su presencia?

Deberían de llegar pronto porque le correspondía a Bradford pagar su deuda, pero aún tenía

que decidir qué actividad le ayudaría a conseguir sus propósitos.

—¿Por qué no les permitimos que elijan ellos? —dijo Daphne y atrapó otro palito de marfil de la mesa con facilidad—. Después de todo, no tenían por qué acceder a pasar tiempo con nosotras.

—Oh, sí, pero lo hicieron. Al menos, Bradford. No olvides que me debe un castigo por el juego. —Natalie capturó con éxito una pieza.

—De todos modos, el duque y lord Knightly accedieron por cortesía. No pasaría nada si les dejamos elegir el juego de la tarde. —Daphne suspiró, volviendo su atención hacia la ventana—. Estoy segura de que deben estar tremendamente aburridos al estar atrapados dentro de la casa por la tormenta. Sin duda, preferirían estar afuera disfrutando de las cosas que hacen los hombres como cazar, cabalgar o visitar la taberna del pueblo...

—Este juego se ha vuelto tedioso —dijo Natalie, aunque para ser exactos, la conversación con Daphne era lo que la aburría.

Natalie se puso de pie y caminó hacia la ventana del salón para mirar la tormenta. Su prima era tonta por sugerir que les dieran a los hombres la opción de elegir. Incluso si Natalie no tuviera motivos ocultos, y no estaba segura de que realmente los tuviera, sería imprudente dar el control a Bradford.

—Muy bien. Llevamos jugando horas y tengo la espalda rígida de estar sentada. —Daphne se levantó y se acercó a Natalie—. Quizá deberíamos pasear por la sala o por el pasillo mientras esperamos a los caballeros.

—Puedes hacer lo que quieras. Yo prefiero observar la tormenta —dijo haciendo un gesto de despedida con la mano.

Contempló cómo las grandes gotas de lluvia golpeaban en el cristal de la ventana, y los árboles cerca del jardín se inclinaban por el fuerte viento. Desde siempre, había encontrado consuelo en las tormentas, aunque nunca supo por qué. Quizá podía tener relación con su naturaleza salvaje, tan parecida a la suya. Pero a diferencia del viento embravecido y la lluvia desenfrenada, estaba atrapada en la jaula dorada de sus padres. Y todo el tiempo había una tempestad rugiendo dentro de ella, suplicando ser liberada.

—¿Estás bien? —preguntó Daphne, mientras apoyaba una mano en el hombro de Natalie—. Últimamente... no pareces tú misma.

Natalie soltó un suspiro de frustración y miró a su prima. Sintió una punzada de arrepentimiento cuando percibió la preocupación en los ojos marrones de Daphne. Solo deseaba ayudarla y consolarla. Debería tratar de no ser tan dura con ella. Aun así, no tenía ganas de hablar con nadie sobre los anhelos secretos de su corazón, ni sobre la traición de su antigua mejor amiga. Y por supuesto, tampoco sobre su inminente compromiso. Si aquellos eran los únicos temas de conversación durante la celebración de Navidad, sería mejor que se refugiara en su habitación y durmiera hasta Año Nuevo. Probablemente, un nuevo año la ayudaría a enfocar su vida en una dirección y a tener esperanza.

Levantó la mano de Daphne de su hombro.

—Estoy bien, te lo aseguro.

—Por favor, cuenta conmigo para...

—¿Alguna vez habíais espiado a tan hermosas damas? —El duque de Kissinger entró a la habitación con Bradford a su lado.

Daphne hizo una reverencia.

—Buenas tardes, su excelencia. Lord Greenwich.

Natalie hizo lo mismo, con sus ojos fijos en la puerta. ¿Dónde estaba Christian? Su mal

humor se agrió aún más cuando enderezó su postura. ¿Estaba evitándola? Forzó una débil sonrisa a pesar de su malestar.

—¿Esperaremos a lord Knightly?

Bradford avanzó por la habitación y se detuvo frente a la chimenea.

—Me temo que se ha retirado de las actividades de la tarde.

—Demasiadas bebidas fuertes anoche —añadió el duque.

Daphne inhaló con fuerza, sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Puedo imaginarlo —dijo Natalie, con los dientes apretados. Aquel canalla la estaba evitando, pero ¿qué esperaba lograr al hacerlo? Sin embargo, aquello no significaba que le fuera a dejar salirse con la suya—. Te perdono el castigo. Ya no deseo jugar más a este juego.

Bradford sonrió con complicidad.

—De todos modos, me quedaré.

Natalie lo fulminó con la mirada.

—Haz lo que quieras, pero tendrás que disculparme. Tengo cartas que responder. Comenzó a caminar hacia la puerta.

—Natalie, me gustaría hablar contigo... en privado.

Se detuvo y miró al duque y a Daphne antes de volverse hacia Bradford.

—Este no es el mejor momento.

Su excelencia se acercó a Daphne.

—No se preocupe por nosotros, *lady* Natalie —dijo y le ofreció su brazo a *lady* Daphne—. ¿Sería tan amable de acompañarme a dar un paseo por el invernadero?

Los ojos de su prima se abrieron de par de par.

—Yo... pero... No sería apropiado.

Bradford hizo una seña a un sirviente cercano.

—Asiste a *lady* Daphne en su paseo.

—Esto es inaceptable. Ya te he dicho que no quiero hablar. Tengo cosas más importantes que hacer. —Su mirada pasó de Bradford a Daphne—. Y ella claramente no tiene ningún deseo de ir con su excelencia.

Daphne apoyó su mano en la manga de la chaqueta del duque.

—En realidad, un paseo suena agradable siempre que tengamos compañía.

—Y que tenemos, gracias a lord Greenwich. —El duque le hizo un guiño provocativo a Daphne, que hizo que sus mejillas ya rosadas se tiñeran de rojo.

—Siempre estoy feliz de ayudar. —Bradford sonrió—. Disfrutad del paseo.

Natalie dejó escapar un suspiro mientras veía cómo su prima se marchaba con el duque. Una vez que sus pisadas dejaron de oírse por el pasillo, se giró hacia Bradford.

—No pienso hablar contigo de lo que ocurrió en el invernadero.

—Lo harás si de verdad pretendes que nuestra madre no se entere.

—Eres un canalla despreciable. Muy típico de ti —dijo colocando un brazo en su cadera.

Su hermano se echó a reír, molestándola aún más

—Hablemos entonces —Lo miró, sabiendo que la tenía entre la espada y la pared.

—No eres tan divertida como antes, Nat. ¿A dónde ha ido tu rebeldía? —dijo mientras se sentaba en una silla.

—¿A qué estás jugando? —respondió ella, inclinándose ligeramente hacia él, de manera desafiante.

—Ven a sentarte. No quiero discutir. Todo lo contrario, me preocupa tu bienestar.

Como si se hubiera preocupado de su reputación la noche anterior. Apostaría a que fue al

invernadero para proteger a Christian de comprometerse. Esto no era diferente, tenía algún motivo oculto y no tenía nada que ver con su felicidad.

—No tienes por qué preocuparte por mí.

—Deja ese discurso y ven a sentarte. Mi preocupación es real.

Natalie se dejó caer de mala gana en una silla con respaldo alto, situada frente a él.

—Si esta inquietud tuya tiene que ver con Christian, no hay necesidad.

—Eres mi hermana y te quiero a pesar de nuestras rivalidades. No deseo nada más que tu felicidad —dijo y extendió el brazo para coger la mano de su hermana—. ¿Estás contenta con el compromiso que ha concertado nuestro padre, o simplemente te has resignado al destino que han elegido para ti?

Ella apartó la mano.

—¿Qué diferencia hay? Es mi deber para con el ducado, y para con nuestros padres.

—¿Estás intentando causar un escándalo con Knightly para escapar del compromiso? —La miró seriamente.

Natalie bajó la mirada al suelo, siguiendo las vetas de las tablas de madera. ¿Qué tenía de malo intentar experimentar un poco de pasión antes de permitir que la vendieran para el beneficio de la familia?

—Tienes una visión distorsionada de mis ambiciones.

Él permaneció en silencio hasta que ella volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Estás segura? Tengo ojos, como bien sabes, y están en perfectas condiciones. —Se frotó la mandíbula con la mano—. La forma en la que miras a Knightly dice mucho.

¿Estaba esperando más que un beso? Por supuesto, ella quería un futuro con Christian, pero aquello no significaba que estuviera tratando de romper su compromiso. Porque no era lo que intentaba, ¿o sí?

—No te preocupes por la forma en la que miro a los caballeros.

—Como tu hermano, me veo obligado a hacerte entender que Knightly no es una persona adecuada para casarse. Si continúas por este camino, vas a destrozarte la vida. Te aseguro que no va a ayudar a que seas una dama honrada.

—Esa es una buena forma de hablar sobre tu viejo amigo.

Él se inclinó hacia adelante.

—Mi hermana es lo que más me preocupa. Knightly estaría de acuerdo con mis palabras y no se ofendería. No tiene demasiada estima de sí mismo.

Natalie se levantó, y luego dirigió una mirada furiosa a Bradford.

—Tomo nota.

Se dio media vuelta y huyó de la habitación, reacia a seguir discutiendo sobre el asunto. No le importaba lo que su hermano, sus padres o cualquier otra persona, pensara sobre Christian. Ella lo amaba, siempre lo había hecho, y ningún compromiso lo cambiaría. Ni *lady* Pippa, ni lord Maddox, podrían hacerla cambiar de opinión.

~

Christian se pegó a la pared para apartase del camino, en cuanto vio a *lady* Natalie corriendo por el pasillo, agarrando su falda rosada. ¿Qué demonios tramaba? Le venció la curiosidad y volvió a salir al pasillo.

Ella se chocó con él, provocando que ambos estuvieran a punto de caer al suelo. La envolvió entre sus brazos para estabilizarlos. Natalie colocó los brazos alrededor de sus hombros y él la

atrajo por instinto.

—Maldita sea. ¿Por qué corres? —La emoción que había en los ojos de ella le hizo detenerse. Estaba claramente disgustada por algo.

Natalie se soltó de su abrazo, pero se agarró a la manga de su abrigo y lo arrastró por una puerta cercana.

Christian puso las manos en sus hombros, sosteniéndola con los brazos extendidos.

—¿Qué ocurre?

Ella le apartó los brazos y se apretó contra él una vez más. Sus pechos se amoldaron a su torso, se puso de puntillas y presionó sus labios con los de él, en un beso casto.

Sus corazones latían sincronizados mientras la abrazaba, disfrutando de la sensación de su cuerpo. Luchó contra el impulso repentino de profundizar el beso y se alejó.

—Déjate de juegos. Bésame como lo hiciste con Pippa —dijo ella mientras lo miraba intensamente a los ojos.

Nunca había besado a *lady* Pippa, ni siquiera lo había considerado. ¿Por qué no le creía?

—Christian —suplicó en un susurro entrecortado.

El sonido de su nombre en sus dulces labios lo derritió. Acercó sus labios a los de ella, con ansia. Natalie dejó escapar un suave gemido cuando separó sus suculentos labios, permitiéndole libre acceso. Hundió la lengua en su dulce boca y la atrajo hacia él, tan cerca que era imposible saber dónde terminaba él y comenzaba ella.

Ella entrelazó sus dedos en el cabello de su nuca, aceptando con avidez lo que él la ofrecía. Sus labios se fusionaban mientras la acariciaba con ellos, y deslizó su lengua suavemente hacia el interior de su boca. Sus suaves gemidos lo llevaron al límite, amenazando con derribarlo. ¿Cuándo fue la última vez que probó algo tan dulce y que sostuvo algo tan irresistible?

Cubrió de besos la mandíbula de Natalie hasta llegar a su garganta, haciendo una pausa para lamer y mordisquear su oreja, donde percibió su pulso salvaje, que iba al mismo ritmo que el suyo.

—Parece que elegí el lugar y la hora, después de todo —dijo ella.

Su voz entrecortada lo animó hasta que las palabras que pronunció rompieron el trance al que le había inducido. Aquel pequeño diablo lo había vencido una vez más. Se echó hacia atrás y tragó saliva. Su cuerpo vibraba con una necesidad que no podía satisfacer, por lo menos, no con Natalie.

—Bien jugado, mi señora. —Ella se acercó hacia él, pero él se apartó, incapaz de saber lo que podría hacer si rozaba su cuerpo otra vez—. Mi deuda está pagada.

—Quiero que me vuelvas a besar, no porque me lo debas, sino porque quieras tú.

La pasión reflejada en sus ojos lo conmovió como nunca antes. Se inclinó hacia adelante, y sus labios rozaron los de ella. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era la hermana de Greenwich, y estaba a punto de ser anunciado su compromiso. Él no tenía planes de casarse ni con ella, ni con nadie.

Ella continuó acercándose, con la necesidad de que la abrazara, pero Christian usó todo su control para mantenerla alejada de él.

—No habrá más besos entre nosotros.

Dios, la deseaba. Ansiaba tenerla a ella, no solo besos. Era una niña inocente, la hermana de su mejor amigo. No podía permitirse seducirla, ni que ella le sedujera. Se dio vuelta y se marchó apresuradamente, buscando el refugio de su habitación.

Ocho

—Lord Maddox debería de estar aquí ya —dijo el duque de Sheridan, mientras se paseaba por el salón privado de la familia, en la que se encontraban junto al fuego su esposa, Bradford y Natalie. Los marqueses de Bowmont también estaban en la habitación, de pie junto a la ventana.

La tormenta rugía al otro lado del cristal y, sorprendentemente, su padre estaba más preocupado por la ausencia de Maddox, que lo que estaban sus propios padres.

En secreto, Natalie guardaba la esperanza de que el conde nunca apareciera. ¿Cómo podría casarse con él después de lo que Christian y ella habían compartido? Aquel beso selló su alma, se grabó en ella de una manera que nunca olvidaría. De una u otra manera, tenía que conseguir salir de aquel compromiso. No había ninguna posibilidad de que otro hombre pudiera hacer latir su corazón como lo hacía Christian cada vez que estaba cerca.

—Le aseguro, su excelencia, que no es propio de mi hijo eludir sus responsabilidades. —El marqués se alisó la corbata, aquel reflejo nervioso le dijo a Natalie todo lo que necesitaba saber sobre Maddox.

Aunque, probablemente, no iban a verbalizar sus temores, sus padres no estaban seguros de si su prometido acudiría. ¿Sabía el conde que debía comprometerse con ella? Quizá también intentaba evitar esa unión; de ser así, ambos estarían del mismo lado.

La marquesa cerró su abanico.

—Algo ha tenido que suceder para impedirle estar aquí —dijo y se giró hacia la ventana, sus ojos desmentían su fingida preocupación—. Espero que no sea por culpa de la tormenta.

Natalie cerró los ojos y rezó para que no fuera por la tormenta, porque si lo era, acabaría llegando y, entonces, no podría escapar a su destino. «Por favor, que su ausencia sea intencionada», rezó para sus adentros. Si él tampoco deseaba su unión, habría alguna esperanza de evitar el compromiso.

—¿Quizá debamos ir a buscarlo? —Su madre se volvió hacia su padre, sus pendientes brillaron a la luz del fuego y lanzaron destellos que se reflejaron en la pared.

—No parece que la tormenta vaya a amainar. Si salimos ahora, nos pondremos en peligro —dijo Bradford

—Lucas ya debería haber llegado. No podemos dejarlo allí afuera... donde sea que esté. ¿Y si está herido? —La marquesa Bowmont agarró el brazo de su marido—. Alguien debería ir a buscarlo, es aquí donde debe estar.

«Es como un niño rebelde», pensó Natalie que la Marquesa ansiaba añadir.

—No te preocupes, querida. Iré yo. —El marqués le dio una palmadita en la mano—. Seguramente, haya buscado algún refugio cerca. Lo encontraré.

—Las carreteras están intransitables. —Bradford se dirigió a mirar por la ventana—. No merece la pena.

—Disparates. Haré que preparen mi carruaje —dijo el padre de Natalie, y se giró hacia ella —. Tú nos acompañarás, y Bradford se quedará aquí por si llega Maddox.

Natalie apretó los puños. Lo último que quería era salir con el temporal para buscar a un hombre al que no deseaba conocer.

—¿Bradford no sería de más ayuda?

—Trae tu capa y espéranos en el vestíbulo. Lo apropiado es que atiendas a tu... el conde. —Cambió sus palabras antes de llegar a decir que era su prometido, y le dirigió una mirada severa, antes de volverse hacia lord y *lady* Bowmont—. En el vestíbulo en diez minutos. Su padre se dirigió a la puerta con su madre cogida por el brazo, y los marqueses los siguieron—. No te entretengas, Natalie —dijo por encima de su hombro antes de salir del salón.

Ella soltó un suspiro mientras se levantaba para cumplir las órdenes de su padre. Diez minutos más tarde, Natalie salía envuelta en su capa, como su padre le había ordenado que hiciera. La fría lluvia la golpeaba y el viento azotaba su capa alrededor de sus tobillos mientras se acercaba al carruaje que los esperaba.

Tras acomodarse en el asiento del vehículo ducal junto a su madre, Natalie miró por la ventana hacia la casa. Christian estaba junto a Bradford en la ventana del salón. Le dio un vuelco el corazón mientras lo observaba. ¿Volvería a sentir su contacto otra vez? ¿Podría soportarlo si no lo hiciera? Notó cómo su cuerpo se sacudía cuando el cochero puso en movimiento el transporte, pero su mirada se mantuvo firme en Christian. Se le revolvió el estómago al ver que su figura se hacía más pequeña hasta que ya no pudo distinguirla, o quizá se había apartado de la ventana. Prefería pensar que seguía en allí parado mientras ella se marchaba, y que su anhelo por ella iba creciendo a cada metro que los separaba.

La tormenta había convertido los caminos en barro, haciendo que el carruaje se balanceara y se sacudiera, lanzándola de un lado a otro en el espacio estrecho destinado para cuatro. Le hormigueaban las piernas al estar atrapadas entre ambas madres y la pared del coche. Metió la mano debajo de su capa para masajearlas, con la esperanza de que su padre decidiera volver a casa. Se preguntó donde esperaban que el conde se sentara si lo encontraban. A Natalie le daban ganas de sugerir que la dejaran montarse encima del carruaje.

Después de recorrer varios kilómetros y no ver a nadie, se percató de que pronto estarían en la residencia de Pippa.

Dejó escapar un suspiro demasiado fuerte, captando la atención de su madre y consiguiendo una mirada de reprimenda. ¿Podía su vida ir peor? No solo su mejor amiga la había traicionado, ahora tendría que sufrir más. Tenía que enamorarse de un hombre al que no podía tener, estar a la intemperie, hacinada en un carruaje buscando a un hombre al que no quería. Obligada a casarse con un desconocido, y renunciar a cualquier posibilidad de felicidad.

El vehículo disminuyó la velocidad, lo que hizo que su padre preguntara al conductor.

—¿Ha visto algo?

—Un carruaje, su excelencia.

El marqués de Bowmont se levantó antes de que el transporte se detuviera completamente, abrió la puerta y sacó la cabeza.

Natalie contuvo la respiración, a la espera de descubrir si era o no el carruaje del conde.

El marqués se dirigió a su padre.

—Tiene el emblema de Maddox. —Cerró la puerta y volvió a sentarse—. No parece que esté dentro. No están los caballos, y las ruedas están bastante atascadas en el barro y el lodo, causado

por este terrible clima.

Su padre golpeó la ventanilla del cochero para que la abriera.

—Vaya a ver si hay alguien dentro del carruaje.

—Hay una residencia cerca. Quizá haya buscado refugio allí —dijo su madre.

El rostro del cochero apareció en la ventana.

—El vehículo está vacío, su excelencia.

—Llévanos a la residencia de los duques de Midcrest —dijo y se volvió a acomodar en el asiento acolchado de terciopelo

—Posiblemente encontremos a lord Maddox allí. Es la única propiedad a la que se puede llegar a pie —dijo su madre, sonriendo a los padres de Maddox.

Natalie echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Lo que daría por hundirse en su asiento y desaparecer en ese mismo instante. ¿Por qué aquella fulana traicionera tenía que seguir burlándose de ella? Natalie deseaba olvidar que había conocido a Pippa, olvidar que alguna vez fueron amigas. Pippa seguía inmiscuyéndose en su vida. Al principio, eran las cartas frecuentes que hacía que le entregaran en mano, las cuales, Natalie siempre devolvía sin abrir. Sin embargo, envió aún más. Ahora tenía que competir con ella por el corazón de Christian y rescatar a lord Maddox de sus garras. No es que le preocupara el conde, no le importaba en absoluto. De todos modos, en aquel momento estaba siendo forzada a honrar a Pippa con su presencia. Seguramente, la mujer se sentiría satisfecha al ver a Natalie suplicando que le devolviera a su pretendiente.

Un profundo dolor la invadió cuando el carruaje comenzó a dar tumbos al entrar por el camino que llevaba a Midcrest. No pudo evitar pensar que estaba a punto de sentir una gran infelicidad. Su madre estaba en lo cierto al decir que lord Maddox tenía que estar allí, porque no había ningún otro sitio cerca en el que refugiarse. O estaba con Pippa, o estaba en algún otro lugar sin cobijo con el día de perros que hacía. No importaba lo enojada y herida que estuviera, no deseaba ningún mal a nadie. De todas formas, aquello solo podía significar una cosa: había tenido la intención de llegar a la fiesta, de comprometerse con ella.

—Hemos llegado —anunció su padre, como si hubieran ido a un gran baile.

Mientras Natalie luchaba contra las crecientes náuseas, el cochero abrió la puerta y bajó los escalones para que pudieran salir del vehículo. Siguió a sus padres a la entrada de la casa de Pippa, y luego se unieron a ellos lord y *lady* Bowmont.

Unos instantes después, el coche de los duques de Midcrest paró detrás de ellos. Los padres de Pippa se bajaron y se unieron al grupo.

El duque de Sheridan se volvió hacia el porche con la intención de seguir andando, pero luego se detuvo. Natalie se quedó fija en el sitio como los demás, al ver salir a un hombre de la casa que los miraba. ¿Podría ser lord Maddox, futuro marqués de Bowmont? Tragó saliva, nerviosa al ver a Pippa de pie en la puerta, con una expresión extraña en el rostro. ¿Qué era...? ¿Tristeza...? ¿Arrepentimiento...? ¿Anhelo...? Natalie volvió a observar al hombre. Él, también, mostraba una mezcla de emociones. Aquella escena hizo que el temor se apoderara de su estómago.

—Buen día, padre —saludó Lucas, haciendo un gesto en dirección al marqués—. A ti también, madre. —Hizo una reverencia a la marquesa Bowmont, que lo miró de forma despectiva.

El corazón de Natalie sufrió por el conde al presenciar la reunión. Siempre había pensado que sus propios padres eran fríos, pero nunca la miraron a ella ni a Bradford con tanto desdén. Se mordió el labio inferior, incapaz de apartar los ojos de la escena.

—Maddox. Estábamos preocupados por si estabas herido.

El tono brusco del marqués irrumpió en los oídos de Natalie, y la hizo encogerse. Apostaría que lo único que le preocupaba a lord Bowmont era lo que podía perder si ella y su hijo no se casaban.

—Siento haberos preocupado, padre —replicó lord Maddox, con un tono uniforme y distante —. Mi carruaje quedó varado en la carretera principal y busqué cobijo con *lady* Pippa hasta que la tormenta amainase y pudiese proseguir con el viaje.

Natalie apretó los dientes molesta al escuchar el nombre de Pippa. Una parte de ella deseaba desesperadamente dirigir su atención a la traidora, pero aquel no era el momento.

—Tenías que llegar a la fiesta el día antes de que empezara la tormenta.

—Sí, bueno, tenía asuntos urgentes que atender, e hizo que retrasara un día mi salida de Londres. —El conde intentó explicarse.

—Lucas —lo llamó Pippa. Él giró la cabeza para mirarla. *Lady* Pippa salió por la puerta y se colocó a su lado, con una sonrisa contagiosa—. Madre, padre, habéis llegado. ¡Estaba muy preocupada!

Bajó corriendo los escalones de la entrada y se detuvo frente a sus padres.

Pippa había utilizado nombre de pila del conde. Natalie la observó, luchando contra su creciente ira mientras abrazaba a sus padres e intercambiaba saludos con las demás personas. ¿Es que Pippa no sentía ningún remordimiento por lo que le había hecho y por lo que parecía que le estaba haciendo a Natalie? Apartar a Christian de ella no había sido suficiente, ¿estaba Pippa intentando quitarle también a su prometido? La indignación abrasaba sus entrañas. No deseaba a Maddox, pero no iba a permitir que se quedara con Pippa.

No podía seguir callada al ver que la traicionaba otra vez.

—*Lady* Pippa se encuentra en otra situación comprometedora, sola con un caballero por... ¿dos días enteros? —susurró Natalie lo suficientemente alto para que todos la escucharan—. Incluso después de huir de Londres, los escándalos la persiguen.

—Estoy más preocupado por el hombre —dijo su padre—. De continuar así, supongo que es malo para mi apellido, para mi hija y para mi negocio.

Natalie miró a Pippa a pesar de las mordaces palabras de su padre. No debería sorprenderla ni herirla que lo oyera hablar de negocios, aunque también la había mencionado a ella, pero en el fondo sabía que su preocupación estaba solo en él y en su apellido.

—Esto complica mucho las cosas —confirmó la marquesa de Bowmont, y se giró hacia su esposo—. Delward, ¿qué va a suceder ahora?

El marqués dejó caer su monóculo y negó con la cabeza.

—Todavía siguen comprometidos. La documentación está redactada y firmada por todos. Las amonestaciones deben leerse dentro de unas semanas. —Su mirada pasó del conde al padre de Natalie, y luego otra vez a la marquesa—. Supongo que la dote acordada podría ajustarse para compensar la falta de decoro de nuestro hijo.

—¿Prometido? —preguntó Pippa. Al instante, su rostro empalideció, mientras miraba a Lucas, al marqués y a Natalie—. ¿Es eso cierto?

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Natalie, al ver la reacción de Pippa. La traidora se merecía todas las humillaciones posibles, y mucho más. Se mordió el labio, evitando decir lo que acababa de pensar.

El conde de Maddox negó con la cabeza.

—Pippa, yo...

—No me debes ninguna explicación —dijo ella atragantándose, con un tono repleto de dolor

—. Solo estoy triste de que no fueras sincero conmigo.

—Si pudiera volver atrás... —El conde no pudo finalizar la frase.

Por mucho que Natalie quisiera que Pippa sufriera, a una parte de ella le dolía ver el desconsuelo que estaba sintiendo, algo que conocía muy bien, al haberlo experimentado con Christian.

—No hay necesidad de todo eso —dijo Pippa sacudiendo la mano en el aire, para indicar que permaneciera en silencio.

Natalie no pudo evitar mirar a lord Maddox y no era la única incapaz de apartar la mirada, todos tenían los ojos puestos en él. Pippa con lágrimas en los ojos, sus padres con preocupación por el bienestar de su hija, y el resto conteniendo la respiración, sin duda, esperando a que él negara que se había aprovechado de *lady* Pippa. Por otro lado, Natalie rezó para que confirmara la acusación. Se aferró a aquella pizca de esperanza, su corazón latiendo con fuerza ante la expectativa. Si así fuera, ella sería libre. Con toda seguridad, sus padres cancelarían el acuerdo con la familia Maddox. Ligar su familia a un hombre cuyo nombre sería sinónimo de escándalo antes de que el Parlamento se reanudase después del Año Nuevo, sería desastroso.

Lord Maddox se agarró con una mano la parte inferior de su chaqueta.

—*Lady Pippa*...

—Entremos. Les deseo a todos que pasen una feliz celebración de Navidad. —Pippa levantó la mirada, manteniendo la cabeza en alto, y tomó a su madre del brazo. La puerta se cerró tras ella con un ruido sordo.

Natalie soltó una bocanada de aire. Qué típico de Pippa, mantener la cabeza alta cuando estaba envuelta en un escándalo. ¿Cómo se las había arreglado para mantener a todos engañados? Natalie debería dejar que todos los presentes supieran que a ella nunca la consiguió engañar con su actuación de inocente.

—Ven, muchacho. —El marqués de Bowmont hizo una seña a lord Maddox para que se acercara—. Tenemos mucho de qué hablar y muchas asuntos que resolver antes de que podamos disfrutar del anuncio de tu compromiso.

Natalie sintió presión en el pecho, y su boca se secó. ¿De verdad iba a casarse con el hombre al que Pippa amaba, y que además era un amor correspondido? Se apretó la capa alrededor de su cuerpo, buscando consuelo. La lana cálida irradiaba calor pero no hacía nada para aliviar el dolor en su corazón. No podía disfrutar del declive de Pippa, ya que ella misma no podía escapar de su propio destino.

Nueve

Natalie se apoyó contra la pared fuera del despacho de su padre, su atención centrada en la conversación que se producía dentro. Su corazón se llenó de alegría cuando escuchó a lord Bowmont y a su padre discutiendo acerca de romper el compromiso. Quizá sí podía escapar de su inminente destino después de todo. El rostro de Pippa plagado de dolor y traición se le vino a la mente. No cabía duda de lo que había sentido, Natalie conocía muy bien la sensación. A Pippa no le gustaba Christian, porque si lo hiciera, no se habría enamorado de lord Maddox. Pero, ¿por qué había traicionado a Natalie?

Christian había negado que sucediera algo entre ellos. ¿Y si decía la verdad? Rememoró su conversación con él:

«—Sabes bien lo que pasó. Natalie puso los brazos en jarra. Su sangre caldeada con la frustración que sentía.

—De hecho, lo sé, y no hubo ningún beso».

¿Se había precipitado al creer que Pippa la había traicionado? ¿La engañaron sus ojos? Aquella noche había demasiada oscuridad en el balcón, y ella se había mantenido a una buena distancia de ellos. No era descartable que hubiera sucedido algo completamente diferente a lo que se pensaba. Quizá Pippa se había puesto enferma de verdad, y Christian fuera tras ella para ofrecerle ayuda. ¿Y si se sentía mareada, saliera a la terraza para tomar aire fresco, y luego se desmayara en sus brazos?

Más importante aún, ¿por qué ella no había intentado la misma táctica para conseguir envolverse en los brazos de Christian? A Pippa nunca se le había dado tan bien como a ella relacionarse con la gente. Debería haber dejado que Christian se explicase.

Natalie tenía un nudo en el estómago. En el fondo de su corazón, no creía que Pippa la hubiera traicionado. Había estado cegada por los celos. Reaccionó sin pensar más allá de lo que creía que había visto.

Tenía que hacer las paces con Pippa, se merecía ser feliz. Y mucho mejor si encontraba esa felicidad con lord Maddox, liberando a Natalie de un compromiso no deseado. Una vez fue su querida amiga, y deseaba lo mejor para ella.

Con la misma rapidez con la que sus esperanzas se dispararon, se estrellaron cuando lord Maddox declaró su deseo de casarse con Natalie. Se esforzó por captar más de la conversación a través de la puerta cerrada: ¿cómo podía haberse equivocado tanto acerca de lo que había visto entre Maddox y Pippa? Sus emociones se revolvieron mientras se discutía sobre su futuro. Debería irrumpir en la oficina de su padre y declarar lo que deseaba, aunque a nadie le importara lo que ella quería. Ni una sola vez le preguntaron si estaba de acuerdo con el compromiso. Había dado a conocer sus sentimientos a sus padres cuando le informaron sobre su boda, pero no

porque preguntaran y, además, habían rechazado sus deseos de inmediato.

—¿A dónde va? Bowmont, ¡arregle esto! —La voz de indignación de su padre hizo eco a través de la puerta.

Maldita sea, se había perdido todo lo que provocó su enfado. ¿Quién se iba? ¿Lord Maddox? Tenía que ser, por lo que había gritado su padre. ¿Había roto el compromiso? Retrocedió por el pasillo cuando la puerta del despacho se abrió de golpe, y apareció lord Maddox, que hizo una pausa y miró hacia el pasillo.

Natalie tendría que esforzarse para permanecer fuera de su vista. Era horrible que su padre decidiera sobre su futuro, sobre todo porque era su felicidad la que estaba en juego. Se merecía saber lo que había pasado, y tener voz y voto sobre lo que sucediera. Observó a lord Maddox otro instante. Claramente quería marcharse. A juzgar por los gritos que todavía salían del despacho de su padre, el compromiso se había roto. Soltó un suspiro de alivio junto con la ira acumulada que había sentido hacia Pippa.

—Lord Maddox. —Natalie se detuvo a unos pasos de él y señaló el largo pasillo—. La puerta de entrada está por allí.

No pudo evitar percibir la determinación grabada en su rostro junto con una pizca de remordimiento. Él la miró como si también estuviera leyendo sus emociones.

—Lamento que nuestra reunión no fuera según lo planeado, mi señora.

No necesitaba su compasión, ni escuchar sus disculpas.

—Su corazón pertenece a otra, no puedo culparle por eso. —Dejó caer el brazo y levantó su barbilla de forma desafiante—. Nadie ha preguntado a quién pertenece el mío.

—No puedo casarme con una desconocida —respondió él, dando un paso hacia ella—. Habrá otro, un hombre mucho más adecuado para usted.

Natalie soltó una risa falsa. No se iría de su casa pensando que la había hecho daño.

—No se halague tanto pensando que podría haberle amado o sentir algún afecto hacia usted.

No podía estar más contenta con el resultado. Lo único que lamentaba era saber que sus padres nunca permitirían la unión entre Christian y ella. Ni siquiera si declaraba su amor por ella, algo que no había hecho y nunca haría.

Los ojos de lord Maddox se abrieron al escuchar sus palabras, un destello de incredulidad cruzó su rostro antes de que pudiera disimularlo.

—Una vez más, mis más sinceras disculpas por este caos que han creado nuestros padres. También lamento que haya tenido que escuchar todo lo que ha ocurrido en el estudio de su padre.

Hizo caso omiso a su disculpa.

—Esto es lo mejor para todos. Está enamorado de otra persona, y yo también. Espero que a Pippa y a usted les vayan mejor las cosas. Es una mujer encantadora y merece ser muy feliz —dijo, y la sinceridad en sus palabras la sorprendió, pero sabía que eran ciertas. Había llegado el momento olvidar su rencor hacia Pippa. Cerrar la herida abierta y permitirse sanar.

—En eso estamos de acuerdo, mi señora.

El silencio entre ellos se alargó mientras se miraban el uno al otro. Natalie no podía comprender por qué sentía tanta necesidad de disculparse. Para enmendar algo que ninguno de ellos podía controlar.

—Llámeme si alguna vez necesita algo, mi señora. Que acepte amablemente que nos separemos es muy noble por su parte.

—Me temo que no puede ayudarme. —La tristeza la invadió de nuevo—. Debería irse si quiere llegar a Helton House antes de que la tormenta empeore. Trate a mi amiga con amor y amabilidad, algo que no pude darle yo cuando más lo necesitaba.

Lucas cruzó su brazo sobre su pecho haciendo la promesa.

—La cuidaré con cariño y la amaré todos los días. Sé que estará feliz de verla, cuando se sienta usted preparada.

Natalie no estaba segura de cuándo o cómo haría las paces con Pippa y no deseaba pensar en ello en aquel momento.

—Tal vez algún día tenga las palabras para compensar a Pippa por lo que hice, pero por ahora, usted es lo mejor para ella.

—¿Cómo puede saber eso?

Reflexionó sobre la pregunta de lord Maddox un segundo, antes de contestar.

—Estaba muy dolida cuando se enteró de nuestro compromiso. No había visto una mirada con tanto rencor desde que yo la herí. Ahora debe irse antes de que sea demasiado tarde.

Natalie se preguntó si ella tenía aquella mirada cuando vio a Pippa en brazos de Christian.

Lucas le hizo una rápida reverencia.

—Hasta pronto, *lady* Natalie. Tenga fe en que el hombre correcto la encontrará.

—¿Y si ya lo ha hecho y se ha marchado? —dijo y parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

—Entonces debe creer en que cambiará de parecer y volverá con usted.

La pequeña chispa de esperanza a la que se aferraba se encendió al oír sus palabras. Tal vez había algo de esperanza para ella y para Christian después de todo.

Diez

Christian volvió a mirar la concurrida sala de baile por millonésima vez. ¿Dónde estaban los duques de Sheridan? ¿Y Greenwich y Natalie? ¿Qué diablos estaba pasando? No los había visto desde hacía horas. *Lady* Daphne, junto con *lady* Gertrude, estaban haciendo de anfitrionas. Ninguna explicó por qué la familia no había llegado aún a su propia fiesta.

A simple vista, todo parecía ir como debería. Las damas y los caballeros vestidos con sedas y encaje llenaban la habitación. Cientos de velas parpadeaban y el cuarteto de cuerda tocaba música elegante, mientras los miembros más elitistas de la sociedad inglesa charlaban y bailaban. Lo único malo era la ausencia de la familia anfitriona.

—Bebe algo. Un poco de whisky te calmará —dijo Kissinger agarrando una copa de líquido dorado.

—No necesito calmarme. —Christian alisó su corbata y miró hacia la entrada de la sala. El cuarteto comenzó a tocar otra pieza, esta vez un baile escocés. Lástima que no pudiera ser el baile de Kissinger y *lady* Daphne.

—No puedo evitar que te engañes a ti mismo, pero tampoco puedes engañarme. Has estado nervioso desde que *lady* Natalie te ganó en el juego, y ahora solo has empeorado.

La astuta observación de Kissinger sobre su comportamiento, lo irritó. Aquel era el problema con los amigos cercanos; uno no podía ocultarles demasiado. En lugar de admitir algo, Christian levantó su copa y dio un largo trago. Quizá el alcohol consiguiera serenar su mente.

—¿Dónde crees que anda Greenwich? —preguntó Christian, antes de vaciar el whisky restante de un trago.

La calidez del licor se extendió por su cuerpo. Le proporcionaba un efecto calmante, pero nada podía relajarlo por completo. Natalie lo alteraba de una manera que ninguna mujer lo había hecho. Estaba preocupado por su felicidad e intranquilo por lo que pudiera pensar de él. Desde que era mayor de edad, había pasado el tiempo como un libertino orgulloso, un granuja. ¿Por qué debería importarle ahora que aquella niña malcriada se creyera que lo había visto con otra?

Trató de recordar aquella noche, sabía que no había organizado un encuentro con *lady* Pippa, pero, ¿había habido otra mujer? Parecía que cada baile anterior, y los bailes siguientes a la presentación en sociedad de Natalie, formaban en su cabeza un recuerdo confuso. Con toda certeza, no estuvo con otra mujer aquella noche. Una imagen apareció en su mente: Natalie con un vestido blanco y largo, adornado con encaje y perlas. Su largo cabello rizado, medio recogido. Recordó verla bailar como un ángel, no había sido capaz de mirar hacia otro lado.

¿Cómo lograba recordarla con tanta claridad, mientras que del resto de la noche no recordaba apenas nada?

—La última noticia que tengo, es que el duque le ordenó esperar a que llegara lord Maddox.

—Kissinger despreocupadamente sacó un frasco de whisky de su abrigo y volvió a llenar sus dos vasos, y sacudiendo la botella entre ellos, dijo—: Parece que ha llegado el momento de retirarse a la sala de juegos.

Christian ignoró su último comentario, sin preocuparse lo más mínimo de dónde tomaría su próxima bebida. Buscó en su memoria el nombre de Maddox, pero nada se le vino a la cabeza. ¿Podría ser el pretendiente de Natalie?

—¿Quién es Lord Maddox?

—El pretendiente de Natalie, conde de Maddox, para ser exactos. El futuro heredero del marquesado de Bowmont.

Los pulmones de Christian se quedaron sin aire, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Conoces a este conde? Yo no recuerdo haberlo conocido.

¿Qué le pasaba? ¿Desde cuándo le preocupaba más una mujer, una dama en edad de casarse, que su próxima bebida?

—He escuchado su nombre de vez en cuando en Londres. ¿Por qué te interesa? —Kissinger hizo una pausa, estudiándolo un momento antes de continuar—. He oído que es un hombre comedido, no se enfada con facilidad, pero es rápido a las cartas, tiene la suerte de su lado.

Christian hizo girar el brandy en su copa.

—Mera curiosidad. Olvida que lo he preguntado —respondió.

Su preocupación provenía de no saber lo que estaba pasando, pero tampoco quería saber nada de aquel hombre. Todo volvería a la normalidad una vez que Bradford y su familia se unieran a la fiesta. Tomó otro sorbo de whisky, sin creer su propia mentira, pero sin estar dispuesto a aceptar la alternativa.

Kissinger le dio una palmada en el hombro.

—Ah, ahí está Greenwich. Vamos a reunirnos con él y luego a buscar más whisky.

Christian levantó su mirada, buscando. Greenwich cruzó el salón de baile, pero *lady* Natalie no estaba con él, ni tampoco los duques de Sheridan. Soltó un suspiro contenido, y luego se apresuró a acercarse a Greenwich.

El aire cargado de la habitación lo agobiaba y lo hacía sudar. Se abrió paso a través de la multitud, esquivando a los invitados y las macetas de helechos por igual, con la única meta de llegar al lado de su amigo.

—Greenwich —gritó—, ¿dónde están tus padres y *lady* Natalie? ¿Por qué se retrasan?

—Mi padre insistió en ir en busca de lord Maddox. Lo encontraron en casa de *lady* Pippa y, posteriormente, ha roto el compromiso.

«¿Ha roto el compromiso?», pensó. *Lady* Natalie era libre de aquella obligación. ¿Había escuchado bien?

—¿No se va a casar?

—Parece que no, como el conde ha...

Kissinger se acercó y dio una palmada a Greenwich en la espalda.

—Íbamos de camino a la sala de juegos. Ven con nosotros.

—Corrección: Kissinger estaba en camino. Yo me quedaré aquí por ahora —dijo Christian.

Al final, Natalie acabaría por aparecer y él estaba decidido a estar cerca cuando lo hiciera. Podía necesitar un amigo que le prestase su fuerza, un héroe para rescatarla del escrutinio de la alta sociedad. Los chismosos habían estado especulando sobre la gran noticia durante días, y aunque dudaba que alguien fuera de Somerset conociera los detalles, todos esperaban una confirmación aquella noche.

Kissinger alzó las cejas hacia Christian.

—Las cosas suelen salir mal cuando decides quedarte en el salón de baile. ¿Qué me estás ocultando?

Greenwich intercambió una mirada burlona con Christian.

—Me temo que tampoco puedo irme en este momento.

—Por Dios, explicaos —exigió Kissinger, antes de terminar el whisky que quedaba en su copa.

—Mi padre me ha ordenado que permanezca aquí hasta que él llegue. Estaría muy agradecido si alguno de vosotros me trajera algo de ese whisky —dijo Greenwich, e inclinó su cabeza hacia Kissinger.

—Mi título es más alto que el vuestro. Uno de vosotros debería hacer el recado. —Le dio a Christian un empujón juguetón—. No sé de qué va esto, pero seguramente será entretenido. Yo también me quedo.

Greenwich hizo una seña a un sirviente y le ordenó que trajera una licorera de whisky.

—¿Al salón de baile, mi señor? —preguntó el sirviente, con los ojos muy abiertos. Al ver que Greenwich asentía, el hombre se apresuró a recoger lo que había pedido.

—Es una pena que la sociedad no pida bebidas fuertes en los bailes. Serían mucho más entretenidos si nos animaran a beber más —respondió Kissinger riéndose entre dientes.

—Probablemente —admitió Christian, con ganas de emborracharse para poder borrar de su mente los ojos llenos de pasión de Natalie. Pero aquello no iba a suceder. Tenía asuntos pendientes con ella, se recordó a sí mismo. Se mantendría sobrio en caso de que la oportunidad llegara. Cambiaría la situación: la salvaría, no de su compromiso, sino del escándalo de uno roto; de la misma forma en que lo había salvado ella hacía años.

Once

Natalie había estado vagando por la casa, escudriñando en todos los lugares en los que creía que podía estar Christian: la sala de fumadores, la sala de juegos, la sala de invitados... solo para encontrarlo en el lugar menos probable, el salón de baile. Se quedó quieta, sin saber muy bien cómo actuar. En su imaginación se lo encontraba solo, o le llamaba la atención y le hacía un gesto para que se acercara. Sus acompañantes estarían demasiado absortos jugando, bebiendo o ambas cosas, para percatarse de su presencia.

No podía simplemente saludarlo en aquel momento, no en medio de un salón lleno de gente, ni podía acercarse y solicitar que se reuniera con ella en privado. El duque de Kissinger la escucharía y, posiblemente, otras personas que estuvieran cerca. Se mordisqueó el labio inferior, meditando. Por Christian, merecía la pena todos los riesgos que tenía que asumir, sin embargo, no había necesidad de causar un escándalo actuando precipitadamente. Christian no era un hombre al que se le pudiera obligar a hacer algo, especialmente a un situación comprometedora que podría terminar atándolo de por vida.

Natalie miró de Christian a Bradford, y se le ocurrió una idea. Necesitar la ayuda de Bradford distaba mucho de ser lo ideal, sin embargo, seguía siendo su mejor opción. Por lo que sabía, Christian se lo había revelado todo a él. Con una sonrisa en los labios, se movió con elegancia hacia el lugar donde se encontraba su hermano con sus amigos, siempre manteniendo la cabeza bien alta como su madre la había enseñado.

Su pulso se aceleraba a cada paso, y sin alterar la expresión de su rostro, se detuvo frente a los caballeros.

—Buenas noches. —Los saludó con una reverencia.

—Qué amable por su parte acompañarnos, *lady* Natalie —dijo el duque de Kissinger, con una sonrisa disoluta en sus labios—. Quizá pueda darme una pista de lo que se traen entre manos Greenwich y Knightly.

Christian dio un codazo al duque.

—Cuida tus modales, Kissinger. Estás dirigiéndote a una dama.

Natalie se echó a reír, fingiendo ignorancia sobre la pregunta que le hizo el duque. Se giró sonriendo hacia Bradford.

—¿Puedo robar unos minutos de tu tiempo?

Un sirviente se acercó con una licorera y se la ofreció a Bradford. Natalie hizo una pausa para examinar el líquido dorado del interior, mientras el duque agarraba la jarra con brusquedad. Whisky. ¿Estaban tomando ese tipo de bebida en el baile de sus padres? Miró a Bradford sorprendida, sacudiendo levemente su cabeza.

Él se rio entre dientes, aceptando una copa recién servida por el duque.

—No nos juzgues, querida hermana.

—¿Le sirvo a usted también? —preguntó Kissinger, mientras se iba formando lentamente una sonrisa en sus labios.

Qué oferta tan tentadora. Nunca se había permitido tomar nada más fuerte que el vino. A su madre le parecería inapropiado que ella bebiera licor. Quizá...

—Se lo agradezco, su excelencia, me gustaría algo de whisky.

—¡Ni se te ocurra! —Christian se interpuso entre ella y el duque.

Natalie esquivó a Christian y sonrió.

—Creo que puedo tomar mis propias decisiones.

—Una mujer que piensa por sí misma, qué estimulante —dijo el duque de Kissinger, al ofrecerle la copa.

—*Lady* Natalie no beberá whisky a pesar de lo que opine. —Christian miró furioso a su amigo.

Bradford la agarró del brazo, cuando ya lo había levantado para coger la copa.

—Disculpadnos, caballeros.

¿Cómo se atrevía Christian a decidir por ella? ¿Por qué estaba enfadado? Se esforzó por escuchar la conversación, mientras Bradford la alejaba de ellos.

—Eres un verdadero imbécil. —Escuchó decir a Christian detrás de ella, antes de los dos hombre estallaran en carcajadas.

—Aprendí de ti —acusó el duque—. ¿A qué se debe tu súbito interés por *lady* Natalie?

Sus voces se desvanecieron, volviéndose inaudibles al alejarse aún más de ellos. Lo normal sería que Natalie encontrara aquel comportamiento ofensivo. Sin duda, al interactuar con ella de aquella manera, el duque había cruzado los límites del decoro. Su hermano y Christian también tenían mala reputación a pesar de sus modales correctos. De alguna manera, aquel comportamiento grosero tenía el efecto contrario en ella, la excitaba.

Miró por encima de su hombro, con la esperanza de ver a los hombres, mientras Bradford la arrastraba fuera del salón de baile.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Bradford, acelerando sus pasos—. Nuestro padre se enfadará mucho si descubre que no estamos en el baile.

—¿Tienes miedo? —Natalie le lanzó una sonrisa divertida.

—Por supuesto que no. Soy bastante valiente como sabes.

Se detuvieron en un salón privado.

—Detesto tener que pedirte este favor —dijo ella y se sonrojó—. De todos modos, necesito tu ayuda. Entrelazó sus dedos cubiertos por los guantes, como suplicándole en silencio que aceptara y, por si acaso, batió sus pestañas.

—¿Ayuda con qué? —preguntó su hermano, con un tono más suave de lo habitual, casi tranquilizador.

Natalie cambió de posición sus pies y lo miró a los ojos.

—Tráeme a Christian.

—¿Ahora es Christian? ¿Qué pasó exactamente en ese invernadero? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, Bradford. Cuando éramos niños solíamos usar nuestros nombres de pila. No ha sucedido nada malo. Al menos, no en el invernadero. —Se consoló pensando que no estaba mintiendo. Se le llenó el estómago de mariposas al recordar lo que aconteció entre ellos en su último encuentro—. Simplemente tuve un desliz.

—Hum. —Inclinó su cabeza ligeramente, observándola—. Puede que necesite tener una

conversación en privado con Knightly.

Natalie se acercó a él.

—Por favor, dime la verdad. Ambos sabemos que estás intentando molestarme. ¿Me ayudarás o tengo que ir a buscar a lord Knightly yo sola?

No quería pedírselo de aquella forma tan brusca, sin embargo, lo haría si fuera necesario. Solo le concernía a ella revelar lo que su corazón deseaba; posiblemente también a Christian. Había sentido una conexión entre ellos, una chispa de algo más profundo cuando se besaron.

Lo cierto era que Natalie se sentía atraída por Christian desde hacía algunos años, cuando él todavía asistía a la universidad y ella llevaba trenzas.

Puede que él no fuera el tipo de hombre que deseaba un matrimonio, o puede que su comportamiento pícaro fuera el resultado de no haber encontrado aún a una dama adecuada para él. Una que valorara y admiraba su espíritu, en lugar de la típica mujer que deseaba engatusarlo solamente con el fin de llamarlo esposo, obteniendo así su título, y el prestigio que conllevaría ser la marquesa de Knightly.

Si lo que Natalie buscara, fuera ser marquesa, podría haberse casado con Maddox con la misma facilidad. Teniendo en cuenta la avanzada edad de su padre, no le quedaría más de una década antes de pasar a mejor vida, y Maddox heredaría su título.

Natalie solo quería que su amor por Christian fuera correspondido. Su título no le interesaba, ni tampoco lo que podía ofrecer a su familia. A ella lo que realmente le importaba era aquel hombre, su encanto, sentir sus caricias. Tenía que declararle sus sentimientos, de lo contrario, viviría con la incógnita y lo lamentaría el resto de su vida. Si él tenía que rechazarla, que así fuera. Al menos, sabría que hizo todo lo que pudo. Como lord Maddox había dicho, no estaba destinada a estar con Christian, si él no volvía a ella. Se le hizo un nudo en la garganta y suplicó silenciosamente a Bradford, que se dio la vuelta y se frotó la nuca.

—Bradford —insistió ella—. Aunque no vuelvas a hacer nada por mí, al menos, haz esto.

Su hermano se volvió hacia ella y soltó un fuerte suspiro.

—No hagas que me arrepienta de ayudarte. Si haces algo que te deshonre, no...

Natalie mostró una sonrisa genuina.

—Gracias. Ahora date prisa, antes de que pierda los nervios. —Le hizo un gesto con la mano para que saliera de la habitación.

El sudor brillante humedeció su frente. Se lo secó con su pañuelo y comenzó a abanicarse. Christian entraría por la puerta en cualquier momento. ¿Qué haría si la rechazaba? ¿Y si la aceptaba? No contaba con el reconocimiento de sus padres, nunca consentirían que se unieran.

La puerta se abrió un poco y Christian se entró en la habitación.

—Me alegra que hayas venido. Hay algo que debo decirte. —Miró la lujosa alfombra sobre la que estaba y luego le volvió a mirar a él.

—Natalie, quiero que sepas que nunca besé a *lady* Pippa. Ella...

—No necesitas continuar. Te creo y ya no me importa el pasado. —Natalie se acercó a él—. Acepta mis más sinceras disculpas.

—Si esto no es por Pippa, ¿entonces por qué? —dijo él, manteniendo la mirada fija en ella.

—Lord Maddox ha roto el compromiso —respondió ella, tratando de leer sus ojos azules, pero no encontró nada oculto en sus profundidades. ¿En qué estaba pensando? Se acercó aún más a él.

—Greenwich me informó de los acontecimientos del día. —Christian no se alejó, pero tampoco avanzó hacia ella.

Ella se detuvo a un paso de él, con su corazón latiendo con fuerza, rogándole que la tomara

en sus brazos y la abrazara, que con un beso disipara todas sus dudas e incertidumbres.

—Tu beso despertó algo en mi interior —dijo Natalie, y se acarició el labio inferior con la lengua—. Llevo años enamorada de ti.

Continuó mirándola, su rostro carente de cualquier indicación de que él sintiera lo mismo. Los dedos de su mano izquierda se movieron ligeramente. ¿Estaba intentando alcanzarla? Tenía que saber lo que pensaba.

—Si no te gusto, dímelo. Me marcharé y me aferraré el resto de mi vida al recuerdo de nuestro beso.

—Maldita sea, Natalie. —La atrajo hacia él, y su boca buscó la de ella.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó fuerte contra ella, respondiendo con tanta pasión como podía, mientras disfrutaba de la sensación de las manos de Christian en su espalda. Una profunda necesidad se retorció en su vientre y separó sus labios, incitando a que él la besara con más intensidad.

De pronto, el padre de Natalie irrumpió en la habitación.

—Suelta a mi hija, maldito sinvergüenza. —Su voz resonó en la sala.

Christian la soltó e intentó dar un paso atrás, pero ella lo agarró con firmeza. No lo pensaba abandonar después de aquello. Pasara lo que pasase, lucharía por él hasta que todos aceptaran que era su destino estar juntos. No había vuelta atrás, ni se podía negar que había una conexión entre ellos. Estaba dispuesta a abandonar todo por él. Él era el dueño de su corazón y de su alma.

Su padre se acercó hacia ellos con pasos violentos, Christian se mantuvo con los brazos a los lados y Natalie con las manos entrelazadas en su abrigo.

—Suéltalo, Natalie. ¡Ahora mismo!

—¡No! —respondió ella, levantando su barbilla de manera desafiante.

Su padre la agarró y tiró de ella hasta que se soltó, luego la empujó hacia Bradford, que entraba en la habitación en aquel momento.

—Sujétala.

Natalie se esforzó por recuperar el equilibrio y regresar con Christian, pero Bradford la detuvo.

—Suéltame —exigió ella.

—No te resistas. —La voz de Christian consiguió llegar hasta ella a pesar de su ira, y Natalie lo miró—. Solo empeorarás la situación.

Su padre agarró a Christian por su corbata y tiró de él.

—Vete de mi casa de inmediato y no regreses nunca.

—No. No puedes hacer esto, padre. —Natalie se retorció en otro intento vano de liberarse, pero Bradford le susurró al oído:

—No puedes evitar que se vaya. Te advertí que no era un buen partido para ti. Siento que tengas que sufrir de esta manera.

Intentó agarrar a Christian cuando pasó a su lado con paso firme y seguro. Ni siquiera la miró. ¿Estaba Bradford en lo cierto? ¿Debería dejar ir a Christian? Las lágrimas se le acumularon en la comisura de los ojos. No podía aceptar aquel destino, no sin luchar. Pero parecía que él ya se había rendido, tal vez ni siquiera había ido en serio con ella.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —La madre de Natalie se paró junto a su esposo, con el abanico en una mano—. El alboroto se escucha desde la mitad del pasillo y lord Knightly ni siquiera me miró cuando me lo encontré dirigiéndose hacia el vestíbulo. Ahora veo a Bradford sujetando a Natalie y... —Puso una mano en el brazo de su padre—, estás claramente angustiado. ¿Qué ha hecho Natalie ahora?

—Ha desobedecido una orden directa. Ha mancillado el nombre de esta familia. —Caminó hacia el otro lado de la habitación—. La encontré en una situación comprometida con Knightly.

La duquesa se quedó sin aliento.

—Debemos casarla de inmediato.

Natalie se puso rígida en los brazos de Bradford.

—Me niego. No puedes obligarme a casarme con nadie.

—Harás lo que se te mande o habrá graves consecuencias. Te hemos consentido demasiado tiempo. Es hora de que crezcas y te comportes como corresponde a la hija de un duque —dijo su padre.

—Eso incluye desposarte con el hombre que elija tu padre. Un hombre que no solo mejorará el ducado, sino que también te cuidará, sin mancillar nuestro buen nombre.

Natalie le dirigió una mirada gélida a su madre. No le importaba el ducado, ni comportarse apropiadamente. No, cuando su corazón se estaba despedazando. En realidad, no se estaba rompiendo, había desaparecido por completo, se lo había llevado Christian.

—Hablaré de inmediato con el conde de Norton para ofrecerle un enlace entre Natalie y su hijo. Hace poco manifestó su interés de unir nuestras familias. No estaba dispuesto a considerarlo debido a Maddox. Sin embargo, las circunstancias han cambiado.

Natalie no podía soportarlo más. Mientras sus padres ignoraban sus deseos y planificaban su futuro, Christian cada segundo estaba más lejos. No sabía lo que él sentía, si quería un futuro con ella. No había llegado a decirlo, pero lo que sí sabía, era lo que su corazón sentía.

—Lo siento —dijo Natalie mientras daba un pisotón a Bradford con todas sus fuerzas y clavaba las uñas en su carne, hundiéndolas todo lo que pudo hasta que chilló de dolor y la soltó.

Sin detenerse, huyó de la habitación y corrió hacia la puerta principal. Tenía que encontrar a Christian, le importaba un cuerno la tormenta y sus padres.

Doce

Christian montó en su caballo, sin estar del todo seguro de por qué había besado a Natalie de la forma en que lo hizo, con una emoción tan profunda, no solo con lujuria sino con verdadera pasión, y tampoco sabía dónde refugiarse de la furiosa tormenta Viajar más allá del pueblo no era una opción viable, ya que el clima estaba empeorando. El temporal parecía enfurecerse y calmarse al mismo ritmo que sus propias emociones. Curiosamente encontró consuelo en aquella idea mientras echaba a galopar con su caballo, alejándose de la seguridad de Harrington Gardens y de la calidez del abrazo de Natalie.

¿Cambiaría de parecer Sheridan cuando la situación se calmara? Si lo hiciera, y fuera en busca de Christian exigiéndole que se casara con su hija, ¿sería algo tan malo? Nunca pensó en el matrimonio de manera positiva. Ahora la idea no dejaba de rondarle la mente, caldeando su corazón de la misma forma que lo había hecho Natalie.

Sentía un dolor desconocido en su corazón. El anhelo de tenerla otra vez entre sus brazos, y mantenerla allí para siempre. Era una sensación extraña para él. Una necesidad que crecía cada minuto. ¿Qué le estaba pasando? Inclinó la cabeza hacia arriba, dejando que la lluvia le humedeciera el rostro. Las frías gotas lo refrescaban, a pesar de picar como si fueran pequeños aguijones, pero no consiguieron atemperar su sangre, que ardía tras el apasionado beso.

Dirigió su mirada al camino embarrado que dejaba atrás y redujo la velocidad de su caballo. ¿Sería capaz de abandonarla? Su corazón le imploraba regresar y abrazarla con tanta firmeza como ella lo había hecho en el salón, pero su mente le aconsejaba que se fuera. De alguna manera, toda una vida sin la hermosa, odiosa y sensual diablilla a su lado, le parecía insoportable.

Sheridan vendría exigiéndole a Christian que hiciera lo correcto para su hija. Cualquier caballero lo haría, ¿no?

La pregunta más importante sería si era lo suficientemente hombre como para responsabilizarse de sus acciones y aceptar su supuesta condena. Aunque amar y abrazar a Natalie cada noche para toda la eternidad, no parecía, ni por asomo, un castigo. La verdadera penitencia sería alejarse solo para ver cómo se casaba con otro, que se enamorara de él y que tuviera hijos con ese otro hombre. ¿Le abrazaría tan fuerte como le había abrazado a él? Seguramente, aquel hombre no sería tan tonto como Christian para dejarla ir.

Cerró con fuerza los ojos. ¿Y si su padre pensaba que no estaba a la altura de ser su esposo? ¿Y si el duque lo consideraba indigno de su hija? ¡Un minuto! Él era adecuado. La cuidaría, la haría feliz y la amaría para siempre. Este era un juego en el que podía ganar.

Las cartas estaban a su favor, lo que afortunadamente coincidía con las necesidades y los deseos de Natalie.

El pulso se le aceleró al dar vuelta en su caballo y poner rumbo a la residencia de los Sheridan. Aún no se había alejado demasiado y podía reunirse con Natalie fácilmente en una hora. Nada más llegar a Harrington Gardens, declararía sus intenciones. Exigiría al duque que aceptara su oferta por Natalie. Si el hombre se negaba, Christian haría saber a toda la asamblea lo que había sucedido entre ellos. El duque se vería obligado a aceptar el enlace o, de lo contrario, vería a su hija y su precioso apellido mancillado.

Cuanto más se acercaba a Natalie, más seguro de sí mismo se sentía. No es porque ella se hubiera vuelto más hermosa, siempre había existido algo especial entre ellos. ¿Cómo había sido tan tonto como para no verlo antes?

Dobló la curva final del camino y aceleró a su caballo hasta que comenzó a galopar. Pronto tendría todo lo que nunca se permitió ni siquiera soñar. Una mujer que lo amase, que lo desafiase, que fuese su amiga, que calentase su cama y diera a luz a sus hijos. Christian la amaría el resto de su vida. La diablilla perfecta. La mujer que...

De repente, le dio un vuelco el corazón y detuvo su montura. Natalie estaba sentada a un lado de la carretera agarrándose el tobillo y ataviada solo con el vestido que había llevado puesto durante su encuentro en el salón. Tenía frío y tiritaba violentamente. Saltó de la silla, corrió hacia donde estaba y se arrodilló en el barro a su lado. La envolvió entre sus brazos.

—Christian... —Su voz entrecortada se desvaneció y él la besó en sus fríos labios.

—Estás helada. —La soltó un instante para quitarse la chaqueta y cubrir sus hombros con ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué ha pasado?

—Fui a buscarte. No me importa lo que piensen mis padres. Te necesito. Te amo, Christian.

La atrajo más hacia él, sabiendo con toda su alma que tenía que casarse con ella. Su corazón se hinchó, concienciado por lo que debía hacer.

—Yo también te amo, Natalie. —La volvió a besar, fue un beso apasionado lleno de promesas.

—Ahora dime cómo has acabado aquí, en el borde de la carretera. —Le tomó el pie y suavemente le quitó el zapato, y luego la media de seda. Tenía el tobillo rojo e hinchado.

—Mi caballo se asustó y me tiró. Caí mal y me torcí el tobillo. Tenía tanto miedo... tanto frío.

La levantó y la acunó contra su pecho.

—Silencio ahora, mi amor. Te tengo. Yo me ocuparé de ti. —La colocó en la silla y luego montó él—. Nos casaremos de inmediato.

Natalie apoyó la cabeza contra su hombro.

—Mi padre nunca dará su permiso para que nos casemos.

Se dio cuenta de que la lluvia se había convertido en suaves copos de nieve. El viento se había calmado un poco... sería una Navidad blanca después de todo. Unas vacaciones perfectas con la dama perfecta a su lado.

—No te preocupes, Natalie. Deja que yo me encargue de ti por una vez. Convenceré a tu padre. Te lo prometo. Todo va a estar bien.

Al poco, llegaron a la avenida principal de la residencia de los Sheridan. Se inclinó y le dio a Natalie un beso dulce antes de desmontar.

Cuando entraron en el vestíbulo, Bradford y Kissinger estaban allí con las capas y los sombreros puestos.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —dijo Bradford al observarlos.

—Te he visto con mejor aspecto después de una noche de juerga —añadió Kissinger.

—He vuelto para reclamar a Natalie como mi esposa.

Sus amigos lo miraron asombrados.

—¿Quieres casarte? —Kissinger sacudió la cabeza—. Claramente he bebido mucho más de lo que debía esta noche, porque me estoy imaginando cosas.

Greenwich le dio a un empujón juguetón.

—Al contrario, no has bebido lo suficiente.

Christian continuó con la historia, haciendo caso omiso de los comentarios de sus amigos.

—Parece que Natalie tampoco estaba dispuesta a dejar que me fuera.

—No necesitas contármelo. Me ha dado un pisotón y casi me rompe las manos. —Greenwich sonrió, sacudiendo la cabeza.

Christian miró a Natalie.

—Una acción espléndida, mi amor.

—Te arrepentirás de alentarla cuando seas tú quien sufra su mal carácter —dijo Greenwich, y soltó una carcajada.

Christian frotó el hombro de Natalie mientras la acunaba, disfrutando de la sensación de su suave cuerpo contra el suyo.

—La encontré en el camino. Su caballo la ha tirado, y se ha torcido el tobillo. Hay que buscar a un médico. También necesita ropa seca y descansar en cama de inmediato. Que traigan carbón para calentar su cama.

Bradford se volvió hacia el mayordomo.

—Ve a buscar al doctor ahora mismo. —Hizo un gesto a un sirviente que había cerca—. Prepara la cama de *lady* Natalie y envía a su doncella a la habitación, lo más rápido que puedas.

Christian le dio un beso en la frente.

—Debo ir a hablar con tu padre.

Natalie se aferró a él y lo miró a los ojos.

—Dime que no me vas a dejar. Promételo.

—Te doy mi palabra, mi amor —respondió, mientras se formaba una sonrisa tranquilizadora en sus labios.

Una sombra de duda, o quizá de miedo, cruzó los llamativos ojos azules de Natalie. Si el duque intentaba pelearse otra vez con él, pronto estarían viajando a Escocia para casarse, si el doctor consideraba que su tobillo estaba lo suficientemente bien para viajar.

—¿Juras que te casarás conmigo, a pesar de lo que diga o haga mi padre?

Su corazón se detuvo.

—Lo juro. Serás mi esposa, incluso si tengo que secuestrarte y huir a Gretna Green para conseguirlo.

Natalie sonrió, sus ojos y su alma brillaban de alegría. Era la parte que le faltaba, y nunca permitiría que nadie, ni siquiera el duque de Sheridan, la apartara de él.

—Te amo, *lady* Natalie Seymour, y te amaré para siempre.

Epílogo

Un año después

Natalie se echó a reír mientras empujaba hacia ella las monedas que había en el centro de la mesa.

—¿Están dispuestos los caballeros a reconocer mis habilidades superiores en las cartas o debo ganarles todavía más dinero?

Bradford y Kissinger, como los llamaba ahora, habían decidido pasar las fiestas navideñas con Christian y ella, y aún seguían en su casa, aunque a Natalie no le importaba. Le gustaba que fueran de visita. La entretenían y sacaban al pícaro que había dentro de esposo, que es la parte de él de la que se había enamorado hace tantos años, un aspecto de su persona que nunca perdió, gracias al cielo.

Los cuatro habían estado jugando a las cartas desde hacía horas, y Natalie había ganado la mayoría de las partidas. Quizá su habilidad venía de evitar beber alcohol, mientras que los caballeros bebían whisky sin importar qué hora del día fuera. Pero ella prefería creer que los había vencido por su ingenio.

—No subestimes a mi esposa. —Christian le sonrió desde el otro lado de la mesa—. Es muy diestra con las cartas. ¿Cómo te imaginas que consiguió el anillo en su dedo? —La guiñó un ojo.

Natalie se sonrojó al recordarlo. Había ganado el anillo a Christian cuando jugaron una partida con estriptis incluido, al poco de casarse. Empezó a notar cómo su rostro subía de temperatura, y la lujuria brillaba en el fondo de sus ojos. Él también había ganado aquella noche, y Natalie suponía que él también había rememorado ese recuerdo. Miró hacia otro lado, para evitar que su hermano o Kissinger percibieran algo.

—Muy bien, reconozco que eres buena —dijo Bradford, empujando sus cartas al centro de la mesa—. ¿Cuándo llegarán Pippa y Maddox?

Natalie le había escrito una larga carta a Pippa, disculpándose por la forma en que la había tratado e invitándola a ella y a su nuevo esposo a cenar. Echaba mucho de menos a su amiga, y se arrepentía mucho de lo que había pasado entre ellas.

—Llegarán en una hora.

—¿No vas a contarme nunca qué pasó para que os enfadarais? —preguntó Bradford, mientras cogía su copa—. Debo admitir que siento curiosidad.

—Una dama nunca comparte sus secretos ni habla de un asunto privado entre ella y un amigo. —No sabía con seguridad si Pippa había hablado sobre aquello, pero ella no lo hizo y no lo haría. Miró a Christian y a Bradford—. ¿Por qué no me contáis cómo convencisteis a mi padre de permitir mi matrimonio? Me lo llevo preguntando desde hace casi un año.

—Me ofrecí yo para casarme contigo. —Kissinger se inclinó hacia adelante—. Resulta que

hay un hombre aún más inaceptable que Knightly. Tu padre consideró que mi oferta para salvar tu reputación atroz y completamente arruinada no era lo bastante buena como para encadenarme a su familia para toda la eternidad.

—¡Oh, vamos! Mi reputación nunca podría ser lo suficientemente mala como para ser reparada por alguien de Kissinger.

Natalie estalló en carcajadas y, al poco, los hombres también. Sabía que había mucha más historia que contar, pero al final, no importaba demasiado. Christian se había casado con ella, cómo se las había arreglado, no era relevante. Se levantó y caminó alrededor de la mesa para sentarse en su regazo.

Él la abrazó y tiró de ella.

—Nunca te dejaré ir —le susurró al oído.

Un escalofrío de anhelo recorrió su cuerpo, y en sus labios apareció una sonrisa.

—Quién necesita a la dama Fortuna cuando tiene una esposa como Natalie —dijo Kissinger y bebió un trago de whisky.

—En efecto. Soy un hombre afortunado. —Christian le dio un pequeño apretón—. Espero que algún día tengáis esa suerte.

Kissinger palideció.

—Rezo para que no sea así.

Bradford se rio entre dientes.

—Como yo, por el bien de la dama.

Un sirviente entró en la habitación, interrumpiendo la alegre charla.

—Lord y *lady* Maddox han llegado.

Natalie se puso de pie.

—Acompáñeles al salón. —Tomó a Christian de la mano—. Vamos.

Una mezcla de emoción e incertidumbre le revolvió el estómago. ¿Cómo la recibiría Pippa? Natalie no la culparía si todavía le guardaba rencor. Había tratado a Pippa muy mal y solo por celos infundados. Respiró hondo antes de entrar al salón del brazo de su marido.

Solo tenía un deseo para esas Navidades: hacer las paces con su mejor amiga.

Su mirada se encontró con la de Pippa y sonrió, sintiéndose verdaderamente feliz por la oportunidad de restaurar su amistad.

—Gracias por aceptar mi invitación, Pippa.

Al instante, Pippa se acercó y las dos se abrazaron.

—Eres mi mejor amiga —dijo Pippa.

—Caballeros, ¿qué les parece si nos retiramos a la sala de fumadores y les permitimos a las damas ponerse al día?

—Una idea espléndida —respondió Maddox.

A Natalie no le sorprendió que Kissinger fuera el primero en salir de la habitación. Una vez que todos se habían marchado, se giró hacia su amiga.

—Ponte cómoda. Pediré que traigan té.

Pippa se sentó en un diván y se alisó la falda.

Natalie hizo sonar una campanilla para que les trajeran el té.

—Siento mucho lo que te hice. Como te expliqué en la carta, no hay excusa posible que justifique mi comportamiento.

—Te perdoné en el momento en que pisé el escenario en el recital. Lo confieso, nunca entendí por qué te enfadaste, pero no me importa. Es el pasado. Eres parte de mi corazón, una que había desparecido durante más de un año.

—Malinterpreté tus acciones con Christian en la terraza en el baile de mi presentación. Los celos me convirtieron en un monstruo y lamentaré el resto de mi vida lo mal que me comporté contigo.

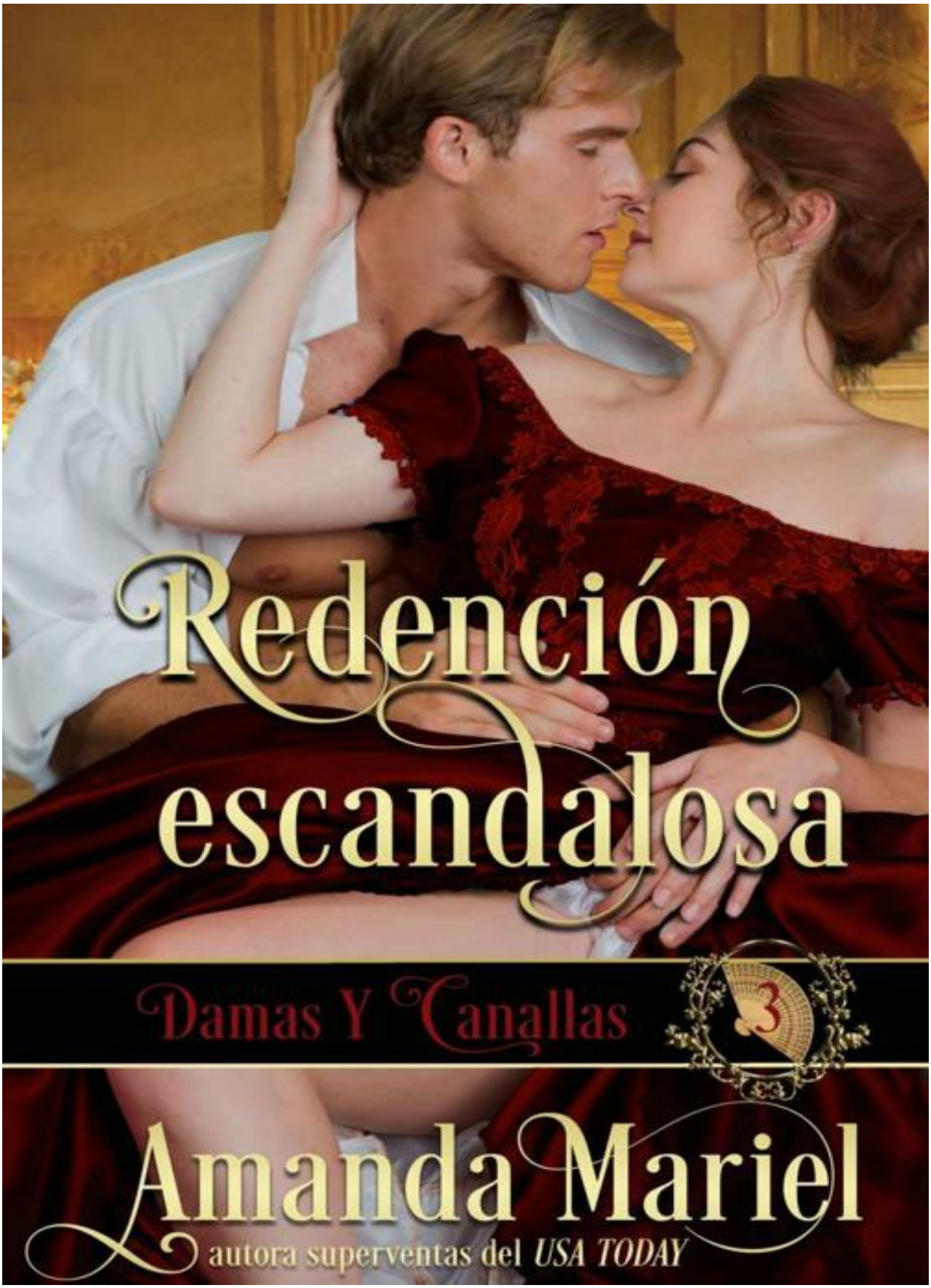
—No pierdas más el tiempo con ese asunto —dijo Pippa, y sonrió—. Todo ha salido bien. Ambas hemos encontrado el amor, y también hemos recuperado nuestra amistad.

—Estoy muy feliz por ti —Natalie tomó la mano de Pippa—. Cuéntame cómo lord Maddox y tú os enamorasteis. Quiero escuchar todos los detalles.

Pippa sonrió a Natalie.

—Solo si tú me cuentas tu historia también.

Natalie se sentía conmovida. Era como si Pippa y ella nunca hubiesen dejado de ser amigas. Continuaron donde lo habían dejado, compartiendo secretos, riendo y disfrutando mutuamente de la compañía de la otra. Nunca entendería por qué Pippa la perdonó tan fácilmente, pero estaría eternamente agradecida. Natalie atesoraría su amistad para siempre.


Redención escandalosa
Damas Y Canallas
3
Amanda Mariel
autora superventas del USA TODAY

A todos los fans de mi serie Damas y canallas: espero que se enamoren de Henry y Claudia.

Reconocimiento

Como siempre, no podría haber logrado esto sin mi maravilloso equipo de lectores beta, artistas de portada y socios de argumento, mi formateador y mi editor. Cada uno sabe quién es ¡y son todos asombrosos! ¡Abrazos fuertes!

Uno

Londres, 1843

Lord Henry Shillington cruzó a zancadas el salón de música de la casa de campo de lord y lady Morse, con el propósito de encontrar a su hermana. La fuerza del impacto contra alguien que lo chocó hizo que se tambaleara hacia atrás. Se dio vuelta y, cuando se acercó a la mujer para estabilizarla, unos rizos color cobrizo cautivaron su mirada.

—Disculpe.

Le hizo una leve reverencia, pero no la soltó. La señorita lo miró entrecerrando sus ojos de un verde intenso, del color de las esmeraldas.

—Debería fijarse por dónde camina. Suélteme, por favor.

Henry le devolvió la gélida mirada. Ella irradiaba el dulce aroma del champán, que se aferraba al aire que la rodeaba y llenaba los sentidos de él como si ella lo usara de perfume.

—Santo Dios, está muy ebria.

Sus pendientes danzaron y brillaron a medida que ella se acercó y el fuego en sus ojos se fue intensificando.

—Mi estado no es asunto suyo. —De una sacudida, se libró de él y dio un paso atrás. Su vestido del color de una gema azul crujió con el movimiento repentino.

Él la tomó del brazo y la detuvo. El pulso le golpeteaba por las venas.

—No puede quedarse aquí en este estado. Provocará un escándalo, para usted y para nuestros anfitriones.

—¿Y a usted qué le importa eso? —le espetó ella.

Tenía que evitar que ella provocara una escena.

—Permítame escoltarla afuera. Podemos dar un paseo por el jardín. —Una parte de él se preocupaba por los anfitriones: lord y lady Wexil eran buenos amigos suyos; pero de haber sido sincero, habría tenido que admitir que deseaba saber más sobre esta belleza. Algo respecto de ella lo cautivaba. Quizás fueran sus ojos tan inusuales o la tristeza que veía en ellos.

Lentamente, sus labios carnosos formaron una sonrisa.

—Muy bien.

Se tambaleó y se aferró al brazo de él, que la condujo a través de las puertas de la galería, hacia el aire de campo. ¿Qué podría forzar a una dama a embriagarse tan temprano en la tarde? El sol aún no había dado paso al brillo de la luna. ¿Y quién era? Definitivamente, nunca se habían visto antes.

La condujo por un camino flanqueado por flores y verde follaje. No había indicios de la identidad de la dama ni del porqué de su excesiva indulgencia. Estaba claro que estaba preocupada, y él quería ayudarla de ser posible. Estudió el perfil de su delicado rostro.

—¿Le parece que nos sentemos… cómo se llama? —Su entusiasmada risa flotó por el aire que los separaba.

Él jamás había oído un sonido más dulce.

—"Lord Shillington, ¿y el suyo? —Se detuvo frente a un banco de hierro fundido. No pudo apartar la vista mientras ella tomó asiento entre un revuelo de faldas. Era un misterio que él quería resolver.

—Siéntese conmigo, lord Shillington. —Señaló con unas palmadas el lugar a su lado.

Henry se sentó cerca de ella, pero no demasiado. Estar aquí afuera con una señorita sin supervisión ya era escándalo suficiente. No tenía intenciones de comprometerla... ni de comprometerse a él mismo. Dado el estado de la señorita, no había tenido opción más que alejarla de la reunión. No obstante, también tenía la responsabilidad de controlar que su propio comportamiento fuera adecuado.

Una fría brisa le alborotó las elegantes faldas, lo cual hizo que Shillington se fijara en su cuerpo. El calor lo invadía a medida que la estudiaba. Era alta y ágil, pero tenía curvas en todos los lugares correctos. Le ofreció una sonrisa amable.

—¿Cómo se llama, milady?

Ella lo miró a través de sus densas pestañas.

—Soy lady Claudia Akford.

A Shillington se le paró el corazón por un momento y se le tensó la garganta. La famosa lady Claudia Akford. ¿La misma que había causado problemas a sus amigos, lord y lady Luvington? No debería acercarse ni un poco a ella, y mucho menos intentar ayudarla. Esta escandalosa mujer se buscaba sus propios problemas. Debería dejar que los resolviera sola y ya. Se paró de un salto del banco.

—No seré parte de sus confabulaciones. Lord y lady Luvington son mis amigos, pero supongo que usted ya lo sabía.

Ella se puso de pie y lo tomó del brazo. Una expresión decaída oscureció sus bellos rasgos.

—En verdad, no sabía nada de eso, ni tampoco estoy confabulando. Si debe irse, hágalo, pero se equivoca respecto de mis motivaciones.

De un sacudón, Shillington liberó la manga de su saco y se alejó.

Un suave sollozo lo paralizó. *No voltees.* Tras otro paso, se oyó un pequeño llanto. Miró por encima de su hombro, incapaz de contenerse. Maldita sea. Lady Akford estaba sentada en el banco, con la cabeza gacha y los hombros temblorosos. Inhalando profundamente, Shillington volvió a sentarse a su lado.

Al menos, ya no había riesgo de comprometerla. Estaba perfectamente bien que una viuda no estuviera vigilada. De todas formas, él era demasiado caballero para dejarla sola en un estado tan delicado. Se aseguraría de que estuviera sobria o, al menos, a salvo en sus aposentos, antes de abandonarla. Seguro no habría problemas si la ayudaba solo por esta vez.

Lady Akford levantó la cabeza.

—No soy la ramera desalmada que dicen que soy.

Shillington le ofreció su pañuelo de seda. No confiaba en lo que podría decir. Ella negó con la cabeza, y él volvió a guardar el pañuelo en su bolsillo.

—Sé lo que la *alta sociedad* dice sobre mí, pero están totalmente equivocados.

Por algún motivo, Shillington lo dudaba. Lady Sarah Luvington jamás inventaría una historia

para dañar la reputación de otra persona. Le había contado todo sobre lady Akford luego de que esa zorra hubiera deambulado hacia la casa de ciudad de lord Luvington y hubiera causado problemas. Se le había insinuado a Luvington. Luego, cuando supo que él estaba casado, la jovencita se atrevió a rogarle que la aceptara como amante. La *alta sociedad* no tenía conocimiento de ese incidente en particular, pero él lo había oído de primera mano. En vistas de dicho suceso, solo podía suponer que los escándalos previos de la dama, que involucraban a lord Luvington y lord Akford, eran ciertos. Se aseguraría de que estuviera sobria y eso sería todo.

—¿Me cree, lord Shillington?

Sus miradas se encontraron. El dolor de la expresión de ella lo obligó a darle unas palmadas en la mano enguantada. No podía abandonarla así, independientemente de lo que él pensara.

—Dígame, ¿por qué lleva tantas copas a tan tempranas horas? ¿Sigue llorando a su difunto esposo?

Lady Akford negó con la cabeza. Se le escapó un hipo.

—Algunos hombres son monstruos. Lord Akford era un hombre así. ¿Acaso la gente no celebra cuando se derrota a un monstruo?

Henry tragó con dificultad, a pesar del nudo en su garganta.

—¿Está... celebrando? —Sus palabras lo preocupaban y confundían al mismo tiempo. Quizás estaba loca.

Claudia se rio amargamente y agitó su abanico.

—No, pero tampoco lamento haberlo perdido. Al contrario: me alegró que se fuera. Nunca me agradó Akford. Me engañó para que me casara con él y luego me maltrató por años. Que su alma arda en el infierno toda la eternidad.

—Yo... —Henry nunca había escuchado a una dama utilizar un lenguaje tan fuerte. No sabía qué decir.

—No tiene que decir nada. Solo escúcheme. —Enderezó los hombros y giró el cuerpo hacia el de él.

Cielos, tenía las mejillas demasiado pálidas. Henry respiró hondo y se preparó para oír su historia.

—Lord Akford sabía que yo quería casarme con Julian, el marqués de Luvington, y me arruinó a propósito. Nos espió a Julian y a mí, y luego, cuando este me propuso matrimonio, Akford nos vio darnos un beso. Nos habríamos casado de no haber sido por la deshonestidad de ese señor. Difundió por todos lados chismes sobre lo que había visto, y luego acudió a mi padre y arregló con él su matrimonio conmigo. No tuve mucha opción más que aceptar. Mi padre me amenazó con desheredarme si me negaba, y ya todo Londres me veía como una mujer de mala vida. —Se envolvió el torso con los brazos—. No revelaré los detalles, son muy dolorosos, pero lord Akford era una bestia. No había amor entre nosotros.

Henry le acarició la cálida mejilla con el dorso de la mano.

—No es necesario que siga. Ya oí suficiente. —¿Estaría diciendo la verdad? No comprendía por qué inventaría una historia así. Si esto era cierto, la mujer había vivido todo un infierno. Debía ayudarla, al menos, porque ella era una dama y él, un caballero. Pero ¿qué podía hacer?

Claudia se puso de pie, dándole la espalda.

—Necesito otra copa de champán. Acompáñeme.

—Eso es lo último que necesita. Hablemos de algo más agradable —la desafió. Tal vez si lograba mantenerla aquí un rato, el aire fresco la haría desembriagarse.

—Muy bien —replicó ella, volviendo a sentarse de forma poco femenina—. ¿Le cuento cómo los recuerdos de Julian me mantuvieron cuerda durante los años que pasé bajo el control de

lord Akford? ¿O quiere oír cómo el primero me rechazó cuando regresé con él?

Una expresión de humillación le invadió los rasgos cuando la última palabra que dijo salió de su boca. Debió haberse dado cuenta de que había dicho demasiado. Henry cerró los ojos y exhaló. Ella no sería la primera persona que conociera que ahogara sus penas en una botella, ni que dijera cosas en estado de ebriedad que jamás diría en circunstancias normales. El verla reconocer su error lo ablandó un poco.

—Lord Luvington se casó con lady Sarah. Están enamorados y esperan un bebé. No habría podido abandonarla. —Henry intentó razonar con ella.

Lady Akford exhaló con un resoplido.

—Pero ¿yo sí merecía que me lo hiciera?

—Malinterpretó lo que dije. ¿Me escuchó bien? Se casó con otra antes de que usted volviera. —Henry se pasó una mano por la quijada. Cómo lo frustraba esta señorita era algo de no creer.

—Sí, no soy una cabeza de chorlito. Logré aceptar su decisión, pero no me ayuda a aliviar el dolor. —Se acercó a él y se detuvo a centímetros de su cara—. Quizás usted pueda ayudarme a hacerlo.

Henry volvió a mirarla a los ojos.

—Me temo que no la comprendo.

Claudia acercó sus labios a los de él. La sangre de Henry se estremeció de deseo cuando ella se le acercó y le puso la mano en el muslo. Cuando le pasó la lengua por el labio inferior, sintió necesidad en su interior. Separó los labios mientras ella inclinó la cabeza, dándole así un mejor acceso. Claudia le pasó la mano por los muslos sin pudor.

Henry se alejó bruscamente.

—Soy un caballero, lady Akford. No soy un juguete y, mucho menos, un libertino. Equivocarse cuando uno estaba herido era una cosa, pero esto... —Se dio vuelta y se fue caminando, con las mejillas ardiendo y el corazón desbocado. ¡Lo había manipulado como si fuera un maldito juguete!

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se había permitido pasar siquiera un momento con ella? Debió haberse alejado en cuanto supo su nombre. Ella no causaría más que problemas, y él no le permitiría arruinarlo. Tampoco le permitiría usarlo, por mucho que ella lo tentara. Sin importar a qué supieran sus labios o lo divinos que fueran sus besos. Suaves y dulces. Le hervía la sangre de solo pensar en las sensaciones que ella había provocado en su interior. Alejó ese pensamiento de su mente: la señorita estaba prohibida.

Entro a la sala de fumar y tomó una copa de oporto. ¿Cómo iba a evitarla? Por todos los cielos, ¡estaban en la misma fiesta en una casa!

Tras vaciar su copa, se sirvió dos dedos más de oporto. No podía permitir que ella lo afectara, era así de simple.

—¿Qué te tiene tan preocupado, Shillington? —Lord Keery se le acercó y rellenó su propia copa. Henry volteó para mirar a su viejo amigo.

—Nada. Estoy perfectamente bien.

—¿Esta «nada» no tendrá, por casualidad, rizos color cobrizo y brillantes ojos esmeralda? —Keery sonrió.

Henry sintió calor en el rostro; no sabía si era por la astuta observación de Keery o por el oporto.

—¿Cómo lo adivinaste?

—Te vi salir de la sala de música con ella. Con lady Claudia Akford, si no me equivoco. —Keery bebió un trago.

Henry alzó su copa como si fuera a proponer un brindis.

—La misma.

—Lo que no entiendo es por qué luces tan alterado. ¿Qué te hizo la señorita? —Keery rio por lo bajo antes de dejar su copa vacía sobre el aparador.

Henry tiró del pañuelo de su cuello para intentar aflojarlo. No tenía intenciones de repetir lo sucedido. No tenía problema en no volver a hablar jamás de la señorita, ni con ella.

—Me... tomó por sorpresa, es todo. No había conocido a la señorita todavía. Me alegra que lord y lady Luvington no estén presentes.

Keery arqueó una ceja, especulando.

—Luvington arregló sus asuntos con la señorita, y su nueva esposa le perdonó todo. No imagino que le tuviera rencor a lady Akford. No es que lady Akford supiera del matrimonio de Luvington cuando se apareció en casa de este.

Henry bebió otro sorbo. Si por «arreglar sus asuntos» Kerry se refería a que Luvington había echado a lady Akford de su casa, Henry suponía que así era. Aun así, no podía imaginarse que lady Luvington quisiera estar bajo el mismo techo que lady Akford. Ni él quería estar bajo el mismo techo que esa señorita de mala fama.

—En efecto. De todas formas, me alegra que lord y lady Luvington no estén presentes.

Keery le puso la mano en el hombro.

—Te preocupas demasiado. Lady Akford es una viuda hermosa. Disfrútala si tienes la oportunidad. —Dejó caer su mano al costado de su cuerpo y le dedicó a Henry un guiño cómplice—. Es lo que yo haría.

Henry se quedó viendo cómo Keery se alejaba, con las palabras de su pícaro amigo dándole vueltas en la cabeza. *Disfrútala.* Dejó su vaso sobre el aparador. «Como uno disfrutaría de un dolor de muelas», se imaginó.

Dos

Claudia se quedó helada y se le cayó el alma a los pies cuando encontró a lord Shillington sentado a la larga mesa de caoba. Su cabello dorado y sus cálidos ojos café sobresalían por encima del periódico que tenía en manos. Claudia no había esperado encontrarse a nadie en la sala del desayuno a tan altas horas. A decir verdad, se había entretenido en su cuarto a propósito hasta estar segura de que todos los huéspedes de la casa habrían salido a realizar las primeras actividades de la tarde.

Entre el martilleo que sentía en la cabeza y la vergüenza por cómo se había comportado la noche anterior, no deseaba la compañía de nadie. Planeaba tomar el desayuno y luego pasar el día arropada en su cama, lejos de ojos curiosos y miradas críticas.

La vergüenza amenazó con consumirla cuando su mirada se cruzó con la de lord Shillington. Lo observó con fría indiferencia mientras él se puso de pie. Quizá Claudia debería marcharse y ya. Sus acciones de la noche previa habían sido abominables. Las damas no se excedían de copas y jamás se arrojaban a los brazos de los caballeros, pero ella había hecho ambas cosas.

Enderezó los hombros y, vacilante, dio un paso hacia el aparador. Él era solo un hombre y, además, no tendría sentido empeorar la herida que ella ya le había causado. Se quedaría y le pediría la disculpa que le debía.

Quizás él aceptaría el incidente como el momento débil que había sido. Se había permitido a sí misma regodearse en heridas pasadas y autoaversión —una mala combinación—, pero nada más. Hoy, comenzaría de cero. Iniciaría una vida nueva sin Julian, Akford ni el escándalo que ellos le habían causado. Ellos estaban en el pasado, y Claudia no tenía intenciones de mirar atrás.

Con la frente en alto, se acercó al aparador, buscando en su cabeza las palabras indicadas. El calor de la mirada de lord Shillington parecía a punto de quemarle el vestido, mientras ella colocaba huevos cocidos y jamón sobre un plato de porcelana con bordes dorados. Sin duda él la detestaba, y no podía culparlo, dado lo que debía haber oído sobre ella. La forma en que se le había arrojado en el jardín de seguro no había ayudado en lo más mínimo. Se tragó la agitación y se acercó a la mesa.

—Lord Shillington. —Le dedicó una sonrisa.

Él dio un paso, alejándose de la mesa.

—Que tenga buen día, lady Akford.

—Espere. —Tragó el nudo que estaba formándose en su garganta—. Por favor, permítame disculparme por mi comportamiento salvaje de anoche —suplicó, aferrando su plato con las manos enguantadas.

Él le esquivó la mirada.

—Está todo perdonado. Ahora, con su permiso. —Dio otro paso, con lo cual se chocó la silla

que había desocupado. Cuando procedió a tomarla, tropezó y se cayó al suelo con un ruido seco. Un sirviente se apresuró a ayudarlo.

El corazón de Claudia dio un vuelco y un chillido agudo emanó de su garganta. Rodeó la mesa y se agachó al lado de Henry, ignorando los buenos modales.

—¿Se encuentra bien? —Extendió la mano para ayudarlo.

La cara y el cuello de Henry se cubrieron de manchones colorados. Se levantó por su cuenta, ignorando la oferta de Claudia, que sintió una punzada de arrepentimiento. Ella miró al sirviente, sin saber cómo proceder. Después de una caída tan fea, era de esperar que pudiera estar lastimado.

—¿Necesita un médico, lord Shillington?

Este se puso de pie y se arregló el saco.

—Estoy bien.

Claudia le puso una mano en el brazo.

—¿Está seguro?

—El único dañado es mi orgullo. —Se alejó del alcance de Claudia y se dirigió a la puerta.

—No se vaya por mí —le dijo ella—. Le doy mi palabra de que no haré nada maleducado. Por favor, quédese a terminar su bebida.

Se concentró en el polvo que bailaba en los rayos de sol que se colaban por la ventana, mientras esperaba una respuesta de él. No entendía por qué le importaba si él se quedaba o no, pero por algún motivo, le importaba. La opinión de él respecto de ella importaba. Lo miró de forma furtiva.

Él la estudio, y su expresión no reveló nada mientras la repasó con la mirada.

Una pequeña emoción la invadió por cómo parecía que él la estaba midiendo.

—Me gustaría que fuéramos amigos. Por favor, ¿podría perdonarme?

Él cruzó cautelosamente la habitación y volvió a tomar asiento. Levantó su copa, golpeándola accidentalmente con su plato y volcando líquido por el borde. Una sonrisa torcida le invadió el rostro mientras secaba lo derramado con una servilleta de tela.

—Supongo que todos cometemos errores de vez en cuando.

—De todas formas, me gustaría compensárselo. Dígame, ¿hay algo que pueda hacer?

—Creo que ya hizo suficiente, lady Akford. —Miró para otro lado—. Yo... le pido disculpas. Eso no sonó muy bien.

—Creo que dijo exactamente lo que estaba pensando, lord Shillington, y no puedo contradecirlo. Permítame una oportunidad de cambiar su opinión respecto de mí.

Se le tensó la espalda por la dolorosa valoración del caballero. Evidentemente, lo que pensaba no coincidía con lo que decía, pero si tuviera la oportunidad, Claudia sabía que podría hacerlo cambiar de opinión.

~

Henry pensaba que debía estar loco por acceder a pasar un momento más en compañía de lady Akford. Y ahora, el estar considerando su alegación era una completa locura. ¿Qué podría lograr si pasara más tiempo con ella? ¿O si forjaran una amistad? Aun así, la señorita lo intrigaba. Era hermosa y carismática, y la forma en que había corrido a su lado cuando él se había caído demostraba que tenía buen corazón. Quizá se había apresurado a juzgarla.

Sus miradas se cruzaron desde lados opuestos de la mesa, y Henry pensó en su propia torpeza. Como si tropezar con la silla no hubiera sido suficiente, había tenido que completarlo derramando el contenido de su vaso. Las mujeres bellas siempre lo habían puesto nervioso y lo volvían un torpe sin gracia. Parecía que lady Akford no sería la excepción. Su reacción ante ella solo la volvía más peligrosa. Procedería con la debida cautela.

—Muy bien. Seamos amigos.

Lentamente, los labios de Claudia formaron una sonrisa.

—No se arrepentirá, lord Shillington.

¿Por qué Henry sentía que acababa de hacer un trato con el mismísimo diablo? Se tragó su inquietud. Solo estarían aquí dos semanas; simplemente tendría cuidado de no caer en ninguna trampa. Después de todo, acceder a ser su amigo no era lo mismo que acceder a pasar todo el tiempo con ella. Se trataba de una fiesta en una casa, y muchos de sus conocidos estaban presentes para mantenerlo ocupado. Sería amable mientras estuvieran juntos, pero no buscaría su compañía. Tomó el periódico y volvió a abrirlo.

—¿Qué estaba leyendo?

Henry volvió a levantar la mirada.

—E-El *London Chronicle*, me gusta mantenerme al día con las idas y venidas de la *alta sociedad*. Quién hace qué cosa y demás. —Apretó los labios formando una línea para evitar el errante flujo de sus palabras. Malditos sean sus terribles nervios. No quería cortejarla. No había motivo para ponerse nervioso en su presencia.

—Ya veo. ¿Y se informa algo interesante? —Claudia se llevó el tenedor a la boca.

Luego de dejar el periódico a un lado, Henry tomó su copa.

—Nada fuera de lo normal. —No se atrevería a mencionar el artículo sobre lord y lady Luvington. Ese tema en particular debía quedar prohibido entre lady Akford y él. Independientemente de lo que ella dijera, él no confiaba en ella en lo relativo a sus amigos. Lo mejor sería llevar la conversación a un tema más seguro. —Y dígame, ¿cuáles son sus planes para el día de hoy?

—Tenía planeado perderme en las páginas de un libro. —Le hizo señas a un sirviente para que rellenara su vaso de agua. Sus pendientes brillaron con el movimiento, enviando pequeños destellos de luz por toda la habitación—. ¿Y usted? ¿Qué tiene planeado?

—Debo confesar que me sentía algo indispuesto esta mañana. Tenía intenciones de unirme a la caza, pero decidí quedarme en la casa por dicho malestar. —A medida que conversaban, se iba relajando de a poco. A pesar de su recelo, la compañía de la dama resultaba agradable.

—Espero que se haya recuperado.

Henry leyó sinceridad en la profundidad de esos ojos.

—En efecto, ahora estoy mucho mejor y espero con ansias el día de campo de esta tarde. —Miró por la ventana detrás de ella. Los sirvientes ya estaban preparando los jardines. Una amplia tienda blanca yacía erguida entre dos robles, mientras que unas alfombras turcas cubrían el abundante césped verde—. ¿Se unirá a la multitud? —No debería preguntarle por sus planes. Los músculos de su mandíbula se tensaron.

Ella frunció el ceño.

—No tenía intenciones de hacerlo. No es ningún secreto que solo vine porque lady Vivian Wexil, mi prima, me rogó que viniera. Difícilmente podía negarme, puesto que vivo bajo su techo. Me temo que gran parte de la *alta sociedad* aún no perdona mi escandaloso pasado.

En ese momento, la duquesa Abernathy entró despreocupadamente a la habitación, seguida por lady Wexil. Mientras se acercaban a la mesa, lady Wexil dirigió su atención a lady Akford.

—Tonterías, Claudia. Los que importan no te consideran responsable. El resto de la sociedad olvidará el escándalo a su debido tiempo.

—Ya pasaron años. —Lady Akford se quitó un mechón de pelo de la frente.

Henry se puso de pie ante la interrupción y luego hizo una reverencia.

—Su alteza, lady Wexil.

La duquesa asintió y tomó asiento.

—Volviste a la sociedad hace muy poco. Dale un tiempo y todos pasarán a un nuevo chisme y se olvidarán completamente de tu pecadillo.

Lady Wexil puso su mano enguantada sobre la de lady Akford.

—Su alteza tiene razón, ¿sabes? El escándalo ya había quedado olvidado antes de que volvieras. Con un poco de tiempo, todos volverán a olvidarlo. Recuerda lo que te digo —le dijo, tomando asiento junto a lady Akford.

Al retomar su asiento, Henry no pudo evitar notar la incomodidad de lady Akford. Tenía los hombros levemente caídos y se mordisqueaba el carnoso labio inferior.

—Lady Akford y yo justo estábamos hablando del día de campo. Parece que todo está en orden —dijo Henry, con la esperanza de desviar la atención de las señoritas.

Lady Wexil tomó la taza de porcelana que un sirviente le había llenado.

—En efecto. Y el clima de hoy es espléndido. Su alteza y yo acabamos de volver de dar un paseo.

La duquesa se dirigió a lady Akford.

—¿Dice que nos acompañará?

Henry observó a lady Akford mientras esperaba su respuesta. Sus rasgos estaban impregnados de tristeza, sus ojos seguían abatidos y tenía las mejillas sonrojadas. Presenciar su incomodidad le partía el corazón.

Ella levantó la mirada, prestándole atención a la duquesa.

—No imagino qué otra cosa podría hacer.

Lady Wexil sonrió.

—Lo pasaremos de maravilla. Ya lo verás.

La duquesa bebió un sorbo de su copa.

—Espero que también me acompañe en un juego de *La Grace.*

—Sería un placer —murmuró lady Akford a modo de respuesta.

Henry reconoció el esfuerzo que le costaba esa sonrisa amable. Apostaría lo que fuera a que ella preferiría dormir en la torre antes que asistir a los eventos del día.

—Lady Akford, sería un honor si pasara parte de su tiempo conmigo. ¿Podría ser un paseo por el jardín?

Los ojos de Claudia recobraron algo de su brillo.

—El honor sería todo mío, lord Shillington.

Adiós a eso de ser cauteloso con la señorita. Como fuera, no podía quedarse de brazos cruzados y verla sufrir. No cuando había algo que podía hacer para aliviar su malestar. Que Dios lo ayudara si estaba equivocado sobre ella.

Tres

Claudia sabía que debería haberse apegado a su plan original de quedarse segura en su cuarto, pero ¿cómo iba a negarse a los deseos de su prima? Vivian había tenido la gentileza de incluirla entre los invitados, sabiendo que una nube de escándalo la perseguía a donde fuera. Y también estaba la duquesa Abernathy, que la trataba como si fueran viejas amigas. Aun así, que la aceptaran abiertamente no hacía nada para contener el flujo de miradas prejuiciosas y chismes lascivos que la rodeaban. Le esquivó la mirada a un grupo de señoritas de ese estilo que, escondidas tras sus abanicos, le lanzaban miradas mientras parloteaban entre ellas. Sus opiniones le dolían, aunque se esforzara por ignorarlas.

—No les prestes atención, querida. —La duquesa Abernathy se acercó caminando a su lado —. Apostaría a que la mitad de ellas tienen sus propios secretos, y la otra mitad desearía tenerlos. Aboquémonos a ese partido de *Le Grace* del que habíamos hablado y dejemos lo desagradable atrás, ¿sí?

Claudia volvió a observar al grupo de señoritas chismosas. Quizás la duquesa tenía razón, aunque ella lo dudara. Como fuera, no conseguiría nada dejando que la afectaran.

—Eso me agradaría.

—Espléndido.

La duquesa indicó con la cabeza una zona del jardín donde estaba instalado un juego de *Le Grace.* Sobre el suave césped yacían varillas y aros.

—No juego desde antes de casarme. Espero seguir siendo una compañera hábil —comentó Claudia, tras lo cual tomó sus varillas, preparándose.

La duquesa arrojó un aro con un colorido lazo atado a él, y rio cuando aterrizó a los pies de Claudia.

—Me temo que no importará tu habilidad, puesto que a mí misma me falta práctica. Quizá no consiga que ningún aro alcance tus varillas.

Al poco tiempo, Claudia ya atrapaba y lanzaba alegremente los aros de un lado a otro con la duquesa. Disfrutaba el ejercicio y el buen ánimo que compartían. La duquesa resultó ser una adversaria digna, y Claudia también recobró rápidamente su habilidad. Charló con la duquesa mientras jugaban y se sintió normal por primera vez en años. Casi como si encajara en la *alta sociedad* como había hecho alguna vez.

Cruzó y levantó sus varillas por lo que pareció la enésima vez para atrapar un nuevo lanzamiento, pero falló. El aro pasó a su lado y terminó aterrizando cerca de un arbusto en flor color verde y morado. Ella y la duquesa rieron ante la falla mientras un sirviente fue a buscar el aro.

—Debo confesar que estoy algo cansada. ¿Te importaría buscar unos refrigerios? —preguntó

la duquesa antes de que Claudia pudiera reanudar el juego.

Lamentándolo un poco, esta dejó su equipo. Quizás una copa de vino de Burdeos le vendría bien. Hacía mucho tiempo que Claudia no podía llamar «amiga» a otra mujer. Akford le había prohibido mantener sus amistades previas y la había tenido encerrada en Lancashire durante su matrimonio. Cuando se había atrevido a acercarse a su doncella, él había despedido a la pobre mujer sin darle una referencia. Un escalofrío la invadió ante los poco gratos recuerdos de la absoluta soledad que había sido su vida los últimos seis años.

—¿Cuáles son sus planes ahora que regresó a Londres? —preguntó la duquesa, mientras caminaban hacia la gran tienda blanca.

Claudia casi se tropieza. ¿Cómo respondía una a una pregunta que no tenía respuesta? Necesitaba una casa de ciudad, puesto que quería una residencia en Londres. El nuevo lord Akford la había expulsado de su antigua residencia, con lo cual la había dejado desamparada por el momento. No tenía intenciones de volver a casarse y jamás volvería a someterse a las órdenes de un tirano como su difunto esposo. De eso estaba más que segura. Por un periodo de tiempo, había creído que Julian se casaría con ella, incluso lo había deseado, pero ahora... el matrimonio no la atraía mucho.

—Disculpa, querida, ¿acaso me excedí? No era mi intención. —La duquesa aceptó una copa de vino de Burdeos que le ofrecía un sirviente antes de voltear hacia Claudia. Esta tragó.

—Para nada, su alteza. Con gusto responderé su pregunta. Es solo que no estoy segura de cómo hacerlo. Verá, no tengo planes más que conseguir una casa de ciudad y continuar siendo viuda. Deseo disfrutar el resto de mi vida sin que un esposo me maneje.

—Como debe ser. Eres una joven deslumbrante, y pronto todo el mundo lo reconocerá. Cuando eso ocurra, la *alta sociedad* será toda tuya. —La duquesa comenzó a caminar hacia una hilera de árboles. —¿Ya eligió una ubicación para su nueva residencia?

Claudia se ilusionó con las palabras de la duquesa mientras se unía a ella bajo la sombra de una vieja haya.

—Estaba pensando en Mayfair o St James. Que sea una zona moderna es prioridad.

—Magnífica decisión —contestó la duquesa, abriendo su abanico.

Unas voces cercanas llamaron la atención de Claudia. Hubiera jurado que acaba de escuchar su nombre. Girando la cabeza, se concentró para escuchar.

—¿Pueden creer su osadía al mostrar la cara en sociedad tras el gran escándalo que provocó? —dijo una voz de mujer.

—La forma en que se conduce lady Akford es vulgar. Actúa como si nunca hubiese hecho nada malo —repuso una segunda dama.

—¿Y qué hay de su pobre y difunto esposo? Cuesta creer que ella lo esté llorando —añadió la primera mujer.

Claudia aferró con más fuerza su copa mientras escuchaba el veneno que emanaban los labios de esas muchachas. Le hubiera gustado revelarles su presencia a las muy chismosas. Quizás incluso desearles la suerte de encontrar esposos igual de adorables que el difunto suyo. No, no le desearía esa vida a nadie. Ni siquiera a un grupito de jóvenes estúpidas y chismosas. Ni los perros se merecían lo que a ella le había tocado vivir.

—¿Está todo bien, querida? Luces muy pálida. —Los ojos de la duquesa expresaban preocupación.

—Estoy segura de que solo necesito un cambio de paisaje. Algo cerca de nosotras afectó mis sentidos. —Claudia miró hacia la hilera de árboles, donde las señoritas se ocultaban tras el follaje, y esperó que hubieran oído sus palabras con tanta claridad como ella las suyas.

—De acuerdo, querida. Busquemos a lady Wexil.

—No hace falta que usted se vaya. Quédese y disfrute la sombra.

Claudia se dio vuelta y caminó hacia la casa sin darle a su alteza la posibilidad de decir nada más. Le temblaban los labios y le ardían los ojos del esfuerzo por contener las lágrimas. No lloraría frente a sus pares. Inhaló profundamente mientras rodeaba la tienda.

Chocó contra algo sólido segundos antes de que unas fuertes manos la tomaran por la cintura. Diablos, debía haber prestado más atención a por dónde iba.

—Lady Akford.

Levantó la mirada ante el sonido de esa voz familiar. La piel de Claudia cosquilleaba bajo las fuertes manos de lord Shillington.

—Disculpe. Yo... Lo lamento. —Se sintió invadida por un calor interior.

Él la soltó, pero le ofreció el brazo.

—Si bien recuerdo, me prometió un paseo por los jardines.

A Claudia se le cerró la garganta ante tal amabilidad. Él no estaba evitándola, a pesar de que tenía todos los motivos para hacerlo. Intentó tragar a pesar de la dificultad, pero en vez de eso, las lágrimas finalmente la vencieron. Le dio la espalda a Henry, con la esperanza de que él no lo hubiera notado.

—¿Qué la preocupa? —Henry se le acercó.

Dentro de Claudia había una guerra de emociones. Alegría por la amabilidad que recibía, pena por las aborrecibles palabras que había oído hacia unos momentos. Se enjugó esa lágrima rebelde con el dorso de la mano enguantada y enderezó los hombros antes de tomar el brazo de Henry.

—Simplemente me distraje con unos pensamientos. No me preste atención.

Lord Shillington la guio hacia uno de los caminos del jardín.

—El clima está perfecto para caminar.

—Así es, lo está. —Claudia levantó el mentón, disfrutando la calidez del sol.

Pasaron varios minutos de silencio mientras él la conducía más adentro del jardín. Era un silencio agradable y, en cierta medida, Claudia se sintió consolada.

Dirigiendo la mirada hacia él, contempló su cabello rubio y ondulado, su mandíbula cuadrada y sus profundos ojos café. Era un hombre apuesto, alto y delgado con hombros anchos y cintura estrecha. Posó la mirada en sus labios y no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría volver a besarlo. No como la noche anterior, sino un beso sentido. Un beso que iniciara él.

Su enfado ante la audacia de ella todavía la sorprendía. Jamás había conocido a un hombre que se molestara ante los avances de una mujer. ¿Acaso carecía de experiencia con las mujeres? ¿O el problema era que no la encontraba atractiva? A decir verdad, no sabía nada sobre él. Y eso era algo que quería cambiar.

—Sea tan amable de contarme algo sobre usted, lord Shillington.

Un leve rubor cruzó el rostro del caballero.

—¿Algo como qué? —Su voz indicaba un ligero temor.

—Oh, no lo sé. Sobre su familia, sus pasatiempos. —*Si alguna vez besó a una mujer...*

—Tengo una hermana y dos hermanos menores. Mi padre es el conde de Voxton. —La observó con el amago de una sonrisa en el rostro—. ¿Usted tiene hermanos o hermanas?

—No, soy hija única. Quería tener hermanos y hermanas, pero el destino no lo quiso.

—Yo quería que los míos desaparecieran. —Rio por lo bajo. —Desde luego, eso era cuando no era más que un niño, y solo de vez en cuando. Ahora jamás desearía que no estuvieran.

Claudia sonrió, notando cómo él parecía ir relajándose. Su mirada se había vuelto más segura

y el temblor que antes había percibido en su voz ya no estaba.

—Una buena rivalidad entre hermanos, supongo.

—Sí. Es fácil desear que alguien desaparezca después de que ponga un sapo en tu cama o esconda tu juguete favorito. No obstante, yo tampoco puedo fingir completa inocencia. Devolvía tanto como recibía.

—¡Oh! —exclamó Claudia, posando su mano libre sobre el pecho de él—. Qué horror. —Le dirigió una sonrisa entretenida—. Parece que yo soy quien tuvo suerte. Pero en realidad, imagino que sus hermanos y hermana lo habrán acompañado cuando se sentía solo o cuando una pesadilla lo despertaba. Quizás nadie tiene suerte, sino que cada uno vive distintas circunstancias e intenta sobrevivir a este mundo cruel. —Se mordisqueó el labio, temiendo haber dicho demasiado una vez más.

—Sí, puede ser. —Henry se tambaleó y tiró del cuerpo de Claudia hacia el suyo. Mientras Claudia recobraba el equilibrio, su mano enguantada quedó posada sobre el sólido muro que era el pecho de él. Él miró a su alrededor, completamente sonrojado. —Discúlpeme. Debió haber algo en el camino.

¿Acaso era inseguridad lo que se veía en lo profundo de sus ojos? Aun así, parecía avergonzado, y ella no tenía intenciones de empeorar su incomodidad. Le quitó la mano del pecho y volvió a tomarlo del brazo.

—No hay nada que perdonar. Sigamos nuestro camino, y puede contarme de sus pasatiempos. —Le apretó levemente el brazo.

—Dudo que mis pasatiempos difieran mucho de los de cualquier otro caballero. Disfruto de cabalgar, de asistir a carreras y de mis clubes. —La condujo cerca de una arboleda.

—Yo también disfruto de los deportes ecuestres. Parece que tenemos algo en común.

—Rara vez me pierdo mi cabalgata nocturna. Cuando debo hacerlo, mi jefe de establo procura que mi caballo se ejercite. De otro modo, Bello sería inmanejable.

—¿Bello es su caballo? —Lo miró, divertida.

—Así es. Mi hermana Jane lo nombró así. No me atreví a rechazar su sugerencia.

Parecía que tenía dos lados. Tenía una gentileza y una torpeza que la cautivaban. No obstante, no podía ignorar cuán atractivo y masculino era.

Quizás ella no estuviera buscando un esposo, pero sospechaba que Shillington sería un excelente compañero de cama. Ante la idea, la emoción le corrió por las venas. Se le acercó un poco, inhalando su picante aroma mientras estudiaba sus rasgos. Quizás podría ser su amante.

Cuatro

Henry no podía negar cuánto disfrutaba de la compañía de lady Akford. Tampoco podía recordar la última vez que hubiera trabado conversación tan fácilmente con una dama. Algo respecto de ella lo hacía sentir cómodo y querer compartir con ella su vida personal. Casi olvidó cuán peligrosa podía ser la señorita mientras caminaban por los senderos. Sin duda, una mujer como ella no tenía ningún interés genuino en él.

Observó a lady Akford, contemplando sus delicados rasgos. Sería muy fácil caer en su trampa. Ya lo tenía atrapado a medias con sus sonrisas fáciles y sus ojos sombríos. Le dolía el corazón por el escándalo y los chismes que aún corrían y que ella debía soportar. Lo invadió un deseo de ayudarla, a pesar de las consecuencias que eso podría acarrear. Por extraño que fuera, deseaba comprender las circunstancias de su pasado. Perdonar sus indiscreciones, pasara lo que pasara.

Pudieron divisar un banco de mármol junto a una fuente.

—¿Podemos sentarnos un momento?

—Me gustaría. —Lady Akford cambió el ángulo de su parasol para revelar más de su rostro.

Era, en efecto, una mujer deslumbrante, con los rasgos de una muñeca de porcelana y las curvas de una seductora. Las arrugas aún no se habían abierto paso por su rostro, y tenía unos cautivadores ojos rasgados, de aspecto felino, de color esmeralda. Su glorioso cabello cobrizo era lo que a él más le gustaba. Si tuviera que adivinar, diría que la señorita no tenía más de veinticinco. Sin duda, podría elegir a su gusto a cualquier caballero de la *alta sociedad*, de no ser por el maldito escándalo que manchaba su reputación.

Una vez que ella se hubiera acomodado en el banco, entre un mar de tafetán amarillo, él se sentó a su lado. Se le cruzaron por la cabeza imágenes de la noche anterior. Habían compartido un banco similar cuando ella había parloteado sobre su pasado antes de besarlo. Una parte de él ansiaba que lo volviera a hacer. Que acercara sus suaves y rosados labios a los de él, que tentara a su boca y le rogara que le hiciera olvidar su dolor. Parpadeó para alejar esa imprudente idea.

—¿En qué está pensando? —Lady Akford inclinó el mentón hacia él, que se sobresaltó al ser descubierto observándola y luego carraspeó.

—Pe-Pensaba en lo que usted dijo anoche. —No era la completa verdad, pero con eso bastaría.

—Oh. Le pido disculpas por mis palabras... y mis acciones. Me temo que había bebido muchas copas e hice completamente el ridículo. —Las mejillas se le tiñeron de escarlata, pero le sostuvo la mirada—. No acostumbro a excederme así, se lo aseguro.

—No piense más al respecto. —Le dio unas palmaditas en la mano, enguantada en cuero, antes de poder detenerse—. Quiero entender por qué acudió a lord Luvington cuando hubo

terminado su período de duelo. ¿Por qué no buscó una familia en su lugar?

Era un maldito imbécil. Había solo un tema que no debía hablar con ella, y él acababa de abrirle las puertas. Miró a otro lado, reprendiéndose internamente por su estupidez. Lady Akford dirigió la mirada al suelo.

—Es algo...

—Ahí estás —exclamó una voz femenina y animada.

Lady Wexil caminaba hacia ellos agitando su abanico en el aire. Le echó un vistazo a lady Akford, que se mordisqueó el labio inferior y no dijo una palabra. Los labios de Henry despidieron un suspiro de alivio. No quería saber la respuesta a su pregunta, no quería hablar de sus amigos con ella, y ahora no tendría que hacerlo. Gracias al cielo por la distracción.

—Estuve buscando por todos lados a mi querida prima. —Lady Wexil se quedó de pie cerca del banco—. Disculpe, lord Shillington, pero sencillamente debo llevarme a lady Akford.

—Desde luego. —Henry se puso de pie y ofreció ayuda a lady Akford para que hiciera lo mismo. Cuando ella puso su mano en la de él, lo asaltó una descarga de cosquillas. Algo de esa peligrosa belleza lo afectaba. ¿Se atrevería a explorarlo más?

—Gracias, lord Shillington.

No pudo desviar la atención de ella mientras se alejaba, charlando con lady Wexil. El contoneo de sus caderas lo fascinaba y cautivaba su atención del mismo modo en que su melodiosa voz lo envolvía. Cuando ella desapareció en una curva del sendero, se permitió dejarse caer nuevamente en el banco.

Cerró los ojos para evitar el sol de fin de tarde y puso el mentón sobre la palma de su mano. Era un maldito tonto. Era indiscutible. Lady Akford lo cautivaba. Alejarse de ella le resultaba igual de posible que evitar que el sol se pusiera. Por mucho que él quisiera.

—No me digas que ahora te gusta asolearte, Shillington.

La voz de Keery sacó a Henry de su estado de relajación. Sintió una sacudida en el pecho al notar que su hermana, lady Jane, iba del brazo de su libertino amigo. Se puso de pie rápidamente para rescatar a su hermana, aunque no parecía que esta requiriera ayuda alguna.

—Jane, ¿qué haces aquí afuera? ¿Y sola?

—No estoy sola. Más bien todo lo contrario. Como podrás ver, estoy con lord Keery, y mi doncella está detrás de nosotros, a una distancia apropiada.

Henry miró a Keery con el ceño fruncido cuando el sinvergüenza se atrevió a reírse, y luego volvió a enfocar su atención en Jane.

—Aun así, permíteme llevarte de regreso a la casa.

Jane dejó caer su mano del brazo de lord Keery. Le hizo una reverencia.

—Gracias por el agradable paseo, lord Keery.

—Fue un placer. —Keery le guiñó el ojo a Jane. Se acercó a Henry y se inclinó hacia él para susurrarle al oído—: Relájate. No tengo ningún interés en tu hermana. —Se irguió y le dirigió su desenfadada sonrisa a Jane—. Que tenga buen día, milady.

Henry observó a Keery y luego le ofreció su brazo a Jane. Ella lo miró con furia, pero de todas formas colocó sus dedos sobre la manga del saco de su hermano, que la guio de regreso a la casa mientras Keery siguió en la dirección contraria.

Su doncella aún no aparecía. Henry lidiaría con la sirvienta en cuanto tuviera oportunidad. Pensar que su hermanita había salido a dar un paseo con un vil libertino y su doncella —que para empezar no era buena chaperona— era inconcebible. Era inadmisible. Si se comportaba así, Jane terminaría siendo el objeto del último chisme, y sucedería antes de lo esperado. Giró la cabeza y la miró fijamente.

—Jane, no debes estar en compañía de lord Keery a menos que estés bien vigilada. Y aun así, preferiría que no lo hicieras. El hombre tiene su reputación y lo sabes muy bien.

Jane sacudió su abanico, golpeándolo.

—Estás siendo controlador, hermano. Te dije que mi doncella estaba con nosotros. Además, lord Keery es tu amigo. Jamás me haría daño.

—Tu doncella no aparece por ningún lado. —Henry fingió que miraba de aquí para allá—. Dime, ¿a dónde se habrá ido?

—Me temo que no lo sé con certeza. De todas formas, no pasó nada fuera de lo normal. Lord Keery fue un perfecto caballero. Solo me acompañó porque lady Gillian se sintió mal mientras estábamos paseando. Te aseguro que no fue más que un buen gesto.

—Que sea mi amigo no lo hace un buen pretendiente. —Henry dudaba mucho que las acciones de Keery hubieran sido honorables. Solo podía esperar que el sinvergüenza hubiera actuado cuidadosamente para ganarse el afecto de alguna otra señorita. Su querida hermana no tenía ni idea de hombres.

A pesar de sus tres temporadas anteriores, aún no había atraído la atención de ninguno. Quedaría indefensa ante los encantos de un experto sinvergüenza. ¿Acaso le habría ocurrido eso a lady Akford? ¿Habría quedado indefensa ante las insinuaciones de Luvington todos esos años atrás?

Jane le tiró del brazo.

—Quizás deberías preocuparte más por tu propia compañía y menos por la mía. ¿Qué haces con esa... esa...? Oh, sabes muy bien qué es.

Henry hizo que ambos se detuvieran y giró para mirar a su hermana.

—Lady Akford es una buena mujer que cometió un error en su juventud. Si te hubieran encontrado a solas con lord Keery, habrías estado en la misma situación. Arruinada sin remedio alguno.

Las mejillas de Jane se tornaron color escarlata.

—Es una meretriz. Todo el mundo lo dice.

La opinión de su hermana le molestó más de lo que le hubiese gustado admitir. Le empezó a latir un músculo de la quijada, en tanto luchaba por aplacar su ira, que iba en aumento.

—Lady Wexil y la duquesa Abernathy no opinan así, ni tampoco yo. El resto de la *alta sociedad* se equivoca.

—Muy bien, hermano. —Los ojos de Jane brillaron de indignación—. No cambia el hecho de que está arruinada ante los ojos de la *alta sociedad.* Heredarás un condado, eres un vizconde, por todos los cielos. Necesitas una esposa apropiada y deberías pasar el tiempo buscando una.

—Me preocupa más tu futuro. —Henry se dio vuelta y comenzó a caminar nuevamente.

Aunque él no quisiera admitirlo, Jane tenía razón. En efecto, necesitaba casarse, pero Jane se equivocaba respecto de lady Akford. El enfado se apoderó de él. ¿Y si su hermana estaba en lo cierto? El hecho de no poder defender sinceramente a lady Akford solo lo exasperaba aún más.

~

Claudia se reclinó en el diván del vestidor de Vivian, mientras su prima hablaba sin parar sobre las últimas tendencias. Había encargado dos nuevos vestidos de fiesta a la Sra. Brudette, y ahora estaba mostrándole uno a Claudia. La seda escarlata y negra caía en pliegues y cascadas que brillaban a la luz de las velas. Detrás de Vivian yacía colgado un vestido de encaje y seda color ciruela.

—Son tan encantadores que, cuando los vi, simplemente tuve que ir a buscarte. ¿Cómo podré elegir uno de los dos? El baile se acercará antes de que lo notemos, y debo ponerme uno de ellos. —Vivian se acercó el rojo y negro al pecho—. ¿Cuál prefieres tú?

Claudia no podía evitar la imagen mental de lord Shillington haciéndola girar por la pista de baile. ¿Cuándo había sido la última vez que un hombre había cautivado de tal forma su interés? Su corazón se retorció ante la respuesta. Julian, hacía seis años. Lo había amado con todo el corazón. Un enamoramiento tonto. Esto era completamente distinto. Ella no amaba a lord Shillington, solamente le gustaba. Jamás se permitiría volver a amar. El sentimiento solo provocaba dolor, y ella ya había sufrido suficiente.

—Claudia.

Al oír su nombre, salió de su ensimismamiento.

—El rojo te queda bien. —A decir verdad, cualquiera de los dos vestidos se vería deslumbrante en su prima. Claudia solo había dicho lo primero que se le ocurrió, y sucedió que Vivian tenía en las manos el vestido rojo.

—Estoy de acuerdo. Entonces, está decidido. —Vivian depositó el vestido sobre un sillón orejero y luego tomó asiento junto a Claudia—. Estás distraída, querida.

Claudia forzó una sonrisa.

—En absoluto.

—Nunca fuiste buena para mentir. Ahora, dime, ¿qué te tiene tan preocupada?

Claudia no podía discutir la afirmación de Vivian: siempre había sido pésima para mentir. Le devolvió la mirada a su prima.

—Preferiría no hablar del tema.

—¿Desde cuándo me escondes cosas? —Vivian se movió para acercarse a Claudia—. En una época, me contabas todo. Parece que no me di cuenta de que ahora me guardas secretos.

Cuando Vivian quería saber algo, era como un sabueso en una caza. No se desviaría de su curso hasta no atrapar a su presa. No tenía remedio. Claudia tendría que ser sincera.

—Lord Shillington. —Un suspiro salió flotando por entre sus labios—. Estaba pensando en lord Shillington.

—¡Lo sabía! Vi que los dos salieron juntos de la sala de música anoche. Y luego esta mañana, en la sala del desayuno... —Los ojos de Vivian centelleaban—. En ese momento sospeché algo, pero luego de encontrarlos juntos nuevamente esta tarde... Oh, Claudia, estoy muy feliz por ti. —Se le acercó y tomó una de las manos de Claudia en la suya, mientras una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro—. Sabía que cambiarías de opinión.

—¿Cambiar de opinión sobre qué? —Claudia abrió su abanico de una sacudida. No le gustaba hacia dónde se dirigía esta conversación.

—Sobre el matrimonio, tontita. —Vivian le apretó suavemente la mano.

—¿Ca-casarme? Cielos, no. —Claudia sintió cómo se le fue todo el color del rostro. De todas las cosas que Vivian podría haber dicho, Claudia no habría adivinado esa.

Vivian le soltó la mano, inclinando levemente la cabeza, con los ojos llenos de confusión.

—Si no estás pensando en matrimonio, entonces, ¿qué?

Claudia agitó con más rapidez su abanico, con el corazón desbocado.

—Te dije que no volveré a contraer matrimonio.

—Entonces, ¿por qué estás pensando en lord Shillington? —Vivian la observó con el entrecejo fruncido.

—Se me antoja tenerlo de amante. —Claudia miró a su prima, desafiándola a discutir la idea.

Vivian se puso de un pie de un salto de su sillón.

—¿De amante? ¿Acaso has perdido la cabeza? Eres una viuda joven. Necesitas un esposo.

—Por favor, Vivian. Tú eres una mujer casada. Ya sabes lo que sucede entre un hombre y una mujer. —Claudia observó a su prima, cuya reacción en parte le causaba gracia y, en parte, la hacía enojar. Vivian jamás la había juzgado, en todos estos años. Incluso cuando Julian no había luchado por ella, que se había visto obligada a casarse con Akford, Vivian se había mantenido a su lado.

—Sí, un hombre y una mujer casados. Lo que tú sugieres es... es escandaloso. ¿Acaso no tuviste ya suficiente de eso en tu vida?

Claudia se puso de pie para igualar la imponente altura de Vivian.

—Soy una viuda y tengo intenciones de disfrutar mi reciente libertad. Las viudas tienen amantes más a menudo de lo que quizás quieras admitir. El esconder la cabeza bajo la arena no evita que esto ocurra. En cuanto a provocar un escándalo, no es un problema. Seré discreta.

Vivian se puso de pie y caminó por la habitación.

—Eso podrá ser cierto, pero lord Shillington no es del tipo de hombre que tiene amante. Tiene una reputación intachable y es heredero a un condado. Tendrá intenciones de casarse. Recuerda mis palabras.

Claudia se abrazó el estómago, sintiendo náuseas.

—Ya lo veremos. —Se le quebró la voz, lo cual evidenció su falta de confianza.

Cinco

Conforme a su conversación de la tarde, Claudia apostaba a que lord Shillington planeaba ir de cabalgata por la noche. Ella pensaba acompañarlo. Vestida con su traje de montar esmeralda y un sombrero a juego, se sentó sobre su caballo, escaneando sus alrededores. Cuando Vivian y ella habían cabalgado juntas, habían cruzado el lado oeste de la propiedad, se habían adentrado en el bosque y luego habían seguido el río. Parecía una ruta tan probable como cualquiera.

Apretó el costado de su caballo con más fuerza de la pretendida, y el caballo salió disparado a medio galope. Sobresaltada, Claudia tomó con más fuerza las riendas y se concentró en lo que tenía adelante. Aunque no pudiera encontrar a lord Shillington, la cabalgata sería agradable. El cálido aire de verano la envolvía como el abrazo de un amante, y ella lo aprovechaba. No podía haber nada más liberador que cruzar la tierra sobre un caballo bien acondicionado.

Divisó un antiguo puente de piedra, del ancho del río poco profundo debajo de él. Desmontó del caballo y lo aseguró antes de caminar hacia el puente. El lugar despertó recuerdos emotivos de su pasado.

Julian le había dicho que la amaba por primera vez no muy lejos de este lugar. En aquel entonces, ella había sido una joven ilusa, cautivada por lo que él decía. De no haber sido por la deshonestidad de Akford y el escándalo que este había causado, bien podría haberle hecho caso. Suspiró y pasó la mano por las ásperas piedras. Se detuvo en medio del puente, reposó las manos en el borde y miró por encima de él.

El sonido del agua corriendo la relajaba, la sumergía aún más en sus pensamientos. Recordó la emoción que había sentido cuando Julian le propuso matrimonio. Después de aceptar su propuesta, Claudia había creído que estaban destinados a una vida de felicidad y amor verdadero. Lo había besado con total abandono y se había deleitado en la forma en que él le devolvió el beso. Y entonces...

El corazón le dio un vuelco cuando sus oídos escucharon un ruido de cascos. Se dio vuelta y observó el sendero. Se acercaba un caballero montando un alazán, pero Claudia no podía verle bien las facciones. *Por favor, que sea lord Shillington.* Se le aceleró el corazón. Entrecerró los ojos para intentar dilucidar las facciones del hombre. La sangre le cosquilleó al ver el apuesto rostro de lord Shillington.

Lo saludó con la mano.

—Lord Shillington.

Él desmontó de su caballo y lo llevó a un lugar cerca al de ella.

—Buenas tardes, lady Claudia.

—Y vaya que lo son. —Claudia sonrió, pero no hizo intento alguno de abandonar su posición

en el antiguo puente—. Acompáñeme un momento.

—Será un placer.

Claudia observó cómo los músculos de él se tensaron, llenando la manga de su levita, mientras ataba las riendas de su caballo a la rama de un árbol, tras lo cual hizo un nudo para mantenerlas en su lugar. Cuando se irguió por completo, Claudia tragó con dificultad. Era musculoso y fornido, con ojos suaves color café y cabello rubio y ondulado. Era una maravilla que ninguna mujer lo hubiera quitado del mercado del matrimonio.

¿Acaso escondía algún horrible secreto? Podría ser un salvaje como Akford. Un escalofrío le recorrió la columna. A decir verdad, no sabía nada sobre él. Quizás debería abandonar su poco astuto plan. ¿Qué haría si lo convertía en su amante y luego descubría que era un hombre desagradable? Incluso cruel. Volvió a mirar al serpenteante riachuelo debajo del puente.

Quizás Vivian tenía razón en afirmar que Claudia no debería tener un amante. Aunque, pensándolo bien, Vivian no había tenido objeciones para con Shillington como pareja. Más bien, su objeción había sido a que Claudia tuviera un amorío. Estaba pensando demasiado en el asunto. Respirando profundamente, alejó de su mente los inquietantes pensamientos.

Lord Shillington se paró a su lado. Su aroma masculino la calmaba. Reposó su mano en el borde del puente, junto a la de ella. Claudia estudió la palma de la mano y los largos dedos de él a través del cuero de sus guantes.

—¿Por qué no está casado?

Henry se movió incómodo y se frotó la mandíbula.

—Me sorprende que aún no lo sepa. No es ningún secreto que me atraía la duquesa de Goldstone, antes de que ella se casara con el duque. Le propuse matrimonio minutos antes de que él lo hiciera. —Lord Shillington giró y reposó la cadera contra el borde del puente—. Había estado esperando el momento, esperando que ella terminara su duelo. Nunca la cortejé, pero aun así yo la deseaba a toda costa. Me rechazó. Todas las viudas de Londres hablaron sin parar durante días después de eso.

Claudia levantó el mentón para devolverle la mirada.

—Lo siento. No debí haber preguntado.

—No tiene por qué disculparse. No tenía derecho a pedirle la mano, ni razón alguna para creer que ella aceptaría mi oferta. Mi orgullo salió más herido que mi corazón. —Una de las comisuras de sus labios de elevó.

Claudia creyó ver un destello de arrepentimiento. ¿O era dolor lo que había en lo profundo de sus ojos?

—¿Aún siente algún cariño por la dama? —Cerró fuertemente los labios para evitar la catarata de preguntas inapropiadas.

—Me agrada verla felizmente casada. Es mi amiga y siempre lo fue. No le deseo más que felicidad, y el duque parece cumplir con ese requisito —respondió lord Shillington, contemplando el paisaje.

Claudia no debía insistir con el tema. Aun así, no podía evitarlo. Algo en lo profundo de su ser la urgía a desvelar las respuestas que buscaba.

—¿Por qué no se casó con otra dama? —Se mordió el labio mientras esperaba una respuesta.

—Supongo que no estoy dispuesto a enfrentar otro rechazo.

Parecía que ambos eran más parecidos de lo que ella habría creído. Claudia puso una mano encima de la de él. El dolor del rechazo no era nada nuevo para ella. A pesar de todo lo que Akford había hecho, ella había intentado tener una relación normal con él. Él la había rechazado en casi toda oportunidad. A menudo, Claudia se preguntaba si Akford se habría casado con ella

para castigarla por elegir a Julian. Como fuera, tras sus primeros meses de matrimonio, resultó evidente que él ya no la deseaba.

—Comprendo.

—No imagino quién podría rechazarla a usted. —Lord Shillington le dirigió una sonrisa cálida, aunque reacia.

—Akford lo hizo. —A decir verdad, Julian también lo había hecho, pero ella ya no lo culpaba. Había sido una tonta al pretender que él la esperara todos esos años hasta que fuera libre —. La verdad es que nunca quise casarme con Akford. Cuando se desató el escándalo, parecía mi única opción. Había aceptado la propuesta de Julian, pero mi padre no quiso escucharme, creyendo que Akford era el mejor candidato. A decir verdad, no sé si Julian fue por mí o no. Si lo hizo, no dudo que mi padre lo haya rechazado. A pesar de todo, intenté ser buena esposa para con Akford.

—Akford era un maldito tonto. —El tono de lord Shillington se volvió duro.

La conversación se había vuelto demasiado seria, demasiado deprimente. A Claudia le pesaba el corazón por la descarga de malos recuerdos. Para intentar levantar el ánimo, quitó su mano de la de lord Shillington y le golpeó suavemente el hombro.

—Las traes. —Se tomó las faldas con una mano y cruzó corriendo el puente. Al pisar el césped junto al río, miró por encima de su hombro para comprobar dónde se encontraba lord Shillington. Él la persiguió con una amplia sonrisa en el rostro. La propia risa de Claudia resonaba alrededor de ambos—. Atrápame si puedes —le gritó por encima de su hombro.

La risa de él provocaba cosas extrañas a Claudia. Su sangre tomó temperatura y sintió una palpitación en el comienzo de sus muslos. Contempló la idea de arrojarse a sus brazos, pero en su lugar, optó por correr más rápido. Las piernas largas de Henry le daban ventaja. Antes de que ella pudiera alejarse demasiado, sintió un leve y cálido toque en el hombro.

—Las traes.

La voz de él la inundó. Dio una voltereta y, de alguna forma, su giro descontrolado logró hacer contacto con el costado de él.

—Las traes. —Se rio mientras se alejaba del alcance de lord Shillington.

—Te atraparé, muchachita —le gritó él, con tono juguetón.

Claudia no se atrevió a mirar atrás. Con una sonrisa, siguió corriendo por la ribera del río. No sabía exactamente qué la había impulsado a actuar de esa forma. Y lo que es más, no le importaba.

Henry envolvió con su fuerte brazo la cintura de ella y la presionó contra su pecho, causándole un revuelo en el corazón a la dama.

—Ya te tengo.

El calor de su aliento cuando dijo esas palabras la provocó. Cielos, cómo lo deseaba. Giró en sus brazos para enfrentarlo.

—Y ahora que me tienes... —Se mojó los labios—. ¿Qué harás conmigo?

—No estoy del todo seguro —respondió él, mirándola profundamente a los ojos, como si buscara algo.

Ella rompió la conexión al desviar la mirada hacia las líneas de su mandíbula y, luego, reposarla en sus labios. Ansiaba un beso de verdad, sentir los labios de él contra los suyos y sus manos explorándole el cuerpo. Le sostuvo una mejilla con una mano. El calor que él emanaba se filtró por el guante de ella y la invadió.

—Bésame.

Sin decir una palabra, él dejó caer su boca hacia la de ella. Sus labios se encontraron. Claudia

ansiaba lo que él tuviera para dar. Con osadía, le acarició el contorno de la mejilla con el pulgar y giró la cabeza de modo tal que el beso pudiera ser más profundo.

Él la sostuvo con más fuerza contra su duro pecho y le mordisqueó el labio inferior, lo que la llenó de emoción. Ella abrió los labios mientras él hacía más profundo el beso. Cuando sus lenguas se encontraron, las rodillas de Claudia amenazaron con ceder. Le envolvió los hombros con los brazos y se aferró a él con todas sus fuerzas.

Se perdió en las sensaciones que él le provocaba. En ese momento, no importaba nada más que ellos. Sus labios contra los suyos. Sus brazos envueltos alrededor del otro. Dos personas arrastradas por una ola de pasión, desesperadas por aferrarse una a la otra.

Seis

Henry no podía evitarlo. Cuando lady Akford susurró «Bésame», su cabeza se deshizo de toda lógica Dejó caer sus labios a los de ella como si no tuviera control ni opinión alguna en el asunto. Cuando sintió la sedosa piel de la dama contra la suya, y ella le acarició la mejilla con el delicado pulgar, Henry perdió toda noción del bien y del mal.

Su cuerpo la anhelaba a medida que seguía besándola. Su sabor lo volvió loco cuando su lengua entró a la boca de ella, dulce como la miel. Podía sentir cómo el corazón le latía contra el pecho. La suavidad de los senos de ella, aplastados contra su pecho, le provocaba una pasión ardiente por todo el cuerpo. Incentivado por las respuestas de ella, hizo más profundo el beso y se perdió en ella.

—Henry —jadeó ella contra sus labios.

Que susurrara así su nombre lo volvió loco. La acercó más contra él, ansioso por poseerla en todo sentido.

El relincho de un caballo se abrió paso a través de aquello que nublaba su buen juicio. Se trataba de lady Akford. La última mujer en toda Inglaterra a la que debería atreverse a abrazar. Se alejó de ella y le dio la espalda. Por todos los cielos, ¿qué había hecho? ¿Qué tenía esta mujer que lo hacía actuar tan fuera de lo normal?

Cuando logró recobrar la compostura, se volvió hacia ella, que le devolvió la mirada, con los ojos verdes muy abiertos y los tiernos labios hinchados por sus besos. Su estómago se contrajo de deseo y se esforzó por ignorar ese anhelo.

—No debí haber...

—No te atrevas. No digas una palabra más —gritó ella.

—Me temo que me perdí por un momento. —Atinó a tomarle la mano, pero ella la alejó de un sacudón. Su furia era evidente, pero aún ardían en sus ojos las brasas ardientes de pasión. Henry tragó con dificultad—. No volverá a suceder.

—¿Aunque yo no lo quiera así? —Claudia dio un paso hacia él.

La mezcla de emociones que cargaban sus ojos lo desafiaba. Quería volver a tomarla en sus brazos y alejarse de ella, todo al mismo tiempo.

No podía tenerla. Después de lo que ella había hecho en el pasado, no podía confiar en que lo quisiera. No hacía mucho tiempo había declarado su amor por el marqués de Luvington. Henry se rehusaba a ser el catalizador que le permitiera a esta señorita herir a Sarah, la marquesa de Luvington, otra vez.

—Lady Akford...

—Claudia. —Puso los brazos en jarras—. Detesto que me llamen por el nombre de ese salvaje.

A Henry se le partió el corazón, pero aun así se obligó a continuar.

—Quisiera que olvidemos lo que ocurrió. No debí haber...

Ella irguió la cabeza en alto.

—Si realmente es lo que deseas, olvidaré lo que compartimos aquí, pero no me insultes con disculpas. Yo no lo lamento, Henry. Lo volvería a hacer.

Su corazón se contrajo al escucharla decir su nombre de pila. Para ser sincero, él tampoco lo lamentaba. Solo lamentaba que no podría permitirse besarla otra vez.

—Muy bien. Regresemos a la casa. —Le ofreció su brazo, pero ella pasó a su lado, ignorando su oferta—. Al menos, permíteme ayudarte a montar. —Se paró junto al caballo de ella.

Sin decir una palabra, Claudia tomó la silla de montar y levantó un pie para él. Tomó las riendas en cuanto pudo y lo dejó parado junto al puente, observándola alejarse.

Un nuevo pesar le invadió el corazón al saber que la había lastimado. Si tan solo confiara en los propósitos de ella, sería el primero en cortejarla. Sin embargo, no confiaba en ella ni se permitiría hacerlo.

Montó en su caballo y se puso en marcha. Aunque ella no siguiera interesada en Luvington, si la cortejara, eso probablemente alteraría su amistad con Sarah, algo que él no estaba dispuesto a hacer. Sarah lo había ayudado durante su malestar luego de que la ahora duquesa de Goldstone lo rechazara por el duque. Henry quería creer que él también la había ayudado a ella. Al menos, había jugado un papel en convencerla de darle una oportunidad a Luvington. Valoraba demasiado su amistad con ella como para arriesgarse a dañarla.

El aire de fin de tarde lo azotó mientras salió del sendero del bosque hacia terreno abierto. Localizó a Claudia a una buena distancia, con sus rizos volando al viento. Para cuando él llegara al establo, ella ya estaría a salvo dentro de la casa. Luchó contra el impulso de alcanzarla. Lo mejor era que no volvieran a hablar esa noche. Necesitaba un tiempo a solas para procesar sus emociones, para forjar su determinación.

Cuando finalmente llegó al establo, desmontó de su caballo y le cedió las riendas a un mozo de cuadra. La mayoría de las noches se ocupaba él mismo de su caballo, pero en este momento ansiaba beber un trago.

—Procura que lo masajeen como corresponde.

—Sí, señor. —El mozo le hizo una reverencia.

Como él había supuesto, lady Akford ya había desaparecido hacia el interior de la casa. Caminó con largas zancadas hacia la puerta. Una vez adentro, le dio sus guantes y su sombrero al mayordomo antes de entrar al salón de fumar. No estaba de humor para tener compañía, pero la toleraría por una copa de oporto. Además, no se podía evitar la compañía cuando uno estaba en una fiesta en una casa.

Tras caminar por un laberinto de corredores, entró al salón de fumar. Se dirigió al aparador de inmediato y se sirvió una copa de oporto. El líquido color ámbar se deslizó por su garganta, y Henry disfrutó la reconfortante calidez que eso provocaba. Hizo girar la bebida dentro de la copa antes de beber lo que quedaba.

Si tan solo pudiera beber lo suficiente para olvidar el recuerdo de lady Akford —no, de Claudia— de su cabeza. Por desgracia, lady Wexil había planeado un musical para esa noche, y él no podía asistir ebrio. Se rehusaba a ponerse en vergüenza a sí mismo o a sus anfitriones.

Esos valores morales lo habían involucrado con Claudia en primer lugar. Tensó la mandíbula. Estaba seguro de que ella aparecería esta noche, porque ¿adónde más iría? Debería aprovechar la oportunidad para darle una explicación a la dama. Hacerla entender por qué no

podía volver a besarla.

Primero, tenía que cambiarse de ropa.



Claudia se sentó frente al tocador, temiendo la idea de ver a Henry tras hacer el ridículo de semejante manera. Arrojarse a los brazos de un hombre que no la quería. Pedirle un beso y luego rogarle que no se disculpe. ¿Acaso podía ser más cabeza de chorlito?

Se acarició con sus dedos el contorno de los labios, mientras los recuerdos del beso de Henry aún ardían en su interior. ¿Se habría imaginado la pasión que compartían? ¿O acaso él destrozaba de la misma forma a toda dama que besara? Los recuerdos de sus encuentros anteriores le pasaron por la mente. Recordó la incomodidad de él cerca de ella. Cómo había caído de su silla ese día en la sala del desayuno y luego había derramado el agua. Aquella vez que casi los había derribado a ambos al suelo en el jardín delataba su poca experiencia. Claudia no creía que él hubiera besado a muchas damas. Él la había deseado tanto como ella a él. No obstante, ¿dónde la dejaba eso? ¿Y qué había provocado que él se alejara?

Los malditos escándalos. No se podía culpar a Claudia por el escándalo de su juventud. Aun así, no podía negar sus acciones posteriores. Había acudido a Julian y había hecho una escena. Ese dato en particular no era de conocimiento de la *alta sociedad*, pero Henry claramente lo sabía. Los Luvington debían haberle contado la historia. ¿Henry aún creería que ella quería usarlo para llegar a Julia, o peor aún, para herir a lady Luvington? Ella jamás había querido causarle daño a nadie. Ni siquiera había sabido de lady Luvington cuando había ido a casa de Julian ese día.

Cuando Henry la había escoltado afuera la noche que se conocieron, ella no había tenido idea alguna de quién era él ni de su relación con los Luvington. Y aunque aún tuviera esperanzas de estar con Julian —cosa que no tenía en absoluto—, la idea de usar a Henry jamás se le había cruzado por la cabeza. A decir verdad, había romantizado su relación pasada y se había aferrado a ella todos esos años. Albergar esperanzas de un futuro con Julian le había dado esperanzas cuando Akford estaba en sus peores momentos. Cualquiera fuera el amor que ella y Luvington hubieran compartido, debía permanecer firmemente en el pasado.

¿Qué diferencia hacía todo ese asunto? No había forma de demostrar su valía ante lord Shillington ni ante sus pares. Al menos, ninguna que se le ocurriera en este momento. Tomó su abanico y se dirigió hacia la puerta. Ella debía tocar el piano mientras su prima cantaba para abrir el entretenimiento de la noche. Vivian se molestaría si no llegaba a tiempo a la sala de música.

Con la frente en alto, Claudia salió al corredor y se dirigió a las escaleras. No permitiría que Henry la amargara aún más, ni tampoco se convertiría en la más reciente señorita de moda de Londres. En su lugar, lo alejaría de su mente, desistiría de la idea de tener un amante y se concentraría en su nueva vida. Se había acabado eso de arrojarse a los brazos de hombres que no correspondieran su afecto.

—Lady Akford.

Claudia se quedó inmóvil y miró hacia atrás.

—Su alteza. —Le hizo una reverencia a la duquesa Abernathy, que le sonrió y se acercó a su lado.

—Parece que lord Shillington está interesado en ti, querida.

Claudia comenzó a caminar junto a la duquesa, y ambas continuaron caminando por el salón.

—Las apariencias a menudo engañan —respondió con aspereza.

—¿Estás segura? —insistió la duquesa.

—En efecto. —Claudia jugueteó nerviosamente con su abanico, deseando que pudieran hablar de otra cosa.

—Pues es una pena. Él es un buen partido. Un caballero y heredero a un condado. Será un espléndido esposo para alguna dama.

—Le daré mis mejores deseos a esa dama. —Claudia casi se atora al pronunciar las palabras. ¿Qué le pasaba? No tenía intenciones de casarse con él ni con nadie, pero aun así, los celos la invadían por dentro. La mera idea de que Henry desposara a otra mujer le partía el corazón.

—No te culpo. Yo nunca volví a casarme luego de que falleciera mi querido esposo. Admito que lo haría si llegara el caballero indicado, pero nunca busqué un candidato.

La duquesa empezó a descender por la escalera principal. Claudia la siguió, de pronto deseando sentarse tras el piano. Al menos, tocar la distraería levemente.

La duquesa le dedicó una sonrisa consoladora.

—No se te puede culpar por querer casarte otra vez luego de lo que soportaste. De todas formas, te advierto que mantengas abierta la posibilidad. El matrimonio es algo maravilloso cuando hay amor de por medio.

—Quizás, para algunos. —Claudia caminó junto a la duquesa por el largo corredor que llevaba a la sala de música. Creía en el amor, pero no creía que esa emoción tan efímera pudiera durar. De cualquier modo, no tenía importancia. Aunque fuera a casarse por amor, aun así quedaría bajo el control de un hombre, y eso jamás pasaría.

No, no volvería a casarse. Con nadie. Ni siquiera por amor.

Siete

Había pasado una semana desde que Henry se había parado al fondo del salón de música, con la atención fija en Claudia. Los minutos se habían convertido en horas esa noche, pero la oportunidad para acercársele nunca había surgido. Parecía que la dama lo había evitado a propósito, cosa que seguía haciendo todos estos días después. Debería estar complacido. Tenerla cerca solo le complicaba la vida. Aun así, no podía evitar que su mente evocara recuerdos de ella, ni tampoco podía evitar la traicionera reacción de su cuerpo cada vez que la veía. Ella provocaba que se le acelerara el pulso y le doliera el corazón. Más de una vez, Henry vio dolor e ira en los ojos de la dama. El saber que él había causado eso le pesaba mucho.

Ahora que la fiesta en la casa casi llegaba a su fin, se sentía más obligado que nunca a hablar con ella. No podía regresar a Londres sin dar una explicación y reparar el daño que habían causado sus besos apresurados. Claudia merecía saber por qué la había rechazado. Sencillamente no podía dejar las cosas como estaban.

Esa mañana, la mayoría de los invitados había salido de caza o estaba disfrutando otras actividades. Esta sería una perfecta oportunidad para procurar estar en compañía de Claudia. Se abrió paso hacia la sala, donde un sirviente le informó que podría encontrar a lady Wexil y a la duquesa Abernathy. Claudia pasaba mucho tiempo en compañía de esas damas, por lo cual era probable que ella también se presentara en la sala. Y de no ser así...

—Henry —lo llamó Jane desde atrás.

Henry volteó y la vio corriendo hacia él. Lo único que necesitaba en ese preciso momento era que su hermana interfiriera con sus planes. Volvió a mirar hacia la sala, ansioso por seguir su camino. Jane se detuvo junto a él.

—Estuve buscándote por todos lados. Estaba a punto de abandonar mi búsqueda cuando te localicé.

—¿Y cuál es la emergencia? —Arqueó una ceja, fingiendo indiferencia.

—Es solo que volveremos pronto a Londres y aún no me has llevado a cabalgar por el pueblo. Creí que quizás podríamos ir ahora. Si te encontraba, al menos, y al parecer, lo hice. —Le imploró con una dulce sonrisa de hermana.

Henry volvió a mirar hacia el salón, dudando cómo proceder. Qué suerte la suya: Jane también se había quedado en la casa y, en efecto, él le había prometido llevarla de compras. No podía decirle que iba camino a ver a Claudia. Hacerlo desencadenaría un aluvión de molestias. Volvió a enfocar su atención en Jane.

—Oh, muy bien. Entonces, ve a cambiarte y nos vemos en el salón de entrada.

—No me tardo.

Henry esperó que su hermana doblara por el corredor antes de continuar hacia la sala.

Lady Wexil estaba sentada en un sillón orejero cuando Henry entró. Miró a la dama y luego a su acompañante, la duquesa. La duquesa Abernathy era una vieja amiga suya, lo perdonaría por ser atrevido, pero ¿lo perdonaría su compañera? Se preparó para el mal momento, se aclaró la garganta e hizo una reverencia.

—Su alteza, lady Wexil.

—Lord Shillington, siéntese con nosotras. —La duquesa dejó su tejido en punto cruz a un lado y lo miró con semblante agradable—. ¿Qué hace aquí cuando todos los demás caballeros salieron a cazar?

Henry se posó sobre un diván de brocado cercano.

—Volví temprano y esperaba robarle un momento a lady Wexil. —¿Se negaría acaso a ayudarlo? ¿Y si lo hacía? Se le cerró la garganta. Quizás encontrara vulgar su petición. Después de todo, él no tenía derecho a estar a solas con Claudia. La mera idea era escandalosa, cosa que él entendía a la perfección.

Lady Wexil giró para mirarlo en forma más directa.

—Adelante. Tienes mi atención.

—Es un muy bello día. —Intentó conversar sobre algo trivial mientras buscaba el coraje para ignorar las costumbres.

La duquesa agitó su abanico con un brillo sagaz en los ojos.

—Dudo que buscaras a nuestra anfitriona para hablar del clima.

—Tiene toda la razón. Vine para hablar... para pedir... —¿Por qué le resultaba tan difícil decir las malditas palabras? Las palmas de las manos le empezaron a sudar, y su corbata parecía estar cada vez más ajustada. Se miró los zapatos, sin saber cómo proseguir.

—Continúa —lo alentó lady Wexil.

—Esperaba poder convencerla de...

—Buenos días, su alteza. Vivian.

Henry volteó la cabeza ante la interrupción.

Claudia hizo una reverencia y luego entró al salón sin dar gesto alguno —siquiera una inclinación de cabeza— que reconociera la presencia de Henry. Era evidente que seguía molesta con él. Henry se tragó su incomodidad y la observó con atención, desde sus rizos color cobrizo al dobladillo de sus faldas amarillas. Las mejillas de la dama se tiñeron de manchas rosadas, y sus ojos verdes brillaron.

—Lady Akford, qué agradable sorpresa. —Henry se puso de pie y le hizo una profunda reverencia. Ella lo miró rápidamente.

—Gracias, milord. —Le dedicó una sonrisa amigable y tomó asiento cerca de lady Wexil.

Henry no podía quitarle los ojos de encima. Esto era lo más cerca que había logrado estar de ella desde el día en que se habían besado. Era su primera oportunidad de explicarse, pero no podía hablar abiertamente en presencia de las otras señoras. Las consecuencias de su beso eran muy importantes. Era probable que Claudia quedara devastada por segunda vez si él intentaba hablar de lo que habían compartido.

La duquesa Abernathy se puso de pie y lo observó con un destello pícaro en la mirada antes de dirigirse a lady Wexil.

—¿Gustarías acompañarme a dar un paseo por los jardines, lady Wexil?

Claudia desvió su atención a la duquesa antes de mirar a su prima. Henry respiró con dificultad al ver la desesperación que cruzó el bello rostro de la dama. Había visto animales capturados que parecían estar más cómodos.

Lady Wexil se puso de pie.

—Sería un placer. Claudia...

—Quisiera hablar de un asunto privado contigo —intervino la duquesa. Miró a Henry e inclinó levemente la cabeza antes de partir junto a lady Wexil.

¿Cómo lo había adivinado? ¿O era una simple coincidencia?

—Con su permiso, milord. —Claudia se puso de pie.

—Quédate, por favor. —No estaba por encima de rogar tras haber esperado tanto tiempo para hablar con ella.

Claudia se enderezó, con un destello en los ojos.

—¿Para qué?

—Quisiera explicar mi comportamiento. No quiero dejar como están las cosas entre nosotros. —Se puso de pie, se acercó a ella y le tomó las manos—. Una vez me pediste lo mismo y te complací. Concédeme esa misma cortesía, Claudia.

Los ojos de la dama se suavizaron.

—Muy bien, siempre y cuando no tengas intenciones de disculparte.

—No lamento habernos besado, pero hay otras cuestiones. —Comenzó a guiarla hacia el diván—. Ven, siéntate y hablemos. —Se sentó a su lado, inclinándose hacia ella. Claudia echó los hombros hacia atrás, con la frente el alto y dirigiendo la mirada al ventanal. Henry deseó que lo mirará a él, pero quizás el hecho de que mirara hacia al ventanal en vez de a él haría más fácil lo que tenía para decir. Tomó aliento para calmarse—. Disfruto pasar tiempo contigo y he llegado a valorar tu amistad. Eres una mujer maravillosa, amable y hermosa. Lamento que no pueda pasar de eso.

Claudia giró la cabeza y su gélida mirada se encontró con la de él.

—Explíquese, por favor, milord. ¿Por qué es que solo podemos ser amigos?

Henry inhaló lentamente, buscando las palabras apropiadas y, al mismo tiempo, deseando poder cambiar de alguna forma las cosas entre ellos.

—¿Es mi pasado lo que te incomoda? —Sus frías palabras, como un golpe en el pecho, lo dejaron agitado y sin aliento.

—No. Sí. No. —Se quedó sin palabras, dudando cómo proseguir.

Claudia volvió a apartar la mirada, lo cual le provocó una extraña sensación en el corazón. Se acercó a ella y le puso una mano en la mejilla para recuperar su atención.

—Mírame, por favor.

Claudia permitió que él le girara la cabeza hasta que volviera a mirarlo de frente, pero no se esforzó por ser amable. Su boca permaneció firmemente cerrada mientras lo miraba fijamente.

—No me importa en absoluto el escándalo de tu juventud. Creo que fuiste una víctima inocente de las circunstancias. Una joven señorita que se dejó llevar por su primer amor. No hiciste nada malo y pagaste un terrible precio por ello. Si tan solo pudiera... —Negó con la cabeza—. No tiene importancia.

Claudia desvió su mirada al suelo.

—Julian.

—Aún lo amas. —Le quitó la mano de la mejilla.

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa.

—Estás equivocado.

—Pues ayúdame a entender. —Incluso mientras hablaba, sabía que nada de lo que ella dijera cambiaría nada. Aunque no tuviera sentimientos por Luvington, él aún debía proteger su amistad con Sarah. La realidad de la situación lo destrozaba.

—No sé qué compartí con Julian todos esos años atrás. Creí que era amor y creo que él creyó

lo mismo, pero él no me salvó. Esperé que él viniera. Desde el momento en que estalló el escándalo hasta el momento en que pronuncié mis votos para con Akford, rogué que lo hiciera. —Una expresión de dolor le invadió el hermoso rostro, derritiendo el hielo de sus ojos. Henry puso una mano sobre la de ella, desesperado por consolarla de alguna forma—. Me dije a mí misma que no podía venir. Que algo se lo impedía. Quizás yo tenía razón y mi padre se lo impidió. Como sea, él no luchó por mí, por nosotros. Supongo que jamás lo sabré y, a decir verdad, ya no importa, pero en aquel entonces... Cuando Akford me maltrataba, me reprendía... yo me aferraba a lo que creía que Julian y yo compartíamos. Me refugiaba en mis recuerdos y construía cuentos de hadas sobre un futuro con él. Así era como escapaba de mi insoportable realidad.

Henry escuchó con atención cada palabra. Se le partió el corazón por ella cuando su voz se quebró de la emoción. Ansió envolverla con los brazos cuando ella se quedó sin palabras. La vida le había jugado una terrible pasada a esta mujer, y él se moría por mejorar las cosas para ella.

—Cuando Akford falleció, su heredero, el nuevo lord Akford, me ordenó retirarme de la casa. Me fui solo con mis pertenencias, el dinero que había ahorrado los últimos cinco años y la parte de mi dote que Akford no había podido tocar. Gracias a Dios, todo eso sumó una pequeña fortuna que me permitió hacer lo que quisiera e ir a donde quisiera. Por desgracia, no sabía a dónde ir ni qué hacer, pero sí sabía que debía ver a Julian. Después de todo, lo que le hubiera impedido ir por mí, fuera lo que fuera, debía haberse resuelto después de seis años.

Henry le apretó suavemente la mano enguantada.

—No tienes que continuar.

Ella liberó su mano, se secó una lágrima errante del ojo y se puso de pie.

—No, tengo que decir esto. Cargué con este peso por demasiado tiempo.

Henry tomó el pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció. Ella negó con la cabeza antes de alejarse. Henry no podía dejar de admirar su fortaleza. La mayoría de las señoritas ya se habrían desvanecido.

—Para cuando llegué a la casa de Julian en la ciudad, me había convencido de que él aún me amaba. Que me recibiría con gusto de vuelta en su vida. Se disculparía por no ir a buscarme todos esos años atrás o, al menos, me explicaría por qué no había podido hacerlo. Me declararía su eterno amor. —Caminó lentamente hacia la ventana y se detuvo frente a ella—. Imagina mi sorpresa al encontrarlo felizmente casado. Aunque él no se preocupó por hacerme saber ese detalle en cuanto llegué. No, me dio falsas esperanzas, me permitió besarlo y declararle mi amor antes de considerar prudente el confesarme esa noticia en particular. Imagino que mi llegada lo habrá sorprendido.

Henry se puso de pie y se acercó a ella, con la mente llena de preguntas.

—Sin embargo, una vez que él te contó de su matrimonio, seguiste haciendo una escena. Insististe en que lo amabas y que ustedes eran el uno para el otro.

Claudia siguió viendo por la ventana, con el rostro impávido.

—Estaba desolada. Perdida. Todo aquello en lo que había creído, todo a lo que me había aferrado, se desmoronó en ese momento. Simplemente reaccioné sin pensar en mis palabras o acciones.

—¿Y ahora? —Henry se moría por ella, pero tenía que saber.

—Luego de que Julian me escoltó fuera de su casa, vine aquí, a ver a Vivian. Ella me dio una habitación y dijo que podía quedarme el tiempo que deseara. Ella solo sabía de lord Akford. Creo que supuso que mi melancolía se debía, en cierta forma, a su deceso. Lo que yo lamentaba eran

mis tontas nociones respecto a Julian. El fin de un sueño que yo había albergado desvergonzadamente por tanto tiempo. —Giró en dirección a Henry—. Me tomó un tiempo aceptar que había creado una fantasía. Y aún más tiempo entender por qué me había aferrado tan fuertemente a ella. Agradezco haber tenido mi amor ficticio para mantener la cordura durante los abusos de Akford, pero era solo eso... una fantasía y nada más. No deseo a Julian, así como él no me desea a mí.

Henry detectó sinceridad en los ojos de Claudia. Se sintió esperanzado al saber que ella no tenía sentimientos por Luvington. Luego la realidad destrozó esas esperanzas, dejándolo desanimado y con el corazón roto. Ella jamás sería suya. No podría tenerla sin herir a Sarah en el proceso, y eso era algo que él jamás haría.

—Ya abandoné los tontos sueños y los acepté como lo que son. Julian siguió adelante, quizás incluso antes de que yo desposara a Akford, y yo también deseo hacerlo. —Lo miró a los ojos—. Quisiera seguir adelante contigo, Henry.

Ocho

Claudia estudió a Henry mientras esperaba su respuesta. Había desnudado su alma ante él. ¿Cambiaría algo? ¿Importaba siquiera? Había necesitado contar la historia a alguien, y hacerlo parecía haberla librado de las cadenas de su pasado. Quizás debía conformarse con su libertad, que tan arduamente había conseguido, en vez de insistir con algo más con Henry.

Henry la miró ávidamente, como si él también estuviera analizando el interior de ella. Luego de un rato, Claudia ya no pudo tolerar el silencio. Le puso la mano en el hombro.

—Henry, ¿me oíste? Dije que quisiera seguir adelante contigo.

Él se mantuvo estoico por un largo rato antes de quitarle la mano a ella de su brazo y sostenerla en la suya.

—No tienes idea de cuánto desearía que eso fuera posible.

—Entonces, ¿no me crees? —Le tembló la voz. Sentía el calor de Henry a través de su guante, mientras él le acariciaba la mano con el pulgar.

—Veo en tus ojos que dices la verdad. Lo escucho en tu tono de voz. Mi motivo no tiene nada que ver con si te creo o no.

—Entonces, ¿a qué se debe? —Incluso al preguntarlo, supo que habían terminado antes de empezar. Aun así, sentía la abrumadora necesidad de entender.

Henry jugueteó con su chaleco.

—Sarah Luvington es mi muy querida amiga. No estoy dispuesto a poner en riesgo nuestra amistad.

Las palabras de Henry dejaron a Claudia sin aliento. Todo este tiempo, había creído que su escandaloso pasado y su comportamiento impropio de la noche que se habían conocido eran lo que impedía que ambos forjaran una relación más íntima. Había esperado que, si él llegara a entender su pasado, podrían dejarlo atrás. Pero ahora... no había forma de sortear una valiosa amistad, y no podía culparlo. Ni tampoco podía pedirle que abandonara su amistad para tener un discreto romance con ella. Sería injusto incluso sugerir un acuerdo así.

Quitó su mano de la de él.

—Ya veo. —Entender su postura no evitó que la invadiera una ola de lamento. Ni siquiera había considerado tener un amante hasta que él había entrado a su vida, cual caballero blanco listo para salvarla de sí misma. Si no podía tenerlo a él en su cama, no quería a nadie más. Habiendo dicho todo lo que había por decir, comenzó a girar para retirarse.

Él se le acercó y colocó su mano en el brazo de ella, impidiéndole salir de la sala.

—Claudia, espera.

El estómago de Claudia ardió repentinamente de deseo. Volteó con un pequeño destello de esperanza en el alma. Quizá tenían esperanza después de todo. *Deja de ser tan cabeza de*

chorlito. Se regañó a sí misma y miró a Henry a los ojos, de un cálido color café.

—Eres una dama asombrosa, valiente, inteligente y hermosa. Y esos son meramente algunos de tus atributos. Algún día, encontrarás a un caballero que pueda dedicarse a ti como tú lo mereces.

Claudia podía decirle que no deseaba a otro caballero. Debía decirle que jamás volvería a casarse, pero su orgullo ya había sufrido y no quería dañarlo aún más. En vez de hablar, asintió con la cabeza.

—Volveré a Londres por la mañana —dijo Henry, con arrepentimiento marcado en cada rasgo.

Un nuevo dolor invadió a Claudia. ¿Volvería a verlo alguna vez? Se mordió el interior de la mejilla. Sería mejor que él se fuera.

—Buen viaje, Henry.

Este le dio un beso en la frente.

Su aroma picante y masculino la envolvió. Claudia respiró con dificultad, deseando poder detener el tiempo. Sus párpados se agitaron y se cerraron cuando los cálidos labios de él hicieron contacto con su piel. Este era el adiós. No por ahora, sino para siempre. Cuando él se alejó, ella mantuvo los ojos cerrados, saboreando el hecho de sentirlo. Cuando los abrió, se encontró sola.

El tiempo pareció detenerse mientras ella observaba los estampados del empapelado de seda, recorriéndolos una y otra vez. Tenía la mente en blanco y su cuerpo era un caos, mientras se aferraba a la sensación de los labios de Henry sobre su piel. ¿Cómo podía sentir tanto la pérdida de un hombre que había conocido hacía menos de quince días?

—Claudia.

¿Vivian? ¿Cuándo había entrado su prima a la sala?

—No creerás lo que escuché. —Los ojos le brillaban con deleite.

Claudia no imaginaba que fuera a importarle. Fuera lo que fuera, no estaría ni cerca de lo ocurrido este día ni del caos de su cabeza. Aun así, Vivian parecía entusiasmada, y a Claudia le vendría bien una distracción.

—Cuéntame.

—Estaba bajando las escaleras cuando unas voces del vestíbulo llamaron mi atención. Por curiosidad, caminé más despacio, y ahí fue cuando lo oí. —Vivian sonrió.

—¿Qué oíste? —Claudia ya estaba aburriéndose de la conversación. Deseaba retirarse a su alcoba y descansar el cuerpo y la mente. Necesitaba una buena noche de sueño para recuperarse.

—Lord Shillington le informó a su hermana que se irían por la mañana, pero eso fue solo el comienzo. —Vivian tomó la mano de Claudia—. Lady Jane no estaba contenta. Exigió saber el porqué. No parecía que lord Shillington planeara darle una respuesta directa, pero luego... —Vivian se inclinó hacia Claudia—. Escuché que le dijo que te estima. Que sería demasiado fácil enamorarse de ti.

Claudia quitó sus manos de las de Vivian como si se hubiera quemado. Se acercó a la chimenea e inhaló con dificultad.

—No tiene importancia. No podemos estar juntos.

Vivian se acercó a su lado.

—No seas tonta. Tiene mucha importancia. No puedes dejar que se escape.

Claudia miró a su prima.

—Ya lo hice. Lord Shillington y yo no tenemos futuro. Como ya te dije, no volveré a casarme. Lo quería como amante. Es como tú dijiste: él necesita una esposa. Por ende, terminamos.

—¿Por qué? Sé que lo estimas. Lo veo en tus ojos y en las sonrisas que escondes cuando él entra a algún lugar. El hecho de que desearas que fuera tu amante demuestra que lo quieres. Y sabemos que él también te estima. No desperdicies una oportunidad de ser feliz de verdad.

El corazón de Claudia latía desbocado. Había llegado a estimar a Henry, pero aun si deseara casarse de nuevo, ellos seguirían condenados a no estar juntos. Vivian tenía buenas intenciones, pero no entendía todo. Ella no sabía nada de la barrera que creaba la amistad de Henry con lady Luvington, ni que Claudia había acudido a Julian antes de venir aquí, ni mucho menos de los tortuosos años que Claudia había soportado bajo el control de Akford. Intentó esbozar una sonrisa.

—Si me disculpas, quisiera retirarme.

Vivian suspiró.

—Muy bien, si insistes. Pero te ruego que consideres a lord Shillington antes de que la oportunidad ya no esté.

Claudia sintió el dolor de esas palabras mientras salió de la habitación. Podía ir a verlo y rogarle que lo pensara de nuevo. Quizás hasta podría hacerlo cambiar de opinión y hacer que la tomara en sus brazos. Podrían disfrutar un romance discreto. Quizás hasta un compromiso de por vida fuera del matrimonio. Ese tipo de cosas ocurría con frecuencia.

Ahuyentó esas cavilaciones. No porque se opusiera a la idea, sino porque no estaba dispuesta a ponerse en ridículo una vez más. Prefería que se separaran teniéndose mutuamente en estima. Si se atrevieran a tener algo más, no terminaría bien. Con el tiempo, él tendría que casarse, ¿y qué pasaría con ella cuando lo hiciera?

~

Henry estaba en la terraza con una copa de cristal en la mano. Había creído que estaría tranquilo tras hablar con Claudia. Bueno, se sentía algo aliviado por haber dado una explicación, pero también deseaba que las cosas fueran diferentes. Si ella fuera cualquier otra mujer, él la estaría cortejando con la idea del matrimonio. En su lugar, estaba escapando de regreso a Londres para huir de la creciente atracción que sentía por ella.

No quedaba alternativa. Si se quedaba, perdería el corazón a manos de la dama y, pronto, también perdería su amistad con Sarah. Había intentado explicarle todo a Jane cuando había ido a buscarla para dar el paseo por el pueblo. Ella estaba de acuerdo en que Claudia era completamente inapropiada, pero los motivos de su hermano no le habían importado en absoluto. Al final, había accedido a irse temprano de la fiesta, aunque tan solo fuera para mantenerlo alejado de «la mujerzuela». La sangre de Henry hervía ante la mera idea de que alguien se refiriera a Claudia de ese modo. *No te corresponde protegerla.* Se había recordado eso a sí mismo al menos una docena de veces, pero eso no cambiaba el hecho de que él quería que lo fuera.

Bebió un abundante trago de su oporto. Con el tiempo, encontraría una dama adecuada. Una que lo hiciera olvidar a la encantadora y hermosa Claudia. Diablos. No quería olvidarla. Quería tenerla, defenderla y mantenerla a salvo.

—Lord Shillington, supe que regresará a Londres por la mañana. —La duquesa Abernathy se le acercó.

—Estuvo hablando con Jane. —No tuvo que esperar a que la duquesa asintiera para saber que estaba en lo cierto. Su hermana siempre había sido demasiado charlatana con sus amigas.

Henry jamás entendería cómo Jane se había vuelto tan poco popular en público.

—Extrañaremos su presencia —dijo la duquesa, y sacudió su abanico frente a su rostro—. Me atrevería a decir que parecía que usted y lady Akford estaban llevándose muy bien.

Henry tensó la mandíbula. Claudia era el último tema del que deseaba hablar. Aun así, no podía ser grosero.

—Es una dama encantadora.

—¿Sabía usted que planea comprar una casa en Londres?

Henry no conocía los planes de Claudia, pero tenía sentido que ella quisiera instalarse en una residencia propia.

—No estaba al tanto.

—En Mayfair, creo. ¿No sería maravilloso si comprara una mansión en Grosvenor Square? Así, sería nuestra vecina.

A Henry le empezó a dar vueltas la cabeza. ¿Su vecina? Eso no podía ser. ¿Cómo lograría dejarla en el pasado si fueran a vivir tan cerca?

—¿Está bien, milord? —La duquesa lo miró con los ojos muy abiertos—. Luces como si hubieras visto un fantasma.

—Parece que el oporto me está afectando al estómago. Creo que mejor me retiraré por esta noche. —Mostró la copa que llevaba en la mano.

—De acuerdo. Buen viaje mañana. —La duquesa esperó que Henry hiciera una reverencia, y luego caminó por la terraza para conversar con lord y lady Wexil.

Henry entró a la casa, dejó su copa sobre una bandeja y se retiró a su dormitorio. Mientras tanto, la mención de que Claudia viviera tan cerca de él le pasaba por la mente. No podía permitirse. Seguramente se volvería loco si la tuviera tan cerca, pero al mismo tiempo la tuviera prohibida.

¿Grosvenor Square? Se le aceleró el pulso. ¿Acaso había juzgado mal la sinceridad de la dama? Había muchas otras propiedades adecuadas en Mayfair. ¿Por qué querría ella vivir tan cerca de Julian si realmente no tenía esperanzas de que su relación continuara? O la duquesa estaba equivocada o Claudia lo había engañado. No veía la hora de alejarse de ese lugar y de Claudia.

Nueve

—No puedes mantenerte mucho más tiempo alejado de la sociedad. La gente ya está hablando. Dicen que ella te rompió el corazón. —Jane mordió su bizcocho.

Henry adoraba a su hermana, pero su insistencia en este tema en particular lo volvía loco. Había regresado a Londres hacía poco menos de dos semanas, y no tenía dudas de que Claudia había hecho lo mismo.

Jane le había informado hacía varios días que Claudia había comprado una casa en Mayfair. Para deleite de Henry, la nueva residencia de la dama estaba a una prudente distancia, en Berkeley Square. Ahora quería limitar las posibilidades de encontrársela.

Dejó su bizcocho en el plato, de pronto sin hambre.

—Pues que hablen. No es que yo la haya cortejado. Cualquier ser pensante puede ver que estoy bien.

—Desde luego. Porque la gente que está bien se esconde de sus semejantes. —Jane puso los ojos en blanco de manera poco femenina, un gesto que se reservaba solo para sus hermanos.

—No me escondo. Aún asisto a mis clubes y doy mi cabalgata vespertina por el parque. No debería importar si evito bailes y veladas. —No tenía el corazón roto. La idea era una tontería. Simplemente prefería evitar encontrarse a Claudia por el momento. No confiaba en sí mismo cerca de ella y no tenía intenciones de convertirse en objeto del chisme más reciente. Más allá de que la extrañaba constantemente, no había ningún problema. Prefería que eso siguiera así.

—Sí que importa y lo sabes. —Jane lo miró fijamente—. Además, como eres mi chaperón, yo también me estoy ausentando de la sociedad. ¿Acaso deseas que jamás me case?

—Claro que no. —Dejó su taza sobre la mesa con un ruido metálico. Ver que Jane se casara era una de sus principales prioridades.

—Maravilloso. Entonces, mañana en la noche me escoltarás al baile en Almack’s —dijo Jane, con una sonrisa triunfante.

Henry respiró hondo.

—Puedo escoltarte a cientos de bailes, pero eso no mejorará tus posibilidades de matrimonio si no pierdes algo de timidez. —Le resultaba irritante que la tarea de acompañar a Jane recayera en él, cuando tenían dos hermanos muy capaces y dos padres con buena salud.

—No soy tímida. —Jane hizo una mueca con la barbilla.

—Yo diría que sí. Incluso estando entre amigos en casa de lord y lady Wexil, te pasaste todo el tiempo escondida en la biblioteca o manteniéndote al margen de toda actividad. La única vez que te esforzaste por interactuar fuera de tu círculo fue cuando te descubrí caminando con lord Keery. —Henry se enfureció ante la mera mención de ese incidente en particular.

—Que, debo agregar, era una compañía totalmente aceptable.

Jane no tenía idea de lo afortunada que había sido de que nadie más la encontrara a solas con ese libertino. Casualmente, su dama de compañía se había detenido para ayudar a una criatura lastimada y, al hacerlo, se había quedado sorprendentemente atrás. Podría haber sido la ruina de Jane. Lo habría sido si la hubiera encontrado alguien más que Henry.

—Mucho mejor que tú, que frecuentabas la compañía de lady Akford. La perseguías por toda la casa y, ahora, te escondes de ella, cuando al mismo tiempo estás enamorado de la dama. Estás haciendo el ridículo. —Jane tomó otro bizcocho.

—Estás delirando, querida hermana. No estoy enamorado de nadie. —Fingió desinterés mientras tomó su taza de porcelana. A decir verdad, su corazón añoraba a Claudia.

—Creo que sería mejor si fueras a buscarla. Al menos, los chismes serían entretenidos.

—¡Suficiente! —le espetó Henry, con el ceño fruncido—. Te escoltaré al baile, pero no debes volver a mencionar a lady Akford. —dijo, con la mandíbula temblando por el esfuerzo de contener la ira.

—Como gustes. Estaré lista para las nueve. No llegues tarde a buscarme. —Jane le dedicó una sonrisa radiante. El exabrupto de su hermano no le había molestado.

Henry tomó el periódico *The Times*, pero solo fingió leer las palabras de las páginas. A decir verdad, se sentía tenso y confundido. Jane tenía razón. No sobre esa tontería de su corazón roto, sino sobre que pasaba mucho tiempo pensando en Claudia.

La dama lo perseguía en sus sueños cada noche, y Henry no podía pasar ni un día sin recordar los tiernos momentos que habían compartido. En más de una ocasión, se había rendido ante los recuerdos y había revivido su beso, con toda su ardiente pasión. No era amor, sino un enamoramiento al que seguiría resistiéndose. Verla ahora demostraría demasiado, y Henry no podía poner su corazón en riesgo. ¿Y si ella fuera a Almack's?

Se le aceleró el pulso ante la mera idea. Una tontería, desde luego. Con lo exclusivo que era Almack's, no había posibilidad de que Claudia estuviera allí. No tenía motivos para preocuparse. Los mecenas jamás la aprobarían, y mucho menos le ofrecerían un cupón. Por el bien de ella, Henry deseaba que esto no hubiera sido así, pero por su propio bien, estaba agradecido. Esta salida no le haría daño. Quizás hasta complacería a Jane lo suficiente como para poner fin a su constante insistencia.

—Me voy a la modista. Asegúrate de tener tu propia vestimenta lista. —Jane se puso de pie, se acercó a Henry y dio un beso en el aire, cerca de su mejilla—. Te hará bien volver a la sociedad, Henry. Ya lo verás.

Claro que le haría bien. Henry observó a su hermana salir de la habitación con un leve brinco en su andar. Sin duda, la muy descarada parecía orgullosa de sí misma. Henry dejó el periódico sobre la mesa, resignado a hacer lo que le correspondía.

Ahora que había terminado de comer y Jane se había ido, se colocó el sombrero y los guantes y partió hacia Tattesall's. No necesitaba otro caballo realmente, sino que más bien buscaba la distracción que comprar uno nuevo le proporcionaría. Cuando llegó a la esquina de Hyde Park, se abrió paso entre el mar de caballeros que había en el lugar para inspeccionar a los caballos que se subastarían ese día.

Un purasangre negro grande llamó su atención, por lo que se acercó para verlo mejor. El animal agitó la cabeza y relinchó a medida que él se acercaba. Henry analizó la fuerte contextura del semental y estiró el brazo para acariciarle el cuello.

—No ganarás ese fácilmente, Shillington.

Henry volteó para encontrarse a Keery, que se acercaba rápidamente.

—Imagino que no. Parece ser un muy buen ejemplar.

—Yo mismo lo estuve viendo hace un rato. Tiene buena salud y está en condiciones, tanto en velocidad como en resistencia, por no mencionar su potencial de reproducción. Podría ser el mejor caballo que haya habido este año.

Henry retiró la mano de la cabeza del semental.

—¿Piensas hacer una oferta por él?

—Aún tengo que decidirlo, pero puedes estar seguro de que otros lo harán, aunque yo no lo haga.

Henry volvió a mirar al caballo. Una sana guerra de ofertas y la adrenalina que eso conllevaba serían una excelente distracción.

—Pueden ofrecer todo lo que quieran, pero yo pienso ganar.

Keery soltó una risita y dio unas palmadas a Henry en el hombro.

—No dudo que darás lo mejor.

Henry caminó junto a Keery hacia el jardín central, esperando a que comenzara la subasta. El aire que rodeaba a los caballeros, reunidos allí para su oportunidad de ser parte de la acción, rebosaba de emoción y alegría. Miró a su alrededor, percatándose de la presencia de una gran cantidad de sus conocidos en la multitud.

—¿Quién más tiene intenciones de ofertar por el semental?

—Lord Garrett y lord Ruxhall, junto con muchos otros, supongo. —Keery se apoyó contra la pared de una forma casual poco digna de su posición—. Perdóname por preguntarte, pero ¿sigues interesado en lady Akford?

Henry casi se ahoga ante la pregunta. Sintió amargura en el estómago de solo pensar en que este libertino se hubiera fijado en Claudia. Ella merecía mucho más que un hombre que la usaría y luego la descartaría cuando se cansara.

—No —contestó Henry entre dientes.

—¿Dices que has perdido interés o que ella ya no está disponible?

—No me corresponde a mí decidir. Ella no me pertenece. —Henry cerró los puños al costado del cuerpo, intentando controlar sus fuertes emociones. Deseaba desesperadamente que Keery se mantuviera alejado de Claudia, pero no tenía derecho alguno a interferir en la vida de ella.

—Muy bien. —Keery se enderezó cuando trajeron al primer caballo.

Cuando se presentó al semental negro, Henry se abocó a ofertar con una frenética necesidad de concentrarse en cualquier cosa que no fueran Claudia y Keery.

~

Con ayuda de la duquesa Abernathy y Vivian, Claudia se había instalado muy bien en su casa de Berkeley Square. Echó un vistazo a su salón principal, complacida con el resultado. De las ventanas colgaban cortinas de terciopelo verde; una alfombra verde a juego cubría el suelo, y el espacio estaba lleno de muebles en colores crema y dorado con detalles en verde. Cada cuarto tenía el toque personal de Claudia, y la casa estaba provista de personal. Este era su hogar.

El estoico mayordomo se paró en el umbral de la puerta.

—Su alteza, la duquesa Abernathy —anunció antes de hacerse a un lado.

Claudia se puso de pie para hacer una reverencia cuando la duquesa entró a la habitación.

—Tengo una invitación que no podrás rechazar —dijo la duquesa Abernathy, acomodándose en un sillón orejero.

Claudia la siguió, volviendo a tomar asiento. En verdad adoraba a la duquesa y le estaba muy

agradecida, pero desearía que su alteza dejara de conseguirle invitaciones.

La duquesa la había invitado a un evento tras otro desde el día en que Claudia se había instalado en su residencia de Berkeley Square. Insistía en que su amiga debía mostrarse para lograr que la aceptaran.

Sin lugar a dudas, la duquesa Abernathy estaba en lo cierto, pero aun así, Claudia no podía reunir el coraje para aceptar ninguna invitación. La mera idea de encontrarse a lord y lady Luvington o, peor aún, a Henry, le provocaba mareos. Entre los chismes de la *alta sociedad* y la posibilidad de cruzarse con cualquiera de ellos, prefería quedarse en su casa.

Frunció el entrecejo.

—Es maravilloso que se tome tanto trabajo por mí, y no olvidaré su amabilidad, pero simplemente no estoy lista para reincorporarme a la sociedad.

La duquesa inclinó la cabeza a un lado, como si sopesara a Claudia.

—Hablamos de Almack's, querida. Una siempre está lista para Almack's. —Sacó una pequeña tarjeta con las palabras *Cupón de señoritas Almack's* escritas en la parte superior—. De seguro no hace falta explicarte cuán importante es esto. Tan solo ser vista allí te reintroducirá en la sociedad.

El corazón de Claudia se agitó. Sabía muy bien las implicaciones de una invitación a uno de los exclusivos bailes de Almack's. Lo que no podía entender es por qué los mecenas habrían de aprobarla a ella.

—¿Cómo es posible?

La duquesa golpeó suavemente la esquina de la tarjeta con su dedo enguantado.

—No tiene importancia. A la *alta sociedad* no le importará cómo llegaste allí, sino el hecho de que estés. Es tu oportunidad de redimirte. —Le extendió el cupón—. ¿Asistirás?

Claudia miró al suelo. Era una oportunidad maravillosa, pero ¿cómo podría aceptarla? Su reputación estaba en ruinas. Su nombre era objeto de susurros en cada sala de estar de Londres, y todas las puertas de la *alta sociedad* permanecían cerradas para ella. ¿La habrían aceptado únicamente para poder exhibirla? ¿Qué tan mortificante sería eso? Volvió a mirar a la duquesa.

—No veo cómo podría. De seguro, esto debe ser un error. Jamás conocí a los mecenas como para ganarme su aprobación.

—En absoluto, querida. Yo misma conseguí tu invitación. Casualmente, conociste a algunos de los mecenas en la fiesta de lady Wexil. El único error sería rechazar esta oportunidad. Debes dejar de preocuparte y acceder a acompañarme. —Observó a Claudia con sus cálidos ojos marrones—. Permaneceré a tu lado toda la noche.

Claudia se quitó pelusas invisibles de la falda.

—¿Existe la posibilidad de que lord y lady Luvington asistan? Me temo que no les agradaría verme.

La duquesa Abernathy se inclinó hacia Claudia y dejó caer la tarjeta sobre su falda.

—Siguen en Escocia. De verdad, debes dejar de preocuparte. Lady Luvington es una buena amiga mía, y te aseguro que no te guardará rencor alguno. De eso estoy segura.

Claudia la miró a los ojos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no sería propio de ella hacerlo. Además, cuando se entere de la atracción entre lord Shillington y tú, sabrá que no tienes intenciones para con su esposo. Apostaría a que ya te perdono, teniendo en cuenta que tú no sabías que ella y lord Luvington se habían casado. Al final, todo resultó bien. No tiene motivos para guardarte rencor.

Claudia se quedó momentáneamente sin aliento ante la mención de Henry. Le tomó unos

cuantos segundos recuperarse. Sabía que había chismes, pero ella jamás había dicho nada para confirmar sus sentimientos hacia él. Desde luego, la duquesa ya lo había sospechado en la fiesta. Aun así, después de haber pasado tanto tiempo con la duquesa Abernathy sin mencionar siquiera a Henry...

—No hay nada entre lord Shillington y yo.

—¿Nada, dices? —preguntó la duquesa, con los ojos entrecerrados.

—Ya no —aclaró Claudia, con las mejillas sonrojadas.

—Todos dicen que tú le rompiste el corazón, pero yo considero que él te lo rompió a ti. Soy muy buena escuchando, querida, por si quieres hablar del tema —ofreció la duquesa Abernathy, dedicándole una sonrisa amigable.

Claudia sacudió su abanico en un intento de aplacar el ardor de sus mejillas.

—No hubo ningún corazón roto. Sentimos una atracción mutua, pero eso no llevó a ninguna parte. Nos separamos en buenos términos.

—Pues es una pena. Harían una excelente pareja.

Claudia no pudo evitar preguntarse si Henry la extrañaría como ella a él. Egoístamente, esperaba que así fuera. Más que nada, anhelaba dejar de desearlo tanto. No tenía el más mínimo sentido extrañar a un hombre a quien no se atrevía a amar. Él tendría que casarse. Era una exigencia propia de ser heredero a un condado. Ese solo hecho lo volvía completamente inapropiado para ella.

—¿Me permites curiosear un poco? —preguntó la duquesa—. No puedo evitar preguntarme si tu renuencia a presentarte en público tendrá poco que ver con tu pequeño pecado y, más bien, mucho que ver con lord Shillington.

Claudia no pudo evitar la sonrisa que se extendió por sus labios ante la acertada apreciación de la duquesa. No obstante, preferiría arrojarse a sí misma a las masas antes que admitir su estupidez.

—Me complace aceptar la invitación, su alteza.

—Espléndido. Pasaré en mi carruaje a las diez en punto a buscarte. Debemos llegar un poco tarde, como es costumbre. —Depositó su abanico en su falda y guiñó el ojo en forma poco femenina—. ¿Tienes algún vestido para la ocasión? De no ser así, mi modista es más que capaz de terminar un vestido con poca anticipación.

Claudia tomó la invitación y la analizó.

—Gracias, pero no es para nada necesario. Pedí un nuevo guardarropa cuando salí del luto. Muchos de mis vestidos son adecuados para la ocasión. —El vestido de seda color zafiro que había usado la noche en que ella y Henry se habían conocido sería perfecto para Almack’s. Su corazón dio un extraño salto ante la idea.

Se mordió el labio. Quizás debería plantearse tener un amante después de todo. Otro caballero en su cama podría distraer su atención de Henry. Miró a la duquesa y se preguntó si su alteza alguna vez habría tenido un amorío.

Diez

Henry estaba de pie cerca de la entrada a las salas de reunión. Jane y él habían llegado hacía casi una hora, y su hermana aún no había bailado. No dejaba de decir que no era tímida, pero la prueba estaba en las raíces que parecía haber echado y que la anclaban constantemente a la pared.

Henry se abrió paso entre la multitud, decidido a ver a su hermana en la pista de baile, aunque eso implicara ser él su compañero. El baile estaba en pleno apogeo, y la élite de la sociedad bailaba, coqueteaba y charlaba en cada espacio libre del lugar. Sin embargo, Jane permanecía al margen, sentada con las demás jóvenes, con la cara escondida tras su abanico. Henry no podía entender por qué su hermana insistía en asistir a estas cosas cuando jamás se molestaba en interactuar. Suponía que Jane merecía algo de crédito por asistir, aunque se quedara al margen de toda actividad una vez que llegaba.

Luego de abrirse paso por la habitación, se paró frente a su hermana.

—No pude evitar notar que no estás bailando, Jane.

—Qué perspicaz eres —dijo Jane, bajando su abanico—. Nadie firmó mi tarjeta de baile.

—¿Alguna vez consideraste que eso se debe a que te escondes tras tu abanico, con la espalda firmemente apoyada en la pared? Nadie puede verte, por todos los cielos. —No podía resistirse a señalar lo obvio.

—Si viniste a insultarme, te sugiero que te marches. —La angustia era visible en sus ojos.

—Al contrario, vine a pedirte la próxima pieza. —Le ofreció el brazo, lamentando sus duras palabras. No había querido lastimarla. Al contrario: había querido ayudarla a encontrar pareja. De ahora en adelante, tendría que tener más tacto a la hora de dar consejos.

Jane le dio una leve bofetada con su abanico antes de aceptar.

—¿Por qué tienes que burlarte así de mí?

—Sospecho que tiene que ver con el hecho de ser tu hermano mayor. —Henry la llevó consigo a la pista de baile, en tanto comenzaba un *reel*—. Ahora, presta atención a tus pasos y esboza una linda sonrisa.

Los pasos de Jane eran suaves y perfectamente sincronizados. Tenía una sonrisa en los labios y sus ojos brillaban mientras Henry la conducía por la pista. Con algo de suerte, los caballeros cercanos estarían notando su vivacidad. Jane era tímida por naturaleza, pero cuando bajaba la guardia, podía ser muy encantadora. Además, tenía la bendición de la elegancia. Simplemente necesitaba que algún caballero, o varios, le dieran la oportunidad.

No cabía duda de que Jane deseaba casarse. Por desgracia, su primera temporada había pasado sin que ningún posible candidato se interesara en ella. Ahora estaba en su tercera temporada y, con cada evento que pasaba, iba pasando más y más desapercibida. Henry deseaba

fervientemente que uno o dos de sus compañeros notaran cuán especial era su hermana. Deseaba verla adecuadamente casada antes de que se la catalogara de solterona y perdiera completamente la oportunidad.

Jane colocó su mano sobre la de Henry cuando la orquesta tocó la nota final. Él se dio vuelta para conducirla fuera de la pista, pero se quedó inmóvil a medio camino, antes de volver a bajar el pie al suelo. Un destello de rizos cobrizos había llamado su atención, y su mirada se paseó por la figura de Claudia. Estaba parada cerca de la entrada, con lord Keery y la duquesa Abernathy. Sus trenzas estaban sujetadas de manera experta, y su cuerpo estaba envuelto en un vestido de seda color zafiro, el mismo que había usado la noche que se habían conocido. Sus entrañas se estremecieron al verla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jane, con un tono de alarma en la voz.

Muévete, maldito tonto. Henry dio un paso tentativo, seguido de uno más decidido.

—Estoy bien, no te preocupes.

Jane lo miró de reojo.

—Es difícil no preocuparme cuando pareces enfermo.

Henry desvió su atención del trío de recién llegados y caminó más decidido hacia la pared favorita de Jane.

—Debo haberme cansado demasiado. Nada que no cure un momento de descanso. —La mentira tuvo un sabor amargo en su boca.

—Permíteme traerte un vaso de limonada. De seguro, un refresco te ayudará.

Henry asintió. *Limonada, claro.* Nada podía aliviarlo en este momento, pero no se atrevía a decírselo a Jane. Era mejor que lo atendiera servilmente a que adivinara la verdad. Lo último que Henry quería era que su hermana descubriera qué lo aquejaba. Jamás lo dejaría en paz.

Jane se apresuró a buscar un refresco, y Henry volvió a enfocar su atención en Claudia. Estaba majestuosa, deslumbrante... y completamente prohibida. El corazón se le desbocó al ver a lord Keery conducirla hacia la pista. ¿Cómo podría quedarse allí y ver a Keery seducirla frente a él? Se estremeció cuando el sinvergüenza tomó a Claudia en sus brazos, y el vestido de seda de esta ondeó alrededor de sus tobillos. Rápidamente, Keery se estaba volviendo su persona menos favorita.

Aunque se moría por quitarles los ojos de encima, no podía hacerlo. Su atención pasaba de Claudia a Keery, y luego a ella nuevamente. Cuando el canalla se acercó a Claudia y el rostro de esta se iluminó con una hermosa sonrisa, a Henry le hirvió la sangre. Dio unos cuantos pasos hacia ellos, con los puños firmemente cerrados a los costados, antes de lograr contenerse y detenerse.

Ella no le pertenecía. Él no tenía derecho a abordarla furiosamente, ni a ahuyentar a los caballeros que la siguieran. Si ella permitía que Keery la sedujera, no era de incumbencia de Henry. El cuerpo le temblaba de furia, al mismo tiempo que le dolía el corazón.

Rayos, esto era más que una simple atracción. Estaba dispuesto a pelear por su honor, así como también por su atención. Qué tonto había sido al pensar que podría alejarse de ella. Amaba a Claudia. Profunda y verdaderamente, con toda su alma: la amaba. Y lo más cruel de todo es que no podía tenerla.

Jane le dio un golpecito en el brazo.

—Henry, préstame atención. ¿Acaso eres tonto?

Henry suspiró y giró hacia ella, aceptando la limonada que le ofrecía.

—No estás nada bien. Deberíamos llevarte a casa. —Sus ojos abiertos reflejaban preocupación mientras le observaba la cara.

Henry volvió a mirar a Claudia, cómoda en los brazos de Keery. Un profundo dolor se apoderó de su alma, amenazando con destrozarlo.

—Tienes razón, mejor retirémonos. —Se estremeció ante el temblor de su propia voz.

El viaje de vuelta a casa en carruaje transcurrió en un segundo. Por su cabeza daban vueltas imágenes de Claudia y él, así como de Keery y Claudia. Mientras tanto, Jane lo agobiaba e insistía en que viera a un médico. Usó la poca concentración que pudo reunir para convencerla de que no era necesario ese extremo.

Ahora, estaba sentado tras el escritorio de caoba de su oficina, con una botella de oporto. Una copa medio vacía descansaba en su mano, mientras él miraba por entre las cortinas. Keery podría tener a Claudia abrazada como amante bajo esas mismas estrellas en ese momento. ¿Sucumbiría ella a los ensayados encantos de él? Henry tomó la copa y bebió un largo trago.

Qué tonto había sido al rechazarla cada vez que pudo. Lady Luvington se horrorizaría si supiera que la había interpuesto entre él y la posibilidad de un amor. Aunque la dama en cuestión fuera la infame lady Akford, Sarah le desearía lo mejor. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Dejó la copa y sacó materiales para escribir de su escritorio.

Le escribiría una carta a Sarah esa misma noche. Quería que ella se enterara de esto por él. Quizás no le agradaría su elección, pero tampoco lo condenaría por ella. Era una amiga de verdad. Henry se concentró en escribir el mensaje, luego cerró la misiva con su sello de cera y llamó a un lacayo.

—Señor.

Henry le extendió la carta.

—Entrega esto de inmediato. Envía a nuestro hombre más rápido.

El lacayo tomó su misiva.

—Enseguida, señor.

Henry asintió levemente con la cabeza.

—Eso es todo. —Volvió a sentarse tras su escritorio y rellenó la copa. Sarah seguía en Escocia, en la hacienda del duque y la duquesa de Goldstone. La nota tardaría días en llegarle, y tomaría más tiempo aún que él recibiera una respuesta. No importaba. Con o sin la bendición de Sarah, él iría a ver a Claudia mañana por la mañana. Rogaba que no fuera demasiado tarde.

~

Para cuando Claudia y la duquesa Abernathy llegaron al baile, ella ya había logrado emocionarse un poco. Luego, cuando lord Keery la llevó rápidamente a la pista de baile, ella decidió disfrutar la velada. Se relajó en los brazos de él, haciéndose a la idea de que la aceptaran en la alta sociedad.

Él la conducía paso a paso con gracia y la cautivaba con su conversación. Claudia estaba disfrutando mucho mientras él la hacía dar giros por la pista. Pero entonces, su corazón dio un vuelco al ver a Henry. Estaba parado cerca de la pared con su hermana, y ambos parecían enfrascados en una conversación. ¿La habría visto él? Lord Keery la hizo girar, con lo cual Claudia perdió de vista a Henry.

Lo buscó mientras lord Keery siguió guiándola paso a paso. Había lores y *ladies* por todos lados, bailando alrededor de ella, parados en el salón y disfrutando refrescos, pero Henry parecía haber desaparecido entre la multitud. Ansiaba que la pieza terminara para poder esforzarse más en ubicarlo.

Se sintió esperanzada ante la posibilidad de pasar siquiera un momento en compañía de él.

Mientras lord Keery la conducía fuera de la pista de baile, divisó a Henry y lady Jane retirándose. Sus esperanzas cayeron por tierra. Era una tonta por permitirse esos momentos fugaces de ilusión.

Necesitaba sacarse a Henry de la cabeza. Él no era para ella y, cuanto antes aceptara esa verdad en particular, mejor. Volvió a dirigir su atención a lord Keery.

—Gracias por el baile, milord.

—El placer fue todo mío, te lo aseguro —contestó Keery, guiñándole un ojo y dedicándole una pícara sonrisa—. ¿Gustas un vaso de té o limonada?

La sonrisa arrebatadora y despreocupada que le dedicó solo la hizo desear aún más las dulces y tentativas sonrisas de Henry.

—Un vaso de limonada me vendría muy bien —respondió.

Keery la acompañó hacia los refrescos y le sirvió un vaso. Antes de que Claudia supiera qué estaba pasando, él la había arrastrado detrás de unas pesadas cortinas. Ella no se resistió. Keery era un apuesto caballero con la reputación perfecta para lo que ella buscaba. Si los rumores eran ciertos, Claudia haría bien en tenerlo como amante. Al menos, así le daría la oportunidad de ganarse su afecto.

—Eres una mujer deslumbrante. —Se inclinó hacia ella, susurrándole las palabras al oído.

Ella, desesperada por olvidar a Henry, dio un paso hacia él.

—Seguro dices lo mismo a todas las damas que llaman tu atención.

—Londres está lleno de damas deslumbrantes, pero ninguna se compara a tu belleza.

Claudia no pudo evitar la risita que emanó de su boca.

—Continúe, milord.

—¿Te cuento las cosas escandalosas de todo tipo que me están cruzando la mente? —Los ojos de Keery ardían de deseo. Recorrió con la mirada el rostro de Claudia y su escote abierto antes de volver a mirarla a los ojos.

Claudia se acercó a los brazos de él, inclinando la cabeza a un lado para que la besara. Si algún caballero podía borrar a Henry de su cabeza, sería este en particular.

—Preferiría que me lo mostraras.

Keery la acercó a él y puso sus labios sobre los de ella. Nada. Ni una necesidad pulsante, ni una chispa de deseo, ni siquiera el más leve cosquilleo cuando sus labios se encontraron. No sintió ni una gota de pasión. Él era más que hábil en el arte de besar, pero ella simplemente no ardía de deseo por él. Por mucho que quisiera.

Esto era un gravísimo error. Estaba arriesgando su reciente aceptación al permitir los avances de este caballero, y era una tonta por creer que alguien la haría olvidar a Henry. Alejó a Keery de ella.

—Lo siento. Debo irme.

Once

Por la mañana, la confianza de Henry había mermado. Si bien aún consideraba que Sarah querría verlo feliz, hasta cierto punto dudaba que Claudia fuera la dama que haría eso realidad. La noche anterior había parecido estar demasiado cómoda en brazos de Keery. Quizás, para lo que ella buscaba, cualquier caballero sirviera.

Recordó cómo se había comportado Claudia la noche que se habían conocido, en la fiesta de lady Wexil. Las palabras que la bella ebria le había dicho resonaban en su cabeza. *«Quizás usted pueda ayudarme a olvidar»*.

¿Aún buscaba olvidar sus desgracias del pasado? Sus pensamientos gravitaron hacia la conversación que él y Keery habían tenido poco después de que Claudia hiciera su atrevida propuesta. *«Disfrútala si tienes la oportunidad. Es lo que yo haría»*. La bilis le subió a la garganta ante la mera idea de que Keery tocara a Claudia.

¿Le habría hecho a Keery una propuesta similar anoche? ¿Habría Keery accedido de muy buena gana? Flexionó los dedos y exhaló profundamente. Diablos, qué enfadado estaba. Más que estar enfadado, ardía de celos, que le retorcían las entrañas.

Espió por la ventanilla cuando su carruaje se detuvo. Quizás había actuado de manera apresurada al enviar esa nota a Sarah. Claudia podría ser dueña de su corazón, pero Henry no tenía por qué arriesgar también su orgullo por ella. Si acudía a verla y descubría que la dama ya no estaba interesada en él, que él no había sido más que una distracción, eso lo destruiría.

Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Podría realmente permitir que sus emociones en guerra arruinaran la posibilidad de un amor? Independientemente de sus otros sentimientos, amaba a Claudia. ¿No les debía a ambos ir a buscarla?

Hizo a un lado sus tediosos pensamientos y descendió del carruaje. Nada se decidiría a tan tempranas horas. Primero, disfrutaría su desayuno. Luego, tomaría una decisión. Entró a White's y tomó asiento en su mesa favorita antes de pedir café y huevos. Su cabeza trabajaría mejor una vez que hubiera desayunado.

—Shillington, ¿te importa si te acompaño, viejo amigo? —preguntó Keery, con su irritante voz que puso los pelos de punta a Henry. Este depositó su taza en la mesa con un tintineo, mientras Keery tomó asiento.

—Parece que ya lo hiciste. —Henry echó un vistazo alrededor, preguntándose quién notaría si él se fuera antes de tomar el desayuno.

—Parece que esta mañana eres objeto de todos los chismes. ¿Qué te hizo partir tan rápidamente de Almack's anoche? —preguntó Keery, haciendo un ademán en el aire.

—No es nada que deba preocuparte. Simplemente necesitaba descansar. —A Henry no debía sorprenderle que la gente chismosa hubiera notado cuán temprano se había ido la noche anterior.

Aun así, le parecía algo desconcertante. Sin duda, la *alta sociedad* tenía mejores cosas de qué hablar.

—Confieso que, si no te conociera mejor, creería que fue a propósito. —Keery abrió el periódico *The Times* y señaló un artículo de chismes—. Uno creería que lady Akford estaría en los titulares de hoy. Fue un éxito rotundo, pero el chisme de aquí trata más que nada sobre ti.

Henry echó un vistazo al periódico, para nada interesado en conversar con Keery. ¡Qué no daría por que el molesto caballero lo dejara en paz!

—Todos especulan sobre qué pudo haberte enviado a casa antes de que se sirviera la comida. No hizo más que incrementar los rumores de que ella te rompió el corazón. —Keery aceptó una taza de porcelana que le dio un sirviente antes de volver a concentrarse en Henry—. Dime, viejo amigo, ¿tienes el corazón roto?

—Tonterías —dijo Henry. Alejó el periódico bruscamente. Maldita sea la alta sociedad por entretenerse a costas de Claudia y de él.

—En mi opinión, tú se lo rompiste a ella. No creí que fueras capaz, Shillington. Cuéntame, ¿qué pasó entre la dama y tú?

Henry desvió su atención hacia Keery.

—¿Qué te hace decir algo así? —Observó fijamente a Keery desde el otro extremo de la mesa. ¡Qué demonios! Había lastimado a Claudia, pero ella no tenía el corazón roto. ¿O sí?

—Debo admitir que estoy herido. Hacía mucho tiempo que una dama no me rechazaba. La verdad es que hoy mi hombría está sufriendo. —Una sonrisa burlona se le dibujó firmemente en el rostro—. La mera idea de que a mí, un canalla de renombre, me rechacen por ti. Quizás nunca me recupere. —Keery rio entre dientes y cerró el periódico—. Yo diría que es demasiado.

Henry no pudo evitar fruncir el entrecejo, ni cerrar los puños a los costados. Keery había intentado tocar a Claudia. Quería castigarlo, hacerlo pedazos. Debería desafiarlo a una pelea a puñetazos. Darle algunos golpes en la cara sin duda lo haría sentir un poco mejor.

—Santo Dios. —Keery abrió mucho los ojos—. Sabes que estoy bromeando, supongo.

—¿La tocaste? —preguntó Henry entre dientes.

—Cálmate, Shillington. La dama sigue igual de pura que como la encontré. Debo decir que estás enamorado. Parece que aquí hay más que un corazón roto.

—Con permiso. —Henry alejó su silla de la mesa y salió de White’s.

Claudia había rechazado a Keery. No significaba que lo quisiera a él, pero definitivamente no quería a Keery. Este era un libertino, el mejor tipo de hombre para hacer que una dama olvidara, y aun así, ella lo había rechazado. Henry se regocijó con esa información.

Veinte minutos después, Henry caminaba en círculos por la sala de Claudia, esperándola. Se le retorció el estómago ante la posibilidad de que ella no lo recibiera. Se preguntó cómo reaccionaría la dama si, en efecto, bajaba. ¿Le diría que se fuera al infierno? Esperar que a Claudia la complaciera su visita parecía ser demasiado pedir. Henry no la culparía si lo echara de su casa, después de que él hubiera establecido tan naturalmente que no podían estar juntos.

—Maldito tonto.

Miró el gran reloj de pie de la pared del fondo. Ya habían pasado diez minutos desde su llegada. Aunque ella terminara rechazándolo, ansiaba desesperadamente verla el día de hoy. Había reunido hasta la última gota de coraje que tenía para venir a su casa. El temor al rechazo cosquilleaba en algún lugar recóndito de su mente, pero Henry se negó a rendirse ante él. Tenía que intentar cortejarla, a toda costa.

Claudia entró a la sala tras lo que parecieron horas. Henry se puso de pie de un salto y le hizo una reverencia.

—Lady Akford.

—Henry, creí que ya podíamos prescindir de las formalidades. —Claudia se adentró más en la sala y se sentó en un diván.

Estaba deslumbrante, como de costumbre. Tenía el pelo arreglado en un peinado desenfadado, que permitía que sus rizos cayeran en cascada por su espalda. El vestido de día color verde oscuro que llevaba acentuaba sus atractivos ojos. Henry se quedó sin aliento con tan solo verla. Se sentó frente a ella, mientras el deseo de pasar los dedos por su exquisito cabello amenazó con dominar al sentido común. *Habla, idiota.* Buscó las palabras que quería decir, pero no podía encontrarlas.

~

—Me alegra mucho verte, pero dime: ¿por qué viniste? —Claudia le dedicó una cálida sonrisa, ignorando las mariposas de su estómago. Era mucho pedir que hubiera venido para profundizar su relación. Pero si no era por eso, ¿por qué sería?

—He sido un tonto. Un completo tonto. —Henry apretó los labios.

—En absoluto, Henry —contestó Claudia, luchando contra el impulso de acercársele—. Me alegra que vinieras.

—Cometí un error, Claudia. Vine a pedirte perdón. Jamás debí poner a lady Luvington entre nosotros. —Henry se secó las palmas en los pantalones y se miró los dedos de las botas de arpillera—. Quisiera empezar desde cero.

—Ay, Henry. Nada me gustaría más. —El corazón de Claudia amenazaba con explotar de alegría, hasta que una ola de tristeza se desplomó sobre ella. No podían estar juntos. Debía haberle dicho antes que ella no volvería a casarse.

Henry levantó la vista del suelo.

—Quiero cortejarte como es debido.

A Claudia se le paró el corazón por un momento.

—Yo... —Se contuvo de rechazarlo. Quizá si le permitía cortejarla por un tiempo, no ocurriría nada malo. ¿Quién sabía si le propondría matrimonio? Quizá se cansara de ella antes de llegar a ese punto—. Eso me agradaría.

La sonrisa de Henry se acentuó.

—¿Quisieras acompañarme a Gunter’s por un helado?

Claudia ignoró un cosquilleo de culpa y se puso de pie.

—Qué maravilloso. Y, por suerte, me encanta el helado.

Henry soltó una risita en tanto se puso de pie y ofreció el brazo.

Al reposar sus dedos sobre el musculoso brazo de él, Claudia sintió una ola de calor expandirse por todo su cuerpo. ¿Cómo haría para alejarlo algún día? Se mojó los labios, en tanto él la condujo hacia el vestíbulo. No pensaría en esas cosas por ahora.

Pocos minutos después, Henry la ayudó a subir a su carruaje. Gunter’s estaba al otro lado de la plaza. Podrían haber caminado, pero a Claudia le gustaba demasiado la idea de sentarse cerca de él como para sugerir esa alternativa. Estaba decidida a disfrutar el tiempo que les quedara, puesto que sabía perfectamente que su cortejo no podía durar.

Henry subió detrás de ella y se sentó a su lado, tomando las riendas.

—Escuché que fuiste un éxito rotundo en el baile de anoche.

—Gracias. Fue una noche espléndida. Estaré por siempre agradecida a su alteza por conseguirme el cupón. Creo que mi reincorporación a la sociedad no podría haber salido mejor.

—Claudia se llevó una mano al pecho—. Cielos, no dejo de parlotear.

—Me gusta escucharte hablar. Nunca lo dudes. —Henry giró la cabeza y contempló a Claudia por un momento, antes de volver a enfocarse en la calle empedrada por la que transitaban.

—¿Qué hay de ti? ¿Por qué te retiraste tan temprano del baile? —preguntó Claudia, estudiando el perfil de él mientras esperaba una respuesta.

—Me cansé demasiado, es todo. Nada que una buena noche de sueño no pudiera curar.

Claudia notó cómo se le tensó la mandíbula. Había sido algo más que estar cansado, pero ella no curiosearía.

Henry detuvo el carruaje frente a Gunter's y descendió. Claudia se tomó los pliegues de las faldas, meditando sobre su engaño, mientras Henry pedía sus helados. Ambos podrían salir heridos por el silencio y el egoísmo de ella. Debía decirle que no volvería a casarse. De seguro, él debía tener en mente ese final. Después de todo, el matrimonio era la conclusión natural de un cortejo exitoso. Era el motivo mismo por el cual se cortejaba en primer lugar.

Aun así, ella disfrutaba la compañía y la atención de él, y ansiaba sus caricias como jamás había ansiado las de nadie. Creía estar medio enamorada de él, aunque no sabía a ciencia cierta cuándo había ocurrido eso.

Quizás había sido esa primera noche, cuando él la había salvado de ponerse a sí misma y a su prima en desgracia. Nadie se había arriesgado de esa forma por ella hasta ese momento. Y luego, cuando él se había sincerado sobre su pasado y la había sostenido en sus brazos tras ese tonto juego de «Las traes». Ahí, su corazón se había vuelto de él, sin duda.

Si ella hubiese sido cualquier otra dama, se habría considerado afortunada de casarse con Henry. Él era apuesto, sincero, galante... ¿Qué más podía pedir una dama? De todas formas, ella sabía muy bien qué significaba el matrimonio y la devastación que este conllevaba. Sus cicatrices eran profundas. Le costaría olvidar las lecciones que había aprendido a manos de Akford. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y la agitó hasta los huesos. Debía decirle a Henry que no volvería a casarse.

—Una delicia casi tan dulce como tú —dijo Henry, ofreciéndole un helado de piña y sacándola de su ensimismamiento de un sobresalto.

Quizás sería mejor no arruinar este día.

—Gracias —respondió Claudia. Aceptó el helado, en tanto él se movió para apoyarse sobre la reja de la plaza. Estiró sus largas piernas y levantó el codo, sonriéndole. Sí, Claudia saborearía este día por el resto de su vida. Mañana, le pondría fin a su cortejo.

Doce

El «mañana» había llegado y terminado, pero Claudia seguía sin mencionar el asunto del matrimonio. Cada día de las siguientes dos semanas, Henry la visitó. La llevó a dar paseos en su carruaje, a caminar por Hyde Park y a tomar helados a Gunter's. Por las noches, la buscaba en bailes y veladas, en los que siempre bailaba dos piezas con ella. Si bien las piezas no eran consecutivas, Claudia entendía sus intenciones.

—Claudia, querida, ¿me oíste? —preguntó Vivian, golpeando su abanico contra el brazo del sillón—. Dije que sé de buena fuente que lord Shillington te propondrá matrimonio.

La cabeza de Claudia empezó a dar vueltas, con lo cual la habitación a su alrededor se tambaleó. Henry planeaba proponerle matrimonio. La noticia no debía sorprenderla. Ella había dejado que el cortejo se extendiera demasiado. Aunque la matara, cosa que era muy probable, lo alejaría hoy mismo. Preferentemente, antes de que él pudiera ponerlos a ambos en vergüenza con su propuesta. Claudia levantó su taza de té.

—No me casaré con él.

—Debes estar bromeando —contestó Vivian, mirando fijamente a Claudia—. Su cortejo salió de maravillas.

—No estoy bromeando en absoluto. Te dije hace mucho tiempo que no volvería a casarme. —Al decirlo, Claudia sintió un gran pesar, pero no permitió que eso se notara. En su lugar, levantó el mentón con aires de terquedad.

—Él te hace feliz. Lo veo por cómo lo miras. Se te ilumina la cara cuando alguien menciona su nombre —dijo Vivian, señalando a Claudia con su abanico—. Estás enamorada. No lo niegues.

Claudia no podía negar su amor por él aunque lo intentara, pero tampoco tenía que admitir su estupidez. Abrió su abanico y se lo agitó frente a las mejillas ardientes. Prefería rechazarlo y recordar su tiempo juntos con alegría, antes que casarse con él y terminar siendo desdichada. Su corazón sanaría, al igual que el de él.

Vivian miró a la duquesa Abernathy.

—Di algo.

La duquesa dejó su taza de té sobre la mesa.

—El amor es una emoción complicada. Quizás sería mejor que los dejemos resolver esto solos.

Claudia dirigió la vista a la duquesa.

—Gracias.

—Es un placer, querida —respondió la duquesa con una sonrisa—. No obstante, también debo advertirte que no te apresures demasiado. Como ya te dije antes, el matrimonio es algo

maravilloso cuando dos personas realmente se aman. Ten en cuenta que quizás no tengas una tercera oportunidad con él. —Volvió a tomar su taza—. No diré más al respecto.

Claudia deseaba desesperadamente poder creer lo que la duquesa decía. El matrimonio de Vivian era prueba de sus palabras. Aun así, el riesgo era demasiado grande. ¿Cómo podía uno estar seguro de que el matrimonio con una determinada persona resultaría ser una unión feliz? Era imposible, y ella no pondría en riesgo su felicidad de por vida.

—Vivian, ¿de dónde sacaste esa información? —Claudia no debía haber preguntado, pero la curiosidad la obligó. Después de todo, quizás su prima había cometido un error.

—Me lo dijo lady Jane. Ella ayudó a lord Shillington a elegir un anillo. Es seguro: te pedirá matrimonio. —Vivian se quitó un rizo obstinado de la mejilla.

Claudia suspiró.

—Sin tan solo él accediera...

—No seguirás considerando esa escandalosa idea —le reprochó Vivian, golpeando nuevamente el abanico contra el brazo del sillón.

—Vaya, qué interesante. Cuéntame —dijo la duquesa, inclinándose hacia adelante, concentrada en Claudia.

—No es nada —se apresuró a responder Vivian. Las mejillas le estallaban en llamas—. Es solo una tonta idea que de seguro Claudia habrá descartado hace mucho. En verdad, no vale la pena repetirla.

La duquesa miró a una y otra damas antes de posar la mirada en Claudia.

—No me dejen en suspenso.

—Vivian tiene razón. No debí pensar en eso. Fue una idea tonta. —Claudia se alisó las faldas distraídamente.

—¡Santo cielo! —exclamó la duquesa, llevándose una mano al pecho—. Ibas a sugerir que lord Shillington fuera tu amante.

El rojo de las mejillas de Vivian se intensificó.

—Ay, ¡Claudia jamás haría algo así! La mera idea es ridícula.

Claudia miró fijamente a la duquesa. Ahora que alguien lo había dicho, quería conocer la opinión de su alteza al respecto.

—¿Cómo lo adivinaste?

—Lo amas, pero te rehúsas a casarte. Si él fuera tu amante, tendrías lo que quieres. Es una conclusión lógica —explicó la duquesa con una sonrisa.

Claudia hizo su abanico a un lado.

—Eso es exactamente lo que yo pensé. Podríamos ser felices juntos sin que yo me volviera su prisionera.

—El matrimonio no te hace prisionera, Claudia. Yo, por mi parte, estoy muy feliz de estar casada —respondió Vivian, dejando su taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y derramando el contenido sobre esta. Un sirviente se apresuró a limpiar el líquido derramado.

La duquesa siguió concentrada en Claudia.

—Un arreglo como ese sería una solución a corto plazo. Con el tiempo, él tendría que casarse. Después de todo, es su deber para con el título familiar.

—Pensé en eso. Para cuando tengamos que casarnos, quizás el romance haya cumplido su ciclo. Si no... Es decir, si yo elijo...

Vivian se puso de pie abruptamente.

—No puedo creer que hablemos de algo tan escandaloso. Ya es suficiente.

Claudia le devolvió la mirada a su prima, que tenía los ojos bien abiertos.

—Vamos, Vivian, aquí todas somos amigas. Podemos hablar con libertad entre nosotras. Además, ninguna de las tres puede llamarse inocente. Hasta tú conoces el lecho marital.

—Claudia tiene razón. Los romances discretos se dan todo el tiempo entre la aristocracia —comentó la duquesa, dando unas palmadas al sillón orejero a su lado—. Siéntate.

Vivian suspiró, pero hizo lo que la duquesa indicaba.

—Claudia, te ruego que no le sugieras un arreglo así a lord Shillington.

—Por el contrario, no veo por qué no habría de hacerlo —respondió la duquesa Abernathy, que guiñó un ojo a Claudia antes de girar hacia Vivian—. Te aseguro que no tiene nada de malo un romance discreto entre una viuda y un caballero.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Claudia, y le sonrió a la duquesa, agradecida por sus tranquilizadoras palabras.

—Oh, muy bien. Hablemos de otra cosa, por favor —pidió Vivian, agitando frenéticamente el abanico frente a sus mejillas escarlata—. Mis nervios no tolerarán mucho más de esto.

El mayordomo de Claudia entró por la puerta.

—Lord Shillington vino a verla, milady. —Se hizo a un lado y Henry entró a la habitación.

Claudia se mordió el labio. Deseaba desesperadamente que el suelo se la tragara. *Por favor, que no me proponga matrimonio frente a ellas dos.* No tenía intenciones de avergonzarlo públicamente y, desde luego, no podía sugerirle ser amantes frente a las dos señoras. Aunque ellas conocieran sus intenciones, no sería justo para Henry. La pobre Vivian quizá se desmayaría ahí mismo.

Henry hizo una profunda reverencia.

—Buenas tardes, su alteza, señoritas.

—Acompáñenos, por favor —dijo Claudia, señalando una silla vacía.

En cuanto Henry se sentó, la duquesa lo hizo pararse, pues ella misma se puso de pie. Claudia y Vivian hicieron lo propio.

La duquesa Abernathy miró a Vivian y luego a Claudia.

—Ya deberíamos irnos. Gracias por un maravilloso té de media tarde.

—Fue un placer, su alteza —respondió Claudia con una reverencia. Acto seguido, observó con el estómago revuelto a Vivian y la duquesa retirarse de la habitación.

Henry se paró frente a ella, con los ojos brillantes, y la tomó de las manos.

—Claudia, nuestro cortejo data de hace un tiempo. Debo admitir que estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi.

No, no, no. Claudia se soltó las manos y dio un paso atrás.

—Debes saber cuánto te quiero, Henry...

—Así es, creo que lo sé —la interrumpió él, llevándose la mano al bolsillo.

Claudia dio otro paso atrás, con el corazón desbocado.

—Te lo ruego: no me propongas matrimonio. Te di una idea equivocada.

Los ojos de Henry se opacaron.

—¿Una idea equivocada, cómo?

A Claudia se le paró el corazón.

—Debí habértelo dicho desde el principio, pero disfrutaba mucho de tu compañía y te encontraba muy atractivo. Aún es así. —Respiró profundamente, intentando mantener el coraje —. No creí que fuéramos a llegar a nada, y luego tú dijiste lo mismo.

Los ojos de Henry, normalmente marrones y cálidos, reflejaban dolor y preocupación al mirarla. Los de Claudia amenazaban con derramar lágrimas, pero ella las contuvo.

—Como mínimo, debí habértelo dicho cuando viniste a verme la primera vez.

Henry se le acercó y la tomó de las manos.

—Lo que tengas para decir no cambiará nada. Te amo, Claudia.

Ella se mordió el interior de la mejilla y apartó la mirada.

—Lo cambiará todo.

—Tonterías. Ahora, anda, di lo que tengas que decir y verás que no es tan grave después de todo.

—No puedo casarme contigo. No me casaré con nadie. Jamás. —Una lágrima testaruda le asomó por los ojos, y él se la enjugó con la mano antes de que ella continuara—. Y-yo también te amo, pero el matrimonio no es una opción. No volveré a sucumbir a las cadenas.

—Santo Dios. —exclamó Henry, soltándole las manos y dándole la espalda—. ¿Qué te hizo el salvaje de Akford?

—Preferiría no contarlo. —contestó Claudia. Se acercó a él por detrás y le envolvió osadamente el pecho con los brazos—. Henry, quiero que seas mi amante.

—¿Tu amante? —preguntó él, con la voz quebrada.

—Tengamos un romance discreto. Al menos, hasta que debas desposar a otra. —Claudia se paró frente a él para verlo a los ojos—. E incluso luego también, si aún me deseas.

Henry la miró fijamente, pero no dijo nada. Claudia se paró de puntillas y le besó los labios. Un beso dulce.

—Te seré fiel aunque tú no puedas prometerme lo mismo.



Henry sintió mucha presión en el pecho, mientras miraba a Claudia, desesperado por entender lo que acababa de decir. No podía hablar en serio. Era absurdo. Ella y él, ¿amantes? Ella, ¿su amante? Completamente absurdo.

Aun así, lo decía con convicción. Veía sinceridad, pasión y miedo reflejado en esos ojos color esmeralda. A Henry se le revolvió el estómago: ella hablaba en serio. Era ridículo.

Revivió su niñez en una serie de dolorosos recuerdos. Su madre llorando porque su padre la había abandonado de nuevo. Los susurros por doquier sobre la amante de su padre y el amor que este solo sentía por ella. Su madre, enfurecida cada vez que descubría que su padre había engendrado a otro bastardo. Los eventos y festividades que su padre había pasado con su amante, en lugar de con su esposa e hijos. Quedarse despierto escuchando a su madre llorar hasta dormirse, una noche tras otra.

—No soy un juguete, Claudia —resaltó entre dientes. No. Jamás tendría una amante. Su esposa y sus hijos jamás experimentarían ese dolor. Se quitó los brazos de Claudia de los hombros—. Jamás tendré una amante. Soy un caballero honrado. Es matrimonio o nada.

—Adiós, Henry —susurró ella, en tanto otra lágrima le rodó por la mejilla.

Esta vez, Henry combatió el impulso de secarle la piel rosada; en su lugar, se dio vuelta y se marchó. Tenía el corazón destrozado, pero mantuvo la frente en alto mientras caminó hacia su caballo. Maldita sea, ¿por qué hoy no había traído el carruaje?

Una vez que montó, puso al caballo al galope y se permitió derramar sus lágrimas. Cabalgó a toda velocidad hasta llegar a la seguridad de su casa, con la mente el blanco y el corazón destruido.

Trece

Claudia se sentó en una silla de brocado de oro en su salón, envolviéndose las piernas con los brazos. Su corazón le exigía ir detrás de Henry, pero su mente le gritaba que no lo hiciera. Permitió que sus lágrimas cayeran libremente, apoyando la cabeza en las rodillas. Jamás debía haberse involucrado con él en primer lugar. Él jamás sería el tipo de hombre que tendría un romance.

En dos ocasiones, él ya le había dicho que no era un juguete. Vivian también le había advertido. ¿Por qué no había hecho caso? Henry nunca sería nada menos que completamente honrado. Debía haberlo dejado ir y no volver a mirar atrás. ¿Por qué se había propuesto ganarse el cariño de él?

Porque era cariñoso y la quería. Cuando estaban juntos, ella se consideraba especial. Él le causaba mariposas en el estómago y encendía su pasión. Ahora, el pobre tenía el corazón roto, y ella era la única culpable.

«Quizás no se te conceda una tercera oportunidad». Recordó las palabras de la duquesa y lloró con más intensidad. Ni un millón de oportunidades cambiarían las cosas. Él seguiría exigiendo casarse, y ella no podía ofrecer más que una relación. Al final, los dos estarían destrozados y solos, como ahora.

Claudia tomó una almohada y la arrojó al otro lado de la habitación.

—Maldito seas, Akford. —Seguramente se estaba riendo de ella desde su tumba. *«No estás hecha para la sociedad»*. *«Jamás serás suficientemente buena para nadie»*. *«Arruinas todo lo que tocas»*. Sus palabras la atormentaban—. Púdrete en el infierno.

Hasta muerto tenía poder sobre ella.

—Ay, Claudia.

La voz de Vivian sacó a Claudia de su ensimismamiento. Levantó la mirada para ver a su prima correr a su lado.

—Tenía que volver a ver cómo estabas.

Claudia se secó las lágrimas de las mejillas.

—Estoy bien, de verdad. —Llorar no le serviría de nada. No haría cambiar a Henry de opinión, ni tampoco a ella misma. Tenía que concentrarse en el futuro. Demostraría que Akford se había equivocado y, con el tiempo, volvería a ser feliz. Ningún hombre volvería a controlarla.

Vivian le dio unas palmaditas en la espalda.

—No estás para nada bien.

—Lo estaré —sollozó Claudia.

Vivian le puso un pañuelo en la mano.

—¿Quieres hablar del tema? Prometo no desmayarme.

Claudia amagó una sonrisa ante la broma de Vivian.

—Se lo pedí y él se negó. No hay más nada que decir.

—¿No te replantearás casarte? Es claro que estás enamorada de él. Podría ser tu oportunidad de ser feliz de verdad, Claudia.

—«Podría» es un riesgo demasiado grande. Uno que no puedo correr. —Jamás volvería a dejar que un caballero se le acercara. Cualquier relación que ella tuviera terminaría del mismo modo: con una propuesta y corazones rotos. No se permitiría sufrir ese dolor, ni tampoco que lo sufriera otro caballero.

Vivian se alejó un momento para buscar una silla; la acercó y se sentó.

—¿Preferirías estar triste? ¿Sola?

—Esto pasará. El matrimonio es para siempre, es un compromiso de por vida. No pondré en juego mi seguridad, mi felicidad.

—¿Tu seguridad?

Claudia desvió la mirada. Nunca le había confesado a Vivian los abusos. Aunque, realmente, no tenía motivos para guardarse esa información. Simplemente ya no quería hablar de eso con nadie. Tras la muerte de Akford, Claudia se había propuesto dejar todo ese horror en su pasado. Ahora, suponía que debía confiarle el secreto a su prima.

—Akford era abusivo. Me dominaba con mano de hierro y me castigaba físicamente por cualquier cosa que considerara una ofensa.

Los ojos de Vivian se abrieron como platos.

—¿Te lastimaba?

Claudia contuvo con esfuerzo una nueva ola de lágrimas. Asintió con la cabeza, esperando que Vivian no la presionara para continuar.

Su prima la miró fijamente, con compasión y curiosidad en los ojos.

—¿Qué te hacía?

—Preferiría no revivir el pasado —respondió Claudia, limpiándose la nariz con el pañuelo de seda—. No cambiará nada.

Vivian le apretó suavemente las manos.

—Podría ayudarte a dejar atrás el dolor y el miedo. A menudo, hablar de cosas así es el primer paso hacia la sanación.

—¿Cómo se supone que compartir los escabrosos detalles de mi pasado vaya a ayudarme? —preguntó, mirando a Vivian—. Aún tengo pesadillas, ¿sabes? A veces me obligaba a tener relaciones con él; otras, me golpeaba. ¿Te gustaría escuchar más sobre eso o te cuento del abuso mental que sufrí? —Claudia se mordió el labio para parar de hablar. Lo que Akford le había hecho no era culpa de Vivian. No debía haber hablado con tanta dureza.

—Ay, querida, con razón le temes al matrimonio. Akford era un monstruo. —Vivian le tomó las manos—. Te lo prometo; no, te lo juro: el matrimonio es algo maravilloso cuando tienes un esposo que te quiere. Uno que te cuide y te protege.

Claudia se secó el rabillo de los ojos con el pañuelo.

—Estoy muy segura de ello, y me alegra ver que lord Wexil te hace feliz.

—Tú también podrías serlo. Lord Shillington es un buen hombre. Si tan solo pudieras confiar en él.

—No puedo. —Claudia cerró los ojos, inhalando profundamente. El riesgo era demasiado grande.



Habían pasado tres días y Henry solo podía pensar en Claudia. Soñaba con ella por las noches y pensaba en su sugerencia durante el día. ¿Cómo había podido proponerle un acuerdo así? Sin duda, ella entendía el dolor que provocaría. No solo a sí misma, sino a la futura esposa y los futuros hijos de él. ¿De verdad estaba dispuesta a cambiar una situación que consideraba insufrible por otra?

Henry se inclinó sobre su escritorio, con una miniatura de su madre en la mano. Ella había sido amable, cariñosa y compasiva. Una verdadera dama, que daba todo lo que tenía por las personas que amaba. Su esposo había sido dueño de su corazón, pero jamás se había molestado en reconocer ese amor y, sin lugar a dudas, jamás lo había correspondido. Había estado demasiado ocupado con su amante.

A menudo, Henry había encontrado a su madre llorando o la había escuchado llorar hasta dormirse. De niño, no entendía por qué ella estaba tan desconsolada todo el tiempo; en su juventud, había descubierto la verdad. Fue entonces que había jurado no tener jamás una amante. Colocó la miniatura nuevamente en su lugar sobre el escritorio y pasó a recostarse en el diván, con un vaso de brandy en mano.

¿Qué había hecho Akford para dejar tan marcada a Claudia? Henry jamás tendría la respuesta. Aunque lo entendiera, no cambiaría nada. Ella seguiría negándose a desposarlo. No había más posibilidades para ellos dos. Se frotó la mandíbula con la mano. Quizás nunca habían tenido ninguna para empezar.

Ella decía amarlo, pero si eso fuera cierto, ¿por qué no podía también confiar en él? Henry siempre había considerado que una cosa no podía existir sin la otra. Se puso de pie y caminó hacia el decantador de brandy, tras lo cual se sirvió otra copa. Si ella lo amara, seguramente querría una vida junto a él. Matrimonio, hijos y nietos. Todas las cosas que venían con el matrimonio. Claramente, no querría compartirlo con otra mujer.

Se bebió el contenido de la copa de un largo sorbo. El líquido le dio calor en el cuerpo, pero no alivió su dolor en absoluto. Era un maldito tonto por ignorar sus propias advertencias para con Claudia. Rellenó su copa, decidido a beber hasta sacársela de la cabeza.

Se escuchó un leve golpeteo en la puerta. Henry giró la cabeza hacia la fuente del incesante ruido. No estaba de humor para recibir compañía.

—Largo.

Después de sus visitas de ayer, había ordenado a su personal prohibir la entrada a cualquier visitante. Según ellos, Londres era un hervidero de chismes. Se decía que el cortejo entre él y Claudia había terminado, y los chismosos estaban ansiosos por saber el porqué.

—Lord Luvington está en el vestíbulo y se niega a marcharse —explicó su sirviente, del otro lado de la puerta de roble—. ¿Debemos echarlo?

Henry rellenó su copa. ¿Cuándo habían regresado al pueblo los Luvington y qué podía querer hablar Julian con él? ¿Habría escuchado los rumores de la alta sociedad?

—Señor —volvió a llamarlo el sirviente, con tono compungido.

—Hazlo pasar —contestó Henry. Tomó el decantador y volvió a sentarse en el diván a esperar.

No tuvo que esperar demasiado para que Julian entrara a la habitación. Henry forzó una sonrisa.

—Ven y siéntate —dijo, señalando una silla cercana—. ¿Gustas un brandy?

—Qué opción de bebida tan fuerte para tan temprano —comentó Julian, tomando asiento.

—¿Es temprano? No me había dado cuenta. —Henry levantó su copa, agitó un poco el contenido y bebió un trago—. ¿Cómo se encuentra lady Luvington?

—Mucho mejor que tú, Shillington. Me envió a ver cómo estabas después de tomar el té en casa de la duquesa Abernathy. Me temo que no estará contenta con el informe. ¿Quieres decirme de qué se trata todo esto? —preguntó Julian, señalando con la cabeza el decantador medio vacío.

—¿Quieres decir que aún no lo sabes? —preguntó Henry, arqueando la ceja con escepticismo. Apostaría que la duquesa sabía mucho más que la mayoría sobre su situación, dada su amistad con Claudia. Sin duda, le habría contado lo que sabía a Sarah.

—Muy bien, seré franco. Sarah me informó que lady Akford rechazó tu propuesta de matrimonio. Le preocupa que tengas el corazón roto. Al parecer, así es.

—¿Cómo era Claudia cuando tú la cortejaste? —preguntó Henry, alzando su vaso para beber otro sorbo.

Julian le devolvió la mirada.

—Era una debutante vivaz y entusiasmada. La mera idea de vivir la emocionaba. Reía mucho y aprovechaba toda oportunidad para interactuar con sus pares. Su entusiasmo era contagioso. Eso fue lo que me atrajo de ella.

—¿Sabes qué ocurrió entre ella y Akford?

Julian se puso de pie.

—Si no te importa, sí me gustaría un brandy después de todo.

—Sírvete —contestó Henry, señalando el aparador con la cabeza.

—Akford nos vio besándonos. Había estado espiándonos, en busca de algo para usar en nuestra contra. Cuando tuvo su munición, la usó para arruinar a Claudia. —Julian regresó a su asiento, con vaso en mano—. Intenté ir a ver su padre y dejar claras mis intenciones de desposarla, pero sus sirvientes no me dejaron pasar. El señor se negó a verme y, de pronto, se anunció el compromiso de Claudia con Akford.

—Entonces, ¿no sabes nada de lo que ocurrió durante el matrimonio? —Henry estudió a su amigo mientras esperaba una respuesta.

—Solo que ella no era feliz. —Julian bebió un sorbo de brandy—. Eso me dijo cuando apareció a mi puerta.

—Y eso habrá sido decir poco, seguro. Claudia le tiene terror al matrimonio. Cuando intenté proponérselo, me detuvo y declaró que jamás volvería a casarse.

—¿La amas? —preguntó Luvington, inclinándose hacia adelante en su silla.

Henry agitó el líquido ámbar de su copa.

—De otra forma, no me casaría con ella.

—Entonces, dale tiempo. Olvida el matrimonio por ahora y trabaja en ganarte su confianza.

Henry se llevó la copa a los labios y vació su contenido, tras lo cual la dejó en la mesa a su lado.

—Me pidió que fuéramos amantes.

—No le veo el problema. Ese tipo de arreglo es normal entre viudas y caballeros.

—¿Tú tienes una amante? —Henry no podía negar lo cierto de las palabras de su amigo, pero tampoco podía ignorar las implicancias de una relación así.

—Claro que no. Amo a mi esposa —respondió Julian con una sonrisa—. Pero eso no significa que tú no debas. Quizás hacer lo que Claudia quiera te beneficiaría. Probablemente los acercaría y te daría el tiempo necesario para ganarte su confianza.

Henry se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—Juré hace años que nunca tendría una amante. Ese tipo de arreglos provocan demasiado dolor.

—¿Tienes una esposa escondida en algún lado de la que yo no sepa?

Henry lo miró.

—Qué absurdo.

—Entonces, ¿a quién temes lastimar?

La cabeza de Henry daba vueltas; quería encontrar una respuesta que tuviera sentido. Un arreglo así podía lastimarlo, pero él ya estaba sufriendo, así que eso no tenía fundamentos. Claudia podría salir lastimada, así como su reputación y su corazón, pero ella también ya estaba sufriendo.

—¿Qué pasaría si ella quedara embarazada? Es una posibilidad muy grande como para ignorarla.

—¿Qué importa eso si tú tienes intenciones de desposarla? Una situación así podría resultar de ayuda. No obstante, hay formas de evitar la concepción. —Julian volvió a dejar su copa sobre la mesa—. ¿Qué debo reportar a mi esposa?

Henry se masajeó la frente.

—Dile que ignore los rumores y que estoy de buen ánimo.

Julian asintió y avanzó hacia la puerta.

—Luvington. —Henry esperó a que este volteara—. Gracias por el consejo.

—Aún no me agradezcas —respondió Julian, tras lo cual le guiñó el ojo y salió de la habitación.

Catorce

Henry se pasó la tarde sopesando las palabras de Julian. Amaba a Claudia. No cabía duda de que la quería, la necesitaba. El hecho seguía siendo que él no podía tener una amante. Quizá su amigo tenía razón y Claudia podría llegar a confiar en él con el tiempo. No dudaba que Akford la había lastimado y ella necesitaba tiempo para sanar. Si Henry se alejaba ahora, la perdería. El solo pensar en una vida sin ella le estrujaba el corazón.

Debía luchar por ella, por los dos.

Se abrió camino hacia la entrada y aceptó el sombrero y los guantes que su mayordomo le ofreció, tras lo cual salió de la casa. La ciudad ya estaba oscura, con lo cual todo estaba cubierto de sombras y las veredas, libres de peatones. Henry caminó por las calles empedradas de Mayfair, hacia la residencia de Claudia en Grosvenor Square. El ruido de las ruedas de un carruaje lo sobresaltó. No quería alimentar chismes. Se escondió en las sombras esperando que el carruaje siguiera camino, traqueteando.

Quizás debía haber esperado a la mañana siguiente para visitarla, pero ya había permitido que pasara demasiado tiempo. Salió de su escondite y continuó su camino. La casa de Claudia se encontraba a la vuelta de la esquina. Se le aceleró el pulso al acercarse a la puerta y levantar la aldaba. Por favor, que estuviera en su casa. La puerta se abrió para revelar al mayordomo.

—Señor. —El mayordomo se hizo a un lado.

Henry ingresó al vestíbulo, y el mayordomo cerró rápidamente la puerta detrás de él. La expresión del sirviente no revelaba nada. Si la visita de Henry le parecía de mal gusto, escondía su opinión excelentemente.

Henry miró al señor a los ojos.

—Vine a ver a lady Akford.

—Muy bien. Lo anunciaré de inmediato.

Un lacayo se acercó a Henry para tomar su sombrero y sus guantes. Este se los entregó y luego siguió al mayordomo hacia la sala del primer piso. La garganta se le iba cerrando con cada paso que daba. No estaba nada seguro de qué le diría a Claudia. Tampoco confiaba en poder convencerla. Era muy probable que ella lo echara.

—Lord Shillington vino a verla, milady —anunció el mayordomo, tras lo cual se apartó.

Claudia levantó la vista.

—Gracias. Eso es todo.

Henry ingresó a la sala, estudiando a Claudia en busca de algún indicio de lo que estuviera pensando. Ella estaba sentada en un sillón orejero, con un libro en la falda. Lo miró a los ojos, pero su expresión se mantuvo estoica. Henry le hizo una reverencia.

—¿Debo suponer que cambiaste de opinión respecto a mi propuesta? —Se puso de pie y,

vacilante, dio unos pasos hacia él.

—No puedo perder las esperanzas en nosotros, Claudia.

Ella le sonrío y se le acercó.

—Ay, Henry. Esperaba que dijeras eso.

Antes de poder contenerse, la tomó en sus brazos y la besó en la boca. Los brazos de ella le rodearon el cuello. Henry la besó con más profundidad, deleitándose con las sensaciones que ella le provocaba. Sus lenguas se encontraron, lo cual envió una descarga de pasión que le recorrió todo el cuerpo. La besó como si nunca volviera a tener oportunidad de hacerlo.

Ella lo asió firmemente de la solapa con una mano, mientras que con la otra le agarró el cabello. El tiempo pareció detenerse mientras ella pegaba su cuerpo contra el de él, devolviéndole el beso con la misma avidez. A Henry se le hinchó el pecho. Dios, cómo la amaba. ¿Cómo había creído que podría dejarla ir?

Expresó hasta la última brizna de su amor en ese beso. Si ella declinaba su oferta, querría que el recuerdo perdurara. Claudia le recorrió la espalda con los dedos, provocándole un leve cosquilleo allí donde lo tocaba. Pronto Henry perdería el control y se saldría de sus cabales.

Luchando contra la dicha que lo estaba arrasando, separó su boca de la de ella.

—Tenemos que hablar.

Claudia lo miró con los ojos nublados por la pasión.

—No entiendo. Volviste por mí. ¿De qué tenemos que hablar?

Henry la tomó de la mano, la llevó al sofá y se sentó junto a ella.

—Te amo demasiado para alejarme, pero no puedo ser tu amante. Al menos, no por ahora.

Claudia lo miró fijamente; la pasión que había habido en sus ojos hacía unos momentos había dado paso a la confusión.

—¿Qué quieres decir?

Henry le masajeó la cabeza.

—Quiero conocerte mejor antes de que nuestra relación llegue a ese punto. —Él esperaba que avanzara hacia el matrimonio, pero no confesaría ese deseo. Julian había estado en lo cierto: Claudia necesitaba tiempo. Henry le daría todo el tiempo del mundo, siempre y cuando ella aceptara sus condiciones.

—Entonces, ¿para qué viniste? ¿A qué estás jugando? —Claudia retiró su mano bruscamente —. ¿No fui clara cuando te dije que no quiero casarme?

Henry inhaló profundamente.

—Entiendo tu postura. Ahora, escúchame, por favor. —El corazón le latía desbocado. No podría soportar que ella lo rechazara. Por favor, que entrara en razón.

—Muy bien. Tienes mi atención.

Henry contuvo el impulso de acariciarle la tan tentadora piel; desviando su atención de los labios de la dama, hinchados por sus besos, la miró a los ojos.

—Tengo mis motivos para no querer tener una amante, como tú tienes los tuyos para no querer volver a casarte. Creo que tengo una solución que nos agradará a ambos.

Ella asintió.

—Continúa.

—Quisiera continuar nuestro cortejo. Poder conocernos mejor y dejar que las cosas progresen naturalmente. —Intentó volver a tomarla de la mano y sonrió cuando ella no se negó.

—¿A qué te refieres exactamente cuando dices «naturalmente»?

—Prometo no presionarte para que nos casemos y, a cambio, tú dejarás de hablar de un romance. Pasaremos tiempo juntos y dejaremos que las cosas entre nosotros avancen como

deban. —Contuvo el aliento, temiendo lo que ella fuera a decir.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta llegar a un callejón sin salida y volver a separarnos?

—En absoluto. Mi esperanza es que la relación crezca y se fortaleza, que aprendamos a confiar en el otro y que lo nuestro sea duradero.

Claudia giró la cabeza.

—No cambiaré de opinión respecto al matrimonio.

—Podría llevarte a la cama ahora mismo, pero el acto nos dejaría vacíos a ambos. Propongo que no planeemos ni programemos el futuro. Eso es todo. —Henry la tomó en brazos—. Te pido que nos des una oportunidad, Claudia.

—Tu sugerencia me parece aceptable. —Se acurrucó sobre él, reposando la cabeza en su pecho.

Henry la pellizcó suavemente.

—Me has hecho un hombre feliz.

Claudia dio un leve suspiro.

—Lo mismo digo.

~

Claudia encontró consuelo en el abrazo de Henry. El latido de su corazón la relajaba mientras yacía recostada sobre su pecho. El calor de él se esparció por el cuerpo de ella, y sus fuertes brazos la envolvieron. No recordaba la última vez que alguien la había abrazado de ese modo.

Henry tomó uno de los rizos de Claudia entre sus dedos y jugueteó con él. Ella disfrutó el momento, hasta que la asaltó una extraña sensación. No era pasión, sino algo completamente distinto. Se sentía segura y apreciada. Sus defensas se debilitaron y, por primera vez en años, se permitió relajarse en compañía de un hombre.

—Debo irme —dijo Henry, frotándole la coronilla con el mentón.

—Preferiría que te quedaras.

—Es tarde —protestó él, pero no intentó moverse.

Ella se acurrucó más cerca de él, reticente a separarse del capullo que había creado a su alrededor.

—No es tan tarde.

—Mmm. —Henry le acarició la espalda con sus fuertes dedos.

Claudia habría podido quedarse así, acurrucada con él, por el resto de su vida. Sintió una punzada de tristeza. Sabía que él debería casarse algún día y que ella no sería la novia. Su relación no podía durar para siempre, independientemente de lo que él dijera. A menos que lo convenciera de que fueran amantes. Se mordió el labio inferior, preocupada. Su final sería doloroso, pero ella no podía hacer nada para impedirlo. No se preocuparía por eso por ahora. En su lugar, lo disfrutaría todo el tiempo que pudiera.

Los párpados empezaron a pesarle mientras se mantuvo en esa posición, dibujando pequeños círculos con las yemas de los dedos en el pecho de él. Cerró los ojos, entregándose a lo que el destino le tuviera preparado.

—Claudia. —Alguien la sacudió del hombro—. Claudia, cariño.

Se despertó algo desorientada. Se incorporó y giró para mirar a Henry. Debía haberse quedado dormida.

—¿Por cuánto tiempo dormí?

—Unas horas. No quise molestarte hasta ahora.

Claudia sonrió y se frotó los ojos adormilados.

—Lo siento. No quise quedarme dormida.

—No te disculpes. No habría querido pasar la noche de otro modo, pero pronto amanecerá. Debo irme o, si no, alguien podría verme partir.

—Supongo que tienes razón. Aun así, no quiero dejarte ir.

Henry la puso de pie, tras lo cual la abrazó fuertemente.

—Volveré a verte esta tarde.

—Eso es mucho tiempo. Te extrañaré cada segundo que no estemos juntos.

—Duerme un poco más. Antes de que lo notes, habré vuelto.

—Henry. —Claudia levantó la mirada para verlo.

—¿Sí, amor?

—¿Vendrás a verme todas las tardes?

—Te lo aseguro.

—Y por las noches —añadió tímidamente—. ¿Vendrás a hurtadillas y me abrazarás como hiciste anoche?

—Intenta detenerme —dijo Henry, y le dio un beso en la frente.

Quince

Claudia caminaba junto a Henry, con la cara oculta tras su parasol y su sombrero. Para su satisfacción, la había traído a Hyde Park esta tarde. Disfrutaba sobremanera estar al aire libre cuando el clima lo permitía. Era un día bellísimo. Las blancas nubes se desplazaban por el cielo azul. Hacia donde mirara, había lores y *ladies* disfrutando el día. Algunos caminaban como ellos, mientras que otros andaban en carruaje.

El parque casi explotaba con la presencia de la élite de la sociedad. Muchos de sus pares los saludaron con la cabeza al cruzar camino con ellos. Varios de ellos se detuvieron a charlar por un momento antes de continuar. Claudia inhaló profundamente el aire perfumado, sintiéndose muy animada. Hacía no mucho tiempo, habría creído que esa situación era imposible.

—Pensé que podríamos alimentar a los patos. —Henry señaló con la cabeza el río.

—Qué linda idea, pero ¿con qué los alimentaremos? —Claudia le soltó el brazo cuando se detuvieron frente a la orilla del agua.

—Lo tengo a mano. —Henry sonrió, haciendo gestos a uno de los lacayos que los acompañaba para que se acercase.

Este obedeció y le entregó a Henry un pequeño bulto envuelto en papel marrón. Claudia supuso que debía contener pan duro.

Henry volteó hacia ella, tras lo cual abrió el bulto, confirmando sus suposiciones. Se lo ofreció a Claudia, que tomó un pedazo, cortó un trozo más pequeño y lo arrojó al río. Él hizo lo propio y, al poco tiempo, una bandada de patos se les acercó a comer ávidamente el pan.

Un valiente pato salió del agua y se acercó a Claudia.

—Mira, Henry, este pequeño de aquí está casi suficientemente cerca para tocarlo —exclamó Claudia, arrojándole otro trozo.

—Creo que le agradas. —Henry le sonrió antes de arrojar otro trozo de pan al Serpentine.

Claudia rio.

—Le gusta mi pan. Cuando se termine, volverá apresurado al agua.

—En ese caso, mejor toma el resto del alimento —replicó Henry, entregándoselo.

Claudia se emocionó ante su generosidad. Akford jamás habría tenido un gesto así. La habría regañado por alimentar a las criaturas en primer lugar. Un escalofrío le recorrió la espalda, y ella alejó ese pensamiento. No permitiría que los recuerdos de ese hombre arruinaran su tiempo con Henry.

—Gracias. —Aceptó el pan y volvió a alimentar a sus amigos emplumados.

Tras lanzar el último trozo a lo que había pasado de ser un pato solitario a muchos patos compitiendo por su pan, se sacudió las manos y miró a Henry.

—Qué criaturitas tan glotonas, ¿no?

—Tendremos que volver mañana con más comida para ellos. —Rio entre dientes y le extendió el brazo.

Antes de que ella pudiera tomarlo, oyeron una fuerte salpicadura seguida de un grito agudo. A Claudia se le paró el corazón en tanto miró a su alrededor. Divisó a un niño luchando en el agua. Antes de poder pensar en lo que hacía, corrió hacia él, con la intención de zambullirse a rescatarlo. Al llegar a la orilla, se detuvo, con el corazón en la boca, y observó cómo Henry se zambulló a toda velocidad y se dirigió al pequeño. Claudia se llevó la mano al pecho, observando lo que ocurría. Por favor, que llegara al niño antes de que fuera demasiado tarde. Henry estiró los brazos, tomó al pequeño y lo llevó a la orilla.

Lo depositó en el césped antes de salir él mismo del agua. Claudia corrió a su lado y se arrodilló junto al niño.

—Ya estás bien. —Observó a Henry por un momento y luego volvió a enfocarse en el muchacho—. Una vez que te pongas ropa seca, será como si esto nunca hubiese ocurrido.

La madre del niño lo alzó en brazos.

—Te dije que te alejaras del río. Mi pobre bebé, podrías haberte ahogado. —Llenó a su hijo de besos en la coronilla antes de dirigirse a Henry—. Le agradezco profundamente. Gracias, milord.

Henry revolvió el cabello del niño.

—Cualquier caballero habría hecho lo mismo.

Claudia sabía muy bien que la mayoría de los hombres de la *alta sociedad* se habría echado atrás, con demasiado temor a hacer un espectáculo o a arruinarse la ropa. Henry no: él había entrado en acción sin preocuparse por sí mismo. La mujer se llevó a su hijo, y Claudia tomó a Henry del brazo.

—Debes quitarte esa ropa mojada.

Henry recogió su sombrero del suelo.

—Te pido disculpas por arruinar el resto de nuestra tarde. Por ahora, tendré que llevarte de vuelta a tu casa y retirarme.

El corazón de Claudia no entraba en sí de orgullo por la valentía de él.

—Nunca te disculpes por ayudar a quienes lo necesitan. Tendremos otras tardes y aún tenemos esta noche.

—Sí, es cierto. —Henry le dio unas leves palmadas en la mano.

El estómago de Claudia se agitó de la emoción, en tanto él la ayudó a subir al carruaje. No podía evitar darse cuenta de cuán diferente era él de Akford. No parecía tener ni una pizca de mal genio. Por un momento, se imaginó cómo sería casarse con él y criar hijos juntos.

Rechazó esa fantasía de inmediato. No habría matrimonio. Claudia simplemente estaba disfrutando el tiempo que tenían. No podía dejarse cautivar por unos cuantos actos de bondad. Debía recordar que las apariencias a menudo eran engañosas. No cometería la tontería de bajar la guardia.

El carruaje se detuvo frente a la casa de ella. Henry bajó y luego la ayudó a hacer lo propio. Cuando Claudia pisó el suelo, él tomó su mano, se la llevó a los labios y le dio un beso sobre el guante.

—Hasta esta noche.

Claudia sonrió.



Henry yacía sobre el sofá de Claudia, con la extravagante música que ella tocaba en el piano resonándole en el alma. No sabía el nombre de la canción, pero la melodía evocaba sentimientos de amor y pérdida. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música.

Cuando la música paró, los abrió.

—¿De qué trataba esa canción?

—No estoy segura. Mi madre la compuso y me la enseñó. —Claudia tocó unas notas más—. ¿Tú tocas?

—Así es, aunque me temo que mis habilidades no se comparan con las tuyas. —Henry se le acercó.

Ella le hizo lugar en el banco, y él tomó asiento. Su muslo hizo contacto con el de ella de modo sumamente inapropiado, pero no se atrevió a poner distancia entre ellos. Disfrutaba mucho estas visitas nocturnas y la intimidad que compartían. Solo podía esperar que Claudia llegara a necesitar su presencia como él necesitaba la de ella.

—Tocaré si accedes a cantar.

—Muy bien. —Sus ojos brillaban más que cualquier joya que él hubiera visto—. Me han dicho que tengo una voz relativamente agradable.

Henry tocó la primera estrofa de una canción irlandesa.

—¿La conoces?

Ella asintió.

—*Robin Adair*.

Henry siguió tocando. O bien la muy pícara había estado bromeando, o le habían mentido toda su vida. Cantaba con aún más habilidad de la que tocaba. Su voz lo envolvía y le daba una sensación cálida hasta en la sangre.

No quería tocar la nota final, porque hacerlo implicaría que ella dejara de cantar. Aun así, terminó la canción.

—Tienes la voz de un ruiseñor. Podría escucharte por el resto de mis días y no cansarme. —Luego de tres canciones más, la rodeó con un brazo—. Vayamos al sofá. Puedes descansar mientras yo leo.

—Eso me agradaría.

Claudia se acurrucó sobre él, como había hecho la noche anterior. Una vez que lo hizo, Henry tomó el libro de cubierta de cuero que había en la mesa auxiliar. *The Last of the Barons.* Una agradable sorpresa.

—Espero que mi elección de lectura te agrade —comentó Claudia, observándolo.

—Casualmente, estoy leyendo el mismo libro. —Abrió el ejemplar en el lugar que ella tenía señalado—. Solo que voy unos capítulos más adelante que tú.

—No me cuentes nada.

—No me atrevería. —Comenzó a leer, dirigiendo su atención a ella, a las páginas de la historia y a ella nuevamente. Cada tanto, la atrapaba con los ojos cerrados, pero casi siempre lo estaba mirando. Su atención no lo ponía nervioso, como habría esperado. Por el contrario, parecía algo natural, como si siempre hubieran hecho esto.

Leyó tres capítulos y marcó la página antes de dejar la novela a un lado.

—Ahora vamos por la misma página y podemos terminar la historia juntos.

—Qué sugerencia encantadora —respondió Claudia, tomándolo de la mano.

—Eres una música excepcional. Tanto tu habilidad en el piano como tu canto son resplandecientes. ¿Qué otros talentos escondes?

—Cuando era joven, solía incursionar en el arte. Dibujaba y pintaba. Mi madre siempre me

decía que era buena.

—¿Por qué dejaste de hacerlo?

Claudia frunció el entrecejo.

—Akford me lo prohibió. Decía que era una pérdida de tiempo y de dinero, puesto que no era muy talentosa.

Henry se sintió enfurecido. ¿De qué otra forma la había maltratado ese hombre? La abrazó con más fuerza.

—Seguro que no sabía lo suficiente como para juzgar tu habilidad.

—No importa. Lo hecho, hecho está.

—¿Extrañas dedicarte al arte? —preguntó Henry con cautela. No quería hacerla sentir mal.

—No tiene importancia. No sostengo un pincel hace años, ni tampoco dibujo siquiera algo sencillo. Después de tanto tiempo, dudo que sea buena.

—Yo apostaría a que te equivocas. —Bajó la cabeza para acercarla a la de ella y respiró su perfume femenino. Vainilla y rosas, una combinación que le quedaba muy bien.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes intereses más allá de los caballos y el piano?

—Me han dicho que bailo tolerablemente bien, cuando no piso a mis compañeras. —A decir verdad, no era ni la mitad de torpe de lo que había solido ser antes. En una época, lo más probable había sido que, en efecto, fuera a pisar a su pareja de baile. Su maestro de baile, no obstante, no se había rendido; en su lugar, había insistido en que jamás lograría pulir sus habilidades sin antes aprender a estar a gusto con las mujeres.

Claudia rio.

—No hablarás en serio.

—Te aseguro que sí —replicó él, sonriendo—. Ahora sucede con mucha menos frecuencia que antes, pero en ocasiones, lo hago.

—Quizás aún no encontraste a la pareja indicada.

—¿Ponemos a prueba tu teoría en el baile de lady Sully?

—Me reservaré dos piezas para ti.

—¿Y si te piso accidentalmente? — preguntó él, con tono juguetón.

—Estarás en deuda conmigo.

Dieciséis

Claudia ingresó al vestíbulo junto a la duquesa de Abernathy. Acababa de disfrutar una placentera caminata por Hyde Park con su amiga, durante la cual había invitado a su alteza a beber un refrigerio. Se quitó la pelliza y el sombrero y se los dio a un lacayo, mientras el mayordomo se acercó a la puerta.

—Que envíen limonada y golosinas a la sala.

—Enseguida, milady —replicó el lacayo con una reverencia, tras lo cual dio instrucciones a una criada.

Una vez que dejaron sus cosas, Claudia y la duquesa se dirigieron a la sala.

—Milady.

Claudia miró a su mayordomo.

—¿Sí?

—Lady Wexil vino a visitarla mientras no estaba. La espera en la biblioteca.

Claudia estaba complacida de contar con la presencia de su prima y de la duquesa, pues no esperaba que Henry la visitara esta tarde. Tenía que atender unos asuntos de su propiedad y no podría venir. Estando acompañada, le sería más difícil extrañarlo.

—Muy bien. Acompáñenla a la sala. —El mayordomo carraspeó, con lo cual Claudia se dio vuelta. Este comportamiento inapropiado era muy poco característico de su estoico sirviente—. ¿Ocurre algo más, Bentley?

—También llegó un paquete grande.

—¿De parte de quién? —Claudia no había hecho ningún pedido y no se imaginaba quién podría haberle enviado algo. Quizás Vivian le había enviado un regalo. Una cosa así explicaría su presencia.

El mayordomo miró al suelo y movió incómodamente los pies.

—El paquete lo envió lord Shillington.

—¿Dónde está ahora? —Claudia miró rápidamente a la duquesa Abernathy antes de volver a enfocarse en Bentley.

—Hice que los lacayos lo llevaran a la sala. ¿Quiere que lo devolvamos?

A Claudia se le aceleró el pulso. Devolverlo era lo último que quería hacer, pero en realidad, sería la forma apropiada de lidiar con la situación.

—Tonterías —interrumpió la duquesa Abernathy—. Abrámoslo y veamos qué te envió.

Claudia entendía lo inapropiado de la situación, pero quizás el obsequio fuera de buen gusto. No tenía nada de malo inspeccionar su contenido.

—Sí, envía a un lacayo para abrir el paquete.

—Como guste —respondió Bentley, que hizo otra reverencia y luego se dispuso a cumplir

los deseos de Claudia.

Mientras ella y la duquesa se dirigieron a la sala, no pudo evitar preguntarse qué le habría enviado Henry, ni cómo reaccionaría su prima. Vivian estaba encantada de que Henry continuara cortejando a Claudia, pero era poco probable que aprobara que este le enviara obsequios grandes. Lamentablemente, no había forma de ocultárselo.

Claudia miró a la duquesa. El obsequio sería, sin duda, inapropiado para un cortejo. No imaginaba que uno apropiado llegara en un paquete grande.

—Lo que sea que haya comprado puede devolverse una vez que podamos echarle un vistazo. —A Claudia le dolía el corazón de solo pensarlo, pero no podía escandalizar a Vivian y la duquesa.

—Tonterías. Sea lo que sea, él quería que lo tuvieras, así que lo tendrás —sentenció la duquesa Abernathy, agitando su abanico frente a ella.

—No quiero manchar la reputación de nadie.

La duquesa rio.

—No te preocupes por nosotras. Se necesitaría mucho más que un obsequio para escandalizarme. Lady Vivian se recuperará. Después de todo, es de la familia. Sea como sea, no diremos nada al respecto.

La amistad de la duquesa era una bendición. No se dejaba llevar por chismes maliciosos, ni tampoco juzgaba a quienes la rodeaban. Simplemente vivía su vida bajo sus propios términos sin ofrecer disculpas. Era una pena que los demás conocidos de Claudia no fueran tan genuinos.

Entró a la habitación, buscando el paquete. No hubo necesidad de buscar demasiado: lo que la tenía tan emocionada yacía cerca del sofá. Dentro de un paquete tan grande podía caber un sinfín de cosas.

—¿Qué podrá ser?

—Da igual. Lo vas a devolver. —Vivian se paró frente a ella—. ¿No es cierto?

—Aún no lo decido.

—No puedes hablar en serio.

—Créeme que hablo muy en serio. —Claudia abrió su abanico para refrescarse.

La duquesa se paró despreocupadamente junto al paquete.

—No tiene nada de malo aceptar el obsequio, a menos que tú planees chismear al respecto, lady Vivian.

Vivian pareció desinflarse bajo la mirada de Claudia.

—Por supuesto que no alimentaría chismes a costas de mi prima.

—Eso creí —repuso la duquesa, en tanto dos lacayos entraron a la sala.

Claudia observó a sus sirvientes abrir el paquete.

—Eso es todo —los despachó, ansiosa por ver qué la esperaba.

El corazón se le ensanchó al ver el tesoro que contenía el paquete: un caballete, lienzos, pinturas, pinceles, lápices y papel. Nunca había recibido un regalo tan considerado. Henry no solo escuchaba lo que ella decía, sino que le importaba.

—Suministros de arte. Qué regalo tan extraño —dijo Vivian.

—Un regalo muy considerado —la corrigió Claudia.

La duquesa Abernathy se acercó al otro extremo del paquete.

—¿Pintas, querida? Yo nunca fui muy buena para ello.

—Supe hacerlo, pero fue hace mucho tiempo. —Se llevó uno de los lienzos al pecho—. No sé si ahora tendría algún talento.

Vivian acarició los bordes del paquete con los dedos.

—¿Qué tonterías dices? Un talento como el tuyo no desaparece así como así. Uno de tus dibujos aún está colgado en el salón personal de mi madre. Nunca me dijiste que habías abandonado el arte.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó la duquesa, sentándose en el sofá.

Claudia devolvió el lienzo al paquete y se sentó en una silla frente a la duquesa.

—Lord Akford insistió en que lo hiciera. —Antes de que pudiera continuar, un sirviente entró con refrigerios.

—Qué pena. —Vivian sacudió la cabeza.

Claudia asintió.

—Ya no tiene importancia. Él ya no está y ahora soy libre para volver a intentarlo.

—Cuánta razón tienes, querida. —La duquesa aceptó un vaso de limonada.

—Hablemos del baile de mañana por la noche —sugirió Vivian, cambiando de tema.

Claudia bebió su limonada y expresó sus opiniones de vez en cuando, pero no estaba plenamente concentrada en sus invitadas. Fue todo un alivio cuando se retiraron. No perdió ni un segundo en hacer que llevaran sus nuevos suministros de arte al jardín.

El aire estaba cálido, por lo que ella se sentó en una manta a dibujar un rosal. Dejó la mano inmóvil cuando Henry se dejó caer junto a ella. Había estado tan enfocada en su arte que no lo había escuchado llegar.

—Creí que no te vería hasta el baile.

—¿Interrumpo algo? Puedo irme. —Sus ojos brillaban entretenidos.

—No te atrevas a irte. Me agrada verte. Si no temiera que alguien nos viera, te besaría. —La asaltó el impulso de besarlo, pero el riesgo de que alguien los viera era demasiado grande allí afuera, al aire libre.

Henry le dedicó una sonrisa provocadora.

—¿Debo suponer que te agradó mi obsequio?

—Sí. Es lo más considerado que alguien jamás haya hecho por mí.

La sonrisa de Henry se desvaneció.

—Es una pena.

Claudia encogió los hombros. Entonces, Henry echó un vistazo al bosquejo.

—Yo tenía razón. Tienes talento para el arte.

—¿De verdad? —Claudia ladeó la cabeza, observándolo a él y a su bosquejo de las rosas. El dibujo tenía cierto parecido, pero ella había perdido algo de habilidad. Con práctica, creía que podría recobrar su aptitud de antes.

—Jamás te mentiría, Claudia. Cuando hablo, hablo en serio. Mis palabras son mi honor.

—Me halagas. —Claudia no pudo evitar la sonrisa que amenazaba con dibujarse en su rostro. Henry le traía muchísima alegría a su vida. ¿Cómo podría dejarlo ir algún día? El solo pensarlo la entristecía.

—No te ofrezco ningún halago que no te merezcas.

Por su propio bien, Claudia necesitaba llevar la conversación a un terreno más seguro. Si seguían por este camino, no podría resistirse. Su mente ya estaba vagando hacia el peligroso territorio de imaginar cómo sería casarse con él. No podía permitirse olvidar los peligros del matrimonio.

—¿Qué tal los asuntos de tu propiedad?

Henry se apoyó sobre sus codos y estiró las piernas frente a él.

—Mejor de lo que esperaba. Me complace informar que mis arrendatarios están produciendo cosechas por encima del promedio y que les agrada recibir ayuda con unos problemas de drenaje.

Como consecuencia de las mejores cosechas, puedo volver a invertir dinero en las tierras.

Ahí estaba él, siento amable y compasivo nuevamente. Akford jamás les habría dado nada a sus arrendatarios. Claudia cerró los ojos e inhaló profundamente. No había comparación entre Henry y Akford. ¿Cómo podría seguir resguardándose de un caballero tan maravilloso?

—Qué generoso de tu parte.

—Puede ser, pero lo más importante es que es lo correcto. Es mi deber cuidar de mis arrendatarios —replicó Henry, tomando una brizna de hierba con los dedos.

—Supongo que tienes razón, y estoy segura de que tus arrendatarios te aprecian. —Claudia hizo su bosquejo a un lado y giró hacia él.

—Desde luego. Intento visitar todos sus hogares una vez al mes. Me da una buena idea de cómo están y de qué puedo hacer para mejorar la propiedad. El hacerlo nos beneficia a todos.

Claudia se quedó sin aliento ante la sinceridad que vio reflejada en los ojos de él. No dudaba que Henry realmente se preocupaba por la gente que vivía en su propiedad. El hecho de que contradijera los límites sociales para ocuparse de sus tierras y de la gente que vivía en ellas la hacía emocionar. ¡Que Dios la ayudara! Cuanto más aprendía de él, más se enamoraba.

Diecisiete

Henry se abrió camino por el abarrotado salón de baile, con la intención de pasar un tiempo con Claudia. Ella estaba de pie cerca de una columna blanca intricadamente tallada. Su cuerpo estaba envuelto en seda azul, y su cabello cobrizo estaba fuera de su cara. No podía esperar un segundo más para estar de nuevo con ella. Además, pronto comenzaría el baile, y Henry estaba decidido a bailar con ella la primera pieza y el último vals de la noche. Si por él hubiera sido, hubiera bailado todas las piezas con ella, pero el decoro no permitiría que eso ocurriera.

Se detuvo e hizo una reverencia a su amada y su prima.

—Lady Akford, Lady Wexil.

—Buenas noches, lord Shillington. —Claudia intentó contener una sonrisa.

Lady Wexil asintió con la cabeza.

Había damas y caballeros vestidos en sus mejores ropas de noche moviéndose alrededor de ellos, pero él no prestó atención. No apartaba la vista de Claudia.

—Dime que tu tarjeta de baile no está llena.

—Qué gracioso. Nadie empezó a firmarlas todavía, como bien sabes. —Claudia le dio su tarjeta.

Henry la firmó, como había planeado hacer, antes de firmar también la tarjeta de lady Wexil. Cuando levantó la vista, divisó a Jane entre un grupo de señoritas junto a la pared del fondo. Debía bailar una pieza con ella también, para evitar que se pasara la noche entera sosteniendo la pared. Miró a Claudia a los ojos.

—Discúlpame un momento.

Después de firmar la tarjeta de baile de Jane, buscó a lady Luvington y a la duquesa de Abernathy, a cada una de las cuales les pidió una pieza, para luego volver con Claudia.

—Lady Akford. Creo que nuestro baile está por empezar. —Le ofreció su brazo.

—Así es, milord. —Reposó sus dedos enguantados sobre la manga del saco de él.

Henry la condujo a la pista de baile, con emoción corriéndole por las venas.

Claudia se inclinó hacia él.

—Espero que no te incomode la presencia de los Luvington.

—Al contrario. —respondió Henry, esbozando una sonrisa fugaz. A decir verdad, le complacía que sus viejos amigos hubieran regresado a Londres y ansiaba pasar algo de tiempo con Sarah. Había aprendido a confiar en Claudia, a amarla. Ya no consideraba su pasado como una amenaza—. ¿A ti te molesta su presencia?

—En lo más mínimo.

Asumieron sus posiciones en la pista de baile justo cuando el cuarteto comenzó a tocar las

primeras notas de un minueto. La observó atentamente, contando los segundos hasta poder volver a tocarla.

Experimentó una cálida sensación en la mano cuando Claudia se la tomó para empezar el baile. Cuando se separaban, Henry ansiaba volver a sentirla. Se emocionaba cada vez que los lentos pasos del minueto los volvían a unir. Ella lo provocaba con sus ojos brillantes y sus miradas coquetas, que le hacían hervir la sangre y lo dejaban sin aliento.

Aunque estar allí con ella le daba una enorme satisfacción, de pronto sintió un fuerte deseo de irse temprano del baile. Estar aquí entre la alta sociedad no podía compararse con estar a solas con ella.

Claudia le dio un leve y prometedor apretón en la mano antes de soltársela para hacer un giro lento. Henry tragó con dificultad y trató de concentrarse en los pasos de baile. Estar con ella resultaba ser una deliciosa especie de tortura de la que nunca se cansaba. La dama se había vuelto tan importante para él como el mismísimo aire que respiraba.

El minueto terminó y Claudia tomó el brazo que él le ofrecía.

—¿Podremos tener algún momento a solas esta noche?

Ella se tapó los labios con el abanico.

—Nos vemos en la biblioteca a las once.

Henry asintió y luego la escoltó fuera de la pista de baile. Las próximas horas serían una agonía, pues tendría que verla bailar con otros caballeros. Nunca había eludido las normas de la alta sociedad —jamás siquiera había pensado hacerlo—, pero Claudia lo hacía querer romperlas todas.

Detuvo a Claudia cerca de lady Wexil, tras lo cual le levantó la mano y le dio un beso sobre el guante de satén. Lo último que quería hacer era alejarse de ella. Lamentablemente, no tenía opción.

—Hasta luego.

—Contaré los minutos, milord —respondió Claudia, cuyas mejillas se tiñeron de un atractivo color rosado.

Henry bailó una pieza con la duquesa de Abernathy y luego buscó a su hermana. Disfrutó bailando una pieza de *country* con Jane antes de regresarla a su lugar, cerca de la pared, y retirarse al salón de juegos. Echó un vistazo al reloj de pie y comprobó que aún era temprano. Quizás algunas manos de cartas lo harían pasar el tiempo mientras esperaba su baile con Sarah. Después de la pieza con ella, serían casi las once.

—Shillington —lo llamó Keery, haciendo un ademán.

Henry se acercó a la mesa y se sentó junto a Luvington.

—Repárteme.

Luvington mezcló las cartas en sus manos.

—Veo que seguiste mi consejo respecto a lady Akford.

—E ignoraste el mío —añadió Keery, golpeando los dedos sobre la mesa.

Henry le lanzó una mirada amenazadora. El canalla soltó una risita antes de levantar su vaso para beber un trago.

—Dime, Keery, ¿qué consejo le diste tú? —preguntó Luvington, y repartió las cartas en sentido contrario al reloj.

—Simplemente dije que a mí me gustaría que la hermosa viuda calentara mi cama —respondió Keery, en tanto levantó sus cartas y las sostuvo frente a él.

—Siempre tan sinvergüenza, Keery. Me agrada ver que algunas cosas no cambiaron en mi ausencia. —Luvington levantó sus propias cartas.

A Henry le palpitaba la mandíbula. No le agradaban el tono de Keery ni sus palabras.

—Puede ser, pero insisto en que dejes de hablar de lady Akford de ese modo. —Miró a Keery, desafiándolo a volver a insultar la integridad de la dama.

Luvington le dio unas palmadas a Henry en el hombro.

—Keery solo bromea. No lo tomes en serio.

—No le encuentro la gracia —respondió Henry, abriendo sus cartas en abanico. Quizás no había sido buena idea venir a la sala de juegos.

Un sirviente le ofreció un vaso de oporto.

Henry lo tomó, agradecido por el efecto adormecedor que sabía que tendría. Deslizó su apuesta hacia el centro de la mesa antes de beber un largo sorbo de la bebida. Pasó el resto del juego concentrado en sus cartas y esforzándose al máximo por ignorar a los demás caballeros de la mesa.

Dos manos después, Henry se puso de pie y se excusó. Se abrió paso por el laberinto de corredores y regresó a la sala de baile. Pronto comenzaría su pieza con Sarah. Se preguntó cómo habría reaccionado Luvington si las bromas de Keery hubieran estado dirigidas a su esposa. Nada bien, supuso. De pronto, localizó a Sarah y se acercó para pararse frente a ella.

—Lady Luvington —le dijo, con una reverencia—. Creo que la siguiente pieza es la nuestra.

—En efecto. —Sarah le dedicó una sonrisa desde detrás de su abanico; luego lo cerró y tomó a Henry del brazo.

Este la condujo al borde de la pista de baile a esperar su pieza.

—¿Qué tal tu viaje a Escocia?

—Maravilloso. Es un hermoso país y disfruté ponerme al día con Amelia.

Sí, la duquesa de Goldstone. Una vez había creído estar enamorado de Amelia. Qué tonto. En ese entonces, ni siquiera había sabido qué significaba estar enamorado. Por suerte, el buen Señor había traído a Goldstone a la vida de ella y había excluido a Henry. Si las cosas hubieran sido distintas, quizás nunca habría conocido a Claudia.

—¿Cómo está su alteza?

—Muy bien. Escocia le sienta bien, y no podría estar más enamorada del duque. Ambos están muy felices juntos. —Sarah lo miró de reojo—. Me interesa más cómo estás tú.

El cuarteto tocó las notas finales del baile *country*, y Henry y Sarah se dirigieron a la pista de baile.

—Estoy bien.

—No me refería a tu salud. ¿Cómo se llevan tú y lady Akford?

Henry tomó la mano de Sarah.

—Es una mujer encantadora. Quisiera casarme con ella.

—Entonces, es en serio. ¿Le hiciste saber tus intenciones?

—Sí.

El baile los separó antes de que pudiera decirse algo más. Henry se quedó parado en su lugar, esforzándose por mantener la compostura mientras Sarah lo miraba fijamente. ¿Se atrevería a confesar la verdad? Eran buenos amigos, pero de todas formas, ella era una dama. Tragó con dificultad, preparándose para la siguiente pregunta, en tanto el baile volvió a juntarlos.

—¿Le propusiste matrimonio formalmente?

Henry miró a los demás bailarines, dudando cuánto debía revelar.

—Lo intenté.

—¿Y qué ocurrió?

Henry la giró antes de contestar.

—Ella me detuvo.

—¿Por qué? Toda la *alta sociedad* habla de su cortejo. Se dice que los dos se están llevando de maravilla. Todo el mundo espera una boda.

—Ella no está lista para volver a casarse. —Tensó la mandíbula, esperando que su amiga aceptara esa simple respuesta. De ninguna manera atentaría contra el decoro de Sarah con la respuesta completa a su dilema.

—¿No está lista?

Las palabras de Sarah resonaron en su mente. Asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Pues debes ser paciente. Ya cambiará de opinión.

Henry no pudo evitar sonreír. De toda la gente que conocía, Sarah era la única cuya aprobación Henry temía no tener. Ella tenía motivos para no agradarle Claudia, pero aun así, apoyaba la unión.

—Gracias.

Los ojos de Sarah destellaron.

—No tienes que agradecerme.

~

Claudia se abrió paso a la biblioteca y se recostó sobre un sofá. La habitación estaba llena de sombras oscuras, pero no se atrevía a encender una vela, por miedo a que su presencia llamara la atención. Le dolían los pies de tantas horas de baile. Se quitó las zapatillas, se levantó las faldas y empezó a masajearse uno de los pies.

Henry vendría en unos diez minutos. Sintió un revoloteo en el estómago por la emoción. Los últimos días con él habían sido lisa y llanamente maravillosos. Deseaba desesperadamente que su cortejo durara por siempre y que sus encuentros nocturnos pasaran a ser un romance. Aun así, sabía que aquello terminaría en algún momento. Tenía que terminar.

No vio a Henry entrar a la biblioteca. Este se arrodilló delante de ella, sorprendiéndola. Claudia se quitó las manos de los pies y se acomodó las faldas.

—Permíteme. —Henry le tomó el pie y empezó a masajearle el arco con los pulgares.

Claudia se recostó, disfrutando sus reconfortantes masajes. Cuando le tomó el otro pie, ella ardió de deseo.

—Eso es divino —exclamó con un suspiro.

Henry avanzó hacia su pantorrilla.

—Supongo que no asististe a muchos bailes mientras vivías en Lancashire.

—No. —Un escalofrío le recorrió la espalda. Akford le había prohibido hacerlo al comienzo del matrimonio. La primera golpiza que él le había dado había ocurrido después del último baile al que habían asistido. Alejó ese recuerdo y se concentró en la hermosa sensación que provocaban las manos de Henry sobre su pierna.

—Tendré que masajearte los pies y las piernas de nuevo mañana por la noche. Me temo que esta noche no tendremos tiempo y, una vez que salgas de la biblioteca, cualquier beneficio que yo haya logrado se perderá.

Claudia se incorporó y se estiró hacia él.

—Pues aprovechemos al máximo nuestro tiempo robado.

Él levantó la mirada y se besaron fervientemente. Claudia se deslizó hacia el borde del sofá y le envolvió la cintura con las piernas, en tanto él inclinó la boca sobre la de ella. Lo besó más profundamente, deslizándole la lengua en la boca, desesperada por tomar lo que estaba

ofreciéndole.

Él respondió con igual avidez, con lo cual la sangre de Claudia hirvió aún más de deseo. Cuando ella gimió contra sus labios, él la acercó aún más a sí mismo. Sintió un profundo anhelo entre los muslos y empezó a mover las caderas, frotándose contra el gran bulto de él.

—Henry, por favor.

Henry detuvo el beso y la apartó de él.

—No podemos. No aquí, no ahora.

Claudia se reclinó y, aturdida por el deseo y la frustración, volvió a ponerse las zapatillas. Él se sentó junto a ella y le quitó un rizo obstinado del rostro.

—Mereces algo mejor.

Claudia lo miró a los ojos.

—Tú eres mejor.

Él le acarició la mejilla.

—Ya llegará nuestro momento y, cuando eso pase, te haré el amor apropiadamente.

—No muy apropiadamente, espero —replicó ella, mordiéndose el labio inferior.

—No habrá nada de apropiado en la forma en que te toque, amor. —Le dio un beso suave en la boca—. Pero nuestro encuentro será en un lugar y un momento apropiados. No en una biblioteca en medio de un baile.

Dieciocho

La siguiente noche, Henry se quedó helado al entrar al salón de Claudia. Ella estaba recostada sobre el sofá, con un vestido casi transparente y el cabello cayendo libremente como cascada a su alrededor. Había varias docenas de velas esparcidas por la habitación. Sus llamas parpadeantes envolvían a Claudia en un cálido brillo y se reflejaban en su piel como un faro en medio de la noche. Lo miró con párpados caídos. Henry se sintió acometido por un fuerte deseo. Jamás había visto a una mujer más atractiva; era su propia Afrodita.

Claudia le hizo señas con el dedo, indicándole que se acercara. Como respuesta, las entrañas de Henry se tensaron; avanzó hacia ella, que se lamió los labios en forma seductora. El verla hacer esto fue para Henry casi una perdición. Se dejó caer sobre el diván. Lo estaba tentando y él no podía hacer nada para detenerla.

Estiró una mano temblorosa para recorrer con la yema del dedo el rostro de ella, desde sus mejillas rosadas hasta sus labios. Su piel era suave y cálida.

—Estás deslumbrante.

Ella empezó a incorporarse, esbozando una sonrisa sensual. Él levantó la mano y la detuvo, mientras el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas.

—Quédate. —Henry quería guardar esta imagen en su memoria para siempre. Claudia podía ganarles a las pinturas más bellas de los museos de Londres. Desde sus ojos de un profundo color esmeralda a sus robustos senos y el destello de sus labios, era perfecta.

La joven abrió levemente la boca. Tenía una de las manos sobre su estómago, mientras que la otra jugueteaba con un mechón de cabello.

Henry le acarició con el dorso de la mano la mejilla, el cuello y el hueco de la garganta, donde su vestido abierto revelaba la parte superior de sus senos. Contuvo el aliento, en tanto ella cerró los ojos y se arqueó, acercándole los senos en la palma de la mano.

—Henry, por favor.

Esta susurrante súplica destruyó toda resistencia por parte Henry. Sus labios se encontraron. Suaves y acogedoras, sus lenguas se enredaron de un modo sumamente erótico. Él disfrutó ávidamente de la dulzura de ella, incapaz de saciarse.

Ella le quitó el saco de un tirón y luego recorrió su piel con los labios, erizándole la piel del cuello. Sus besos trazaban un camino directo al alma de él. Enredó una de sus manos en el tupido y sedoso cabello de la joven, mientras con la otra le acarició los pezones rosados.

Claudia le quitó la camisa de los pantalones y se la sacó por encima de la cabeza antes de volver a besarlo en la boca. Henry la besó mientras ella le recorría el pecho con las manos. Cielos, cómo la deseaba. Más de lo que había deseado a alguien en la vida.

Los suaves gemidos de ella alimentaban el deseo de él, que le quitó el vestido para exponer

completamente sus senos. Bajó la cabeza y se llevó un pezón a la boca, lamiéndolo y besándolo.

Ella le puso la mano en la nuca.

—Henry, te necesito. Necesito sentirte. —Le tiró de los pantalones—. Hazme el amor.

Estas palabras trajeron a Henry del borde del abismo e hicieron que se le aclara la mente, entendiendo mejor lo que estaba ocurriendo. Le soltó el pezón y se enderezó hasta quedar sentado. Quería hacerle el amor. Su cuerpo exigía que lo hiciera. Apartó la vista, frotándose la mandíbula con la mano. Maldita sea, casi lo había hecho. Unos minutos más y habría estado dentro de ella.

—No puedo.

Claudia volvió a ponerse el vestido, cubriéndose los senos. Le dirigió una mirada penetrante.

—Dime, ¿por qué no?

Tendría que ser sincero. Claudia merecía saber los motivos. Lo último que quería era jugar con ella. Pondría las cartas sobre la mesa ahí mismo, pasara lo que pasara. ¿Lo entendería ella? ¿O sería esta noche el fin de los dos?

—Henry. —Claudia le puso las manos en el cuello—. Sea lo que sea, puedes decírmelo.

La suave súplica en la voz de ella lo envolvió como un abrazo reconfortante. Respiró despacio, tranquilizándose para contar la historia.

—Mi madre solía llorar hasta dormirse. De niño, la escuchaba del otro lado de la puerta, desesperado por ayudarla, pero sin saber cómo. —Soltó las palabras de forma apresurada, sin saber bien cómo contaría toda la historia. Jamás le había contado a nadie la historia completa.

Claudia se sentó y puso las manos sobre las de él, pero no habló. Le apretó suavemente las manos, como alentándolo.

—Cuando crecí, supe la verdad. Mi padre tenía una amante. Y no una cualquiera: la amaba profundamente. Apenas si estaba en casa, porque los prefería a ella y a sus bastardos antes que a su esposa y a sus hijos legítimos. No le quedaba amor para mi madre. Eso le rompió el corazón a la pobre.

—Oh, Henry, nada de eso fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?

Henry asintió.

—De niño, a menudo pensaba que lo era. Ella estaba muy triste, y yo no podía ayudarla. Cuando crecí, entendí que no podría haber hecho nada para cambiar las cosas. Un día, cuando tenía diecisiete años, volví de cazar. La grave voz de mi padre me tomó por sorpresa. Se había ausentado por más de seis semanas en un viaje por el continente con su amante. Mi madre le dijo algo, pero no escuché bien las palabras.

Claudia buscó la botella de champán de una mesa cercana y le trajo una copa. No dijo nada; solo le puso la copa en la mano temblorosa.

Henry bebió un largo trago.

—Me acerqué para escuchar qué decían. Mi padre le dijo a mi madre que volvería a irse por la mañana. Su amante estaba en la casa y de huéspedes y, cuando se fuera esa vez, sería para siempre. Mi madre le rogó que se quedara, que pensara en sus votos y en sus hijos, pero él no quiso escucharla. Ahí empezaron los sollozos. —Se bebió de un trago el resto del champán—. Mi padre se fue esa noche. Al día siguiente, encontré a mi madre en su cama, fría y azul. Dijeron que murió por tener el corazón roto. Permitimos que la historia se mantuviera. Al día de hoy, nadie excepto mis hermanos y yo sabemos la verdad. Jamás se lo contamos a Jane. Verás, esa noche mi madre se quitó la vida.

Claudia se enjugó una lágrima del ojo. Henry la tomó de las manos y la miró a los ojos.

—Ese mismo día, me hice a mí mismo una promesa. Jamás tendría una amante.

Claudia apartó la vista, rompiendo su conexión.

—¿Alguna vez... estuviste con una mujer?

—Nunca con una que me importara. Sin duda, jamás con una que amara. —Henry le agarró la cara y la giró hacia él—. Claudia, te amo. Jamás podría usarte de esa forma. Quiero que seas mi esposa. Déjame tenerte, cuidarte y consentirte por el resto de nuestras vidas.



Claudia sentía mucha pena por Henry. El solo pensar en todo lo que él había visto y sufrido le causaba dolor físico. Sentía un profundo dolor por el pequeño que él había sido, el hombre en que se había convertido y todo lo que había soportado. Quería abrazarlo y consolarlo. Era buen hombre, pero ella no podía darle lo que él quería. Se le revolvió el estómago ante la idea de lo que debía hacer.

Deseaba con todo su ser ser otra persona. Alguien sin las profundas heridas que ella tenía. El tipo de persona que podría entregarse completamente a él, en cuerpo y alma. Por un momento, se permitió considerar la propuesta de Henry. Pero entonces, la asaltó el pánico, que le heló la sangre.

—No puedo casarme.

El dolor en la expresión de él fue como una puñalada al corazón. Separó sus manos de las de él, se puso de pie y recogió su peinador. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Mientras se lo volvía a colocar, escuchó el eco de los pasos de él. La envolvió con los brazos, y su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja. Se tensó ante el contacto inesperado.

—No me alejaré de ti. Te amo. Si me toma el resto de mis días convencerte, con gusto los pasaré intentándolo.

Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas, pero las contuvo.

—Tengo mis propias cicatrices, Henry. Heridas profundas que temo nunca poder superar.

—Quizás algún día confíes en mí lo suficiente como para compartirlas conmigo.

Se trataba de Henry. El hombre que no le echaba en cara sus escándalos del pasado. Que la aceptaba por quien era. Que le había dado una oportunidad cuando tenía infinidad de razones para alejarse de ella. La amaba ciegamente y la hacía sentir a salvo, cuando ella había creído que jamás volvería a estarlo. Sintió cómo su mundo se puso de cabeza. Sí que confiaba en él. Había sido una tonta cabeza de chorlito por no darse cuenta antes.

—Si alguna vez llega ese día, aquí me encontrarás: esperándote y amándote.

Claudia giró en sus brazos para enfrentarlo.

—Sí que confío en ti.

—Entonces, cuéntame tus miedos. Déjame ayudarte.

Claudia asintió antes de llevarlo de nuevo al sofá. Una vez que estuvieron sentados, sirvió otra copa de champagne para cada uno. Necesitaría el coraje que le daba el alcohol para contar toda su historia.

—Le conté parte de esto a Vivian hace muy poco. —Bebió un trago—. Supongo que, la noche que nos conocimos, a ti te conté un poco también.

Henry intentó abrazarla, pero ella levantó una mano para detenerlo. Necesitaba hacer esto. Tenía la fuerza suficiente para hacerlo sin la seguridad del abrazo de él.

—Te conté que Akford era un monstruo. Que estaba contenta de que él hubiera muerto. Después, te conté cómo me atrapó.

Henry asintió.

—Recuerdo esa noche como si hubiera sido ayer.

—No te conté qué lo hacía un monstruo. Cómo me engañó con una falsa sensación de seguridad y luego me dominó con mano de hierro. —Cerró los ojos un momento, buscando en su cabeza el lugar indicado por el cual empezar.

Henry le tomó la mano.

—Estás a salvo conmigo.

Claudia abrió los ojos y miró a Henry a los suyos, marrones y tiernos.

—Por un tiempo, nuestro matrimonio pareció tolerable, incluso hasta agradable. Me recuperé de cómo él me había atrapado y me había impedido estar con Julian. Me permití creer que llegaría a querer a Akford y me esforcé por ser una buena esposa para él. Después de todo, no podía hacer nada para cambiar el pasado. Él me trató con amabilidad al principio. Yo no sabía cuán malvado podía ser ni cuán poco duraría mi alegría. —Claudia rellenó su vaso, desesperada por adormecer el dolor de sus viejas heridas —.

»Acudimos a nuestro primer y último baile en una misma noche. Había pasado horas embelleciéndome porque quería que él estuviera orgulloso de mí. Cuando bajé las escaleras para irnos, me ordenó volver arriba. Me exigió cambiarme el vestido por uno menos revelador y hacerme un peinado con estilo más bien de señora. Al final, parecía una viuda. No entendía qué había hecho para molestarlo, ni le pregunté. En su lugar, seguí sus órdenes. Si él prefería que me vistiera de forma más modesta, podía complacerlo. ¿Qué tenía de malo? Ya estaba casada. —Bebió otro trago y observó la chimenea —.

»Exigió que nos fuéramos del baile antes de que sirvieran la cena. Me acusó de coquetear con otros caballeros. No había coqueteado con ninguno, pero él creía que sí y eso era lo único que importaba. Cuando llegamos a casa, me llevó arriba y me arrancó el vestido del cuerpo. Le rogué que se detuviera, le juré que no quería a nadie más que a él. Me dio un puñetazo. Caí sobre la cama...

Henry volvió a intentar abrazarla. Esta vez, Claudia no se resistió. Se apoyó contra él, fortaleciéndose con su abrazo.

—Seguí recibiendo golpes mientras estaba acurrucada sobre el colchón. Me dijo una y otra vez que lo había avergonzado y nos había hecho quedar en ridículo a ambos. Luego se subió a la cama, me abrió las piernas por la fuerza y reclamó su derecho marital. Intenté resistirme, intenté alejarlo, pero él era más fuerte que yo. Me recordaba constantemente que yo le pertenecía. Una vez que terminó, me dejó ahí, maltratada y magullada. Con miedo a moverme, me quedé toda la noche contemplando el techo, preguntándome qué habría hecho para molestarlo tanto, para hacerlo creer que había estado coqueteando.

—No merecías que te trataran de esa forma. Nadie se merece lo que tú sufriste. —Henry le acarició el cabello y murmuró una serie de palabras de consuelo.

Claudia tragó con dificultad, a pesar del nudo que tenía en la garganta. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Esa noche fue la primera vez que abusó de mí, pero no sería la última. Me prohibió salir de la casa de campo. Despidió a todo sirviente que se atrevió a entablar amistad conmigo. Me castigaba cuando mi familia o mis amigos venían de visita. Me regañaba y controlaba como si yo fuera su marioneta. —Levantó la vista y miró a Henry—. Verás, yo también me hice a mí misma una promesa. Que nunca jamás le daría a un hombre poder sobre mí.

—¿Quién podría culparte, después de las atrocidades que él te hizo sufrir? —Henry le acarició suavemente el brazo. Los ojos de Claudia se fueron cerrando mientras él la consolaba.

Cuando abrió los ojos, descubrió que entraba luz de sol por la ventana. ¿Cuándo se había

quedado dormida? Buscó a Henry, pero no lo encontró. De pronto, recordó la noche anterior. Él se había sincerado con ella, y ella con él. No podía perderlo ahora. Él no era como Akford. Henry era amable, leal y cariñoso: todo lo que ella quería. Él jamás la lastimaría. ¿Por qué no lo había visto antes? Tenía que ir a buscarlo.

Diecinueve

Claudia se paseaba de un lado a otro por el salón de Henry. El mayordomo le había dicho que esperara mientras él comprobaba si lord Shillington se encontraba en la residencia. Se mordió el labio, mientras la ansiedad la carcomía por dentro. Tenía que estar aquí. Ella tenía que confesarle sus sentimientos antes de que el miedo volviera a consumirla.

Cuando se dio vuelta para caminar hacia el otro extremo, Henry cruzó el umbral. Claudia corrió a sus brazos y enterró la cara en su pecho. Él la abrazó fuertemente contra sí.

—¿Qué sucede, amor? ¿Ocurrió algo?

La preocupación de su tono la llenó de ternura. Había hecho lo correcto al venir a verlo, al confiar en él. Lo miró a los ojos, que expresaban preocupación.

—Fui una completa tonta.

Henry arqueó una de sus cejas doradas.

—¿Respecto a qué?

—Te amo. Más que eso, confío en ti. Dijiste que me esperarías, pero yo no quiero esperar. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Cásate conmigo, Henry.

Este la besó apasionadamente. Claudia inclinó la cabeza, en tanto él le devoraba los labios. Sintió que todo daba vueltas a su alrededor, por lo que se aferró a él con fuerza. Su ánimo fue aumentando en tanto todo a su alrededor desapareció.

No supo exactamente cuánto tiempo estuvieron abrazados, ni por qué le había tomado tanto tiempo ver lo que tenía en frente, pero esto era lo correcto. Eran el uno para el otro. El deseo por él le corroía hasta la médula; su corazón clamaba por él y su cuerpo lo necesitaba. Ella lo necesitaba.

Henry puso fin al beso, la tomó en brazos y la hizo girar.

—Me has hecho el hombre más feliz sobre la Tierra. —La llevó al otro lado de la habitación y tomó asiento en una silla con brocado, sosteniéndola en su falda.

Claudia no podría haber escondido su felicidad ni aunque hubiera intentado. Con una sonrisa entusiasta, se inclinó hacia él y le dio un beso decente en la boca.

—¿Cuándo deberíamos celebrarla la boda?

Henry le acarició suave y tiernamente la espalda.

—¿Cuándo te gustaría hacerlo?

—Ayer.

Henry soltó una risita.

—¿Qué te parece hoy?

—¿Es posible? ¿Qué hay de las prohibiciones? Incluso una licencia especial toma un poco de...

Henry la calló con un beso. Luego se alejó.

—Hace un tiempo estoy convencido de que eres la mujer para mí. Conseguí una licencia especial hace quince días.

Claudia intentó comprender lo que él acababa de decir. ¿Hacía quince días?

—¿Y si yo no entraba en razón?

—Te habría esperado para siempre.

Ella no dudaba en absoluto de su sinceridad. La expresión de Henry no ocultaba nada. Claudia se estremeció ante la idea de desperdiciar un minuto más y al pensar lo cerca que había estado de perderlo en más de una ocasión. Apostaría a que las mulas eran menos tercas. Pero ya no: ya no perdería más tiempo.

—Creo que hoy es un día bellísimo para una boda.

—¿Te opondrías a celebrar la ceremonia en el jardín de la duquesa de Abernathy?

—¿Se puede hacer eso?

—Ya está hecho. Solo debo mandar a llamar al ministro.

Claudia golpeó a Henry en el brazo en forma juguetona.

—Vaya, te has mantenido ocupado.

—Eres la única mujer para mí. Si no hubiera podido desposarte, habría seguido siendo soltero, cortejándote hasta el día en que diera mi último aliento. No quería desperdiciar ni un momento si tú cambiabas de opinión. Hablé con la duquesa el mismo día en que conseguí la licencia.

—¿Y qué le parecieron a ella tus planes? —preguntó Claudia, con sorna.

Henry tomó uno de los rizos de ella entre sus dedos.

—Dijo que éramos el uno para el otro y que, si yo tenía paciencia, tú te darías cuenta.

—Siempre la consideré muy sabia. Me transmitió sabiduría durante la fiesta de Vivian, pero yo no estaba lista para escucharla. Creo que ella lo supo antes de que incluso nosotros lo pensáramos.

Henry la miró con ojos alegres.

—Apostaría mi fortuna a que estás en lo cierto.

Claudia volvió a besarlo. Su beso contenía la promesa de una vida entera de amor y felicidad.

El resto del día pasó entre un aluvión de actividades. Claudia dejó a Henry para ir a la residencia Abernathy, donde la duquesa la recibió con alegría y la condujo rápidamente a una habitación del primer piso. Luego envió a un lacayo a buscar a Vivian y a lord Wexil para la boda. Henry se había ocupado de todos los detalles, desde el vestido de la novia hasta las flores, el pastel y la música.

Claudia admiró su reflejo en el espejo. Se alisó las faldas de seda y luego se acomodó un rizo rebelde, tras lo cual se colocó los guantes. Henry había enviado no menos de diez vestidos, pero ella solo había tenido que probarse uno. Le había quedado de ensueño; tenía perlas y un bordado elegantes, además de una corta cola. Esperaba que al novio le gustara.

—Estás deslumbrante. Se quedará sin habla cuando te vea —aseveró la duquesa Abernathy, ofreciéndole una moneda de seis centavos—. Ponte esto en la zapatilla.

Claudia aceptó el amuleto de buena suerte, aunque no lo necesitaba. Ya era la dama con más suerte de todo Londres.

Una criada entró a la habitación con lady Luvington, y a Claudia se le cayó el alma a los pies. La dama sin duda no venía a desearle buena suerte.

La criada hizo una leve reverencia, con la mirada fija en el suelo.

—Su alteza, lady Luvington insistió en que la trajera.

—Está bien. Puede volver a sus tareas —dijo la duquesa.

Claudia contuvo el aliento, observando a lady Luvington acercarse.

—Su alteza, ¿me concedería un momento a solas con lady Akford?

Claudia deseaba que la Tierra se la tragara, gritar que no o huir de la habitación. No obstante, mantuvo la frente en alto y la espalda erguida. Nunca había sido cobarde y no empezaría ahora. Lo que fuera que lady Luvington tuviera para decir no tendría incidencia en su matrimonio. Claudia la escucharía y ofrecería sus disculpas por los agravios pasados, pero no permitiría que este enfrentamiento arruinara su día.

Asintió para indicar su aprobación a la duquesa. Su alteza se dio vuelta y avanzó hacia la puerta.

—Volveré en diez minutos.

—Gracias, su alteza. —Lady Luvington se paró cerca del ventanal. Cuando la puerta se cerró, dirigió la mirada a Claudia—. Hoy te casarás con mi amigo. Me pareció que deberíamos tomarnos un momento para dejar el pasado en el pasado.

¿Claudia había oído bien? ¿En serio había venido a ser su amiga?

—Lamento el acto inmoral que cometí.

—No fuiste la única culpable. Julian debió haberte dicho que estábamos casados. Manejó de mala manera tu visita.

Los ojos de lady Luvington brillaron con algo que Claudia no podía identificar. ¿Alivio? ¿Ira? No lo sabía.

—Aun así, no me comporté como debería hacerlo una dama. No tenía por qué acudir a él.

Lady Luvington suspiró y se acercó a Claudia.

—Creo que ya dijimos todo lo que debe decirse al respecto. Ahora, dejemos el asunto en el pasado.

Claudia sintió una oleada de alivio al ver que los rasgos de lady Luvington expresaban una genuina cortesía.

—Eso me agradaría.

—Eres la última dama que jamás hubiera esperado que lord Shillington desposara.

Claudia sintió una punzada de desagrado y frunció el ceño.

—No te tomes a mal lo que digo. Solo quise decir que él siempre fue muy vergonzoso con las mujeres. Yo hubiera pensado que te ahuyentaría con su torpeza. Siempre creí que se casaría por obligación con alguna debutante que buscara un título. Me encanta que pueda casarse por amor.

Claudia soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

—Su torpeza me parece encantadora. Ahora que se siente cómodo, parece haber desaparecido. A decir verdad, en parte la extraño. —Su mente se remontó a aquellos primeros días en la casa de su prima, cuando lo había conocido. Si hubiera sido más calculadora, se habría arrojado al suelo junto a él.

Lady Luvington inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué tienes en la mano?

Claudia no se había dado cuenta de que había estado jugando con ella. Abrió la mano, revelando la moneda.

—Su alteza me la dio. Supongo que debería ponérmela en la zapatilla.

—Permíteme. —Lady Luvington se la quitó de la mano y se agachó para colocársela en el zapato. Lord Shillington te hará feliz.

—Ya lo hace.

La duquesa volvió a entrar a la habitación, con sus faldas crujiendo tras ella.

—Lord y lady Wexil ya llegaron, así como también lady Jane. El ministro ya está en el jardín con lord Shillington. —Observó a lady Luvington y luego volvió a dirigirse a Claudia—. Lord Luvington también llegó. Lord Wexil te escoltará hacia el altar. Solo falta la novia. ¿Vamos?

Claudia miró a lady Luvington, sorprendida de escuchar que Julian había venido. Asintió, con los ojos brillantes.

—Es hora.

Unos minutos después, lord Wexil la condujo hacia el altar, donde había una gran fuente de piedra con la imagen de una pareja. Claudia sintió mariposas en el estómago al ver a sus familias y amigos. Pero en cuanto ella y Henry cruzaron miradas, todo lo demás dejó de existir.

La ceremonia transcurrió en un frenesí de emoción y promesas. Cuando el ministro los anunció como lord y lady Shillington, Henry la abrazó y la besó apasionadamente. Claudia no tenía ninguna intención de decirle que no era apropiado para la alta sociedad.

Finalmente se separaron, tras lo cual Henry la tomó en brazos, sosteniéndola contra su pecho como a un bebé. Ella le envolvió los hombros con los brazos y rio, en tanto él la cargó por entre los invitados hacia la casa. Cuando llegaron a la entrada principal, ya no pudo contener la intriga.

—¿Qué tramas?

—Ya esperamos suficiente. —Le guiñó el ojo y continuó caminando hacia el carruaje. Era evidente que su intención era irse.

—¿Qué hay de nuestros invitados? ¿Y del desayuno de boda?

Henry la sentó en el carruaje y luego subió junto a ella.

—No nos extrañarán. Su alteza tiene todo controlado, pero si quieres quedarte, respetaré tu deseo.

Lady Akford negó con la cabeza.

—No hay nada que desee más que consumar nuestra unión. No hago más que desearte desde el día en que nos conocimos.

La tomó en brazos y le dio unos golpecitos al techo del carruaje, indicándole al conductor que partiera.

—Si sigues hablando así, no llegaré a nuestra cama.

~

Henry cargó a Claudia desde el carruaje hasta la cama. Su cuerpo ardía de deseo; quería reclamar su tesoro. Se quitó las botas y el saco, tras lo cual se recostó junto a ella, apoyándose sobre el codo para mirarla.

—Te amo, lady Shillington.

—Y yo te amo a ti, esposo. —Claudia lo hizo acostarse y él la besó, ahogándose en su dulzura, incapaz de saciarse. Quería besar cada centímetro de ella, explorar cada curva y recoveco de su cuerpo. Le dio besos en la clavícula, mientras ella fue quitándole el chaleco, la corbata y la camisa.

Él se incorporó para dejar que le quitara la camisa por encima de la cabeza. Claudia la arrojó al suelo y le recorrió el pecho con las manos, mientras le besaba y mordisqueaba la piel, volviéndolo loco de pasión. Henry le abrió la parte posterior del vestido, tirando del encaje hasta que pudo deslizárselo por el cuerpo para quitárselo.

Claudia movió la cadera para zafarse de la prenda y luego le dio la espalda.

—Deprisa —suplicó con un susurro.

Henry le besó la oreja y el cuello mientras le desataba el corsé. La prenda cayó al suelo, y él le metió los brazos por debajo de la camisa para tocarle los senos. Ella se arqueó para permitirlo, mientras daba suaves gemidos que eran como música para los oídos de él.

—Eres tan hermosa.

Claudia giró en los brazos de él y lo besó en la boca. Henry le deslizó la camisa y la enagua por todo el cuerpo hasta los pies, hasta que sus senos rollizos y su liso estómago quedaron expuestos. Claudia se recostó, y él se llevó un pezón a la boca, y luego el otro, mientras ella se retorcía debajo de él.

—Henry, te necesito. Hazme el amor ya mismo.

Henry la miró a los ojos, esforzándose por contener sus propias ganas.

—Ten paciencia, amor.

Claudia gimoteó mientras él fue recorriéndole el estómago con besos. Abrió las piernas cuando Henry le besó el pubis, para después pasar a lamerle y besarle los muslos.

—Henry.

Su miembro dio un salto al escucharla decir su nombre. Le quitó las medias de seda y las ligas antes de arrodillarse. Ella estiró los brazos hacia los pantalones de él y, con los dedos, fue quitándoselos. Un ardiente deseo recorrió las venas de Henry cuando ella le tomó el miembro con la mano. Claudia se incorporó para besarle la boca, sin soltarle la hombría. Pronto el placer de él fue tal que necesitó acabar.

Le tomó las manos y la miró profundamente a los ojos, llenos de pasión.

—Te deseo demasiado.

Claudia volvió a recostarse sobre el colchón de plumas, con las piernas abiertas, invitándolo.

—Entonces, hazme el amor. Soy tuya.

Henry la penetró, llenándola completamente. El grito de deseo que ella profirió lo alentó; siguió entrando y saliendo. Claudia envolvió las piernas alrededor de la cadera de Henry y acompañó los movimientos de este. Sus músculos internos se contrajeron cuando gritó el nombre de él llegar al clímax. Con un impulso final, Henry acabó dentro de ella en una explosión de éxtasis.

Con el cuerpo satisfecho, los giró a ambos para que ella quedara arriba, mientras su miembro descansaba en la hendidura de ella. Sus corazones latían uno contra el otro, mientras la respiración agitada de ambos llenaba el aire de la habitación. Ella era más de lo que él jamás se había atrevido a soñar.

—Henry. —El cálido aliento de ella le hizo cosquillas en el pecho.

—¿Sí, amor?

—Eres todo lo que siempre quise. Gracias por no perder las esperanzas en nosotros. —Le dio un beso en el pecho.

Él la abrazó con más fuerza.

—Tú eres todo lo que siempre necesité.

extracto

Da vuelta la página para leer un fragmento del siguiente libro de la serie éxito de ventas de Amanda Mariel, «Damas y canallas»:

El Escándalo de la Solitaria

Capítulo 1

Londres, 1843

Lady Jane Shillington nunca había sido demasiado sociable. Los caballeros no se tiraban encima para cortejarla. Ciertamente no perdían el tiempo en llamarla. A las dos y veinte nunca había sido besada... hasta él. Ella se llevó la mano a los labios y miró al guapo pícaro que dormía en su cama. Cuando él entró en su habitación anoche, la locura pura superó sus sentidos. Se quedó quieta como si lo hubiera esperado, con la excitación retumbando en sus venas donde el miedo y la indignación deberían haber estado.

La vista de Lord Keery, quitándose el abrigo, las botas y los calzoncillos a la tenue luz de su dormitorio, hizo que su cuerpo se calentara y doliera en lugares que nunca antes había tenido. Cuando el resto de sus prendas siguieron, se encontró impotente para mirar hacia otro lado, su mirada estaba escaneando cada centímetro descubierto de él.

Cuando él se subió a su cama y la atrajo hacia sus brazos, ella se fundió con él. Como un capricho, ella se había deleitado en sus profundos besos de exploración. Ella no se resistió cuando él deslizó sus manos bajo su camisa, y no lo apartó cuando él acarició y besó sus pechos. Ella había querido todo lo que él le ofrecía y anhelaba más.

Él se dio la vuelta y la atrajo hacia él, su mejilla descansando contra su pecho. Momentos después sus suaves ronquidos llenaron la habitación. Ella se recostó contra su cálida piel, atrapada en una tormenta de deseo e ira mientras él descansaba pacíficamente con sus brazos todavía alrededor de ella. ¿Cómo pudo haberse dormido en medio de lo que estaban haciendo?

Ella solo podía asumir que el licor que él había consumido era el culpable. La intoxicación era, sin duda, lo que lo había llevado a su habitación en primer lugar. Ella había probado el vino dulce en sus labios y olió su aroma embriagador en su aliento. Ella debería despertarlo y exigirle que se vaya inmediatamente.

Seguramente había querido unirse a otra dama. Una experimentada en el arte de hacer el amor, no una solitaria olvidada que se estaba convirtiendo rápidamente en una solterona. Aun así, ella estaba cautivada por su toque, y más que dispuesta a darle su virtud. La decepción se posó pesada en su pecho esa mañana cuando ella se recostó de lado junto a él, con la cabeza apoyada en su mano, mirándolo.

Estudió a Lord Keery desde su cabello rubio oscuro y sus pestañas gruesas hasta su nariz aristocrática y sus labios carnosos. Su mirada descendió más abajo a su pecho esculpido y el parche de pelo que cubría su esternón. Sus dedos se movieron para tocarlo, pero no se atrevió a

arriesgarse a despertarlo. Seguramente, cuando se despertara, la dejaría sin más como su encuentro. Su estómago se hundió. Los pícaros populares no pasaban el tiempo con mujeres castas. Los dos eran mundos aparte. Ella apostaría a que él ni siquiera sabía su nombre.

Su mirada se detuvo donde la sábana cubría su estrecha cintura. Tal vez si ella usaba extrema precaución, podía mover la ropa sin que él se moviera. Sus mejillas se calentaron ante la idea malvada, incluso cuando se acercó un poco más, intentando echar un vistazo rápido. La noche anterior, la oscuridad de la habitación había distorsionado su vista. Ella había visto lo suficiente como para calentar su sangre, pero no pudo captar ningún detalle crítico. Su corazón se agitó ante el pensamiento de lo que podría contemplar a la luz de la mañana.

Se movió. Jane se quedó helada, esperando que él se calmara, su pulso se aceleró. Después de un momento, su ligero ronquido flotó a través de la cámara una vez más. Ella extendió su mano temblorosa y levantó un poco de la sábana de lino. Como él no se movió, ella lo empujó más lejos en el aire, permitiéndose una vista sin restricciones de la impresionante exhibición anatómica oculta debajo.

¡Cielo misericordioso! Sus ojos se agrandaron al ver su virilidad, que, para su fascinación y deleite, se estaba inflando ante sus propios ojos. Se inclinó descaradamente hacia un punto de vista mejor. El apéndice ahora sobresalía de su cuerpo, apareciendo a la vez suave y duro al mismo tiempo. Su sangre se calentó mientras se preguntaba cómo funcionaba realmente la mecánica del acto sexual.

Sin pensar en las consecuencias de tal acción, ella deslizó su mano debajo de la sábana y lo tocó. La fascinación la llenó mientras pasaba la punta de sus dedos sobre su piel firme y sedosa. Su respiración se detuvo cuando su mano cubrió la de ella y juntó sus dedos alrededor de su virilidad.

"Acaríciame", ordenó en un tono bajo y ronco.

¿Acariciarlo? Seguramente no se refería a la manera en que uno acariciaría un caballo o un perro. "¿Q-qué?" La confusión y la sorpresa se arremolinaron en su mente mientras él guiaba su mano a lo largo de su prominencia. Ella levantó la cabeza para mirarlo con asombro.

Entonces, de repente, apartó la mano de ella y disparó desde la cama. "¿Cómo diablos...?"

Su aliento se detuvo, el pánico se aferraba a ella. Ella debería decir algo, pero ¿qué?

Miró alrededor de la habitación, levantó la camisa y la sostuvo frente a él como si de repente fuera modesto. Luego, mirándola a través de sus tormentosos ojos marrones, le preguntó en tono acusatorio: "¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

"¿Yo? Esta es mi habitación. ¿Cómo se atrevía a tratarla tan groseramente? Se deslizó fuera de la cama, caminó hacia él, apuntando con un dedo acusador a su pecho desnudo. "Es usted, Lord Keery, quien es el intruso aquí, no yo".

Echó un vistazo a la cama desordenada, luego volvió a mirar el espigado cuerpo oculto, la delgada tela de su camisón hizo poco para ocultar sus favores. "Parece que me recibió con las piernas abiertas, señora".

El escalofrío en su tono la atravesó. Pensar que estaba lamentando el hecho de que no habían hecho el amor hace tan solo unos minutos. La ira cobró vida, quemándola de adentro hacia afuera. Ella clavó su dedo en el hueso y el músculo de su pecho. ¡Esa es una invitación que nunca recibirás de mí! Eres un bribón indeseable para la compañía de mujeres.

"Si eso es cierto, es muy bueno que no haya damas presentes". Se sacó la camisa sobre la cabeza.

"Parece que también hay una escasez de caballeros". Se inclinó para recuperar sus pantalones antes de arrojárselos.

La puerta se abrió detrás de ella, girándola. Para su horror, su hermano y su esposa habían entrado en su dormitorio, y lo que es peor, la condesa de Bailey, una mujer mayor conocida por sus chismes, se quedó con los ojos abiertos en el pasillo. La sangre se drenó de la cara de Jane cuando ella desvió su mirada hacia la ventana de cristal, deseando poder salir de ella.

"Explícate", le preguntó su hermano Henry a Lord Keery. Claudia se quedó detrás de su marido, con la mano en el pecho y la boca abierta.

El corazón de Jane latía con fuerza, la cabeza giraba con todas las excusas que podía ofrecer, pero no hubo palabras. Nada de lo que pudiera decir haría alguna diferencia. Se quedó en medio de su habitación en nada más que una camisa con un hombre medio desnudo. ¡Demonios! Ella estaba arruinada. Sus mejillas ardían de vergüenza.

Claudia se acercó a la puerta y la cerró, protegiéndola de la vista de la condesa, así como de cualquier otro huésped que pudiera venir a visitarla. “Baja la voz, Henry. ¿Quieres ver a Jane arruinada?

"Keery ya se ha ocupado de eso, me atrevo a decir. ¡Maldita sea!, la condesa ha sido testigo de esta... esta atrocidad”. Su atención permaneció enclavada en Lord Keery. “Te aprovechaste de mi hermana. ¿No tienes nada que decir?

Jane recobró su fuerza y corrió hacia adelante. “No todo es lo que parece. Lo juro por mi vida.

"¡Silencio!" Henry mordió la palabra entre los dientes apretados, sus ojos ardiendo con una ira no reprimida.

Jane apretó los labios, pero se mantuvo firme. No podía permitir que Lord Keery asumiera toda la culpa de su problema, no cuando había sido una cómplice dispuesta.

Henry se quitó el guante y lo abofeteó en la mejilla de Lord Keery. "Te desafío a un duelo".

Lord Keery retrocedió para inclinarse casualmente contra el tocador. "No hay necesidad de eso, Shillington, porque tengo la intención de reparar lo que hice con tu hermana".

El estómago de Jane se sacudió cuando asimiló sus palabras. “Hacer lo correcto” por ella solo podía significar una cosa. Lord Keery quería casarse con ella. Hace una hora ella habría estado emocionada, pero ahora la perspectiva la aterrorizaba. Luchó contra la bruma y cubrió a Keery con la mirada. "No me casaría con este sinvergüenza así él fuera el último hombre en la tierra".

Su hermano saltó, su mirada tan condenatoria como la de ella. "Usted perdió toda voz en el asunto, querida hermana, en el momento en que entró en su habitación".

Keery sacudió sus pantalones arrugados. "Voy conseguir una licencia especial de inmediato". Se los puso, se metió la camisa de lino y los aseguró. "Tan pronto como encuentre el resto de mi ropa".

Jane apretó sus manos, con ganas de gritar. ¿Cómo podía ser tan casual? Su indiferencia la enfureció aún más. Él no quería casarse con ella; ni ella quería un pícaro con los modales de un jabalí para marido. Furiosa y nerviosa, recorrió la habitación recogiendo sus prendas antes de empujarlas contra su pecho. "No te molestes. Me niego a casarme contigo, a pesar de que mi hermano lo exija”. Aun cuando las palabras salieron de su boca, ella supo que eran falsas. Ella no podía rechazar su oferta cuando hacerlo traería vergüenza a toda su familia.

Henry la tomó del brazo y le dio una suave sacudida. Ya es suficiente, Jane. Te casarás con Keery. Ni una palabra más de ti a menos que sea "lo haré".

Lord Keery, vestido en mano, se dirigió hacia la puerta. Antes de que se despidiera, se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa irónica. "Parece que no tienes otra opción en el asunto, mi futura esposa".

Jane estaba perpleja y enfurecida por su comportamiento contradictorio. ¿Por qué ofrecerle matrimonio para salvar su reputación en un momento, solo para arruinar su buen nombre en el momento siguiente al dejar su habitación en un estado tan desagradable? "Seguramente no tienes la intención de salir allí de esa manera".

Su boca se enganchó en una sonrisa diabólica. "¿Por qué no, cuando ya estás comprometido?"

Y luego de eso, se despidió.

Acerca de Amanda Mariel

La exitosa autora y estrella de Amazon Amanda Mariel sueña con días del pasado, cuando la vida avanzaba más lentamente. Disfruta de escribir a mano y de explorar períodos históricos con su imaginación y la palabra escrita. Cuando no está escribiendo, se la puede encontrar leyendo, tejiendo a crochet, viajando, practicando fotografía o pasando tiempo con su familia.

Visita el sitio web de Amanda para saber más sobre ella y sus libros. Cuando lo hagas, suscríbete al boletín informativo de Amanda ¡y recibe un eBook gratis!

LIBROS DE AMANDA MARIEL

Damas Y Canallas
Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa

Amor legendario
Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros
Conde de Grayson
El Conde De Earlmore

Conectada por un beso
Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro

El credo de la arquera dama
Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor
Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor

Destinado a un pícaro
La insensatez de Olivia

Novelas románticas históricas
Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida

Postfacio

Gracias por tomarse el tiempo de leer este libro.
¡Tu opinión importa!

Por favor tómate un momento para hacer una crítica de este libro en tu sitio favorito de opinión y compartir tu opinión con otros lectores.

~



~ Reconfortantes romances históricos que dejan sin aliento ~